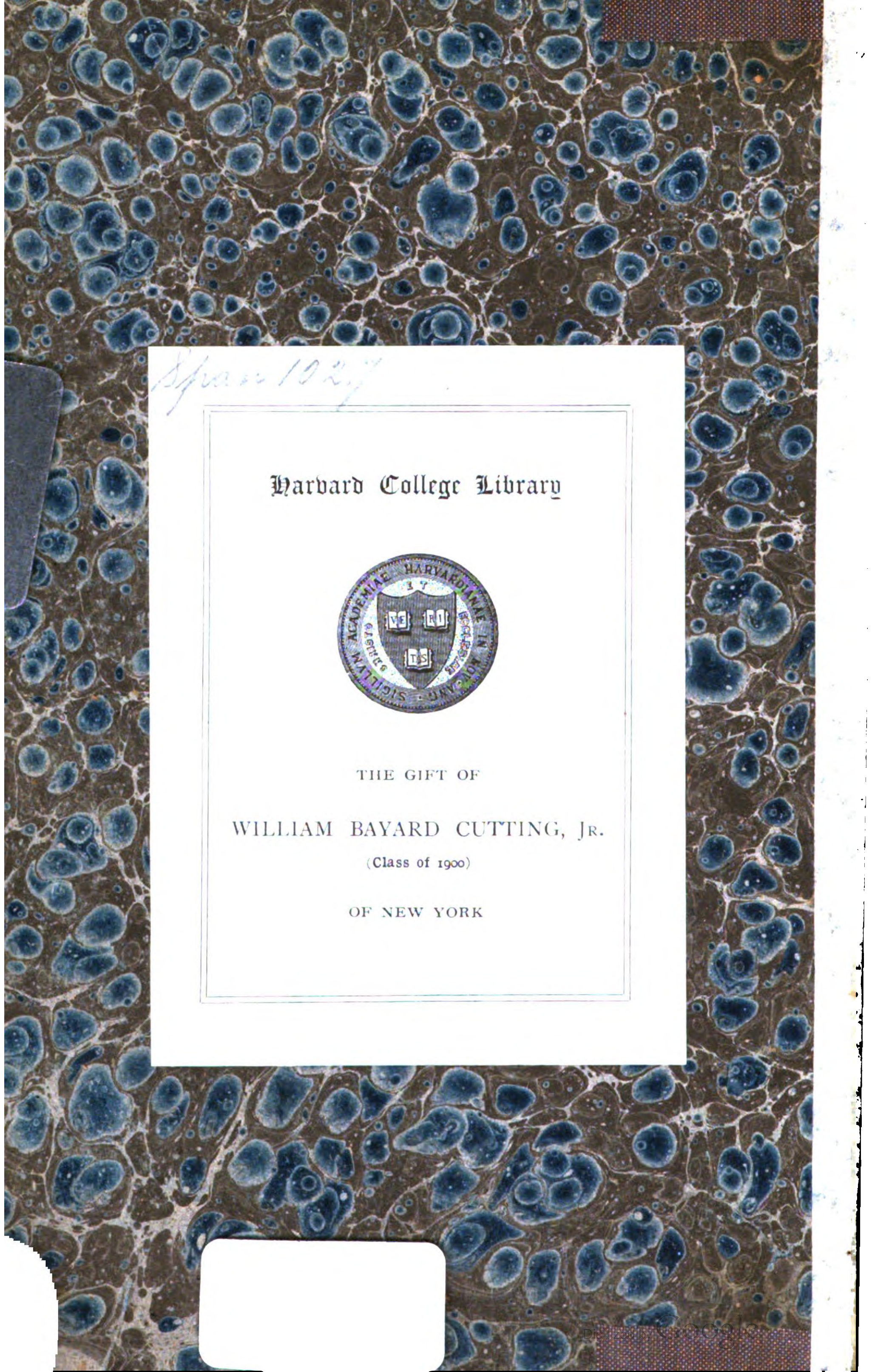
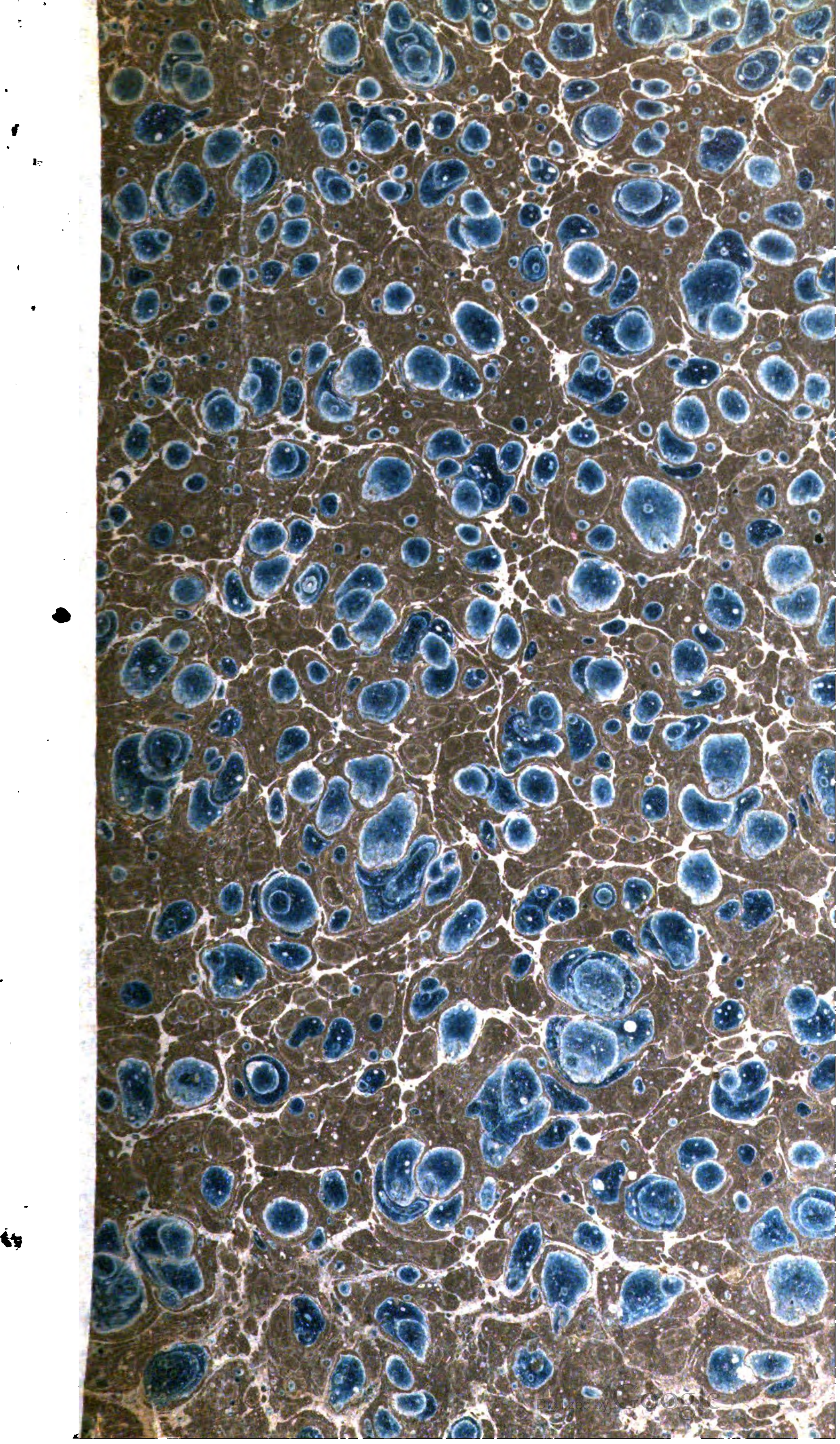


Span 1027
Harvard College Library
HARVARDIANAE ET ACADEMIAE IN NOV ANG ECCLESIAE
VE RI TAS
SIGILLVM
THE GIFT OF
WILLIAM BAYARD CUTTING, JR.
(Class of 1900)
OF NEW YORK



# LA MARINA REAL

DE

# ESPAÑA

á fines del siglo XVIII y principios del XIX.

# LA MARINA REAL

DE

# ESPAÑA

A FINES DEL SIGLO XVIII Y PRINCIPIOS DEL XIX.

MEMORIAS DE FAMILIA, TIPOS, ESCENAS Y CUADROS DE COSTUMBRES, APUNTES Y MATERIALES PARA LA HISTORIA DE LA MARINA ESPAÑOLA.

POR

Don Jorge Lasso de la Vega.



TOMO I.

MADRID:

IMPRENTA DE LA VIUDA DE CALERO.

1856.

¿Qué era, decidme, la nacion que un dia
Reina del mundo proclamó el Destino,
La que á todas las zonas estendia
Su cetro de oro y su blason divino?
Volábase á occidente,
Y el vasto mar Atlántico sembrado
Se hallaba de su gloria y su fortuna.
Do quiera España: en el preciado seno
De América, en el Asia, en los confines
Del Africa, allí España. El soberano
Vuelo de la atrevida fantasia
Para abarcarla se cansaba en vano;
La tierra sus mineros le rendia,
Sus perlas y coral el Océano,
Y donde quier que revolver sus olas
El intentase, á quebrantar su furia
Siempre encontraba costas españolas.

QUINTANA.

# LA MARINA REAL

DE

# ESPAÑA

á fines del siglo XVIII y principios del XIX.

MEMORIAS DE FAMILIA, TIPOS, ESCENAS Y CUADROS DE COSTUMBRES, APUNTES Y MATERIALES PARA LA HISTORIA DE LA MARINA ESPAÑOLA.

POR

Don Jorge Casso de la Vega.

## PROSPECTO.

No aspiramos, ciertamente, á que los episodios y fragmentos históricos que, envueltos entre los relatos y descripciones de una lectura entretenida, nos proponemos publicar, ocupen el lugar de una obra grave y metódica que abrace cronológicamente los hechos de nuestra marina, desde su orígen hasta nuestros dias. Precisamente porque conocemos la magnitud de tal empresa y la debilidad de nuestros medios, solo aspiramos á concurrir á

ella con un modesto contingente, fruto de nuestro celo y amor patrio. Para esto hemos adoptado el artificio de una composicion que, sin excluir la fiel narracion de los hechos, haga en lo posible amena su lectura.

Acaso se nos objetará que el medio que hemos escojido no conviene á la gravedad, á la dignidad misma de la historia. Desde luego previmos la objecion; y para satisfacerla y justificar nuestra resolucion, vamos á reproducir las razones que, contestando á nuestros propios escrúpulos, nos decidieron. Nuestro siglo, forzoso es reconocerlo, ademas de frívolo y superficial, es sobremanera impaciente y amigo de fruicion; y por esto se rebela contra la sujecion, por esto huye de las lecturas sérias y doctrinales. Es necesario, por decirlo así, engañarlo, seducirlo y presentarle, en fin, *la rosa, sin la espina fatal que dá tormento*. Podriamos citar, para dar alguna autoridad á nuestro proceder, la opinion y el ejemplo de hombres eminentes en el género mismo que hemos adoptado; pero nos contentaremos con nombrar á Walter Scott y referirnos á la opinion de un sabio español contemporáneo, de superior autoridad y competencia para juzgar en tales materias (1).

El deseo, pues, de excitar un interés por nuestra marina, de darla á conocer á muchos españoles que por su educacion y carrera, ó que, distantes de la mar, son extraños ó indiferentes á cuanto á ella se refiere; de promover un sentimiento nacional, una opinion favorable hácia un ramo de la administracion, que tanto conviene hoy popularizar en España, por reclamarlo así sus intereses comerciales, la integridad de su territorio, su mismo honor é independencia; este deseo, decimos, es el que nos anima, el que ha puesto la pluma en nuestras manos.

Otro sentimiento abrigamos, que naciendo naturalmente del amor á nuestro pais, habria sido bastante para excitarnos y sos-

(1) D. Alberto Lista.

tenernos en nuestra resolucion; sentimiento que compartimos con todos los buenos españoles en una época de desgracia, de despojos, y en que se pretende humillar nuestra altivez; de desconsoladoras y amargas decepciones; sentimiento que nace del concepto en que es tenida nuestra nacion por aquellas que, no há tanto, solicitaban su alianza ó la respetaban como enemiga. Sí, lo declaramos con decision: un sentimiento de despecho nos incita, nos da aliento, á pesar de la medianía de nuestros recursos, para salir á la defensa de nuestro pais, mal conocido y apreciado; frecuentemente deprimido, injuriado ó calumniado por escritores estranjeros en multitud de obras y publicaciones, mas ó menos graves, y hasta por autores de concepto de aquellas mismas naciones que no pueden haber olvidado su poder y su grandeza, que como amigas ó aliadas, han podido y debido conocer mejor nuestra historia, y apreciar con mas justicia el saber, el valor, la índole fiera aunque leal de los españoles. No es posible leer sin indignacion los juicios erróneos, gratuitos ó sarcásticos; las miserables diatribas y vulgaridades que se consignan y publican contra nuestra noble y sufrida nacion, hasta en periódicos en que se preconiza la equidad, en que se invoca á cada instante la justicia, en nombre de la humanidad y la civilizacion.

En tanto, pues, que llega el dia de que vea la luz pública la deseada y autorizada historia de nuestra marina, escrita con las severas condiciones que requiere su especial índole y objeto; que ponga de una vez coto á tanto agravio y desenfreno, queremos salir al encuentro á la detraccion y la malevolencia, aceptando una polémica, de índole histórica, que si no llega á ser completamente gloriosa, por la debilidad de nuestros medios, tendrá al menos su disculpa en nuestra lealtad y patriotismo. Solo añadiremos, si esto puede dar mas valor á nuestra obra, que las noticias y relatos históricos que contiene, fruto de nuestro particular estudio, han sido luego rectificados y enriquecidos con el exámen que autorizadamente, y por espreso

mandato, hemos tambien practicado en nuestros archivos; y con este carácter los ofrecemos.

Pero ademas del objeto grave y esencial de nuestra obra, aspiramos, segun hemos dicho, no menos á ser útiles que á agradar á nuestros lectores. Queremos presentarles un cuadro fiel, animado, de la vida del marino puesto en accion; especialmente del marino español, segun su educacion, sus hábitos y costumbres; y con tal propósito, y como lo exije la índole de nuestro escrito, referiremos de un modo libre, natural y episódico los hechos y espediciones mas notables, las anécdotas y rasgos personales dignos de memoria. Tambien como asunto de íntimo enlace con los sucesos de nuestra marina contemporánea, referiremos algunos hechos poco conocidos que conciernen á la revolucion y emancipacion de nuestras Américas; y al bosquejar, en fin, los rasgos mas notables y característicos de la vida del marino, lo consideraremos en sus naturales relaciones con la sociedad y los paises que visita. Satisfechas de este modo las condiciones que nos hemos impuesto y nuestras leales aspiraciones, veremos complacidos que este ejemplo suscite otros ingenios, que elevándose á mas altas regiones, se ocupen dignamente de lo que reclama el nombre y concepto de nuestra marina. Libre y opimo se presenta el campo: solo espera recolectores inteligentes y afortunados.

¿Necesitarémos tambien decir que el fundamento de los hechos y acontecimientos de familia que contiene nuestra narracion es verídico y que estos se apoyan en datos irrecusables? Confiamos en que nuestros lectores no nos creerán ciertamente capaces de relatos inverosímiles, ni de faltar deliberadamente á las reglas que en esta clase de escritos deben observarse.

# INTRODUCCION.

Cuando despues de los laureles cogidos en San Roque, en Bornos, en Osuna y en Alorza (á principios de 1812), se preparaba el valiente general Ballesteros á abandonar definitivamente la Serrània de Ronda, teatro de muchos y gloriosos hechos, para perseguir, de concierto con otras divisiones españolas, la retaguardia del mariscal Soult en su retirada de las líneas de Cádiz y la baja Andalucía, quiso, antes de concurrir á aquel importante movimiento, precursor del definitivo triunfo de nuestras armas sobre las del orgulloso invasor, pasar perentoriamente una revista de armas y ropa á su division, para asegurarse por sí mismo de la disposicion de sus soldados al emprender aquella nueva campaña, inaugurada bajo tan favorables auspicios, con la rapidez y desembarazo que su buen éxito exigia. Es sabido que á la disciplina que supo introducir en sus tropas, no menos que á la presteza y oportunidad de sus movimientos, debió aquel infatigable caudillo gran parte de sus triunfos; así como que la falta de tan esencial virtud militar fué, por lo comun, la causa inmediata de nuestros desastres en aquella terrible lucha, malográndose por falta de freno y direccion el patriótico ardimiento de nuestros jóvenes soldados. Severo en

de la marina española, no debemos estrañar la falta de estas obras destinadas á reseñar comentando los hechos que la historia, con su severidad y laconismo, no puede presentar con la estension que muchas veces se merecen. Falta es esta tan sensible que no dudamos en colocarla entre las causas que mas han influido en la decadencia de la marina, puesto que dá lugar á la ignorancia que, en lo que la concierne, se hace estensiva á los literatos y á los políticos de una nacion esencialmente marítima y que degenerando en apatía é indiferencia, hace se tenga en poco lo que solo ya puede levantarnos á figurar entre las naciones de primer órden.

*La Marina Real de España* está destinada á llenar tan notable vacío en nuestra literatura, y el nombre de su autor, ventajosamente conocido en la república de las letras, es una garantía de su buen éxito. Este nombre, si ya no reconociéramos nuestra insuficencia, bastaria para abstenernos de emitir un juicio que con razon seria calificado de pretencioso y desautorizado. Cumple, pues, á nuestra modestia dejar consignado que no escribimos la crítica de una obra que ha de colocarse en primer término entre las de su clase, siendo nuestro único objeto anunciarla á los que aun ignoren su existencia, al paso que la tributamos nuestro humilde aplauso.

*La Marina Real de España* no es una novela histórica; es mas bien la historia de los acontecimientos mas notables de nuestra armada á fines del siglo pasado y principios del presente; de ese período fecundo en heróicos sucesos que tan desastrosos fueron para la marina y para la nacion: es, decimos, la historia, pero amenizada y embellecida con los mas curiosos episodios, con las relaciones y pinturas que mas interés ofrecen en la navegacion; accesorios brillantes que, lejos de perjudicar el buen efecto del objeto principal, le dan mayor realce y majestad, tratados como están de mano maestra.

El plan de la obra está en completa consonancia con el precepto del eminente literato D. Alberto Lista, "que si al

» poeta y al novelista les es lícito desfigurar los hechos, solo » es permitido al que cultiva ó escribe la novela histórica *em» bellecerlos*, añadiendo episodios probables, que se liguen ó » incorporen con ellos, teniendo muy presente no desfigu» rarlos."

Pero oigamos al autor:

"Acaso se nos objetará que el medio que hemos escogido no conviene á la gravedad, á la dignidad misma de la historia. Desde luego previmos la objecion; y para satisfacerla y justificar nuestra resolucion, vamos á reproducir las razones que, contestando á nuestros propios escrúpulos, nos decidieron. Nuestro siglo, forzoso es reconocerlo, ademas de frívolo y superficial, es sobremanera impaciente y amigo de fruicion; y por esto se rebela contra la sujecion, por esto huye de las lecturas sérias y doctrinales. Es necesario, por decirlo así, engañarlo, seducirlo y presentarle, en fin, *la rosa, sin la espina fatal que dá tormento.*"

Y así lo hace: empieza la historia con la carrera marítima del jóven Hernando (el héroe), que lleno de entusiasmo é ilusiones, loco de orgullo y alegría con su lujoso uniforme de guardia-marina se embarca por primera vez en el navío *Fulgencio*, que manda el intrépido Galiano, y emprende su campaña de aprendizaje burlando la vigilancia de los cruceros ingleses que bloquean á Cádiz. Los sucesivos viajes del jóven á las costas de América, las vicisitudes de la mar unidas á sus amores y aventuras, su instruccion y adelantos en la carrera, dan lugar á la presentacion de personajes típicos, bien conocidos de los que navegan, retratados con admirable exactitud. Sucédense las escenas mas variadas é interesantes, y el interés del lector, siempre en aumento, va siguiendo la narracion florida, galana, brillante, que le hace contemplar, ya el aspecto risueño del cielo despejado de los trópicos, sirviendo de techumbre y límites á una mar tranquila y trasparente poblada de infinita variedad de séres que reflejan los colores del Iris; ya uniéndo-

sé en sus imponentes y grandiosas mutaciones con movibles altísimas montañas espumosas que agita furioso vendabal, amenazando con la destruccion y la nada á los que osan desafiarla en débil leño. Reposa y se espacia el ánimo en el sarao de un virey de Buenos-Aires, en la gigantesca vegetacion americana, en las apacibles campiñas de Palermo, en el poético amor de un adolescente, y vuelve á la mar y á los combates sangrientos, horribles, en que nuestros valientes marinos lucharon á la par del enemigo contra la fortuna y la mala fé, coronándose de gloria y heroismo. Entre tan variados contrastes se desliza severa la historia puesta en boca de los actores en forma de diálogo, ó en eruditas, luminosas digresiones, con el juicio crítico, imparcial, del escritor concienzudo, con la vindicacion que han hecho necesaria las calumniosas aserciones de los estranjeros, entre los cuales, como dice el autor, hay "algunos escritores de concepto de aquellas mismas na-
» ciones que no pueden haber olvidado su poder y grandeza
» (de España), que como amigas ó aliadas, han podido y de-
» bido conocer mejor nuestra historia, y apreciar con mas jus-
» ticia el saber, el valor, la índole fiera aunque leal de los es-
» pañoles."

Examínanse de este modo la política, fuerzas y recursos de las naciones beligerantes con presencia de documentos auténticos existentes en nuestros archivos; la situacion y maniobras de las escuadras y sus combates, entre los que se cuentan San Vicente, Tenerife, Puerto-Rico, Santa María, Finisterre, Trafalgar, con otros muchos parciales ó de menos importancia, seguidos de maduras reflexiones colocadas con tacto y oportunidad entre la parte amena, que presenta, valiéndonos de la feliz espresion del autor, *la rosa, sin la espina fatal que dá tormento.*

Acompañan descripciones minuciosas de arsenales, maniobras, costumbres marítimas, tipos, biografías y una completa fisiología del marino y del pasajero en que brillan, con la exac-

titud del daguerreotipo, el ingenio festivo, la vasta erudicion del autor.

Sentimos que la estrechez de *El Departamento* nos impida reproducir alguno de estos retratos: con todo, aunque incompletos, copiaremos algunos párrafos que se refieren al guardiamarina y al oficial subalterno.

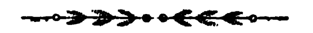
Aquí el autor traslada un trozo del capítulo XVIII, en que presentamos la fisiologia del guardia marina en general y, de un modo especial y contraido, al español de los tiempos á que se refiere nuestra historia, y concluye su juicio con estas palabras.

*La Marina Real de España* sobresale, aparte de la fluidez de su lenguaje castizo, en la riqueza y variedad de sus descripciones y pinturas, en la rectitud é imparcialidad de su juicio crítico sobre acontecimientos históricos de nuestra marina, muy poco conocidos y nunca publicados, cuya recopilacion ha debido costar al autor no pocos afanes y desvelos. Esta obra, que inicia una nueva senda en nuestra literatura, será de mucha utilidad al oficial estudioso, que carece de otro manantia en que buscar los antecedentes y glorias del cuerpo en que sirve; y llenará por completo el deseo de su autor "de escitar un interés por nuestra marina, de darla á conocer á muchos españoles que por su educacion ó carrera, ó que, distantes de la mar, son estraños ó indiferentes á cuanto á ella se refiere; de promover un sentimiento nacional, una opinion favorable hácia un ramo de la administracion, que tanto conviene hoy popularizar en España, por reclamarlo así sus intereses comerciales, la integridad de su territorio, su mismo honor é independencia....."

El Sr. D. Jorge Lasso de la Vega ha prestado, con la publicacion de su obra, un servicio eminentísimo á la marina, y

se ha hecho, por tanto, acreedor al reconocimiento de todos los que á ella pertenecen (1).

CESÁREO FERNANDEZ.



## II.

Mi querido y apreciado amigo: V. sabe lo despacio que leo, que es á la manera que comen los bueyes, ruminando, despacio que se aumenta á medida de la importancia de la lectura que emprendo. Si á esto agrega V. mis ocupaciones y mis correspondencias, no estrañará que no haya concluido hasta ahora la lectura del primer tomo de la historia de *La Marina*, que su autor ha tenido la atencion (por mí tan agradecida) de enviarme por mano de V.

Voy á ensayar decir á V. mi opinion sobre esta lectura, por insignificante que sea mi juicio en este ramo, como en otras muchas materias: en cuanto al efecto que me ha causado no podré: cuando cada pensamiento que se lee halla su hermano gemelo en la cabeza, y cada sentimiento el suyo en el corazon, el efecto que causa es indescriptible.

Si lo primero y lo esencial en una obra es el espíritu que en ella domina, no conozco obra moderna que le aventaje ni que la iguale. La religiosidad mas pura y sincera, el patriotismo mas acendrado y leal, el mas noble y legítimo españolismo, tan digno y exento de hinchazon en las cosas propias que elogia, como moderado y decoroso en las agenas que vitupera, forman ese espíritu que evalora para mí esta obra mas que todos los demas méritos que en ella se incluyen. No co-

(1) *El Departamento* de 20 de junio de 1858.

nozco ni concibo cosa mas bella ni mas noble, que la de rehabilitar lo que echó abajo la injusticia, y lo que despues la indiferencia mas punible deja caido. ¡Valor se necesita para combatir de frente estos dos regentes de nuestra época, la injusticia y la indiferencia!

La gran erudicion, el acopio de datos, el estudio, la ilustracion, el criterio, el buen juicio, hacen á este libro tan curioso como instructivo, y dando su autor á una obra clásica de gran valer la forma de una novela, consigue divertir á sus lectores instruyéndolos, hace amar y admirar lo que el autor con tanta razon ama y admira, aunque la novela solo sirve de bandeja para presentar y ser cubierta por las bellísimas flores de su sentir y sazonados frutos de su saber.

Qué bueno y qué interesante es cuanto dice sobre América, de qué manera tan sencilla y conmoviente relata, así el horrible fin del almirante Caracciolo, como las catástrofes de nuestras armadas, llenando nuestros ojos de lágrimas y nuestros corazones de indignacion! ¡Cuántas grandes y nobles sombras, si sombras pudiesen sonreir, sonreirian é este moderno antiguo español!!

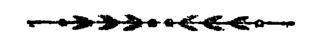
En cuanto á la parte de novela, le aplico la definicion que en su interesante obra sobre España hace el baron Minutoli de la pintura española: *es*, dice, *la imágen de su carácter, comedida, grave, religiosa, púdica y poética*; así como los alemanes, son, con pocas escepciones, los solos que miran á los españoles, su historia, artes, poesía, etc., bajo su verdadero punto de vista. Pienso, cuando mi sobrino vuelva á la embajada de Viena, darle un ejemplar de esta escelente obra, para que se la entregue al baron de Wolf, bibliotecario del emperador, como muestra de que el árbol nacional tiene renuevos, y que no todas sus ramas son ingertos.

Nada vale mi admiracion y mi simpatía; á pesar de eso, suplico á V., mi querido amigo, que le trasmita al autor su espresion de consuno con las de mi gratitud y de mi profundo

aprecio. Dígale V. que un lugar muy preferente ocupará en mi pequeña librería un libro escrito con los nobles y caballerosos sentimientos de la antigua España y con la ilustracion europea moderna de que se sirve para realzar aquellos, y con el buen sentido de aquel que por su superioridad intelectual se vé libre de las pasiones, imitaciones y paradojas de nuestra confusa época, un libro que causa una satisfaccion que nada en él empaña.

Sevilla 7 de julio de 1858.

Su mas amigo,
FERNAN CABALLERO.



## III.

Para la justificacion del noble objeto que ha guiado nuestra pluma en la presente obra, destinada á poner al amparo de la ficcion novelística los mas señalados timbres históricos de nuestra marina, dados al olvido, y defender nuestra nacion contra los asertos de la emulacion estranjera, reproducimos tambien aquí el juicio que espresa el siguiente fragmento de carta de una señora de muy alta distincion de Andalucía, que cultiva las letras con reconocida competencia, comunicado amistosamente á la persona por quien conocemos el que precede.

Al manifestar su conformidad, respecto de la opinion con que nos favorece *Fernan Caballero*, le dice en dicha carta, acerca de nuestra *Historia de la Marina de España*.

"Ahora voy á copiar á V. lo que sobre este libro me escribe María Filomena (la de Pastrana), una de las mugeres mas cultas, mas instruidas y de mas talento que he conocido.—Tienes muchísima razon, me escribe, en los elogios que haces de la *Historia de la Marina española*, que he recibido

por conducto de Mr. Latour, pues me ha encantado de tal modo, que no solté el libro de las manos hasta concluirlo. No he leido ninguna obra histórica y científica escrita con mas talento, con mas ligereza y con tan buena crítica. ¡Qué tal pone, con gran justicia, y como quien no quiere la cosa, á nuestros amigos los ingleses!.... El que tiene saber y talento, y guiado por el buen sentido, los pone al servicio de la *verdad*, como sucede á Lasso, tiene desde luego todas las simpatías de las gentes que valen á su favor. — La verdad se disfraza; pero gástanse los disfraces, caen á girones, y la verdad, que es eterna, vuelve á aparecer genuina, pura y desnuda, dando su inmortalidad solo á las obras que bajo sus auspicios se escribieron."

## IV.

No han bastado nuestro constante celo y rigorosa fidelidad en la narracion histórica, ni el amor que profesamos á España y su marina, sentimientos que creíamos suficientes para poner á cubierto nuestras intenciones, la pureza de nuestro proceder y el honroso concepto de escritores escrupulosos, para librarnos de una censura que no sabemos como explicar. Hemos sido, no criticados, sino todavía mas, acusados de *plagiarios*, de robadores de producciones agenas! Cierto es que nuestros estraños acusadores lanzaron, difundieron este juicio ofensivo ponderando al mismo tiempo el mérito de la obra, en la cual, refiriéndose al tomo publicado, decian " no era posible desconocer el admirable estilo, la erudicion y el talento que caracterizaban todos los escritos de D. Martin Fernandez de Navarrete..." Los que difundieron esta idea, sujerida por un espíritu y pasion que no podemos, que no queremos calificar, suponian que el autor de la presente obra "habia encontrado

este importante trabajo en el Depósito Hidrográfico (donde fuimos algunos años director), y habiendo venido á poder del que lo publica, decian, no ha tenido este reparo de presentarlo como suyo..."

Este juicio, que se procuró difundir y se difundió con la intencion poco caritativa que se deja comprender, consignándolo, ademas, en una forma mas permanente que las palabras, nos afectó profundamente, pues era la vez primera de nuestra modesta vida de escritor en que se mancillaba nuestra intencion; si bien nos halagaban los elogios que, con un modo tan singular de agresion, se nos hacian indirectamente.

Nuestra delicadeza no permitía otra justificacion, habiendo fallecido D. Martin Fernandez de Navarrete, que recurrir á sus hijos; pues siendo ellos literatos de nota y celosos de la alta honra del insigne escritor marino, eran los únicos, á la par que inmediatos poseedores, obligados defensores de su honra literaria. Esto fué bastante para sosegar nuestro ánimo, tan inesperadamente atacado, viéndonos acusados de la mas fea de las flaquezas que pueden manchar la conciencia y la honra de los autores en la república de las letras; y hé aquí la contestacion que nos fué dirigida por el heredero mas caracterizado y representante de la familia del ilustre escritor, á quien se supone torpemente espropiado de una obra que tiene su principal importancia en el interés y la especialidad del objeto.

El Sr. D. Eustaquio F. de Navarrete, en carta referente al primer tomo de la *Marina Real*, nos dijo desde Abalos, pueblo de su residencia en la Rioja, con fecha 18 de junio de 1858, entre otras cosas, estas palabras.

Sr. D. Jorge Lasso de la Vega.

*Abalos* 18 *de junio de* 1858.

Mi apreciable amigo:.... He formado una idea aventaja-

da de la obra. Prueba de su mérito es que la maledicencia se haya cebado (ya que no en ella, porque sin duda no encontraba asidero) en su autor; y aunque siempre es desagradable ser blanco de malignas suposiciones, debe V. estar satisfecho de que los que conocen su probidad de V. y su ilustracion, jamás, por mas que diga la envidia, lo tendrán por plagiario. Mucho menos es posible que nadie se apoderase de los papeles del Sr. D. Martin, mi difunto abuelo, porque antes de su muerte mi padre y yo nos hicimos cargo de los que existian en su casa, y se inventariaron de órden suya los que existian en el Depósito Hidrográfico, y que recojimos despues de su fallecimiento. Semejantes calumnias no deben desanimar á V. para proseguir en la patriótica tarea de llamar la atencion de nuestros conciudadanos hácia nuestra marina, menos atendida por el concepto público de lo que á nuestra prosperidad convenia. Hombres que como V., casi solos, se dedican á desenterrar nuestras glorias y á promover la aficion amortiguada hácia una carrera útil y gloriosa, al mismo tiempo que á prestar nuevas luces á los que la han abrazado, es incalculable el bien que hacen á su patria....

EUSTAQUIO F. DE NAVARRETE.



## V.

## Historia de la Marina española.

Se ha completado el primer tomo de esta obra, cuyas entregas se han anunciado en *La Esperanza;* su autor el señor D. Jorge Lasso de la Vega.

Historia la llama, é historia es efectivamente, y no una

de esas historias cuyos hechos, desfigurados por la pasion de partido, pierden su carácter propio, ni de esas otras que el mercantilismo degrada por acomodarlas al gusto de cierta clase de lectores, ni de esas, por último, en las que una imaginacion intemperante todo lo falsifica bajo el pretesto de poetizarlo, sino una historia con las condiciones de tal, cuya autenticidad confirman documentos oficiales, cuya imparcialidad forma un título legítimo para la satisfaccion del sentimiento patrio, cuya exactitud de apreciaciones saborea el sano criterio y que ofrece ademas hasta para la imaginacion mas levantada, no siendo escéntrica, episodios, descripciones y retratos en los que compite la valentía de la narracion con lo delicado de la inventiva, el esquisito gusto y la imponente magnificencia de la pintura, con lo perfecto del parecido. Porque la *Historia de la Marina española*, siendo la historia, la verdadera historia, es tambien y al mismo tiempo una novela; pero novela con las condiciones morales, hoy, por desgracia, harto olvidadas, que deben tener las obras de su clase, novela en que el atractivo de la ficcion no va mas allá del límite que le imponen, por una parte, los derechos de la moral y el respeto al decoro público; por otra, la naturalidad de los sentimientos y la verosimilitud de los hechos.

Reuniendo tantos títulos, fácilmente se comprenderá el placer con que habremos leido el primer tomo de la obra del señor Lasso de la Vega, si bien debemos confesar que en las circunstancias en que empezamos la lectura, su mérito debia impresionarnos con mas viveza, debíamos gozar de su encanto por una doble causa. Seducidos por los elogios que el compadrazgo político nunca escasea en España, pero que en ese caso, si algo exagerados nos parecieron, no carecerian de justificacion, acabábamos de leer otra obra recientemente publicada, cuyo autor es un ex-ministro, mas conocido como literato que como hombre público. ¡Qué personajes y qué escenas las del libro á que aludimos! Su autor debió concebirlo y escribirlo

durante alguna de las épocas de su ministerio en las que, como es sabido, todo español está espuesto á perder el sentido comun, y á ver de través los hombres y las cosas. El héroe de la obra es un hombre viejo y jóven, vulgar y distinguido, feo y hermoso, segun el lado por que se le mire; se le creeria mudo, pero es mas elocuente que el mas pintado de los demócratas, y así se sublima cuando define el amor como se diviniza, cuando en los mismos coloquios amorosos y en las *escenas mas espresivas* habla de Dios, de San Pablo, no sabemos á qué propósito, y resuelve en un santiamen las mas espinosas cuestiones sociales. El héroe es, en fin, un moderado á quien los desengaños han convertido en una especie de jansenista; pero que en medio de su puritanismo no ha perdido ni en sus palabras ni en sus obras las reminiscencias de la escuela enciclopédica y romántica á la vez, en que se amamantára. Las heroinas son dos: la principal es una monja á quien llaman la Santa. ¡Qué monja y qué Santa! Dejémosla tranquila, igualmente que á su amiga y rival al mismo tiempo: son dignas la una de la otra. En una palabra, acabábamos de leer un libro en que lo falso se confunde con lo odioso, lo inverosímil se descubre hasta en el estilo sobrecargado de antítesis, preñado de metáforas, repleto de hipérboles, abrumado de eufonismos.

¡Qué diferencia entre esa obra y la del Sr. Lasso de la Vega! Hemos dicho que esta última justificando su título, es decir, siendo la historia, era tambien una novela, por sus episodios, por sus descripciones, por algunos de sus personajes. Añadamos que no por la union desmerecen ni la una ni la otra, antes al contrario, adquieren nuevos atractivos, y son igualmente instructivas y provechosas. En la parte histórica se relatan los altos hechos de nuestra marina sin exageracion, pero con noble y legítimo orgullo; se justifica á nuestros marinos y á nuestros gobiernos de cargos injustísimos con que se les ha acusado, no ya por autores estranjeros sino por escritores

españoles; se aprecia con imparcialidad la época que abraza, y se juzga sin pasion á los hombres que en ella figuraron. En la parte de ficcion, un poco oscurecida como debe de estar por la parte histórica, hay escenas tiernas é interesantes, los caractéres son verdaderos, los personajes obran como deben obrar, hablan como deben hablar segun el que les ha dado el autor, no hay, en fin, violencia de ningun género que repugne al buen sentido de los lectores. Y, por último, en las descripciones y en los retratos el Sr. Lasso de la Vega ha demostrado poseer un sentimiento esquisito de lo bello, de lo grande, de lo verdadero; una concepcion elevaba que todo lo abarca, que engrandece el conjunto con la armonía de los detalles; una mano maestra que da á cada cosa el colorido que mas le conviene para brillar en su término correspondiente. La amanecida en el mar y la descripcion de la misa celebrada á bordo bajo el trópico, son dos modelos en su género; de suavidad, de delicadeza el primero, de grandiosidad imponente el segundo.

No queremos repetirnos. Reciba el Sr. Lasso de la Vega nuestro sincero parabien, y dénos pronto el segundo tomo de su obra. Los lectores de *La Esperanza*, á quienes nuestros elogios *seduzcan* incitándoles á leer la *Historia de la Marina española*, no han de echarnos en cara, seguros estamos de ello, el mal rato que la lectura les haya proporcionado.

A. J. DE VILDÓSOLA.

## VI.

Entre otros escritores de nota, debemos tambien al señor D. Florencio Janer, bien conocido y reputado entre nuestros hombres de letras, un estenso juicio crítico de la *Marina Real*

*de España*, inserto en la *Gaceta de Madrid* de los dias 13 y 21 de setiembre de 1858, en el cual, encomiando nuestra obra y elevándola (sin duda por un sentimiento de nacionalidad y por la pureza y grandeza de su objeto) á una altura y concepto que quisiéramos mereciese; despues de copiar algunos trozos que le parecieron dignos de ser citados, intercala en su juicio crítico las siguientes observaciones que reproducimos aquí, esencialmente, porque concurren á demostrar la originalidad, la genuina y esclusiva propiedad de nuestro trabajo, contra los juicios de algunas personas suspicaces.

Creemos que por esta causa nos será perdonado el propósito de justificarnos, aceptando al mismo tiempo con profunda gratitud, no exenta de confusion, los juicios laudatorios, esencialmente dirigidos á animarnos en la conclusion de nuestra obra, que preceden.

"El lenguaje correcto y animado con que está escrito el libro, dice, los diálogos llenos de interés, las narraciones curiosas, y hasta las notas sumamente eruditas, constituyen de la *Marina Real de España* una obra digna de la atencion de toda clase de personas, que tanto puede embelesar al que solo busca en la lectura solaz y esparcimiento, como al que pretende conocer la historia de la célebre, prepotente y antigua marina española.

"Y tan cierto es que la obra del Sr. Lasso puede considerarse como una historia de los mas recientes hechos de los buenos tiempos de la marina española, que hasta se vindica en muchos capítulos el honor del pabellon nacional, colocando los acontecimientos en su verdadero punto de vista, apoyándose en documentos oficiales y datos fidedignos.

"Asi es tambien que algunos de los capítulos de la *Marina Real de España* ofrecen grande interés político y son el mas bello ornamento de la obra; porque como dijo Feijóo en las reflexiones sobre la historia en su *Teatro crítico*, la rectitud del juicio histórico pide que á todos se oiga, aun á nuestros ene-

migos, y se pronuncie la sentencia, no por nuestra inclinacion, sí segun la calidad de las pruebas. La historia y la fama de los pueblos, como indica el Sr. Lasso, están bajo el fallo y dominio de todas las naciones ilustradas: la verdad oprimida y la opinion desfigurada, por la emulacion ó mala voluntad de los contemporáneos, se restablece en el juicio imparcial de los hombres rectos de todos los paises y de todos los tiempos."

Despues de copiar con oportunas reflexiones los capítulos X y XI, que se contraen al combate sostenido por nuestra escuadra el año de 1795 en el Cabo de San Vicente, y la vindicacion que hacemos contra juicios erróneos de propios y de estraños acerca de aquel combate, al bombardeo de Cádiz por los ingleses en 1800, y la derrota de estos en Santa Cruz de Tenerife, concluye este extracto con estas palabras.

"Tal es el modo como el Sr. Lasso de la Vega defiende el honor de la marina pátria, ultrajada por escritores enemigos de nuestro pais ó envidiosos de nuestras glorias nacionales."

El Sr. Jáner, con su buen criterio, conoció que las ficciones literarias del *manuscrito* encontrado en la Serranía de Ronda, y otras que por una verdadera modestia ó por capricho de autor, empleamos, no debian dejar en los críticos duda alguna de nuestra originalidad absoluta y exclusiva, y de nuestra consiguiente responsabilidad, y á este propósito presenta las siguientes observaciones que creemos aquí conveniente reproducir.

"Continuando y terminando aquí, segun nuestro propósito, el juicio crítico y literario que de esta obra nos hemos propuesto dar, vamos á fijar decididamente nuestra opinion, segun nuestro sentir, y aun disintiendo algun tanto de lo que aparentemente, y segun su sentido literal, se infiere respecto de la verdadera índole de esta obra. Verdad es que el Sr. Lasso nos habla en su *Introduccion* de cierto manuscrito que dice haberle suministrado las noticias y sus principales fundamentos; pero esta ficcion, con tanta frecuencia usada por los autores,

creemos que es evidentemente tal, si atendemos al órden y contexto de la misma obra, y al tono, digámoslo así, posesivo, que siempre emplea; y por otra parte nos corrobora en esta opinion y hace creer en la ficcion del manuscrito, no solamente este juicio, sino las terminantes palabras del *Prospecto*, donde el autor expone sus fundamentos y reasume exclusivamente la responsabilidad de una obra original. Así, pues, creemos que al hablarnos en su *Introduccion* de los apuntes de familia que supone haber sido el motivo y base de su historia-novela, ha usado de aquel artificio, y por otra parte vemos siempre en sus relatos la personalidad del autor; pues si alguna vez hace alusion al manuscrito de la familia de Hernando, es en tono zumbon ó festivo, y nunca de un modo expreso: y por lo tanto, si este usado artificio de algunos autores pudiera servir de pretexto para aparecer modesto, no debe servir á los ojos de una crítica severa y analizadora para encubrir los defectos históricos ó de cualquier otro género de la obra, ni razon tampoco para privarla del lauro á que le hiciera merecedora su originalidad; sobre todo, en una composicion en que bajo el velo de la novela se describen hechos muy importantes de nuestra historia marítima, acompañados de severos juicios críticos respecto de personas y de autores nacionales y extranjeros contemporáneos que constituyen una verdadera responsabilidad.

Hecha esta salvedad, que, segun se deduce, constituye al Sr. Lasso como único autor responsable de *La Marina Real de España*, vamos, para terminar nuestro juicio, á señalar dos trozos en que, empleando el género crítico-festivo ó el descriptivo, nos demuestra los diversos medios literarios que constituyen á nuestro sentir la amenidad y sobre todo el interés histórico de su obra.

El Sr. Lasso se propone referir el notable hecho de armas ocurrido en los montes de Ferrol el dia 25 de agosto de 1800, en que los ingleses, desembarcando repentinamente y con fuer-

zas muy superiores, se propusieron sorprender y quemar el arsenal de aquel departamento. Aquel era verderamente un dia de fiesta para el mismo, pues se celebraba con gala y besamanos el aniversario de nuestra Reina, con otras muestras de regocijo que mostraban cuán ajenos se hallaban, así la marina y las escasas fuerzas de ejército allí residentes, como el mismo vecindario, de aquella sorpresa. Todos se hallaban entregados á un plácido contento, y el autor pinta de este modo la ocupacion de los marinos españoles en los momentos que precedieron á aquel terrible combate."

El Sr. Janer hace en seguida reseña de pasajes que considera propios de su objeto, y con tal fin copia algunos trozos ó períodos, entre ellos aquellos en que se describe la sorpresa y ataque verificado por los ingleses en 1800 sobre el departamento y arsenal del Ferrol, la gloriosa defensa y la derrota que sufrieron. (Cap. XXI y siguientes.)

Continuando este extracto en los capítulos XXII y XXIII, prosigue su juicio crítico diciendo.

"Finalmente, como muestra del estilo crítico del Sr. Lasso en el género severo que conviene á la historia para vindicar á España contra los innumerables agravios con que muchos autores extranjeros, y entre ellos algunos contemporáneos y de alto concepto, han querido defraudarla de sus legítimas glorias, dedica el siguiente trozo, con que comienza el capítulo XXIV, en defensa de la verdad histórica, manifestando con fundadas razones que el descubrimiento del Nuevo-Mundo fué un hecho glorioso y providencial, y que España tuvo incontestables derechos para establecer leyes para sus colonias, cuya lenidad y proteccion en favor de los naturales han reconocido aun los escritores mas prevenidos contra los españoles, entre los cuales se hace notar el mismo Robertson.

Hé aquí en qué términos desempeña el Sr. Lasso esta notable parte de su escrito.

Copia una parte del capítulo XXIV, en el que examinamos á la luz de la crítica histórica, la antigua y grave controversia suscitada por nuestros incansables émulos, acerca del descubrimiento y conquista del Nuevo-Mundo.

Tal es la honra que hemos merecido al distinguido literato de que hacemos mencion, como la hemos hecho con los juicios anteriores debidos á escritores muy eminentes, para unir á la de ellos esta autoridad altamente reputada entre los hombres de letras; opinion y juicios que juzgamos necesarios, sobre todo, por la especial circunstancia en que nos ha colocado el desusado medio de escribir la *Historia* de nuestra nacion y su marina que *carece de historia*, exornándola con accesorios poéticos y de imaginacion; y movidos, tambien, por la necesidad en que nos ha puesto un censor mal humorado y displicente que ha querido desmentir la originalidad de nuestra obra: cuestion de honra, de que no nos ha sido lícito ni conveniente desentendernos.

Pudiéramos alargar estos títulos honrosos y vindicativos citando todavia nombres de escritores acatados como autoridad irrecusable en la palestra literaria, así dentro como fuera de España; cuyos juicios y alabanzas han venido á ser, asi lo reconocemos, la recompensa mas grata para nosotros, dándonos la fuerza necesaria para llevar al término propuesto nuestra obra. Nos limitaremos solo á citar con orgullo el juicio con que la favorece la eminente autoridad del Sr. D. José Amador de los Rios, que en un alarde ó revista literaria, publicada en Alemania, acompañada de su juicio crítico (1), hace de ella honrosa mencion; y omitimos deliberadamente otros juicios no menos lisonjeros con que nos han favorecido algunos jefes y notabilidades literarias de nuestra marina.

Tales han sido los motivos que nos han obligado á traspa-

(1) *La literatura española en los años de* 1858 *y* 1859.

sar algun tanto los limites de la modestia, lo cual no nos obliga menos á reconocer y acatar las observaciones procedentes de una crítica justa y bien intencionada, que antes bien recibiremos con gratitud, dispuestos á utilizar las que en tal concepto se nos dirijan.



# LA MARINA REAL

DE

# ESPAÑA

A FINES DEL SIGLO XVIII Y PRINCIPIOS DEL XIX.

## CAPÍTULO PRIMERO.

Anochecida en el campo.—Discusion de vuelta de paseo entre tres personajes.—Ventajas é inconvenientes de la vida campestre.—Deberes que la sociedad nos impone.

Oh cuan grato es al que vive
En la pacífica aldea,
Meditar junto al arroyo
Que la heredad propia riega!
. . . . . . . . . . . .
Jamás anhele su pecho
El oro ni la grandeza,
. . . . . . . . . . . .
Plácida corra su vida
Como arroyo en la pradera.
CARTAS Á SOFIA.

Hácia la parte oriental y mas quebrada de la bella Andalucía, hay un pueblo situado del modo mas ventajoso para los goces de una vida pacífica y sedentaria, por ofrecer sus contornos todas las condiciones necesarias á la salud y bienestar de sus moradores. Un estranjero que huyendo de las inclementes riberas del Bo-

rístencs, ó del brumoso y melancólico Támesis, se hallase de repente en esta region privilegiada, se creeria transportado á los encantados jardines de Armida. La pureza y diafanidad del aire, la riqueza vejetal de su suelo, la caprichosa variedad de sus árboles y frutos, aquel ambiente cargado de las deliciosas emanaciones del azahar y del tomillo, el suave gorjeo de las aves, el sonoro murmullo de las aguas, que ora se deslizan susurrantes por el sinuoso declive de la montaña, ó descienden con estruendo de remanso en remanso desde los copiosos veneros de la sierra; todo embarga allí dulcemente los sentidos, escita ideas de gratitud y de contento, y eleva el espíritu á la contemplacion de mas altas maravillas. En aquella region venturosa la tierra se adelanta á los deseos del hombre, y nada tiene de estraño que condenado en todas partes al trabajo, contraiga allí hábitos de molicie, mimado por una naturaleza tan pródiga de sus dones.

Sin embargo, los naturales de aquella comarca, que forma parte de la Serranía de Ronda, son fuertes, activos y laboriosos, y tienen aquella intrepidez de que por lo comun están dotados los habitantes de las tierras ásperas y montañosas; cualidad de que en época reciente han tenido ocasion de hacer gloriosa prueba, cuando un guerrero ambicioso, amenazando alevosamente la independencia española, llevó hasta aquellos pacíficos hogares, sus legiones devastadoras.

Separados, empero, de las grandes poblaciones, y con escasos medios de comunicacion, en la época á que nos referimos, no habia penetrado, aun, entre ellos, esa especie de cultura bastarda, que algunos han dado en llamar civilizacion; enfermedad propia de nuestro tiempo, que se manifiesta por la osadía en el discurrir y fallar sobre todas materias, y que así aqueja á lo que llamamos pueblo en las ciudades, como á la gente del campo. Ajenos, entonces, á los intereses que se agitan en las altas regiones de la sociedad, ignoraban, felizmente, hasta el fatal nombre de *política*, y no eran suficientemente ilustrados para

vivir divididos en enconosas parcialidades, con olvido de sus inmediatos deberes é intereses, por correr tras un bienestar quimérico. Nutridos en la fe tradicional de sus mayores, dóciles y sumisos á las autoridades, vivian muy distantes de recelar que algunos de sus nietos, saliendo de la natural sencillez de hombres de aldea, se erigirian desde su humilde condicion en hombres de gobierno, en espíritus fuertes, poniendo en duda aquellas verdades, aquellos sanos principios, por cuya defensa hubieran dado ellos y sus ascendientes la vida.

Toda su ciencia se reducia á la práctica de las labores campestres, así como su historia se limitabá á la vulgar y tradicional del pais, y la de las familias mas notables del pueblo; el cura era su consultor y su oráculo, y solo este hombre versado en las letras sagradas y profanas, y algun otro vecino *erudito*, sabian que no lejos de aquellos campos, donde entonces pastaban pacíficamente sus ganados, se dió aquella célebre batalla, cuyo éxito acabó de decidir el destino del mundo; lid memorable en que la espirante libertad del pueblo romano, representada por un hijo del gran Pompeyo, los fieles patricios y las legiones mas fuertes de la república, compuestas en mucha parte de españoles, sucumbió ante el astro venturoso de César, recibiendo el golpe, que despues de la derrota de Farsalia acabó de asegurar el triunfo del imperio.

El pueblo se hallaba, ademas, como casi todos los de España, circundado de venerables memorias y vestigios de la antigüedad, y dominábalo un castillo derruido en su mayor parte, del tiempo de la dominacion africana; objetos de grande interés para los arqueólogos y viajeros; pero de los que así se curaban los naturales, como de los hongos que profusamente crecian en sus inmediaciones.

Era la caida de una hermosa tarde de primavera, en el año de 1795, cuando tres personas de distinto traje y apostura se dirigian con paso lento hácia el pueblo de que hemos hablado,

por una de las muchas sendas que á él conducian. El sol, cerca de su ocaso, bañaba con oblicuos resplandores el elevado Tajo: á los rumores del dia iba sucediendo aquel silencio misterioso que se estiende con las tinieblas por toda la naturaleza, como para anunciar la hora del reposo y de las graves y profundas meditaciones. Oíase ya distintamente el murmullo de los arroyos, el rumor del céfiro agitando suavemente las hojas, el susurro de los insectos bullidores, durante el dia silenciosos, el petulante graznido de las ranas y el lejano quejido de las aves nocturnas.

Ya entraban los desconocidos por el laberinto de callejones, formados de piedra seca, ó de vallados de pitas, que por lo comun guarecen los sembrados en la mayor parte de Andalucía, sin encontrar en su tránsito mas que algun descarriado arroyo, ó la rama de alguna higuera, que saliendo descortés al camino, obligaba á un prudente desvio al transeunte. Las frecuentes paradas y la accion de su diálogo bastaban para dar á entender, al que desde lejos los considerase, que algun asunto de interés los ocupaba. Uno de ellos, que denotaba por su fisonomía hallarse muy cerca de los sesenta años, vestia un traje pardo á la usanza del pais, que hubiera dejado entrever por la forma y calidad la condicion del que lo usaba, si su aire de distincion y buenos modales no lo indicasen. La espresion de su rostro era tan viva, sus ademanes tan enérgicos, que no era difícil tampoco sospechar en él una voluntad poco acostumbrada á doblegarse. Estas cualidades esteriores contrastaban visiblemente con la flema y sosiego de uno de sus dos interlocutores, que era el que parecia sostener con mas empeño el diálogo. Era este un hombre de corta estatura, obeso, pasicorto y de faz rubicunda, cuyo rico balandran, sombrero de canoa y alto y autorizado baston, daban sobradamente á conocer que era un eclesiástico de jerarquía. Su cara, entre grave y risueña, el tono sosegado de sus contestaciones y la espresion de sus ojos, reve-

laban una inteligencia mas que comun y un talento cultivado, aunque sazonado con alguna dósis de maligna propension á la burla. El tercer personaje era alto, de enjuto rostro, de adelgazada figura, de color mas tostado que moreno, de edad provecta, y cuyo aire meditabundo, así como lo conciso de sus razones, hacian ver que estas salian á tiempo de sus labios, y ya elaboradas por un reflexivo análisis y el hábito de la meditacion.

Ya se divisaba el campanario de la iglesia del pueblo, al mismo tiempo que los alegres cánticos de las mozuelas y la algazara de los muchachos anunciaban su inmediacion, cuando el segundo personaje de que hemos hablado, decia en tono festivo al primero:

—En desigual batalla me he comprometido con Vd., señor *D. Próspero.* Y llámola desigual, no porque desconfie de la bondad y temple de mis armas, sino porque contra todas las leyes y usos de la buena caballería, he tenido que habérmelas á un tiempo con dos tremebundos adversarios; pero yo apelaré en último estremo, y para equilibrar el combate, á todos aquellos hombres célebres que han apologizado, cantado y practicado la vida campestre, con sus costumbres pacíficas y sedentarias, sus inocentes recreos, y la plácida felicidad de las aldeas, y no, no serán ranas. Yo evocaré, en primer lugar, al patrono clásico de los labradores, al gran Triptolemo, y llamaré en mi ayuda á Caton, á Plinio, á nuestro paisano Columela; á Horacio y á Virgilio, y en pos de estas sombras respetables vendrán Tompson, Melendez y Delille; y si tales fuerzas no alcanzaren á darme el triunfo, vendrán tambien en mi auxilio cuantos aran y caban, y.......

—Con mucha jente decente y no poca de puños nos amenaza Vd., señor canónigo, contestó medio risueño el del traje labradoresco; pero ni su autoridad ni su número podrán dar mayor fuerza á sus razones. Que la vida del campo y el sosiego con que brinda convienen al hombre pacífico y exento de ambicion,

siempre que pueda libremente elegirla, es innegable; y yo mismo puedo suministrar de ello un testimonio; pero tambien es cierto que para poder conocer todo su precio, es necesario hallarse en estado de comparar el movimiento, las inquietudes, los azares de la vida, en general, fuera de este círculo pacífico; es decir, aquellas contingencias y trabajos que son inseparables de la mayor parte de las profesiones y carreras, con ese quietismo y bienaventurada ociosidad de la vida del campo. Si la ponderada de la Arcadia fuera realizable en algun rincon de la tierra, allí debieran acudir, si fuesen consecuentes, de tropel todos los filósofos del mundo. Pero, es el caso, que salvo algunos períodos de los tiempos patriarcales, segun la tendencia natural de los hombres, es tan impracticable el pensamiento, como querer realizar el absurdo sueño del famoso ***Pacto social***. No seria mala Arcadia, por cierto, la que formaríamos en estas breñas con las Filidas y Amarilis serranas; y el mismo inmortal escritor que puso en boca de su héroe el célebre panegírico de ***aquella edad y siglos dichosos***, viniendo á terrenos mas positivos, dice, cuando su héroe pasó de la locura andantesca á la pastoril, lo que basta para curar á los hombres de tales imaginaciones. Pero es resabio de los poetas, que son los entes mas estraños y distantes de la vida real, hablar en tono encomiástico y con aparente envidia de la vida campestre, ponderando la bienandanza de los que lejos de los negocios, se ocupan de sus heredados campos y sus bueyes; ni se tendrian por tales poetas, sin mostrar sus ribetes de bucólicos y pastoriles. Pero de botones á dentro era otro cantar, y poeta hay de esos que Vd. invoca, que se hubiera dado al diablo, si despues de haber cantado la vida campestre debajo de los dorados artesones y á la luz de elegantes candelabros, cogiéndoles la palabra, se les hubiese condenado á rabel y arroyuelo perpetuo, sin otra sociedad que la de los verdaderos pastores y labriegos. Vd. mismo, Sr. D. ***Laudio***, no querria trocar, no digo la poltrona de su estudio, pero ni el tallado asiento y la

fresca sombra de su coro, por los prados y umbrosos alcornoques de estas campiñas, ni preferiria los albogues de la sierra, por bien tañidos que fuesen, á la estrepitosa y fantástica armonía del órgano de su catedral.

—Pero, Sr. D. Próspero, interrumpió el canónigo apremiado por el último argumento, ¿y los Cincinatos, y los Dioclecianos, y.....

—Los Cincinatos, los Dioclecianos, señor D. Laudio, están de nones; y por cada rey, potentado, ú hombre de mundo que Vd. me cite á quien se le fuesen los ojos tras los verdores del campo, yo le opondré centenares que fingiéndose enamorados de la vida campestre, han hecho dos higas á cuantos prados y dulzainas hay en el mundo. ¿No es así, Sr. D. *Epifanio,*? dijo D. Próspero, que sentia ya desfallecer la vena de su erudicion.

—Para conocer el precio del descanso, contestó gravemente y en tono sentencioso el interpelado, es necesario haber conocido antes la fatiga: nunca es mas grato y apetecible el reposo del abrigado puerto, que pasada la tormenta y despues de haber corrido por entre sirtes y mares borrascosos. El campo y la soledad ofrecen un dulce refugio al que puede comparar sus ventajas con las vicisitudes y peligros de la vida comun. Mas para tener derecho á gozar este apetecido descanso, hay indudablemente deberes que llenar en la sociedad, aun para los que nacen en la opulencia y dueños de sus acciones. Ademas; ¿puede el hombre, en el estado actual del mundo, sustraerse de esa misma sociedad, de que es parte, y eludir las cargas que ella le impone? Y dado caso que todos pudieran seguir libremente esta propension natural del egoismo; ¿quién seria entónces médico, abogado, arquitecto; quién se consagraria al santuario, quién querria empuñar las armas en defensa de la patria? ¿Quién ejerceria las artes útiles, y las que, hijas de la imaginacion, sirven al ornamento y la comodidad en las grandes poblaciones, y concurren á realizar las sublimes concepciones

del hombre, á ensanchar la esfera de su saber, y, si se quiere, á alimentar un lujo, producto de la civilizacion, tolerable, y aun necesario en determinadas clases y circunstancias? Reconocida, pues, la necesidad de pagar este contingente al Estado, y supuesta la libre eleccion, la sociedad ofrece carreras y modos de vivir para todas las condiciones, ocasion de merecer, y tambien de adelantar en honra y medios de fortuna. Una de ellas es la ilustre profesion marítima, que tiene, entre muchas ventajas y excelencias, la de dilatar la esfera de los conocimientos humanos, con la variada observacion de los fenómenos naturales que presenta el océano, y la diversidad de climas y paises, supuesta una regular preparacion y la adquisicion de los conocimientos necesarios. Así, pues, Sr. D. Laudio, no puedo negar mi adhesion al parecer del Sr. D. Próspero, ni desaprobar su pensamiento de que nuestro querido Hernando, que tanta inclinacion muestra á esta carrera, á pesar de sus comodidades presentes y futuras, sirva honrosamente al Estado, siguiendo el ejemplo de algunos de sus antepasados, y que.....

—No mas, por Dios, señor anticuario; victor, Sr. D. Próspero, interrumpió entonces el canónigo, á quien se veian obligados á esperar de cuando en cuando sus compañeros de paseo; rindo las armas: acabo de convencerme de que no valgo dos ardites para la diplomacia, y voy al instante á volver á mi señora doña Clara los poderes que tan mal ha depositado en mí para la defensa de sus intereses maternales. Sea en buenhora Hernando marino, pues así parece lo quiere su estrella, y ojalá.....

El áspero chirrido de una carreta que ya les iba á los alcances por un lado, y por otra la grita y algazara de los muchachos que se solazaban á la entrada del pueblo, puso fin por entonces á aquella animada discusion.

Los tres personajes siguieron silenciosos en demanda de la casa del que ya conocemos con el nombre de D. Próspero, donde entraron á reposar; y despues que refrescaron con sendos

vasos de dulce naranjada, se separaron; el primero, para ocuparse con sus aperadores de las faenas del dia, y el canónigo y el anticuario, pues aun no lo conocemos bajo otro aspecto, para retirarse á una fresca sala de verano, cuyas ventanas daban á un fragante jardin, con el objeto de rezar juntos las horas canónicas; particularidad que debe inducir á nuestros lectores á admitir la sospecha de que si este grave personaje no pertenecia al órden de presbíteros, seria por lo menos tonsurado.



## CAPÍTULO II.

Una familia rica de lugar en España, á fines del último siglo.—Se bosquejan algunos caractéres.—Déjase entrever el héroe de nuestra historia.—Digresion sobre el sitio de Gibraltar.

*Sub viri potestate eris, et ipse dominabitur tui.*
GEN. CAP. III.

Debemos confesarlo: leyendo las páginas de la historia de la belicosa España, tan altiva y orgullosa en todo tiempo por su grandeza y el lustre de su pabellon, que ha plantado en los cuatro ángulos del mundo, tomando parte en tantos trastornos y revoluciones, en tantos amargos cambios de fortuna, en todas las conmociones que, desde un medio siglo á esta parte, sobre todo, amenazan destruirla, nada escita en nosotros un sentimiento mas profundo de conmiseracion que la vista del pabellon inglés, tremolando con tanta audacia en plena tierra española.
HENNET DE KESLER —*Gibraltar*.

Despues de la escena preparatoria con que nos hemos introducido en este drama anfibio, vamos á enterar á nuestros lectores de algunas particularidades de la familia con quien habremos de entablar por algun tiempo estrechas relaciones, dándoles á conocer sus diversos caractéres, con otras cosas tan curiosas como triviales y necesarias.

*Don Próspero Piélago y del Ponto* era uno de aquellos hombres que, nacidos entre comodidades, tienen designada desde la cuna, á falta de carrera, la ocupacion de toda su vida: esto es decir que era mayorazgo. No obstante, su educacion no fué tan descuidada como por su calidad, á juicio del vulgo, debia suponerse, ni lo hubieran permitido unos padres de buen juicio y medianamente instruidos. Adquirió los primeros rudimentos en un seminario de jesuitas, en cuya escuela fructificó su buena disposicion y natural, circunstancias á que debió, en años mas adelantados, con la conservacion de sus buenos principios morales y religiosos, la de algunos retazos de historia y de latin, y mucha aficion á la lectura. Aun no habia aparecido, afortunadamente en España el *periodismo*, ó por mejor decir, aun no habia adquirido el monstruo esas terribles dimensiones que tiene en nuestros dias, ofreciendo en su aspecto multiforme un cebo, pocas veces saludable, á la insaciable curiosidad que aqueja, desde los habitantes de la capital, hasta á los de los pueblos mas distantes é ignorados de la monarquía: así los aficionados de aquel tiempo á lo que ahora llamamos *política*, aunque en una acepcion mas lata y sublime, hacian toda su olla gorda con la inofensiva *Gaceta de Madrid* y el grave y diplomático *Mercurio*. D. Próspero, no obstante, sin renunciar á estas fuentes de ilustracion, daba su preferencia á la lectura de viajes y descubrimientos marítimos, favoreciendo esta aficion la circunstancia, que ya hemos insinuado, de contar entre sus ascendientes algunos ilustres marinos.

Tanto se cebó en esta lectura, á que le invitaban las largas horas del campo y la multitud de libros que de este jénero habia en la casa paterna, que aquella aficion vino á dejenerar en un exceso, que ninguna ocupacion ó asunto de familia fué bastante despues á contener. Tenia, por lo tanto, á grande honra su ascendencia marítima, y se envanecia, sobre todo, con el recuerdo de uno de sus antepasados, que decian habia acompañado al famoso Pero Niño en sus mas gloriosas campañas y escursiones

contra Inglaterra, y cuyo vetusto retrato, armado de punta en blanco, se conservaba con un respeto religioso en la parte mas evidente del hogar solariego.

Cualquiera diria al ver su casa llena de producciones y curiosidades marítimas; de loros, guacamayos y otros animales exóticos; de cuadros representando buques en todas posiciones, ó luchando con mortífero fuego; y, sobre todo, al oirle en su habitual y semitécnico lenguaje, hablar con propiedad de flotas y galeras, de viajes y encuentros navales, que el actual poseedor de aquellos objetos, habiendo navegado la primera mitad de su vida, con mejor acuerdo, habia trocado el culto azaroso de Neptuno por el tranquilo de Céres; pero la verdad del caso era, que nuestro D. Próspero no habia visto, fuera de las pintadas, otras *velas* que las de las aspas de sus molinos, otro *oleaje* que el de sus mieses, ni subido en mas *galeras* que las que solian transitar por la inmediata carretera.

Sostenia tambien esta inclinacion la circunstancia de tener un hermano, de algunos años menos, llamado *Bonifacio*, jefe de concepto en la Armada, el cual, despues de muchas navegaciones y trabajos, obtenido su retiro, se habia establecido en Buenos-Aires, casándose con una señora hermosa y rica del pais, de la que habia enviudado, dejándolo padre de una niña en tiernos años. Queríanse entrañablemente los dos hermanos: ni el tiempo ni la distancia habian debilitado su cariño, y ademas el marino, en una de sus vueltas á la metrópoli, habia sacado de pila al menor de sus sobrinos varones, llamado *Hernando*, por quien tuvo siempre una particular inclinacion. El lector, sin poner en aprieto su habilidad conjetural, habrá deducido fácilmente que este Hernando era el jóven objeto del diálogo crepuscular de que le hemos revelado una parte, y acaso el héroe de nuestra historia. No es, pues, de estrañar que movido de tan nobles estímulos, y tambien por sostenerle en ellos los consejos de su hermano, pensase D. Próspero en dedicar su segundo hijo á la marina; pensamiento que encontraba,

no obstante, á pesar de la entereza de su carácter, una fuerte oposicion doméstica.

Como sucede por lo comun aun en los mejores matrimonios, el carácter de su mujer *Doña Clara del Campo y Olivares*, presentaba un notable contraste con el suyo. Criada entre monjas, naturalmente pacífica y sedentaria, con sus humos de hidalga rica; sin conocimiento del mundo, acostumbrada á ver á todos ceder á sus deseos; por otra parte, escelente esposa y madre, en tanto que el pariente devoraba *Gacetas* y *Mercurios*, siguiendo el movimiento naval de Europa, ella se curaba tan solo del gobierno de su casa, de su jardin y bien poblada recoba y de sus árboles frutales, sin dársele nada de cuantas espediciones marítimas hubo en el mundo desde el tiempo de los argonautas.

La erudicion naval de D. Próspero no era lo mas á propósito para disipar la repugnancia de su esposa por las cosas marítimas, á las que profesaba, por el contrario, la mas decidida aversion, estando firmemente resuelta, desde que comprendió los intentos de su marido respecto de Hernando, á que este no pasase mas allá de las cercas que rodeaban la hacienda.

Acaso hubiera prevalecido y triunfado su deseo, sostenido con los derechos de esposa querida, poniendo en juego los efugios y enérgicos resortes del amor maternal, si la suerte no hubiese deparado otro temible campeon marino en la persona de *D. Epifanio del Maestral*, nuestro anticuario. Este, que, como saben nuestros lectores, era uno de los tres interlocutores del paseo vespertino, habia sido, desde que recibió las sagradas órdenes, capellan de Armada, y como tal navegado constantemente en todos los mares surcados por los buques de España: Español él á prueba de bomba, de cultivado injenio y muy apasionado por las glorias marítimas de su patria, habia hecho un particular estudio de su historia y de la arqueologia naval, á que era muy afecto. Su erudicion, que pecaba á veces por superabundante, arrancaba nada menos que del arca de Noé; y ha-

blaba del Vellocino y de la nave de Argos con tales pormenores, como si hubiese sido su capellan. Poseia curiosidades y manuscritos preciosos, y conservaba, sobre todo, con una especie de veneracion, una coleccion de medallas con atunes y naves rostratas, muy superior á veces á la cantidad de moneda corriente con que, en algunas épocas de su carrera marítima, habia contado para las necesidades menos clásicas, aunque mas positivas de la vida. Con un espíritu observador y nutrido con buenos estudios, tuvo la suerte de visitar los puertos del Mediterráneo, así antiguos como modernos, en aquellos tiempos en que gozamos de grande importancia en la Europa, y en que nuestras relaciones diplomáticas y espediciones científicas hacian muy frecuente la presencia de los buques de guerra españoles en aquellos mares; y vió *por sus propios ojos* al través de las aguas del antiguo Pireo, los restos sumergidos de las gradas de construccion de donde salieron indudablemente algunas de las naves que combatieron en Salamina; visitó y lloró sobre las ruinas, apenas ya visibles, de la excelsa Tiro; de aquella ciudad de bíblico renombre, que fué reina de los mares. Allí pudo contemplar con religioso estupor el fiel cumplimiento del tremendo vaticinio de Ecequiel, examinando aquel puerto, en otro tiempo animado con el movimiento y bullicio de las ricas flotas del rey Hiram, esportando los cedros del Líbano, el oro y la plata para el templo de Jerusalen, y con el concurso de las naves de todas las naciones marítimas del mundo; triste ahora y solitario, y solo transitado, casi á pié enjuto, por algunos pobres pescadores (*)!!...

Ademas de la complacencia que le causaba la vista de aquellos venerables monumentos, tambien encontró su patriotismo ocasion para gratas reminiscencias; pues desde el Estrecho hasta los confines del Mar Rojo, halló por todas partes recuerdos y testimonios de nuestras espediciones y glorias navales, así como

(*) Véanse las notas al fin del tomo.

de la actividad y estension de nuestro comercio. Pero, sobre todo, al surcar las aguas de Lepanto, su espíritu religioso naturalmente unido al amor patrio, gozó de una emocion sublime, representando á su memoria la sangrienta batalla que las armas de la cristiandad dieron en ellas al agareno; batalla gloriosa á todos los coligados, pero que subió de punto el poder español, cimentado ya en tantas lides navales; porque allí abatió el preponderante orgullo de los infieles, tremolando sobre la galera de su caudillo el estandarte victorioso de la cruz, quedando en adelante asegurada nuestra preeminencia marítima. Los viajes que hizo á las Indias Orientales y Occidentales le ofrecieron igualmente vasto campo á sus estudios y pábulo á su admiracion y patriotismo, enorgulleciéndose de pertenecer á una nacion que adornaban y ennoblecian timbres tan antiguos y gloriosos.

Don Epifanio habia hecho algunas campañas con el hermano de D. Próspero, marino, como ya dijimos, ilustrado y de concepto; y cierta conformidad de principios y la comun aficion al estudio, estrecharon entre ellos una sincera amistad; y este fué el oríjen de sus relaciones con la familia, donde era justamente apreciado; y cuando ya cansado de sus navegaciones pensó dejar el servicio, prefirió á la honrosa colocacion que por aquel tiempo obtenian los que se retiraban del penoso de capellanes de Armada, la oferta que D. Próspero le hizo de su casa, significándole al mismo tiempo con franqueza el deseo de de que tomase á su cargo la instruccion del menor de sus hijos. Ansioso de retiro y descanso, y amigo siempre del estudio, don Epifanio se prestó gustoso á esta invitacion, y poco tardó en concebir por Hernando un particular cariño, á que el buen natural de este jóven, á la sazon de doce años, su claro injenio y docilidad, lo hacian acreedor. Con tan felices disposiciones fácil le fué inspirarle gusto y aficion por el estudio, y fortaleciendo, sobre todo, su piedad, é inspirándole sentimientos de honor y patriotismo, logró que, al cumplir los quince años, que era con

corta diferencia su edad en la época en que comenzamos nuestra historia, presentase ya todas las buenas cualidades que constituyen á un jóven apto para emprender una brillante profesion.

Tres eran los vástagos con que el cielo habia favorecido aquel pacífico matrimonio; *Enrique*, *Hernando* y *Leonor*. Dedicado el primero como primojénito, y por inclinacion, al cuidado de sus bienes y haciendas, ninguna duda ni cuestion podia ofrecerse acerca de su futuro destino; y la hermana, á la sazon en tiernos años, asistia á la enseñanza de unas monjas, de cuyo convento, que se hallaba en el mismo pueblo, era superiora una parienta próxima de la familia, recibiendo, con las habilidades y primores propios de su sexo, una instruccion religiosa que fructificaba admirablemente á favor del bello natural de aquella interesante niña. Así, pues, nuestro Hernando, por su calidad de *segundon* de una casa rica, habia venido á ser la sola nube de aquel cielo imperturbable, la manzana de la discordia y el único *cassus belli* de aquellos escelentes cónyujes.

Entre la gente de servicio se distinguia notablemente, por su confianza con los amos, la *señora Mónica*, actual ama de llaves y antes nodriza de Hernando. Era esta una mujer sana, simple, curiosa, crédula, supersticiosa, asustadiza, interesada y rezadora por demas. A tan armónico conjunto de cualidades unia la de ser viuda, mas cerca de los cincuenta que de los cuarenta, y tener un hijo, asaz mal inclinado, algo mayor que su hermano de leche, á quien llamaban *Paquito*. Preciso será que aquí espliquemos, con la posible concision, la procedencia de esta mujer; figura, aunque accesoria, de cierta importancia en nuestra historia.

La señora Mónica nació en un pueblo marítimo, cuya feliz cercanía á la plaza de Gibraltar ha proporcionado á muchos de los habitantes de aquella comarca el medio de evadirse de la dura ley impuesta á nuestros primeros padres á su trascendental espulsion del paraiso terrestre, ofreciéndoles una ocupacion

algo mas lucrativa que el cultivo de sus campos, y la esplotacion de sus minas de hierro y de grafito. Su padre, viudo ya desde los primeros años de su matrimonio, hombre de mar y de carácter duro y temeron, era uno de los principales ajentes y directores de aquella honrada industria, y tenia por socio y corresponsal en la plaza al *Sr. Giuseppe Galuppio y Malatesta*, entre genovés y judío, rata vieja de aquella Babel de jente *non sancta*, ajente universal de negocios, trujaman, con tendencias de pirata. El comercio que civiliza, que crea las relaciones y estrecha los lazos de las sociedades, produjo este grande efecto confundiendo los intereses de personas tan distantes y heterojéneas como el *Sr. Gestas Andullo* (a) *Melindres* y su digno corresponsal. A favor de esta íntima relacion y afinidad de intereses, pudo conocer el Sr. Giuseppe en una de sus *recaladas* sobre la costa á Mónica, moza todavía, que, á pesar de no ser una belleza y de contar ya sus treinta abriles, logró con su talante y travesura rendir la voluntad de aquel filisteo. Hombres del temple y ocupaciones de Galuppio tienen poco tiempo que dedicar á sus contratos, y así la pidió desde luego por esposa á su socio, proposicion que aceptó este gustoso, sin detenerse tampoco en consultar la voluntad de su hija, arreglando el negocio á la usanza de los príncipes, y tanto mas á su gusto, cuanto que en el contrato matrimonial, resultaban transigidas y solventadas en su pro algunas partidas de que se hallaba en obligacion para con la sociedad. Mas traidos los novios á vistas, la mala catadura del genovés puso á punto de romperse las capitulaciones. Verdad es que Galuppio era una especie de sayon mal agestado, de vista torva, moreno y patizambo; amen de un chirlo que diagonalmente le cogia desde la sien izquierda, haciendo de paso en la nariz una hendidura que daba á esta importante proeminencia una forma bifurcata de mal ver, si bien este defecto, adquirido en un abordaje con un buque del resguardo, daba á su fisonomía un aspecto verdaderamente marcial é imponente. Pero Mónica, incapaz de apreciar estas ventajas, hizo por lo pronto mil melin-

dres y aspavientos, sin que los halagos ni las amenazas brutales del padre, alcanzasen á domeñar la aversion de la asustadiza doncella. Mónica, no obstante, tenia su lado vulnerable como Aquiles; y luego que, pasada la primera impresion, hizo el galante novio, sin curarse de aquellos desvíos, reseña y alarde de ciertas telas y encajes con otras preseas de relumbron, no profanadas por las miradas impertinentemente analizadoras de los empleados del fisco, que destinaba para regalo de bodas, columbró de un golpe la sagaz soltera las ventajas de una vida independiente y un mundo de goces en lontananza; y ya miró con menos horror la figura de su futuro. Por último, despues de algunos dengues y lloramicos hechos *pro forma*, rindióse al fin aquella Dánae zahareña, cediendo á la blanda lluvia de las dádivas y regalos. Hecha la boda, vino Galuppio á dividir su residencia entre la casa de su suegro y Gibraltar, donde, como centro y foco de todos los armamentos y especulaciones, era necesaria su presencia. Dotada Mónica de un espiritu sagaz y mercantil, fué muy útil en las operaciones clandestinas de su comercio, sin que en ello se alarmase su dócil conciencia: así es, que cuando se hallaba próximo algun alijo de importancia, encendia sendas luces á las ánimas del Purgatorio, ni mas ni menos que la tia *Pipota*, la vieja buscona del colegio de Monipodio, ponia, en casos análogos, candelicas á las imájenes de su devocion.

Añadiremos, respecto de *la posicion* del Sr. Giuseppe Galuppio, que el comité directivo de la plaza, centro permanente de hostilidades contra nuestra hacienda, justo apreciador de su rara habilidad para los negocios, solia valerse de él, poniéndolo en contacto y relacion con los principales ajentes de esta industria, rama bastarda de ese poder colosal y soberano que con el nombre de *comercio* impera en los dominios ingleses sobre los demas poderes y órdenes del Estado, y hasta ha hecho callar en ocasiones la pública moral; circunstancia de que el ladino genovés sabia utilizarse en gran manera.

Tal era, en efecto, su posicion, cuando las novedades y su-

cesos que sobrevinieron en aquella plaza, le hicieron figurar de una manera que vamos á referir, así por ser cosa que atañe al noble consorte de la señora Mónica, personaje interesante de nuestra historia, como por la parte gloriosa que tuvo en ellos, proveyendo un incidente episódico en un grande acontecimiento militar de aquella época. Hablamos del famoso sitio de Gibraltar, período curioso de nuestra guerra con Inglaterra en el año de 1778. Nuestros lectores nos permitirán que, uniendo las cosas pequeñas á las grandes, nos detengamos algun tanto para darle á conocer algunas particularidades de este ruidoso hecho militar y marítimo.

Pocos meses habian transcurrido despues de celebrada una liga ofensiva y defensiva entre España é Inglaterra, cuando los desleales manejos de esta falsa amiga hicieron descubrir á Floridablanca sus mal cubiertos intentos de invadir las islas Filipinas. El celoso ministro hizo ver al buen rey Cárlos III la necesidad de prevenir sus arterías, y en consecuencia dictó sus disposiciones para la reunion de nuestra escuadra con la de Francia, á la sazon en guerra con aquella potencia, lo cual produjo un total de fuerza de 66 navíos, 36 de los cuales eran españoles. Declarada la guerra, nada menos se propuso aquel escelente español que invadir la Inglaterra, sitiar á Gibraltar y desalojar á los ingleses de los vastos establecimientos que habian formado en la costa de Campeche, bahía de Honduras y pais de Mosquitos; atacar la plaza de Panzacola y otros fuertes para reintegrarse de la Florida, y, por último, recuperar la isla de Menorca. El éxito coronó la mayor parte de estas empresas, siendo la mas brillante de todas la reconquista de esta isla, que volvió á nuestro poder despues de 64 años de dominio por parte de los ingleses. Tomada posesion en 6 de febrero de 1782, y resuelta la espedicion contra Gibraltar, se dirigieron aquellas fuerzas victoriosas, compuestas de españoles y franceses, á formalizar el asedio, bajo el mando del duque de Crillon, teniente general francés, que desde el año de 1762 se hallaba al servi-

cio de España, y cuyos recientes triunfos sobre Menorca daban lugar á suponer en él la capacidad y dotes necesarios para aquella empresa. Fué, por fin, asediado aquel célebre promontorio, término meridional de Europa y parte integrante de la Península ibérica, que desde 1704, y á favor de una usurpacion maquiavélica, cohonestada en un principio con el pretesto de depósito verificado en nombre de España por los ingleses, ha permanecido en su poder, como legítima propiedad, con menosprecio de todo derecho y razon. Así el Peñon ha venido á ser un vergonzoso padron plantado en el mismo solar hispano, para recordar perpetuamente á los descendientes de aquellos cuya espada estendió de un modo que parece fabuloso los límites de la española monarquía, aquella lamentable y vergonzosa usurpacion; para cerrar á su placer el Mediterráneo á todas las naciones marítimas, y hacer de aquel peñasco un depósito y centro de contrabando en detrimento de nuestra industria.

Emprendióse, pues, el asedio por mar y tierra en 23 de junio de 1779 con notable ardor, aunque haciendo alarde de una imprudente seguridad en el resultado. La lijereza y nimia confianza, propias del carácter francés, invadieron el campo y aun influyeron, á despecho de sus principales y mas esperimentados jefes, hasta en el mismo consejo directivo, prevaleciendo, en no pocas ocasiones, sobre la cordura y sensatez española. Los cánticos, los festines y la alegría reinaban en el campo, y un historiador francés contemporáneo llega hasta decir, ponderando el buen humor de los sitiadores, que *las baterías de cocina hacian tanto ruido como las de artillería.* Las baladronadas estaban, por tanto, á la órden del dia; se propuso, entre otros proyectos peregrinos, atacar sin mas preparativo por el lado de la Puerta de tierra, y apoderarse, espada en mano, del Peñon. Por último, corrió, haciéndose general en el campo, la idea de que los ingleses, cansados ya de tanta encerrona, solo esperaban una ocasion para rendirse con honor.

Esta falta de concierto y de aplomo en empresa de tal mag-

nitud, era un resultado natural é inevitable de aquella jactancia y vanagloria, y de no pocas intrigas, rivalidades y desconfianzas recíprocas, suscitadas entre los hombres mas autorizados é influyentes de ambas naciones.

Defendia la plaza el general Elliot, célebre por su capacidad y valor militar, y supo aprovechar todas las ventajas que podia dar á una guarnicion esforzada, contra unos enemigos que se batian casi á pecho descubierto, una montaña escarpadísima, cercada de peñascos y de baterías.

Toda la Europa fijó los ojos en el célebre Peñon tenido por inespugnable, y no pudo menos de admirar los recíprocos esfuerzos de sitiadores y sitiados, durante los tres años y meses que, con mas ó menos calor, se sostuvo aquel sitio memorable, en que 400 piezas de artillería de grueso calibre, cruzaban sus mortíferos fuegos. Entonces se hizo el ensayo de las famosas flotantes, invencion de un ingeniero francés, llamado *Mr. d'Arzon*, que debian ser incombustibles é impenetrables á las balas, á favor de ciertos embonos de corcho y de madera, y de un depósito de aguas interpuesto en sus costados, mantenida siempre en circulacion; invencion juzgada y condenada acaso con injusticia, y que el éxito no dió lugar á apreciar debidamente. Atacada por su medio la plaza, por la parte de la mar, y hecha una fuerte diversion por la de tierra, y practicada la brecha, debian dar las tropas el asalto, tomando tierra en embarcaciones menores dispuestas al efecto. Verificóse el proyectado ataque el dia 13 de setiembre, y situadas las flotantes, comenzó su fuego que fué contestado por los ingleses con uno vivísimo de bala roja, sin que estos consiguiesen de modo alguno incendiarlos, y no es posible asegurar cual hubiera sido el resultado de aquel ataque, si el aturdimiento que se apoderó de los que tripulaban y guarnecian el flotante en que estaba el mismo ingeniero inventor, que empezó á arder por haberle faltado interiormente el agua, no se hubiese comunicado á la demas fuerza, introduciendo un espantoso desórden. Se dieron órdenes que

fueron mal entendidas y peor ejecutadas, y pudiendo, acaso, haber retirado con valor y serenidad las flotantes, fueron entregadas torpemente á las llamas.

Durante el tiempo que duró este famoso asedio, fué precisamente cuando nuestro genovés dió pruebas de su habilidad sirviendo de espía á los ingleses, por su facilidad en introducirse, por vías á él solo conocidas, en el territorio español, adquiriendo noticias y llevando avisos puntuales de los preparativos y operaciones del campo hispano-francés. Pero es el caso que el Sr. Galuppio creyó muy venial, y hasta cierto punto equitativo, hacer el mismo servicio al general español; mas como este doble tráfico y manejo, sospechado de los ingleses, no fuese muy de su gusto, creyeron que seria muy lójico y de buen ejemplo, á la par que un episodio á propósito para disipar el *spleen*, que ya se iba apoderando de la guarnicion, colgar al Sr. Giuseppe Galuppio y Malatesta de un pescante en la Punta de Europa, como el lugar mas evidente y ventilado del mundo marino; pero poco afecto á publicidades, prefirió el buen genovés á aquella exhibicion intempestiva y de mal gusto, poner pies en polvorosa, lo que logró, avisado oportunamente por sus amigos, usando á tiempo y con diliјencia en las avanzadas, del salvoconducto de que estaba provisto, escurriéndose bonitamente en el campo enemigo.

Abandonado, por fin, el sitio, sin otro resultado útil que el haber sujerido al célebre Mongolfier la primera idea del globo aerostático (*), y no pudiendo Galuppio volver á la plaza sin esponerse á pesadas esplicaciones con sus antiguos amigos los ingleses, hubo de contentarse con solo las *relaciones esteriores*, montando, por lo pronto, una valiente barca armada en corso, en la que, ayudado de otros compañeros de brio, se dedicó á hacer, por via de ínterin, algunas visitas domiciliarias á los mercantes ingleses, ó á los que daba por tales, hasta que en uno de

(*) Véanse las notas.

aquellos encuentros, obligado á huir de noche de una goleta inglesa que le iba á los alcances, dió al través en la costa de Tetuan, donde perecieron todos aquellos nobles aventureros. Así, pues, quedó la buena Mónica viuda y con un hijo de pocos meses, y no muy sobrada de recursos, merced á las quiebras y malandanzas de su asendereado consorte.

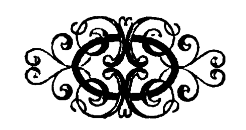
Por este tiempo acababa de dar á luz Doña Clara su segundo hijo, que es el héroe de nuestra historia, y no permitiéndole su delicada salud criarlo, le fué recomendada la señora Mónica, la cual, viéndose privada á la vez de su padre y su marido, deseaba una decente colocacion. Este fué el orígen de sus relaciones con la familia de D. Próspero, á cuya casa se trasladó desde luego con su hijo Paco; donde con el trato y con el tiempo adquirió aquella confianza, que es consiguiente á las interesantes funciones fiadas á su cuidado y desvelo, gozando ademas del regalo y provechos nada escasos en una familia rica y garbosa por carácter. Pasados los años que se deducen de nuestra narracion, es decir, á los diez y seis de su viudez, se hallaba poseedora de un decente gato bien provisto de moneda, amen de mucha y buena ropa; lo cual hacia de la verde viuda un partido tentador en el lugar y contornos.

Por último, una cocinera con otros mozos y criadas de servicio completaban el personal de esta casa, que, salvo el exótico gusto por las cosas marítimas de su amo y la disidencia conyugal que de vez en cuando producia aquella aficion, era en lo demas, lo que puede imaginarse que debia ser la cómoda y tranquila residencia de un hidalgo rico en España, esencialmente dedicado al cultivo y labor de sus haciendas. Así, las presuntas intenciones del amo, respecto de la carrera á que se destinaba su hijo menor, muy querido de todos, eran el asunto comun de las conversaciones domésticas, y no se hacian mas capítulos y comentarios sobre este probable acontecimiento en la sala de estrado, que en la gran cocina, punto de reunion de la gente de escalera abajo, así como de los aperadores, labriegos y veci-

nos, que tambien asistian y solian terciar con sus discursos en aquella grave asamblea.

Tales eran las circunstancias de la familia de que nos ocupamos, cuando D. Próspero, llevado de su inclinacion por las cosas marítimas y tambien de otras sólidas razones, viendo la buena disposicion de su hijo Hernando, habia empezado á insinuar sus intenciones. Esta fué la señal de aquella disidencia que, si no turbaba en el fondo la paz conyugal, alteraba la acostumbrada buena intelijencia entre ambos esposos. Doña Clara, cabeza y jefe de aquella oposicion femenina, contaba como poderosos auxiliares á toda la servidumbre sargenteada por la señora Mónica, doblemente interesada en su triunfo; y por fuera con el poderoso ascendiente de la parienta superiora del convento, de quien ya hemos hablado; y con tales medios esperaba superar lo que miraba como una manía de su cara mitad. El estremado cariño que profesaba á Hernando, le daba las fuerzas necesarias para arrostrar toda clase de desagrados; y ya habian ocurrido mas de cuatro esplicaciones poco satisfactorias entre marido y mujer, cuando la suerte le deparó otro auxiliar inesperado en la persona de *D. Laudio de la Regalada*, canónigo de la catedral de Córdoba, grande amigo de la familia. Habia este por costumbre venir, por la temporada de los baños, á probar la influencia y virtud de unas aguas minerales de gran nombradía, cuyo manantial se hallaba á corta distancia del lugar. Inclinado por carácter al reposo y la vida pacífica, no creyendo de absoluta necesidad que Hernando, atendidas las conveniencias de la familia, se dedicase á una carrera tan llena de azares y privaciones, entró fácilmente en la liga de Doña Clara formando con ella y la madre monja un cuerpo fuerte de oposicion, que esperaba dar al traste con los proyectos marítimos de D. Próspero; y fué nombrado, desde luego, y revestido de la suficiente plenipotencia para llevar autorizadamente la palabra en aquel negocio. Aunque hacia pocos dias de la llegada del canónigo, puesto ya al corriente en los asuntos internos de la familia y con oca-

sion frecuente, le fué fácil suscitar las esplicaciones que deseaba. Durante el paseo de que hemos hablado en el anterior capítulo, tuvo lugar la conferencia cuyo final referimos, y en la que, segun han visto nuestros lectores, no quedaron muy bien paradas las fuerzas destinadas á lidiar contra Neptuno y sus auxiliares.



# CAPÍTULO III.

Disturbios domésticos.—Conspiracion femenina, y nuevo ataque combinado contra D. Próspero y Neptuno.—La llegada del correo decide la cuestion en favor del dios de los mares.

> Oh si nadie con los remos
> Jamás hubiese movido
> El hondo mar, y la nave
> Sepultasen sus abismos!
> . . . . . . . . . . .
> ¡Ay! que por tí, prenda amada
> Estaré en susto continuo
> Si el céfiro sopla, el noto
> O el Aquilon aterido.
> —
> No verás allí ni selvas
> Ciudades, ni caseríos;
> Cielo y agua, y agua y cielo
> Y siempre verás lo mismo.
>
> OVIDIO. *Elegia XI, libro II.*

Cuéntase que las madres lacedemonias, al salir sus hijos para la guerra, les presentaban el escudo, y exhortándolos á ser valientes en la pelea, concluian apostrofándolos con aquellas famosas palabras: *Vuelve, hijo mio, con él ó en él.* Aunque no somos ciegos encomiadores de las costumbres de Esparta, confesamos que el sentimiento de sublime patriotismo que estas palabras encierran, escita nuestra admiracion. Pero, sin dejar de tributar el homenaje y elogio debido á aquellas mugeres esforzadas, no solamente estamos muy distantes de exigir en los casos comunes esta abnegacion, este sacrificio del amor maternal, sino que hallamos, por el contrario, muy natural, muy disculpable, la debilidad, si así podemos llamarla, de una madre que

tiembla, no solo por los riesgos á que va á esponerse, sino á la sola idea de peligro que pueda correr el caro objeto de su amor.

A la madre de Hernando no le habian pedido un hijo para defender los patrios hogares, ni la amenazada independencia de su pais; la ocasion de gloria no se presentaba tan inmediata y evidente que pudiese el patriotismo ó el entusiasmo contener en su pecho la dulce é irresistible voz de la naturaleza. Su oposicion era, pues, muy natural y disculpable, tratándose de una carrera en que su hijo Hernando iba á arrostrar, á su parecer sin necesidad, todos los azares y peligros de que la fama rodea la vida de los marinos; y nada estraño es que, teniendo que habérselas con el carácter firme y decidido de su cónyuge, y que luchar contra su prevencion á favor de las cosas marítimas, hubiese llamado como ayudas y sostenedores las fuerzas de que hemos hecho reseña y alarde en el capítulo precedente.

Pocos dias habian transcurrido desde la conversacion que hemos referido, habida de vuelta del paseo entre D. Próspero, el canónigo y el capellan, durante los cuales una de las partes beligerantes, viéndose amenazada de una derrota, se ocupó en organizar nuevos medios de resistencia. En verdad que si el número hubiese de decidir del éxito en las luchas humanas, todas las probabilidades del triunfo estaban, á no dudarlo, en favor de Doña Clara. Ceñido, por otra parte, D. Epifanio á profesar sin alarde sus opiniones favorables á la carrera marítima, dejaba discretamente en libertad á Doña Clara, para usar de sus derechos maternales, debatiendo con su cara mitad el pro y el contra de esta grave cuestion doméstica; en tanto que en la cocina, foco activo de insurreccion contra los deseos del amo, la oposicion se mostraba mas osada y altanera que de costumbre. Neptuno no hubiera salido, por cierto, bien librado entre los cazos y asadores, á pesar de contar con un campeon en la asendereada persona de Guzman, mozo de cuadra, pero en cuyo brazo se veian incrustados una sirena con otros dibujos y símbolos marítimos, claros indicios y testimonios de su anterior vida y profesion.

Hallábanse un dia, despues de comer, amos y huéspedes, hablando de sobremesa y discurriendo sabiamente acerca de la batalla de Salamina y el verdadero mecanismo de las triremes en la marina de los antiguos, haciendo el gasto con su inagotable erudicion D. Epifanio; Doña Clara bostezaba con señales visibles de displicencia, y ya iba á levantarse, cuando el anuncio de un emisario de las madres monjas detuvo sus pasos. Introducido el místico heraldo en el comedor, puso sobre la mesa con risueña faz una gran cesta de fruta cubierta de flores, y entregó una carta á D. Próspero. Ya al reclamo de la llegada del mensajero habia acudido el ama de gobierno, prevalida de la confianza que la dispensaban, colocándose al lado de Doña Clara. Las criadas, atraidas por la curiosidad, observaban agrupadas á una respetuosa distancia.

La carta era de la anciana y achacosa tia, superiora de las monjas, de quien ya hemos hecho mencion, persona muy discreta y considerada de la familia; y fué leida en alta voz por D. Epifanio, lector de tabla en tales ocasiones.

La respetable monja, alarmada con la noticia del proyecto de D. Próspero respecto de su hijo Hernando, tan querido de toda la familia, hacia por sí y en nombre de ella, una llamada á sus sentimientos y amor de padre, manifestándole cuán temerario era y contra Dios buscar sin necesidad los peligros; sobre todo, los que la mar ofrece, no solo para la vida, sino tambien por lo tocante á las costumbres y la salvacion, partiendo del principio y persuasion la buena madre, de que el estado y vida de los marinos, segun es fama, se resienten mas que otro alguno de la incredulidad, y dan mayores ocasiones para el pecado que cuantos la sociedad y el mundo ofrecen, haciendo á este propósito la curiosa observacion de que, habiendo santos de todas las profesiones, no se hallaba uno solo en el calendario procedente de aquella. Que contando con bienes de fortuna, pareceria doblemente injustificable su temeridad, pues dado caso que quisiese, á todo trance, darle una ocupacion ó carrera, podia escojerla entre las profesiones tranquilas y sedentarias,

y sobre todo, en tierra firme. Corroboraba sus asertos y persuasiones con ejemplos y testos sagrados, y concluia conjurándole fervorosamente por sí y en nombre de la familia y demas parientes, alborotados por tan estraña é intempestiva resolucion respecto de su querido Hernando, que desistiese de ella como de una mala tentacion, y así quedaba pidiendo á Dios se lo inspirase, etc.

Despues de la lectura de la carta, las diversas personas que se hallaban presentes, distintamente interesadas, formaban un cuadro mudo de varia y singular expresion. Doña Clara miraba á su esposo entre recelosa y confiada. Don Epifanio, verdadera efigie de Harpócrates, permanecia inmóvil y silencioso, en tanto que D. Laudio, obligado á mirar á alguna parte durante aquel embarazoso silencio, contemplaba la hermosa canasta de fruta. La señora Mónica, con mirada socarrona y asomando una risita de triunfo, tenia los ojos clavados en el grave y mesurado D. Epifanio, en tanto que los demas oyentes formaban en segúndo término.

Don Próspero, protagonista de aquella escena, objeto de todas las miradas, sufria en aquellos momentos un combate interior, entre su deseo de llevar á cabo su plan de carrera para Hernando, y el afecto y consideraciones que debia á su esposa y á su alborotada parentela, en cuyo nombre y representacion le hablaba la venerable monja en su carta. Y puesto en el conflicto y difícil posicion de un ministro á quien interpelan de improviso, discurria para sí sobre el modo de eludir ó emplazar la cuestion, cuando recordó felizmente otras cartas venidas por el correo, que habia dejado sobre la mesa de su despacho, las cuales traidas y puestas á disposicion del capellan, escogió este una algo abultada, que por el sello mostraba proceder de América. Emplazado así el negocio á favor de esta hábil transicion, y abierta la carta se vió ser del hermano marino, y que estaba concebida en estos términos:

Buenos-Aires 10 de febrero de 1795.

Amado Próspero: Despues de muchos meses de carecer de tus noticias, sin respuesta á varias cartas que te he dirigido, te envío esta por un buque que á favor de la paz sale para Cádiz en derechura.

Ya por mis anteriores te supongo instruido del funesto suceso de la pérdida de mi amada Rosa. Si la suerte me fué favorable en mi larga carrera marítima, si á ella he debido honores y un holgado pasar en este hermoso pais con otras satisfacciones de familia, aquel duro golpe acaba de echar por tierra el edificio de mi ventura, desvaneciendo á la vez todas mis ilusiones y esperanzas. Solo con mi pequeña Leonor, lejano de mi patria y de mis parientes, ¿de qué me sirven los bienes de fortuna? Un vacío inmenso me rodea, mi corazon busca en vano seres que correspondan á mi afecto y con quienes comunicar mis sentimientos; y á no ser por la familia de mi difunta esposa que divide conmigo la amargura causada por su pérdida, me creeria mas aislado que si me hallase solo y errante en las dilatadas pampas de estas regiones. Mi edad, los achaques que sabes he contraido en mis largas navegaciones, y los compromisos que me ligan á este pais, hacen muy difícil el deseado regreso á la madre patria; y todas estas causas y razones me mueven á insistir en lo que varias veces te he insinuado, sobre el envío de alguno de mis sobrinos para consolarme y dividir conmigo el cuidado de lo que ha de ser probablemente de ellos un dia. Y á este propósito, ¿no pensabas en dedicar á la carrera marítima á uno de los dos varones, á mi ahijado Hernando, si no me engaño? Semejante proyecto es digno de ti, y el mas propio para conservar el lustre de nuestra familia. Nuestros antepasados, como buenos españoles, tuvieron á mengua permanecer ociosos y oscurecidos en un rincon de sus haciendas, y prefirieron, la mayor parte,

á la comoda holganza, el prestar sus servicios á la patria, buscando y adquiriendo nuevas glorias que unir á sus blasones. Siempre te aprobé este pensamiento, y te confieso que seria para mí de una gran satisfaccion, en medio de mis penas, el ver á mi sobrino con el uniforme de la Armada.

Escuso decirte mas sobre este pensamiento: sé que miras bajo el mismo punto de vista que yo esta honrosa carrera: conozco tu loable aficion al estudio de nuestra historia y glorias marítimas, y que estás persuadido, como no puede menos de estarlo todo español ilustrado, de que la marina ha de ser en todo tiempo para España el elemento y el medio de su prosperidad; que ella debe crecer en la misma proporcion que sus dilatados y remotos dominios; así como que su propia grandeza le ha de suscitar la emulacion de otras naciones; y, por último, que el descuido ó la indiferencia en tal asunto, por parte del gobierno español, dando pábulo á ideas desleales excitadas y sostenidas por estrañas influencias, podrá poner en peligro de ruina su actual grandeza y poderío.

Estas verdades se ignoran, ó no inspiran grandes recelos en una corte, donde, acaso en estos momentos, se intriga para distraer al gobierno de sus verdaderos intereses, y de esa vigilancia que no debia dejar de egercer sobre estas remotas posesiones. Quiera Dios que este olvido no traiga en pos de sí, mayores síntomas y amagos de peligro: yo oigo rugir sordamente la tormenta: la Inglaterra, nuestra constante é insidiosa rival, alienta la deslealtad en pechos ambiciosos, y llevando por todas estas regiones sus astutos agentes, sacrificando á sus miras comerciales toda justicia, atiza el descontento, alienta las esperanzas de una independencia que les presenta como un porvenir lleno de ventura, brindándoles solapadamente con una emancipacion que ellos han condenado y combatido en sus colonias, prometiéndose esplotar en beneficio propio su disidencia.

Estos temores, que algunos graduarán de visiones, son hijos de mi amor á la patria, y participan de ellos los que como

yo observan la conducta y manejo de esos ambiciosos insulares en todos los puntos que frecuentan de nuestras posesiones ultramarinas. Que el gobierno del rey redoble su celo y cuidado por estos envidiados paises, ganados á costa de tanta sangre generosa: que mande con frecuencia fuerzas navales que los visiten, que impongan con su presencia á los intrigantes y los traidores; que vean ondear por donde quiera el pabellon español que aquí tremolaron con tanta gloria nuestros abuelos; procúrese, sobre todo, que tengan segura y puntual observancia las sabias y equitativas leyes de Indias, esas leyes tan humanas que tanto propenden á dulcificar en nuestras colonias la suerte de los indíjenas, que tan notable contraste ofrecen con la dureza, la injusticia y la inhumanidad de otras naciones colonizadoras de Europa; púrguense las Américas de malos empleados, de autoridades codiciosas é imprudentes, y así podrán sofocarse los gérmenes de la revolucion, que con tanta perseverancia como astucia atizan nuestros enemigos.

Tú, amado Próspero, que me conoces, disimularás este desahogo, hijo de mi celo por nuestra honra y de un sincero intéres por el bien y la paz de estas hasta aquí tranquilas regiones. ¡Quiera el cielo que permanezcan tales y alejar los males que tan de cerca las amenazan!....

Lo demas de la carta se reducia á asuntos puramente de familia ó de intereses.

Difícil cosa seria pintar con exactitud la impresion causada por la lectura de ambas cartas en todos los presentes; el cambio gradual de las fisonomías, causado por el contraste de sentimientos producidos por la apremiante reconvencion de la escelente priora, y el fervor patriótico y noble indignacion que respiraba contra los enemigos del Estado el respetable marino. Diremos, no obstante, que el semblante de D. Próspero, despues de espresar un combate interno de afectos, en que dominaba la entereza de su carácter y la rigidez de sus principios, se animó con el fuego de una noble indignacion, hija de su verdadero

patriotismo y del celo por la honra de España, al oir las sentidas reflexiones de su hermano, y los tristes pronósticos con que terminaba su carta, demasiado probables y fundados, por desgracia. D. Epifanio, durante la lectura, solo dejó notar por algun gesto, casi imperceptible, la misma indignacion. Doña Clara, con su buen discernimiento y escelente índole, comprendió desde luego que su causa estaba fallada, y manifestó en su fisonomía las señales de una dolorosa resignacion. Por último, la señora Mónica, á quien no se habia ocultado el fatal efecto de la inoportuna epístola del tio indiano, oia con semblante abatido su lectura; pero vino á acabar con su ánimo, inspirándole una supersticiosa inquietud, la vista de un cuervo que por tres veces cruzó por delante de la gran ventana que daba al campo, haciendo sombra con sus negras alas sobre la mesa y las caras de los presentes.

El canónigo, movido de los mismos sentimientos que don Próspero y el capellan, y comprendiendo al través del mudo semblante del primero lo inexorable de su resolucion, rompió aquel silencio haciendo un sincero elogio de los sentimientos del hermano marino, conviniendo en la necesidad de atender prontamente por el gobierno de España al cuidado de sus colonias y al fomento de su Armada; elogió de paso la honrosa profesion marítima, concluyendo con reconocer (haciendo alusion á la carta de la priora) que los que se dedicaban á ella, lejos de esponerse á la impiedad, tenian mas ocasiones y motivos para ser religiosos, admirando las maravillas de la creacion y el poder y la grandeza de su autor. D. Epifanio, hasta allí mudo y reservado, correspondió á la bíblica alusion del canónigo, contentándose con decir en tono grave y conmovido: *Qui descendunt mare in navibus, facientes operationem in aquis multis, ipsi viderunt opera Domini et mirabilia ejus in profundo!*

Don Próspero, puso levantándose, término á esta escena, y su brusco movimiento ahuyentó los grupos indiscretos y sediciosos que desde el comedor huyeron desordenadamente hasta la cocina, seguidos de la mustia y malparada ama de llaves.

## CAPÍTULO IV.

La escena es en la cocina.—Se habla de la mar.—Guzman, cronista sin crédito, y el escéptico lugareño.—Hernando y D. Epifanio pasean *post-meridiem*.—Encuentro nocturno. Paquito, contrabandista de la Sierra.

> Dieu des crétiens! c' est surtout dans les eaux de l' abime et dans les profondeurs des cieux que tu as gravè bien fortement les traits de ta toute-puissance!
>
> CHATEAUBRIAND.—*Genie du Christianisme.*

Hernando, el héroe de nuestra historia, merecia la predileccion de que era objeto. Sus generosos instintos, su claro y aprovechado talento, nutrido con buenos estudios y con la sólida doctrina moral y religiosa que habia recibido de su director, justificaban las esperanzas de su padre, de cuyas ideas en favor de la carrera marítima, hacia tiempo participaba con el vivo entusiasmo de la juventud. Pero el incidente que acabamos de referir vino á dar nuevo impulso á sus deseos, y su fogosa imaginacion lo transportaba al porvenir en un mundo lleno de promesas é ilusiones.

Maestro y discípulo se disponian á dar el acostumbrado paseo por la tarde, y ya este se adelantaba á esperarlo, saliendo por la puerta que daba al campo, comun á la gran pieza de la cocina, comedor y estancia de la gente de servicio, cuando la animada conversacion que escuchó en ella detuvo sus pasos. Sosteníala Guzman, teniendo por auditorio á los demas criados y algunos de los habituales contertulios, para quienes la gran

cocina era una especie de centro social y mentidero, escuchando ó terciando á veces en la conversacion; mientras que la señora Mónica, con gesto displicente y en grupo separado hablaba en voz baja con uno de los vecinos, formando todos un cuadro que, así por el lugar de la escena y sus accesorios, como por la clase, apostura y varia espresion de los que en él figuraban, ofrecia un asunto digno del festivo y verídico pincel de Teniers. Aquel con quien departia el ama de llaves era el veterinario, ó, mas bien, el albeitar y herrador del lugar, puesto que reunia en su persona ambas facultades. Nuestros lectores habrán tambien de perdonarnos que digamos una palabra respecto de esta otra figura accesoria que, aunque en línea menos aparente, desempeña cierto papel en nuestra narracion.

Aunque la veterinaria con su auxiliar bastaban para hacer una *ruidosa* notabilidad del tio *Bigornio* (apodo con que, siguiendo una perversa costumbre propia de los pueblos cortos, y aludiendo acaso á sus valentonadas, era conocido), no solo herraba y curaba las bestias, sino que contaba con otros medios mas lucrativos. Su principal oficio, poniéndolo en relacion con la caballería andante de la sierra, le abria tambien las puertas á un tráfico de menos ruido y mas provecho. A favor de estas prendas y ventajas, el veterinario, en el vigor aun de la edad, era un partido apetecible, y bajo este punto de vista, sus pretensiones no habian sido desdeñadas de la señora Mónica. Pero la sagaz y esperimentada viuda, que tendiendo al matrimonio no miraba este lazo por el prisma fascinador de los afectos, digna de nuestro siglo, habia reducido á guarismos las lisonjeras proposiciones del pretendiente; y hecho el balance de la fortuna del albeitar, y tomando en cuenta el porvenir que le era permitido esperar al lado y bajo la proteccion de la familia de Hernando, estaba resuelta á darle, en tiempo y sazon, su mano. Una circunstancia, sin embargo, venia haciendo sombra á esta risueña perspectiva. Esta era la mala índole y estravío de su hijo Paco. Criado á sus anchas, con precoz desarrollo y seducido por el ejem-

plo, hácia el audaz mozuelo vida aventurera, ocupándose, con otros camaradas de su temple, por playas y veredas, del contrabando. La vecindad y fácil comunicacion con la plaza de Gibraltar, entonces como ahora, era, segun hemos ya observado, perenne cebo y ocasion para inducir á muchos de aquellos naturales á un género de vida ilícito y peligroso, si bien acompañado de holgura y atractivo. Aunque el fraude en este ejercicio no era por sí solo á los ojos de Mónica de un gran compromiso para la conciencia, temia los disgustos que los frecuentes riesgos y la mala cabeza de su hijo, temeron y arrojado de suyo, le proporcionaban de continuo. En tales circunstancias la carrera que iba á emprender Hernando, alejándolo de la casa paterna, turbaba en mucha parte los sueños dorados de su nodriza, y tal era el grave asunto que en aquellos momentos preocupaba la atencion de la especuladora pareja, en tanto que los demás escuchaban con visible interés los cuentos de Guzman. Las cosas de la mar, ocupando el lugar de las comunes materias, daban nuevo asunto á la conversacion de aquellos pacíficos labradores, siendo fácil cautivar su atencion con tales relatos, llenos, por lo comun de interes y de poesía, aun en la boca del inculto marinero, hombre credulo, pero que refiere con candor y entusiasmo sus propias y naturales impresiones.

La mar con su majestad y sus fenómenos, la prodigiosa ley que rige sus regulares movimientos; por sus calmas y sus terribles huracanes, no menos que por la variedad y rareza de sus producciones; ya se considere como materia de estudio y contemplacion para el sabio, ó se ofrezca como simple espectáculo al navegante y al marinero, es siempre uno de los objetos mas propios por su grandeza, por lo impenetrable de sus arcanos, entre cuantos percibe el entendimiento, para darnos una idea de la magnificencia de la creacion, en tanto que por su imponente estension confunde el espíritu como la idea del infinito. Si es grato, dice un escritor filósofo, el contemplar las risueñas y variadas escenas que ofrece un campo ameno, no es menos interesante el

espectáculo de la naturaleza, cuando se presenta á nuestras miradas, revestida de ese ropaje inmenso y flotante que llamamos Océano. ¡Qué magnífica carrera se abre á nuestra admiracion y nuestras observaciones! ¿Acaso porque este espectáculo no se muestre sino accidentalmente á nuestros ojos, será buena escusa para dejar de adquirir, en este inagotable manantial, útiles conocimientos y pruebas evidentes del poder y munificencia del Criador? Exámen de tanto interés, no solo producirá, ejercitando la intelijencia, una utilidad efectiva, sino una serie de puros goces.

Nada estraño es, por lo tanto, que así como para el hombre estudioso y pensador es la mar objeto de sublimes consideraciones, encuentre el vulgo frecuente motivo de admiracion y materia inagotable con que cebar su credulidad y alimentar sus preocupaciones. Así hablando el marinero de los fenómenos y maravillas cuya causa desconoce, lo hace con énfasis, con un lenguaje hiperbólico propio y de su género, con que pinta enérgicamente á su manera las vivas impresiones y recuerdos de una vida azarosa y siempre llena de contrastes.

Guzman, creyente y exagerador por índole, procuraba trasmitir su propia fe á sus oyentes, que dispuestos á creer, escuchaban gustosos sus relatos. El locuaz cronista abusaba, sin embargo, de la hipérbole, y los espíritus fuertes, despues de algunos murmullos, hicieron, al fin, esplosion. Las sirenas habian pasado sin obstáculo y aun con cierta complacencia por la parte femenina del auditorio; tampoco las grandes serpientes de mar que arrebataban de la cubierta de sus buques á los marineros, ofrecieron mas dificultad para su aceptacion que los tiburones, los pez-espadas y las grandes ballenas; pero queriendo causar mayor efecto, habló de pescados semejantes á las sirenas, que en la parte superior representaban frailes y obispos. El narrador, que ciertamente hablaba de oidas, abusaba ya de aquel escelente auditorio, y la fraccion adversa á las cosas marítimas, á cuya cabeza descollaba el capataz de las haciendas de D. Prós-

pero, se declaró en abierta y estrepitosa disidencia. Pero el gefe y nervio de aquella vigorosa oposicion, no era un hombre cualquiera. Él era el qué en las veladas de invierno, al grato calor del hogar, les leia las sabrosas aventuras de los *Doce Pares* y la horripilante historia de la *Cueva y Purgatorio de San Patricio*, y solíales tambien cantar, en una especie de recitativo acadenciado y monótono, acompañado de un rasgueado de guitarra, las guapezas temerarias de *Francisco Esteban* y los *Amores de la bella Rosaura*. La disidencia de tal opositor no podia menos de arrastrar consigo á una gran parte de los oyentes, y ya Guzman, herido en su amor propio de *historiador*, protestaba enérgicamente de la verdad de los hechos, atestiguando con el mismo D. Epifanio, cuando se oyó la voz de este que llamaba á su jóven discípulo para el acostumbrado paseo.

Ya incorporados se internaron por el monte, y escusado es decir que en los primeros momentos se habló de las cartas de los parientes, de la del tio sobre todo, que habia venido á decidir, por decirlo así, de la suerte de Hernando. Necesitaba este dar espansion á sus reprimidos afectos de alegría, y á aquella vaga pero agradable sensacion propia de la juventud, cuando mira ante sí un porvenir que la imaginacion y la esperanza embellecen con sus encantos. El maduro D. Epifanio, como quien mejor conocia el talento y escelentes cualidades de su discípulo, daba suelta á sus ideas, templando el esceso con oportunas observaciones y consejos, congratulándose interiormente de ver su decision y buenas disposiciones para la carrera marítima. Descendiendo ya á pormenores, le esplicó los pasos y formalidades que debian preceder á su entrada en la academia de guardias-marinas; el curso de estudios y egercicios que, segun el sistema establecido entonces en la Armada, tendria que emprender, y le manifestó, por último, lo conveniente que seria no demorar la práctica de aquellas diligencias. El noble corazon de Hernando sufrió entonces una penosa sensacion de dolor, presintiendo el pesar que tendria su tierna y cariñosa madre, el de su

buen padre, tan celoso de su bien y del honor de la familia, el de todos los de ella, en fin, que tan evidentes pruebas de interés le manifestaban, llegado que fuese el momento de la separacion. Hablaron de muchas cosas incoherentes, y la movilidad de la imaginacion de Hernando, exaltada en aquellos momentos, le trajo á la memoria despues de muchas y naturales preguntas sobre la mar y la vida del marino, la conversacion de la cocina y las peregrinas historias de Guzman; y con este recuerdo, preguntó al capellan si en efecto existian en la mar aquellos seres tan estraordinarios. El ilustrado preceptor que nunca dejaba pasar una ocasion para instruir á su discípulo, ó rectificar sus juicios, le contestó:

La sola nocion de la mar, considerada en su conjunto, basta para darnos una grande idea de las maravillas de la creacion, mientras que su imponente estension confunde el espíritu como la del infinito. El Océano cubre mas de la mitad de la superficie del globo terrestre, circunstancia que no puede menos de sorprendernos. Acaso la prevision humana, segun dice un autor cuyas palabras recuerdo en este momento, se habria contentado con fuentes saltantes y grandes arroyos, ó con rios alimentados por los vapores que se fijan en las cúspides de las montañas; pero la Providencia divina ha querido que las aguas, ademas de los manantiales y las riberas que las proveen, apropiadas á nuestros usos y necesidades, formasen un vasto reservatorio que se estendiese entre ambos continentes y del uno al otro polo. Este elemento líquido y sin resistencia, huye ó se sustrae bajo las plantas del hombre; y en los mares, lejos de aliviar su sed, la irrita por su gusto amargo y salobre. Suele, es verdad, el Océano invadir sus orillas, trastornar y arrebatar la obra levantada por el hombre, como insultando á la humana debilidad. Sin embargo, obedeciendo el sublime precepto del que dijo *non procedes amplius*, de aquí no pasarás, los desastres que causa son accidentales, en tanto que sus beneficios son generales y permanentes. Los continentes y las innumerables islas de que está

cubierto el Océano, no interrumpen su continuidad. Los mares son ciertas partes suyas que llevan denominaciones especiales, tomadas de las diversas regiones que bañan. Las subdivisiones de estos mares forman los golfos, las bahías y los canales ó estrechos que nos demuestran las cartas geográficas.

Se ha calculado que la superficie de las aguas esparcidas sobre la tierra, es, próximamente, de nueve millones y medio de leguas cuadradas; y aunque sea cosa difícil calcular su mole, segun el autor de quien son estas ideas, puede graduarse la masa de las aguas como un volúmen de mas de dos millones trescientas sesenta mil leguas cúbicas; de manera que las aguas del Océano bastarian, dice, para llenar dos millones trescientas sesenta mil cisternas ó algibes que tuviesen una legua en cuadro y otro tanto de profundidad.

Lejos de las playas y en tiempo de calma, ofrece la mar un espectáculo monótono; mas en sus momentos de furor se presenta amenazante y terrible, y el hombre á su aspecto se siente dominar por una impresion de terror solemne y religioso.

Pero dejando de considerar este grande y terrible elemento en su conjunto, y ocupándonos ahora de lo que ha motivado la incredulidad de los compañeros de Guzman, diré, que para la averiguacion de la verdad en las cosas humanas, hay que luchar con dos contrarios poderosos, á saber; contra la nimia credulidad y con un escepticismo que llevado al estremo, ó siendo absoluto por sistema, cubre de ridículo á muchos semisabios que de él hacen alarde. Temen rebajar su concepto de espíritus fuertes y siempre negando, lo cual es cosa fácil, han llegado á materializar hasta el pensamiento. Pero contestando ahora á tu pregunta, diré, que sin necesidad de dar ascenso á las falsas ó exajeradas relaciones de no pocos viajeros que dan por positiva la existencia de las sirenas, los tritones, asi como los faunos y sátiros en tierra, queda en lo averiguado y comprobado no poco para escitar una justa admiracion. Si los geólogos no cesan de descubrir cada dia animales fósiles de estraña y colosal figura,

enterrados hace muchos siglos por resultas de los grandes trastornos que ha esperimentado nuestro globo, que pasaban por fabulosos, ¿quién sabe lo que ocultarán los insondables abismos del Océano? *In mare multa latent*, y la espcriencia y la analogía vienen confirmando con frecuencia esta aseveracion de la sabiduría. Esas nayades y tritones que adornó la fábula con sus encantos, que la antigüedad pagana daba como seres reales y dotados de intelijencia, han tenido su oríjen en la aparicion y verdadera existencia de animales anfibios de equívoca figura, comprobada con testimonios irrecusables. No hablaré de la indudable existencia del hombre pez de Liérganes, de quien hace poco ha referido la fidedigna historia documentada el erudito P. Feijoo; pero este era un ser verdaderamente racional, que por un fenómeno y disposicion inconcebible de su organismo, gozaba de las cualidades de un verdadero anfibio. Pero yo pregunto; ¿si á no mediar la rara casualidad de haber sido descubierto y *pescado* en las aguas de Cádiz este ser singularísimo, se le hubiese observado en cualquier otro punto del Océano, que podia recorrer libremente, sin lograr su captura, no se hubiera asegurado con razon, aunque sin crédito, que en la mar habia hombres absolutamente iguales á nosotros? Mas dejando á un lado lo inesplicable, es necesario precaverse sobremanera de la invencible inclinacion que generalmente tenemos, y el vulgo sobre todo, á creer cuanto lleva un carácter maravilloso. Sin embargo, por lo que me presenta mi memoria, puedo citar entre varios hechos, mas ó menos fidedignos, y respecto de ese pescado fraile ú obispo que tanto parece haber alarmado á la señora Mónica, que Guillermo Rondelet, que escribió en latin un libro con el título de *Primera parte de la historia de los pescados*, refiere, con notable seguridad, que en su tiempo cogieron en Noruega un monstruo de mar que encalló sobre la costa despues de una tempestad, que tenia cara de hombre aunque *rústica y poco graciosa;* la cabeza rasa y lisa, y que sobre los hombros se le veia una especie de capucha de fraile y unos

á manera de brazos, terminando el cuerpo, por la otra estremidad, por una cola muy ancha. El mismo autor habla tambien, en efecto, de otro pescado ó monstruo marino, cuyo retrato dice que vió en Roma, cogido por el año, si no me engaño, de 1531, el cual llevado al rey de Polonia, causó grande admiracion en la corte, mostrando en su figura la mitra y el traje de un obispo; que este sorprendente anfibio hacia ciertas señales para manifestar que tenia gran deseo de volver á la mar; y que habiéndolo acercado, se arrojó á ella inmediatamente.

Respecto de la existencia de la gran serpiente marina, hay noticias mas seguras y recientes. Sin hablar de relaciones antiguas, llenas de exajeraciones y fábulas, donde mas acreditada se halla su existencia es en los mares del Norte, y particularmente en los de la Noruega (*).

Con estas y otras pláticas semejantes habian llegado maestro y discípulo á lo alto de una colina que dominaba una grande estension de aquel desigual y fragoso terreno. Este era el sitio en que solia reposar D. Epifanio en sus filosóficos paseos, porque bajo la protectora sombra de unos grandes y copudos árboles, en una especie de concabidad, la misma roca le ofrecia natural asiento, y allí se entregaba á la lectura ó se complacia en contemplar aquella naturaleza agreste y grandiosa; y muchas veces el viento, penetrando en la arboleda, remedaba á sus oidos el blando ruido de las olas sobre la playa, ó el fragor del mar alborotado, escitando en su alma gratos recuerdos.

Absortos en su coloquio pasaron el tiempo, y cuando, despues de haber reposado, notó el prudente capellan lo avanzado de la hora, resolvieron acelerar el regreso por una senda mas corta, aunque menos frecuentada por ellos, que salia al camino ya cerca del lugar, donde contaban llegar antes de cerrar la noche. Ya habia rato que caminaban dilijentes y silenciosos descendiendo por la ladera, entre una masa de árboles, que en gru-

(*) Véanse las notas.

pos de forma fantástica se iban presentando á su paso, cuando de lo interior del bosque, y no á mucha distancia, oyeron algunos silbidos y pasos de caballos, lo cual les hizo suspender su marcha, no sin sobresalto. El rumor se iba aproximando, y resueltos á esperar, vieron salir por la siniestra mano de la espesura un hombre á caballo, que les voceaba llamándolos por su nombre. Repuestos de la natural sorpresa, atendido el lugar y la hora, ambos reconocieron en el que se acercaba al hijo de Mónica.

Las intenciones de D. Próspero, manifestadas á consecuencia de la carta del hermano de América, conocidas ya de toda la familia, habian llegado tambien á noticia de Paco y sugerido á este una repentina resolucion. Veíase perseguido, no solo por el tráfico fraudulento en que, no obstante sus pocos años, se ocupaba, sino tambien á causa de otros escesos y travesuras. Al saber aquella misma tarde por su madre que Hernando iba á emprender la carrera marítima, ocurriósele, sin mas pensar, seguir su suerte, trocando las aventuras de la vida terrestre por su servicio y los azares de la mar. Luego que, incorporados, les comunicó su pensamiento y firme resolucion de abandonar la sierra para seguir, si se le permitia, á Hernando, como criado, ó alistándose oportunamente de marinero, hiciéronle uno y otro las naturales reflexiones que el conocimiento de su carácter é inclinaciones les sugeria, respecto de aquel repentino deseo, manifestándole D. Epifanio la severa rigidez del servicio marítimo en los buques de guerra, y la certeza de las penas y castigos señalados para los infractores de las leyes penales y ordenanzas. Pero Paco, ligero, de viva imaginacion, verdadero tipo andaluz en su clase, era ademas alegre y decidor, y en sus palabras sobresalia siempre ese tono festivo y jacarero, que desvirtua é impide el efecto en las mas serias amonestaciones; y, por otra parte, parecia conveniente aprovechar aquel espontáneo deseo de separarse de sus peligrosos compa-

ñeros. Viendo, pues, D. Epifanio, la firmeza de su resolucion, le dijo:

—Mucho te arriesgas, Paco, pues ya sabes que no es solo el género de vida que traes lo que te espone á caer en manos de la justicia. No desapruebo tu resolucion; pero tienes el carácter indócil, independiente, no conoces la sujecion, y los que sirven como marineros en los buques de guerra, á escepcion de algunos sentenciados por los tribunales, son gentes honradas y todos están sujetos á una ordenanza, cuya infraccion los espone á muy severos castigos. Por otra parte, en la mar, ademas de la sujecion, hay privaciones, peligros y combates.....

Paco se sonrió con aire baladron al oir las últimas palabras del capellan, que continuó:

—Ya sé Paco que eres valiente, aunque tu valor solo se haya empleado hasta ahora en actos reprensibles; pero no basta tener corazon; es necesario, ademas, ser hombre de bien. El noble arrojo, la serenidad en medio de los mayores peligros que caracterizan á nuestros marineros, su heróico sufrimiento, los ensalzan tanto mas, cuanto que estas excelentes cualidades se unen por lo comun, á su natural docilidad y una completa sumision á sus gefes y superiores. Así en premio de su buen comportamiento, despues de sus penosos servicios, y tambien como un estímulo y aliciente para los que á su ejemplo quieran seguir la honrada profesion de marinero, el gobierno les concede el privilegio para la pesca y la navegacion costanera, y toda industria legítima de mar, bajo su inmediata proteccion. No te oculto que todos, y yo muy particularmente, nos alegraríamos de que dejases una vida por otra; tu podrias llegar á ser hombre de bien; tu pobre madre viviria sin zozobra, y tambien el amo emplearia con mas gusto en tí su proteccion. En fin, si en vista de todo permaneces en tu idea, y estas resuelto á abandonar la vida ilícita y arriesgada que traes, creo que deben favorecerse tus intentos. Pero esto quiere meditacion; se lo diremos á tu

madre y al amo, para que una vez persuadidos de tu honrada resolucion, la favorezcan; pero entretanto procura no comprometerte mas de lo que estás, y vive con mas precaucion de la que guardas, aventurándote con tus camaradas por estas inmediaciones.

Hernando le ofreció favorecer una idea que tanto le complacia, y que tenia tambien por objeto apartar al hijo de su nodriza de aquellos malos pasos. Paco, ya receloso y llamado por el reclamo de sus ocultos compañeros, se separó dando muestras de contento en vista del cambio que esperaba se verificase, trocando aquel estado por los nobles peligros y contingencias de la vida de la mar. Metiendo espuelas al caballo y correspondiendo con otros silbidos á los repetidos de sus ya impacientes compañeros, se internó rápidamente por el monte.

Hernando y D. Epifanio regresaron á casa resueltos á promover y dar los pasos necesarios para sacar al hijo de Mónica de los malos en que andaba, aprovechando aquella repentina inclinacion, inscribiéndolo desde luego como voluntario en las listas de la marinería, si bien habia de trascurrir largo tiempo antes de que pudiese seguir al mismo Hernando, terminado que fuese el curso de sus estudios, en sus futuras campañas.

Pasando por alto lo que, de un modo muy directo, no concierne al objeto principal de esta historia, y suponiendo trascurrido el tiempo necesario, nos ceñiremos á decir, que valiéndose D. Próspero de los amigos y relaciones que tenia en la corte, entabló su pretension para alcanzar la carta-órden de guardia-marina, que obtuvo sin mucha dificultad ni dilacion, merced al honroso nombre que llevaba y á los servicios que algunos de su familia habian hecho en la Armada española: que se dispuso su equipaje para la próxima partida al departamento de marina de Cádiz, donde debia sentársele la plaza, segun el sistema que entonces regia para aquella brillante clase de aspirantes á la carrera militar marítima; y que, por último, fué señalado el dia para el viaje que debian verificar D. Próspero con

su hijo y el capellan, en vigorosos caballos de la casa, servidos y acompañados de Guzman.

Tampoco nos detendremos en referir las demostraciones de sentimiento, la dolorosa resignacion de Doña Clara, los soponcios del ama de llaves, así como ni las demas circunstancias y arreglos que precedieron al viaje de Hernando. Dejaremos tambien presumir al lector la cruel escena de la despedida, el dolor de madre é hijo, y lo trasladaremos desde luego á la *Isla de Leon*, pueblo considerable de la isla gaditana así llamado, conocido despues por la ciudad de *San Fernando*, lugar de residencia de las autoridades, oficinas militares y administrativas, y del número considerable de oficiales del cuerpo general de la Armada y sus auxiliares, asignados á aquel primer departamento, que ha llegado á adquirir una justa celebridad en nuestra historia moderna, debida á los grandes acontecimientos ocurridos con su territorio.

Igualmente supondremos hecha la presentacion de Hernando al gefe superior del departamento, y que concedidos algunos dias de descanso y preparacion, fueron estos empleados útilmente por los viajeros, visitando á Cádiz, emporio todavía floreciente de nuestro comercio, así como los establecimientos públicos, monumentos y curiosidades dignas del exámen de personas tan entendidas é ilustradas. Quedábales que ver, entre otros objetos, el mas á propósito para escitar su curiosidad; el arsenal de marina, que separado por un caño ó estrecho canal de la misma isla gaditana, hácia la parte del Norte, y aislado á su vez, constituye una pequeña plaza de guerra llamada la *Carraca*. Obtenido, pues, el necesario permiso, acordaron destinar un dia para la deseada visita de aquel importante establecimiento de nuestra marina, donde á la sazon se practicaban considerables trabajos para el armamento y habilitacion de una escuadra.

## CAPÍTULO V.

Visita al arsenal.—Digresion histórica y reseña de los sucesos marítimos de España desde 1700 hasta la época de nuestra narracion.

*Tu regere imperio fluctus, Hispane, memento.*

El que concibió poner el verso latino que presentamos por epígrafe, en letras de bronce dorado, sobre el frontispicio de la puerta de San Fernando en el arsenal de la Carraca, fué, sin duda, un buen español, justamente envanecido con las glorias de su patria. Verdad es que el apóstrofe que espresan estos versos, fué dirigido por el poeta de Mantua á Roma como señora del orbe; pero esta clásica aplicacion tiene su disculpa en la oportuna alusion que quiso hacer aquel español celoso, tratándose de una leyenda para la puerta principal del primer arsenal de la marina española. Algunos visitadores estranjeros podrán hoy leer con desdeñosa sonrisa este patriótico recuerdo; esto lo hallamos muy natural; pero tampoco faltan españoles á quienes parece *exajerado* el pensamiento, y pretenciosa su aplicacion.

A pesar de la opinion de estos y de aquellos, creemos que este recuerdo es noble, justo y oportuno, y que se halla en el lugar mas adecuado para despertar en todo español pundonoroso que lo lea, legítimos sentimientos de orgullo nacional, y aquel entusiasmo por nuestras pasadas glorias, que estimula á la imitacion, y es, por lo comun, el orijen de los grandes y altos hechos. Por otra parte, bien puede tolerarse este patriótico recuer-

do á la nacion que adelantó á todas en arrojo y pericia marítima, que intentó y ejerció la navegacion de altura, conociendo y utilizando tambien la primera el uso de la aguja náutica (*). Lícito le será ostentarlo á la que con sus armas y denuedo adquirió el dominio de los mares en las aguas sangrientas de Lepanto; y, por último, bien puede permitirse este altivo lenguaje á aquella nacion que, cuando las demas permanecian estrañas á la navegacion y al comercio, abria sendas desconocidas al comercio y la navegacion, daba la primera la vuelta al globo y conquistaba inmensas regiones para la metrópoli, facilitándoles el inapreciable beneficio de la civilizacion (1).

Si el gran Sully, á quien el poderío y ascendiente del rey de España sobre las demas monarquías de Europa, inspiraba serios temores de que intentase algun dia *hacer al papa su capellan;* si este célebre economista entrase hoy por aquella puerta y contemplase el verso latino, libre de aquellos temores, perdonaria sin duda esta arrogancia castellana. El rey que *tenia al sol por sombrero*, y en cuyos dominios jamás llegaba á ponerse, no inspira ya temores á sus rivales; el árbol gigante y frondoso, despojado de sus mejores ramas, yace por tierra, y ya postrado el noble leon de Castilla, no aterra con sus rugidos.

(*) Véanse las notas.

(1) En una carta geográfica del Indostan publicada en Lóndres, de órden superior, en 1788, por Williams Fadem, geógrafo del rey, se vé grabado en una especie de carton enrollado, con aplicacion á Inglaterra, el mismo verso latino, con la siguiente variante:

*Tu regere imperio populos*
*Britanne memento.*

Aquí, como se vé, la alusion es algo mas pretenciosa y arrogante: se recuerda, no el dominio sobre los mares, sino sobre pueblos y naciones; lo cual, tanto por la fecha histórica á que se contrae, como por hacerse alusion á las regiones adquiridas en la India por los ingleses, no nos parece muy oportuno ni justificable.

Los antiguos enemigos de esta nacion, ¿son justos y generosos para con ella en la época de su adversidad?

Estas y otras semejantes reflexiones hicieron al entrar por aquella puerta nuestros visitantes, no sin esperimentar un justo dolor, considerando las recientes desgracias de nuestra marina, y los escasos medios que se empleaban para levantarla al grado de poder que exigian los grandes intereses del Estado. El comandante general del puesto los recibió con agasajo y reconoció en D. Epifanio un antiguo compañero de navegacion. Recordando los acontecimientos y vicisitudes mas notables del tiempo de sus comunes campañas, hicieron sentidas reflexiones sobre el estado poco lisonjero de nuestra Armada. El capellan le habló del objeto de su venida al departamento; de sus deseos de visitar con D. Próspero y su hijo el arsenal, aprovechando la circunstancia, poco comun, de la entrada en dique de un navío armado; y, por último, de las reflexiones que la lectura de la leyenda ó apóstrofe latino les habia sujerido, sobre lo cual hicieron nuevos comentarios, no sin lamentar las causas de distinto género que impidieron á nuestra nacion consolidar y conservar su poder naval, y las que de nuevo amenazaban agravar este mal del Estado, siendo una de ellas la estrañeza ó apatía de los consejeros de la corona, tan favorable á los intentos de los tenaces enemigos de nuestro bien y prosperidad.

Los antecedentes y fundamentos de esta opinion son harto graves y dignos de exámen, para que en una obra en que nos proponemos vindicar la marina real de España contra las injustas acusaciones de propios y de estraños, depurando la verdad histórica de interesadas exageraciones ó de necias vulgaridades, al mismo tiempo que descubrir las verdaderas causas de su atraso y decadencia, omitamos presentar aquí como base y punto de partida nuestro juicio en asunto de tal cuantía, siendo ademas indispensable esta breve reseña histórica para la inteligencia de los sucesos que nos proponemos referir.

Los desastres marítimos ocurridos antes del advenimiento

al trono español de los Borbones, en el año de 1700, no menos que la imprevision y falta de gobierno, habian reducido nuestras fuerzas navales á 17 navíos ó galeones, 8 fragatas, 4 brulotes y 7 galeras; cuyas fuerzas, abandonadas durante el desastroso período de la guerra de sucesion, podian considerarse nulas cuando en 1713 se hizo la paz.

Pero no bien habia comenzado España á recuperarse de la postracion y abatimiento que siguieron á los sacudimientos y violencias de aquella guerra, cuando ya descolló el genio de Alberoni, que supo con su esfuerzo y habilidad inclinar el ánimo del monarca y de la grandeza en favor de la marina. Parece ser privilegio de los grandes hombres el hallar otros que se diria que están espresamente formados para segundar sus intentos; pues la suerte le deparó á Patiño, Gastañeta y otros insignes marinos; y poco tardó nuestra nacion en recuperar aquellos de sus dominios que la necesidad ó la fuerza le obligaron á ceder, y la Cerdeña y la Sicilia volvieron á adornar la corona de Felipe V. Pero, ¿cuándo hubo buena fé en esos pactos transitorios, mal llamados tratados de paz, por parte de nuestros enemigos? La grandeza del trono español provocaba y suscitaba constantemente los celos de aquellas mismas naciones que acababan de jurarnos amistad, y el dolo y la perfidia fueron empleados sin escrúpulo para estorbar el tranquilo goce de nuestras posesiones. Sin previa declaracion de guerra dispuso la Gran Bretaña el armamento de 27 navíos de línea al mando del almirante Bings, y con ellos atacó de improviso al general español Gastañeta, que, descansando en la garantía de los tratados de paz, tenia su escuadra dividida y distante. Fácil le fué á la Inglaterra la victoria. Por este medio, cuya eficacia ha tenido mas de una vez la ocasion de esperimentar, fuimos vencidos, y este golpe de fortuna, aunque causado por un rasgo de deslealtad tan escandaloso, sirvió, no obstante, de estímulo y ocasion para que algunas cortes estranjeras formasen secretos convenios, con el objeto de sofocar el renacimiento de nuestra ma-

rina. Los ministros del monarca aconsejaron entonces lo que cumplia al honor y respeto que se debia á la nacion española; sus votos fueron oidos, aceptando una guerra tan inicuamente provocada, porque el ultraje ó el menosprecio empleado con los españoles siempre ha sido un medio inútil, cuyas consecuencias se han vuelto contra los agresores. No es difícil sorprender su buena fé, abusar de su confianza; pero no se les impone jamás por la violencia. Mas las intrigas cautelosas de aquellas mismas cortes, hallando ese fácil acceso que casi siempre han tenido en nuestros reyes, lograron derribar á Alberoni y fué aceptada una cuadruple alianza, devolviendo las islas que habian recuperado nuestras armas. La Inglaterra consiguió, ademas, como fruto de sus manejos, y á pesar de anteriores estipulaciones, el poder enviar todos los años una espedicion comercial á Puerto-Belo; á cuya sombra fomentó el contrabando, y facilitó para lo sucesivo la fatal influencia que ha ido preparando la pérdida de nuestras ricas colonias, objeto constante de su implacable emulacion.

Elevado al ministerio de Marina el justamente célebre Patiño, emprendió con celo infatigable la restauracion de este ramo, y puede decirse que con fruto, á pesar de las resistencias interiores y la perfidia estranjera. Pero en vano reclamó el gabinete de Madrid la restitucion de Gibraltar y de la isla de Menorca, que el rey de la Gran Bretaña ofreció devolver, para facilitar la aquiescencia de Felipe V á la cuadruple alianza. La Inglaterra se decidió, segun su costumbre, por lo que convenia á sus intereses, dispuesta siempre, como el leon de la fábula, á buscar pretesto para romper los débiles lazos con que se obligaba á observar el pacto de paz. Pero la prevision de Patiño habia ocurrido á este suceso y, en tal espera, dispuesto la preparacion de fuerzas marítimas. La guerra fué declarada; pero en seguida se ajustó de nuevo la paz en 1728: la escuadra de 25 navíos y algunos buques menores que aquel infatigable ministro habia hecho reunir en Barcelona, sirvió para llevar á sus estados de Ita-

lia al infante D. Cárlos; en tanto que otra de 12 navíos, algunas fragatas y 400 transportes, fué destinada para la reconquista de Oran, invadida por los moros desde 1708, y convertida en una guarida de piratas, con grave daño de la navegacion.

Este hecho fué seguido de la conquista del reino de Nápoles y Sicilia, siendo la marina la que tuvo la gloria de alcanzar la mayor prez en este brillante resultado. España tuvo que llorar á poco la pérdida de este hombre de Estado, verdadero restaurador de su marina, acaecida en 1736, á los 70 años de su gloriosa carrera.

La Inglaterra, que jamás verá sin inquietud y recelo el fomento de ninguna otra marina, miró desde luego con disgusto el naciente progreso de la nuestra, y entregándose á su habitual sistema, favoreció el contrabando en nuestras colonias, suscitando así nuevos motivos de queja, de perennes reclamaciones y, por tanto, de ocasion para un próximo rompimiento. El buen desempeño de nuestros buques guarda-costas disgustó á los ingleses, atreviéndose á calificarlo de vejatorio y hostil: la Inglaterra necesitaba la guerra, y volvió á declarárnosla en 1739. Abusando de la superioridad de sus fuerzas marítimas, y aspirando á hacer suyo el comercio del mundo, amenazó á la par, con un formidable armamento, todos nuestros dominios. Llegó á tal estremo su arrogancia en esta ocasion, que hizo acuñar una medalla en que se presentaba á D. Blas de Lezo, comandante general de Cartajena de Indias, de rodillas, entregando la espada al almirante inglés, y se leia al rededor en su idioma: *la soberbia española abatida por el almirante Vernon;* vana presuncion que tuvo el merecido castigo en la completa derrota que sufrieron, á pesar de ser muy superiores, las fuerzas con que habian acometido aquella empresa, con pérdida considerable de navíos y de gente. *Chalone, Oglas y Anson* perdieron sus escuadras al montar el cabo de Hornos, quedando frustrados sus intentos y el plan de hostilidades con que se proponian perjudicar nuestras posesiones del Mar Pacífico; entretanto que *Oglethorp*, que qui-

so apoderarse de la Florida, se vió obligado á levantar el bloqueo y á desistir de su intento. Otra escuadra que tuvo la audacia de invadir la isla de Cuba, para fundar en sus costas una colonia, fué rechazada con grande mortandad en sus tripulaciones, y un revés semejante sufrieron otras tentativas contra la Guaira y Puerto-Cabello, dirigidas por el almirante *Knowells*, así como contra la isla de la Gomera, donde fueron igualmente batidos, quedando desarbolados seis de sus navíos. Pero estos reveses de nuestros enemigos no impidieron los enormes perjuicios que sufrió nuestro comercio, por la interrumpida navegacion y relaciones con América.

En el Mediterráneo eran tambien superiores sus fuerzas navales. Los sucesores de Patiño, Montemar y Campillo, no heredaron su interés y eficacia, y la marina volvió á verse desatendida y olvidada. En medio de este abandono, tan fecundo en malos resultados, vino un hecho glorioso á templar el general disgusto. Una escuadra de 18 navíos al mando del general don José Navarro, única fuerza que protegia nuestra navegacion en las costas de Levante, burlando los cruceros ingleses, condujo repetidos socorros á los ejércitos de Italia, que se ocupaban en la conquista de aquellos dominios; pero viéndose acosada por fuerzas inglesas muy superiores, y hallándose mal tripulada y con falta de muchos efectos de cargo, determinó guarecerse en Tolon. Allí sufrió nuestra escuadra año y medio de bloqueo; pero lleno al fin el gefe español de un noble despecho, y contando con el auxilio y cooperacion de la escuadra francesa que se hallaba en aquel puerto, salió denodadamente á la mar y presentó la batalla á los almirantes ingleses *Mathews y Lestock*, á la vista de las costas de Provenza. La gloria que allí ganaron nuestras armas hubiera sido completa, si los 15 navíos franceses que completaban la escuadra aliada hubiesen querido tomar parte en la accion. Nuestros marinos sostuvieron solos un encarnizado combate de seis horas, contra 45 navíos ingleses. El *Real Felipe* se batió solo contra cinco enemigos de tres puen-

tes. Ambas escuadras padecieron en estremo, y mucho mas la inglesa que tuvo que refugiarse á Mahon para repararse de sus averías.

Aquella fué, en efecto, una gloriosa jornada para la marina española; pues aunque las causas que hemos indicado y el notable esceso de buques enemigos, produjeron por único resultado del combate la separacion de las fuerzas beligerantes, debemos aquí observar, conformes con el sentir de los marinos mas competentes, que en las lides navales, no es por lo comun de gran ventaja la conservacion del mar de batalla aunque parezca ser un signo de victoria. El Océano no es en cualquiera de sus partes, como en tierra, lo que un campo fortificado, un terreno ganado y cuya conservacion es, por decirlo así, una prenda del triunfo; es solo una arena para el combate, que en pocos casos importa conservar. Las ventajas sobre el enemigo deben mas bien medirse, en un combate aislado del Océano, por la pérdida sufrida ó el descalabro. En tal supuesto, la accion provocada y sostenida con tanta bizarría por el general Navarro, fué gloriosa verdaderamente para España; digan lo que quieran los ingleses y tambien nuestros aliados, en aquella ocasion, los franceses, así como los poco fieles ó apasionados historiadores que en ambas naciones han hablado del suceso. Nuestros corsarios, en tanto, hostilizaban y perjudicaban al comercio de la Gran Bretaña, hasta en la boca misma de sus puertos, y pasaron de cuatro mil los buques que entonces le fueron apresados.

Al cabo de nueve años de una guerra desastrosa para ambas naciones, y provocada caprichosamente por los ingleses, despues de insignificantes operaciones y medianos resultados, fué otra vez firmada la paz en Aquisgran á últimos de 1748. Útil fué, sin embargo, á nuestros intereses y comercio, el nuevo convenio firmado á poco (en 1750), en Buen-Retiro, por el cual quedó abolido el privilegio de la espedicion á Puerto-Belo, conocida con el nombre de *navío de Permiso*, volviendo á los españoles el comercio esclusivo con sus Américas.

Una nueva era de bonanza y ventura se preparaba para España. A la muerte del rey Felipe V, acaecida dos años antes de firmada la paz, ya era ministro de Marina el célebre marqués de la Ensenada, D. Cenon de Somodevilla, quien, bajo los reinados de Luis I y segundo de Felipe V, se dedicó con actividad y acierto á cicatrizar las llagas del Estado, restaurando su marina. La Armada española le es deudora de grandes y útiles trabajos. A él se debió la formacion de las ordenanzas de 1748, código de inmensa utilidad de que carecia y que aun hoy mismo rige en mucha parte, con otra ordenanza que reguló la navegacion mercantil; y tambien hizo una acertada division, distribuyendo la zona litoral de la Península en tres departamentos, y el todo en provincias marítimas.

Infestado el Mediterráneo con las piraterías de los berberiscos, ocurrió al remedio con sabias y enérgicas disposiciones; empresa á que despues contribuyeron con tanta gloria los Barcelós y los Tacones, llegando á ser el terror de aquellos feroces corsarios. A su genio emprendedor y sus recursos fueron debidas la mejora y limpia del puerto de Cartagena y la fundacion del magnífico arsenal de Ferrol, en cuyo astillero se dió á pocos años el grande espectáculo de poner á la vez *doce quillas de navío*, que fueron designados por el *apostolado* cuyos nombres llevaban, á la par que se construian otros en Cádiz y Cartagena.

No nos admiramos únicamente de lo grande de los resultados que se debieron al carácter emprendedor de aquel activo ministro; tantos edificios suntuosos, tantos navíos, acopios tan considerables de todo género; nos admira y sorprende, sobre todo, la elevacion en las ideas, la confianza en sus propios recursos, sabiendo apreciar el valor de aquellos con que podia contar la nacion; así como la capacidad y el saber de los hombres de mérito que coadyuvaron á sus grandes miras, y en todo ello vemos el predominio y ascendiente del genio sobre los hombres y las circunstancias.

En nada puede disminuir la gloria de este gran ministro la opinion de que el poder naval que llegó á crearse en España bajo su direccion, no estaba completamente cimentado en los buenos principios económicos, reconocidos como tales en nuestra época, y ligado, con recíproca conveniencia, á los verdaderos intereses nacionales. Aquel hombre de Estado obró con los medios que encontró y supo crearse, segun la índole y condiciones del gobierno á quien servia; y comparada su política y sistema con los de las naciones mas adelantadas entonces en la ciencia económica, siempre rayará á mucha altura el nombre del marqués de la Ensenada.

Bajo los auspicios de este esclarecido ministro descolló el sabio D. Jorge Juan, á cuyo celo y grandes conocimientos se debieron el Observatorio astronómico, la Academia de guardias marinas de Cádiz y su justamente encomiada obra del *Exámen marítimo*, llena de sublimes teorías y preceptos para la construccion naval, que fueron admirados y acogidos con aplauso de la Europa sabia.

Los ingleses no pudieron mirar tranquilos el incremento de nuestra marina, y alarmados por las disposiciones y noble teson del ministro español, pusieron en juego sus influencias diplomáticas, y lograron derrocarlo.

Subió al trono Cárlos III (en 1759) de grato y glorioso recuerdo; y queriendo este monarca constituirse mediador en las diferencias suscitadas acerca de los límites del Canadá y otros puntos de la América del Norte, que produjeron al fin la guerra entre Francia é Inglaterra, los ingleses recibieron con fiero desden sus gestiones, y á poco nos la declararon en circunstancias fatales para nuestra navegacion, que no podia ser entonces protegida, á causa de la superioridad de las fuerzas enemigas, por nuestros buques de guerra. Entonces dirigió aquella sus ataques á la siempre codiciada isla de Cuba, con cuya posesion calculaba dominar el golfo megicano, imponiendo á las provincias de Costa-Firme, privadas en tal caso de nuestros productos, la obli-

gacion de recibir sus manufacturas. Apoderáronse, en efecto, de la Habana en julio de 1762, verificando un desembarco con las tropas que conducian 19 navíos de línea mandados por Lord *Albermale*, haciéndose dueños de 15 que habia desarmados en aquel puerto y de doce millones de duros; presa que debió el inglés á nuestra fatal imprevision: suceso infausto en que tanta gloria alcanzaron los bravos capitanes de navío D. Luis de Velasco y marqués de Gonzalez, defendiendo heróicamente el castillo del Morro.

Algunos meses despues (febrero de 1763) se ajustó de nuevo la paz, y si por este tratado celebrado en Paris se nos devolvió la Habana, fué sacrificando toda la Florida y demas establecimientos españoles de la América septentrional al E. y SE. del Missisipí, con otros permisos y concesiones onerosos y perjudiciales á nuestro comercio, pues se autorizó á los ingleses para hacer la exportacion del palo campeche, renunciando por nuestra parte al derecho de pesca en el banco de Terranova, con otras vejaciones verdaderamente insultantes, con aje de nuestro decoro é independencia. Tal fué la aquiescencia de nuestro gobierno en aquella ocasion, y tal el término de aquella guerra, que aunque de corta duracion, fué terrible y fatalísima á la marina española. Este abandono, condescendencia é imprevision, marcaban de un modo indudable el principio de nuestra decadencia marítima, que el concurso de otras causas semejantes fué acelerando posteriormente hasta la época de nuestra historia.

Los ministros marqués Gonzalez de Castejon y el bailío frey D. Antonio Valdés, sigueron, no obstante, el anterior impulso, y á favor de este sistema se contuvieron las tendencias invasoras de la Gran Bretaña, y protegido nuestro comercio en todos los mares, contaron con amparo y seguridad nuestras posesiones ultramarinas.

Gracias, pues, al impulso comunicado por el genio emprendedor de Ensenada, todavía pudieron ser mirados como frutos y consecuencias de su administracion en tiempo de Cárlos IV, el arreglo de los tres departamentos de Cádiz, Ferrol y Cartagena,

el establecimiento y fundacion de sus arsenales y gradas de construccion, fábricas de fundicion para artillería y municiones, anclas, planchas de cobre para forro, cordelería, betunes, cultivo de montes, cáñamos, etc., así como el grado de perfeccion á que D. Jorge Juan y sus sucesores en la ciencia de la construccion, el ingeniero general D. José Romero y Landa y el de igual clase D. Julian de Retamosa, llevaron la arquitectura naval.

Edificáronse por la misma época treinta gradas de construccion en los tres departamentos, en Guarnizo y en la Habana, y ocho diques de carenas luchando con inmensas dificultades; se establecieron el Observatorio astronómico y varias escuelas de artillería y navegacion; se formó un Depósito hidrográfico, y en bien de la ciencia y perfeccion del arte de curar á los navegantes, se fundó en Cádiz un colegio de medicina y cirugía, para proveer de profesores á los buques del Estado.

Gran parte de estos útiles establecimientos tuvieron efecto en tiempo de Cárlos IV; y en el año de 1794, muy próximo á la época á que se refiere el principio de nuestra historia, todavía pudo ver la España, y hacer ver á la Europa, como prueba de los recursos que es capaz de desplegar nuestra nacion en sus períodos de buen gobierno, el armamento verificado en la Península y América de 200 buques de guerra, equipados por 60,000 hombres; armamento formidable, y de que nuestra historia marítima no presenta un ejemplo mas grande (*).

Este alarde y reseña que tan sumariamente hemos hecho de los sucesos ocurridos desde cierta época de nuestra historia, no muy remota, es bastante para demostrar á un espíritu observador, algunas de las causas mas notables y ostensibles de nuestra decadencia marítima, así como la gran copia de recursos que puede suministrar nuestra nacion cuando tiene la suerte de ser regida por hombres que, á su amor á la patria, unen el genio, la inteligencia y la energía. Pero España, despues de la época de su gran poder y riqueza, parecida á esos hombres á

(*) Véanse las notas.

quienes lisongea la fortuna, se entregó al descanso y la confianza; la máquina del Estado, falta ó escasa de hombres de gobierno, fué casi abandonada á sí misma; y nuestros adversarios, siempre activos y vigilantes, no perdieron una sola ocasion de medrar á costa de nuestros fatales errores y descuidos, sin curarse mucho de la moralidad en los medios de ejecucion.

Debemos confesarlo: no son la prevision ni la vigilancia, como cualidades de gobierno, las virtudes políticas que mas han brillado hasta aquí en nuestra nacion. Con un poco de suspicacia, de actividad y diligencia que tomásemos de nuestros émulos, con una cooperacion unánime, eficaz é ilustrada de todos los españoles, volveríamos á ser, no lo dudemos, una gran nacion.

He aquí lo que nos ha parecido oportuno traer sumariamente á la memoria de nuestros lectores, para facilitar la inteligencia de los sucesos que nos proponemos referir.

El aspecto de un arsenal de marina en los dias en que se verifican las grandes faenas de botar un nuevo buque de gran porte al agua, meterlo ó sacarlo de dique, ofrece cierto aire de fiesta y animacion, muy propios del grande objeto que las motiva. En tales horas se interrumpe la severa incomunicacion de aquel lugar, solo consagrado al trabajo y donde todo respira órden y disciplina, para permitir la libre entrada del público curioso, atraido por la novedad del espectáculo. El deseo de presenciar una faena poco comun fué tambien, segun digimos, el motivo de haber escogido nuestros amigos aquel dia para visitar el arsenal; y sabiendo que la operacion del dique no tendria efecto hasta la hora de pleamar, dedicaron toda la mañana para ver y examinar con detencion las diferentes partes de aquel vasto establecimiento. El comandante general los recomendó á un oficial de la Armada, que cortesmente se ofreció á acompañarlos y á mostrarles los objetos que en un arsenal de marina son mas dignos del exámen de personas ilustradas y capaces de apreciar su artificio, uso y aplicacion.

# CAPÍTULO VI.

Un arsenal de marina.—Gradas de construccion.—Diques de carena.—Obradores.—Almacen general.—Entrada en dique de un navío armado.

> Quale nell' Arzanà dé Veneciani
> Bolle l'inverno la tenace pece,
> A rimpalmar li legni lor non sani
> Ché nevicar non ponno; é n quella vece
> Chì fà suo legno nuovo, é chì ristoppa
> Le coste à quel, che piu viaggi fece:
> Chí ribatte da proda, á chì da poppa:
> Altri fa remi, ed altri volge sarte,
> Chì terzeruolo, et artimon rintoppa:
> Tal, non per fuoco, ma per divina arte
> Bollia laggiuso una pegola spessa,
> Ché nviscava la ripa d' ogni parte.
>
> El Dante. *La Divina Comedia.—Dell' Inferno.* Canto XXI.

Puesto que el inmortal autor de la *Divina Comedia* para pintar la multitud y rareza de los tormentos infernales, y la espantosa actividad de los ministros del averno, ha buscado sus imágenes y comparaciones en un arsenal de marina, no deberá parecer estraño que nosotros, que muchas veces hemos usado, aunque en sentido inverso, de la misma similitud, adoptemos ahora con preferencia, para epígrafe de nuestro capítulo, los versos con que lo encabezamos. Pero salva la semejanza en la animacion y el estruendo que sorprenden al visitante en un arsenal marítimo, en los momentos de su mayor movimiento y actividad, aquellos golpes que como truenos aturden, aquella agitacion de tantos hombres, simultáneamente ocupados en rui-

dosos y violentos trabajos, y aquella aparente confusion, en vez de desesperacion y espanto, solo producen en el ánimo gratas impresiones, dando una idea del poder y la grandeza á que puede llegar una nacion ilustrada, celosa de su independencia y de su honor, y que procura á la par su prosperidad.

Un arsenal de marina es, en general, un lugar cerrado, situado, por lo comun, en lo mas abrigado y defendido de un puerto de mar, en cuyo espacio se construyen y se carenan, se arman, desarman y conservan los buques de guerra del Estado, conteniendo, ademas, los obradores, laboratorios y almacenes para fabricar y guardar los utensilios, máquinas y pertrechos que á aquellos se destinan.

Se deja entender que una rada segura y un buen puerto, son las condiciones principales que determinan la eleccion del punto adecuado para situar en él un arsenal marítimo. Mas como á estas condiciones han de acompañar otras indispensables que se refieren á su posicion relativa, geográfica é hidrográficamente considerada, he aquí la razon por qué el arsenal del departamento de Cádiz tiene la ventaja de ser el primero de la marina militar en la Península, pues reune, si no todas, el mayor número de estas condiciones, entre las cuales debe contarse su privilegiada situacion, casi equidistante de los estremos litorales de aquella, y su posicion avanzada en la confluencia de ambos mares, Océano y Mediterráneo.

Para establecer el arsenal de este departamento fué escogido el sitio llamado la *Carraca*, completamente aislado por medio de los caños de agua del mar que lo ciñen. Su fundacion data del año 1790, y está situado como á menos de una milla al Norte de la ciudad de San Fernando; ocupa un espacio llano cuadrangular, cuya superficie mide unas 949,580 varas cuadradas. Su terreno se compone de un fango suelto y arcilloso, poco á propósito para las grandes y numerosas fundaciones que eran necesarias, y que solo han podido llevarse á cabo á costa de mucha industria, constancia y gastos de consideracion. Sin

duda razones poderosas, ademas de las que antes indicamos, entre ellas la de ocupar un lugar de ventajosa y fácil defensa en el fondo de la bahía, debieron influir para la eleccion de este local, con preferencia á otros cuya contigüidad al puerto y ciudad de Cádiz presentaban conocida conveniencia. En efecto, no pueden desconocerse las ventajas de su situacion en este concepto; los caños principales que lo ciñen bañando sus cuatro frentes, le sirven de muros, y una multitud de ellos que en irregulares direcciones lo resguardan por la parte de tierra, constituyen un antemural verdaderamente inexpugnable en tiempo de guerra.

Para el paso y comunicacion con la isla gaditana hay, en el caño ó brazo de mar que de ella lo separa, dos barcas ó bombos que pasan de una á otra orilla por medio de andaribeles, cuyos estremos están fijos en bateas destinadas al embarco y desembarco de las personas y efectos, firmemente aseguradas. Ademas de la natural defensa que ofrece su situacion, tiene este arsenal cuatro baterías, cuyos fuegos defienden la avenida del canal de entrada por la parte de bahía y otras por la de tierra. Dos son las entradas de este vasto recinto, una la llamada *Puerta de Tierra*, que mira á la ciudad de San Fernando y sirve para el tránsito comun, y otra que se denomina de *San Fernando*, de que ya hemos hablado, que da sobre el muelle del mismo nombre, destinada esencialmente al servicio de los buques de guerra y para la introduccion y salida de los efectos y materiales.

Se ha dicho que la puerta de un arsenal es la frontera de un mundo, por separar la vida marítima de la vida vulgar; y este pensamiento no carece de exactitud. Pasado el rastrillo en un arsenal marítimo todo es, en efecto, vida y movimiento en lo interior. Aquella agitacion de tantos hombres ocupados en violentos y ruidosos trabajos, es el resultado de un sabio concierto, de una bien calculada distribucion para las operaciones que simultáneamente concurren á un fin.

Un arsenal de marina ofrece ademas una esposicion activa y permanente de lo que el hombre ha llegado á alcanzar en las ciencias y las artes que sirven á la navegacion, sobre todo, en la arquitectura naval, cuyo orígen es comun y simultáneo. Allí es donde prepara los medios de accion que ha sabido apropiarse, para ejercer ese poder soberano con que vence ó aspira á doblegar todas las resistencias que se oponen á sus mas audaces intentos y aspiraciones. ¡Cuán digno es de admiracion este prodigioso adelanto si lo comparamos con la infancia de la navegacion, con los primeros ensayos en este arte prodigioso! Señor el hombre de la tierra, su natural elemento, quiso tambien surcar las aguas, ya para trasportarse de un punto á otro con los objetos de su propiedad ó de su comercio, y ya para estender mas fácilmente sus escursiones y su dominio. El primer tronco que vió flotar sobre ellas le sugirió, sin duda, la idea de la navegacion; y esta simple idea, creciendo con la sociedad, progresando con las artes, y recibiendo en cada siglo un nuevo impulso, ha llegado, por fin, á ofrecer á nuestra admiracion la máquina mas prodigiosa que ha podido producir el humano entendimiento en ese admirable conjunto de *troncos de árboles*, artísticamente labrados y enlazados; esa fabricacion inmensa y complicada que llamamos navío, sobre que reposan y viven en el seno de los mares mas lejanos y turbulentos, muchos centenares de seres humanos llenos de resolucion y confianza; no ya para atravesar, como el primer navegante, los rios, ó moverse siguiendo su curso, ó cediendo al irregular impulso de los vientos, sino llevando en su seno el principio inteligente que domina, somete y regulariza la misma fuerza que amenaza destruirlo, convirtiéndola en medio seguro de direccion y traslacion, y de salvacion en ocasiones.

Siguiendo á nuestros visitantes y á su cortés conductor, y sin detenernos á esplicar minuciosamente las diversas impresiones que la vista de objetos tan varios y dignos de admiracion les producia, vamos á llevar mentalmente, en pos de ellos, al lec-

tor, á fin de hacerle formar una idea, exacta en lo posible, de lo que contiene un arsenal de marina.

Entrando por la Puerta de Tierra, que es la que da frente al camino de comunicacion con la ciudad de San Fernando, y siguiendo por la diestra mano la orilla del caño principal, se encuentran, despues del parque de anclas, nueve gradas de construccion para diferentes clases de buques. Es la grada de construccion un plano inclinado de canteria, de grande solidez y firmeza, donde se pone la quilla, base y fundamento de la nave, sobre la que se elevan, á manera de las costillas que salen de la columna dorsal en los animales (simil de estrema exactitud), las ligazones ó cuadernas que forman la armazon, que luego se forra, cubre y calafatea para impedir la entrada del agua. Desde este plano y por medio de una operacion ingeniosa (que tendremos mas adelante ocasion de describir), se lanza aquella mole inmensa al elemento á que está destinada.

Vénse despues, sobre la misma orilla, los tres grandes diques de carena que son, entre las obras hidráulicas, las principales y mas dignas de exámen; dos destinados para navíos, y el tercero para fragatas. Para estraer de ellos el agua, despues de introducido el buque que se ha de carenar ó reparar, cerradas sus enormes puertas, se emplea la accion de una gran máquina de vapor de simple presion atmosférica, que funciona en una casa construida entre los dos diques principales. La construccion de estos diques fué un verdadero triunfo de la ciencia hidráulica, contra la resistencia y propension invasora de las aguas y, mas que todo, la blandura é inconsistencia del terreno. Están construidos de blanca y sólida cantería, ingeniosamente trabada, y admiran por su solidez, simetría y suntuosidad. Son tambien muy notables sus puertas que, semejantes á las de las esclusas en los grandes canales de navegacion, cierran ó interceptan la entrada al agua del mar, contrarestando el grande esfuerzo de este elemento, á favor de su forma convexa. Próximos á los diques están los tinglados bajo los cua-

les se construyen y conservan las embarcaciones menores, y tambien los destinados á los aserradores.

Frente de los diques y mirando para el canal, se ve una línea de edificios que contienen los obradores de herreros, carpinteros de *blanco*, (así llamados para distinguirlos de los de *ribera*, que entienden esclusivamente en lo concerniente á la construccion de los buques y su arboladura, en tanto que aquellos trabajan en los repartimientos interiores y toda obra accesoria), los faroleros, torneros, motoneros, constructores de remos y de bombas hidráulicas de todo género, armeros, cerrajeros, toneleros, obradores de pintura y escultura; y en todos se advierte el órden y distribucion de los trabajos, y el perfecto resultado que es capaz de producir la simultánea y bien combinada cooperacion de tantas profesiones independientes, que concurren con sus obras y artefactos á la habilitacion y perfeccion de los bajeles de guerra.

Continuando en la misma direccion, descubre próximos el visitante los grandes tinglados donde se guardan y conservan ventiladas y en perfecto estado de sequedad las maderas de pino, así en piezas de figura, como en madres y tablazon. Siguiendo la línea de los diques, se pasa por un puente inmediato un caño perpendicular al canal principal, que surte de agua al llamado *dique de maderas*, especie de balsa ó fosa destinada á la conservacion de las piezas de roble; pues esta madera, de un uso tan precioso en la construccion naval, aumenta su dureza y sus buenas cualidades sumergida en el agua del mar. Este caño corre paralelamente y contiguo á la fábrica de jarcias, edificio digno de la curiosidad de los inteligentes por su estremada longitud y buena construccion, y por las máquinas y artificios que contiene. Es un prolongado paralelógramo, dividido longitudinalmente por largas hileras de postes ó columnas de piedra, que forman cuatro naves á lo largo del edificio, donde se practican todas las operaciones de la cordelería, desde el aspado del cáñamo, rastrillado y torcido en filásticas ó cordones,

hasta la completa confeccion de la cabullería de todos gruesos y menas, y de los cables.

En el mismo edificio hay una pieza destinada al alquitranado de la filástica, operacion que precede á la corcha ó torcido de los cordones. Esta operacion se practica haciendo pasar por debajo de un torno giratorio de fierro, colocado dentro de una gran caldera llena de alquitran hirviendo, grandes mazos de aquella, que se someten seguidamente y por el mismo motor, á cierto grado de presion, que la despoja de la cantidad superflua de aquella resina. Una parte considerable de aquel vasto edificio fué destruida, á principios del siglo, por un espantoso incendio que redujo á cenizas inmensas cantidades de cáñamo en rama que se hallaban en él almacenadas; siendo los causantes del estrago algunos individuos que se introducian furtivamente para substraer aquel material, y que huyendo con aturdimiento en una de sus escursiones nocturnas, hubieron de abandonar alguna vela encendida en medio de aquella masa de materias inflamables. Un acto tremendo y memorable de justicia tuvo efecto en los perpetradores de aquel crímen, luego que fueron descubiertos. Aquella ala del edificio, gracias al abandono de nuestra marina, ha permanecido arruinada desde la época del incendio, para cuya estincion fué necesario emplear la artillería. Esta fábrica viene á formar el segundo lado del cuadrilongo que hace la planta del arsenal.

En el tercero, que es perpendicular al que acabamos de describir, y, por lo tanto, paralelo al primero donde están los diques, se encuentran las hermosas *naves de arboladura*, prolongado edificio de planta paralelógrama, dividido trasversalmente por paredes de medianería, que forman diez y siete naves, destinadas la mayor parte á la construccion y conservacion de los palos de diversa forma y dimensiones que constituyen la arboladura de los buques; parte importante de la construccion naval, y que dirigen y ejecutan hombres especiales dedicados á este ramo. Por el centro de cada una de estas naves corre, en

el sentido de su respectiva longitud, un canal estrecho de cantería que comunica con el caño esterior paralelo al edificio, que aisla en su forma cuadrilátera todo el arsenal, y por él se estraen ó introducen á flote los enormes palos de los navíos que por medio de aparejos colocados á lo largo de estos canales, hechos firmes en los postes, se suspenden y varan en el obrador para hacer en ellos los reparos y composiciones necesarias. Estas naves, edificadas en la época del fomento del arsenal, son de escelente fábrica. La primera, á la parte de Poniente, es, sobre todo, admirable por su atrevida construccion, anchura y la armadura de su techo de forma elíptica, y aun seguiria escitando la admiracion de los inteligentes, si una mano mas asoladora que la del tiempo no se hubiese adelantado á este en sus estragos. En la guerra de la Independencia, y durante el asedio de las tropas francesas á la isla gaditana por el año de 1812, los ingleses, entonces nuestros aliados, hicieron destecharla, y arrancar de este y de otros edificios importantes del arsenal, las maderas y tablazon, dejando su interior á la intemperie, so pretesto de aplicarlas á la formacion de baterías, esplanadas y otras obras de fortificacion contra el comun enemigo. ¡Triste necesidad y singular coyuntura que daba á los ingleses, los antiguos émulos y adversarios de nuestro poder marítimo, la ocasion de exigir y practicar como un servicio lo que habia sido siempre el objeto constante de sus provocaciones y de sus conatos, la destruccion de nuestros arsenales!

Recientemente se han hecho en estas preciosas naves importantes y bien entendidas reparaciones, construyendo en una de las mayores una nueva sala de *galibos*. Se da este nombre á una pieza de grande estension, sobre cuyo pavimento de madera, pintado de negro, se hace el trazado de las piezas curvas y de figura irregular que entran en la construccion de las embarcaciones, y por él las plantillas ó padrones, segun los cuales se han de labrar.

Despues de los diques, obradores, fábricas y edificios que

ligeramente hemos mencionado, es uno de los mas notables y dignos de exámen el *almaeen general*, asi llamado porque en él se guardan las materias, efectos y pertrechos necesarios para el armamento de los buques, colocando y clasificando ordenadamente los objetos segun su naturaleza y volúmen. Este gran edificio ocupa un espacio considerable sobre el cuarto lado del cuadrilátero del arsenal, dando frente á las oficinas de la comandancia general del punto, sub-inspecion de pertrechos, comandancia de ingenieros y otras, y tambien á la entrada del gran patio y obrador de velas. La puerta de San Fernando, que viene á estar en el centro de este cuarto lado, ocupa el promedio entre el almacen general y dichas oficinas. En este gran depósito se guardan, y por él se suministran, todos los materiales que se emplean en los obradores, así como la multitud de objetos ya elaborados que se destinan al servicio de las embarcaciones, y tambien á su decoracion y ornamento.

A favor de una bien entendida distribucion y del concierto con que se hallan colocados tan numerosos y diferentes objetos, se pueden practicar, en pocas horas, trabajos que parecen imposibles á los que no tienen idea del espíritu de órden y actividad que reina en todo lo que concierne al servicio de la marina. El hierro y el cobre, estos utilísimos metales, se ven allí en todas formas; en lingotes ó galápagos y manufacturados, desde la pieza mas complicada y de difícil trasporte, hasta la mas sencilla; desde el perno de mayores dimensiones, hasta el clavo y la aguja mas sutil y diminuta. Vénse tambien allí colocados en numerosa estantería todos los tegidos necesarios para el servicio esterior é interior del buque, desde la gruesa y rígida lona que se emplea en el velámen, hasta la seda, el labrado damasco y el delicado encaje destinado al servicio de los altares.

En uno de los departamentos del almacen general está la *sala de armas*, pieza dispuesta con ingenioso artificio, donde se ven muchos miles de fusiles, gran número de lanzas, chuzos, hoces de abordage, trabucos, esmeriles, pequeños obuses, pro-

betas, en tanto que en las paredes y los techos, revestidos de maderas barnizadas, de adornos dorados y trofeos, aparecen en caprichosas figuras de soles, estrellas y semicírculos, innumerable cantidad de pistolas, espadas y de armas blancas, de diversas especies, así antiguas como modernas, y todo pronto á ser empleado en caso de necesidad.



No lejos del almacen general, contiguos y á lo largo del muelle de San Fernando, se encuentran los almacenes llamados del *excluido* y el de *betunes*, y los destinados á los buques que se hallan en estado de desarmo ó de carena, en número de cuarenta, en los cuales se depositan, con absoluta separacion é independencia, los cargos, pertrechos y efectos que á cada uno pertenecen. Detrás del almacen general está el gran obrador de recorrida de aparejos, y siguiendo esta direccion, en el espacio que queda comprendido entre el primero y cuarto lado del cuadrilátero del arsenal, se halla el parque de artillería y sus obradores y oficinas respectivas.

En la parte alta del edificio que con la puerta de San Fernando constituye uno de los principales del arsenal, están las oficinas de contabilidad y el obrador de instrumentos náuticos. Este interesante taller y el depósito de instrumentos que le es anejo, se hacen notar por su buen órden y aspecto. Se ven allí colocados en hermosa estantería instrumentos de observacion, como octantes, sestantes, círculos de repeticion; multitud de agujas náuticas de varia y curiosa construccion; barómetros, bitácoras comunes y de luz refleja, ampolletas, etc. Entre tantos objetos sobresalen una ingeniosa máquina divisoria, que sirve para graduar los arcos de círculo de los instrumentos de observacion, construida y perfeccionada por un hábil profesor y maestro de aquel obrador, y dos imanes de grande fuerza atractiva, uno natural y otro artificial, admirables por su construccion y belleza, y por el delicado gusto con que están montados, formando uno de los principales ornamentos de aquel depósito.

Don Epifanio, á la vista de aquellos hermosos imanes y agu-

jas náuticas, con sana lógica y con referencia á documentos históricos, observó el poco ó ningun fundamento con que algunas naciones marítimas, particularmente Nápoles y Francia, pretenden atribuirse la gloria de inventoras y restauradoras de la brújula aplicada á la navegacion, cuando tantas razones y hechos concurren para adjudicar este timbre á la nacion española (*). Todos oyeron con particular gusto las eruditas y fundadas observaciones del sabio capellan, y terminada que fué la visita de la sala de instrumentos náuticos, hizo notar el oficial acompañante la proximidad de la hora en que debia tener efecto la entrada en dique del navío, objeto principal y que absorvia en aquellos momentos toda la atencion, en vista de lo cual se dirigieron de comun acuerdo á los diques, dejando para otra ocasion el exámen de otros de no tan inmediato interés (1).

Nuestros visitantes, no sin alguna dificultad y gracias al carácter oficial de su conductor, pudieron penetrar por entre los grupos de curiosos, logrando una ventajosa posicion delante de los mismos diques.

Con la voz genérica de diques, se designan en los arsenales marítimos unos grandes receptáculos que afectan en su parte interior la forma de un casco de navío, escavados en un lugar y terreno á propósito á la orilla del mar, revestidos de piedra de sillería y que sirven para carenar y recorrer los buques de guerra, de cualquier porte que sean, y tambien para construirlos. Unas enormes puertas arqueadas, semejantes á las de las esclusas en los grandes canales de navegacion, interceptan toda comunicacion con el mar, y oponiendo, una vez cerradas, su convexidad á los esfuerzos de este elemento, el dique se conserva en un estado suficiente de seguridad para la práctica de las operaciones de carena y recorrida. La invencion de los diques ha

(*) Véanse las notas.

(1) Acerca de la situacion, circunstancias y ventajas respectivas de los arsenales de Ferrol y Cartagena, véanse las notas.

sido de inmensa utilidad para facilitar estos grandes trabajos, y evitar la difícil cuanto arriesgada maniobra de tumbarlos para *dar la quilla*, operacion que solo se lograba, respecto de las embarcaciones de gran porte, poniendo en juego la accion simultánea de muchos cabrestantes. La causa de no aplicar con frecuencia los diques de carena á la construccion naval es porque, siendo corto su número en los arsenales, no están en proporcion con las necesidades del servicio. Para facilitar la carena y recorrida de embarcaciones de inferior porte y volúmen, con particularidad las del comercio, se ha inventado el *dique flotante*, que es un gran vaso ó receptáculo, construido de madera y dispuesto de modo que pueda sumergirse y recibir en su capacidad el buque que se quiere carenar ó recorrer, sacándolo luego con él á flote.

Don Próspero y compañeros de escursion, cómodamente situados, pudieron contemplar aquella admirable construccion hidráulica, llevada á efecto á favor del impulso restaurador que recibieron nuestros arsenales en el reinado de Cárlos III, y cuyo singular mérito consiste en las graves dificultades que tuvo que superar el arte en una constante lucha con los obstáculos que de un modo especial ofrecia aquel terreno.

Ya hacia algunas horas que despojado el pavimento del primer dique de los útiles y objetos estraños, y quedando solo la cama de picaderos donde debia sentar el navío, entraba el agua con grande ímpetu por dos pequeños postigos de corredera, abiertos en las mismas puertas, y suspendidos por medio de barras dentadas y unos grandes cigüeñales. El ingeniero á quien tocaba dirigir aquella operacion, habia calculado exactamente el tiempo necesario para que niveladas las aguas interior y esteriormente, pudiesen, á favor de este equilibrio, abrirse las puertas con un mediano impulso, haciendo coincidir este movimiento con el de la plea mar, para asegurar la libre entrada del buque.

En tanto que este momento llegaba, y viendo el compla-

ciente oficial el vivo interés con que se enteraban D. Próspero y su hijo, cuya aficion á la carrera subia de punto á la vista de tales objetos, creyó deber emplear útilmente aquel tiempo, haciéndoles un relato histórico con referencia á los diques, y habló en estos términos.

—Esta magnífica construccion hidráulica, cuya útil aplicacion y uso se demuestran en este momento, puede considerarse como uno de los mayores triunfos que la ciencia y el arte obtuvieron jamás sobre los obstáculos naturales de un terreno, sobremanera inadecuado para tal objeto. La calidad especial del que le sirve de base y fundamento, es la de ser un fango suelto, arcilloso y deleznable, condiciones opuestas á las de la solidez y consistencia que eran necesarias; y solo el talento y la perseverancia de dos ilustres ingenieros de marina lograron superarlas, con admiracion de todos los inteligentes. Este y otros hechos honrosos á nuestra marina se ignoran ó tienen en poco, y nadie se cura de escribirlos ó consignarlos á la posteridad en los anales históricos de la ciencia, en tanto que los estranjeros, acusando á cada momento á nuestra nacion de atraso y de ignorancia, preconizan y ensalzan las cosas mas triviales y las meoras de menor importancia.

Persuadido el gobierno el año de 1753, en uno de esos períodos, cortos por desgracia, en que volvia los ojos á su marina, de que la obra de los diques de carena produciria, no solo el mas fácil y útil servicio para el Estado, sino una verdadera economía, resolvió que se procediese primero á la construccion de estos, pues que la situacion del arsenal de la Carraca ofrecia evidentes razones de preferencia, sobre otro cualquier punto de nuestras costas peninsulares. Presentóse desde luego como un obstáculo invencible la pésima calidad del terreno, y hubieron de suspenderse los primeros ensayos, abandonando la escavacion y los malecones comenzados; y los mismos resultados tuvieron las tentativas que luego se hicieron en los años de 1757 y 1767, á pesar de haberse variado el sistema de los trabajos.

Aquel fango, burlándose, por decirlo así, de los esfuerzos de los ingenieros, rehusaba un punto de apoyo sobre que poder afirmar la fábrica, y la obra fué reputada por muchos de imposible. Pero la loable constancia del gobierno en llevar á cabo una obra, cuya necesidad se habia hecho mas vivamente sentir en la última guerra, y el talento de los ingenieros, lograron, en fin, arrostrar todas las dificultades, no reparando aquel en los gastos cuantiosos que por necesidad debia ocasionar empresa de tal especie. La obra fué puesta á cargo del capitan de navío D. Julian Sanchez Bort, sabio oficial, que emprendió desde luego nueva y obstinada lucha contra un terreno que presentaba á cada paso nuevos é imprevistos incidentes que superar. Por la grave enfermedad, seguida luego de la muerte de este sabio é infatigable oficial, á los dos años de emprendidos los trabajos, le sucedió en la direccion el no menos digno D. Tomás Muñoz, ingeniero en segundo de marina, precisamente en el estado mas crítico de la obra, la cual continuó con igual teson, empleando los recursos de su gran saber y justificado talento.

En la primera sonda y tanteo hecho por Bort, solo se halló terreno firme á las 22 varas de profundidad, con cuyo dato se calculó la longitud de las estacas que debian clavarse para construir el dique sobre pilotage, y comenzó la escavacion en enero de 1784; pero apenas llegó á las 5 varas con la corta inclinacion de 45°, se empezaron á derrumbar por todas partes las tierras, con el raro fenómeno de hundirse verticalmente ó á plomo las masas de fango adyacentes, sin que el haber disminuido el declive á 22° $^1/_2$, ni una triple fila de estacas que se clavaron, fuesen bastantes á contenerlas; y baste decir, para dar una cabal idea de lo contrario que es este terreno á la clase de construccion que se intentaba, que sobrevino un formidable derrumbamiento, que arrastró consigo la Puerta de tierra del arsenal, que entonces estaba hácia esta parte y distaba solo 40 varas del lugar que ahora ocupan los diques. En tanto el malecon construido hácia la parte del mar para contener el empuje

de las aguas, obra conseguida á fuerza de trabajo y constancia, dió fuertes crugidos amenazando estas invadir el vacío. Pero el genio, superior á tan tenaces obstáculos, supo dominarlos, y despreciando el peligro y grande riesgo que amenazaba á los trabajadores, el malecon fué apuntalado, quedando sujetas las aguas invasoras. Quedaba por vencer la mayor y mas grave dificultad: era forzoso discurrir á todo trance el modo de contener las tierras que se precipitaban á cegar la concha misma del dique, ó renunciar á la obra. Sin perder momento dispuso Muñoz clavar por ambas bandas unas filas de estacas, trabadas y unidas entre sí por medio de fuertes riostras, entre las cuales se colocaron al través del dique, gruesas vigas ó codales apoyados sobre aquellas, con cuyo artificio logró contener con recíproco y poderoso esfuerzo la caida de los muros laterales, en tanto que, á favor de un aparato análogo y proporcionado, se contuvo del mismo modo la caida por la parte de proa del dique, que es la opuesta á la entrada.

El ilustrado marino que referia á nuestros amigos la historia de aquellos diques, creyó haberse escedido introduciendo demasiado tecnicismo en su narracion; pero asegurado del interés con que le escuchaban, continuó en los términos que, confiados en alcanzar la misma benevolencia por parte de nuestros lectores, reproducimos.

—Ya en tal disposicion, se procedió al clavado de las estacas sobre que debian fundarse las murallas del dique, las cuales, apenas llegaban al terreno firme, se cortaban por sus cabezas á la altura y nivel prefijado, para colocar sobre ellas otras grandes vigas ó maderos, para servir como de largueros y cruceros, y formar lo que en términos de hidráulica se llama un *emparrillado*; y entonces ocurrió otro fenómeno digno de contarse, y fué que, durante esta operacion, todo el sistema y conjunto de estacas, ya clavadas, con su emparrillado sobrepuesto, se iba elevando en el mismo terreno, y era tal el esfuerzo de la masa ascendente del fango, obligado sin duda por las presiones

laterales de las tierras esteriores, que no pudiendo levantar las estacas con la velocidad que aquel subia, desclavó los largueros, á pesar de lo estrecho de la superficie que estos oponian por su grueso á aquel movimiento. Don Tomás Muñoz, dominando tantos obstáculos, tuvo al fin la satisfaccion de colocar la primera piedra el dia 29 de agosto de 1785.

Aunque los otros dos diques son de igual mérito y solidez, este pasa por uno de los mejores de Europa (*), pues tiene de largo 114 varas castellanas, 10 y 2 piés de profundidad, con 20 y un pié de ancho en la parte recta; y en la curva, que es donde se colocan los buques, mide en la parte superior 29 varas y en la inferior 17 ½ (1).

Este dique, denominado *San Cárlos*, se estrenó el dia 16 de enero de 1787 con el navío de tres puentes *Santa Ana*, que calaba 20 piés de popa y 17 de proa; y este acto tan interesante se verificó con grande solemnidad, con asistencia de muchas autoridades y grande afluencia de gentes, atraidas por el interés que siempre escitan estas grandes maniobras.

El movimiento de las gentes y la llegada de la autoridad superior de marina del departamento, acompañada de gefes y oficiales y de otras personas de gerarquía, anunciaron que era llegado el momento de la operacion. El entendido oficial, viendo el interés con que era escuchado, especialmente por el nuevo guardia-marina, prosiguió, procurando economizar en su esplicacion las voces técnicas, y supo hacerles comprender algunas de las causas que solian producir la necesidad de meter un navío ú otro buque de gran porte en dique, como el hacer, por ejemplo, un agua de consideracion, ignorándose la via ó punto de su introduccion; algun grave choque ó varadura con recelos de lesion en la quilla, roda ó partes inferiores sumergidas de la

(*) Véanse las notas.

(1) En el *Museo Naval* de esta capital hay dos escelentes modelos de este dique y de la casa de bombas contigua, que podrán examinar los curiosos.

nave, necesidad de forrar de nuevo, etc. Les esplicó asimismo la necesidad de tomar, como operacion preliminar, y calcular con toda precision lo que se llama *quebranto*, que es aquella desviacion de la línea recta que sufre ó adquiere la quilla de un buque, ya en su caida violenta, cuando es botado al agua desde la grada en que se construye, ya por la contraccion y cualidad higrométrica de las maderas de que está construido, ó por alguna otra causa ó accidente.

Es fácil de comprender que debiendo sentar el navío, cuando se retira el agua que lo sostiene, cargando con todo su peso sobre el plano del dique, si no se rellenasen aquellos huecos ó inflexiones de la quilla, que es la única base sobre que descansa, para suplir las distancias que irregularmente la separan, de un modo exacto, sólido y seguro, resultarian accidentes de suma gravedad en toda la mole al ceder á la terrible accion de la pesantez. Los facultativos conocen para esto métodos tan sencillos como ingeniosos, y por lo tanto, ya se encontraba colocada de antemano una serie de *picaderos*, próxima á la línea central que divide el dique segun su longitud, el cual tiene el ancho suficiente para poder preparar la *cama* del buque que ha de entrar, sin necesidad de hacer salir para esto al que precedentemente lo ocupa, con el objeto de no multiplicar las operaciones con perjuicio del tiempo y de la economía, escusando tambien de este modo el desagüe. Los picaderos son unos grandes sólidos paralelipípedos de roble de mas de un pié en cuadro y una vara de largo; que con un grueso tablon, llamado *solera*, componen y completan la altura necesaria; y se disponen de este modo para el caso en que sea menester *desguazar* (1) alguno de estos picaderos por tener que mu-

(1) Para la esplicacion de esta y otras voces facultativas, que nos veremos obligados á emplear en nuestra narracion, remitimos á los lectores para quienes sean enteramente nuevas ó poco conocidas, al sucinto catálogo ó esplicacion de ellas que insertamos al final.

dar la *zapata*, forrar de cobre ó hacer alguna otra operacion en que deba quedar descubierta aquella parte de la quilla.

Nuestros amigos veian, en medio de estas cortas esplicaciones, que escuchaban con suma complacencia, abrirse las puertas del dique y acercarse magestuosamente la gran mole del navío, que iban halando desde tierra, por banda y banda, gran número de peones, en tanto que largando gradualmente una *espía* ó grueso calabrote de retenida por la popa, aseguraban su direccion conservando con sumo cuidado el centro del canal, para evitar un choque ó roce lateral con los muros del antedique; operacion que se ejecutaba en el mayor silencio, solo interrumpido por el sonido sutil y penetrante de los pitos de los contramaestres, con cuyas ligeras modulaciones, comprendidas por los marineros, se aceleraba ó retardaba, ó llevaba el buque á la posicion deseada. Luego que la popa rebasó de las puertas del dique, quedando enteramente dentro, el ingeniero que dirigia la faena, determinando por medio de *lienzas*, enfilaciones y referencias de la línea central ó eslora del buque y de su plano vertical, respecto de las partes inmóviles de aquel, la posicion justa en que debia sentar, dispuso, en el momento conveniente, con voces breves y precisas, los diversos movimientos y desvíos de babor á estribor y de popa á proa, que lo hacian avanzar ó retroceder, llevar á una banda ó á otra, usando para el efecto de aparejos cruzados, que hechos firmes en los costados del navío, se enganchaban del mismo modo en argollas dispuestas en las murallas del dique. Ya inmóvil en la posicion determinada por el ingeniero, hubo una suspension de operaciones para dar lugar á que la marea, que habia comenzado su descenso, dejase bajar el navío. Aquel silencio fué luego interrumpido por la voz del ingeniero, que en tono solemne anunciaba que el navío sentaba en aquel momento sobre sus picaderos; lo cual se confirmó en seguida por un sordo rumor que produgeron todos sus miembros y ligazones al desprenderse del elemento que lo sostenia y caer sobre la tierra, su elemento primitivo. En efecto; aquella

masa cuya perpetua movilidad era, por decirlo así, condicion y señal de vida, cesó en su movimiento como herida por un poder mágico, y cual si quedase repentinamente petrificada, adhiriéndose como una montaña de granito á la tierra de donde procedia; y abandonada por las aguas, que fácilmente la sostenian segun las leyes de la hidrostática, venia á ser (aunque por corto tiempo) un grandioso edificio, sujeto á las comunes leyes de la gravedad.

El oficial les hizo entonces notar dos gruesos clavos que colocados de antemano, á popa y á proa, en el *codaste* y *tajamar*, y sumergidos hasta aquel momento, acababan de descubrirse, sirviendo de aviso é indicativo al ingeniero de que el navío tocaba á los picaderos. Entonces dispuso este afirmar una porcion de puntales contra la popa, pues fué esta parte del buque la que dió señales de sentar primero. Estos puntales son bastante gruesos, y la operacion de colocarlos exige grande atencion é inteligencia, pues de su simultánea y buena colocacion pende en tal caso la seguridad del buque, y para esto se halla preparado un número igual de ellos por banda y banda. Es circunstancia muy esencial que el navío quede perfectamente *adrizado;* es decir, que la seccion longitudinal que se supone pasar por el centro se confunda con el plano vertical, para lo cual se coloca un operario diestro con un aplomo en la mano en la escotilla mayor, junto al *pié de carnero* ó puntal, que en aquel parage une la quilla con la cubierta.

Mientras el buque iba bajando con la marea, los carpinteros, repartidos y colocados convenientemente, presentaban á la par los puntales, que por reglas fáciles y practicadas en el acto arreglaban con suma prontitud y destreza su exacta longitud, y apoyaban sus estremos por un lado en la *banqueta* del dique, y por el otro sobre el costado entre porta y porta y en lo firme de la *cinta*, para cuya operacion ayudaban desde á bordo, suspendiendo el puntal con cabos de esparto; hecho lo cual, y llegado el momento preciso, los carpinteros apretaban con sus ma-

zas las cuñas de la parte de tierra, quedando firme ó inmóvil el navío. Luego que estuvo apuntalado por su manga, que es la verdadera operacion que asegura el buque, se trageron las puertas del dique al cierro, dejando entre ellas el viento ó abra indispensable para que pudiese mantenerse equilibrada el agua de fuera con la de dentro, cerrándolas luego de firme en el momento de la baja mar. Llegado este, el ingeniero, siempre en observacion, dió la voz conveniente, y desde entonces los esfuerzos del agua creciente, obrando sobre la parte esterior y convexa de las puertas, ayudaron á cerrarla. Hecha esta operacion, observó Hernando que el agua del dique bajaba con mayor rapidez que hasta allí, y como no alcanzase la causa de esto, el oficial se la esplicó diciendo; que teniendo aquel dique comunicacion interior con los dos inmediatos colaterales, á la sazon vacíos, el ingeniero habia mandado levantar las compuertas que interceptaban su comunicacion, y el agua habia corrido á nivelarse, repartiéndose de este modo entre ambos diques. Despues de esto, y cerrada nuevamente la comunicacion entre ellos, se continuó hasta su totalidad el desagüe por medio de las bombas de vapor, establecidas en el edificio cuadrangular que tenian á la espalda, situado en el espacio comprendido entre los dos primeros diques. La invencion de estas máquinas, cuyo móvil es el vapor, habia sido importada de Inglaterra por el sabio marino D. Jorge Juan, y sin embargo de la sencillez de su mecanismo y de producir su efecto por la simple presion atmosférica, la gran cantidad de agua que estraian y lo nuevo y sorprendente del aparato, llamaban fundadamente la atencion de los curiosos, haciendo presentir á los hombres de ciencia las grandes y diversas aplicaciones que aquel poderoso agente, que antes que nadie dió á conocer en España *Blasco de Garay* con destino á la navegacion, mejor estudiado y combinado, produciria, causando una revolucion en la industria, en las relaciones sociales y en la guerra, y marcando una época de crísis en la historia de las invenciones humanas.

Las bombas, cuya caldera se habia caldeado de antemano, comenzaron á funcionar con imponente estruendo; y segun se iban descubriendo las gradas ó banquetas inferiores de la muralla del dique, se iban colocando por el mismo medio otras andanas de puntales, hasta que descubriéndose el pavimento, quedó la carena del navío enteramente en seco y á disposicion de los ingenieros.

La entrada en dique de aquel navío, correspondiente á la escuadra surta á la sazon en la bahía de Cádiz, era para reconocer su parte inferior, pues habiendo tocado á su entrada en puerto en alguna de las piedras que se hallan en su boca, se recelaba con fundamento que hubiese largado ó dejado parte de la zapata ó sobrequilla, lastimando la quilla misma con alguna otra avería. Los ingenieros reconocieron en el acto la carena del buque, que hallaron en buen estado, reduciéndose todo el daño recibido al desprendimiento de un pedazo de la sobrequilla del tercio de popa y haberse arrollado parte del cobre del fondo por una banda; daños para cuya reparacion solo fueron necesarias en rigor algunas horas de activo y bien dirigido trabajo. La faena á que asistieron nuestros amigos y que hemos descrito con alguna detencion, aunque no es de las mas importantes que ocurren en los arsenales de marina, presentaba, sin embargo, grande atractivo, como lo acreditaba la numerosa concurrencia y la animacion é interés que se observaba en los semblantes. Lo que, sobre todo, llamaba la atencion de los observadores, era el singular contraste que ofrecia el navío armado con toda su arboladura y aparejo, su completa dotacion, y en el mismo estado que si se hallase navegando en alta mar (á escepcion de la pólvora que siempre se estrae á todo buque antes de la entrada en el arsenal), y cuyo servicio y movimientos interiores no sufrieron alteracion, con el bullicio y disposiciones exteriores respecto del mismo navío, que semejante á un pueblo movible, se dejaba trasladar por una voluntad estraña. En efecto: en tanto que los ingenieros, y á

su vez los carpinteros y demas trabajadores, se agitaban cruzando en distintas direcciones, en medio del bullicio y clamor que es inevitable en estas grandes faenas, se veian pasear tranquilamente los centinelas por los portalones y puestos acostumbrados, y á los marineros subir por las jarcias y ocuparse sosegadamente en los trabajos comunes y diarios.

Creemos nos serán perdonados la minuciosidad y el carácter pasablemente didáctico empleado en esta narracion, que ciertamente no hemos escrito para los marinos é inteligentes, sino para aquellos que, no siéndolo, desean tener nociones exactas de las grandes é interesantes faenas marítimas; materia, por otra parte, muy digna de ocupar la curiosidad de los hombres estudiosos que viven lejos de nuestros departamentos marítimos. Las impresiones que recibió Hernando en este dia con la vista de aquellos objetos y operaciones tan nuevas y sorprendentes, escitaron en él mayor apego á su carrera y un poderoso estímulo para conocer de un modo íntimo y radical su causa y fundamento.

Concluida la faena, el oficioso conductor llevó á nuestros amigos á ver la casa y máquinas de vapor que trabajaban en estraer los últimos restos de agua del dique. De la casa de bombas, disipada ya la concurrencia, los llevó al navío, el cual examinaron á su placer en todos sus pormenores; y diremos, por último, que la admiracion y la complacencia de padre é hijo llegaron á su colmo al contemplar interiormente aquella máquina admirable sobre todas, y en la que se hacian notar, con lo ingenioso y variado del mecanismo, el órden y la calculada economía en la division y empleo de sus capacidades, para guardar y conservar lo necesario y conveniente á su armamento, víveres, aguada, repuestos, etc., así como los alojamientos segun las clases de su numerosa dotacion y tripulacion.

Nuestros amigos, satisfecha en lo posible y de un modo tan grato su curiosidad, se despidieron así del ayudante á cuya bondadosa oficiosidad debian tan útiles noticias y esplicaciones, co-

mo del comandante general del arsenal á quien encontraron en el navío, separándose con mutuos ofrecimientos y señales de aprecio y complacencia.

La vista del arsenal y las nuevas ideas que surgieron en la mente de Hernando, exaltaron su pronunciada aficion á la carrera marítima, y desde aquel momento, gracias á su aplicacion, sus estudios fueron rápidos y aprovechados, mereciendo las mejores censuras en sus exámenes, así como el aprecio y predileccion de todos sus gefes y maestros, en tanto que su natural afectuoso, condescendiente y jovial con dignidad, le granjeaban la amistad de sus compañeros.



## CAPÍTULO VII.

Hernando se embarca en el *Fulgencio.*—Inquietud y supersticiones del amor maternal.—El repertorio de brujerías de la señora Mónica. —Tentacion y debilidad.—Espedicion secreta. La cueva del Gato y sus maravillas.

..... Non é prudenza,
Ma follia dé mortali
L'arte crudel dí presargirsi i mali.
Sempre é maggior del vero
L'idea d'una sventura,
Al crudelo pensiero
Dipinta dal timor.
Chi stolto il mal figura,
Affretta il proprio afanno,
Ed assicura un danno
Quando é dubbioso ancor.
METASTASIO.—*Attilio Regolo.*

Mucho tiempo habia transcurrido desde que Hernando se separó por la vez primera del hogar paterno, y aunque lo acerbo de aquella separacion se hallaba templado en lo posible por una asídua correspondencia, que hacia fácil la proximidad del departameuto marítimo, los temores de Doña Clara por su hijo crecian á medida que aquel pasaba. Sabia que sus rápidos progresos en el estudio podrian apresurar la época de su embarco; y ya no eran solos los riesgos de la navegacion los que causaban sus temores; á estos motivos se unian las terribles vicisitudes y trances de la guerra.

En efecto: los ingleses, á cuyas miras y sistema no podia convenir una paz durable con España, acababan de romper de nuevo las hostilidades, y una fuerte escuadra se habia presen-

lado delante de Cádiz, bloqueando su puerto y las fuerzas navales que en él se encontraban á la sazon bajo las órdenes del general Mazarredo. El gobierno español, escitado por la perpetua animosidad y provocacion de la Gran Bretaña, y saliendo de su habitual apatía, tomaba disposiciones enérgicas y dictaba órdenes de armamento y defensa, secundado de la indignacion nacional, y sobre todo se ocupaba de los medios de socorrer nuestras siempre amenazadas colonias, procurando poner á salvo los intereses del Estado y de los particulares, que, en la confianza de una paz y amistad duraderas, se encontraban en grande riesgo y compromiso. Nuestras fuerzas navales estaban divididas y poco preparadas, pues á pesar de los desengaños y de una costosa y antigua esperiencia, nunca fué la divisa de nuestro gobierno aquel manoseado y previsor proverbio de los políticos: *Si vis pacem, para bellum*.

Las últimas noticias del departamento de Cádiz justificaban, en efecto, los temores de Doña Clara, y era indudable que gran número de guardias-marinas debian embarcarse en la escuadra, no siendo de creer que fuesen los últimos los mas aplicados y capaces. La madre de Hernando, con la imaginacion llena de aquellos combates, de aquellos naufragios y reveses marítimos de que encontraba continuos recuerdos en su casa, veia ya aparecérsele en sueños mil imágenes funestas, y en aquellos momentos de zozobra y de inquietud maternal, hubiera querido lanzarse al porvenir, sondear los arcanos de lo futuro, y ver al través de aquel caos tenebroso alguna ráfaga de luz que, aunque en término remoto, le mostrase á su hijo querido, salvo y libre en el hogar paterno.

Doña Clara, con un temperamento melancólico y dotada de una imaginacion en estremo impresionable, creia tambien en la adivinacion y prestaba fé á los decidores de buena-ventura que, especialmente por aquellos tiempos, vagaban por España ejerciendo la quiromancia y otras artes supersticiosas. Pero la creencia en las prácticas divinatorias, no era entonces, ni despues,

como tan resueltamente suponen los estranjeros, cualidades propias y esclusivas de nuestro pais. Es necesaria toda la prevencion, toda la ligereza por una parte, y toda la resignacion y paciencia, por otra, de los españoles, para que tales juicios hayan generalmente prevalecido sin el debido correctivo. Si escribiéramos un libro para justificar á nuestra nacion de la multitud de cualidades depresivas, propias solo de un pueblo sobremanera atrasado en la civilizacion, que gratuitamente nos atribuyen los escritores estranjeros, con hacer una comparacion del respectivo grado de credulidad con otras naciones, nuestros lectores encontrarian con la verdad no pocos motivos de sorpresa. No mencionariamos los actos fanáticos y supersticiosos que tanto caracterizan y afean, en siglos anteriores, los anales de otros pueblos; no recordaríamos á los que nos reconvienen con los *autos de fé* y los hechizos de Cárlos II, el trascendental fanatismo de Luis el onceno y de los tiempos de Richelieu; bastaria demostrarles, simplemente, lo arraigadas que se encuentran todavía aquellas creencias y la mas absurda supersticion en esas mismas naciones, no solo en los campos y entre las clases inferiores de la sociedad, sino entre las mas elevadas sobre el vulgo humilde de los creyentes. Los que tal grado de debilidad y atraso suponen en los españoles, ¿ignoran, por ejemplo, que el general Bernadotte anduvo tras de una famosa agorera, que dicen le pronosticó su elevacion al trono de Suecia; que á la emperatriz Josefina, muchos años antes de serlo, en una consulta semejante, le fué levantado un horóscopo que le prometia la corona imperial; que Bonaparte, ya gefe de la república, consultó varias veces á la famosa Lenormant; y que Napoleon, emperador, y su primera muger, á quien él acusaba de supersticiosa, consultaban, no obstante, de mancomun las profecías de Nostradamus y otros viejos repertorios proféticos de Francia, para buscar en ellos presagios de su elevacion al alto puesto, que solo debió aquel hombre estraordinario á su genio, su audacia y su fortuna? Y contrayéndonos á época aun mas reciente,

¿no nos ha referido Mr. Lamartine y consignado en su *Viaje á Oriente* la entrevista que solicitó y tuvo (en 1832) con la célebre iluminada Lady Esther Stanhope, sobrina del famoso Pitt, en su retiro del monte Líbano; no nos refiere con todos sus pormenores los lisonjeros presagios que á su vista, y sin preceder algun conocimiento, le hizo esta mujer estraordinaria de sus próximos sucesos en Francia, de su intervencion en ellos y elevacion á los primeros puestos del gobierno? ¿No escuchó de su boca que ella poseia aquella ciencia divina nacida en Oriente, perdida en Europa y conservada en su cuna; que leia en los astros, "en esos fuegos celestes que presiden á nuestro nacimiento, cuya influencia benéfica ó maligna ha quedado escrita en nuestros ojos, sobre nuestras frentes y facciones, en las líneas trazadas en nuestras manos, en la forma de nuestro pié, en la gesticulacion y hasta en nuestro modo ó costumbre de caminar?" Cierto es que el ilustre viajero y filósofo, al consignar en su obra el recuerdo de aquella singular conferencia con la moderna profetisa del Líbano, hace ciertas salvedades respecto á sus dones sobrenaturales y predicciones luego realizadas; mas no por eso deja, al referirlas del modo mas minucioso, de reconocer en ella superiores dotes y cualidades, observando que "la soledad concentra y fortifica todas las facultades del alma; y que los profetas, los santos, los grandes hombres y los poetas, lo han comprendido maravillosamente; y que su naturaleza hace buscar á todos estos seres privilegiados el desierto y el aislamiento de los hombres." Y para concluir esta digresion vindicativa, contra los que acusan á nuestro pais de alimentar mas que otro alguno tales creencias, ¿no es notorio que en Francia é Inglaterra pululan las *echadoras de cartas*, y que en el mismo París, en la moderna Atenas, trono de la despreocupacion, alcazár de los espíritus fuertes, no solo se dice la buena ventura en tienda abierta y *por cuanto vos*, como los gitanos en España en tiempo del oscurantismo, sino que se anuncia al público en los mismos periódicos, órganos de la mas avanzada

ilustracion, donde se publican las sesiones de la Academia de las ciencias, y donde no ha mucho se ha sentado como axioma, que *la supersticion de los españoles es proverbial?* (1)

Mas si, por otra parte, consideramos con indulgencia y sin el orgullo intolerante y glacial del escepticismo la causa de esa debilidad, de esa necesidad, diremos, del corazon humano, de esa inclinacion á penetrar el porvenir; si no podemos justificarla, hallaremos que mas que un error ó una supersticion fanática, ès tan solo la exaltacion de una cualidad moral que, segun el pensamiento y la expresion del conde de Maistre, nos lanza *mas allá*. El hombre quisiera huir siempre de lo presente; nosotros no vivimos, propiamente, el momento actual; lo pasado sirve tan solo de materia y pábulo á la imaginacion, y contribuye con sus recuerdos á avivar el deseo de conocer las cosas futuras, á correr nuevos espacios, y este deseo era el que dominaba el alma apasionada dè la madre de Hernando.

Servia de ocasion y aliciente á este deseo la circunstancia de hallarse por entonces en la Sierra una gitana esperta en las artes divinatorias, y cuyos pronósticos, asi como otros prodigios y brugerías que el vulgo le achacaba, daban pábulo á la credulidad. La señora Mónica ayudaba no poco á sostener aquella flaqueza moral de su señora, excitándola á una visita y consulta

(1) Entre otros anuncios que pudiéramos citar de este género, he aquí uno que el *Constitutionell* publicaba en 8 de agosto de 1845.

"M.me Lacombe.—Rue Boucher I. au premier.—Prés le Pont Neuf. —Donne tous les jours chez elle des consultations sur le passé, le présent et l'avenir; elle se rend aussi chez les personnes que veulent bien l'honorer de leur confiance."

De tal manera se halla arraigada en Francia (como en otras naciones europeas) este género de supersticion, que Mr. Collin de Plancy ha escrito hace pocos años varias obras para combatirlo; y Mr. Gratien de Semur, ha publicado recientemente (en 1843) un libro notable en que se hace cargo de reseñar y combatir la multitud de errores y preocupaciones que abundan en su pais, con el título de *Traité des erreurs et des préjugés*.

con la famosa agorera, á quien ella deseaba secretamente consultar por su parte, ansiosa de conocer lo que el *Hado* habia decretado respecto de sus proyectos matrimoniales y la suerte y porvenir de su hijo.

Corrian, en efecto, peregrinas historias acerca de aquella gitana, y la crónica de las comadres y los meticulosos, de que era digno eco el ama de llaves, daba por cierto que chupaba niños, secaba campos y olivares, confeccionaba hechizos y que, cual otra Circe, trasformaba á sus enemigos en animales de ignoble especie y catadura. Pero en lo que verdaderamente sobresalia era en el arte quiromántico que profesaba sin rebozo, pronunciando sus oráculos en la célebre *Cueva del Gato*, rodeándolos, en ocasiones, de un aparato imponente, á cuyo efecto contribuia sobremanera la fama de aquel lugar temeroso.

Mientras el vulgo de la Sierra, siguiendo la propension del vulgo de todas partes, temia y ponderaba al mismo tiempo el poder de la gitana, otros observadores, no tan crédulos, sospechaban que aquellas brujerías y sortilegios, aquel medroso aparato servia de cobertera á miras mas especulativas, protegiendo, bajo un plan bien combinado, el tráfico ilegal del contrabando, esplotando con tal fin el terror de los naturales. Pero el carácter imponente de los prestijios de la cueva, habia dejado traslucir á un corto número de observadores, menos vulgares, que esta era, ademas, un centro de operaciones clandestinas de superior trascendencia, por su índole política y religiosa, y que la gitana, auxiliada de misteriosos iniciados, venia á ser un secreto agente del famoso taumaturgo y gefe de los iluminados Cagliostro, cuyos hechos prodijiosos gozaban de tanta boga por aquellos tiempos.

Doña Clara, cuya fé en las predicciones tenia un oríjen mas noble y disculpable que la curiosidad de su ama de llaves, absorta en su dolorosa preocupacion, apenas escuchaba sus relatos, cuando una carta en que Hernando noticiaba su embarco en el navío *Fulgencio*, escitando mas vivamente su inquietud y

sus temores, le hizo, al fin, prestar oidos á sus consejos. Es probable que ella no hubiera llevado á efecto por sí sola la consulta con la gitana agorera, á causa de su natural timidez, y tambien por otra clase de consideraciones, pues no podia disimularse que aquella determinacion tenia algo de temeraria. Pero la madre de Hernando se hallaba ademas bajo la impresion de fuertes emociones, de crueles ensueños; y su alma, ya dominada por el presentimiento, luchaba con una fuerza superior é irresistible, cuando un incidente casual vino á facilitar la ocasion de satisfacer aquel imperioso deseo. Don Próspero, acompañado del capellan y de su hijo el mayor, acababa de ausentarse por breves dias para ocuparse de ciertos negocios en la próxima ciudad de Málaga, y entonces fué cuando Mónica, como otro Luzbel en el Paraiso, redoblando sus instancias, la indujo á comer del fruto prohibido. Resuelta, en fin, la espedicion, era necesario rodearla de sigilo, y la misma Mónica se encargó de hacer los preparativos.

Uno de los cortijos de D. Próspero se hallaba casualmente situado á una legua corta del parage de la Sierra donde residia la gitana, y esta circunstancia favorecia el intento. El sagaz albeitar fué puesto en el secreto bajo la mayor reserva, y él supo muy bien á quien recurrir para acordar el momento de la entrevista con la gitana, la cual señaló el dia y la hora; siendo de advertir que, para que la prediccion se verificase con toda legalidad, se ocultaron las circunstancias y procedencia de las personas consultantes. Llegado el dia, una y otra partieron, no sin sobresalto, para el cortijo, desde donde, despues de algunas horas de descanso, deberian salir acompañadas de aquel, hasta el punto de la montaña donde le era permitido llegar.

Difícil es pintar la perplejidad, los temores que asaltaron de nuevo á Doña Clara en el momento de partir; pero ya dominada por su anterior resolucion, emprendieron el viaje, ocultando el objeto, bajo el pretesto de visitar una familia que residia en una hacienda inmediata.

En el sistema montañoso de la península ibérica se distinguen de un modo muy notable aquellas sierras gigantescas que se elevan hácia la parte meridional de Andalucía, y cuyas vertientes derraman abundosas aguas formando arroyos y riberas, que reuniendo sus caudales producen los rios de Guadiaro y Guadalete que desaguan, este en el Océano, aquel en el Mediterráneo. Estas cadenas de montañas prolongadas, terminan con el gran espolon ó promontorio que los antiguos llamaban *Calpe*, el cual corresponde por su mole y configuracion con el llamado *Avila*, situado en el continente africano. Aquellas masas formidables, sus tajos y hendiduras, su violenta posicion y aglomeramiento, recuerdan y demuestran la espantosa revolucion y cataclismo que hubo de verificarse, hácia esta parte del globo, en tiempos muy remotos, y cuyo resultado fué la separacion de aquellos montes, y la union del Océano con el Mediterráneo. Tal debió ser, en efecto, el orígen del famoso estrecho que osaron desembocar los navegantes de Tiro y de Sidon, visitando con sus ricas flotas la antigua Gades, á cuyos valientes hijos trasmitieron el gusto por el comercio y la navegacion, siendo estos los primeros que, guiados por la aguja magnética que conocian, visitaron las regiones trasatlánticas (*).

Aquella region, cuyas asperezas son tan favorables á las ideas de libertad é independencia, ha sido en todo tiempo el asilo de hombres turbulentos, y muchas veces teatro de hechos memorables y gloriosos. Durante la invasion africana sus riscos y eminencias se poblaron de castillos y atalayas, cuyos restos nos recuerdan aquellos voluptuosos dominadores: los valles, los torrentes, las concavidades, ofrecen frecuentemente con el nombre, la memoria de un hecho de armas, de un lance de amor ó de alguna tradicion maravillosa, y estos lugares animados y embellecidos con las galas de la poesía árabe, como la Alhambra y el Generalife, placen al alma con su encanto. Lo

(*) Véanse las notas.

estupendo de los recuerdos se hermana de un modo admirable con la adusta magestad de aquella naturaleza salvage, de aquellas moles graníticas fantásticamente hacinadas, con sus abismos y subterráneos y con el ruido atronador de sus torrentes. Pero si los vencidos hijos de Agar nos dejaron un suelo lleno de magníficos monumentos de las artes que cultivaron, con la ciencia de los Avicenas, tambien heredamos de ellos la alquimia, la astrología judiciaria y la quiromancia, confundiéndose estas creencias y supersticiones con otras de orígen mas antiguo que nos eran comunes con los demas pueblos de Europa. Tal es el orígen de esas leyendas, de esas tradiciones maravillosas de las cuevas de Toledo y de Salamanca, de tanto lugar encantado, de tanto tesoro escondido (*).

Los gitanos, esa raza particular de hombres poco conocida aun, á pesar de no pocas eruditas disertaciones, que, ya desciendan de los llamados *moriscos*, rezagados en España contra la severidad de los edictos, ó sean parte de esa gran familia que con el nombre de Zíngaros ó Bohemios vaga de tiempo inmemorial por la Europa, entre varias artes mecánicas ó de *industria* que les son peculiares, se han atribuido siempre la posesion de la quiromancia, ó sea el arte de predecir lo futuro por la inspeccion de las rayas de la mano; y á favor de una tolerancia, no menos inmemorial, se conservan vagando de region en region y de pueblo en pueblo.

La gitana agorera de la cueva del Gato pasaba por el gefe invisible de uno de estos aduares, y su misterioso retraimiento ayudaba á aumentar las estrañas noticias que acerca de ella corrian.

Era mas de mediado el dia, que se presentaba opaco y nebuloso, cuando dos mugeres cubiertas con mantos y montadas en sendas caballerías, trepaban silenciosamente por una rampa escabrosa: delante, y á cierta distancia, las precedia un hombre

(*) Véanse las notas.

á pié que, segun la seguridad con que dirigia sus pasos, daba muestras de conocer el terreno. Luego que llegaron á lo alto de una colina, que apenas percibieron de lejos por hallarse confundida con la falda del monte, descendieron por la quebrada, dirigiéndose á una masa confusa de rocas que se veian en lo bajo hácia la izquierda, por las cuales penetraron hasta dar vista á un valle, donde al pié de un risco aislado de forma fantástica, vieron las de los mantos un hombre embozado, con un pañuelo rayado en la cabeza, el sombrero calañés caido sobre el lado y que dejaba asomar por debajo de la capa la boca de un trabuco. Al emparejar el guia con el inmóvil embozado, puesto como un centinela á la entrada de aquel recinto, se hablaron en voz baja; y quedándose el primero, tomó la delantera el del trabuco seguido de las mugeres, y los tres descendieron dirigiéndose á un punto que se hallaba como abismado en el fondo del valle, y que se hizo desde luego notar por un sordo ruido de aguas subterráneas.

Despues de media hora todavia de fatigosa marcha, se encontraron de pronto á la boca de una gruta, cuyo lóbrego seno no dejaba percibir las paredes interiores, ni terreno donde asentar la planta. El embozado se detuvo, silbó suavemente y al momento se vió iluminado lo interior de la caberna.

Hay en el ser humano misterios desconocidos, cualidades que por falta de ocasion no se manifiestan; existen caractéres tímidos y pusilánimes para la vida comun, pero que en ciertos trances críticos se desarrollan enérgicamente y con una entereza inesperada. La resolucion adoptada por Doña Clara habia ya puesto á la prueba todo su esfuerzo; mas lo imponente del sitio y de la hora, el ruido del viento, el lejano quegido de las aves nocturnas, el estruendo de las aguas subterráneas, aquel hombre desconocido que las acompañaba, la boca de aquella sima tenebrosa y de súbito iluminada; todas y cada una de esta causas eran bastantes para hacer retroceder de semejante empresa á hombres de grande esfuerzo. Pero en Doña Clara predominaba

ya una voluntad decidida, y aunque el conjunto de tantas causas terroríficas la dejaron algunos instantes suspensa, decidióse, al fin, entrando en la tenebrosa cueva, llevando en pos de sí á Mónica, que, toda espeluznada, no osaba desasirse de sus faldas. Ya dentro, el primer objeto que descubrieron, á larga distancia, fué un hombre, cubierto con un ropon y capucha, que llevaba una antorcha encendida, en ademan de guiarlas. La luz de aquella antorcha agitada por el viento, comunicaba una tinta rogiza y vacilante á las masas irregulares de roca que formaban como el vestíbulo y entrada de la cueva, cuyo suelo se inclinaba al principio; pero á los pocos minutos de descenso ya empezó á ensancharse visiblemente, ofreciendo un terreno mas llano, aunque desigual. Un cuarto de hora habia trascurrido desde que caminaban mudando frecuentemente de direccion, cuando llegaron á un sitio donde la gruta parecia dividirse en diferentes bocas ó ramales de rara y desigual apariencia. El guia se entró por una de aquellas bocas y por ella le siguieron, sintiendo desde luego una notable impresion de frio y humedad. Entonces empezaron á ver algunas de las desconocidas maravillas que encierran las entrañas de aquella sierra. La parte de la cueva que atravesaban presentaba una especie de galería de un mármol blanquísimo en masas irregulares y cortadas por multitud de arroyos, formados de las aguas que fluian en todas direcciones: estas masas, vistas de lejos y á la luz incierta del conductor, presentaban figuras caprichosas é imponentes, que la imaginacion ya exaltada de ama y criada, exageraba y completaba aumentando su miedo. Pareciales ver pirámides, tumbas y seres humanos de diferentes estaturas, derechos ó inclinados, y cubiertos de largas vestiduras blancas; obra toda de la naturaleza, producida por la lenta y perpetua filtracion de las aguas en aquellos laboratorios seculares. Su admiracion varió de objeto de un modo menos desagradable, encontrándose luego en medio de una especie de rotonda toda formada de magníficas cristalizaciones y estaláctitas, que heridas por la luz producian mil reflejos y

cambiantes de colores, como si todo su ámbito estuviese tachonado de topacios, záfiros y esmeraldas. Despues de haber atravesado aquel admirable trozo, la gruta fué tomando un color mas sombrío, y solo á trechos veian atravesar sobre el fondo agrisado de la masa granítica, algunas vetas filamentosas de amianto, de una blancura plateada y uniforme; y todo desapareció completamente, sucediendo una especie de oscuridad que les impedia ver las paredes y techumbre de la cueva, que habia ensanchado de un modo considerable. Entraban indudablemente en un grande espacio, y sin la idea de que caminaban por las entrañas de la tierra, así por la sutileza del aire que respiraban como por una sensacion menos penosa, hubieran creido hallarse en una vasta campiña, cuyos límites y horizonte no podian percibir. Así caminaron algun espacio, cuando de pronto creyeron ver sus ojos, á la derecha mano, un espectáculo verdaderamente mágico y sorprendente. En aquel momento su guia permaneció inmóvil con su antorcha, como para darles lugar á que contemplasen aquellos estraños objetos.

Veíase al través de la bruma un lago de grande estension y de forma regular, rodeado, á lo que podia percibirse, de una hermosa balaustrada; y á la orilla opuesta un palacio, coronado de torres almenadas, de rara y agradable arquitectura. En medio del lago se veia la taza de una fuente rodeada de surtidores, y en el centro una columna, en cuya cúspide ó remate descansaba una figura colosal, que representaba una especie de gato ó pantera. A los lados del lago y del palacio, y en el fondo de aquel lúgubre pais, que parecia estar iluminado por una claridad azulada y fosfórica, que se estinguia y avivaba alternativamente, se percibian como masas de verdura y grupos de árboles.

Aquella súbita aparicion las sobrecogió de repente; pero lo que verdaderamente puso espanto á Doña Clara é hizo dar diente con diente á su compañera de aventura fué, que, ademas del constante rumor del torrente subterráneo, de los silvidos discordentes del viento que encallejonado recorria con ráfagas im-

petuosas los revueltos senos de la cueba, creyeron oir salir de aquel encantado palacio y de entre los arboles, quejidos y lamentos, alternados con risas estrepitosas y algazara, todo confusamente mezclado y formando un concierto infernal y discordante.

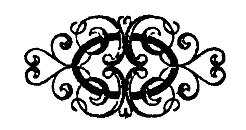
¿Aquel palacio, aquellos jardines, eran por ventura obra de los hombres? ¿Serian la sombra misteriosa de aquel magnífico alcazar que el poderoso Abderramen III dedicó en las márgenes del Guadalquivir á la bella Azzahara, que el genio protector del islamismo quiso salvar, trasladándolo á aquella cueva ignorada y no hollada por sus enemigos? ¿Fluyen en él todavía las fuentes de plata líquida; nada en la del régio salon de aquel califa voluptuoso, el cisne de oro, brilla aun sobre él la perla prodigiosa? ¿Aquellos estraños y medrosos rumores, proceden de los encantados habitantes de aquel alcazar desolado; gimen allí errantes las sombras dolientes de Fátima y Zoraida, y aquellos sonidos son causados por los añafiles, dulzainas y atambores de alguna zambra moruna? Ó mas bien, ¿aquella cueva, aquel lago, aquel edificio fantástico, son obra de los gnomos y genios de la montaña, guardianes de algun gran tesoro cuyo hallazgo esté reservado al mortal que arrostre los peligros de alguna estupenda aventura?

Pues que no somos demonógrafos ni escribimos un libro de caballerías, suspenderemos aquí nuestras conjeturas, abandonando á los poetas y aficionados este nuevo asunto episódico, no esplotado todavía y que puede proveer un incidente maravilloso en alguna futura epopeya (*).

Absortas ama y criada contemplaban aquella rara vision; pero pronto los sacó de su arrobamiento otro temor de mas consecuencia, pues volviendo los ojos hácia la parte á donde habian dejado á su conductor, lo vieron que se encontraba á respetable distancia, embocando un callejon que se hallaba á la

(*) Véanse las notas.

parte opuesta del palacio encantado, y se apresuraron á seguirlo, deseosas de tocar ya al término de su temeraria espedicion. Despues de pasar un callejon abierto en la roca, se encontraron, desembocándolo, en una galería cuya regular estructura denotaba ser obra de los hombres y no de la naturaleza. El guia desapareció con la luz, y solo vieron delante una puerta abierta, por donde entraron sín vacilar, encontrándose en una cuadra, á manera de vestíbulo, donde se detuvieron. Pasados algunos instantes se abrió una puerta, y vieron aparecer por ella la figura de una muger de alta estatura, vestida con un traje talar blanco y cubierta de largos velos, que inmóvil y silenciosa las contemplaba. Aquella era la sibila, objeto de su visita.



# CAPÍTULO VIII.

## Escena de prestigios. — La buenaventura.

........ Orco amarillo, Cancerbero,
O gran Pinton, rector del bajo infierno,
O cansado Caron, viejo barquero,
Y vos laguna Estigia y lago Averno,
O Demogorgon, tú, que lo postrero
Habitas del tartáreo reino eterno,
Y las hirvientes aguas de Aqueronte
De Leteo, Cocito y Flegetonte.

Y vos, Furias, que así con crueldades
Atormentais las ánimas dañadas,
Que aun temen ver las inferas deidades
Vuestras frentes de víboras crinadas;
Y vosotras Gorgóneas potestades
Por mis fuertes palabras apremiadas,
Haced que claramente aquí se vea,
Aunque futura, esta naval pelea.

ERCILLA. *Araucana.*

Despues de la censura de los críticos quisquillosos ó displicentes, debemos tomar en consideracion la de los espíritus fuertes. Hablamos de esos hombres superiores á las flaquezas humanas, para quienes fuera de lo real y tangible, apenas existe algo que sea digno de ocupar la atencion del ser razonable. Cierto es que la cualidad de meros espositores del consabido manuscrito, pone á cubierto nuestra responsabilidad en este concepto; pero aunque no rayemos tan alto en la filosofía trascendental, tampoco queremos pasar ante jueces tan temibles, por nimiamente crédulos. Diremos, por tanto, como un correctivo á la parte maravillosa de las aventuras de la cueva, que la imaginacion ya predispuesta de las consultantes, por un lado, y los per-

fumes narcóticos de que hizo uso la agorera al comenzar sus conjuros, por otro, pudieron acaso contribuir á fascinarlas; y tambien diremos, aguijoneados por nuestra conciencia de escritores veraces, que pudo muy bien sucederles lo que á D. Quijote en la cueva de Montesinos, con las admirables visiones de Durandarte y Belerma y la encantada Dulcinea, creidas por él y creidas y descreidas por Sancho, que tambien tenia sus ribetes de escéptico; respecto de las cuales, segun la revelacion hecha mas tarde por el mono sabio de Maese Pedro, quedó definitivamente averiguado "que parte eran falsas y parte verisímiles." Despues de esta importante salvedad y protesta, vamos á continuar la interrumpida narracion de los sucesos de la cueva encantada, sin perder de vista el testo que nos sirve de guia en este relato.

La silenciosa espectativa á que dejamos entregadas ama y criada en el anterior capítulo, fué interrumpida por la pitonisa que, separando el lienzo que velaba su rostro pálido y amojamado, y estendiendo hácia ellas el brazo derecho cubierto con los pliegues de su amplia vestidura, lanzó una mirada penetrante, diciéndoles con voz grave y pausada.

—Mugeres, ¿qué es lo que quereis de la gitana? ¿En qué puede seros útil su ciencia? ¿Quién os ha dirigido á esta criatura estraña para el mundo, y que pertenece á una raza proscripta, vagabunda, sin relacion ni parentesco con la familia humana? ¿Quereis acaso que os descubra los secretos de estas montañas, que os lea en la naturaleza impalpable, que desgarre las entrañas de la tierra, que haga comparecer á vuestra vista los seres estraños que la habitan, ó los espectros de los finados?.... Hablad!

—Venimos, contestó con voz apagada Doña Clara, á que nos digais, si, como es fama, teneis poder para ello, algo sobre la suerte futura de personas que nos interesan; nos han dicho que sois buena y condescendiente, y nuestra venida á estos lugares debe probaros nuestra confianza y que nada recelamos.....

—Nada teneis que temer, dijo la hechicera con voz tranquila: penetro vuestras intenciones, y no necesito observar vuestra mano para leer en vuestro corazon. Conozco que eres madre, dijo mirando á Doña Clara, me basta tu mirada: tus ojos me dicen que eres una madre llena de zozobra por la suerte de un hijo querido. No soy estraña á estos sentimientos.....El mayor número de los que vienen á consultar mi ciencia son, por lo comun, seres interesados, poseidos de la ambicion y de la codicia, impulsados por la venganza y otras pasiones miserables: à todos satisfago, trocando mi saber por su oro; pero no escitan mi compasion ni me interesan.

La señora Mónica se creyó aludida en estas espresiones; su miedo creció en términos de ser casi igual á su curiosidad, y permaneció muda y cosida á su señora.

—Tú eres una madre, continuó aquella desviando con desden sus ojos de la dueña, y en favor tuyo voy á poner en juego todos los recursos de mi ciencia..... Puede que las potencias y espíritus terribles que me sirven, se resistan hoy á mis mandatos. Tendré que apremiarlos, que ligarlos doblemente con fórmulas mas eficaces. Pero vosotras no temais; solo os exijo el mas absoluto silencio..... Hay un peligro en interrumpirlo. Reprimid, pues, vuestras palabras y seguidme.

Doña Clara y el ama siguiendo á la gitana, entraron en una vasta pieza, extraña por su forma y por los objetos que contenia. Notabánse en ella, como en toda cámara nigromántica, cosas capaces de imponer á personas de grande ánimo: veiánse globos, telescopios, instrumentos astrológicos y cabalísticos; armarios llenos de botes, redomas y plantas, de monstruos disecados; y en lo alto de uno de ellos, encaramado sobre una calavera, un buho con su faz hipócrita y espantadiza abria sus alas, haciendo brillar sus ojos verdes como esmeraldas en aquella lúgubre oscuridad. Las paredes de aquel májico recinto estaban cubiertas de serpientes, de dragones y cocodrilos, y hácia el fondo, subidas algunas gradas, delante del muro des-

cubierto, se veia una especie de altar de piedra, con un libro abierto y un flamígero de forma antigua, cuya llama azulada y ondulante, única que hacia visibles tan estraños objetos, dejaba columbrar, enhiestas y en una inmovilidad imponente, dos grandes momias egipcias que semejaban los terribles acólitos de aquella sacerdotisa del Destino. La sibila se dirigió hácia aquella parte, y volviendose á ellas les hizo seña para que la siguiesen, y llevando su dedo índice á la boca, les recordó con este gesto espresivo el precepto de absoluto silencio que les habia impuesto. Despues tocó con la punta de la varita la escasa y vacilante luz de la pira, que al momento se reanimó arrojando vivas y grandes llamaradas, en tanto que un vapor penetrante embargaba sus sentidos. La gitana murmuró unas palabras ininteligibles leyendo en el libro abierto sobre el altar, lleno de estraños signos y caractéres, y volviéndose en seguida contra el muro del fondo trazó en él un círculo luminoso. Entonces se oyó un rumor sordo y prolongado, semejante al de una tormenta lejana. Los espíritus de la montaña daban muestras de haber sentido el conjuro; pero nada indicó su disposicion á obedecerlo. Así el oso gigantesco del Pirineo ruje y contesta displicente á la voz del domador de fieras, que lo llama con imperio para que danze y divierta al bajo vulgo, que se aleja curioso y amedrentado: la bestia feroz conserva la conciencia de su fuerza prodigiosa, y si obedece al grito amenazador del juglar, es siempre con una áspera dignidad y visible repugnancia.

La pitonisa impaciente hirió la pared, pronunciando nuevas palabras con gesto y ademan de cólera, y en aquel momento se rasgó súbito y con estruendo el muro, abriendo una boca circular. La gitana hizo un gesto para que se acercasen, lo cual hicieron, poseidas de una mezcla de terror y curiosidad.

En los primeros instantes solo vieron por aquella boca una completa oscuridad, semejante á la de una noche tenebrosa: aquella oscuridad, interrumpida por el brillo deslumbrador de algunos relámpagos, dejó luego percibir unas masas irregulares y

ondulantes de vapores que vagaban en el espacio. Un punto luminoso se presentó, en fin, á lo lejos, rompiendo lentamente las tinieblas: el caos se fué aclarando; los objetos iban tomando cuerpo con formas indecisas y, por último, se descubrió el cielo y la mar. En ella se vió á poco un navío cortando majestuosamente las olas, y llevando sus velas altas graciosamente redondeadas por el céfiro. Allá en el horizonte, y como en un vasto panorama, se empezaron á divisar costas, montes llenos de verdura, palmeras y otros árboles intertropicales, sierras lejanas cubiertas por un vapor azulado. Aquellas tierras fueron seguidas de otras, que corrian desapareciendo con rapidez, y por una ilusion óptica, pronto se llegaron á imaginar que las tierras estaban fijas y que ellas caminaban á la par del navío. Desaparecieron aquellas por completo, y despues de cierto espacio percibieron nuevas y escarpadas costas, contra las cuales se estrellaba el mar con furia: el navío, no obstante, dirigió hácia ellas su rumbo. Aquellas montañas, aquellas costas se fueron acercando: vióse distintamente un castillo, en donde ondeaba la bandera española; luego un puerto y una ciudad. Entonces el soberbio buque, que tremolaba el mismo pabellon, saludó con sus baterías y el fuerte le contestó con sus fuegos. Grupos numerosos de gentes acudian á ver la entrada de la nave española y sus semblantes denotaban la admiracion y la alegria. El espeso humo producido por ambos saludos, fué empañando poco á poco la diafanidad de aquella atmósfera, de aquel májico pais, y todo quedó oscurecido por algunos instantes.

Doña Clara pensó para sí que aquel navío conducia á su hijo, y que acababa de rendir un largo viaje. Un sentimiento de consuelo vino á templar la zozobra de su espíritu al contemplar aquel raro espectáculo: sus ojos se dirigieron hácia la masa confusa de humo que empañaba la atmósfera, la cual se fué disipando lentamente, apareciendo de nuevo la mar y en el fondo una tierra con un cabo ó promontorio seguido de tierras llanas. Varios buques de guerra, cuyo esterior manifestaba

que venian de un largo viaje, se dirijian con marcha sosegada hácia el Oriente, cuando se advirtió que acortaban de vela como para esperar otras embarcaciones armadas que hacian todo el esfuerzo posible por alcanzarlas. Los primeros esperaron en actitud pacífica á los que venian: nada indicaba en sus maniobras, en sus movimientos el recelo ni la desconfianza. Poco tardaron en hallarse juntos: los vinientes izaron una bandera amiga, y los otros correspondieron haciendo tremolar la leal bandera de España. Pero de pronto los buques vinientes rompieron un fuego espantoso sobre los pacíficos y desprevenidos españoles, cuyos fuegos tardaron poco en cruzarse con el de los agresores. Así una corta y pacífica carabana atravesando el desierto, que cree libre de malhechores, divisa en pos de sí otro grupo de viajeros; su presencia alegra á los delanteros que llenos de confianza los esperan para trocar con ellos los acostumbrados saludos de paz y de hermandad; pero en vez de pacíficos viajeros reconocen en el brillo de los yataganes, en su grito de guerra y en lo desleal de su acometida, al feroz beduino, que solo vive de la usurpacion y del despojo.

Doña Clara miraba angustiada y palpitante aquella lucha terrible, cuando una esplosion violenta cubrió de llamas y de humo aquella escena de horror, quedando todo en tinieblas. La madre de Hernando volvió los ojos á la inmóvil hechicera, que tornó á hacer el signo del silencio tan recomendado, y despues de un breve rato, dirigió la punta de su vara al espacio y un espectáculo imponente sustituyó, despues de multitud de imágenes vagas é indecisas, al que acababan de presenciar.

La mar era un bosque de navíos que en líneas opuestas navegaban tremolando banderas de tres diferentes naciones. Aquellos eran ya verdaderos enemigos, que se provocaban resueltamente al combate: eran adversarios que se proponian con lealtad un duelo á muerte. Las líneas se cruzan y comienza una espantosa lucha. El horrísono estampido de los cañones, el crugir de los poderosos mástiles, heridos del hierro destructor, un hu-

mo denso que cubria con sus masas á los combatientes, ofrecian á los consternados espectadores una verdadera batalla de gigantes.

Algunos de aquellos navíos se acercaron tanto, luchando entre sí con incesante fuego, que Doña Clara creyó distinguir las personas en uno que ocupaba el centro con bandera española. En aquel momento ocurria un hecho notable en la popa de aquella nave, que sola resistia el fuego de tres de sus adversarios. Los enemigos habian entrado, por fin, al abordage; y se dirigian, batiéndose, á asaltar la popa donde, entre remolinos de encendido humo, tremolaba nuestro pabellon. Un jóven marino se hallaba al pié de la driza con su espada en la diestra mano, en tanto que en la otra sostenia una pistola de abordage. Pronto llegan los asaltantes, y aquel jóven, con algunos valerosos marinos, rechaza á sus contrarios, cada vez mas numerosos, defendiendo heróicamente aquel sagrado emblema confiado á su honor y su denuedo.

La madre de Hernando, fascinada por la mágica vision, creyó reconocer las facciones de su hijo en aquel valiente jóven; y sintiendo penetrar en su alma un rápido sentimiento de gloria y entusiasmo, conoció en aquel momento que la pena y el temor no son los únicos sentimientos que caben en el corazon humano, aunque este sea el de una madre.

De repente el cielo se encapota, silba el vendaval con horrísono fragor sobre aquella masa confusa de buques; retumba el trueno del cielo mas alto y pavoroso que los producidos por el bronce; la tempestad separa y auyenta á los combatientes, y la noche cubre con su negro manto aquel cuadro sublime por el horror.

La triste Doña Clara sentia ya haber consultado el porvenir: á la duda, siempre angustiosa, habia seguido una especie de penosa seguridad en los desastres que el hado pronosticaba á su hijo. Aquellos objetos, aquellas escenas incoherentes y fantásticas que acababa de presenciar, semejantes á un penoso ensue-

ño, nada le decian de un modo seguro; y su espíritu vagaba en la mas dolorosa incertidumbre. La gitana que la contemplaba con visible interés le dijo:

—Si es dadò traslucir alguna vez los arcanos del porvenir á los mortales, es siempre envuelto en espesas sombras. La verdad entera con el conocimiento exacto de lo futuro solo pertenece al autor de todas las cosas. Los espíritus subalternos pueden á veces alcanzarla; pero solo de un modo falaz é imperfecto. Vuelve los ojos á ese teatro que voy á animar de nuevo y observa por última vez, para ver si descubres algo que temple tu pena é incertidumbre.

Doña Clara, siempre animada con la esperanza, se acercó á la sibila, que con la punta de su vara habia reanimado aquel cuadro portentoso; y esta vez, ya fuese por repugnancia de los espíritus ó por otra causa, los objetos se presentaron mas indeterminados y cubiertos de sombras. Sin embargo, le pareció distinguir en aquella masa flotante de formas indecisas diferentes rostros, de los cuales creia reconocer algunos, que ya pasaban graves y macilentos, y ya, por el contrario, parecian estar animados de júbilo y complacencia. Hubo unos cortos instantes en que aquella movible fantasmagoría parecia querer fijarse, y al fin se vió un salon adornado con el gusto grave del pasado siglo. Grandes colgaduras de damasco carmesí, superadas de doradas cenefas, pendian ante las puertas y ventanas, en cuyos espacios intermedios resaltaban sobre las pintadas paredes, grandes cornucopias de cristal, cuyas lunas reverberaban multitud de luces de blanca cera, y las de una voluminosa araña que descendia desde un floron fijo en el techo: una rica alfombra se estendia desde el testero, y completaban su ornamento grandes cuadros al óleo, alternados con algunos retratos, los vetustos sillones tallados de alto respaldar y cuatro tibores chinescos. Veiánse criados que entraban y salian con diligencia, y el salon se fué llenando poco á poco de personas, entre las cuales creyó Doña Clara conocer confusamente individuos de su familia. Dis-

tinguió, en fin, entre ellos un gallardo mancebo con trage de marino; y aquellos fantásticos personages miraban hácia una de las puertas laterales, cuando entraba por ellas una hermosa jóven, ricamente ataviada, seguida de varias personas, en cuyos semblantes se notaba la complacencia, y todo anunciaba que allí iba á tener lugar alguna solemne ceremonia. Los objetos parecieron presentarse entonces con mayor lucidez; y Doña Clara, creyendo percibir las facciones de Hernando en el jóven marino, no pudo contener una esclamacion de alegre sorpresa. En aquel momento las imágenes se confundieron, el mágico diorama se oscureció y el muro se cerró con estruendo.

Terminando así el sortilegio y la grata aparicion, la gitana clavó los ojos en la cuitada ama de llaves, que estaba como atolondrada con cuanto habia visto, y con voz mas blanda y familiar, aunque tomando una espresion irónica, le dijo:

—Y tú tambien, buena muger, querias saber algo de tu porvenir? Pues que no temes penetrar los decretos del Destino, dame acá tu mano, y la gitana te dirá la buenaventura en el lenguage que fuera de este terrible lugar acostumbra: oye, y pues que quieres saber, no te apesares luego ni arrepientas.

En esto cogió la mano izquierda del ama, y con la soltura que las maestras de su raza tienen por costumbre, le dijo sin detencion y en fáciles versos, lo siguiente:

Tardos ardores revelan
Esas rayas de tu mano,
Pues andas, por lo que veo,
Tras nueva coyunda y lazo.

No es de amor, no, la llama
Que abriga tu pecho casto,
Buscas de Pluto los dones
Por conducto de Vulcano.

Tente firme, si te casas,
Mira no des un porrazo,
Que el casorio á tales horas
No es un peso muy liviano.

Esta raya que descubro
Que eres madre dice claro:
Un hijo tienes, no hay duda,
Causa de mil desagrados.

Dios te libre, buena dueña,
Líbrete Dios de un fracaso,
Que vieja, madre y con novio
Son juntos muchos cuidados.

Dichas estas últimas palabras la gitana hizo una señal, la puerta se abrió, y vieron en la entrada del vestíbulo al guia del capuchon con su antorcha encendida: aquella hizo una muda cortesía y desapareció.

Terminada de este modo la consulta y entrevista deseada, emprendieron su regreso siguiendo al de la luz, y despues de pasar por nuevos y tortuosos callejones, unas veces subiendo, otras bajando, al cabo de largo rato y por distinto rumbo, vinieron á encontrarse á la boca de la cueva, ya de noche. Allí las esperaba el embozado del trabuco, que empezó á caminar con el mismo silencio que antes, llevando encendida una gran linterna, á favor de la cual y sin perder la huella, llegaron á la entrada del valle, donde del mismo modo las esperaba el albeitar, y ayudándoles este á montar en sus respectivas mulas, se dirigieron al cortijo, donde llegaron con la imaginacion llena de trasgos y visiones, y los cuerpos molidos y asendereados.

Al dia siguiente, y ya en su casa, repasaba Doña Clara en

su memoria los sucesos de la víspera; admirábase de su resolucion, y no sabia qué pensar de lo que vió en la cueva del Gato y de las operaciones mágicas ejecutadas en su presencia. Ningun suceso, ningun hecho positivo, nada que no fuese probable y de esperar anunciaban aquellos cuadros fantásticos; y sin embargo, una especie de confianza, unida á un deseo de gloria para su hijo, con otras reflexiones exentas de toda supersticion, vinieron á templar en parte el estremo pesar y sobresalto que esperimentaba por su suerte. Doña Clara y *su cómplice* guardaron el mayor secreto sobre aquella espedicion, contando con la respectiva reserva del albeitar, y en esta disposicion de espíritu se hallaban, cuando regresó de su viage D. Próspero con su hijo mayor y el capellan.

Dos dias despues de los sucesos que hemos referido, recibieron una carta en que Hernando anunciaba que su buque debia dar pronto la vela, ignorando su destino, aunque se sospechaba que seria para desempeñar una comision de grande interés é importancia para el gobierno; noticia que recibieron todos con una resignacion juiciosa, fiando ambos consortes á la Providencia la suerte de su querido hijo.



# CAPÍTULO IX.

Combale del Cabo de San Vicente. Episodio retrospectivo.—Hechos gloriosos de este combate.

> La gloria y el honor de las armas son el primer objeto que el general debe tener presente al dar una batalla.....
>
> La primera cualidad para el general en gefe, es tener una cabeza serena é impasible, capaz de recibir la impresion justa y cabal de los objetos, sin acalorarse jamás, ni dejarse deslumbrar, entusiasmar ni sorprender por los sucesos prósperos ó adversos.
>
> *(Pensamientos de Napoleon.)*

> Basta el suceso para cubrir muchas faltas; pero, ¡cuántas bellas acciones permanecen para siempre olvidadas en una derrota!
>
> *(Palabras de Nelson.)*

En la época en que venimos á comenzar nuestra historia, ya habian ocurrido, y en breve espacio, grandes sucesos en aquella guerra provocada por la mala fé y el insaciable espíritu de especulacion de los ingleses. Fueron los mas notables el desgraciado combate del Cabo de San Vicente y los ataques intentados infructuosamente contra Puerto-Rico, Cádiz y las islas Canarias. Si en el primero se mostró con nosotros airada la fortuna de la guerra, no así en los demás. En aquel encuentro se cometieron faltas graves por nuestra parte, que no tratamos aquí de paliar ni oscurecer; pero tambien ocurrieron hechos dignos de saberse, y que rebajan no poco el ponderado triunfo de los ingleses. Conviene darlos á conocer, para rectificar la vulgar opinion que acerca de este suceso ha corrido aun entre

nosotros, y para corregir el fallo de esos críticos que en todo tiempo, y en lugar seguro, dan y quitan á placer navales coronas; conviene consignar en los fastos de nuestra marina, rica en todo tiempo de triunfos, que en aquel revés, mas ruidoso que importante, tuvo mayor parte la astucia que el denuedo de nuestros contrarios, que supieron aprovecharse de la imprevision y escesiva confianza del general á quien estaba confiado el honor de nuestras armas.

Por otra parte, los reveses en la guerra, mas aun que los aciertos coronados del triunfo, instruyen y suministran útiles lecciones para lo futuro; al modo que la adversidad en la vida privada, conduce el hombre al conocimiento de sus faltas y lo dispone y encamina á la perfeccion. He aquí por qué conviene la veracidad en la narracion de los hechos militares, no solo por exigirlo así las severas condiciones de la historia, sino porque únicamente con este carácter pueden someterse al juicio filosófico de los hombres del arte, para deducir de su estudio preceptos útiles y advertencias en bien de su pais.

Si nuestros fastos marítimos abundan en páginas gloriosas, tambien ofrecen de vez en cuando, como todos los de las naciones antiguas de índole belicosa, algunos sucesos desafortunados, en los que la impericia, la inesperiencia ó un deseo inmoderado de gloria, han frustrado un triunfo, para cuyo logro no eran bastantes el valor, ni la abnegacion mas completa y generosa. El combate naval á que nos referimos ofrece un ejemplo mas en los anales militares, que demuestra cuánto debe estar subordinada en el general esta virtud, natural en el soldado, que llamamos valor, al saber y demas cualidades morales necesarias al que conduce las operaciones de la guerra. He aquí una veraz y sucinta relacion de aquel suceso.

La Gran Bretaña, tenaz siempre en sus propósitos de permanente hostilidad contra España, unas veces franca y ostensible y otras sagaz y solapada, aprovechándose de nuestros descuidos y del trastorno general de la Europa causado por la revolucion

de Francia, habia aumentado sus fuerzas de mar, y llamando al servicio activo los marinos mas acreditados de su Armada, trató de poner esta en un pié respetable de fuerza, instruccion y disciplina. Nuestra escuadra llamada del Océano y Mediterráneo, compuesta de 27 navíos de línea, siete de ellos de tres puentes, diez fragatas, tres corbetas y otros buques menores, acababa de salir de Cartagena al mando del teniente general D. José de Córdova, gefe de concepto, brillante y fuerte en la apariencia; pero escasa de tripulaciones, falta de disciplina y, por consiguiente, poco dispuesta para sostener la mar. La de nuestros contrarios en aquellos mares, aunque inferior en número, se enseñoreaba en ellos sin obstáculo, sosteniendo constantes cruceros delante de nuestros puertos y costas del mediodia. El viejo almirante John Jervis que la mandaba, contando con la debilidad efectiva de nuestras fuerzas navales, sabedor siempre de sus movimientos, deseaba atraerlas á un encuentro que le ofreciese toda la posible ventaja, para no aventurar el éxito de una accion contra un número de buques superior al que contaba. Si hemos de dar crédito á las mismas relaciones de los ingleses, un incidente raro vino á facilitar al *zorro viejo*, como le llamaban sus compatriotas, aquello que deseaba. Teniendo que recorrer, repostar y hacer aguada la mayor parte de sus navíos, habia dejado á sir Hyde Parker con solos seis para sostener el crucero, dirigiéndose con el resto á Lisboa. El Portugal era á la sazon lo que en lenguaje diplomático se llama neutral; pero lejos de observar esta neutralidad, se hallaba sometido á todos los deseos y exigencias de la Gran Bretaña. ¡Buena neutralidad, por cierto, la de nuestros hermanos peninsulares que, protestando amistad con España, y sin duda para corresponder á la generosa solicitud y firmeza con que nuestro gabinete se oponia á las invasiones que el gobierno de la república queria hacer en su territorio (1), en las barbas mismas de nuestro embajador, entre-

(1) Dos veces pretendió el Directorio, una en 1797 y otra en 1798,

gaban sus arsenales con todos sus recursos y máquinas á nuestros enemigos, auxiliándolos de este modo para hacernos la guerra! Pero ya hacia tiempo que aquella noble nacion sufria los efectos de ese protectorado que tanto amengua las glorias de los bravos descendientes de los Vascos de Gama y los Alburquerques.

Los ingleses tenian por provecdor en Lisboa á uu judío llamado *Isaac Cottin*, hombre sagaz y travieso, como todos los do su raza, á quien servia en calidad de intérprete y secretario un portugues hábil, que habia servido antes en las oficinas del embajador de España. Habiendo llegado aquel á descubrir que el portugués sacaba cautelosamente copias de las órdenes que se recibian de la escuadra, lo puso inmediatamente en conocimiento del almirante, solicitando su autorizacion para despedirlo. Pero el zorro viejo discurrió de un modo distinto, y al momento se propuso hacer caer en la trampa al infiel secretario. Para esto escribió una carta al judío Isaac, de cuya fidelidad y discrecion estaba seguro, diciéndole que sus buques se hallaban faltos de provisiones de toda especie y que le era imposible salir en tal estado á la mar: le preguntaba cuándo llegarian los reemplazos y recursos que esperaba de Inglaterra, y concluia diciendo en tono de desagrado, que si la escuadra española se acercaba, se veia en la imposibilidad de dar socorro alguno á sir Hyde Parker, á quien habia dejado con solos seis navíos en observacion de los españoles.

El astuto israelita le respondió por escrito, manifestándole que esperaba provisiones de Inglaterra en el espacio de seis semanas á dos meses; pero de ningun modo antes. Estas dos cartas fueron entregadas al portugues para copiarlas en su registro, el cual no se descuidó en sacar las copias de costumbre, y en la

que la España se asociase con la república para hacer la guerra al Portugal, ó que al menos no diera paso para impedirlo con sus armas.—*Memorias del Príncipe de la Paz.*

misma noche se le vió entrar en casa del embajador de España.

El almirante Jervis comunicó entonces órden á Parker previniéndole de todo y encargándole que en caso de encuentro con la escuadra española, procurase atraerla al Cabo de San Vicente. El almirante hizo acechar al embajador de España, y dos dias despues se supo que habia hecho partir dos correos, uno para Cádiz y otro para Madrid. El primero se dejó pasar sin dificultad; pero les fué fácil interceptar los pliegos del segundo, (gracias á lo respetada que era entonces en Portugal la representacion de S. M. C.), y se vió que habia informado á la autoridad marítima española de los supuestos apuros y necesidades de la escuadra inglesa. Sir John Jervis no dudó de que los españoles, sabedores de ello, querrian aprovecharse de *esta buena ocasion* de apoderarse de seis navíos ingleses; y á los pocos dias dió la vela para reunirse con sir Hyde Parker á la altura del Cabo. En esta salida tuvo el almirante que hacer volver á Lisboa el navío de tres puentes *San Jorge*, que habia tocado en un bajo; pero en cambio se le reunieron otros cinco navíos que llegaban de Inglaterra, los que hicieron subir su total de fuerza á quince buenos navíos.

Si damos algun ascenso á la anécdota que acabamos de referir es por dos razones. En primer lugar, porque vemos en ella confirmada la intencion del almirante inglés de atraer nuestra escuadra á una emboscada, á pesar de no dudar de las ventajas que le daban sobre el número, la superioridad efectiva de sus buques; y tambien porque ella sola nos proporciona en cierto modo la clave de la rara é inconcebible conducta de nuestro general y de sus operaciones en los dias que precedieron al combate, teniendo presente la sobra de medios de que podian disponer los ingleses para difundir las noticias que á sus fines convenian. De esto podrán juzgar nuestros lectores por la narracion que vamos á hacer de los hechos.

Tan lejos estaba el gobierno de España de presumir, ni de querer arriesgar por entonces, un encuentro con unos buques,

como ya dijimos, escasos de tripulación, faltos de escuela y nada acostumbrados á la mar, que entre las instrucciones que Don Juan de Lángara, comandante general á la sazon del departamento de Cartagena, dió á Córdova, le prevenia de un modo terminante y como objeto esencial de su espedicion, el procurar tomar con diligencia el puerto de Cádiz, con el considerable convoy puesto á su cargo y el no menos interesante que debia incorporársele á su paso delante de Málaga.

Nuestra escuadra dió la vela de Cartagena el dia 1.° de febrero de 1797, y el 4 se le incorporó el convoy de Málaga, que siguió escoltado por la fragata *Gertrudis* mandada por D. Lino Miguel Trujillo; y el dia 5, que amaneció hermoso y despejado, desembocó con viento del E. al SE. el Mediterráneo en buen órden, ofreciendo el magnífico espectáculo de una gran escuadra, con un número considerable de embarcaciones mercantes ondeando el pabellon español. Servia de fondo á aquel cuadro la masa imponente del Peñon y las costas de Africa y de España, que se abrian y estendian con sus formas risueñas y caprichosas por ambos lados, la misma mar del Estrecho y un cielo iluminado por el sol naciente y ligeramente surcado por la celajería impulsada por un levante blando y manejable. Ningun buque sospechoso habian visto los esploradores; nuestros contrarios habian abandonado, acaso con estudio, aquellos mares; una sola fragata de guerra permanecia en Gibraltar. El general, conforme á sus instrucciones, hizo poner la señal para que los navíos que debian quedar estacionados en Algeciras, pasasen á aquel punto, hecho lo cual, siguió la escuadra su derrota.

Aquí es donde la conducta del general español empieza á hacerse estraña, contradictoria é inesplicable. ¿Por qué, aprovechando el buen tiempo, no siguió el ejemplo de Trujillo, que con el convoy que custodiaba, y sin curarse de mas órdenes ni señales, entró en Cádiz con toda felicidad al siguiente dia? ¿Si las órdenes del gobierno le prescribian terminantemente aquel destino, qué causas pudieron impedir á la escuadra seguir el

mismo rumbo? Todas las circunstancias eran favorables para esta resolucion: tal era la opinion de su mayor general, la de los capitanes á quienes consultó, la del piloto de derrota y el práctico de costa: el general en gefe fué el único para sostener la contraria.

¿En qué pudo fundar esta tenacidad? Fundóla en el vano y aislado recelo, que ningun síntoma atmosférico justificaba, de que el viento saltase al SO. ó vendaval, al acercarse al Placer de Rota, donde dicho piloto se ofreció á fondear la escuadra, citando fracasos ocurridos á otras mandadas por marinos estranjeros en circunstancias de ningun modo idénticas ni comparables. Por último, el convoy tomó el puerto con marea vaciante, y esto basta para demostrar la calidad del viento E. que á la sazon reinaba, y que, por lo tanto, no debia ser aquel recelo la causa que secretamente influia en el ánimo del general. ¿Cuál pudo ser está?

Queriendo, pues, buscar una causa verosímil para aquel proceder, fuerza es sospechar que la infructuosa detencion de nuestra escuadra en las inmediaciones del Estrecho, no pudo ser otra, bien pesadas todas las circunstancias, que la esperanza de alcanzar, por un golpe de mano, el apresamiento de alguna corta division de buques enemigos. Añadiremos que antes de embocar un buque neutral, á quien reconoció la fragata *Brígida*, habia declarado que en Lisboa quedaban hasta 13 navíos, cuya noticia corroboró despues otro capitan, tambien procedente de Lisboa, á quien reconoció el navío *Pelayo* el dia 8, el cual dijo: que quedaban 10 navíos de guerra ingleses en aquel punto, y que al dia inmediato al de su salida habia reconocido seis de la misma nacion sobre el cabo de Santa María: todo lo cual viene en apoyo de la historieta de sir Isaac que hemos referido y del astuto plan fraguado por el almirante John Jervis.

Desde el dia 5 en que desembocó nuestra escuadra, hasta el 14, tuvo constantemente vientos del E. al SE. manejables, y los barómetros anunciaban unánimemente buen tiempo. En

el que medió hasta el fatal encuentro con los enemigos, no se economizaron las viradas, ni las señales de noche con luces y cañonazos, y navegó la escuadra en tal disposicion, que ya se hacian notar los síntomas de confusion y desórden que en el momento crítico se manifestaron; y todo ello acredita el juicio que hemos emitido, (y que vemos confirmado en los documentos oficiales relativos á aquel suceso), de que la conducta del general se hacia cada vez mas impenetrable, puesto que sacó ya del Mediterráneo la noticia que despues vió confirmada de la existencia de enemigos en los mares que surcaba.

El resultado de tan innecesaria permanencia en la mar, de tanta fatiga sin objeto, fué haberse sotaventado considerablemente del surgidero de su destino, haciendo inevitable un encuentro, que jamás debió entrar en sus miras y que de ningun modo nos convenia, atendido el estado real de nuestras fuerzas.

Puesto que los mismos ingleses son los que dicen que nos tendieron la red, y los sucesos convienen con esta suposicion, preciso es confesar que caimos en ella y que lograron el fin que se propusieron.

Amaneció el dia 14 de febrero, en el cual nuestra escuadra, que se hallaba al O. SO. del Cabo de San Vicente á ocho leguas de distancia, gracias á la niebla que cubria los horizontes, no vió á la de los enemigos hasta las diez de la mañana: entonces se avistaron estos en buen órden en número de 15 navíos con varias fragatas.

Son muchas las razones que tenemos para creer que los ingleses no hubieran osado atacar nuestra escuadra, sin la confianza que les daba el conocimiento de su verdadero estado y desordenada posicion; y que, lejos de estar en las instrucciones del almirante Jervis el solicitar la accion con ella, al dar parte este gefe al consejo del Almirantazgo de su impensado triunfo, lo acompañó con escusas de su arrojada determinacion; pues ni en la fuerza que mandaba Jervis, ni toda la que tenia en actividad aquellos momentos la Gran Bretaña, era suficiente para darle

la superioridad numérica que siempre ha procurado presentar en sus ataques.

Esplicadas ya las razones de aquella confianza, añadiremos que por la fragata *Minerva*, á quien antes habian cazado nuestros buques, que conducia al famoso *Nelson*, habia sabido Jervis cuanto podia desear, y que, gracias tambien á los frecuentes cañonazos que con harta imprudencia disparaba de tiempo en tiempo nuestro navío general aquella noche, y repetian los demas buques para marcar su posicion, fué esta perfectamente conocida por el enemigo, que tuvo, en consecuencia, todo el lugar necesario para pensar el partido que le convenia adoptar y resolver su plan de ataque, aun antes de ver nuestra escuadra, como lo confiesan los mismos ingleses; pues á no ser así, hubieran comenzado por observarla sin comprometerse y prepararse, antes de tomar una resolucion tan arrojada, como se espresa en la acusacion fiscal contra el gefe español; todo lo cual viene en apoyo de nuestro propio juicio.

Los ingleses se dirigian ya con esta premeditacion y concierto en busca de los nuestros, cuando el navío *Culloden*, que mandado por el capitan Troubridge descubrió el primero nuestra escuadra, y hecha la señal correspondiente, repitió Jervis la de prepararse al combate, que ya habia dado desde que se aseguró de la proximidad de los españoles.

Antes de proseguir la relacion del combate nos conviene advertir que escribimos como historiadores y no como tácticos; y que, por lo tanto, usaremos con sobriedad de los términos facultativos, proponiéndonos únicamente esplicar á nuestros lectores los principales movimientos de ambas escuadras.

La española habia amanecido en completa dispersion, formando grupos irregulares y envuelta en una densa niebla. El viento se entabló del O. SO., y navegaba aquella en tres columnas con rumbo al E. SE. cuando, siendo como las diez y media, se disipó la niebla y fueron descubiertos los enemigos. Al encontrarse nuestro general tan próximo á ellos, dispuso, atendida la

mala é irregular posicion de nuestros buques, que se formase una pronta línea accidental de combate, ciñendo el viento por babor, y prepararse para batir al enemigo. La ejecucion de este mandato ofrecia grandes dificultades, porque los buques que habian de hacer cabeza se hallaban muy dispersos, y los del centro y retaguardia, por el contrario, reunidos ó formando un peloton, lo cual hacia difícil desplegar del modo conveniente la batalla. De esta evolucion, ejecutada en tan malas circunstancias, resultaron sotaventados los navíos *Príncipe*, *Regla* y *Oriente*, y espuestos á ser cortados por los enemigos, que de vuelta encontrada, con fuerza de vela y navegando á un largo por estribor, se iban acercando en buen órden: entonces mandó el general virar á aquellos navíos para que tomasen la cola de la línea, lo cual pudieron ejecutar los dos primeros, no así el *Oriente* que tuvo que correr por sotavento de aquellos. Al encontrarse las líneas enemigas, el navío que hacia cabeza de los contrarios, que era el *Culloden*, rompió el fuego, siendo como las once menos cuarto de la mañana, contra el primero situado por la proa del *Trinidad*, desde cuyo punto corrieron nuestra retaguardia arrivando sucesivamente á un largo, siendo de advertir que en aquella línea imprevista, el navío general español era de los últimos, resultando que ni el centro ni la vanguardia podian tomar parte en la accion.

En tal coyuntura, viendo Córdova que la retaguardia enemiga quedaba bastante atrasada, mandó que los navíos de la cabeza de nuestra línea virasen por redondo, tomando la propia vuelta de los enemigos, para que así pudiesen doblar y batir su retaguardia: pensamiento de grande oportunidad y conveniencia, y cuya ejecucion habria impedido la acumulacion de las fuerzas enemigas sobre nuestra retaguardia, obligándolas á una accion general, cuyo resultado hubiera sido muy diverso. Pero desgraciadamente aquella señal no fué entendida por los que debieron obedecerla, y en aquel punto el general decayó de ánimo, y consideró ya como irremediable la pérdida de los navíos *Príncipe* y

*Regla* y de toda la retaguardia. Viendo pasada la oportunidad del movimiento prescrito, hizo señal para que toda la escuadra arribase á un tiempo, y luego, siendo como las once, la de dar caza sin sujecion á puestos, con la única mira ya de estrechar las distancias con el enemigo y meter en accion algunos navíos mas del centro y vanguardia; dispuesto lo cual, el *Trinidad* se puso en popa cerrándose con los ingleses hasta tiro de fusil, recibiendo los fuegos de toda su línea; determinacion de mas arrojo que cordura en un general, cuya cabeza debe tomar mas parte en los combates que el corazon.

Así que el *Culloden* pasó al través de nuestros navíos de la cola, viró por delante, y lo mismo hicieron por contramarcha otros cinco ó seis navíos, doblando aquella parte de nuestra línea por barlovento, en tanto que el resto de la escuadra inglesa, ó sea su retaguardia, viró á un tiempo por redondo, resultando de aquel acertado movimiento de los contrarios quedar en buena línea, y nuestros navíos doblados y encallejonados entre los fuegos enemigos á que tuvieron que contestar por ambas bandas. Este fué solo el plan deliberado por el almirante inglés, como atestiguan sus propias relaciones, no el emprender una accion general: así dicen, que al descubrir nuestros buques, que estaban *como amontonados*, les fué fácil en estremo cortar seis de ellos y hacerles sufrir todo el peso del combate.

Los errores cometidos por nuestra parte, ya irremediables en aquel momento, no impidieron que muchos de nuestros capitanes hiciesen con prontitud y buen ánimo los preparativos para el combate: nuestra gente siempre obediente, siempre grave y serena en estos lances terribles, acudia con diligencia á su deber, obrando segun la impulsion de sus respectivos gefes y capitanes, indecisos ó abandonados á su propia voluntad y resolucion.

Despues que los buques ingleses viraron y corrieron nuestra retaguardia hasta el *Trinidad*, que parecia ser el objeto principal de su ataque y contra el cual rompió el fuego el primero el navío *Victoria* montado por Jervis, notó el general español que su

navío, por la mala disposicion del aparejo, caia á sotavento, y entonces mandó á la voz y por la señal que el *Salvador*, *San José*, *Soberano* y *San Nicolás*, que se hallaban á barlovento, acortasen de vela y se formasen por su popa; cuyo movimiento ejecutaron con brevedad, empeñándose entonces un combate vigoroso. A las dos de la tarde, manteniéndose siempre nuestra vanguardia demasiado á barlovento, se hicieron por el navío general las señales de arribar, acortar de vela y ataque general al enemigo. El navío *Megicano* pudo formar por la proa del *Trinidad* como á las tres, y emprendió la accion con el navío adelantado de la línea enemiga, la cual se empleó, con la escepcion de que hablaremos, contra los nombrados *Trinidad*, *San José*, *San Nicolás*, *San Isidro* y *Megicano*, que fueron los que sostuvieron por sí solos lo principal y mas acalorado del combate contra todas las fuerzas contrarias.

Despues de un fuego mortífero entre fuerzas tan desiguales, no era difícil conocer de parte de quién seria la ventaja. Entre los capitanes de la escuadra enemiga se hallaba el despues tan famoso Nelson. Este ilustre marino acababa de llegar, como dijimos, trasportado en la fragata *Minerva*, y habia tomado inmediatamente el mando del navío *Capitan*, con el cual entró en accion. Hallábase separado del servicio activo y á medio sueldo al comenzar aquella guerra; pero habia llegado la época de su celebridad. Los cronistas de su nacion, empeñados ya en ensalzar á su héroe, quieren hacerle figurar de un modo demasiado notable en este combate, á que solo asistió como simple capitan. Dicen que al disiparse la niebla que cubria nuestra escuadra, observando con su anteojo el número y órden de nuestros buques, se paseaba por la toldilla riéndose y frotándose las manos de contento, calculando, sin duda, con la penetracion de un marino inteligente, cuál seria el éxito de aquel mal preparado encuentro. Su navío fué uno de los que siguiendo al *Victoria* cruzaron sus fuegos con nuestra retaguardia: Nelson buscaba con preferencia el *Trinidad*. "El navío español, dice una de las re-

«laciones inglesas, volvia andanada por andanada, y la carni-«cería era terrible en ambos buques. La sangre corria material-«mente en el *Trinidad*, saliendo por los imbornales: aquel recio «fuego entre los dos navíos duró cerca de media hora, y era tal, «añaden los ingleses, su actividad, que los cañones, calentándose «con esceso, saltaban en el aire á cada descarga, rompiendo «cáncamos y bragueros." Los ingleses se aprovecharon de una corta suspension para tomar por su parte aliento, dejar enfriar la artillería, reparar sus averías, retirar los muertos y heridos y limpiar la sangre que corria por sus cubiertas.

El *Capitan*, ya repuesto algun tanto de sus averías y de los descalabros habidos en su encuentro con el *Trinidad*, volvió á la refriega atacando con ímpetu al *San Nicolás*, sobre el cual cayó tambien el *Escelente* que mandaba Collingvood. Aquel navío, despues de haber sostenido un fuego mortífero contra varios de los enemigos, se encontraba con su casco y arboladura destrozados, sin gobierno, y en esta posicion, maniobrando para no ser enfilado por el *Escelente*, se abordó por su mura de babor con el *San José*, de tres puentes, y este momento de conflicto y confusion fué el que escogió Nelson para entrar al abordaje, que tuvo efecto enredándose entre sí los navíos en términos de no poder separarse, y atravesando con las vergas del uno las velas del otro. Aprovechando la confusion, dió aquel la voz del asalto á su gente ya preparada. "Aun despues «de estar muy maltratados los navíos (dice una relacion inglesa «hablando de este hecho), continuaron un fuego tan vivo, en «especial el *San Nicolás*, que el comodoro Nelson tuvo que «abordarlo con su navío el *Capitan* para rendirlo."

Fácil fué vencer el resto cansado de los valientes que desesperadamente lo defendian; y aunque los ingleses encontraron en su alcázar y toldilla una fuerte resistencia, hubieron al fin aquellos de rendirse, teniendo muertos ó heridos todos los oficiales y gente destinada sobre cubierta, y en los momentos que su ilustre comandante, el brigadier D. Tomás Geraldino, sucumbia

con una muerte gloriosa, que hará eterno honor á su memoria por sus postreras palabras. *Hijos!* dijo al recibir el golpe mortal, *no rendirse! ¡Haced fuego! ¡Misericordia, Dios mio!* ¡ Hé aquí el tipo del guerrero valiente y religioso; del noble caballero de los tiempos del Cid y de las Cruzadas!

¡Cuántos hechos heróicos, merecedores de eterna fama, han ocurrido en nuestros buques en la soledad de los mares, olvidados, perdidos para la historia, en tanto que nuestros poetas y traductores andan en busca de héroes prestados que celebrar en sus odas y novelas!

Aunque de humilde sugeto, no queremos pasar en silencio el hecho de un granadero de marina, llamado *Martin Alvarez*, en aquel abordaje. En el momento de asaltar con furor los ingleses la toldilla del navío, hizo cara con su sable á un oficial que los guiaba, y en aquella lucha instantánea, le dió una estocada con tal ímpetu que, al salir la punta del sable por la espalda, la clavó fuertemente en uno de los mamparos de un camarote, y no pudiendo desasirla con facilidad para librar su sable, que no queria abandonar, dió lugar á que cayesen los enemigos sobre él con espada en mano y lo hiriesen en la cabeza; pero el valiente granadero, recuperada su arma, se arrojó al alcázar de un salto, salvándose así de sus perseguidores (1).

Sometido el *San Nicolás*, abordaron del mismo modo por su mura de babor al *San José*; que se hallaba sin palo de mesana y sin mastelero de gabia. Muertos ya su bravo capitan, el gefe de escuadra D. Francisco Wintuissen, y otros muchos, faltos de brazos para la pelea despues de lucha tan prolongada, hubieron sus defensores de ceder á la dura ley de la guerra.

Tambien se rindieron tras de una sangrienta lucha el *Salvador* y el *San Isidro*.

(1) La bizarra accion de este granadero ha dado asunto para una publicacion del género novelístico titulada: *Martin Alvarez. Recuerdos de la Marina española, por D. José de Arnao. Madrid*, 1853.

Hemos manifestado, sin disimular las faltas é imprevision del que dirigió aquel combate, la parte menos lisongera y favorable para nuestras armas; séanos tambien permitido referir y ensalzar lo que hubo en él de glorioso y memorable. El navío *Trinidad,* aquel célebre coloso de nuestra Armada, era el objeto de la codicia de nuestros adversarios, y así fué atacado de preferencia y sin consultar las leyes de la caballería, por dos ó tres navíos á la vez. Nelson se habia distinguido, sobre todo, en aquel empeño. Ya digimos como el general Córdova en su despecho é indecision, y viendo malogrado su primero y mejor intento de virar con toda la escuadra sobre el enemigo, se habia arrojado en popa sobre su línea, dando y volviendo andanadas contra varios de sus navíos, y con particularidad contra el *Capitan.* Despues de una lucha tan encarnizada, destrozado su casco, sin brazos ya para el combate, teniendo muerta ó herida la mayor parte de su gente, hacia los últimos esfuerzos, cuando vino abajo el mastelero de gabia, cubriendo con su vela y aparejo mucha parte de las baterías de estribor. En tal estado pensó ya el general en rendirse, y con este fin convocó á todos los oficiales del navío, los cuales escucharon tristes y silenciosos la resolucion de su gefe. Este mandó arriar la bandera y que cesase el fuego, y como continuasen haciéndolo los enemigos, dispuso que se izase una bandera blanca; pero no bastando esta demostracion para que lo suspendiesen, no sabemos que mano torpe sustituyó á aquel símbolo de paz el yack inglés.

Pero poco tardó en presentarse un nuevo campeon que hizo desaparecer aquel signo de un vencimiento tan innoblemente reconocido, y variar la suerte de aquel famoso navío destinado á sucumbir cubierto de laureles y en una ocasion mas gloriosa. El valiente D. Cayetano Valdés, que mandaba el *Pelayo*, se hallaba con el *San Pablo,* desde las ocho ó nueve de la mañana, dando caza á barlovento por disposicion del general en gefe; y serian las doce cuando, encontrándose como á dos leguas de distancia al SO. de la escuadra, disipada la niebla, vió el hu-

mo y empezó á oir los cañonazos. En aquel momento determinó arribar en demanda de la escuadra con todo aparejo, seguido del *San Pablo* y la fragata *Matilde,* que estando próxima quiso seguir el movimiento, considerando el ilustre capitan inútil la comision en que pudiera autorizadamente permanecer, si la voz del honor no le gritase que habia en aquel momento un puesto mas digno de su denuedo. Ya próximo, vé el aspecto del combate y al navío general estrechado por los fuegos de los tres ingleses; y sin mas deliberacion, estando á tiro, siendo cerca de las cinco, rompe el fuego sobre ellos por su popa, orzando en seguida y poniéndose por la aleta de babor del *Trinidad*, única posicion que la fué posible tomar en aquel irregular ataque. El *San Pablo* lo imitó colocándose por la aleta de babor del *Pelayo*. Atento siempre Valdés á salvar el navío general, advirtió que este perdia su andar de golpe, (por la caida del mastelero de gabia): quiso darle un remolque, y entonces fué cuando, acercándose por su proa, siempre haciendo fuego, vió ondear en él la bandera inglesa. Su vista hizo temblar de indignacion al bizarro marino, y con voz tremenda gritó que se arriase aquella insignia enemiga, amenazando sinó de tratar al buque como á contrario. Arrióse la bandera, y volviéndose el bravo capitan á la gente del *Pelayo* esclamó: *¡Muchachos, salvemos el Trinidad ó perezcamos todos!* La tripulacion, á tan noble escitacion y viendo ondear nuevamente en el navío general la bandera española, contestó gritando entusiasmada, *¡viva el rey!;* grito de lealtad que ha sido siempre entre los marinos españoles la espresion de su ardimiento en los combates, y de su firme resolucion de triunfar ó morir en la demanda.

El arrojado capitan del *Pelayo* y su valiente tripulacion redoblaron el fuego contra los tres navíos ingleses que batian al *Trinidad:* aquel noble arrojo fué seguido por el *Pablo*, el *Megicano* y el *Concepcion;* pero despues de renovada la lucha llegó el *Conde Regla*, á cuya primera descarga ya arribaron los ingleses desistiendo de su empeño y abandonando la accion.

Los navíos *Príncipe* y *Paula* iban ya á tomar parte en ella, siguiéndolos el *San Fermin*, y con algun mas atraso el *San Antonio*.

Digimos antes que por la fatal disposicion en que el enemigo sorprendió á nuestra escuadra, y por no haber tenido efecto la primer disposicion del general en gefe al comenzar el combate, creyó este irremediable la pérdida del *Príncipe*, *Regla* y toda la retaguardia. La conducta del teniente general D. Juan Joaquin Moreno, que montaba el primero arbolando su insignia como gefe, es digna de particular mencion y elogio, así como la de los demas que en aquella separacion del cuerpo fuerte de nuestra escuadra, compuesto de 16 navíos, siguieron sus movimientos. Nueve fueron los buques cortados que quedaron por aquella disposicion á sotavento de los enemigos, á saber: el *Príncipe*, y mas distantes y en diferentes puntos, los nombrados *Oriente*, *Regla*, *Fermin*, *Paula*, *San Antonio*, fragata *Perla* y dos urcas que conducian azogues. En tal disposicion el *Príncipe*, y siendo como las once de la mañana, viró por avante, obedeciendo la señal del general, con proa al S.; señal y mandato que trasmitió á los buques cortados, rompiendo el fuego con los enemigos, de quienes estaba á tiro corto de cañon. Durante los varios movimientos de estos para dirigirse á la retaguardia del cuerpo fuerte de nuestra escuadra, el *Príncipe* sostuvo un fuego constante contra varios de aquellos, y siendo cerca de la una, resolvió virar nuevamente con intencion de reunirse al cuerpo fuerte que estaba mas á barlovento; movimiento arrojado que sorprendió á los enemigos y fué calificado por el mismo almirante Jervis de *bizarro atentado*. Este lo impidió con su navío, el *Victoria*, arribando sobre el *Príncipe*, intentando ponerlo entre dos fuegos con el que le seguia de popa. Conociendo entonces Moreno la intencion del almirante se dispuso para batirse por ambas bandas, y mandó á la voz al *Conde Regla*, que se hallaba propasado de su cuadra, se quedase por su popa á cubrirlo é impedir la empresa de Jervis, con lo cual de-

sistió este de su propósito; y siendo como las dos de la tarde cesó el fuego que hacian sobre el *Príncipe* los enemigos, no sin haberle inutilizado el palo mayor y gran parte de su arboladura y aparejo, teniendo pasado ademas el costado por varias partes, y 22 balazos á lumbre de agua.

Es indudable que este hecho aislado entretuvo á los enemigos, dilatando el que cayesen sobre nuestra retaguardía. ¡Cuánto no se hubiera hecho si con mejor direccion y mas actividad se hubiesen aprovechado aquellos momentos por la vanguardia y centro de nuestra escuadra, para burlar el intento de los ingleses! Apenas reparados los cabos necesarios pudo el *Príncipe* virar, y siendo como las dos y cuarto, se dirigió con fuerza de vela, segun digimos, á tomar parte en la accion, habiéndole precedido el *Conde Regla*, á cuyas primeras descargas abandonó el enemigo el mar de batalla. Nada hubo, pues, que pedir respecto de estos buques cortados, cuyo comportamiento admiró y celebró el enemigo en sus papeles y gacetas. Añadiremos que el navío *Oriente*, que fué el mas sotaventado, obrando por sí solo, cortó efectivamente la línea enemiga, sufriendo al verificar este temerario movimiento el fuego de los contrarios, que le causó varios muertos y averías.

Despues de rendidos los cuatro navíos, todos los ingleses, á escepcion de los que batian al *Trinidad*, rodearon su presa, ocupándose ya únicamente de asegurarla poniéndola á salvo. Así, pues, la accion se concluyó por la retirada de los ingléses, á quienes siguieron fogueando en ella el *Príncipe* y el *Nepomuceno*. Cuando los enemigos vieron decidida á nuestro favor la superioridad del número, desampararon y dejaron por nuestro el mar de batalla; "gloria no tan estéril como parece, pues que es un testimonio fehaciente de que los españoles no huyeron, y, aun perdiendo, se hicieron respetar (1)." La escuadra enemiga na-

(1) Palabras del juicio fiscal referentes á este combate.

vegó en vuelta del Sur, quedando la nuestra al anochecer como á tres millas al S. E. de ella.

En aquella noche se dispuso que el navío *Trinidad*, escoltado por la fragata *Mercedes*, se dirigiese á Cádiz; pero al amanecer del siguiente dia fueron vistos ambos buques por la escuadra inglesa, que distaba de ellos tres ó cuatro leguas, de la cual se destacaron dos navíos en su persecucion; mas á poco de haberla emprendido desistieron de su intento, sin duda por haber descubierto nuestra escuadra, que tomó la vuelta del S. con viento al O.

Serian las ocho cuando fueron vistos los enemigos desde nuestra escuadra; entonces se mandó formar la línea accidental de combate. Durante este dia y el siguiente, 16 de febrero, que aquellos estuvieron á la vista, no lo procuraron ni lo quisieron aceptar. El 18 recaló nuestra escuadra sobre el puerto de Lagos, donde se hallaba fondeada la enemiga, recorriendo sus averías, con los buques apresados de la nuestra; y aunque nuestros navíos llegaron á la boca del puerto y á distancia de una milla de aquel surgidero, no hicieron demostracion alguna. Nada ocurrió en los siguientes dias digno de mencionarse, hasta el 3 de marzo, en que nuestra escuadra dió fondo en el puerto de Cádiz.



# CAPÍTULO X.

**Juicio crítico é imparcial del combate del cabo de San Vicente.—Bombardeo de Cádiz.—Son derrotados los ingleses en Canarias y Puerto-Rico.—Pierde Nelson un brazo en el malogrado ataque de aquellas islas.**

> **La rectitud del juicio histórico pide que á todos se oiga, aun á nuestros enemigos, y se pronuncie la sentencia, no por nuestra inclinacion, sí, segun la calidad de las pruebas.**
>
> FEIJOÓ, *Teatro crítico. Reflexiones sobre la historia.*

> **La historia y la fama de los pueblos, están bajo el fallo y dominio de todas las naciones ilustradas: la verdad oprimida y la opinion desfigurada, por la emulacion ó la mala voluntad de los contemporáneos, se restablece en el juicio imparcial de los hombres rectos de todos los paises y de todos los tiempos.**
>
> *De un autor anónimo.*

Breves serán nuestras observaciones acerca de este suceso de nuestra historia moderna, por cuenta del cual han corrido juicios tan poco favorables, así de propios como de estraños; unos abultando las ventajas de los enemigos y su acierto, y hablando otros con pasion de las causas y los efectos de aquel revés. Y ¡cosa notable! las relaciones de los enemigos, aunque escritas por lo comun en estilo jactancioso, hacen, no obstante, mas justicia á nuestros marinos que el juicio de los propios; tal es la preocupacion, el sentimiento bastardo de esclusiva admiracion con que muchos españoles ensalzan la superioridad, en todo lo que concierne á la marina, de los ingleses. Lugar tendremos, sin menoscabar ni desconocer lo que hay en ellos digno de elogio,

de rectificar una preocupacion que, además de la injusticia que envuelve, tiende á sofocar el sentimiento de nuestra propia fuerza, á estinguir la noble altivez castellana que hizo invencibles á nuestros padres, y á apagar de todo punto el patriotismo.

De aquel desastre fué la primera causa el gobierno, pues si bien no era su intencion que el general Córdoba aventurase un combate (á pesar de lo que han supuesto algunos escritores estranjeros), no debió jamás consentir que su escuadra, que constituia casi todas sus fuerzas marítimas, saliese en el estado que hemos referido, dotada en gran parte con gente visoña, poco acostumbrada á los ejercicios de la mar y de la guerra, contando con un enemigo preparado de antemano, astuto y dotado de una prodigiosa actividad. Culpamos al general, que falto de consejo é inducido, acaso, de la ambicion de alcanzar algun triunfo sobre sus adversarios, y confiado mas de lo justo en sus propias fuerzas y en aquellas de que disponia, comprometió imprudentemente el honor de nuestras armas, y por que ya en el trance inevitable no supo conservar su cabeza y serenidad, ni sacar partido de los incidentes mismos del combate, y aun de las faltas y descuidos del enemigo; siendo una prueba de lo que hubiera podido ejecutar para reparar aquel yerro, lo que sin guia ni direccion hicieron unos pocos navíos montados por capitanes valientes y pundonorosos.

Pudo, por tanto, ser reconvenido por haberse separado de las antiguas reglas observadas en tales casos; por no haberse hecho conducir por alguna fragata ú otro buque fuera del punto de ataque escogido por los enemigos, para estar en aptitud de poder juzgar mejor de los sucesos y trasmitir con mas facilidad sus órdenes; sin embargo de que Nelson, cuya opinion lleva consigo tanta autoridad en cuestiones de este género, sostenia en los momentos de emprender el combate de Trafalgar, que nada para este caso podia equivaler á la fuerza del ejemplo.

Nuestros capitanes del centro y de la vanguardia merecieron tambien un justo cargo, sin que pudiera servirles de dis-

culpa la no intelijencia de las señales y mandatos del general en jefe; y á este propósito citaremos la opinion de respetables y esperimentados marinos que, considerando útiles y necesarias las señales telegráficas para dirigir una escuadra, evolucionar y ejecutar todos los movimientos parciales ó particulares que se requieren, las tienen por embarazosas en un combate; porque una vez dadas las instrucciones del general para los diferentes casos y contingencias probables que puedan ocurrir, el esencial cuidado de cada capitan debe ser conservar ó procurarse un puesto honroso en la pelea. El mismo Nelson decia tambien, tratándose de señales, *que las detestaba en medio de una accion.*

Tales causas dieron por resultado el rendimiento de cuatro de los 27 navíos de nuestra escuadra; pérdida que podemos llamar desastrosa, mas que por su entidad, por el efecto que produjo en nuestra marina, poniendo de manifiesto su debilidad; leccion provechosa para el vulgo de nuestros hombres públicos que han creido que pueden improvisarse armadas, sin contar con que ni la ciencia ni la pericia náutica se improvisan ni adquieren con tesoros, y son, por el contrario, el fruto de los desvelos de un gobierno ilustrado y previsor.

Sin embargo, podrá decirse que los españoles se presentaron mal; pero no que reusaron el combate: podrá criticarse, en buen hora, su poca habilidad en aquel encuentro: muy lejos estamos de negarlo. Pero los buques que tomaron parte en la accion se batieron con bizarría; *el cuerpo atacado se defendió gallardamente*, como dijeron las mismas relaciones de los contrarios, y el desgraciado general que la mandaba, mal evolucionista si se quiere, pero buen español, dió prueba de su valor, con su impremeditada resolucion de lanzarse ciegamente á la pelea; y es fama que viendo agotadas sus fuerzas y dispuesto ya á rendirse, se dirigia al portalon, esclamando con acento doloroso: *¿es posible que de tantas balas no haya habido una siquiera para mi?*

¡Votos inútiles! La falta era ya irremediable, y un cargo severo pesaba sobre el vencido general y gran parte de los que en

aquella funcion ciñeron espada. El pabellon español habia sido humillado y era necesario responder ante la nacion ofendida. Un consejo de guerra de generales examinó la conducta de aquel gefe y sus subalternos, y su terrible fallo no dejó duda de que en España habia jueces idóneos y competentes en materia de honra y de pericia marítima (1).

(1) Un distinguido escritor militar, el autor de la *Historia de las Milicias provinciales*, nos ha hecho el honor de citarnos elogiando nuestro celo por el concepto de nuestra marina; pero añadiendo "que nuestras noticias, escritas en artículos consagrados al elogio de ella, apenas son comentarios de los mismos hechos cuya esencia es tan generalmente conocida (*)."

Confiados en que no nos faltaria ocasion en que justificarnos contra una aseveracion tan infundada, no hemos querido antes protestar contra ella; y ahora lo hacemos apelando al mismo juicio y rectitud del escritor á que nos referimos.

En la citada obra, de que solo se ha publicado el tomo primero, que comprende los servicios de aquellos cuerpos desde 1776 á 1808, se refieren los que en espediciones marítimas, ó dando la guarnicion de los buques de guerra, han prestado en combinacion con la marina. El autor, llevado de un laudable celo y de su inclinacion en favor de la institucion militar que con tanta razon ensalza, encuentra motivo para mostrarse un tanto severo al calificar los hechos ó la conducta de nuestros marinos en la mayor parte de las acciones de guerra á que se refiere, haciendo de ellas detenida mencion, señaladamente de los combates de cabo de San Vicente, la Graña y Trafalgar; severidad que hace estensiva á diversos escritores marinos que en recientes publicaciones han consagrado su pluma á tratar de aquellos hechos, por lo comun mal juzgados por escritores de otras naciones, y tambien por algunos de los propios. El ilustrado autor de la *Historia de las Milicias provinciales* nos señala personalmente como apologistas apasionados, aun contrayéndose al presente relato, ya inserto en la *Revista Militar* (en agosto de 1852); juicio que sin embargo no justifica en su obra, cuando aquellos á que hace referencia, cuya responsabilidad nos corresponde, están fundados, como el presente, en testimonios oficiales y documentos dignos de entera fé.

(*) *Historia de las Milicias provinciales, de su origen, vicisitudes y servicios prestados hasta la extincion; con presencia de los diarios de operaciones formados por los gefes de los regimientos, y remitidos á la Inspeccion general.* —Por el coronel D. X. de Ozcariz.—Madrid.—1852, pág. 270.

Entre varios escritores estranjeros que se han ocupado de este hecho de armas, hay uno, sin embargo, que sin dejar de hacer en algun modo justicia al valor y la inteligencia de nuestros gefes y oficiales en aquel encuentro, discurriendo sobre datos y noticias inexactas, establece deducciones inciertas y poco honrosas á nuestra marina. Hablamos del ilustrado escritor marino, autor de las *Guerras marítimas bajo la república y el imperio* (1).

Tres son los errores de mas bulto en que incurre este escritor, tanto mas notables y sensibles, cuanto que en esta interesante obra se propone hacer un exámen imparcial de la marina inglesa y francesa, con relacion á las últimas guerras ocurridas durante la república y el imperio, para deducir, con la justa apreciacion de la aptitud y de las fuerzas navales de las naciones belijerantes, y de los mismos hechos, útiles lecciones para lo futuro, con aplicacion, sobre todo, á la marina de su nacion. El autor ha debido comprender en sus juicios y apreciaciones á la marina española, como aliada y partícipe de todas ó la mayor parte de sus vicisitudes; y aquí es donde se muestra algun tanto ligero ó apasionado, como tendremos mas de una ocasion de hacerlo observar en nuestro relato.

Es el primer error, respecto del caso que nos ocupa, el suponer que el gobierno español queria esponer nuestra escuadra, mal preparada, segun hemos manifestado, á los azares de un combate. El autor francés asegura, hablando de la conducta de nuestro gobierno y del inglés en aquellas circunstancias, que el primero se mostró tanto mas severo é injusto para con los desgraciados oficiales *arrojados por su impericia* á los resultados de un combate desigual, como fácil ó pródigo en sus recompensas el gabinete británico respecto de los vencedores." (*Guerras marítimas*, etc., tomo 1, página 164.) Nuestra relacion, fun-

(1) *Guerres maritimes sous la republique et l'empire*, par le capitain de corbete M E. Jurien la Craviere.—Paris, 1847, 2 tomos en 8.°

dada en los documentos mismos del proceso, deja en su lugar la verdad histórica, y vindica la rectitud de los jueces, llenos de probidad é inteligencia, que entendieron y fallaron sobre este grave negocio.

El autor francés da por cierto que los levantes impidieron á la escuadra española entrar en Cádiz; y contando con datos tan poco dignos de fé, no titubea en asegurar que no solo abandonó el mar de batalla, despues del combate, sino que "hizo vela *en huida para refugiarse* en el puerto de Cádiz y Aljeciras." (*Guerras marítimas* t. I, pág. 161.)

Hemos hecho ver que lejos de ser así, el mar de batalla quedó por los españoles, que luego provocaron con su presencia á un nuevo combate á sus enemigos: "gloria no tan estéril como parece (segun las palabras ya citadas del juicio fiscal presentado al consejo, que tan severo ha parecido á Mr. de la Graviere), pues que es un testimonio fehaciente de que los españoles no huyeron, y aun perdiendo se hicieron respetar."

Severos é imparciales en los cargos que hemos hecho al general español que mandó en aquel trance adverso á nuestro armas, la justicia exije que no lo seamos menos respecto á los enemigos. No poniendo en duda su valor ni la superioridad de su pericia, es de admirar como cargaron con toda la fuerza de su ataque, contra los pocos navíos de nuestra retaguardia que doblaron. A la verdad, el ataque de los ingleses fué un ataque de cosacos: cayeron como el milano sobre la presa, asegurándola, sin ocuparse de la fuerza que los esperaba para un ataque leal y caballeresco, á la antigua usanza, y en aquella incorrecta formacion en que nuestro general dió cara á los enemigos. Ciertamente el gobierno inglés no habia mandado al almirante Jervis para que batiese con toda su escuadra á solos cinco ó seis navíos, donde habia tantos en que emplearse; y á la verdad que nunca nos ha parecido mas pródigo y condescendiente el almirantazgo de Inglaterra, cuya equidad y severa justicia tanto ponderan nuestros anglomanos, que en esta ocasion,

adjudicando por tan poca cosa al almirante Jervis, con la baronía de Meaford, el soberbio dictado de *lord conde de San Vicente.*

Muy incapacitados debieron quedar los ingleses para el combate, cuando ni entonces ni despues se atrevieron á renovarlo, dejando libre el mar á nuestra escuadra, y solo se ocuparon de poner su presa á buen recaudo. Así se deduce de las mismas relaciones de los ingleses, y, ciertamente, considerando la grande confusion y desacuerdo de nuestros buques en tales momentos, despues de la ventaja obtenida por aquellos, no puede menos de sorprender y parecer escesiva su timidez. Nuestra escuadra debió esperar ser atacada y no lo fué; por eso fueron reconvenidos en el consejo de guerra nuestros capitanes; pues que concluida la accion, es decir, cuando iba en retirada el enemigo, pudo toda aquella haber caido sobre él, recobrando nuestros navíos y aun tomarle algunos de los suyos. Pero en aquellas circunstancias convenia mucho á los ingleses ponderar su triunfo que, como hemos dicho, mas desmoralizaba que destruia nuestras fuerzas marítimas y recursos; y así aquel suceso, aunque de mediana importancia, influyó sobremanera en el progreso de la guerra.

No terminaremos estas reflexiones sobre aquel poco venturoso y mal apreciado hecho de armas sin observar, que este y otros juicios erróneos ó depresivos, formados dentro y fuera de España con relacion á nuestra marina, proceden, ademas de la falta de su historia, escrita y publicada bajo los auspicios del gobierno y con las severas condiciones que su índole reclama, del poco interés y diligencia de los mismos historiadores españoles que, al ocuparse de los sucesos generales y particulares de nuestra nacion, sobre todo, con referencia á los últimos tiempos en que ha tenido una parte muy principal nuestra marina, y por esquivar una materia que á su juicio requeria una especial competencia, ó por otras razones, han pasado de lijero dejando verdaderas y reparables lagunas en sus relatos, pareciendo conformarse y adoptar con su silencio los juicios erróneos ó apasionados de los enemigos, ó las prevenciones infundadas de muchos

españoles. Esos escritores, que tan minuciosos y descriptivos aparecen en las batallas y movimientos terrestres de nuestros ejércitos, que disertan acerca de las causas que prepararon aquella guerra provocada por los ingleses, apenas se ocupan de este y otros grandes acontecimientos marítimos, que tanta y tan esencial parte tuvieron en la misma guerra, seguida de la llamada de la Independencia, dándose comunmente por satisfechos con citar sumaria y cronológicamente los acontecimientos. Su silencio, como no podia menos de suceder, ha servido para sostener el error entre los españoles y escitar á los escritores de otras naciones á proseguir en su tarea de injusticias y detracciones contra nuestra nacion y su marina (1).

Diremos en conclusion que el primer y mas trascendental resultado de aquel suceso fué la paralizacion de las operaciones navales y la inaccion de nuestra escuadra, que permaneció, desde entonces, mas de dos años bloqueada en el puerto de Cádiz por los ingleses, hasta que los sucesos que sobrevinieron, y de que hablaremos en su lugar, cambiaron la faz de los negocios.

Pero el orgullo de los ingleses fué humillado en mas de una tentativa que hicieron despues de este acontecimiento. En el siguiente mes de abril se dirigieron contra la isla de Puerto-Rico con una espedicion de desembarco, compuesta de 68 buques de trasporte sostenidos por cinco navíos, dos bombardas y muchas lanchas cañoneras, de los cuales tomaron tierra en la playa de

(1) Hé aquí todo lo que los continuadores de la *Historia general de España* del P. Mariana hasta nuestra época, dicen acerca del combate del cabo de San Vicente:

"Su escuadra (la inglesa) mandada por el almirante Jervis, á quien se habia agregado con la suya Parker, encontró á la nuestra al doblar el cabo de San Vicente, y separando seis de nuestros navíos los acometió impetuosamente, sin que les sirviera defenderse con el mayor ánimo para no caer cuatro de ellos en sus manos."

*Historia general de España etc., aumentada hasta el pronunciamiento de* 1840, etc.—Madrid.—Tomo XVIII, página 177.

Cangrejos 10,000 ingleses; pero nada consiguieron despues de quince dias de contínuos combates y refriegas por mar y tierra; y viéndose al fin amagados de un ataque general en su propia línea, lo rehusaron, volviendo á sus naves, despues de perder 2,000 hombres entre muertos y prisioneros, con toda la artillería, municiones, tiendas y cuanto habian desembarcado.

Tres meses habian trascurrido precisamente despues de este suceso, ocurrido en los primeros dias de mayo, cuando los ingleses que bloqueaban á Cádiz intentaron, contra esta plaza y la escuadra surta en su puerto, un ataque formidable, segun los preparativos, en el que nada menos se propusieron que bombardear la ciudad é incendiar nuestros navíos. En aquella brillante defensa sobresalió la inteligencia, la serenidad y el valor de nuestros marinos. Los ingleses, que en buena y leal guerra parece que debian dirigir sus esfuerzos á combatir y destruir nuestras fuerzas navales, concibieron el *poco decente* y galan pensamiento (como lo calificó con razon uno de nuestros generales), de arrojar algunas bombas á Cádiz, asustando á sus damas y poblacion inofensiva, sin reportar por ello gloria ni utilidad. Para esto aproximaron á la plaza, en las noches del 3 y 5 de julio, á favor de la marea y con grande acompañamiento de lanchas y botes armados, por la parte del NO. y del S., un queche bombardero, preparado espresamente en Gibraltar, una bombardera y dos embarcaciones obuseras. Nuestras fuerzas sutiles, ya en espera y mandadas por gefes y oficiales valientes, les salieron al encuentro, sosteniendo en ambas noches combates sangrientos y obstinados de cañon, de fusilería y al abordage. El famoso queche, que vino á ser como el *Polyércetes* de los acometedores, fué el objeto de las punterías y ataques de nuestras embarcaciones menores armadas: apagados sus fuegos, y desmontados ó inutilizados sus morteros y muerta su gente, quedó abandonado por los enemigos en medio de la accion, aunque luego lo recobraron y rehabilitaron para el segundo ataque. Bien escarmentados, al fin, hubieron de desistir de su intento;

pues aunque el 10 por la mañana dieron muestras de querer renovar el ataque, no osaron realizarlo, imponiéndoles, sin duda, las nuevas medidas de defensa que se habian adoptado. Observaremos de paso que, á no ser por las fuerzas sutiles y por las lanchas que presentaron los navíos de nuestra escuadra, armadas con un cañon de á veinte y cuatro, situadas con inteligencia y por divisiones por la parte de Rota, la Caleta, la boca del Puerto y por el lado del S., ó sea delante de la Catedral, no hubiera habido medio bastante de impedir la operacion de los enemigos. Añadiremos tambien, pues que no queremos dejar pasar la ocasion de consignar toda honra que nos pertenezca, que el utilísimo pensamiento de artillar las lanchas de nuestros navíos, empleándolas para el ataque y defensa contra los buques enemigos, desconocido hasta entonces, fué debido á un oscuro carpintero de ribera de la fragata *Pomona*, llamado Angel Pita.

Los brillantes resultados de aquella defensa se debieron á las acertadas disposiciones del general de la escuadra del Océano D. José de Mazarredo, secundadas con las luces é inmediata cooperacion del teniente general D. Federico Gravina, el mayor general D. Antonio Escaño, D. Domingo de Navas y D. Juan Villavicencio, gefes de escuadra, D. Antonio Miralles, el teniente de navío D. Miguel Irigoyen y otros muchos oficiales que adquirieron en aquellos dias fundados títulos al reconocimiento de la patria. Nelson, ya contralmirante, tomó personalmente parte en estos encuentros, y podemos decir en honor suyo, que en el descortés ataque emprendido contra la bella ciudad, fué solo obligado ejecutor. Nos complacemos en consignar aquí un incidente desconocido de aquel combate que, acreditando la bizarría de uno de nuestros oficiales, nos presenta un rasgo de generosidad caballeresca de parte de aquel célebre enemigo. El teniente de navío D. Miguel Irigoyen, comandante de las lanchas que operaban por la parte de la Caleta, se hallaba en su bote dirigiendo los movimientos en la primera noche, cuando las dos lanchas de su estrema izquierda, avanzando demasiado con el

calor de la accion, se propasaron de la línea, viéndose envueltas de repente por muchos botes armados del enemigo. Advertidos sus respectivos comandantes D. Juan Cabaleri y D. Pedro Ferriz por Irigoyen del peligro, rompieron su fuego de metralla sobre aquellos, que se lanzaron en seguida al abordage. Irigoyen rechazó por sí á tres botes enemigos, cogiéndoles algun prisionero; pero la lucha seguia encarnizada entre las dos lanchas y los abordantes. Allí murió Cabaleri y sucumbieron heridos de gravedad, despues de una sangrienta lucha de fusilería y al arma blanca, el otro comandante Ferriz y una gran parte de los denodados defensores. Irigoyen, yá herido, pugnaba por salvar aquellas lanchas envueltas por los ingleses, resistiendo al abordage de cinco de sus botes, hasta que al fin fué derribado por un golpe de chuzo en el pecho, cayendo sin sentido. Vuelto en sí, se encontró sujeto y como cubierto por un oficial inglés que le amparaba y defendia de varios enemigos que querian rematarlo: aquel inglés era Nelson.

Al siguiente dia (el 4) dirigió este dos cartas á Mazarredo por medio de un parlamento, ofreciéndole en la una entregar los prisioneros y heridos de aquellas lanchas, y haciendo en la otra un grande elogio de Irigoyen, remitiendo al propio tiempo á este y demas oficiales heridos. Mazarredo contestó con una sola á sus dos cartas, manifestándole que mandaba por los prisioneros, y que le era muy satisfactorio su testimonio respecto del mérito de Irigoyen: "siendo doloroso, añadia, que oficiales de su bizarría se malograsen en ocasiones sin influencia en los objetos de la guerra entre dos grandes naciones." Nelson, remitiendo los prisioneros, contestaba al general español en estos precisos términos: "Me honro con la carta de V. E., y en respuesta á su último artículo, solo puedo replicar con estas dos palabras: *yo obedezco*..... (1)."

(1) Carta del general Mazarredo al ministro de Marina, de 7 de julio de 1797.

No sabemos por dónde el almirante Jervis, ya lord San Vicente, que sostenia con su escuadra el bloqueo, tuvo noticias de que un navío, que se llamaba el *Príncipe de Asturias*, regresaba de América con un rico cargamento de plata acuñada, con destino al mismo puerto de Cádiz; pero que sabedor del bloqueo, habia arribado á Santa Cruz de Tenerife. Estas noticias fueron bastantes (dice una relacion inglesa que tenemos á la vista, escrita por un oficial de la espedicion que se formó con tal motivo, á quien seguiremos con preferencia en este relato), para despertar en el almirante la idea de apoderarse del rico botin y del navío, que no consideraba capaz de oponer una seria resistencia. La noticia difundida de esta proyectada espedicion produjo grande alegría en toda la gente de la escuadra, cansada de tan largo crucero; y oficiales y marineros se imaginaban tener ya el tesoro entre sus manos: calculaban el valor de la presa, y la imaginacion de estos fraguaba mil proyectos para lo futuro, contando ya como seguro aquel nuevo *Vellocino* encerrado en las entrañas del famoso *galeon*. Nelson fué nombrado para este golpe de mano, y la escuadra que debia operar á sus órdenes se componia del *Theseus*, donde izó su insignia, del *Culloden* y del *Zeolous*, los tres navíos de línea; de la *Esmeralda* fragata de 54, la *Terpsicore* de 36, de la *Sea-Horse* de 32 y del cuter el *Fox* de 14 cañones, á los cuales se unió, estando ya en marcha la espedicion para su destino, la fragata *Leander*, que viniendo de Lisboa recibió órden del almirante para agregarse á aquella. Necesario es confesar, en vista de la fuerza destinada contra el galeon, que lord San Vicente, mas prudente que Jason en esta nueva espedicion de argonautas, no queria dejar el éxito dudoso. Nosotros, separándonos aquí de la relacion inglesa ya citada, queremos suponer un motivo mas noble y desinteresado para aquella empresa, considerando, sobre todo, el gefe que la mandaba, cuyo grande ánimo lo inclinaba á mas altos hechos.

La fragata *Leander*, donde se hallaba el oficial autor de la

citada relacion, se unió á la escuadra delante del Pico de Tenerife y cuando los tres navios se dirigian á la rada. Ya la noche anterior habian intentado las fragatas un desembarco, fondeando cerca de la costa del E. de Santa Cruz; pero las fortificaciones les parecieron tantas y las alturas tan inaccesibles, que empezaron á desesperar del éxito. Los espedicionarios regresaron á bordo con el mismo sigilo; pero la escuadra fué vista al fin de tierra: se oyó tocar generala, y de este modo se aumentaron las dificultades de la empresa. Nelson, no obstante, llevó á cabo su intento y preparó sus fuerzas para dar el asalto; y al anochecer del siguiente dia dispuso que todos los buques se aproximasen á la costa, con la idea de desembarcar, á favor de las tinieblas, todos los hombres que no fuesen necesarios para su manejo; circunstancia que nos hace creer algun tanto que el primitivo objeto de la espedicion no fué en efecto el desembarco y conquista de la capital de las Islas Canarias, siendo esta una resolucion intempestiva, propia del arrojo de aquel insigne marino. Estos destacamentos debian aproximarse con el mayor silencio á la plaza y tentar el apoderarse de ella por sorpresa.

Sin duda habria sido esto muy fácil si los militares españoles que la defendian, hubiesen sido tales como los que dice que vió en ella Mr. J. Arago algunos años despues, y que con tanta fidelidad nos pinta en su viage al rededor del mundo (1); obra de imaginacion, mas digna de ocupar un lugar entre los libros de recreo que entre las relaciones de los viageros juiciosos y verídicos; obra que por su frivolidad, lo apasionado de sus pinturas y falta de criterio, así como por la analogía del objeto, po-

(1) *Souvenirs d'un aveugle, voyage autour du monde*, por Jacques Arago. París. 2 vol.

Al frente de esta obra se leen debajo del retrato del autor, estos versos nada hiperbólicos:

Ton nom est un reflet du grand nom de ton frere;
A vous, Francois, les cieux, á toi, Jacques, la terre.

demos comparar con la que cierto autor muy conocido y celebrado por los españoles, á quienes pinta como cafres, publicó con el título de *Cartas sobre España y Africa.*

He aquí cómo se esplica aquel viagero hablando de Santa Cruz de Tenerife, de cuyo general gobernador dice con admirable seguridad, que no sabia leer, ni su secretario escribir. Hablando de su visita al lazareto que dista media legua de la ciudad, refiere que vió un "soldado de la guarnicion que llevaba al hombro un arma que parecia un fusil, y estaba allí para velar por la seguridad pública." Cuenta en seguida el diálogo que entabló con aquel centinela, el único soldado en quien probablemente paró la consideracion en su precipitada y furtiva escursion por la isla, diálogo que nos repugna trascribir, despues del cual prorrumpe en esta enfática y presuntuosa esclamacion:

"La mirada de uno de nuestros granaderos hubiera hecho retroceder al piquete que vino á relevar al centinela..."

Aunque en seguida hace una especie de reparacion á nuestro honor nacional, no por eso deja de añadir inmediatamente:

"Cuando veo dos ó tres fuertes irregulares situados de manera que es fácil bombardearlos; cuando percibo una pequeña cerca aspillerada sobre las alturas que dominan la ciudad; cuando sé que sobre todos los puntos de la isla se pueden hacer desembarcos sin dificultad por medio de lanchas, me pregunto á mí mismo, ¿cómo pudo ser que el almirante Nelson hubiese venido á dejar aquí un brazo, todas sus embarcaciones (esto no es exacto), sus banderas y sus mejores soldados, sin haberse podido apoderar de Santa Cruz? Que manden allí uno de nuestros almirantes, y sin dejar sus navíos, sus soldados ni sus banderas, seremos dueños de la isla (1)!"

Dejando á los marinos ingleses el cuidado de contestar á esta *gasconnade,* vamos á vindicar su honor y el de los militares españoles, con la relacion verídica de aquel suceso memorable;

(1) *Souvenirs d'un aveugle*, etc., tom. 1, pág. 26.

creyendo se nos perdonará esta breve digresion, á que doblemente nos ha impulsado el injusto juicio de Mr. J. Arago sobre aquel hecho tan honroso para nuestras armas, y el constante propósito de rebatir con oportunidad los conceptos erróneos, ó las acusaciones apasionadas y malignas, contrarias á nuestro honor y decoro, que tan fáciles son en acoger y reproducir en sus obras multitud de autores estranjeros.

Todas las embarcaciones que habian seguido á la escuadra fueron empleadas para aquel objeto, y trasportaron mil hombres con algunos cañones. El cutter *Fox*, que llevaba doscientos marineros escondidos, tenia órden de sostener las mas débiles de aquellas embarcaciones. Se recomendó cuidadosamente á los marineros que no se dejasen ver, que guardasen el mayor silencio y que obrasen con el menor ruido posible. El tiempo no favorecia los intentos de los asaltantes, porque el viento refrescó, y los golpes de mar amenazaban á cada momento sumergir lanchas y botes.

Con todo, á eso de las once de la noche llegaron aquellos al muelle, y á pesar del gran silencio con que se hizo el desembarco, los ingleses fueron al fin descubiertos por los centinelas, y entonces se presentó una escena verdaderamente sublime, sucediendo de repente, y como por encanto, al silencio mas profundo el estruendo atronador de todas las campanas de la ciudad tocando á rebato, cuyo discordante sonido llevaba y traia el viento hasta los oidos de los invasores. En aquel mismo instante se vió siniestramente iluminado el espacio por el fuego de 40 cañones asestados á la calzada, lo cual produjo, á la verdad, un horrible contraste. La fuerza de tierra acudió á reforzar los puntos mas amenazados, y los ingleses oian desde sus buques el ruido de los trenes de artillería que se trasladaban de unos lugares á otros, y las voces y el clamor de nuestros soldados. Los enemigos, en tanto, concentraban sus fuerzas para comenzar el ataque. La fragata *Leander* estaba encargada de reforzar el *Fox*, y con el fin de acelerar el desembarco, se situó

debajo de las baterías do la plaza, sufriendo sus fuegos; y en aquel momento cayó una lluvia de balas sobre el cutter y lo echó á pique, sumerjiéndose con tal prontitud, que perecieron ahogados como la mitad de los hombres que conducía.

Nelson, lleno de despecho, se puso á la cabeza de un fuerte destacamento de soldados y marineros, y embistió el muelle y la ciudad á favor de las sombras. Serian las once de la noche cuando la columna, compuesta de 2,000 ingleses, habia llegado ya á medio tiro de cañon de *Paso-alto*, y allí dieron el grito de embestida, que fué contestado por 60 cañones arrojando torrentes de metralla. Nelson, lanzándose del bote que le conducia, puso el pie en tierra, y en el momento de tirar de la espada, recibió una bala que le rompió el brazo derecho. *Oh Freemantle!* esclamó sintiéndose herido, *he perdido mi brazo!* (1) Fué trasportado inmediatamente á bordo de su navío, donde en seguida se le hizo la amputacion. Entretanto los ingleses, que atacaban con ímpetu, sufrian un fuego terrible de cañon y fusilería que hacía la guarnicion, compuesta de 400 hombres dirigidos por su valiente comandante D. Francisco Gutierrez, mientras que los mismos vecinos, cortando y embarazando las calles con todo género de obstáculos, hacian sostenido fuego desde las ventanas y azoteas. Tambien ayudaron á la defensa un buen número de mari-

(1) En el acto de recibir Nelson la bala que lo derribó en el fondo del bote, se hallaba á su lado el jóven teniente Nisbett, por quien tenia una particular predileccion. Este oficial, á quien Nelson habia protegido para sus primeros adelantos en la carrera marítima, era hijo del doctor Nisbett, cuya viuda habia casado en segundas nupcias con el célebre marino. Aquel jóven fué quien lo levantó y le vendó fuertemente el brazo con su corbata de seda, conteniendo de este modo la sangre que abundantemente brotaba de su terrible herida; y puede creerse que á su presencia de espíritu y la oportunidad del socorro en tales momentos, debió Nelson la vida. Otras afecciones, no tan puras, fueron causa mas tarde de que este separase de su lado con despego é ingratitud á un jóven tan digno de su aprecio y á quien tanto debia.

neros franceses, que se hallaban accidentalmente en la plaza, portándose dignamente. El segundo de Nelson recibió una herida mortal, y el capitan Brown con otros oficiales y mas de 500 hombres perecieron en el ataque.

Otro destacamento llegó á saltar en tierra por la parte del S. de la ciudad; pero hallando la misma tenaz resistencia, hubo de renunciar á su jactancioso propósito de tomar por asalto las fortificaciones, y se dirigió hácia un monasterio que habia estramuros, contando con encontrar en el camino con las fuerzas que capitaneaba el contralmirante Nelson. Engañados los ingleses en sus esperanzas, se vieron obligados á defenderse contra fuerzas muy superiores. Despues de haber resistido hasta el amanecer tuvieron que capitular, y el capitan Hood, que hacia de mediador, alcanzó de los vencedores que todo el destacamento se embarcase sin ser molestado por la artillería de las fortalezas. La mar habia arreciado en tales términos que el reembarco era casi imposible; y el gefe español, demasiado blando en aquel lance, pudo haber hecho prisioneros á todos los ingleses que quedaban, Nelson pidió gracia y libertad para poder embarcarlos ofreciendo por condicion no atacar mas aquella isla ni el resto de las Canarias. El comandante español, condescendiente en demasía, traspasó, en nuestro sentir, la línea de las facultades de que podia disponer para tales casos, y llevó su generosidad aun mas allá de lo estipulado, hasta el punto de prestar todos los auxilios necesarios para que los enemigos se restituyesen á sus buques, dándoles en abundancia vino y toda clase de provisiones. Tambien envió particularmente á Nelson muchas cosas que eran necesarias para su curacion: sus mismos heridos fueron á curarse á nuestros hospitales, y hasta se permitió (dice la relacion del oficial inglés á que nos vamos refiriendo) á las tripulaciones de la escuadra que se proveyesen *en los mismos mercados* de todos los objetos de que carecian á bordo, "observando, añade, este principio de *su* religion (cuál seria la de este cronista?) *si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, si tiene sed, dale de beber..:*

Pero, ah! esclâma, nuestras brillantes esperanzas se habian disipado (esto seria por lo del galeon), y los resultados de esta fatal espedicion se ofrecian tristemente á nuestra vista."

A esto vinieron, en efecto, á reducirse los sueños dorados y la arrogancia de los ingleses en aquella espedicion, recibiendo una dura leccion con las armas y otra mayor y no menos necesaria de generosidad de los *dones y mendigos*. De los *dones y mendigos*, que tal es el epiteto soez que emplea el vulgo de los ingleses para designar á los españoles, y que no repugnan usar tambien ciertos escritores..... Miserable recurso para rebajar la valía de una nacion cuyas glorias llenaron el mundo, y que no podrán menoscabar toda la envidia y mala voluntad de sus adversarios.... Las imputaciones y dicterios con que esos escritores ofenden á nuestra nacion, podrán ser propias de esas trovas y canciones que se destinan al grosero populacho y le sirven de alimento en tiempos de guerra para enardecer su patriotismo; pero de ningun modo para aparecer en obras destinadas á otra clase de lectores; y si no son dignos de un enemigo generoso, cuánto menos deben serlo de autores sensatos, de escritores de unos paises con quienes nos ligan honrosos recuerdos, y que manifiestan deseos de conservar nuestra amistad!

Hemos hecho justa mencion de cierto número de marineros franceses que concurrieron á la defensa de Tenerife; pero al pagar este tributo por tan noble proceder, no podemos dejar de manifestar nuestra sorpresa y sentimierto por los términos en que se refiere este suceso en una obra moderna publicada en Francia, análoga por su objeto á la presente. Duélenos que en una obra del mérito é importancia de la *France maritime*, que es á la que nos referimos, á cuya formacion han concurrido muy distinguidos marinos y hombres de letras de aquella nacion, se haya dado cabida á asertos tan ligeros y ofensivos, sin fundarlos en testimonios fidedignos, como lo pide su índole histórica y la gravedad del supuesto que presentan, al mencionar la defensa de aquella isla, lastimando el honor militar de una nacion cuyos timbres,

como nacion valiente y guerrera, no pueden nunca ser olvidados ni puestos en duda por los franceses. Hé aquí lo que se lee en el estracto de un diario inserto en la citada obra, referente al viage que en 1840 verificó la fragata francesa *Belle-Poule* á la isla de Santa Helena, haciendo escala en Santa Cruz de Tenerife.

"Hallándose el célebre Nelson mandando su division y sin enemigos que perseguir, quiso utilizar estos momentos de descanso, y dió la vela para Santa Cruz con el fin de operar un desembarco é imponer á la ciudad una contribucion. A vista de la escuadra enemiga las autoridades españolas, aterrorizadas, no pensaron mas que en rendirse. Sin embargo, un corsario francés de St. Maló, que se hallaba en aquella rada, trabajó tanto, tanto, con el gobernador, que mitad por grado, mitad por fuerza, pudo ocupar dos pequeños fuertes, ó mas bien, dos baterías que se hallaban situadas en los estremos de la rada." El diario, no obstante lo dicho, añade: "Nelson, confiado en sus fuerzas, desembarcó con algunas tropas; pero apenas puso el pié en tierra cuando vió á su gente destrozada bajo un fuego cruzado de metralla, y él mismo cayó, habiéndole llevado una bala el brazo derecho; teniendo, no obstante, la suerte de poder ser conducido á bordo, dando inmediatamente la vela, dejando en tierra muertos, heridos y dos banderas. (1)"

Los hechos que hemos referido, fundándonos esencialmente en el diario de un oficial inglés de la espedicion, segun dejamos consignado, forman la mejor impugnacion que podemos oponer á este ilógico y jactancioso período, no menos ofensivo al honor militar de nuestro ejército que contrario á la verdad histórica.

Pero si el relato de nuestros propios enemigos sobre aquel suceso tan glorioso á nuestras armas, no pareciese aun bastante para establecer la verdad de los hechos, diremos que Mr. de la Graviere, escritor marino de superior concepto, á quien ya hemos citado, refiere el mismo acontecimiento sobre datos de la mayor

(1) *La France maritime.*—Paris.—1841, tomo 4.°, pág. 188.

confianza; y no solo habla en términos honrosos de la conducta de la guarnicion española, sino que conviene en su relacion con cuanto hemos referido acerca de los motivos que impulsaron á Nelson para su espedicion y tentativa sobre Tenerife (cuyo éxito daba por seguro), señalando tambien como causa y estímulo para ella el incentivo de las riquezas que suponia trasportaban nuestros galeones de América, y que segun sus noticias se encontraban refugiados en dicha isla, haciendo la curiosa observacion de *que los galeones cargados de tesoros del Nuevo-Mundo habian hecho la guerra con España muy popular en la marina inglesa*. El mismo historiador añade (y nosotros reproducimos como una circunstancia curiosa y digna de mencion), que decidido Nelson á intentar el asalto de los fuertes por sorpresa (para lo cual habia hecho construir escalas de antemano), aprovechando los momentos de terror y alarma, y con el fin de hacer mas imponente el ataque y evitar que sus marineros, mas que militares que venian á sitiar una ciudad, pareciesen una partida de merodeadores, dispuso que se vistiesen con los uniformes encarnados que se pudiesen reunir en la escuadra, figurando con tiras de lienzo blanco el correaje ó fornituras que les faltaban; y, por último, hablando de los marineros franceses que ayudaron á la defensa, dice que eran 100 procedentes, no del corsario de St. Malo, que para nada menciona, sino del bergantin de guerra *La Mutine*, que las embarcaciones menores de las fragatas inglesas *La Lively* y la *Minerva* habian apresado dos meses antes en el mismo puerto de Tenerife, mientras que una gran parte del equipaje y el mismo comandante se hallaban en tierra; y lejos de hallar que censurar en la conducta del gobernador español, alaba espresamente su *generosidad* por las condiciones favorables que concedió á los ingleses, que no podian, dice, seriamente esperar (1).

Concluiremos diciendo, respecto del ataque de Santa Cruz

(1) *Guerres maritimes*, tomo I, página 191 y siguientes.

de Tenerife, que Nelson correspondió por su parte á aquella demostracion tan hidalga del gobernador, haciéndose cargo de conducir y dirijir la correspondencia pública á la metrópoli: conducta, que no menos que la observada por el gefe español, ofrecia un singular contraste con el espíritu enérgicamente hostil que escitó y tan bizarramente sostuvo el ataque y defensa de aquella plaza.



# CAPÍTULO XI.

**Preparativos de salida.—Los críticos de la toldilla.—Los teóricos y los prácticos.—Campaña feliz del *Monarca*. (Digresion).—El general Mazarredo en el navío *Fulgencio*.**

> Seria absurdo establecer como principio que la teórica puede bastar á suplir para el desempeño de los deberes del marino; inútil seria la inteligencia sin la acertada aplicacion de los principios, puesto que la práctica rectifica y perfecciona el saber y acopia los preciosos frutos de la experiencia.
>
> *Reflexiones de un marino.* (M. SS.)

> Es tal la union ó dependencia que guardan la parte especulativa y la práctica de la navegacion entre sí, que, ayudándose mutuamente, concurren ambas en igual grado para el intento; pues así como la primera sola no seria suficiente para dirigir una navegacion dilatada, la segunda sin ella tampoco bastaria, cuando fuese necesario dejar las costas y enmararse. La una suministra las reglas y enseña los cálculos, y la otra los modos de aplicarlas con acierto en la forma que lo requieren las circunstancias.
>
> *Conversaciones de Ulloa con sus tres hijos.* Pág. 8.

El revés esperimentado por nuestra escuadra en el Cabo de San Vicente, aunque leve en su entidad, produjo, no obstante, graves resultados, y vino á decidir, como hemos dicho, de la marcha de los sucesos que ocurrieron en aquella guerra. Encerrada gran parte de nuestras fuerzas navales en el puerto de Cádiz, diseminadas las otras y separadas de las de nuestros aliados los franceses, temió fundadamente el gobierno de Madrid por la seguridad de nuestras posesiones de Ultramar y nuestro comercio, atendido el desamparo en que quedaba la navegacion

mercantil. Es cierto que las invasiones intentadas por los ingleses contra algunas de nuestras posesiones de Ultramar, se estrellaron contra la lealtad y el denuedo de sus defensores; pero nuestro tráfico sufria pérdidas enormes; suspendiéronse nuestras espediciones ó se hicieron raras en estremo, y sobrevino aquella parálisis en los negocios, aquella incomunicacion con nuestras Américas que anhelaban nuestros enemigos.

Estas eran las circunstancias de la monarquía y tal el estado de nuestra marina por el mes de setiembre de 1798, cuando el general de la escuadra surta en Cádiz D. José de Mazarredo, recibió una órden de la corte, reservada y apremiante, disponiendo que los navíos *San Ildefonso* y *San Fulgencio*, y las fragatas *Céres*, *Asuncion*, *Efigenia* y *Diana*, se alistasen con el mayor sigilo y celeridad para dar la vela y desempeñar con independencia diferentes comisiones en Ultramar. Preveníase tambien en esta órden que al hacer el embarco de tropas y efectos que se designaban en aquellos buques, se procediese con la mayor discrecion, evitando el riesgo de alterar sus buenas propiedades militares y marineras, consideradas las circunstancias y el probable recelo de encuentro con los enemigos. El general á cuyo saber y prudencia se fiaba esta empresa, contestó á la corte desde luego que la tomaba á su cargo; pero manifestando que no podria verificarse hasta que levando anclas los ingleses, que bloqueaban el puerto fondeados, viese como establecian su crucero; si bien le bastaban tres dias para dar sus disposiciones y ponerlos á la vela, con tal, añadia, que se observase el mas rigoroso secreto, comunicando tan solo á él las órdenes indispensables. Diremos de paso, para hacer ver cuan en olvido se ha tenido siempre á nuestra marina, aun en las épocas en que era menos problemática ó cuestionable su importancia como brazo del Estado necesario á su defensa, que el celoso general, despues de esponer la falta de recursos y de pedir se pusiesen á su disposicion 250 ó 300 mil reales que tenia la caja de marina de la provincia de Cádiz, decia al ministro entonces

del ramo D. Juan de Lángara; "en tal conflicto me hallo con las manos atadas, y si se ha de llevar á cabo lo que previene S. M., en nuestra desdicha de fondos, yo no sé de donde sacarlo para tenerlo de reserva."

Persuadido Mazarredo de la necesidad del sigilo en sus aprestos y disposiciones, y con la esperanza de conseguirlo, solo habia confiado las órdenes de la corte á los comandantes de los buques de la espedicion. Sin embargo, aquella misma noche corria *reservadamente* entre los noveleros de Cádiz la noticia de la inmediata salida de los navíos, que tanto importaba tener oculta. Así se lo aseguró D. Antonio Alcalá Galiano, comandante del *Fulgencio*, y el general, despechado con ver ilusorias sus precauciones, aunque aparentó despreciar la especie, decia á la corte manifestando las posibles consecuencias del abuso de confianza en materia tan grave: "Diez contra uno apostaria yo, si » me hallase en el lugar del almirante enemigo, á que en este » mar, ó á su recalada al otro, haria que fuesen tomados los na» víos *San Ildefonso* y *San Fulgencio*, sabiendo que debian sa» lir, y para ello maniobraria dejándoles franca la partida."

Mazarredo creyó poder hacer perder ruta á los noveleros, aparentando indiferencia ó desprecio por la noticia, y comenzó á dictar sus disposiciones con aquella prevision y actividad que eran peculiares á su carácter. Galiano, á cuyos grandes conocimientos y esperiencia no podian ocultarse los graves compromisos y la responsabilidad que iban á pesar sobre él, sintió el sobrecargo de hombres y efectos que debia trasportar; Mazarredo oponia á sus justas observaciones las órdenes terminantes del gobierno: toda discusion era, pues, inútil. La direccion de aquel movimiento, en que se trataba nada menos que de sorprender por segunda vez la suspicacia y la vigilante observacion del almirante ingles, y el buen éxito con que fueron coronadas las disposiciones del general, justifican el renombre que su celo é inteligencia le adquirieron en la Armada.

Persuadido de que los ingleses no se moverian del fondea-

dero que habian tomado para vigilar de cerca los movimientos de nuestra escuadra hasta que se presentasen los primeros vientos del tercer cuadrante, propios de la entrada de la próxima estacion de invierno, se propuso preparar los dos navíos en términos que, sin tener á bordo las tropas ni efectos que debian conducir, lo cual daria un indicio de su destino, se hallasen de tal modo preparados que pudiese hacerse su traspaso á la hora de dar la vela, y á este efecto hizo repartir la tropa de trasporte en otros cuatro navíos de la escuadra.

Los ingleses comenzaron, en efecto, á hacer algun movimiento como á mediados de octubre, y hácia el 26 del propio mes ya el tiempo indicaba la mudanza que se esperaba, con cuyo motivo activó el general sus disposiciones. El 3 de noviembre hizo una estraordinaria subida el barómetro, y estando la atmósfera muy seca, creyó Mazarredo se entablasen los nortes bonancibles y que llegarian á refrescar los vientos de aquella parte, como, en efecto, sucedió; y en su vista hizo llamar á D. Manuel Emparan, comandante de las cuatro fragatas, para esplicarle á viva voz y sobre la carta la derrota que debia hacer á la salida; pero la calma que sobrevino hizo suspender de nuevo sus disposiciones.

En medio de estos preparativos, hechos con tanto celo, la corte, llena de perplegidad, le advirtió, sin embargo, que cuidase de no esponer *con imprudente confianza* los dos navíos y las cuatro fragatas, *á aumentar nuestros quebrantos*. Advertencia que, por justa que fuese, no podia menos de herir algun tanto la delicadeza del jefe á quien se habia confiado la ejecucion de aquel importante movimiento, y cuya prudencia y acierto en casos de igual naturaleza no debian ser olvidados por el gobierno. Mazarredo contestó asegurando que cumpliria en todo los deseos de S. M. añadiendo: "que ya se habia fijado sobre el único plan posible;" pero aun tuvo el puntoso general que vindicarse y vindicar, digámoslo así, las fuerzas de su mando, de una imputacion falta de todo fundamento.

Hiciéronse por entonces á nuestro gobierno por el de la república francesa muy serias inculpaciones dando á entender, que no guardaria la escuadra inglesa el bloqueo de Cádiz con tanta constancia, si no recibiese toda especie de provisiones de la costa española, con la misma regularidad que pudiera tenerlas una aliada. Mazarredo, usando del raciocinio y con datos verídicos, contestó con nobleza y valentía, probando la impostura de los avisos dados al *ciudadano* representante de la república, concluyendo con decir, "que la presencia de la escuadra enemiga en aquellos mares, era un nuevo y natural efecto de la superabundancia de sus medios, de sus esfuerzos y sistema de mar; "*sistema*, añadía, *que arrancó al mismo Bonaparte en el Cairo la confesion de ser de nuestros enemigos su imperio.*"

En la espera del momento crítico y favorable para la salida, el general no interrumpió las maniobras y disposiciones que, á fuerza de repetirse, no escitaban ya en el mismo grado las sospechas acerca de su verdadero objeto. Así, los navíos designados, ademas de los ejercicios y faenas diarias comunes á la escuadra, hacian con la menor apariencia posible los preparativos de partida. Al *San Fulgencio* le fueron embarcados 2,500 quintales de azogue y 500 tercios de papel sellado, poniendo una carga mayor en el *San Ildefonso*, con otros efectos y pertrechos marítimos y de guerra, procurando siempre conservar en ellos su mejor línea marinera. El escrupuloso y entendido general habia calculado de tal modo los pesos en este concepto que, contando ademas con las tropas de trasporte, que graduaba en 450 ó 460 hombres mas para cada navío, habia dejado á estos boyantes las tres ó cuatro pulgadas que este aumento de peso deberia de hacerles sumergir. Últimamente, con el objeto de aprovechar sin perder momento las circunstancias favorables que pudieran presentarse, así los navíos como las fragatas, tenian dentro todas sus embarcaciones menores y permanecian sobre amarras agenas, á escepcion del ancla del O. que conservaba cada uno.

El dia 12 de noviembre amaneció el sol entre algodones

hácia los montes del Estrecho, anuncio de buen levante, con cuyo motivo se hicieron algunos movimientos de tropas; pero habiendo quedado calma al medio dia, todo volvió á su ser y reposo anterior. En estas alternativas de espera y de confianza fué transcurriendo el tiempo hasta el dia 19 de diciembre. Ya desde la anochecida de este dia habia empezado á soplar el viento fresco por el NO. conservándose con igual fuerza toda la noche, por lo que Mazarredo creyó, atendidas las señales atmosféricas, que se preparaba la coyuntura tan esperada para la salida; y desde aquel momento dictó ya seriamente sus disposiciones para el traspaso de las tropas, lo cual tuvo efecto al amanecer del dia 20. Aquellas disposiciones y maniobras eran la repeticion de otras semejantes ya ejecutadas en varias ocasiones, que si no escitaban extraordinariamente la atencion, ofrecian nuevo pretesto á las quejas y murmuraciones de los descontentos, que nunca faltan en una escuadra ni en un solo buque; espíritus atrabiliarios á quienes desagrada por temperamento toda disposicion superior, y que, sin dejar por eso de ser exactos y zelosos en el cumplimiento de sus deberes, se reservan como una especie de desahogo y lenitivo el derecho de censura, que por lo regular se ejerce ilimitadamente en las cámaras bajas de todos los buques, en todas las marinas del mundo.

Rendido de fatiga, pero siempre activo y puntual, se hallaba Hernando de servicio la mañana que precedió al dia de la salida, paseando en la toldilla del *Fulgencio* con el oficial de guardia, y ambos escuchaban sin tomar parte la animada conversacion que sostenian varios oficiales y guardiamarinas acerca de las faenas que acababan de ejecutarse, inútiles ó escusadas, segun el comun concepto. Las quejas de algunos de los interlocutores iban impregnadas de esa mordacidad y tono zumbon que tan facilmente excita la hilaridad en tales casos, y en sus apenas embozadas alusiones, no salia muy bien librado el gefe superior de la escuadra, haciendo además en ellas una picante alusion á los que con alguna especialidad se dedicaban en nuestra ma-

rina al estudio y las prácticas astronómicas. Don Celestino Rotero, que era el decano de los tenientes de navío en el *Fulgencio*, por sus conocimientos en la facultad y por su extraordinaria aficion á aquel estudio, habia sido escogido por Galiano para dirigir, bajo sus inmediatas prescripciones, la derrota en la próxima campaña; circunstancia que, con otras prendas personales, lo hacian objeto de una justa y general consideracion, y él á su vez sabia atraer á sus asiduos trabajos facultativos á aquellos entre los oficiales y guardiamarinas que manifestaban celo é inclinacion por esta clase de científicas tareas. En tal concepto se aficionó á Hernando, en quien notó desde luego con las mejores disposiciones un verdadero entusiasmo por la profesion. Aunque mesurado por carácter, no podia disimular su disidencia, ni de tomar para sí algunas de las pullas malignamente disparadas contra los oficiales llamados astrónomos.

Servian de asunto á la crítica aquellos movimientos y traspasos que con el objeto de desorientar las conjeturas, se hacian y deshacian con frecuencia, y que uno de los críticos comparaba á la tela de Penelope, haciendo estensiva su clásica alusion, con intencion mas refinada, á la salida verificada algun tiempo antes con toda la escuadra, dispuesta por el general Mazarredo, sin aparente resultado; movimiento que dió asunto á la mordacidad para rebajar las cualidades de marino entendido y previsor que le adornaban. La picante ocurrencia fué acogida con aplauso, á la par que con visible mortificacion del oficial de guardia, que continuó paseándose en silencio.

Sabido es que aquel general hizo en efecto una salida con su escuadra, de corta duracion y sin aparente resultado, de la bahía de Cádiz; suceso de que el vulgo soez, siempre dispuesto á censurar los actos y disposiciones de los que mandan, sobre todo, cuando no alhagan sus deseos ó caprichos, se apoderó acusando amargamente de inaccion á aquellas fuerzas navales, y aun corria y se cantaba una miserable troba en que se aludia burlescamente al infructuoso paseo naval de Mazarredo. Pero si

no pareció bien, en general, aquel alarde de nuestras fuerzas marítimas delante de Cádiz, no han faltado marinos respetables que creyeron que este gefe procedió con justificable intencion, siendo su objeto ver si podia atacar con ventaja á la escuadra dividida de los ingleses, de la cual una division habia ido á Lisboa. En tal concepto aquella salida fué una animosa tentativa, y lo que sobre todo acredita que Mazarredo no contaba con una inmediata y segura retirada, es que salió de Cádiz con viento del Este ó levante deshecho, circunstancia que la impedia ó dificultaba en el caso de tener contra sí toda la fuerza enemiga, como en efecto sucedió, lo cual le obligó á entrar sobre bordos con el mismo levante con gran apuro y dificultad; pues no habia hecho mas que fondear el último navío, y ya estaba la escuadra inglesa reunida y á la boca del puerto.

Hiciéronse tambien alusiones algo picantes contra los que decian que miraban á las estrellas mas que á la mar y al aparejo, y aunque indeterminada y general aquella crítica, podia tomarse por una alusion, no solo al general Mazarredo cuyos trabajos astronómicos le han merecido una honrosa reputacion, sino al mismo Galiano y al oficial de guardia que escuchaba paciente aquel habitual desahogo de sus compañeros; pues en nuestra marina, como en la de todas las demas naciones, contaba muchos sectarios la opinion de que bastan para ser un buen oficial, con los conocimientos y reminiscencias teóricas adquiridas en las clases académicas, la mera práctica de la navegacion y la maniobra; considerando la parte astronómica y los estudios auxiliares como cosa superflua, ó, á lo mas, como adornos de mediana utilidad é importancia.

Por debatida que haya sido la vieja cuestion acerca de las ventajas de la práctica sobre la teórica, y viceversa, no prevalece menos en mucha parte de los marinos de todas las naciones. Está demasiado radicada aun la preocupacion de que la práctica sola triunfa, á despecho de las pretensiones del entendimiento, de todos los obstáculos. Ella tiene numerosos prosélitos

porque es doctrina cómoda, y la escasa medianía, revestida de la audacia y falso brillo que sabe prestarle un acento impostor, deslumbra á la multitud por un alarde imponente. ¡Cuántas veces el hombre sabio, pero modesto, ha cedido el paso al osado garrulador que, armado de cuatro frases de apariencia y atolondrando, por decirlo así, á sus oyentes, ha usurpado el lugar que solo debió concederse al verdadero saber y al mérito acrisolado!

En ninguna parte es mas perjudicial esta doctrina que en las profesiones eminentemente útiles que constituyen la marina. Por lo mismo que son mas difíciles de adquirir los conocimientos necesarios al perfecto desempeño de los deberes del oficial de marina y del ingeniero naval, es mas factible que haya tenido seguidores en una en que ha mucho no se procura fomentar de un modo conveniente los buenos estudios, y estimular la aplicacion con premios dignos del saber. El pernicioso empirismo se insinua del mismo modo á la cabecera de los enfermos que en las empresas útiles y dispendiosas, en las cubiertas que en los arsenales. Por fortuna hay quien desmienta con los hechos y la aplicacion de los principios luminosos que constituyen el saber del oficial de marina, la antigua y desautorizada preocupacion de que basta una ruda práctica sostenida con clamor descompasado para el acierto en las ocasiones graves y de empeño que son frecuentes en la mar, y la propagacion de los buenos principios llegará á fijar de una vez las ideas sobre punto de tal importancia.

Si es perjudicial el principio erróneo que combatimos á bordo y en la práctica de la navegacion, es aun de mayor consecuencia en los arsenales, puesto que influye de un modo menos aparente y mas grave á veces en la perfeccion de las construcciones naval é hidráulica, y en la seguridad misma personal de aquellos que fian su existencia en el saber y prevision de los que han de prepararles el lugar de sus fatigas y merecimientos.

Así el que junte á una experiencia ilustrada la posesion de

los principios científicos, dominará los obstáculos y las circunstancias; los mismos errores del hombre meramente práctico, serán un manantial de deducciones importantes para él, y, rectificando sucesivamente sus juicios y observaciones, hará progresos efectivos en la ciencia. El mero práctico, limitado á las reglas tradicionales, á las fórmulas y plantillage que componen su saber, tropezará con obstáculos cuya causa le es enteramente desconocida, y contenido siempre en el estrecho círculo de sus propios alcances, permanecerá estéril y ciego; si ya no es que con temerario arrojo intente realizar las absurdas producciones del error, con perjuicio de la economía y riesgo de la seguridad personal en ocasiones. Diremos, en conclusion, sobre cuestion tan debatida que, para ser sabio en un arte ó ciencia basta la teórica; pero que para poseerla y profesarla, es de absoluta necesidad unir á ella la práctica.

La opinion adversa á los estudios astronómicos en el *Fulgencio* se hallaba, no obstante, en minoría, si bien la faccion disidente sostenia con locuaz insistencia sus principios, llamando con frecuencia en su ayuda el punzante auxiliar del ridículo. El oficial que con tan buen éxito lo empleaba en aquella ocasion, excitado por la risa y aparente asentimiento de su auditorio, concluyó su diatriba diciendo:

—Verdad es que en la mar no podrá acontecernos lo que diz le sucedió á aquel astrólogo que se fué por escotillon por mirar siempre para arriba; pero á fe que si por atender mas á las estrellas que á la aguja y á las gabias tropezamos en el camino, con algo mas duro que agua del pozo habiamos de dar, y entonces, añadió con tono suficiente, ni Sirio ni Aldebarán nos sacarán del mal paso.

Las miradas del grupo murmurador se clavaron en aquel instante por un movimiento maquinal en D. Celestino. La diatriba contra los marinos astrónomos no podia ser mas directa, y ya este creyó conveniente tomar alguna parte en el diálogo, con

el esencial objeto de rectificar alguna opinion injustamente desfavorable á ciertas personas aludidas.

—Si la doctrina que entre chanzas se quiere sostener, dijo, no envolviese un error de consecuencia y de un efecto pernicioso, sobre todo, cuando se sostiene delante de jóvenes que empiezan su carrera y aspiran, como es de creer, á ser unos perfectos oficiales de marina, yo seria el primero á reir; pero mediando estas consideraciones me creo obligado en mas de un concepto y en justo homenage de la verdad profesional, que tanto conviene conservar pura en nuestra carrera, á hacer algunas ligeras observaciones.

El prudente oficial demostró con fáciles razones el error de los que niegan ó ponen en duda la utilidad de ciertos estudios que, lejos de embarazar, auxilian y realzan la profesion marítima; y ya en tono serio y con la fuerza que le daban su carácter y ejemplo, fácil fué persuadir á los que no profesaban sistemáticamente la opuesta doctrina: citó hechos concluyentes que fueron reconocidos, y, despues de encomiar los superiores conocimientos que en este concepto adornaban al general Mazarredo, terminó diciendo:

—Tales son los títulos que, aparte de los del respeto, tiene á nuestra confianza el gefe superior que nos manda, y entre tantos seria injusto olvidar, tratándose de nuestra presunta salida en las críticas circunstancias en que nos hallamos respecto de los ingleses, que nos observan con los buenos deseos que son de presumir, que á sus conocimientos, prudencia y rara sagacidad se debió, no ha mucho, el brillante éxito de la campaña emprendida, en circunstancias idénticas y no menos difíciles, por el navío *Monarca*, y ante un enemigo cuya vigilancia todos conocemos. Y volviendo al tema principal de la cuestion, ¿no fueron los conocimientos superiores en la astronomía náutica de su comandante D. José Justo Salcedo los que contribuyeron al feliz término de su campaña, eludiendo el encuentro con los numero-

sos cruceros enemigos, terminando aquella con una admirable recalada? A la verdad, señores, que en esta cuestion, y para combatir este cisma náutico, que sé muy bien tiene sostenedores en todas las marinas, no tenemos los españoles necesidad de buscar prestados argumentos, poseyéndolos de propia cosecha. En nuestro propio cuerpo tenemos testimonios recientes que deciden gloriosamente la cuestion.

Un oficial de aspecto grave, que tomaba entonces parte en la conversacion, manifestó deseos de conocer el hecho á que se hacia referencia y que ignoraba en sus pormenores, y mostrando el mismo interés Hernando y otros de los presentes, sabedores de que D. Celestino estaba embarcado en el *Monarca* durante la espedicion á que se hacia referencia, prestándose este de buen talante continuó diciendo:

—Nada hay, señores, mas parecido á aquellas circunstancias que estas en que ahora nos encontramos, sino es que lo reciente del hecho y la burla que entonces hicimos á los ingleses, agravan algun tanto y comprometen nuestra actual tentativa; pues el viejo Jervis que está sobre aviso, sabe, cuando menos, la dispuesta salida de las fragatas y espera con la garra levantada, y con la ansiosa comezon del chacal que atisba su presa, á que asomemos fuera del puerto; y á la verdad que si no obramos con una prudencia suma, nos espondriamos á suministrar un triste comprobante de la verdad del adagio del cántaro y la fuente. Pero volvamos á nuestro *Monarca*. La salida era forzosa, los enemigos cruzaban á la vista y nuestro digno general, que tanta actividad y prudencia desplegó en aquellas circunstancias, la dispuso aprovechando la oscuridad de la noche del 10 de abril de este mismo año, pues no hace mas del suceso que refiero. Salimos al crepúsculo y fondeamos sobre un ancla, lo mas aterrados y próximos al castillo de San Sebastian que nos fué posible, y en la misma torre se estableció Mazarredo para dirigir y velar de cerca las operaciones del navío. A favor de aquella oscuridad, y mas entrada la noche, dimos la vela; y como los in-

gleses cruzaban á la vista, se habian tomado las medidas necesarias para que nuestras maniobras se hiciesen con el menor ruido y aparato que fuese posible, imponiendo un silencio absoluto á la tripulacion; precepto que fué admirablemente observado.....

—Y tanto, interrumpió al antagonista de los astrónomos, que hallándose el comandante del navío en la galería de popa con el nuevo virey de Méjico Asanza, bajó un oficial novel á darle parte del último movimiento de los enemigos; y acercándose de puntillas, para no faltar al precepto, se acercó al oido de aquel, para decirle con voz imperceptible y como quien se confiesa: *Mi comandante, los navíos enemigos acaban de virar de la otra vuelta:* discrecion y reserva que hizo reir mucho al virey, cuando despues de ido el oficial supo el *secreto* de las operaciones de los ingleses.....

—Para ocultar nuestros movimientos, continuó aquel, luego que dimos la vela, seguimos la costa aterrándonos todo lo posible hasta llegar á cabo *Candor*, en cuyo punto tratamos ya de despedir el práctico: y llamando este al falucho que debia conducirlo á Cádiz y que traiamos á remolque, vimos que se habia desamarrado y perdido de vista, por lo cual le fué preciso continuar en el navío hasta la mañana del dia 12, en que descubrimos un bergantin genovés, al que trasbordado el práctico, le fueron encargados unos pliegos para el gobierno, que luego supimos no habian llegado á su destino, pues avistado por dos corsarios franceses, que creyó enemigos á causa de la bandera que izaron, se dió prisa á arrojar al agua la correspondencia. Nuestro viaje hubiera sido completamente feliz hasta Veracruz, sin el accidente que nos ocurrió la misma noche de nuestra salida. Serian de las doce á la una de ella, cuando, cogiendo una fugada de viento al navío entre dos mares, del E. y NO., y sobre un balance, desarbolamos del mastelero de gabia, yéndose este al agua, y lo que fué mas sensible, con dos hombres que desgraciadamente perdimos, quedando la cofa muy

lastimada; pero en la mañana del 12, cuando descubrimos el bergantin genovés, teniamos ya guindado otro mastelero y reparada completamente la avería.

"En aquel momento nos hallábamos á 40 leguas al S. del cabo de San Vicente y 60 de Cádiz, y desde alli nos pusimos ya en buena derrota, con viento fresco del NO. Nuestro viaje nada ofreció despues digno de mencion: los tiempos nos fueron propicios, gracias á la atinada derrota que llevábamos; y habiendo pasado la noche del 30 de abril entre la Martinica y la Dominica y el 8 de mayo por el Sur de la *Víbora*, logramos entrar con toda felicidad en Veracruz el 19, sin haber tenido encuentro con enemigos. La fragata *Paz*, que habia salido con nosotros de Cádiz, aunque con independencia en su derrota, tuvo la misma suerte logrando arribar á Veracruz nueve dias despues, habiendo dejado sin dificultad en la Guaira la tropa que conducia para aquel destino."

"Terminada allí nuestra comision, habiendo embarcado dos millones de pesos para S. M. y otro del situado para la Habana, con el registro de particulares consistente en plata y frutos, dimos la vela el 12 de junio y el 28 entramos en la Habana. Allí desembarcamos el millon de pesos, reemplazándolos con 700 galápagos de cobre y la aguada consumida, y el 1.º de julio salimos para Europa con próspero viaje. Nada, como se vé, ofreció hasta aquí aquella campaña que no sea bastante comun: las circunstancias atmosféricas favorecieron nuestra derrota, y esta fué exenta de todo peligro capaz de comprometer el objeto de la comision; merced, repito, á los acertados cálculos de nuestro comandante, rectificados con el encuentro y apresamiento de algunos buques mercantes enemigos que la suerte nos deparó, y al estratagema náutico y hábil maniobra con que aquel supo eludir el inevitable encuentro con dos navíos enemigos; suceso que referiré y que basta para corroborar el concepto de hábil maniobrista que todos reconocen en D. José Justo Salcedo. Los primeros fueron una corbeta y un bergantin ingleses, que alcan-

zamos sobre las aguas de la Habana, pertenecientes á un convoy procedente de Jamaica, y dos bergantines de la misma carrera, tambien rezagados de aquel y de otro convoy salido asimismo de una de las Antillas inglesas, que encontramos y tomamos sobre las islas Bermudas. Estos buques fueron marinados á escepcion de uno, al que por mas pesado tuvimos que pegar fuego para no dejar rastro de nuestra derrota; y es indudable, que por el feliz encuentro de estos buques, desbandados ó perdidos de los dos convois, pudimos esquivar su encuentro; pues, sirviéndonos como de valizas, pudimos pasar entre ellos sin avistarlos. El otro suceso á que he hecho referencia pasó de este modo. El dia 5 de julio, hallándonos en la desembocadura del canal de Bahama, se nos presentaron dos navíos de guerra ingleses, que desde las 7 de la mañana hasta la noche nos dieron caza con grande empeño y confianza de alcanzarnos, sobre todo, desde las 11 á las 2 de la tarde, porque habiéndosenos quedado el viento en calma antes que á ellos, lograron acercarse á distancia de tres leguas. Pocas eran, en tal situacion y vista la hora, las probabilidades que nos quedaban de no venir á las manos con los enemigos; pero el superior conocimiento que Salcedo tenia de las propiedades de su buque y, sobre todo, su inteligencia y serenidad, lucharon con feliz éxito contra aquella decidida ventaja de nuestros contrarios. Desde la toldilla del navío examinó con sosiego la posicion de los ingleses y las señales atmosféricas, y conoció que por la parte de barlovento se preparaba un chubasco. Inmediatamente dispuso, no sin admiracion de la mayor parte de los que tripulaban el *Monarca*, tomar la vuelta encontrada con los enemigos, recibiendo en esta nueva posicion por la aleta, la mar del E., que antes nos sofocaba llevándola por la proa, consiguiendo con esta posicion colocarse en la misma línea del viento que los navíos enemigos. La intencion de nuestro comandante con esta maniobra, fué la de recibir el auxilio del chubasco que se armaba antes que ellos; lo cual sucedió con toda puntualidad. Entonces les hicimos conocer su des-

ventaja en el andar, pues el mas velero perdió dos leguas y media desde que viró para continuar la emprendida caza hasta oscurecer. Llegado este caso, y previa consulta con los oficiales, dispuso Salcedo tomar otra vez la vuelta del E., que ceñimos toda la noche con fuerza de vela y viento fresco del S., y á la mañana no se vieron ya los navíos enemigos; y despues de 52 dias de viaje desde el puerto de la Habana, tomamos felizmente el de Vigo, el dia 2 de agosto, prefiriéndolo al de la Coruña por el fundado recelo de encontrar alguna division enemiga, que estuviese en aguardo sobre aquellas aguas, á donde habian llegado antes dos espediciones de América con caudales."

Reconocido unánimemente el mérito de aquella campaña y hecha la debida justicia á la atinada disposicion del general Mazarredo, iban á seguirse los naturales comentarios cuando vino á suspender la discusion un guardiamarina avisando al oficial de guardia que del navío general se desatracaba en aquel momento una falúa, y que la direccion que tomaba parecia ser la del *San Fulgencio*. Dirigiendo aquel sus miradas al navío *Concepcion*, vió ser cierto el juicio formado por el guardiamarina, y conociendo, ademas, por la insignia que llevaba la falúa que conducia al mismo general, encargó á Hernando que fuese á dar parte al comandante, el cual, antes de la atracada, se dirigió el portalon de estribor de toda ceremonia, acompañado del segundo y algunos oficiales, para recibir como correspondia al gefe superior de la escuadra.



## CAPÍTULO XII.

Algunos rasgos sobre el general Mazarredo.—Conferencia secreta en la cámara del *Fulgencio* con Galiano.—Ultimos preparativos.—Costumbres marítimas.—Señal de partida.

En las guerras nada importa tanto como el secreto, así para pelear con ventajas, como para vencer sin pelear.
BENTIBOGLIO.—*Guerra de Flandes.*

As ancoras tenaces vao levando
Com a nautica grita costumada;
Da proa as vélas sos ao vento dando,
Inclinam pera a barra abalizada.
CAMOENS. *Os Lusiadas.* Canto 2.°

Con mucha inexactitud y variedad se ha hablado en España y fuera de ella del general D. José de Mazarredo. Envuelto en circunstancias políticas difíciles, sus émulos han calificado con poca generosidad los actos de su vida pública: así la impasible equidad exije que los que escriban algun dia (si este dia por ventura llegase), con las condiciones propias de su índole, la historia de nuestra marina, rectifiquen aquellos apasionados conceptos, restableciendo, como lo reclama la justicia, su memoria. No pudiendo nuestra débil pluma llenar en toda su estension este honroso deber, al tratar de este y de otros insignes marinos españoles, habremos de ceñirnos á ofrecer algunos rasgos biográficos, que ampliados por mano mas autorizada y competente, puedan consignarse de un modo digno para la posteridad.

El general Mazarredo era de alta y procesora estatura y fuertemente constituido: el hábito del mando, que ejerció desde

muy luego en su próspera y adelantada carrera, daba á su fisonomía un aspecto serio é imponente; su amor á la disciplina y lo estremado de su celo por el cumplimiento y fiel observancia de las ordenanzas y leyes penales, acrecieron el concepto de rígido que tenia, afirmando el prestigio de su autoridad. Sin embargo, Mazarredo era de índole sociable y de finos modales; en el trato comun decidor y propenso á colocar su chiste con oportunidad. Su instruccion, particularmente en lo que concernia á la profesion, era mas que mediana; poseia conocimientos astronómicos poco comunes, que tuvo ocasion de emplear con grande utilidad en sus espediciones marítimas; y su infatigable desvelo y aplicacion en la direccion de las cosas del servicio, le dieron una fama proverbial en la Armada, que vive aun en la memoria de nuestros marinos. Algunos de los que pertenecen á esta honrosa profesion en el estranjero, así como ciertos escritores en España, han hecho justicia á sus cualidades y especiales conocimientos, reconociendo en él la gloria de haber sido el primero que discurrió y aplicó en nuestra marina, en 1772, navegando en la fragata *Venus*, un método para obtener en la mar la longitud por medio de las distancias lunares, con el auxilio de cálculos de su invencion.

Como un rasgo característico que demuestra su respeto por la disciplina y su juicio acerca de los deberes del oficial, referiremos que, despues del bombardeo que dirigieron contra Cádiz los ingleses, en cuya defensa se condujeron tan bien nuestros marinos, suceso de que ya hemos hablado, sabedor Mazarredo de que algunos oficiales se quejaban de no haber alcanzado por ello algun adelanto en su carrera, aprovechó la ocasion de convocar la plana mayor de la escuadra y fuerzas útiles, con el fin de darles las gracias por su buen comportamiento, para decir á la conclusion de su discurso, que sabia que algunos oficiales de la clase de tenientes de navío eran muy capaces de desempeñar el servicio de capitanes de fragata; "pero es necesario tener pre-

sente, añadió con severa espresion, *que el batirse los militares, no pasa de ser un servicio ordinario.*"

El siguiente hecho, demostrando la superioridad de sus conocimientos, da tambien á conocer la firmeza de su carácter. Cuando en años posteriores (en 1799) pasó á París desde Brest (dejando el mando de nuestra escuadra al general Gravina), como plenipotenciario, para concertar con el gobierno directorial las operaciones marítimas, viéndose en el caso de tratar de este grave negocio con Napoleon, cónsul entonces, luchando con la astucia diplomática y conociendo sus ambiciosas aspiraciones, tuvo la noble franqueza de oponerse á sus planes, que envolvian la intencion de disponer arbitrariamente de las fuerzas navales de España, haciéndole ver la cortedad de sus conocimientos en las cosas marítimas, y demostrándole los inconvenientes y defectos de su sistema; conducta que la corte de Madrid, ya sometida á aquel gobierno, pagó mandándole que se restituyese al departamento de Cádiz.

Diremos, en fin, acerca de este célebre general, sin perjuicio de ocuparnos de él, segun la oportunidad, en el discurso de esta narracion, conformes con un eminenente escritor marino: que "la historia del general Mazarredo está íntimamente unida con la de la marina española durante los cuarenta últimos años de su vida (murió en 1812); porque pocos han hecho aplicaciones mas útiles de lòs conocimientos astronómicos á la náutica y á la direccion de grandes escuadras en la mar; debiéndole, sin duda, la misma marina, no solo la formacion de los mas escelentes oficiales que entonces tuvo, los cuales le amaban y respetaban como padre y maestro, sino la mejora de sus estudios, prácticas é instrumentos, así como los progresos de la hidrografía, de la construccion naval y de la policía en los buques; y le debe tambien la patria la conservacion de un ejército, de tres grandes escuadras y, en parte, la superioridad marítima en la guerra de 1779 á 1783; y la restauracion de las reliquias de

su gloria en la de fines del siglo XVIII. La humanidad perdió en él un corazon dulce, candoroso y benéfico, la marina el genio que mas la ilustrára en su época; y la nacion un hombre ingenuo, activo y celoso, y que siempre decia al gobierno la verdad sin disimulo ni reticencias (1)."

La falúa del general de la escuadra atracaba ya á la escala real del *Fulgencio*, cuando se oyó un agudo y prolongado sonido del pito del contramaestre. Anunciado y recibido con el aparato militar y marinero y los honores debidos á su rango y autoridad, contestó dignamente saludando al comandante y oficiales que lo esperaban en el portalon; y haciendo al primero un gesto espresivo, ambos se dirigieron sin detencion á la cámara, cuya puerta fué en seguida cerrada.

Una vez solos, Mazarredo fijó una mirada en Galiano en que se pintaba la activa energía de su carácter, y la señal de una resolucion definitivamente adoptada, en tanto que la austera fisonomía del segundo, manifestaba en su espresion, grave y sumisa á la vez, su predisposicion á la obediencia y una firme confianza en sus medios de ejecucion. Mazarredo miró con precaucion á todos lados, y sacando despues de una pausa un pliego en cuyo sello se veian las armas reales, dijo en tono resuelto:

—Galiano! Ha llegado decididamente el momento de la partida, y aunque sienta el cansancio de la gente, no estamos en circunstancias de detenernos en contemplaciones; lo que importa es llenar el servicio y cumplir las órdenes del soberano. Las que sabe Vd. me tiene dadas S. M. no sufren interpretacion. Si malogramos la ocasion, ¿qué disgusto no seria para nosotros y cuánta la responsabilidad si, mediando tamaños intereses, no supiésemos emplear con resolucion los escasos recursos que nos deja un enemigo suspicaz é infatigable? He querido aprovechar el pretesto de una visita á varios buques de la escuadra,

(1) *Biblioteca Marítima Española*, obra póstuma del Excmo. Señor D. Martin Fernandez de Navarrete.—Madrid 1851, tomo II, pág. 89. Véanse las notas.

para hablar con Vd. sin llamar la ya tan escitada atencion de los curiosos.

—Tiene Vd. razon, mi general; he visto la amanecida y consultado mi barómetro; creo que las señales atmosféricas hácia el Estrecho no nos engañen ya por esta vez..... y el movimiento que han hecho los ingleses.....

—Pues bien, dijo Mazarredo con mayor viveza; los ingleses levan anclas en este momento, y aunque no creo que pierdan de vista el punto principal de su crucero, tal podrá presentarse el E. que no puedan manejarlo; y he aquí nuestra esperanza, la ocasion que buscamos; cojámosla sin detenernos..... Pero tengamos presente que ya otra vez se la hemos pegado á Jervis, y no, no se le habrá olvidado. Está ciertamente sobre aviso y picado su amor propio de inglés..... Pero esta es una razon mas, y aunque el viejo marrullero no creo que esté de humor de dejarse engañar dos veces seguidas, tambien será mayor nuestra gloria si lo conseguimos. ¿No es verdad Galiano?, añadió el general con cierto asomo de hilaridad.

—Verdad es mi general, y esa gloria vale la pena de procurarla; aunque sea mas de mi gusto, añadió Galiano, la guerra franca que las combinaciones estratégicas; pero en esto, siquiera, imitaremos alguna vez á nuestros contrarios.....

—Tal es nuestra situacion, amigo mio, dijo Mazarredo con acento de profundo dolor; nuestras glorias navales se hallan eclipsadas; no por nuestra culpa, no: los ingleses no serian mejores que nosotros, ni mas afortunados, si careciesen de ese celo tan unánime por su marina que distingue al pueblo inglés, y de la constante y bien dirigida proteccion de su gobierno, para llevar la de guerra al mas alto punto de perfeccion posible, aprovechando, sobre todo, las debilidades y abandono de sus enemigos. Para eso cuentan con gefes de una disposicion admirable; hombres especiales que parece haberles sido dados espresamente por la Providencia. Verdad es que aun tienen muchas cosas que corregir en su sistema naval y, sobre todo, en la disciplina:

pero cuentan con un Jervis, con un Nelson, y estos hombres, no lo dudeis, están llamados á hacer una gran revolucion en la marina de la Gran Bretaña (*).

Mazarredo, en medio de esta digresion que le sugerian sus sentimientos como español y su inteligencia como escelente marino, escitado por la pundonorosa reflexion de Galiano, miraba de cuando en cuando por las ventanas de la cámara á la vigía de Torre Tavira. Entonces, haciendo una repentina transicion del tono semifamiliar al de gefe, dijo con espresion mas autorizada y solemne á Galiano, entregándole el pliego sellado: "aquí tiene Vd. las instrucciones que debe observar en su derrota, la cual efectuará con entera independencia de los demas buques que aventuren á la par la salida. Esta será, por convenir así, simultánea; pero una vez fuera del puerto, cada capitan obrará por sí solo bajo su peculiar responsabilidad. Yo sé, prosiguió en tono mas confidencial, que á Vd. no era necesario darle instrucciones tan detalladas; estoy seguro de que sabria manejarse como conviene para dejar á salvo los intereses de que va á hacerse cargo y el honor de nuestra bandera; pero tal es el deber y la costumbre...."

Despues de este breve diálogo, se ocuparon ambos de las disposiciones propias de aquel momento. Afortunadamente fueron estas cortas y fáciles, gracias á la prudente prevision y disposiciones de Mazarredo que, en aquella ocasion como en todas, iban acompañadas de una inspeccion personal é inmediata. Concluida la conferencia, el general se despidió continuando la pretestada visita á varios buques de la escuadra.

La reserva y el misterio con que las circunstancias obligaban á rodear la salida del *Fulgencio* y demas buques espedicionarios, privaban á este solemne suceso marítimo, á este cuadro tan lleno de vida y animacion, de una parte esencial de su poesía, sustituyendo á las bulliciosas escenas en que la in-

(*) Véanse las notas.

quietud paternal, el amor, hasta en su género mas prosáico y espansivo, y tambien la sórdida especulacion, juegan papeles de un interés muy dramático, un aisalmiento completo en lo esterior y por dentro un silencio forzado y comprimido. No se habia visto llegar como de costumbre la falúa de pagamento, que siempre hace la deseada visita en la víspera de un viage á América, ni se oia la inevitable algazara y vocerío que produce la llegada de numerosas barquillas conduciendo visitantes y vendedores; género especial de especuladores que huzman, como las aves de rapiña la carne muerta, la plata fresca del marinero, cuyos especiales gustos y característica inclinacion conocen y saben provocar con objetos tentadores *sui generis*.

Echábase de menos al rezagado pasagero novel, que aturdido con el último cañonazo de leva, y con el cúmulo de ideas inconexas y apremiantes que comprimen su sensorio en tales momentos, atolondrado con el vocerío de los barqueros, con sus socarronas ofertas, se veia desde el muelle arrebatado con sus efectos y llevado, *velis nolis*, en un detestable vehículo: llegar por fin á bordo, donde, perpetuo estorbo en las primeras horas, lograba á fuerza de importunaciones y ruegos hacer pasar, entre pullas y reniegos de los marineros ocupados en sus faenas, las incoherentes y numerosas piezas de su equipage.

Tampoco animaban esta escena el ruido y movimiento causado por las lanchas del arsenal que con víveres, aguada ó pertrechos suelen acudir á última hora; ni se oian los pitos de los contramaestres y oficiales de mar, ni el destemplado rechinar de los aparejos, confundido en discordante algaravía con el graznido de las gallinas, el valido de los carneros ó el mugido de las terneras, trasportados por el aire y como por encanto, desde las lanchas al entrepuente del navío. En vez de esta escena y rebullicio, que solian ofrecer los buques de guerra en la época de nuestra historia, muy poco diferentes, sin embargo, de los que por lo comun se veian en los de otras naciones, solo se notaba en el *Fulgencio* aquel movimiento ordenado que produce la regulari-

dad del servicio y el hábito de la disciplina, aunque era fácil advertir en los semblantes de aquellos marineros y soldados la compresion de los sentimientos, y que, cediendo entonces á una imperiosa necesidad, prometian desquitarse con usura en la primera ocasion; mientras que algunos baladrones ó menos sufridos, dirigiendo sus miradas coléricas á la mar, calificaban aquellas precauciones llamándolas cobardía indigna de españoles.

Nada de esto succdía por desgracia en el *Fulgencio*; contratiempo que á fuer de novelistas sentimos sobremanera; pero con lo que nuestro doble y preferente carácter de historiadores nos obliga á conformar, sacrificando el cuadro de gran efecto dramático, que aquí nos venia como de perlas, á la estricta verdad de los hechos, contentándonos por ahora con indicar, de un modo hipotético y negativo, algunos de los tipos que en tales casos dan vida y animacion á la grandiosa escena que ofrece un buque de guerra de gran porte al emprender una dilatada navegacion.

Serian las doce del dia y la hora del repunte de la marea, cuando se vió aparecer y flamear repentinamente en el tope de trinquete de la *Purísima Concepcion* un gallardete azul y blanco. Aquella era la señal de momento para levar y dar la vela los buques espedicionarios. El navío, hasta entonces silencioso é inmóvil, presentó de pronto una sorprendente animacion. El comandante salió de su cámara y dijo en voz baja algunas palabras á los oficiales que acudieron á tomar sus órdenes; y á los pocos minutos toda la tripulacion se hallaba repartida y ejecutando las diferentes faenas propias de aquel acto. El cabrestante fué guarnido con prontitud, colocando en sus barras toda la tropa de la guarnicion y alguna de la de trasporte, en tanto que una parte de la marinería se ocupaba por bajo en la ruda operacion de levar. Hernando fué destinado con otros oficiales y guardias-marinas á dirigir y celar ésta maniobra, tocándole estar junto á las bitas y el escoben. Su gefe de guardia y amigo le hizo entonces diferentes observaciones acerca de aquella faena, cuyo mecanis-

mo conocia ya medianamente. Hízole notar de que manera, no siendo posible guarnir ó guarnecer con el mismo cable que está unido al ancla, por su enorme peso, grueso y rigidez, al cabrestante, punto céntrico de la accion, se le ayustaba un grueso cabo llamado *calabrote*, el cual obraba por su sucesiva union con el cable como una prolongacion del mismo: vió la prontitud con que marineros muy diestros lo *amojelaban*, es decir, iban sustituyendo con nuevo ayuste el mismo calabrote, que teniendo la forma de una cuerda sin fin, á medida que se cobra cable, y este se va tendiendo, para adujarlo despue de oreado en la bodega, se va separando ofreciendo siempre su prolongacion para nuevo ayuste al cable, que por los esfuerzos del cabrestante sigue entrando por el escoben. Debemos decir aquí que las escelentes mejoras y adelantos introducidos desde aquella época en todo el complicado mecanismo del navío, han hecho mas fáciles y seguras estas faenas, disminuyendo ó alejando los riesgos á que en ellas estaba generalmente espuesta la gente de mar por diestra é inteligente que fuese. Tales son la sustitucion de los cables de cadena á los de cáñamo, la perfeccion de los tornos ó cabrestantes, y la introduccion de las *mordazas* para detener y sujetar de repente, por un fácil é ingenioso mecanismo, en caso necesario, la cadena contra el escoben, y evitar un corrimiento, accidente lleno de peligros que por lo regular no acontece sin algunas desgracias.

Mientras la tropa viraba el cabrestante iba el cable entrando gradualmente por el escoben hasta que quedó el navío *á pique*, es decir, que atraido hasta estar sobre el ancla, se hallaba esta en la vertical de la proa y como colgando, aunque agarrada tenazmente todavía al fondo. Aquel era el momento de los mayores esfuerzos, siendo necesario vencer, con el enorme peso del ancla, la resistencia que oponia la masa de fango en que estaba profundamente enterrada: así tuvieron los que se hallaban al cabrestante que redoblar sus esfuerzos, lo que hacian regulando ó aunando los impulsos al compas del tambor y el

pífano, que con el impetuoso y guerrero toque de calacuerda escitaban el ardor de la guarnicion. Una sacudida repentina, tras un penoso y prolongado empuje, hizo conocer que el ancla abandonaba el fondo tenaz y glutinoso que la retenia; y ya, no obstante su gran peso, fué llevada con suma ligereza á punto de suspenderse al pescante de la serviola, donde los marineros la colocaron y aseguraron á buen viaje, quedando, sin embargo, en disposicion de dar con ella fondo tan presto como fuese necesario. Todo esto lo sabia y conocia ya Hernando, y no dejaba por eso de verlo y examinarlo con grande interés; no con los ojos de la atencion forzada ó de una pasagera y estéril curiosidad, sino con los de una inteligencia, ávida de saber y ya ilustrada con el superior estudio de la mecánica.

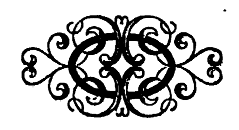
Largada luego la última amarra, izados los foques y libre ya el navío, se dispuso el necesario aparejo, con lo cual haciendo cabeza empezó á moverse sobre bordos á favor del NO. fresquito y con la ayuda de la marea vaciante, en términos que á las tres y media de la tarde, tanto el *Fulgencio* como los demas buques espedicionarios tenian ya montada la linterna de *San Sebastian*. En tanto el general de la escuadra se estableció en la Torre Tavira para observar por sí mismo sus movimientos.

Verdaderamente podia graduarse de temeraria y aventurada la simultánea salida de tantos buques de un puerto tan observado y estrechado por los enemigos, teniendo casi en presencia todas sus fuerzas, cogidos todos los rumbos y contando aquellos con poder apresar al que la intentase. Aunque la reciente variacion de los vientos habia obligado á la escuadra inglesa á dejar el fondeadero del Placer de Rota, desde donde tranquilamente cubrian por lo regular su bloqueo, no era por eso solamente de temer el encuentro de los 14 navíos que componian el cuerpo unido del crucero; sino que teniendo otros cuatro ó cinco avanzados á puntos mas occidentales, era casi seguro su encuentro. Los buques espedicionarios iban, por lo tanto, preparados y con el zafarrancho de combate hecho, á pesar

de tener empachadas sus cubiertas; pues, aunque los 800 hombres de tropa se habian colocado desde su llegada de un modo simétrico en el sollado y casi en rigorosa formacion, sus numerosos efectos y utensilios, y otra multitud de objetos cuyo embarco fué inevitable á la última hora, se hallaban diseminados en un forzoso desórden.

Aunque incierto de la suerte ulterior de aquellos buques, el celoso Mazarredo pudo participar aquella noche al gobierno que á puestas de sol quedaban todos como á tres ó cuatro millas por el O. $^1/_4$ SO. al OSO. haciendo aparejo; y esponiendo sus congeturas, hijas de su escelente criterio y conocimientos náuticos, añadia, que teniendo los espedicionarios la ruta libre de enemigos, una vez entablado el Norte, contaba con que andarian aquella noche 24 leguas, y que pudiendo entrar de este modo en la tarde del dia 21 en la region de los vientos generales, los consideraba libres por entonces de encuentro con aquellos.

En efecto, cuando Mazarredo bajó de la Torre Tavira, despues de haber hecho su última esploracion al oscurecer en el vasto horizonte marítimo que se descubre desde aquella alta vigía, iba lleno de la esperanza de no haber perdido el fruto de sus precauciones, y que por esta vez quedarian tambien burladas las del *Zorro Viejo;* apodo, con que, como saben nuestros lectores, era designado el astuto é infatigable general enemigo que mandaba las fuerzas navales de bloqueo.



## CAPÍTULO XIII.

**La salida.—Una amanecida en el mar.—Juicio retrospectivo y vindicacion de un hecho glorioso de nuestra historia contra injustos ataques de autores estrangeros.—Paco el contrabandista en el *Fulgencio*.—Un tipo de á bordo. Digresion impertinente.—Don Dionisio Alcalá Galiano.**

Tal vez trepar osaba
Al Etna mugidor, y allí veía
Bullir dentro el gran horno
Y por la nieve que le ciñe en torno,
Los torrentes correr de ardiente lava,
Los peñascos volar, y en hondo espanto
Temblar Trinacria al pavoroso trueno;
Mas nada ¡oh sacro mar! nada ansié tanto
Como espaciarme en tu anchuroso seno.
QUINTANA.—*Oda al mar.*

Llevados de nuestra inclinacion por la exactitud histórica, hemos dejado algun tanto confundido entre las figuras de este cuadro marítimo, al héroe principal y predilecto; falta á que nos arrastrará mas de una vez la propia índole de nuestra narracion. Desde que Hernando vió aparecer la señal de la partida, habia sentido latir vivamente su corazon, y en el momento de la arrancada del navío, dominado de mil afectos tumultuosos, no pudo menos de volver los ojos, humedecidos con las dulces lágrimas del amor filial, hácia los montes de su patria; y concibió en aquel instante con intensa amargura todo el dolor que iban á sentir los caros objetos de su cariño. Pero la vista de tantos buques, así de la escuadra como mercantes, que poblaban el puerto, poco antes inmóviles, y que por una ilusion óptica, parecian girar rápidamente en torno del *Fulgencio*; el cuadro de la ciudad y de las tierras que, como una movible decoracion, corrian á su

vista; las torres y murallas coronadas de multitud de espectadores, que acudian solícitos á observar la temeraria salida de nuestros buques; la interior agitacion de su navío, y, sobre todo, el sentimiento de su deber, distrageron ó mitigaron por entonces aquellos dolorosos pensamientos.

El *Fulgencio*, ya franqueado de los bagíos y escollos que se hallan á la boca del puerto, cortaba con lentitud y magestad las olas, sin sentirse en aquel momento solemne mas que el ligero murmullo de las aguas chocando contra sus costados, y el del viento que blandamente silbaba en el aparejo; pues como si las voces pudiesen llevar indiscretamente al enemigo el secreto de aquella salida, todos guardaban un silencio y mesura, que hacia mas imponente todavía aquella escena, alumbrada por la luz casi crepuscular de una tarde de diciembre. Hernando, dejándose llevar nuevamente de sus meditaciones, contemplaba aquel grande espectáculo, que su imaginacion embellecia con los clásicos recuerdos de su esmerada educacion. Bañada de una tinta ligeramente azafranada, veia alejarse con rapidez por la popa la escelsa ciudad de Alcides con su costa baja y sus castillos, y allá sobre el fondo brumoso del cuadro, en diversos términos y con tintas mas ó menos oscuras, las poblaciones de la bahía y las altas tierras de Jerez y de Medina. Penetrando á poco tiempo un rayo de sol, ya en su ocaso, por entre dos nubes aplomadas, bañó repentinamente de resplandores la hermosa ciudad, haciendo reflejar de la multitud de cristales de sus altos edificios, torrentes de quebrada luz, que venia á eclipsar por intervalos la verdosa cumbre de alguna ola interpuesta. A la derecha mano y en lontananza, á favor de aquella súbita iluminacion, se veia descollar sobre una eminencia con su sencillo pórtico de columnas amarillentas y su azulada cúpula, semejante á un templo antiguo, el observatorio astronómico de la marina, y próxima y á su siniestra, con su aspecto feudal, sus vetustas buhardas y sus flameantes banderas de seña, la elevada vigía de *Torre-alta*. Algunas velas sospechosas que como puntos oscuros se destacaban en el horizonte

marítimo; las barcas pescadoras que por distintas direcciones regresaban al puerto, y la pequeña embarcacion del práctico, que dejando á rumbo el navío se alejaba, completaban una escena grandiosa, tan nueva é imponente á los ojos de Hernando. Trasportada su imaginacion á los tiempos pasados, recordó el comercio y la riqueza de aquella ciudad contemporánea de Tiro y de Sidon, tan antigua como Balbek, y cuyo puerto, por su privilegiada posicion en la parte meridional de la Bética y en la union del Océano y el Mediterráneo, fué orígen y causa de su envidiada opulencia y nombradía, así en los tiempos remotos como en la época de nuestra dominacion sobre numerosas y ricas regiones de allende el Atlántico. Recordaba con orgullo que los antiguos gaditanos, á favor del conocimiento que sin duda tuvieron de la aguja magnética y de su aplicacion á la náutica, no solo visitaron las islas Casiteridas (las Sorlingas) y la Etiopia, doblando el cabo de Buena Esperanza, sino que en sus aventuradas escursiones sobre el Océano, llegaron á descubrir accidentalmente la América, 2342 años antes que Colon navegase, sin saberlo, en su busca; de cuyas lejanas regiones solo pudieron regresar guiados del maravilloso talisman, que debia aun permanecer ignorado por muchos siglos para todos los navegantes.

El sol acabó de sumergirse completamente en el horizonte marítimo; oscurecióse del todo la ciudad, ya medio oculta por las olas, y solo el faro y torre de San Sebastian, cuya masa redonda y blanquecina parecia salir del fondo del mar, se abanzaba sobre la sombra ya indecisa de la tierra, como para dar el último adios á los que se ausentaban.

Fuera ya del puerto y hallándose como á tres ó cuatro millas con rumbo al OSO., dispuso Galiano hacer todo el aparejo posible para aprovechar en las primeras horas de la noche el viento del NO. que se le presentaba con todas las señales de hacerse mas largo y duradero. Desembarazado el buque de los objetos embarcados en los últimos momentos de la salida que lo obstruian, aclaradas las maniobras y establecido el servicio de mar, ordenó

desde luego lo conveniente para recibir al enemigo, haciendo zafarrancho de combate, aunque sin iluminar las baterías, pronto á sostener valientemente un encuentro, mas que probable, en caso de no poder honrosamente eludirlo.

Pero la mano del Señor, como decia el religioso Mazarredo en su parte al gobierno, guiaba aquella empresa audaz y temeraria. En efecto, á pesar de haber sido tan anunciada, y aun esperada de los ingleses aquella salida, así el navío *Fulgencio* como los demas buques espedicionarios, atravesaron felizmente la estrecha línea del crucero que formaban los enemigos, los cuales tenian, ademas de los catorce navíos de que ya hemos hablado, otros cuatro ó cinco que cruzaban al Oeste del Estrecho. Justo es tambien reconocer cuanto contribuyeron á este buen resultado la prevision, la prudencia y el infatigable celo de aquel general, tan acertadamente secundados por el activo é inteligente comandante del *Fulgencio* D. Dionisio Alcalá Galiano.

Puesto que segun lo dispuesto por el gobierno los demas buques debian efectuar con independencia sus respectivas comisiones, los abandonaremos por ahora á la varia fortuna que los esperaba, siguiendo al *Fulgencio*, donde se encontraba el jóven héroe de nuestra historia.

Aquella noche pasada con estrema vigilancia anduvo este buque, á favor del NNO. y del N. mas de 24 leguas, y continuando el buen cariz y las demas circunstancias favorables, confió Galiano entrar ya al siguiente dia en la region de los vientos generales.

Uno de los primeros cuidados de Hernando, pasada aquella noche para él tan llena de emociones, fué, apenas empezó á alborear la mañana, subir á las crucetas del navío para gozar de un espectáculo que hacia mucho tiempo deseaba contemplar. Aunque para lo que entonces se exigia comunmente de un guardia marina, era bastante diestro para subir á las cofas y crucetas, por haberse ocupado en puerto en este útil y necesario ejercicio, notaba, sin embargo, no poca diferencia al emprender

esta subida en la mar, sobre todo, á causa del movimiento ya sensible de balance que esperimentaba el navío; mas Hernando, animoso y firme por carácter, no cedia á medianas dificultades: el pundonoroso guardia marina era un juez mas severo para sí mismo, en aquella ocasion, de lo que podrian serlo los testigos de su indecision, y subió intrépidamente por la jarcia.

Verdaderamente era grande y sublime el espectáculo que se ofrecia á su vista. Cáusole desde luego una grande impresion aquella mar limitada circularmente por un cielo puro y diáfano. Solo hácia el Oriente, teñido de una tinta rosada, se veian una multitud de blancas y sobrepuestas nubecillas, que en grupos desiguales se hallaban como agolpadas para salir al encuentro del astro del dia. Los primeros rayos que el sol despidió al asomar sobre el horizonte, hirieron los ojos de Hernando, trazando sobre las bullidoras olas un rastro de luz que, semejante á una alfombra de deslumbrante pedrería se desarrollaba y perdia en la direccion del astro luminoso. Ocupando el centro de aquel inmenso panorama, contemplaba algun tanto intimidado, sobre el vacilante apoyo que habia escogido como punto de observacion, su mismo navío, que ocupando el centro de aquella vasta planicie, ofrecia una base estrecha y prolongada, cubierta de hombres ocupados en diferentes faenas, indiferentes al espectáculo que por primera vez absorvia su atencion. Estendiendo luego sus miradas á todo el horizonte, buscaba con ansia algun punto fijo, algun objeto que interrumpiese aquella monotona é imponente soledad. Absorto en sus meditaciones, sin sentir apenas el desabrido soplo del N O. que agitaba sus cabellos, su alma se etregaba á mas altos pensamientos. Observando el rápido andar de la nave y la prolongada y espumosa estela que las aguas formaban cerrándose rápidamente por su popa, se acordó de los montes de su patria y de las sendas y caminos penosamente abiertos en ellos para facilitar las comunicaciones necesarias al tráfico y la vida social; y entonces recordó el pensamiento filosófico de un autor moderno, cuya sublimidad le habia hecho notar mas de una vez

en sus lecturas su caro preceptor: "La tierra, decia, es trabajada por el hombre; las montañas están cortadas por caminos; las riberas se estrechan en canales para conducir sus mercaderías; pero si los buques aran un instante las olas, las mismas olas vienen al momento á desvanecer esta ligera señal de servidumbre, y la mar vuelve á aparecer tal como fué en los primeros dias de la creacion (1). Entonces concibió Hernando cuanto, á fuerza de frecuentar este *camino comun* de las naciones, habia el hombre ensanchado su dominio, haciéndose señor tambien de el Océano, y cuanto ha debido influir por médio del comercio, en la cizilizacion y los destinos del mundo, aquel progreso verdaderamente asombroso y providencial. Contemplaba con inquieto placer aquellos espacios indefinidos y misteriosos que se ofrecian á su vista, aquel mundo desconocido donde iba á engolfarse, y su jóven corazon se lanzaba con delicia al porvenir.....

Por una súbita transicion recordó Hernando, al ver aquel sol naciente, que tres siglos antes, á la misma hora y por las mismas aguas surcaban tres frágiles navecillas buscando un nuevo mundo, sin otra guia que las sabias congeturas de un grande genio; sin otros medios ni recursos que el aliento y los brazos de los españoles que las tripulaban, y que, desde el humilde puerto de Palos, se dirijian á romper, por la vez primera, el fatídico valladar que hasta aquel momento vedaba á la ambicion humana penetrar los secretos del antigno Océano. Uno mismo era tambien el rumbo que debia seguir la nave de Hernando; pero qué diferencia! Ahora una confianza completa en la derrota, una perfeccion y seguridad admirables en los medios, y además la superioridad y la fortaleza de aquel potente bajel. Todo esto faltaba en aquella espedicion, tenida por inútil y temeraria, y que, sin embargo, fué coronada por el acontecimiento mas asombroso que vieron los siglos. ¡Cuánta honra para el autor del pensamiento! ¡Cuánta gloria para España! Gloria, repetia Hernando

(1) Mad. de Stael.

en su patriótico arrobo, gloria al sabio inmortal y á sus esforzados compañeros, únicos que en toda Europa osaron asociarse á su destino!

Y, sin embargo, Hernando, que justamente enorgullecido con tan gloriosos recuerdos hacia para sí estas gratas reflexiones, ignoraba todavía cuán ignoble emulacion y bajo encono, qué tesoro de rencor habia despertado esta gloria en los émulos de su pais, y con qué empeño y por cuántos medios se habian dedicado á empañar y oscurecerla, á desacreditar aquellas prodigiosas y envidiadas conquistas, que luego elevaron á España á un grado tal de poder y consideracion, cual no alcanzó nacion alguna en el mundo!

Porque el gran navegante habia en vano recorrido las potencias marítimas de Europa, y en todas, burlado y escarnecido, fué rechazado con mofador desden por sus sabios y sus monarcas. Solo los Reyes Católicos, aunque noblemente ocupados en lanzar de España al agareno, y ya con sobrados títulos para la gloria, acogieron con bondad y sano criterio al desacreditado aventurero. Sabios españoles, entre ellos el profundo cosmógrafo Marchena, á quien aquel consultó su sistema del mundo y sus proyectos, comprenden la solidez de sus raciocinios y participan de su seguridad, y abogando en su favor cerca de Isabel y de Fernando, disponen propiciamente sus ánimos para aquella grande empresa. La guerra habia apurado todos los recursos; pero aquella magnánima reina se desprende de sus joyas, é inaugura en el real de Santa Fé, y á la vista de las recien derrocadas lunas del Alhambra, el magnífico episodio del descubrimiento y conquista del Nuevo-Mundo!

Ante el genio de Colon, ante el heróico denuedo de los marinos españoles, se corrieron las tenebrosas barreras que cerraban el paso á las regiones incógnitas, anunciadas proféticamente en la antigüedad, sin duda por haberse cumplido el tiempo designado por la Providencia para llevar á numerosas naciones salvages, con la luz civilizadora del Evangelio, los bienes que

una sociedad culta y morigerada, las artes y las ciencias proporcionan. Si la espada de los españoles franqueó este camino, mostrando á las demas naciones nuevas sendas para el comercio y la adquisicion de goces hasta allí desconocidos, ¿con qué animosidad, con cuán injustas y gratuitas acusaciones no se ha procurado empañar la gloria de aquel pasmoso descubrimiento y los altos hechos y conquistas que fueron la consecuencia?

Muchos escritores de esos mismos paises donde se mofaron de la credulidad de Colon, procuran hoy mas que nunca arrancarnos aquellos laureles, desfogando su viejo encono contra el árbol caido!.... Afectando ignorancia de los hechos, olvidando su propia conducta en épocas mas civilizadas, nos disputan la prioridad del descubrimiento, ponderan la crueldad de los españoles en aquella conquista, deprimen ó ensalzan á su capricho los méritos de Colon; y ya le niegan las cualidades estraordinarias de su gran genio, ó ya exajeran artificiosamente estas cualidades, haciendo aparecer á su lado á los españoles como unos hombres pusilánimes y sin virtud.

Pero Colon, diremos haciendo un mas justo parangon del descubridor con sus compañeros de empresa: Colon hombre independiente, confiado en su ciencia, apoyado en sus cálculos y congeturas era sostenido ademas por aquella voz secreta, interior, de que él hablaba, y lo hacia considerarse á sí mismo como una especie de predestinado para cumplir los decretos de la Providencia, estendiendo el Evangelio; y aquel entusiasmo religioso apoyado en su ciencia, le inspiraba su estraordinaria confianza y aquella fé robusta que lo hacia superior á las contradicciones y los obstáculos, y que tantos años hacia que procuraba vanamente infundir en los demas. ¿Y qué animaba á sus compañeros de peligros? Aunque marinos valientes, avezados al mar y sus tormentas, fiaban tan solo en el saber y la palabra de un hombre, de otro marino como ellos, de un proyectista notoriamente desconceptuado; y tanto los que voluntariamente unieron su suerte al intrépido genovés, como los que le siguieron por

obedecer las órdenes de su soberana, se entregaban generosamente á los ciertos peligros de un Océano desconocido. ¿De qué parte habia, preguntaremos, mayor confianza, mas denuedo? Colon, fiado en las nuevas de Marco-Paolo, daba por seguro el encuentro de la India y el imperio del Gran-Kan, en tanto que los españoles, que no habian leido al poco verídico viagero, solo veian ante sí un mar sin límites, la constancia de los vientos que hacian desesperar del regreso, y una muerte casi segura é ignorada, lejos de su patria y de sus caros hijos y esposas. ¿Donde habia mas motivos de confianza, mayor abnegacion y sacrificio?

Grande sin duda fué Colon, y su fama se halla sólidamente establecida en la historia y confirmada con la admiracion y unánime asentimiento de las generaciones que le han sucedido; pero no menos famosos y dignos de eterna loa fueron los españoles que le siguieron en su aventurada espedicion, y le secundaron en su próspera y adversa fortuna. Nunca los grandes triunfos se alcanzaron sin grandes sacrificios, sin áspera lucha con la humana debilidad y condicion: el recelo, la desconfianza que luego asaltaron á algunos de aquellos marinos, durante las vicisitudes de tan larga é incierta navegacion, tenian razonable disculpa en la ignorancia de los motivos, de las razones que impulsaban y sostenian al sabio caudillo; pero al fin, tanto en este como en aquellos, prevalecieron el denuedo, la magnanimidad y los sentimientos de generosidad y virtud que constituyen á los héroes: un nuevo mundo regado luego con la sangre de tanto noble español, fué el digno premio de aquel valor y constancia, y el glorioso trofeo que ensalzó á España sobre todas las naciones que surcaron los mares. Ante esta gloria inmarcesible, que sus hijos han sabido conservar inmaculada, así en la época de su prosperidad como en la de su desgracia, se estrellarán siempre las invectivas, las apasionadas acusaciones de sus émulos y detractores (1).

(1) Véanse las notas.

Hernando habia descendido ya de su atalaya, y absorto todavía en sus reflexiones se dirigia para popa, cuando se sintió tirar del faldon de la casaca. Volvióse algo sorprendido por aquel modo tan familiar de llamarle la atencion, y no lo quedó poco al ver ante sí á Paco, el hijo de su nodriza. El recelo y la inquieted sucedieron á la sorpresa al ver en tal lugar al atrevido jóven, quien con su habítual desenfado le explicó en pocas razones la causa de aquella conducta y aparicion, tan poco justificables, al parecer, presentándose de aquel modo y, sobre todo, en las especiales circunstancias de la salida del navío.

Pero Paco, apresurémonos á decirlo, no era verdaderamente un polizon (1), y si bien su conducta y reserva respecto de Hernando pedian una justificacion, su existencia en el navío no era ilegal ni supuesta, de lo cual impondremos al lector explicándole en pocas palabras de qué medios se valió el apicarado mozalvete para lograr su embarque en el *Fulgencio*. La verdad del caso es que huyendo de la persecucion que le hostigaba en la Sierra por causas no muy veniales, y despues del encuentro que tuvo en el monte con Hernando y el capellan, al regresar estos algo tarde del paseo, aconsejado por su madre, habia al fin resuelto alistarse en la matrícula de mar de Algeciras, en cuyas listas fué inscripto desde luego, para ser llamado oportunamente al servicio.

Dado este paso, y para empezar su aprendizage marinero, consiguió fácilmente, gracias á sus antiguas y promíscuas relaciones marítimo-terrestres, embarcarse de mozo ó sota-marinero en un barco del cabotage, que así llevaba carbon ó importaba trigo, como tercios de género ilícito que ocultaba sagazmente, por medios tan varios como ingeniosos, en diversos lugares de su casco ó de su cargamento. Aquel cambio de vida no era, por lo tanto, una reforma de conducta, un verdadero re-

(1) Individuo que se embarca subrecticiamente, sin permiso ni pasaporte de autoridad competente, en los buques que van á América y se presenta ó descubre estando ya en la mar.

greso á la probidad; era mas bien y solamente un cambio de lugar; era poner una virtud harto frágil y equívoca frente á frente con la tentacion, estando tan cerca la plaza, aquel Potosí de tanta gente audaz y buscadora. Así, pues, y considerando el tiempo que Hernando tardaria en sus estudios preparatorios, antes de embarcarse, resolvió hacer, como suele decirse, la entretenida en aquella ocupacion y ejercicio. Pero anticipada la época, segun hemos referido, de aquel suceso, lo cual supo fácilmente por su madre, se trasladó á Cádiz, donde, en sus escursiones por los muelles y la calle Nueva, le fué fácil encontrar algunos camaradas y partícipes de sus anteriores campañas.

En uno de estos dias en que acudia al embarcadero con la esperanza de encontrarse alguna vez con Hernando al venir del navío ó á su regreso á bordo, tuvo la suerte de topar con uno de aquellos industriales, que llamado á vida mejor y mas á cubierto de sobresaltos, servia en el mismo buque la plaza de despensero. Ambos se reconocieron fácilmente, y enterado este de su situacion y de sus deseos le ofreció hablar á su principal, á fin de que lo admitiese, agregándolo al servicio de la despensa; á lo cual el maestre de víveres, que nada negaba á su segundo y representante á bordo, habia accedido, sabedor, otrosí, de la buena disposicion del mancebo; y como esto sucedió la víspera de la salida, hé aquí porqué carecia aun su presentacion é instalacion á bordo, de la completa autorizacion y publicidad que necesitaba para acreditar sus importantes funciones y librarse del malsonante y arriesgado nombre de polizon.

Sabiendo, pues, Hernando por el mismo proveedor de los bastimentos el verídico historial que acabamos de referir, se resolvió á hablar en su favor al segundo comandante, el cual tenia noticia del nuevo fámulo del despensero; y autorizado convenientemente dió plaza de grumete al ex-contrabandista, continuando en su agregacion á la despensa y adicto ademas á la asistencia particular de Hernando, á quien verdaderamente profesaba lealtad é inclinacion. Este, por su parte, concibió espe-

ranzas de poder corregir con su ascendiente y la férula de á bordo, aquel natural reacio é independiente. Por otra parte, el carácter truanesco y ciertas prendas de Paco lo hacian á propósito para la vida de la mar; así es que, á favor de estas dotes, de cierto rasgueado en una mala guitarra, que tuvo buen cuidado de llevar consigo, con la cual acompañaba pésimamente aunque con gracejo andaluz las consabidas rondeñas y otros cantares, vino á ser á poco tiempo el Orfeo de aquellas fieras y una notabilidad entre la gente de proa.

Con tales gracias y por sus escelentes disposiciones, adquirió mayores simpatías en el desempeño de sus esenciales funciones como sota-despensero; oficio que, á juicio de los que sabian su anterior género de vida en la Sierra, no era un verdadero cambio, ó por lo menos, un tránsito hácia la probidad tan rápido y positivo como á primera vista parecia.

Esta maliciosa y gratuita esplicacion que de aquel cambio hacian algunos ociosos del navío, llevados de una vieja ojeriza, tan comun como injusta en general, contra los empleados de la despensa, no puede admitirse razonablemente; al menos, sin ciertas restricciones respecto del modo absoluto y poco caritativo con que se espresaban aquellos deslenguados; fuera de que debemos añadir que estos despenseros no son precisamente aquellos de quienes habla el incisivo Quevedo en el *Juicio de las Calaveras*, y de los que dice, que dijo un ministro del Averno al verlos acercar al tremendo tribunal: *Despenseros son*, y que otros dijeron, *no son*, y otros *si-son*; sino mas bien una modificacion de la especie. Ademas, el despensero, considerado como uno de los tipos de á bordo, no viene á ser mas que el primer manipulante, el ejecutor ostensible de las funciones proveedoras del *maestre de víveres*, gefe latente de aquella oficina; y compone, por lo tanto, con sus dependientes la seccion civil, ó no militante, de los buques de guerra; especie de empleados que no acertamos á definir á nuestros lectores profanos, como no le apliquemos por analogía la definicion que el cáustico Guy-Patin

hacia del boticario, considerado tambien, sin duda, como tipo general y no en sus honrosas ecepciones: *Animal benefaciens partes, et lucrans mirabiliter*. Pero esta definicion no puede, en nuestro sentir, aplicarse rigorosamente á los que ejercen aquellas funciones, al menos, en uno de sus estremos; pues la poca luz de la despensa no les permite esa estrema y concienzuda exactitud en la division de las partes que constituye una de las mas importantes y egregias condiciones del farmacéutico; circunstancia en que insisten con porfiada malicia los detractores de esta clase inerme y pacífica de empleados marítimos.

Pero dejando á parte esta impertinente digresion en que sin saber cómo nos hemos enredado, concluiremos con decir que Paco por su natural disposicion pudo, no solo atender al servicio de la despensa y al particular de Hernando, sino que en poco tiempo, gracias á su aficion y natural valentía, llegó á ser un buen marinero (1).

El *Fulgencio*, libre ya por entonces de encontrar enemigos, navegaba con direccion á las islas Canarias, aunque sin intencion de aproximarse á ellas; pues Galiano, fiado en sus conocimientos astronómicos, se proponia evitar, si le fuese dable, el reconocer tierra alguna en su derrota. Justo es decir que en aquella época contaba la marina española con no pocos oficiales distinguidos por su pericia y escelencia en las ciencias auxiliares de la navegacion, circunstancia digna de notarse, atendida la inesplicable indiferencia del gobierno en todo lo concerniente á la marina; y, debemos decirlo, los extranjeros ilustrados, agenos de todo espíritu de ignoble emulacion, eran los primeros á reconocer y elogiar su mérito. Reciente estaba la gran espedicion científica en que D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, con los académicos franceses Bouguer, la Condamine y otros sabios distinguidos, fueron á medir en el Perú los grados sobre la línea del ecuador para resolver el gran problema de la verdadera configuracion del globo terrestre. Mazarredo inventaba su método

(1) Véanse las notas.

para hallar las longitudes; Mendoza hacia una revolucion importante en los cálculos de la navegacion, con las preciosas tablas que, poco apreciadas por nuestro gobierno, presentó despechado al de Inglaterra que las prohijó, dando á su autor honrosa acogida y naturalizacion; Churruca sorprendia en Tolon á los sabios ingenieros de la marina francesa en una cuestion de construccion naval, presentándoles su ingenioso método para determinar el quebranto de la nave, y el infatigable Tofiño enriquecia nuestro repertorio hidrográfico con los numerosos y preciados trabajos practicados en las costas y mares adyacentes de España (1).

Galiano hacia parte de esta pleyada de ilustres marinos. Guardiamarina solo desde 1777, manifestó aventajadas disposiciones para la carrera naval; hizo muy luego lo que entonces se llamaban estudios mayores; sirvió con Tofiño en sus trabajos hidrográficos, fué con D. Antonio de Córdova al reconocimiento del estrecho de Magallanes y dió la vuelta al mundo con Malaspina, en cuyo largo é interesante viaje discurrió un método para hallar la latitud de un lugar por dos alturas de sol, sobre lo cual escribió una memoria. Habiendo llegado á Lima, se le comisionó para pasar á los mares septentrionales con las goletas *Sutil* y *Mejicana*, mandada esta por el célebre D. Cayetano Valdés, con el objeto de reconocer el estrecho de Juan de Fuca. Ya capitan de navío en 1794 pasó á Madrid; pero frustrada una comision científica que se le habia confiado, regresó á su departamento donde obtuvo el mando del navío *Vencedor*; y allí se halló en el bombardeo que sufrió la plaza de Cádiz y en las acciones que sostuvieron contra los ingleses nuestras fuerzas sutiles, y que ya hemos referido. Con tales antecedentes, se comprenderá que Galiano estaba destinado á desempeñar importantes servicios á su patria, y tanto mas meritorios y apreciables, cuanto era ingrata la época en que sirvió en nuestra poco estimada marina.

Todas sus disposiciones en la espedicion que acababa de confiarle el gobierno, fueron dictadas con el aplomo y seguridad que

(1) Véanse las notas.

da el verdadero saber y la confianza en los propios recursos. Con un gefe de estas cualidades no podian menos de hacerse mejores cuantos servian á sus órdenes; el buen órden y la disciplina se perfeccionaron en el navío, cuanto lo permitian los obstáculos y falta de recursos con que entonces luchaban nuestros capitanes; y los ejercicios de cañon y de vela adiestraron su tripulacion: circunstancias todas que facilitaron y concurrieron en gran parte al buen éxito de aquella campaña. Terminaremos ahora este breve rasgo biográfico diciendo que Galiano era bajo de cuerpo, aunque fornido y de fuerte complexion; y es cosa digna de notarse que, siendo de un carácter irascible, de un aspecto displicente y de una rigidez inflexible en punto á la disciplina, supo inspirar de tal modo el gusto por sus deberes á sus subordinados, que concluyó por captarse la estimacion de todos, en tales términos, que al dejar mas tarde (en 1805) el mando del navío para tomar el del *Bahama*, quisieron trasbordar con él la oficialidad y tripulacion, lo que efectivamente se verificó. Tambien diremos que Galiano era de un carácter obsequioso y espléndido, cualidades que lo hacian rayar en la prodigalidad, y que solian distinguir á nuestros marinos de aquella época.

Apreciador idóneo de la respectiva aptitud de sus subalternos, tardó poco en conocer el talento y brillantes disposiciones de Hernando para la carrera marítima, y teniendo ademas noticia de su esmerada educacion y de las circunstancias de la familia á que pertenecia, lo asoció á todos los trabajos que se hacian bajo su inmediata inspeccion; entre ellos el constante cuidado y observacion de los relojes de longitud.

No nos detendremos en referir pesadamente la vida y ocupaciones de Hernando en las primeras semanas de su primer campaña: baste decir que amable por carácter, estudioso y discretamente jovial, supo granjearse el cariño de todos; siendo deferente y respetuoso con los oficiales, grave y mesurado cuando ejercia las funciones de su clase, que entonces eran de bastante

latitud en nuestros buques, y querido de sus compañeros, porque ademas de la natural estimacion que les inspiraba, sabia prestarse de buen talante á las chanzas y solaces que son propios de la juventud; de aquella, sobre todo, que consume su parte mas vivaz é impetuosa en medio de la sujecion y privaciones que son inherentes al duro servicio de la mar.



## CAPÍTULO XIV.

**Los guardia-marinas á bordo.—Los pasageros.—El domingo en la mar.—Los voladores y la pesca del tiburon.—Puesta de sol en el golfo de las Damas.**

Citó rumpes arcum, semper si tensum habueris;
At si laxaris, cúm voles, erit utilis.
Sic ludus animo debet aliquando dari,
Ad cogitandum melior ut redeat tibi.
PHEDRUS, fáb. *Æsopus ludens.*

Brillante espejo donde el Todopoderoso se goza contemplándose en la tempestad; agitado ó tranquilo, impelido por la brisa, el céfiro ó el aquilon, helado en el polo, hirviente en la zona tórrida, siempre eres sublime y sin límites, la imágen de la eternidad, el trono del Invisible.
LORD BIRON.—*Childe—Harold,* Canto IV.

Si nuestros lectores aficionados á los estudios fisiológicos creyesen poder formar una idea del guardia-marina español (ó de los marinos en general) del último siglo, por las pinturas y descripciones que hayan leido en las llamadas novelas marítimas, incurririan en un notable error. Este tipo, muy digno de ser conocido, aunque participa en el fondo del carácter especial de la profesion y de sus hábitos inherentes, tiene diferencias esenciales que dimanan de la índole nacional, de la educacion y aun de las preocupaciones ó ideas dominantes de la época. Así, pues, cuando el *midshipman* inglés de ahora medio siglo hacia, por espíritu de imitacion y de nacionalidad, alarde de ser brusco en sus modales, votador y bebedor sin tasa, el guardia-marina español, perteneciendo á la clase aristocrática, era un jóven esquisito, de esmerada educacion, elegante en su apostura,

y no menos brillante en un sarao, que puntoso y alentado en el combate; si bien, en la comparacion que seguimos, tuviese que ceder, en general, al primero en algunos quilates como marino, en la parte práctica y esperimental de la profesion. Tambien es justo que digamos, que los oficiales de la marina británica condenan ya hace mucho tiempo, con su finura y buenos modales, aquella estravagante manía, que no ha dejado de producir ridículas imitaciones en nuestra marina, persuadidos de que no es necesario para merecer el concepto de buen marino, darse el aire de un corsario, fumar en pipa, mascár tabaco y beber rom, y, sobre esto, afectar desden por los estudios teóricos y vocear como un energúmeno sobre cubierta mandando la maniobra. Ciertamente no han sido tales cualidades, las que dieron un merecido concepto y renombre á los marinos españoles de que hemos hecho y haremos honrosa mencion en nuestra historia. Pero, salvas estas diferencias, nuestros jóvenes marinos eran, como los de las demas naciones, alegres, puntillosos, francos, enamorados y amigos de ruido y de placeres; y si á esto se agrega un brillante uniforme, profusamente galoneado de oro, y una categoría á bordo superior á la de los *midshipmanes* en los buques ingleses, no deberá sorprender que la presuncion y á veces la vanidad desvaneciesen algun tanto aquellas cabezas, sobre todo, á la salida del colegio, hasta que la disciplina, la práctica de su profesion y la esperiencia del mundo, templando los humos de su juvenil orgullo, dejaban solo prevalecer sus respectivas buenas cualidades.

Llamada hoy nuestra juventud marina á restaurar, sobre los firmes cimientos de la tradicion, del saber y de una ilustrada esperiencia, el honor y crédito de nuestra armada, los frutos que evidentemente va produciendo, aunque lenta, esta restauracion, con el nuevo sistema de instruccion teórica y práctica, hacen ya augurar nn lisonjero porvenir para honra y bien del Estado; y estamos persuadidos de que, cuando completen su instruccion con el estudio de la historia de nuestra marina, tan fe-

cunda en útiles lecciones y en hechos altos y gloriosos, se convencerá de que, sin dejar de apreciar los rasgos de valor, los progresos de la inteligencia que ofrecen las de otras naciones, no necesita buscar fuera de su pais ejemplos que imitar de bizarría, de saber y de heroismo.

Esplicada de este modo la condicion y las funciones á bordo de la clase á que pertenecia nuestro jóven amigo, continuaremos, sin apurar los detalles, poniendo solo de relieve lo que juzguemos digno de la ilustrada curiosidad de nuestros lectores, en una obra destinada á consignar los hechos y accidentes mas notables, y que basten á dar una idea, exacta en lo posible, de lo que era en el último siglo la marina real de España.

Pasados del paralelo de las Canarias, y ya engolfados, la navegacion siguió prósperamente por muchos dias á merced de la blandura de los mares y el constante impulso de los vientos generales, notándose la proximidad de las regiones cálidas ó mas bajas latitudes, circunstancias que redundaban en el descanso de la gente, siendo apenas necesario tocar al aparejo. Muchos dias habian pasado de esta plácida navegacion en el golfo de las Damas, cuando D. Celestino llamó á Hernando para hacerle notar aquellos campos flotantes de yerbas marinas, cuya naturaleza y procedencia son apenas conocidas, y cuya aparicion causó tanta impresion en su primer viaje á los compañeros de Colon. Al ver estos la estension de muchas millas que ocupaban en la superficie del mar, notando su frescura y color, se entregaron á un acceso impetuoso de alegría, persuadidos de que aquellos estraños vegetales indicaban la proximidad de la tierra. Vana esperanza! El objeto que con tanto ardor deseaban descubrir, se hallaba todavía harto distante!

A la agitacion de los primeros dias, habia sucedido la calma; pues fuera de las cotidianas faenas de limpieza, y los ejercicios en que Galiano hacia adiestrar á su tripulacion constantemente, quedaban todavía algunas horas de descanso En una campaña larga, puestas ya las cosas á buen viaje y regulari-

zado el servicio, buscan los marinos, fuera de las horas consagradas al deber, alguna ocupacion amena ó grata al espíritu, algun solaz que temple y dulcifique la rigidez de sus comunes ocupaciones. Los espíritus bufones buscan, y encuentran por lo regular, objetos en que cebar su malignidad; vicio que en la mar parece adquirir mayor energía, aunque es cierto que para estos hombres temibles, no falta jamás ocasion para ejercer su pernicioso talento. Habíala tambien en el *Fulgencio*, donde ya hemos visto que tampoco faltaban críticos burlones de diente incisivo, ni alegre juventud que formase coro de aplausos; y, por otra parte, con la tropa de trasporte, y en clase de agregados ó dependientes, habian conseguido embarcarse algunos individuos no militares, verdaderos, aunque simulados, pasageros. Este carácter típico, entre muchos que presenta la varia escena del mar, ofrece variedades dignas de una descripcion fisiológica.

Ademas de la diversion (dice un autor pintando con trazos llenos de verdad é interés estas figuras notables y genéricas del mundo marino) que causa su presencia á la monotonía, por lo comun fatigosa, de una larga travesía, ofrecen en la diversidad de sus personas y bien marcados caractéres, allí donde no es posible sostener por largo tiempo el disimulo, asunto para interesantes y fértiles observaciones. Para conocer bien á un hombre, dicen los marinos, es necesario verlo en la mar. Porque allí no cabe el fingimiento. ¿Y para qué apelar á él? Estraños los unos á los otros, siendo cada uno de ellos centro de su círculo, siempre en presencia, alojados en un espacio estrecho que no permite sustraerse á las mas indiferentes miradas, ¿podrian, acaso, conservar una máscara incómoda, inútil y sofocante? Así, pocos dias bastan para cansar á los mas obstinados; pronto cesa la violencia; la reserva y el encogimiento desaparecen; se acercan unos á otros, se buscan y forman parejas; y dejando de estar comprimidos las genialidades y los pequeños resabios del carácter por ese poderoso nivel que en tierra se llama el buen tono,

se muestran en toda la desnudez de su natural. El barniz del mundo no resiste al aire cáustico de la mar.

No es decir que esto sucede siempre; verdad es que la discordia se insinua tambien y toma parte en el viaje; pero esto acontece cuando picando el amor propio, despierta celos y antipatías, ó bien cuando los víveres faltan.

Es en verdad un espectáculo curioso el que ofrece aquella multitud de gentes que, por diferentes caminos y de los puntos mas opuestos de la sociedad, se reunen á bordo de una embarcacion como en un estrecho desfiladero; aquella reunion hetereogénea de hombres y de existencias estrañas y contrapuestas, sometidas á las mismas leyes y privaciones, espuestos á los mismos peligros; aquella confusion, en fin, de rangos y posiciones sociales bramando de espanto por verse iguales.

Cierto es que hay pocas sociedades mas estrañamente mezcladas y compuestas que las que se reunen alrededor de una mesa de rancho de pasajeros en un buque. Vénse allí tantas plazas como novelas, tantos individuos como episodios; porque un viage á Ultramar es un acontecimiento crítico y notable en la vida de un hombre; no se emprende sin muy fuertes razones; y no es fácil encontrar quien por capricho, ó, como cierto viajero estravagante, para probar unos perros de caza, se embarque y corra los peligros y azares de la mar. Los pasageros son empleados de todas clases de la administracion ó del gobierno, civiles ó militares, para quienes, sin salir del servicio, el viage viene á ser el camino para obtener un grado superior, un adelanto ó subida en la escala gerárquica;

O colonos atraidos á la metrópoli por el deseo de gozar, y que despues de haber gozado, satisfecho su deseo de pasar por hombres ricos, fastuosos y grandes propietarios en América, vuelven á sus hogares á gozar de los beneficios de las leyes coloniales, proponiéndose compensar las larguezas y profusiones de que han hecho alarde, con una prudente y estricta economía en su pais;

O jóvenes criollos que habiendo venido á Europa á continuar sus estudios, se dan, á título de *americanos*, aire de pequeños señores, hablando siempre de negros y de cañas de azúcar, ocupándose poco de su educacion, y cuyos mas positivos certificados consisten ó se reasumen en las memorias de los sastres y zapateros;

O de artesanos que á fuerza de actividad y trabajo hicieron fortuna, reuniendo un pequeño bien, suficiente á su moderada ambicion; clase honrada y respetable; clase mucho menos numerosa que la de esas gentes mas sutiles é ingeniosas, astutos pescadores de agua turbia, que retornan dueños de una fortuna cuyas causas les seria embarazoso analizar, y de los cuales el mayor número olvida á su regreso el reconciliarse con su conciencia, que, segun costumbre, dejaron en manos del dios Neptuno á su *paso por el trópico*;

O de alegres herederos que la impensada muerte de un pariente llama á la participacion de sus bienes. Qué risueños, qué amables, qué poco exijentes se muestran, cuán satisfechos de todo: nada les mueve ni contraría. ¿Qué les importa el mareo, el tédio, las molestias del viage, ni aun el viento contrario? El difunto está bien muerto, y el acta legal y certificado en su faltriquera. No atreviéndose á depositar su confianza en los demas copartícipes, han resuelto venir todos juntos; tan grande es su impaciencia de palpar la bienaventurada sucesion. Pero cuán grande será su desengaño cuando vean que esta fortuna tan grande sobre el papel es mas ficticia que real!

O de mercaderes y traficantes grandes y pequeños, de toda edad y condicion, que dejan ó retornan á sus mostradores; gentes metódicas y calculistas, para quienes el viage no ofrece mas que un interés proporcional á los riesgos de la ganancia que cuentan obtener sobre las mercaderías que acompañan. Almas sólidas, imaginaciones cúbicas, insensibles á todo lo que su existencia ofrece de animado y pintoresco; frios y secos como el resultado de un cálculo aritmético. Su única poesía es el tan-

to por ciento, y en este concepto ellos son poetas consumados.

Aunque es numerosa esta especie, el pacotillero se distingue en ella como una variedad. El pacotillero, propiamente dicho, es el complemento indispensable de toda travesía; tiene su especial carácter, es un verdadero tipo. Como habituado á la vida y los usos marítimos, es de genio abierto, de humor sociable y alegre, muy amigo de sus comodidades; en caso necesario se constituye en agente, llevando la voz por los demas pasageros. Es ademas petulante y entremetido en las cosas de á bordo. Se le vé aparecer entre los que ejecutan las maniobras, conoce los rumbos de la aguja, discurre sobre la oportunidad y acierto de las disposiciones, y aun falla osadamente sobre ellas entre sus asociados. El momento de su triunfo es, sobre todo, al principiar un viage; cuando los pasageros, atacados del mareo, permanecen aletargados en sus alojamientos; entonces, haciendo alarde de sus hábitos marinos, come y habla aturdiendo con su pretenciosa y osada locuacidad.

Tales son, poco mas ó menos, las especialidades que se presentan á la primera inspeccion entre los pasageros; pero esta es solo todavía una parte (la mas compacta en verdad) de esa muchedumbre de viageros que se dirigen al otro lado del Océáno en busca de las bocas del Pactolo. Es el grupo principal del cuadro, cuyos accesorios, variados de tintas y detalles, animan y completan el conjunto.....

¿Habeis asistido alguna vez á la salida á la mar de alguna embarcacion, al emprender un largo viage? ¿Habeis notado entre los pasageros agrupados en torno, ó á las inmediaciones del cabrestante, ciertas gentes de alegre y animada fisonomía, mirando izar y largar las velas, ó haciendo ruidosamente sus adioses, dejando percibir señales de orgullo por verse y ser vistas á bordo de un navío? Pues en la desgraciada figura y continente, en la torpeza con que se interponen y estorban el trabajo de los marineros, en su tímido andar y movimientos indecisos, que tanto contrastan con el aire de seguridad que aparentan en su

rostro, se adivina fácilmente que hacen su primer viage, que son noveles pasageros.

Ved como sus ojos chispean de impaciencia, y cómo miran con aire de compasion aquella patria que abandonan; cuán confiados parecen estar en su destino, que tan puro y brillante se les aparece. Cada uno de ellos tiene su proyecto, formado su sueño de ventura y levantado su castillo aéreo, magnífico, construido con amor, rico de ornamentos, vasto en proporciones y de una ejecucion fácil en estremo; porque, segun ellos, lo mas está hecho; ya se han embarcado; ya parten y cada instante los aproxima á la venturosa Jáuja, á aquella tierra de Canáan que debe realizar sus doradas ilusiones.

Entre los empleados ó dependientes afectos á la contabilidad y al material de la tropa trasportada, habian logrado ingerirse algunos y obtener plaza, con el solo fin de asegurar su pasaje; y fácil era reconocer en ellos muchos de los rasgos tan fielmente trazados que acabamos de reproducir.

Cuando la lejanía del riesgo trajo la calma á los espíritus espantadizos, empezaron á asomar como los caracoles en buen tiempo y á notarse sobre cubierta, entre los semblantes habituales y la uniformidad oficial y característica de las fisonomías militares, algunos visages exóticos, que saliendo como sombras del hondo seno del navío, se adelantaban lentamente y como ganando terreno hácia popa. Las miradas y observaciones burlescas de los temibles críticos del alcázar habian ya tropezado con la heteróclita figura del *Sr. Liberato Parruchino*, especie de agregado á la contabilidad de la espedicion, si bien y segun su propósito, aquel encargo debia terminar con el viage; pues bajo el pretesto y salvaguardia de empleado supernumerario, habia sabido asegurar el pasaje tan difícil en aquellas circunstancias, encubriendo el verdadero designio de trasportar á Méjico una preciosa pacotilla de jabones, pelucas y aguas de olor, con otros útiles de *toilette*, todo de París y que se proponia esplotar proficuamente á costa de los elegantes de ambos sexos de aque-

lla rica capital, cuyas cabezas debian resentirse de un atraso vergonzoso y lamentable, causado por tan largo entredicho con el emporio del buen gusto. La figura del Sr. Liberato contribuia, mejor diremos, justificaba aquella maligna curiosidad. Su apocada y enteca persona se hallaba envuelta en un amplio redingote á la *Fayette*, por entre cuyas grandes solapas descollaba, tras de una inmensa corbata, la cara del perfumista acompañada lateralmente de grándes y prolongadas melenas. Completaba su adorno por abajo un calzon de punto de color anteado y unas enormes botas de campana, y por la parte superior un gorro frigio de un color rojo vivo; y, por último, una pipa turca daba constante y grave ocupacion á sus manos y boca. Hacíase de notar por la presuncion y confianza con que se entremetia en las conversaciones y daba su voto, aun en las cosas marítimas, y fácil era conocer que el Sr. Parruchino estaba predestinado á ser la víctima espiatoria, sacrificada al fastidio de los burlones del *Fulgencio*. Mas por una cualidad singular, inherente á cierta clase de fatuos, su escesivo amor propio lo ponia casi á cubierto de las pullas de sus perseguidores; pues aquellos son, por lo comun, los últimos en conocer y atormentarse por sus propias ridiculeces; y esto es lo que el sabio Necker ha demostrado discertando detenida y fisiológicamente sobre la envidiable felicidad de los tontos.

Pero donde el Sr. Liberato reinaba sin rivales y se hacia escuchar como un oráculo, era en el rancho del contramaestre, á cuya mesa estaba asociado con los oficiales de mar, los sangradores, despenseros y otros pasageros y notabilidades de segundo órden. Allí era donde el ardiente demócrata desplegaba las flamantes teorías de la *libertad*, *igualdad y fraternidad*, contra la altanera aristocracia de los grandes y los ricos; y demostraba á su atento auditorio, que un navío de guerra es la mas amarga ironía de aquella santa igualdad y de los *imprescriptibles derechos del hombre*; segun la mas fresca teoría del sansculotismo; teoría que aceptaba y realizaba hasta cierto punto el

primer contramaestre del navío de S. M. el *Fulgencio*, repartiendo con una escrupulosa igualdad los inumerables chicotazos con que solia preludiar las grandes faenas, para vencer la inercia de los marineros rezagados ó perezosos. Sospechábase tambien, en vista de ciertas espresiones y del fervor patriótico que el peluquero trashumante dejaba ver en sus discursos, que bajo aquella condicion artística se ocultaba alguna mision política en Ultramar; pero de los fundamentos de ésta última presuncion tendremos, acaso, lugar de cerciorarnos en el progreso de esta verídica historia.

Ningun acontecimiento estraño ó digno de referirse ocurrió en el navío en los veinte dias que ya llevaba de navegacion. El tiempo seguia favorable, la mar llana, y navegando siempre á rumbo, el buen humor reinaba de consiguiente á bordo, y cada cual se aplicaba con libertad de espíritu al desempeño de sus respectivos cargos ó á sus distracciones.

En uno de aquellos hermosos dias, que acertó á ser domingo, permitiéndolo el estado de la mar, dispuso el comandante se dijese la misa en el alcázar; pues en los dias de mucho viento, no existiendo, por otra parte, alguna razon que lo impida, se suele celebrar en la batería. Este acto religioso que en la mar reune á su grave sencillez una idea sublime de grandeza difícil de esplicar, escitó sentimientos de respeto y admiracion en el alma de Hernando.

Concluidas las faenas ordinarias de baldeo y limpieza, despues de almorzar la gente, vestida la tropa y marinería, *picando* la campana de la cámara y despues la del castillo las nueve, rompieron los tambores y pífanos de la guarnicion y de la tropa de trasporte con el toque de ordenanza que convoca para este acto religioso. En tanto los marineros afectos al servicio de banderas y señales disponian, sobre el alcázar, delante de la rueda del timon, una mesa de altar de tijera, sobre la cual colocaron un ara, y despues de haberla cubierto con el frontal y el mantel, pusieron un crucifijo y dos candeleros, cargados de plomo en su

base para impedir su caida con los balances, terminando estos preparativos con cubrir parte del alcázar con el toldo propio de aquel lugar. Resonaron en seguida con estruendo por todo el ámbito del navío el segundo y tercer toque, é inmediatamente se fué cubriendo por ambas bandas el alcázar y pasamanos con la tropa y marinería, todos en perfecta formacion y guardando un respetuoso silencio, dejando el centro del alcázar para el comandante, los oficiales y la plana mayor. Revestido el capellan con los ornamentos sacerdotales y tomada la venia del primero, un prolongado redoble para la tropa y un toque de pito del contramaestre para la marinería, anunciaron que iba á comenzar el augusto sacrificio. Difícil es concebir el silencio profundo que se siguió á aquella marcial é imperiosa señal. Al tumulto y rumor de costumbre, sucedió un recogimiento general, y en aquellos momentos en que hubiera podido distinguirse el mas imperceptible ruido, solo se oian las voces del sacerdote y su ayudante, alternadas con el susurro de las olas que cortaba el tajamar, el blando estampido que de vez en cuando producia el flameo de las velas impulsadas por un viento galeno y el rechinamiento de las maderas del navío en su leve y pausado movimiento de balance. No, no hay hombre por frio ó escéptico que sea que al hallarse en un acto semejante no esperimente una emocion profunda, escitada por un sentimiento de admiracion y humildad, ante la grandeza de aquel espectáculo, que revela la del Supremo Hacedor y árbitro de los destinos humanos. Aquella nave surcando la inmensidad del Océano con orgullosa magestad, en tanto que un millar de hombres, santificando el dia del Señor, le tributan sumisos el homenage de su adoracion y respeto; aquella armonía guerrera que rompe con estrépito al elevar de la Sagrada Hostia; aquella mezcla de arrojo, de religion y de humilde adoracion, aquel singular contraste formaba á la verdad un cuadro grandioso y sublime. He aquí por qué la mar no podrá ser jamás una escuela favorable al ateismo, pues el Océano en su inmensidad, tanto en su estado de calma como en

los dias de su cólera, siempre revelará á los incrédulos la presencia del Señor y lo terrible é infinito de su poder.

Concluida la misa y leidas en alta voz, segun la costumbre en los buques de guerra, las leyes penales, y pasada una general y escrupulosa revista de ropa, todos se retiraron al son de los pífanos y tambores, desapareciendo simultáneamente por diferentes escalas, para entregarse alegremente los francos de servicio, unos al descanso y otros á los juegos lícitos que se toleran á bordo, y á que daba lugar la festividad del dia y la bondad del tiempo, dispersándose en diferentes grupos desde el palo mayor hasta proa, así como por el combes y las baterías. Nuestro conocido el Sr. Liberato, participando del general sosiego, departia acaloradamente con varios de sus cólegas de rancho, comunicándoles toda la indignacion que se habia apoderado de su alma republicana al oir la lectura de aquel bárbaro código penal marítimo; y preocupados con esta discusion, se dirigian hácia el pañol, donde les esperaban ciertas botellas y una interesante partida de truquiflor, cuando vieron agolparse muchos marineros á las bordas, como atraidos por algun objeto estraño. Era una bandada de *voladores*, cuya presencia indicaba ya la inmediacion á las regiones tropicales. Son así llamados unos peces cuyo tamaño no escede de siete pulgadas, y que tienen la singular facultad de elevarse sobre la superficie de las aguas. Nada, en efecto, es mas raro y sorprendente para los que por primera vez atraviesan aquellos parages, que el ver elevarse, saliendo del seno de las ondas, aquellos hermosos pescados, cuyo cuerpo brilla á la luz del sol con un resplandor argentino, en tanto que su cabeza, pecho y cola presentan todas las tintas de un bello azul esmalte. Sostiénense en su vuelo, que rara vez escede de 70 ó 80 varas, por medio de unas alas, ó mas bien de unas membranas sutiles que despliegan, tan largas como su cuerpo; pero pueden repetir su vuelo, sumergiendo sus aletas ó membranas en el agua cuando se les secan. Caminan por tropas ó cardúmenes como la sardina, y abundan particularmente

en los mares del Sur. Este pequeño pescado es de todos los habitantes del mar el mas inquieto y agitado; y cuando se vé acosado por los innumerables enemigos que le persiguen, así en el agua como por el aire, se vale de su doble y maravillosa facultad de nadar y volar para huir de ellos. Si en su fuga encuentran alguna embarcacion que se eleve poco sobre la superficie del mar, suele caer ó buscar en ella su seguridad con gran satisfaccion de los marineros, porque su carne es sabrosa y delicada.

Los del *Fulgencio* se contentaron con verlos; pero su vista y la de las doradas y otros pescados que los seguian, y que partiendo en la direccion de su vuelo los esperaban para devorarlos, excitó su alegría y el ardor de algunos que observando un tiburon que, á corta distancia de la popa, seguia las aguas del navío, se dirigieron al oficial de guardia para que les alcanzase licencia del comandante con el fin de echarle un lance. Hacia algunos dias, en efecto, que dos ó tres de estos voraces y terribles animales, atraidos por los destrozos de la cocina y otros desechos que se arrojaban al agua, ó porque segun el decir de los marineros, olian la carne humana, seguian con constancia el navío. Lo que escitaba en ellos este deseo no era ciertamente lo sabroso de la carne del horrible cetáceo; antes, por el contrario, los provocaba á la lucha la aspereza y ferocidad del monstruo, que el marinero mira como á su natural enemigo. El permiso concedido, corrieron los inteligentes á hacer los fáciles preparativos que exige esta pesca, análoga y muy semejante en los peligros á la caza de montería contra los osos y jabalíes.

El tiburon tiene el cuerpo prolongado, la cabeza ancha y aplanada, terminada en una punta corta, y los ojos medio cubiertos de una membrana. En lugar de oidos, tienen cuatro ó mas aberturas ó agallas, por donde respiran, colocadas á un lado del cuello. La amplitud de su boca y gaznate es tan desmesurada, que los tiburones grandes, (y los hay que llegan y aun esceden de 30 piés), pueden tragarse un hombre entero. Sus qui-

jadas están armadas de muchas filas de dientes puntiagudos, triangulares y planos, blancos como el marfil y que se aumentan con la edad; su lengua es áspera, gruesa, corta y cartilaginosa; su ano está colocado entre las aletas ventrales: la piel es de color ceniciento, muy áspera al tacto, y está cubierta de una mucosidad abundante y fosfórica, en ciertas circunstancias. Tiene las aletas fuertes y negruzcas, unidas por músculos poderosos, lo que da al animal la facultad de nadar con estrema facilidad. Es feroz cuanto voraz, impetuoso en sus movimientos, ansioso é insaciable de sangre; es verdaderamente el tigre de los mares. Sin duda para atenuar tantos medios de destruccion, ha colocado la naturaleza tan baja y de tal modo la boca del cetáceo, que aun cuando se encuentre ya sobre su presa, se vé obligado á volverse para agarrarla, lo cual favorece en ocasiones la fuga de sus víctimas. Ataca á los hombres, con preferencia á los negros y gente de color, y cuando encuentra una embarcacion en alta mar, la sigue por lo comun mas ó menos tiempo, atraido de los desperdicios de la cocina que se tiran al agua, y para devorar á los hombres que caen ó se arrojan á ella despues de muertos. Concluiremos esta exacta descripcion que hemos tomado de observadores contestes y fidedignos, añadiendo que los hay que pesan mas de mil libras, y que se saca de ellos una grasa ó aceite muy estimado.

Ya se deja entender por qué el marinero, que de suyo es crédulo y supersticioso y sabe una porcion de historias siniestras sobre los tiburones, es su natural enemigo y se halla siempre dispuesto á hacerle cruda guerra, con tanto mas aliciente, cuanto es mayor el peligro que presenta. Cree en su odio contra el terrible animal que este huele la carne muerta, y no falta quien sostenga que es tal la finura de su olfato, que huzma los enfermos á larga distancia, y se cita en corroboracion de esto la tenacidad con que siguen, sobre todo, á los barcos negreros, y su permanencia en las radas cuando la tempestad arroja y estrella contra su costa las embarcaciones.

Pronto corrió la voz en el navío de la pesca del tiburon y fueron designados, entre los mas arrojados é inteligentes, los actores de aquella lid, ocupando los demas el coronamiento de popa, las batayolas y las jarcias de mesana, para presenciar los lances de la lucha. Los oficiales francos de servicio y la plana mayor ocuparon la parte preferente y mas autorizáda en aquella arena naval; y los pasageros, suspendiendo su truquiflor y sus libaciones, lograron insinuarse, á costa de algunos codazos y bufidos de la gente de mar, en lugares no menos cómodos y seguros. Hernando, á la sazon de guardia, fué particularmente encargado de la conservacion del órden, y tambien de contener el arrojo imprudente de los protagonistas de aquella acuática lid.

Preparado ya un arpon ó anzuelo de fierro de gran dimension, sujeto á una cadena del mismo metal como de dos ó tres brazas, unida á una cuerda ó sondaleza de suficiente grueso y resistencia, fué colocado en aquel un gran trozo de carne salada, suministrada ó mas bien arrebatada al cocinero, que bien asegurada en el anzuelo, habia de servir de carnada; y todo este aparejo fué lanzado al mar con estruendo á fin de atraer la atencion del enorme tiburon, objeto de aquellos preparatativos. En efecto, el cetáceo nadó con velocidad en direccion de la carnada y se sumergió en pos de ella; todas las miradas se dirigieron ansiosas hácia aquel parage, y poco tardaron en ver sobresalir su negra aleta, distinguiéndose á favor de la trasparencia de las aguas el enorme bulto del pez, á cuya vista se oyó un grito general de horror y de rabia. El tiburon se agita siguiendo el anzuelo y la carnada, segun los varios movimientos y sacudidas que de intento le comunican desde el coronamiento de popa. Acércase mas y se revuelve con impaciencia para cojerlo; á veces parece como que lo olfatea receloso, antes de decidirse.

Llega por fin el momento crítico: el cetáceo se decide: apártase un poco, se vuelve lentamente, y así medio vuelto abre una boca que asusta á los pages y hace palidecer á mas de un pasa-

gero; la carnada con el garfio y media vara de cadena han desaparecido entre las mandíbulas del tiburon: los marineros dan una violenta sacudida, con lo cual la punta arponada del anzuelo se clava en el exófago del monstruo; huye este tesando la cuerda, y lucha y forcegea para desasirse. Estallan en aquel momento mil gritos de triunfo; llueven las injurias y las provocaciones insultantes contra el tiburon; la mar se cubre en torno suyo de blanca espuma, y con sus movimientos llenos de un furor convulsivo, se clava mas y mas el arpon oculto en el pérfido presente. Da saltos atroces y describe curvas en cuanto lo permite la cuerda tirante, que á duras penas retienen muchos brazos. Húndese de repente, quedando como suspendido en el abismo; pero vuelve á subir, para luchar todavía, poniendo á la prueba todo el vigor de los marineros; mas ya sus revoluciones y sacudidas son menos violentas, sus ojos sanguinolentos se van amortiguando. Los espectadores, inclinándose con precaucion á la mar, contemplan gozosos el aniquilamiento del enemigo, y lanzan mil apodos y dicterios que provocan la risa y el contento. Diez fornidos marineros tiran de la cuerda y lo elevan fuera del agua. El tiburon que se siente suspender, se agita con violencia azotando con su cola cuanto encuentra, y arrojando espuma hasta la cara de los curiosos. Cesan, al fin, sus convulsiones y el cuerpo del pez se prolonga por su propio peso.

Terminada su agonía le pasaron con destreza un lazo corredizo que, estrechándose al llegar á la cola, lo aseguró fuertemente por su parte mas angosta; á favor de lo cual fué suspendido y trasportado, no sin grandes precauciones, sobre cubierta. Apenas lo colocaron en ella volvió á agitarse con nuevas y temibles sacudidas: en esta disposicion es arrastrado hasta el centro del navío dejando en pos de sí un rastro de sangre negruzca, en medio de una calle de curiosos, que la prudencia hace bastante ancha. Todos se apartan del animal, en particular de las inmediaciones de su cola, donde el riesgo es mas seguro; algunos marineros mas curiosos trepan sobre la régala, en tanto que

los pasageros con los menos animosos se encaraman sobre atalayas mas distantes. Solo el pacotillero demócrata, llevado de su impertinente suficiencia, y creyendo poder pasar sin riesgo por hombre valiente, se pavonea alrededor con aire maton y desdeñoso. La inmovilidad del tiburon inspira confianza; el cerco se estrecha poco á poco, y todos dejan paso al cocinero que, armado de una hacha de agudo filo, se dispone para dar el primer golpe. Acércase con aparente resolucion, y dirige un apóstrofe insultante al tiburon, al mismo tiempo que le sacude con el mango del hacha un fuerte golpe. El animal da un terrible coletazo que aleja á buen paso á los imprudentes, y hace brincar grotescamente al asustado Parruchino, que en su brusca huida resbala en la cubierta y cae de hocicos sobre el lomo del pez, en tanto que su gorro, símbolo glorioso de la libertad, viene á parar junto á la boca del monstruo, derrocado emblema de la mas preponderante aristocracia, el cual, con un resto de vida, lo muerde y desmenuza entre sus dientes sin respeto á la república *única é indivisible*; y este accidente provoca largas é inestinguibles carcajadas á espensas del malparado sansculote. Por último, la temible cola es cortada de un hachazo bien dirigido: los valientes descienden de sus alturas y se acercan todavía cautelosos: un grumete le introduce por burla un espeque en la boca, y el animal, á pesar de estar abierto, y separadas ya sus carnes palpitantes, imprime, no obstante, en él con fuerza sus dientes puntiagudos. Terminado aquel acto de justicia, los restos inanimados del tiburon, á escepcion de algunos pedazos de su carne dura y correosa de que algunos intrépidos marineros quisieron hacer un fricasé, fueron arrojados al mar en medio de las imprecaciones y algazara de todos los tripulantes del *Fulgencio*.

Cuando aquel solaz y naval ejercicio de los marineros hubo terminado, se hallaba el sol ya en medio de ese aparato imponente con que suele rodearse en los mares tropicales en los momentos de su ocaso. Destacábanse nubes de varia y caprichosa figura sobre un cielo inflamado, ofreciendo en sus estrañas y fan-

tásticas formas, en sus variables é indecisos contornos, la apariencia de montañas de enhiesta y pelada cumbre y de ardientes volcanes. La celagería semejaba ejércitos que ya avanzan ó retroceden amontonados, ya se buscan ó se evitan, en tanto que en el fondo de aquellos espacios encendidos, á manera de llanuras interminables, parecian verse campos, pueblos, torres y ciudades, sobre un foco de fuego inmenso é inestinguible.

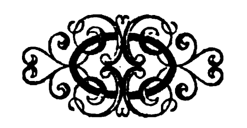
El sol, próximo á sumergirse en el Océano, encendia en vivas llamas las aguas que parecian absorberlo. Algunas ráfagas inflamadas se extendian aun por la bóveda celeste; las nubes mas próximas al horizonte semejaban masas de púrpura y oro, en tanto que otras teñidas de azul y rosa, se elevaban y dispersaban errantes por el espacio; mientras que la luna con su luz argentina, empezaba tambien por la parte opuesta á difundir sus débiles resplandores.

La hora del reposo se aproxima; pero hay antes un deber que cumplir. Un deber religioso llama, en efecto, sobre cubierta á todos los que el servicio permitia ó dejaba libres para concurrir á un acto fiel y constantemente observado en nuestros buques. Ya reunidos y formados en ambas bandas los tripulantes y tropa de trasporte del *Fulgencio*, el capellan, colocado á popa y en el centro de la piadosa multitud, empezaba la humilde y habitual plegaria á la reina de los cielos.

Pero cedamos aqui la palabra á un escritor que por sus numerosas escursiones en el Océano, su sólida é ilustrada fé religiosa, no menos que por lo sublime y encantador de su poesía, ha pintado con poderosa verdad este y otros actos religiosos de la vida del marino. Dejemos, pues, hablar al ilustre Chateaubriand, quien pintando una escena semejante, observada por él en los mares que bañan las orillas de la Virginia, dice:

"Bien digno de lástima seria aquel que á vista de tal espectáculo, no hubiere reconocido la bondad de Dios. Mis lágrimas corrian, á pesar mio, de mis párpados, cuando mis compañeros, quitándose sus alquitranados sombreros, se pusieron á can-

tar con voces enronquecidas un simple cántico á *Nuestra Señora de Buen Socorro*, patrona de los marineros. ¡Oh cuán tierna me pareció la plegaria de aquellos hombres que, sobre una frágil tabla, en medio del Océano, contemplaban al sol que desapareció entre las ondas! ¡Cómo penetraba el corazon aquella invocacion del pobre marinero á la Madre de los Dolores! La conciencia de nuestra pequeñez á vista del infinito, nuestros cánticos perdiéndose á lo lejos sobre las ondas, la noche aproximándose con sus asechanzas, la maravilla de nuestra embarcacion en medio de tantas maravillas, un equipaje religioso penetrado de admiracion y de temor, un sacerdote augusto orando, Dios inclinado sobre el abismo reteniendo al sol con una mano en las puertas del occidente, elevando en el oriente con la otra la luna, y escuchando con atencion al través de la inmensidad la voz de su criatura: he aquí lo que no se puede pintar y lo que apenas basta todo el corazon del hombre para sentir."



## CAPÍTULO XV.

**El paso del Trópico.—Farsas marítimas de igual género en otras naciones.**

> Carretero, cochero, ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quién eres, á do vas, y quien es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan=.... Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante; porque desde mochacho fuí aficionado á la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula.
>
> Cervantes.—*D. Quijote, 2.ª parte, cap. XI.*

Una sorda agitacion, tras de muchos dias de placentera calma, se iba difundiendo en el *Fulgencio:* veíanse corros de marineros viejos donde se hablaba misteriosamente y con recato de los pasageros, que arremolinados y mohinos presentian cosas siniestras: sin duda se aproximaba algun grave riesgo, ó por lo menos algun trance capaz de comprometer la comun seguridad. El miedo es de suyo curioso y pregunton, y poco tardó en saberse que se acercaba el terrible *paso del Trópico.* Contábanse sobre mesa y en las tertulias de proa mil funestos lances ocurridos en este temido é inevitable paso; los marineros veteranos contestaban á los tímidos pasageros por monosílabos ó evasivas embarazosas que aumentaban la angustia de los cuitados, y hacian reir para sus adentros á los que se preparaban para la alegre y proficua ceremonia.

Puesto que se nos presenta la ocasion, que á fuer de novelistas no podemos dejar de acoger gustosos, de hablar de esta

singular y antiquísima costumbre marítima, vamos á dar á nuestros lectores una detallada descripcion de la que se practicó en el *Fulgencio*, y que, con leves variantes, es la misma que se representa en la mayor parte de los buques españoles.

No nos empeñaremos, por cierto, en investigaciones inútiles, ni levantaremos un aparatoso edificio sobre el deleznable terreno de las conjeturas, apropiándonos á todo trance la invencion de la farsa tropical, imitando á cierto autor francés que, llevado de un exagerado celo patriótico, se remonta hasta los tiempos heróicos, para sentar con harto poca lógica, que *todo induce á creer que este uso ó ceremonia*, cual se practica en el dia, *es de orígen francés*; aunque contra el dictámen de nuestro vecino, podríamos alegar en nuestro favor probabilidades de mas peso y consistencia. Podríamos decirle, por ejemplo, que en tanto que los españoles *cortaron los primeros el Trópico* sobre frágiles carabelas en busca de las desconocidas regiones occidentales, era esta empresa desdeñosamente calificada de inútil y quimérica por los príncipes y hombres de gobierno de las demas naciones de Europa; y que solo despues que el éxito coronó aquel noble arrojo, aquella admirable constancia, adquiriendo para España el glorioso trofeo de un Nuevo-Mundo, fué cuando los navegantes de las demas naciones europeas siguieron aquella derrota, tan conocida ya de los españoles, como simples especuladores ó mercaderes. Pudiéramos tambien agregar, que el carácter de la farsa misma era muy propio del gusto que entonces reinaba en España, y que bien pudo ser sugerido su argumento por algun marino aficionado á la *farándula* y á la *carátula*, acostumbrado á ver las representaciones de los autores cómicos de aquel siglo. Pero no queremos ser tan ambiciosos de gloria que todo nos lo queramos apropiar; quédese, pues, en buen hora, para nosotros lo de haber cortado los primeros el Trópico, y dejando lo de la invencion de la farsa marítima para quien lo quiera, vamos á ocuparnos pacíficamente de nuestra descripcion.

Arremolinados y de mala guisa andaban como dijimos los noveles pasageros en el *Fulgencio*, al observar aquellos visajes cariacontecidos, aquellas medias palabras y ciertos preparativos que no era posible ocultar á su miedosa suspicacia. Sus recelos subieron, sobre todo, de punto la víspera del dia en que se verificó el tremendo paso. El sol, como haciéndolo á posta, en lugar de descender radiante y pomposo sobre campos de fuego, cortejado por la magnífica celajería de oro y de púrpura con que acostumbra ponerse en las regiones tropicales, le dió la gana de dejar que multitud de nubes parduscas y jigantescas, fantásticamente sobrepuestas y dejando entreveer entre sí abismos inflamados, se interpusiesen con descortesía ante su puro disco, anticipando de este modo la oscuridad y amedrentando con sus caprichosas formas la ya herida imaginacion de ciertos observadores. Parecíales que el navío, arrastrado por una fatal atraccion, corria á abismarse en la direccion de aquel foco infernal, y una indecible zozobra se apoderaba de su espíritu. Sus inquietas miradas seguian en tanto los movimientos de los oficiales y pilotos, que en aquel momento procuraban observar la amplitud del astro dirigiendo enfilaciones con la aguja azimutal; operacion que, teniendo cierto aire de magia ó sortilegio, no contribuia por cierto á tranquilizarlos. En el instante de ocultarse el astro, se oyó una fuerte voz de la toldilla, diciendo: *¡El trópico, el trópico!* Al oir aquella voz Parruchino, preguntó medio horrorizado qué era lo que se veia, y un guardiamarina le presentó gravemente un anteojo, por el que aplicando el mejor ojo que tenia, vió allá en el horizonte una línea ó barra negra de sólida y evidente apariencia que parecia oponerse al paso del navío; (gracias á un hilo de este color que aquel habia sagazmente colocado de antemano sobre el objetivo del instrumento). Nada mas se atrevió á preguntar el malparado pasagero, ni le dijeron; y mustio y alicaido se fué á comunicar su observacion á sus cólegas de rancho, que no osaban preguntar si el temido paso habria de verificarse por encima ó por debajo de aquella fatal barrera.

Ya era entrada la noche, cuando iniciados y profanos oyeron con sobresalto una desusada y tremenda voz que, interrumpiendo el silencio propio de aquellas horas, llamaba desde la region del aire (como si dijéramos desde la cofa mayor), con estas palabras: *Ah del navío!* Mudos con la sorpresa cuantos en la cubierta se hallaban, esperaron á que el oficial de guardia tomase á su cargo el contestar, el cual, tomando, en efecto, una vocina contestó con entereza con el acostumbrado: *qué dirá?* Demas está decir que la turba de pasageros y empleados terrestres que á la sazon se hallaban en el pañol del contramaestre, acudieron por diversas escalas, escitados por aquellas voces, que algunos creyeron procedentes de otra embarcacion.

La voz aérea preguntaba entonces el nombre del buque, el de su comandante y el punto á donde se dirigia, á lo cual contestó puntualmente el oficial de cuarto, despues de lo que con voz ahuecada y algun tanto vinosa dijo al interlocutor invisible.

—Yo, el secretario del dios Neptuno y principal ejecutor de sus mandatos, vengo por su voluntad de donde yo me sé, á publicar un bando, cuyas reglas observadas de todo tiempo en sus dominios, quiere y se le antoja sean ahora rigorosamente cumplidas por cuantos vienen en esta embarcacion.

Esto diciendo el mensagero celeste, descendió *humanamente* y sin otro ceremonial por la tabla de jarcia, dejando ver su estraña figura, muy semejante á la de un curial ó alguacil. Precedido entonces de un tambor, que pareció allí como llovido, tocado por una especie de vestiglo acuátil, marchó con gentil compas por el alcázar, pasamanos y castillo de proa, y retrocediendo hasta el palo mayor, fijó en él un cartelon manuscrito, (pues el arte de Gutemberg no habia bajado aun, á lo que parece, á las regiones submarinas), en el cual se leia el siguiente

BANDO.

*Neptuno, hermano de Júpiter, dios de los mares, etc., etc.*
*Habiendo llegado á mi noticia que un navío del rey de España*

*trata de atravesar estas regiones tropicales sin haber obtenido con anticipacion mi especial permiso, he venido en mandar, como por el presente mando en virtud de la indisputable soberanía que me corresponde sobre las aguas, lo siguiente:*

Artículo único. *Cualquier individuo de este navío, perteneciente á su tripulacion, ó á la clase de pasageros, que no haya cortado el trópico antes de ahora, pagará una multa con arreglo á sus facultades, por el atrevimiento de surcar estos mares sin la competente autorizacion. Item: que á fin de prevenir que alguno de los que se hallan en el caso antedicho, pueda maliciosamente escabullirse ó trasconejarse por no pagar tan justísimo tributo, mando que por órden del* Sr. Comandante *se forme una lista general que esprese clara y distintamente los que deban contribuir; advirtiendo que, si por desgracia hubiese alguno (que no es de esperar), que peque contra este mandamiento, sufrirá irremisiblemente tres zambullidas, vestido y calzado, desde el penol de sotavento de una verga, sin que ruegos ni lágrimas le libren de tan merecida pena. Dado en mi Palacio de Cristal á de enero de* 1799.—Firmado.—Neptuno.

Tal es con leves diferencias el bando que por lo comun precede á la celeste visita. Si en su locucion se trasluce poco lo divino; si peca algunas veces contra la exactitud clásica, y no pocas contra la gramática, no por eso deja de llenar el objeto á que se dirige; y ningun pasagero, por lerdo que sea, deja de comprender á donde se encaminan las interesadas insinuaciones del dios de los chubascos. Mas como al fin nos ha de ser forzoso, á pesar de nuestra natural reserva, poner al lector en la confianza de los resortes secretos de esta gran mistificacion, le diremos que de tiempo inmemorial toca, como carga concejil, al escribiente del detall del buque, ó á algun marinero *leido*, la confeccion de aquel importante documento.

Concluido de leer y fijar el pregon, y despues de un largo redoble, se estinguieron las luces improvisadas que alumbraban

aquel acto, desapareciendo al mismo tiempo la vision; despues de lo cual se disiparon instantáneamente los grupos que se habian formado sobre cubierta, volviendo á quedar todo en el navío en su anterior estado de órden y reposo.

Amaneció el siguiente dia entre la impaciencia y los temores de todos los interesados en aquel suceso; y una vez finalizadas las faenas de limpieza y demas de costumbre, comenzaron las disposiciones necesarias para recibir y solemnizar la importante visita anunciada del dios de los mares; pues él es el que, sin pararse en etiquetas, viene en persona á cobrar el peage y tributo con todos sus arreos celestiales, como el mas despreocupado lechuzo.

Ya el centinela que á la puerta de la cámara tenia tambien la consigna de custodiar la ampolleta, que mide las horas y regula el servicio en los buques de guerra, habia clavado los ojos con una impaciencia visible en los últimos granos de arena, que con una lentitud desesperante descendian por su orificio; y cuando á favor de algunas sacudidas ilícitas y subrecticias consiguió el completo descenso de la materia deleznable, picó en la campana de popa dos golpes dobles, que repitió instantáneamente y con estruendo la grande del castillo de proa. Aquellos toques, inteligibles solo para los marinos, significaban para todos que habian dado las diez de la mañana. No bien habia espirado el eco de la campana grande de proa, que segun la intencion con que sonaba parecia como querer tomar parte en la fiesta, se oyó un tremendo vocinazo, semejante al de la víspera, y vióse de repente en la cofa mayor del navío al dios Neptuno acompañado de toda su corte.

Aquí esperarán nuestros lectores, y vendria como de molde, una trabajada descripcion del celestial aparato con que el númen se aparece á los mortales; la divina aureola, los refulgentes atributos, la concha nacarada y el séquito de hermosas nereidas y bulliciosos tritones; pero deberán hacerse cargo de que en aquellos sitios no se tienen á la mano los recursos y máquinas

de la ópera; y que exigir allí tales cosas, es lo que verdaderamente podria llamarse *pedir cotufas en el golfo.* Por lo tanto, habrán de conformarse con un Neptuno decente, algo prosáico á la verdad, pero habilitado con lo mejor de casa. Así, en lugar de un anciano coronado, de augusto aspecto, ceñido del purpúreo manto y empuñando el poderoso tridente con que enfrena las olas y amansa los huracanes; en vez de aquel aspecto entre magestuoso y airado con que pronunció el famoso *Quos ego....*, habrán de conformarse, fuerza es decirlo, con *un moro*. Pero si bien sufria la verdad clásica con tan singular *quid pro quo*, quedaba en cierto modo compensada esta falta con el enorme turbante, la luenga y poblada barba formada con la mejor estopa de á bordo, superada de dos prolongados y lánguidos mostachos, que descendian, *more chinesco*, hasta confundirse con aquella, el matizado ropage, para cuyo aderezo habian contribuido garbosamente con los efectos de su cargo el piloto y el sangrador, y, por último, con el aire insolente y furibundo con que peroró al estupefacto auditorio.

Entre el grotesco acompañamiento del dios marino se distinguia á su lado, como de razon, el enviado de la víspera que, por su estrambótico ropage, entre clerical y alguacilesco, compuesto de almilla, calzones de maragato, balandran y bonete, y por el rollo de papeles que llevaba debajo del brazo, así como por lo exagerado de sus uñas, daba claramente á conocer sus funciones, representando una copia ó remedo del escribano estrafalario que vemos salir al teatro en nuestras farsas antiguas y entremeses. Otro personaje nada mitológico, aunque no menos útil é influyente en su consejo, acompañaba al Neptuno africano: este era el *Diablo*. El dios pagano hubiera hecho muy mal en traer á las Euménides y al Cancerbero á un buque español; así, con mejor acuerdo, y dejando á un lado escrúpulos mas propios de poeta novel que de hábil político, pidió á la cristiandad esta fuerza, como quien imparte auxilio á estraña jurisdiccion. Sírvele, pues, el diablo de poder ejecutivo, ó, mas bien, de

introductor y corchete, presentándole al pasagero reacio que duda ó se resiste á pagar la contribucion, para lo cual se vale maravillosamente de unos ganchos y cadenas de que va provisto. Suele hacer este papel el marinero mas diestro y bellaco de á bordo, y es ademas el payaso de la fiesta, pues conforme con su carácter satánico, se palmea ó desliza por los cabos que van de palo á palo, con otras morisquetas temerarias que ejecuta á favor de su ejercitada fuerza muscular y seguridad de cabeza. La figura con que se presentó el diablo del *Fulgencio* era la del mismo demonio, segun las tradiciones mas corrientes y admitidas; y justo es decir que compensaba con la fidelidad de sus atributos, la licencia mas que poética que se advertia en el dios de los mares. Este diablo, verdadero tipo de la fealdad, iba desnudo, esceptuando lo que cubria un escaso taparabo, llevaba una cola harto evidente, con un gracioso y bien enroscado par de cuernos de carnero, el cuerpo salpicado de manchas negras y coloradas, y agitaba en sus manos los consabidos garfios y cadenas. Por último, seguian y ayudaban al diablo tropical una manada de morillos imberbes que á manera de micos saltaban y retozaban en torno del dios, figurando, con otras visiones de capricho, los tritones y nereidas, completando así de un modo económico y visual la corte del dios marino.

Aquella repentina aparicion sobre la barandilla de la cofa, suspendió el ánimo y atrajo las miradas de la tripulacion y pasageros. Rompió, por fin, el númen el silencio y con estentórea voz volvió á preguntar el motivo de atravesar aquella embarcacion su imperio sin el previo permiso. Contestósele en términos sumisos y deferentes, que el navío *Fulgencio* se hallaba ya autorizado para el paso por otros viajes anteriores, y que sin duda S. M. estaria trascordado; por lo que su comandante le rogaba que no le pusiese impedimento en su marcha.

—Yo no me olvido de cosa ninguna, contestó el dios con enfado, tal vez me habrá engañado este pícaro escribano que me lleva la pluma, ó esotro diablo, pues todos son unos, con quien

se entiende para abusar de mi confianza; pero sepa V. S. (aquí el dios se distrajo algun tanto de su papel) que estos dos perillanes, aunque de naturaleza tan distinta al parecer, viven mas unidos de lo que conviene y es menester; pero corra de mi cuenta lo de ajustarles á su tiempo la golilla, y por ahora descenderé hasta vosotros y cobraré el justo tributo que me pertenece, para lo cual teneis mi aviso anticipado.

Y diciendo y haciendo se zampó el dios en la canasta (1) que es la carroza aérea que se le tenia preparada, y empezó á descender pausadamente como los ángeles en las comedias de magia, al compás del indispensable tambor que batia en tanto marcha granadera, al mismo tiempo que el escribano y el diablo, llevados cada cual de su respectiva inclinacion y naturaleza, bajaron saltando el uno como un gato los flechastes, y el otro deslizándose con la cabeza para abajo por un brandal y haciendo otras diabluras de este jaez.

Apenas llegó Neptuno á la cubierta, donde ya tenia preparado una especie de trono formado de banderas, ocupó su asiento regio, teniendo al lado al escribano estantigua, y los morillos comenzaron sus danzas, en tanto que el espíritu de las tinieblas se introducia entre los espectadores, haciendo gestos á los unos y corriendo tras de los otros con sus garfios y cadenas, sin propasarse, por entonces, á vias de hecho.

En tanto la tripulacion y guarnicion del navío, con la tropa de trasporte, obedeciendo la órden formal de sus gefes, se formaban en ambas bandas del navío; y los pasageros de toda clase del mismo modo requeridos, se colocaron hácia popa; hecho lo cual se procedió á una revista general y escrupulosa, señalando á aquellos á quienes comprendia la imposicion. Todos los que no habian pasado el trópico, debian irse aproximando sucesivamen-

(1) Así se llama una especie de tina hecha de tablas unidas y caladas, donde se adujan y recojen algunos cabos muy largos. Para el caso de que se trata se adorna y cubre con banderas.

te á una mesa que se hallaba colocada junto al divino exactor, para ir depositando en una bandeja la cantidad voluntaria segun su clase; género de questa que, de mejor ó peor talante, todos iban satisfaciendo en medio de las pullas y donaires de los actores, y de las risas homéricas y estrepitosas de todos los marineros, disimulados partícipes de aquel marítimo impuesto.

No existiendo razon alguna ni privilegio para eximirse del pago del impuesto marítimo, todos los que componian la plana mayor de la fuerza de trasporte, pagaron sin la mas leve oposicion, y el gefe superior militar redimió por una cantidad razonable, que depositó por sí mismo en la bandeja, la parte correspondiente á la tropa de infantería.

Poco conforme nuestro amigo Parruchino con aquella inexorable exaccion, habia tentado evadirse del pago, confundiéndose con disimulo entre los grupos de oficiales y empleados que ya la habian satisfecho; pero llamado por su nombre y viéndolo inevitable, intentó salir del paso con una cantidad insignificante que dejó caer con aire suficiente y protector en la bandeja. Al ver el dios Neptuno y los numerosos fiscales que lo rodeaban la moneda valadí que se deslizaba de sus manos, prorumpieron en gritos de indignacion: siguióse una rechifla con una tempestad de silvidos, los tritones bramaron, el escribano le tendió la garra haciendo un gesto amenazador, y el diablo se plantó junto á él de un salto, crugiendo los dientes y agitando por alto sus garfios y cadenas.

—Cómo, miserable terrestre, esclamó al fin Neptuno torciendo los ojos y con terrible voz, cómo te atreves, ruin cicatero, á echar en esa hermosa bandeja de plata entre tanta moneda decente y con poco respeto á mí y á los señores oficiales que lo están viendo, tal ofrenda? No temes, ente maligno, la indignacion de mis ministros, ni la triple zambullida que te aguarda? Ola, vosotros, tritones, preparaos á hacer de las vuestras para que este truchiman aprenda á respetar los derechos del dios Neptuno!

Bien comprendia Parruchino, como el comun de los pasage-

ros, que aquella ceremonia no era otra cosa que una comedia, representada con malos si bien que terribles actores; pero, ¿cómo conciliar aquel juego, aquel desórden y licencia, con la severa disciplina observada hasta allí en el navío, con la presencia de los oficiales que consentian y autorizaban seriamente aquel acto, con el carácter nada chancero del comandante y, sobre todo, con lo positivo del tributo, que en monedas sonantes habia visto caer en las manos implacables de los ministros del dios marino? Sin embargo, Parruchino, aparentando serenidad y como quien sabe llevar adelante una broma, aventuró algunas espresiones manifestando lo limitado de sus recursos pecuniarios; pero aquellas protestas fueron acogidas con vayas y silvidos de la corte del dios acuático y de todo el equipage.

Durante aquel breve diálago habia logrado uno de los tritones acercarse por detrás y enganchar, con suma destreza, en su gorro colorado un pequeño anzuelo, que pendiente de una cuerda delgada le habian arriado desde la cofa; y ya iba á abrir la boca para protestar por aquel abuso de la fuerza contra la libertad natural é individual, cuando á una señal de pito se vió volar por los aires el gorro frigio y aparecer sobre la turbulenta corte del dios marino, simbolizando por esta vez con harta propiedad aquella libertad democrática, aquel episodio de la vida marítima, verdadero y único contraste con los usos y severas costumbres que ella ofrece en los buques de guerra.

Parruchino sufrió con resignacion la inesperada exhibicion de la parte mas significativa de su persona y soportó con aparente calma las pullas y silvidos de aquella desenfrenada muchedumbre, contentándose con clavar una mirada viperina en un grupo compuesto de la parte mas burlona y risueña del navío, cuyas ruidosas carcajadas hirieron su delicado tímpano en el momento de la elevacion de su caro gorro; y no pudiendo otra cosa, se dió por bien librado con rescatarlo mediante una cantidad algo mas aceptable que la primera, que así habia amostazado al dios marino y su terrible cohorte.

Pero una escena de carácter menos risueño atrajo en aquel

momento la atencion de todos. Vióse á un pasagero pobremente vestido, de cuitado y descolorido semblante, luchando con el diablo que, auxiliado de dos tritones de taimada catadura, pugnaba por llevarlo á rastra hasta los piés de la inflexible deidad. ¿Quién era aquel desconocido que nadie habia visto hasta entonces, durante el trascurso de la navegacion? Seria sin duda algun intruso que, burlando la vigilancia y las pesquisas de la autoridad á la salida de puerto, habia logrado ocultarse hasta aquel momento en algun recoveco de las profundidades del navío; en una palabra, un *polizon*; y á la pena en que inexorablemente habia incurrido como infractor de las leyes marítimas, se unia ahora otra, mas próxima y segura, de que no lo libraria ciertamente su tenaz resistencia.

*El pasagero pobre*, que así se llama entre los personages del drama marítimo, fué llevado ante el dios Neptuno, y todo medroso declaró, entre torpes y reiteradas reverencias, que no tenia un maravedí, ni podrian sacárselo aunque lo aspasen. El pelage y mala guisa del pasagero, hizo desde luego adivinar el término de aquella escena. Un gesto muy significativo del dios indicó su sentencia; el escribano trasmitió con maligno placer la órden al diablo, y este sin hacerse de pencas le echó la garra al cuitado, el cual, interpelado tres veces é insistiendo tercamente en sus nones, fué entregado al brazo seglar de los tritones, que le llevaron en volandas hasta el portalon de sotavento, bajo el penol de la verga de este lado, donde se hallaba ya preparado el balzo (1), con una presteza verdaderamente diabólica. Hecho lo cual, sin curarse del horror que la vista del abismo inspiraba á la víctima, ni de sus súplicas y tremendos alaridos, que se confundian con la algazara de aquella turba maligna; cerradas las puertas á la compasion, lo colocaron y sujetaron en aquel

(1) Lazo hecho de cabo ó cuerda que sirve para suspender pesos ó conducir á un marinero á lo alto de los palos y vergas para la ejecucion de algun trabajo.

improvisado vehículo para hacer un viage en parte aéreo y en parte submarino. Un pito anunció con prolongado son el momento de elevarse aquel singular aereonáuta, quien por tres veces subió como un cohete hasta lo alto y descendió hasta chapuzar en la mar, no sin grande placer y algazara de la impía muchedumbre. A este acto de justicia se siguieron los demas juegos y porrazos, que son el término natural de aquella y toda fiesta marítima de su especie.

Así terminó en el *Fulgencio* la ceremonia tropical; y solo diremos á nuestros lectores, para completar la historia y descripcion de esta fiesta tradicional y permitida en cuantos buques pasan de la zona templada á la tórrida, que verificado aquel fingido escarmiento, no se repite el castigo en ningun pasagero pobre aunque en verdad aparezca, pues siempre hay quien lo redima abonando la cantidad con que debe contribuir. Añadiremos que esta costumbre jamas encuentra oposicion, á no mediar una grave causa, y que el comandante ó capitan, por grave ó uraño que sea, consiente, y en cierto modo autoriza, esta burlesca y antiquísima ceremonia.

Despojados ya de sus vestiduras, acordaron moros y cristianos guardar el dinero resultante de la contribucion tropical, para emplearlo en una gran comida tan luego como llegasen á puerto. Los pasageros mistificados creyeron descubrir mas tarde en un viejo oficial de mar, vinoso, burlador y un tanto taimado, algunas maneras y el eco de voz del dios Neptuno; en un malagueño bellaco, retozon y de mano pesada, gaviero del palo trinquete, al diablo de los ganchos y cadenas; así como Hernando habia conocido desde luego, por su soltura y bellaquería entre los tritones, al bien aprovechado hijo de la señora Mónica.

Para que nada falte á la historia del paso del trópico, diremos, que en las marinas de otras naciones, donde igualmente se practica, hay alguna diferencia respecto de los personages que en él figuran. En los buques franceses, por ejemplo, hacen descender la víspera de la visita, en lugar del escriba—

no, un correo con casaca azul galoneada con papel dorado por las costuras, sombrero de hule con escarapela tricolor, unas grandes botas de montar, látigo y espuelas; completando tan estraña figura, una larga cola de estopa con que el inquieto personage persigue y acosa á cuantos se le ponen delante. Algo mas que licencia poética se requiere para hacer aparecer en el golfo un postillon empolvado; de todos modos, estravagancia por estravagancia, algo mas *verosímiles* se muestran nuestros marineros cuando, tratándose de notificacion y de apremio para el cobro de contribuciones, hacen aparecer á un escribano, dándole por ayuda al diablo, que no á un correo de gabinete.

La farsa que llaman el *bautismo de la línea* difiere, ademas, en el simulacro que verdaderamente se hace de esta ceremonia, y es singular por la variedad y estravagancia de las figuras que á ella hace concurrir la grotesca imaginacion de los marineros franceses. Vénse allí gendarmes, monacillos con ciriales, una especie de dios marino cubierto con pieles de carnero, con gran barba y cabellera, el dios Cupido, una muger dando de mamar á un niño de exageradas proporciones, con un enjambre de demonios, condenados, súcubos y dioses marinos de baja ralea, todos tiznados de alquitran y cubiertos de plumas, acompañados del choque de cadenas y otros ruidos no menos apacibles. Otras veces es el *Zéfiro* el que se aparece representado por un jóven con alas de mariposa y llevando una túnica ligera, para anuciar la visita del *dios del Trópico*, que se presenta al siguiente dia bajo la forma de un viejo verde y enamoradizo, que dice mil requiebros á las damas de pasage y las rocia con agua de agradable olor, en tanto que sus satélites, provistos del mismo líquido sin esta cualidad, bautizan profusamente á calderadas á los pasageros que no se apresuran á redimir aquel bautismo con moneda corriente.

En una de las descripciones que hemos visto, el *dios Trópico* lleva su complacencia hasta referir, cediendo á los ruegos de

varias personas, su orígen celeste; y como esta relacion nos ha parecido, ademas de ingeniosa, instructiva, pues bajo el velo de un gracioso apólogo, envuelve nociones astronómicas de grande exactitud, vamos á terminar con ella (1) el presente capítulo. He aquí la relacion.

"Al nacimiento del Mundo estaba el Sol encargado de alumbrar la tierra ciñéndose á recorrer en torno de ella una línea recta, que es la que vosotros llamais el *ecuador*; pero apena hubo andado una vez este camino, cuando de todas partes llegaron quejas á Júpiter. Bajo la *linea*, decian que los calores eran muy grandes, en tanto que en los polos era el frio demasiado contínuo para poderlo soportar: en una parte los dias no tenian noche, y en otras era esta perpetua; y, finalmente, que en ciertas regiones habia mucha luz, mientras que en otras se hallaban sumidos en profundas tinieblas."

"El fastidio nació un dia de la uniformidad, segun ha dicho uno de vuestros poetas: no se sabia entonces lo que era uniformidad y ya se conocia el fastidio. Todo fué pesado en las divinas balanzas, y el Sol tuvo órden de repartir con mas igualdad su calor y su luz. Sin duda conoceis la aventura de Faeton hijo del Sol, que un dia se le puso en el magin que habia de conducir el carro de su padre, y tambien sabreis la mala cuenta que dió del carro y de su persona. Pues bien: sabed que este ruido fué propagado de intento para no comprometer el concepto y la consideracion debida por tantos títulos al bello astro del dia. La verdad del caso fué que el Sol mismo, recorriendo por la vez primera sendas desconocidas, se estravió y produjo nuevas quejas. Para poner el definitivo remedio, le fué espresamente trazada una ruta, (la *ecliptica*) y se crearon dos gemelos, mi hermano y

(1) La relacion que sigue es de Mr. Tomas, subinspector de marina, que ha escrito artículos de grande interés en los *Anales Marítimos y Coloniales*.



yo; y fuimos colocados sobre esta ruta á igual distancia de los polos, imponiendo al Sol el precepto de volverse dirigiéndose hácia uno de nosotros, desde que hubiese visto al otro; y á nosotros nos fué encargado que no le permitiésemos propasar del punto en que fuimos colocados (1). Como no he vuelto desde entonces á ver á mi hermano, ignoro en que términos ha desempeñado su encargo; por mi parte, á fin de asegurarme de la ruta que debia seguir el Sol, hice cabar á orillas del Nilo un pozo en el punto fijo donde debia detenerse; y desde que llegaba á este punto, tenia cuidado de advertirle que retrocediese. Mis advertencias sin duda le han desagradado, pues hace ya mucho tiempo que no llega al punto prescripto; mas como su retirada ha sido lenta y sucesiva, no pudo notarse; pero hace algunos años que mi secreto fué descubierto, y así se ha propagado lo que yo tenia resuelto ocultar. Ya inferireis que cumplidos estos deberes debia quedarme mucho tiempo de que disponer. Como los mortales, por efecto de sus quejas, habian sido causa y ocasion de mi existencia, determiné sujetarlos á una represalia ó desquite, cuando quisieran pasar ó cortar el círculo sobre el cual fuí establecido. Prescribí, pues, que cuando una embarca-

(1) He aquí como nuestro *Villaviciosa* expresa en su *Mosquea*, al pintarnos en festivos versos la carrera del Sol por las casas ó signos del Zodiaco, este inalterable término tropical:

Allí se pone el término y la meta
A do el largo camino se resuelve:
Mas nunca el Sol en un lugar se quieta
Que allí las riendas sin parar revuelve:
Torna en el mismo instante el gran planeta
Y á ver los cuernos del Carnero vuelve,
Y en esto se ocupó quinientas veces
Volviendo del Carnero hasta los Peces.

*Mosquea*, Canto 2.°, oct. 16.

cion lo atravesase por la vez primera, el capitan se vería obligado á rescatarla, so pena de una inevitable destruccion: y á todo individuo que estuviese en el mismo caso, lo sujeté á sufrir una purificacion susceptible, no obstante, de algunas modificaciones, pero de la cual no es dable eximirse (*)."



(*) Véanse las notas.

## CAPÍTULO XVI.

Godoy y la corte de Cárlos IV.—Los condes de Floridablanca y de Aranda.—Gobierno y política de España.—Aspecto naval de Europa á fines del siglo XVIII.

> La verdad navega en el mar de la historia siempre entre dos escollos, la ignorancia y la pasion...
> Cuando no los ciega (á los historiadores) la pasion propia, tropiezan con la agena. Saben que ha de ser mal vista, entre los suyos, la historia, si escriben con desengaño.
> FEIJOO. *Teatro Crítico. Refl. sobre la historia.* T. 4.°

> Adoptarlo todo sin criterio, es propio de imbéciles escritores de leyendas.
> *Máximas sobre la historia.—Dicc. Hist. Compdo.*—Prólogo.

Muchos son los escritores, así nacionales como estranjeros, que han hablado de los hechos memorables ocurridos en la época que abraza nuestra narracion, presentando la política contemporánea, los hombres y las cosas segun sus principios, inclinacion ó prevenciones; pero muy contados los que, sobreponiéndose á sus afecciones particulares y elevándose sobre la revuelta arena de los partidos, han descrito los sucesos que presenciaron, ó que supieron, con aquella rectitud é imparcialidad, aquel respeto á la verdad que imprimen fé y cautivan la confianza.

Si contraemos esta observacion á los que trataron de los acontecimientos particulares de nuestra nacion, y, sobre todo, de los marítimos, apenas podremos citar, salvo algun opúsculo ó memoria, publicados la mayor parte por marinos, algunos trozos ó pasages escritos con veracidad y exactitud, en las diversas

obras que hemos leido y examinado, aun en aquellas cuyos autores reunen muchas de las cualidades que se requieren para merecer llamarse historiadores.

Inconcebible es, en efecto, la indiferencia, el tono negligente y lacónico, con que algunos escritores españoles, aun los mas prolijos y minuciosos, han tratado los sucesos concernientes á nuestra marina y á las posesiones españolas del otro lado del Atlántico; sucesos no menos interesantes que los políticos y militares de la monarquía, con los cuales están íntimamente enlazados; sin que basten á disculpar este laconismo ó negligencia la penuria de datos y materiales, ni lo estraño de la materia. Cierto es que no se omiten los mas notables movimientos de nuestras fuerzas navales; que se señalan cronológicamente sus desastres; que se habla en su lugar de nuestras desamparadas colonias y de sus conatos de emancipacion; pero, ¡cuán incierta y someramente, con cuanta pasion é inexactitud!

Hay todavía una clase de escritores españoles menos disculpables, antes bien merecedores de muy severos cargos, que en lugar de historiadores y defensores de su pais, parece que han hecho liga ofensiva contra él, uniéndose á sus mas enconados enemigos. Profesando, ó, al menos, adoptando tácitamente sus opiniones, no han tenido reparo de presentar en el idioma patrio, como editores ó traductores, esas producciones estranjeras en que compiten la frivolidad, la baja emulacion y la calumnia á espensas de nuestra reputacion y legítimas glorias nacionales. En vez de recurrir, los que tales obras introducen, á las fuentes naturales de la historia; de consultar nuestros archivos, de compulsar documentos, para depurar la verdad de los hechos y rectificar los juicios ofensivos, bien hallados con la cómoda tarea de traductores, han preferido ser los ecos de esos menguados autores que desde su pais, fiados del relato de infieles viajeros, de equívocas autoridades, ó esplotando ellos mismos á su sabor, gracias á un vituperable abandono ó condescendencia, nuestros preciosos archivos, y adulterando maliciosamente los documen-

tos que lograron descubrir, audaces merodeadores de nuestras riquezas históricas y literarias, han forjado historias de nuestro pais, con nuestros propios materiales, convirtiéndolos en medios de agresion. Ignorantes aquellos de su propia historia, sin criterio ni medios para corregir, comentar ó ilustrar los asertos inexactos ú ofensivos; ó, lo que es aun mas odioso, creyendo y adoptando ciegamente como verídicas las acusaciones y relaciones mas denigrantes para nuestro honor, no han tenido empacho, en su ridículo arranque de horror por la tiranía, de presentar en el idioma de Mariana y de Solís, como déspotas estúpidos y supersticiosos, y como ambiciosos, intrigantes y torpes en la ciencia de gobierno, á esos mismos soberanos de España y sus ministros, objetos del odio estranjero, precisamente porque fueron los defensores celosos de nuestros derechos, contra la artera ingerencia, ó las exigencias insolentes de estraños gabinetes. En su pluma Cárlos V fué solo un tirano ambicioso y un solapado hipócrita; Felipe II un monstruo de crueldad y fanatismo; Fernando VI un rey imbécil y sin carácter; Alberoni un intrigante oscuro, audaz y vendido á la Francia, y no salieron mejor librados Patiño y Ensenada, los ilustres restauradores de nuestra marina. Conformándose con una docilidad bien poco justificable al injurioso testo de su version, aparecen bajo su pluma los españoles como una nacion degradada, ignorante, sin valor ni virtud, é indigna de la amistad y alianza de aquellas potencias á que pertenecen los autores que tan servilmente copiaron.

Ardua, aunque gloriosa tarea está reservada al que dotado de las altas cualidades que para tal empresa se requieren, consagre su talento y su pluma, á vindicar la verdad histórica contra ataques tan indignos y arbitrarios, y á llenar ese reparable y vergonzoso vacío de nuestra literatura, escribiendo por la primera vez, y con las severas condiciones que su índole y objeto requieren, la *Historia de la marina española;* la mas antigua, la mas abundante en hechos grandes y dignos de memoria. Incapaces nosotros de llenarlo, podemos, al menos, apreciar su

estension y las dificultades de esta patriótica tarea, por aquellas con que luchamos en la ejecucion de este modesto ensayo, discurriendo por un camino tan poco trillado. Tales son nuestras reflexiones y nuestra posicion al intentar describir la situacion política de España, y el cuadro de nuestra marina en los años que precedieron al de 1799, en que verdaderamente comienza la accion y los sucesos que tratamos de referir.

Críticas y amenazadoras eran las circunstancias que, despues de un reinado en que brillaron largos períodos de ilustracion, de adelantos y de buen gobierno, rodeaban á nuestra nacion al advenimiento al trono de Cárlos IV. El deplorable quietismo, esa indiferencia en política, no menos fatal en las grandes naciones que el escesivo ó inconsiderado movimiento, habia sucedido á la activa administracion de Cárlos III y sus ministros. El atraso en las ciencias y las artes industriales, el estancamiento de nuestra riqueza, la decadencia de nuestro comercio y marina, los serios temores que ya inspiraban nuestras colonias y otros males públicos, alimentaban un sordo y general descontento, que se propagaba por todas las clases del Estado. Los reveses sufridos en la guerra declarada á la república francesa vinieron luego á exasperar al pueblo, que, presintiendo mayores males, buscaba indignado la causa y los autores; y ciego en su despecho, aunque no viciado todavía por el cáncer de los odios políticos, que mas tarde le han inoculado las ambiciones ilegítimas, creia que aquellos males, que no eran en verdad obra del momento, ni podian proceder de una sola voluntad, eran obra de un solo hombre; y marcó con su terrible odio al favorito del monarca.

Sentimos no poder intentar la defensa de todos los actos que corresponden á la administracion del tristemente célebre *D. Manuel de Godoy;* pero al mismo tiempo estamos muy distantes de adoptar omnímodamente los juicios absolutos, las necias prevenciones, las versiones ridículas y vulgares sobre la procedencia, educacion, capacidad para los negocios, vida privada y conni-

vencia con los enemigos del Estado, con que la mayor parte de los que han escrito sobre el derrocado valido han ennegrecido su reputacion.

Ciertamente habia en la corte de España hombres mas idóneos, militares mas experimentados, políticos mas versados y profundos en la ciencia de gobierno que Godoy; pero este favorito habia logrado atraerse la voluntad del monarca y su regia consorte por los atractivos de su persona, por su despejo cortesano y sincera adhesion; y esta desusada intimidad con la real familia, que la suspicacia del vulgo se complacia en amalignar, fué una de las causas mas positivas de su impopularidad. Considerado por el comun de los españoles como la rémora de todo bien público, y odiado por la grandeza que, separada de los negocios y desdeñando, por lo general, el ejemplo de los próceres de otras naciones, no quiso, ó no aspiró á ocupar un noble puesto en el consejo del monarca, venia á ser el blanco de la pública animadversion, cada mes mas irritada con los alardes de favor y el fausto del ostentoso valido.

Elevado rápidamente desde simple guardia de Corps á las primeras dignidades de la milicia y del Estado, generalísimo de mar y tierra, y luego ministro universal, gozando del cariño y de la mas lata aquiescencia por parte de sus régios protectores, erigió para sí un suntuoso palacio, creó una guardia de honor para su persona y se rodeó de una corte que, en fausto y grandeza, competia con la de su soberano. Aquel imprudente afortunado no se curó de captarse el aura popular, ese medio de elevacion tan esplotado por los ambiciosos de nuestra era; sin comprender que aquel alarde de lujo y de poder, acaso heria mas á los españoles que los defectos reales ó supuestos que le achacaban.

Pero si Godoy llegó á embriagarse en la cumbre del poder, tenia el buen sentido y la ilustracion que le ha negado la opinion popular; y no solo se confirma esto con la decidida y generosa proteccion que dispensó á los hombres sabios y eminen-

tes, á los literatos y artistas, que supo atraer y halagar, sinó por muchos actos de su administracion, notables por su acierto y conveniencia, asi en los diversos ramos ó negocios que administró como en los correspondientes á la marina, de que fué generalísimo. Los nombramientos de Floridablanca y del conde de Aranda para ministros, y de los hombres mas ilustres por su ciencia é idoneidad para los primeros puestos del Estado, que sugerió al rey, prueban, al menos, que no adolecia de esa presuncion y confianza en sí mismo de que tanto se le ha tildado; y aunque se le acuse de no haber sabido dominar las circunstancias difíciles y complicadas que surgieron en el tiempo de su administracion, no es justo desconocer la generosidad y nobleza de muchos de sus actos en cuanto concernia al honor nacional ó interesaba á los sentimientos privados de su rey y de su amigo.

Pero cuando medio corrido el velo que ocultaba los pérfidos designios de un falso aliado, se traslucieron las miras invasoras de Napoleon Bonaparte, la indignacion popular, reprimida desde los tiempos de Esquilace, estalló en la capital de la monarquía, y todos los rayos de su encono se asestaron contra el execrado valido, á quien se acusó de inteligencia y traicion. Aquel objeto casi de adoracion para unos, y de sumision y respeto para la multitud, desapareció al primer amago de la plebe amotinada; y el que poco antes erguia la altiva frente junto al solio español, y cuya imágen osaron colocar sus aduladores al lado de los altares, despojado de todo su poder y prestigio, abandonado de sus inumerables criaturas y conducido como un oscuro delincuente á merced del furor popular, salvaba á duras penas y como por milagro su existencia, protegido por las espadas de los guardias de Corps, sus antiguos compañeros. Pero ¡cuántos hombres inocentes hemos visto caer despues de aquel triste ejemplo de lo instable del poder y la fortuna al grito sedicioso de la plebe alucinada, y cuántas bastardas ambiciones, cuánta deslealtad é ingratitud no hemos contemplado triunfantes, sostenidas y aplaudidas por ese mismo pueblo, tan fácil de engañar y seducir!

Tal fué, sumariamente, el principio y fin del célebre valido *Príncipe de la Paz*, respetable por su desgracia y digno, tras de largos años de penosa expiacion lejos de su patria, de la generosa conmiseracion de los españoles, á quien encontramos al principio de su elevacion, en la época en que comienza la accion de nuestra historia.

El desenfreno y horrorosos desórdenes de la revolucion de Francia habian alarmado á los templados y sensatos españoles. El gabinete de Madrid, á pesar de su indecision y de su fluctuante política, comenzaba tambien á alarmarse, participando de la general indignacion. El respetable ministro de Cárlos III, el conde de Floridablanca, continuaba siéndolo del nuevo monarca, como un vivo recuerdo de la actividad, la energía y el acierto con que tan personalmente contribuyó al lustre del anterior reinado. Fácil le fué al previsor ministro atraer á Cárlos IV á un sistema de incomunicacion y vigilancia con la nacion innovadora. Preciso es que digamos aquí algo sobre este célebre personage que, conociendo la política que verdaderamente convenia á nuestra nacion, y animado del espíritu de los Patiños y Ensenadas, consagró en gran parte su inteligencia y sus esfuerzos al fomento de nuestra marina.

Hijo de D. José Moñino, honrado escribano de Hellin, modesta poblacion del reino de Murcia, de mediana fortuna, emprendió la carrera del foro en el colegio de San Fulgencio de esta ciudad y los concluyó en Salamanca; y aunque reducido al terminarlos á la condicion de amanuense de su padre, poco tardó en adquirirse una brillante reputacion por sus luces y talento, llegando á distinguirse como el abogado de mas concepto en su provincia. Llegada su fama á oidos de Esquilace, á la sazon ministro de Cárlos III, fué llamado por él á la corte, y apreciando por sí mismo sus raras cualidades, no dudó en proponerlo para fiscal de lo criminal en el Supremo Consejo de Castilla. Aunque separado en el mismo año su protector del ministerio, á consecuencia del célebre motin que conserva su nombre, sostúvole ya,

no obstante, su reputacion, y á ella debió ser nombrado en 1772 nuestro ministro plenipotenciario en Roma; donde participando de la comun prevencion contra los jesuitas, á quienes se acusaba, entre otras cosas, de haber contribuido al motin contra Esquilace, cooperó con su genial actividad á arrancar del Papa Clemente XIV la bula de su expulsion, y con no menos ascendiente y diligencia á la eleccion del nuevo Pontífice Pio VI, restableciéndose con tal suceso la armonía entre ambas cortes; y á poco obtuvo en premio de sus servicios el título de conde de Floridablanca. Frustrada lastimosamente la expedicion contra Argel, en julio de 1775, compuesta de 46 bupues y 24 mil hombres de desembarco al mando del conde de O-Reylli, por la lentitud y mala direccion de las operaciones, el ministro Grimaldi, que la habia concebido y llevado á efecto, presentó su dimision al rey, no queriendo continuar sus funciones despues de aquel fatal contratiempo; y el monarca, al admitírsela, quiso darle la última prueba de confianza, encargándole de designar su sucesor. Este fué Floridablanca, que inmediatamente regresó á España, trocando con el mismo Grimaldi la embajada de que estaba encargado.

Desde aquella época tuvo ya el conde mas noble y digno objeto, campo mas vasto donde ejercitar sus talentos administrativos. Conociendo las intenciones hostiles de los portugueses contra Montevideo y otros puntos fuertes de aquella parte de nuestra América, reforzó la raya de Portugal y destinó 12 navíos de línea con 9,000 hombres de desembarco á la costa del Brasil, donde se apoderaron, despues de la toma de la isla de Santa Catalina, de la colonia del Sacramento. Disposiciones tan enérgicas y el respeto que impusieron nuestras armas, produgeron una negociacion de paz muy honrosa, llevada á cabo excluyendo toda intervencion por parte de la Inglaterra y la Francia, y dando por resultado el solemne tratado de límites de 1.° de octubre de 1777. Por este convenio obtuvo España, con otras ventajas, en plena propiedad la colonia del Sacramento: ensanchó

sus dominios en el Paraguay, consiguió cerrar el Rio de la Plata á todas las naciones, dejando burlados, al menos por entonces, los intentos de aquellas dos naciones, dirigidos á impedir el engrandecimiento de la nacion española. Tambien pasaron á nuestro dominio, en virtud del mismo tratado, las islas de Fernando Póo y Annobon, situadas junto á la costa occidental del Africa y próximas al Ecuador, tenidas en poco aprecio y olvidadas desde el año de 1779, en que se frustró un mal proyecto de colonizacion, poseidas de hecho, gracias á nuestro proverbial abandono, por los ingleses, y que últimamente han venido á ser objeto de fuertes interpelaciones en nuestras cámaras legislativas, de activas exploraciones marítimas y de proyectos de colonizacion, fomento y explotacion, concebidos con gran calor por el gobierno, y luego abadonados, sin razon ni causa conocida. Puestas igualmente á cubierto nuestras islas Filipinas, por medio de un ventajoso tratado con el príncipe indiano Hyder-Alí-Kan, volvió los ojos el celoso ministro á la realizacion de un gran pensamiento, objeto preferente entre todos los de su administracion; el de despojar á los ingleses del dominio de los mares. Para la realizacion de esta grandiosa idea, que habia de librar á todas las naciones marítimas de la pretendida soberanía que el gobierno de una isla del Océano queria ejercer sobre ellas; se dirigió el gabinete español, como autor del proyecto, á la Rusia, entablando relaciones con su gabinete, que no menos deseosa de la inmunidad de su pabellon, lo aceptó y sostuvo con teson. Era el objeto atraerse, de un modo insensible y discreto, la adhesion de todas las potencias interesadas y animadas del mismo deseo, hasta lograr el gran resultado de formar un Código marítimo que, reconocido y proclamado por todas las naciones que surcan el mar, pusiese una firme barrera á las odiosas pretensiones de la Gran Bretaña. A esta proyectada alianza es á la que se dió el nombre de *neutralidad armada*. Mas tarde la misma causa, exasperando el sufrimiento de las naciones del continente, debia inspirar á Napoleon un proyecto mas grande y de mas terrible re-

sultado, contra la prepotencia comercial de aquella nacion ambiciosa.

La insurreccion de las colonias anglo-americanas, en 1778, protegida y auxiliada por la Francia, y sostenida con tácita conformidad, contra la opinion de Floridablanca, por España, inutilizaron los pasos dados con tal objeto, cambiando, afortunadamente para la Inglaterra, el curso de la política de Europa.

Pero este ministro, que no podia desconocer las consecuencias que aquella proteccion inconsiderada concedida á los colonos insurrectos de la Gran Bretaña habia de producir en nuestras posesiones ultramarinas, atendiendo al peligro mas próximo, supo entretener por el espacio de un año al gabinete inglés, con esplicaciones diplomáticas, para atraerlo (como mediador) á un arreglo pacífico, en tanto que se preparaba enérgicamente y con una prevision y actividad dignas de elogio, para hacer frente á las fuerzas de aquella nacion. Mientras duraron estas negociaciones, se puso nuestra marina, así en Europa como en América, en estado no solo de defensa sino tambien de agresion, para el caso de frustrarse los deseos pacíficos de Cárlos III. Los ingleses, en tanto, segun su costumbre y con menos reservas y ceremonias, intentaban invadir las islas Filipinas y se disponian á penetrar en el gran lago de Nicaragua, por el rio de San Juan; pero ya descubiertas estas tramas, no se tuvo reparo en seguir con ardor el primer pensamiento de abatir el orgullo y la política invasora de aquellos tenaces enemigos. Propúsose el animoso ministro, llevado de su noble aliento y seguro de la leal cooperacion de los españoles, llevar la guerra y la invasion al corazon mismo de la Gran Bretaña, asediar á Gibraltar, recuperar á Menorca, atacar las plazas de Panzacola y la Movila y otros fuertes, para reintegrarse de la Florida, y desalojar á los ingleses de los establecimientos que insensible y cautelosamente habian formado en las costas de Campeche, hácia Honduras y el pais de los Mosquitos. Este proyecto tan colosal, digno de aquel gran monarca y de su ministro, era de una posibilidad tan innegable que llegó

á atemorizar á la Inglaterra, y muchos de los habitantes de la costa meridional de aquella isla se retiraron al interior, á vista del peligro que les amenazaba.

Tantos cuidados á la vez, calmaron un poco el característico orgullo de la Gran Bretaña, y abatida y desairada, como confiesa el historiador de esta nacion *Williams Coxe*, recurrió varias veces á buscar el afecto y mediacion de las potencias que habia desdeñado. Algunos de sus juiciosos escritores políticos, (pues siempre ha habido en aquel ilustrado pais personas de probidad, superiores á ese ciego egoismo nacional de que se acusa á los ingleses), la asimilaban á una señora enferma, cuyas fuerzas habian llegado á agotarse por el excesivo número de sangrías y cuyo mal, para impedir que llegase al corazon concluyendo con su vida, requeria medios violentos: achacaban aquella situacion á los ministros, á cuyo cargo estaba; y añadian que los hijos, arruinados por las continuas y costosas recetas de aquellos malos médicos, se hallaban sin medios para aliviarla y socorrerla, al paso que sus antiguos amigos la abandonaban, diciendo que habia abusado demasiado de su robustez. Sensible es que la Inglaterra, por no haber desistido de sus esclusivas pretensiones é insaciable ambicion, se halle amenazada todavía de realizar con la verdad del suceso, esta desagradable pero exacta alegoría.

Para llevar á cabo tales empresas, comenzó nuestra escuadra, compuesta de 36 navíos de línea, por unirse con la francesa, formando un total de 66. Los franceses, á quienes verdaderamente interesa una alianza marítima con España, que por lo regular ha sido de mal agüero y fatal para esta, fueron la causa de que no tuviesen efecto tan altos y útiles proyectos, por haber trocado el plan de campaña, queriendo, contra la juiciosa opinion de nuestro gabinete, que precediese al desembarco la destruccion de la escuadra inglesa; indecision y dilaciones que dieron lugar á la Gran Bretaña para armarse, en tanto que los temporales y otras causas y desastres, concluyeron de todo punto con aquellos.

No por eso dejó de ser notablemente útil para España, á la par que gloriosa, aquella guerra que duró cinco años y cuyo término fué una paz ventajosa y honorífica. Entre los desastres podemos contar sin mengua, como un azar de la guerra en que nuestras armas cedieron con gloria la palma al enemigo, el encuentro que en 16 de enero de 1780 tuvo nuestra escuadra, compuesta de 8 navíos y algunas fragatas, al mando del general D. Juan de Lángara, con la del almirante Jorge Bridge Rodney, que con la superior fuerza de 22 navíos se dirigia á Gibraltar con el fin de abastecer esta plaza. Nuestro general se atrevió á oponer sus cortas fuerzas á las numerosas de los ingleses, sosteniendo con bizarría un combate desigual, en que los nuestros hicieron heróicos esfuerzos de valor, y solo sucumbió Lángara despues de haber recibido tres heridas, quedando prisionero con algunos buques de nuestra escuadra. Fué tambien un reves para nuestras armas el malogrado asedio contra Gibraltar, de que hemos hablado con estension en el capítulo II de este tomo. Pero quedaron suficientemente equilibradas estas pérdidas con la reconquista de Menorca y otras adquisiciones considerables de que allí hicimos mencion; á las cuales podemos agregar el apresamiento que cerca de las Azores hizo D. Luis de Córdova apoderándose de un convoy inglés de 64 buques, que conducian géneros de gran precio y algunas tropas de desembarco, con mas de 80 mil fusiles con destino á Bombay y la Jamaica, cuyo valor se calculó en millon y medio de libras esterlinas (140 millones de reales).

Sin la paz que oportunamente supieron los ingleses arreglar, acaso hubieran tenido en gran parte efecto los colosales proyectos del conde. Si el plan acordado con la Francia de destinar á los mares de América una armada de 70 navíos de línea con cuarenta mil hombres espedicionarios, para destruir todas las posesiones inglesas en el Nuevo-Mundo, hubiese tenido cumplimiento como estuvo á punto de suceder, la altiva prepotencia marítima de los ingleses habria acaso desaparecido, dando lugar á

un sistema mas equitativo y tolerable en el mundo comercial. Los ingleses se apresuraron, como digimos, á concluir la paz (en 1783) con las condiciones ya propuestas, á las que al fin se avino Cárlos III, aunque antes no fueran de su gusto. El historiador inglés Williams Coxe, ya citado, se admira de tanta condescendencia por parte del gobierno de su pais, diciendo: "que por esta transaccion diplomática, la mas honorífica y ventajosa que fué ajustada nunca por la corona de España desde la paz de San Quintin, obtuvo las dos Floridas y la isla de Menorca, el mayor objeto de los deseos de los españoles despues de Gibraltar." Escusando hacer comentarios sobre las presuntuosas palabras y juicios de este historiador inglés con relacion á España, tan solo diremos, que esta nacion obtuvo, gracias á su imponente actitud y á la firmeza de su ministro, lo que habia conquistado con las armas; y que el monarca español no debió haber aceptado el convenio de paz sin la restitucion de Gibraltar como el *sine qua non* de todo arreglo, en vez de haber dejado ese testimonio de nuestra imprevision y descuido en poder de sus pocos escrupulosos poseedores.

Tales fueron los hechos mas notables, con relacion á nuestra marina, que ocurrieron durante el reinado de Cárlos III y la administracion de Floridablanca, sin contar dos bombardeos verificados en los años de 1784 y 1785 contra Argel, que dieron por resultado la paz con las regencias de Trípoli y de Tunez, y haber limpiado la mar de los piratas que en ellas se anidaban; hasta que en 1788 falleció aquel gran monarca, que dejó una armada fuerte, de casi 300 buques de guerra entre grandes y pequeños. Muy largos de enumerar son los servicios que el ilustre ministro hizo en beneficio de su pais, bajo los auspicios de un rey tan inclinado á las mejoras útiles y propicio á sus intentos, en favor de la agricultura, de las ciencias y las artes; así como los adelantos que logró plantear para el fomento y mejora de nuestras poblaciones, con otros bienes de conocida utilidad, y

que nos complaceríamos en detallar si lo permitiese la índole de nuestra obra.

No es justo repetir, siguiendo la corriente de la mayor parte de los historiadores, al hablar de Cárlos IV, que al ocupar este monarca el trono español careciese de toda nocion de gobierno, ni del conocimiento de los hombres de que iba á rodearse. La conservacion del antiguo ministro de su padre habla á favor de su juicio y madurez, y acredita el aprecio que hacia de aquel benemérito funcionario. Si Cárlos IV no era un rey á propósito para tiempos borrascosos, estaba, no obstante, dotado de virtudes y cualidades magnánimas. Era amigo de la paz, generoso, queria con paternal amor á los españoles, á su corazon repugnaban el castigo y los suplicios, y, por una coincidencia notable, su carácter é inclinaciones tenian mucha semejanza con los de su desgraciado pariente Luis XVI. Uno y otro, dotados de un escelente natural, de un sano juicio, de gustos domésticos é inclinados á ocupaciones artísticas, hubieran sido muy honrados y queridos en tiempos bonancibles; pero cuando amagan, ó rugen sobre sus cabezas las borrascas políticas, los reyes tienen deberes muy sagrados que cumplir que requieren dotes mas altas, y una resolucion y energía que elevándolos á los ojos de sus súbditos, les impongan el respeto y la obediencia. En tal concepto, necesario es confesar que las circunstancias y compromisos que luego surgieron en el reinado de Cárlos IV, eran superiores á sus medios personales de gobierno.

Los primeros escesos de la revolucion, la sustitucion de la Asamblea Nacional á los Estados Generales, la toma de la Bastilla y el sedicioso desacato de Versalles (17 junio de 1793), dejaron presumir las consecuencias de mayores trastornos; nuestro gobierno volvió los ojos hácia donde el mal amenazaba, limitándose, no obstante, por entonces, á completar el ejército de observacion de Cataluña hasta el número de veinte y cinco mil hombres.

Entretanto los ingleses, que nunca han querido la paz con España sino para prepararse para la guerra, ó para hacerla de un modo indirecto; pesarosos de lo que ellos miraban como una humillacion por las concesiones hechas en el último tratado, y contraviniendo á las estipulaciones recíprocamente aceptadas, é impulsados de su codicia mercantil, formaron establecimientos en las islas de Cuadra y Vancouver, próximas á la costa de poniente de la América Septentrional, pertenecientes al territorio de Mégico. Nuestro gabinete entabló al instante enérgicas reclamaciones, que fueron contestadas con la soberbia y altanería que acostumbra el gabinete de la Gran Bretaña y despreciando las justas reclamaciones del ministro español. Nuestro gobierno, resentido por tal proceder, dispuso que una escuadra al mando de D. Juan de Lángara ocupase el canal de la Mancha, previniendo al mismo tiempo á nuestras fuerzas navales del Mar Pacífico, que apresasen cuantos productos dirigiesen los ingleses desde aquellas islas á la China. Una escuadra francesa se unió á la de Lángara en cumplimiento del pacto de familia. El gobierno inglés, calculando entonces con su acostumbrada frialdad el estado de sus fuerzas, temió la renovacion de la guerra; y, sin duda por no creerse preparado entonces á sostenerla con ventaja, se dió prisa á terminar este negocio de un modo amistoso. Sin embargo, esta nueva transaccion garantizó á la astuta Inglaterra la libertad del comercio sobre la costa N O. de nuestra América.

La constante elevacion del antiguo ministro de Cárlos III no podia ser mirada de buen ojo por sus émulos y enemigos. Entre sus adversarios descollaba como mas temible y ambicioso el conde de Aranda, que acabada de desempeñar la embajada de París, habia fijado su residencia en la corte, y aunque separado de ella, intrigaba con sus numerosos parciales. Eranle, ademas, contrarios todos los enemigos de las reformas justas que meditaba. El carácter firme y entero del ministro exasperaba mas su encono, y hubo hasta quien atentó contra su vida, hi-

riéndolo alevosamente. El asesino, francés de nacion, á quien algunos han creido movido por un fanatismo político, pagó el crímen con su vida en un cadalso.

Una lucha tan prolongada, sus muchos años, el notable decaimiento de su salud, el peso del trabajo y los embarazos que le suscitaron sus enemigos, le hacian ya desear el momento de retirarse de los negocios; pero aquellos lograron acelerar este suceso, indisponiéndolo hasta con el bondadoso Cárlos IV. Al fin renunció su cargo en marzo de 1792, reemplazándole su hábil competidor, el conde de Aranda. Floridablanca fué luego desterrado de Madrid y despues conducido preso á Pamplona, y al cabo de una corta prision, se trasladó á sus posesiones de Lorca para descansar en la vida privada de los vaivenes de la fortuna. Allí vivió pacíficamente, hasta que al estallar la guerra de la Independencia en 1808, todos volvieron los ojos á este buen patricio, creyéndolo digno de presidir la Junta suprema de gobierno instalada en Sevilla, donde murió á poco con duelo de todos los buenos españoles, y se le hicieron los honores fúnebres como á persona real.

A la emulacion propia de las ambiciosas miras del de Aranda, se unia la profesion de principios contrarios á los de su predecesor. Novador por inclinacion y carácter, dotado de grandes conocimientos, filósofo enciclopedista, habia adoptado ardientemente las ideas revolucionarias, de las que venia á ser como el secreto protector en España. Su aficion á las nuevas doctrinas, y su antagonismo á lo que en lenguage de aquella especie de filosofía, se llama supersticion, le habian merecido los elogios de su amigo y corresponsal Voltaire, que, al hacer de él mencion en sus obras, lo presenta casi como el único español ilustrado de su tiempo. Esta oposicion de principios, se mostró luego en el consejo mismo del monarca. Al renovar las relaciones amistosas con la Francia, en lugar de darles aquel carácter de prudente reserva y neutralidad que las circunstancias recíprocas de ambas naciones y la inminencia del peligro exigian, ins-

piró al gobierno francés una entera seguridad, y en sus actos se mostró mas favorable que indulgente con la misma revolucion.

El furor de los demagogos iba en tanto llegando á su colmo en la capital del reino vecino. Los desacatos contra la familia real, la persecucion del clero, la profanacion del palacio de las Tullerías, la abolicion del trono y la prision del infortunado Luis XVI y su familia, subieron de punto la indignacion, despertando el sentimiento leal y caballeresco que siempre fué propio del carácter español. El respeto á sus reyes, exento de toda idea de abyecta sumision y bajeza, se confundia en los españoles con el sentimiento de la religion y del honor; en este concepto arriesgaban gustosos la vida por su rey; pues este nombre simbolizaba tambien (aunque no en el sentido que lo entendia Luis XIV) el estado; esto es, la religion, la patria y el honor nacional.

En vano se esforzaban los apologistas y propagadores de las nuevas doctrinas á infundirlas en nuestras poblaciones; los cautos españoles no podian creer en aquella felicidad, aquella ventura social adquirida por medio de asesinatos, pasando por lagos de sangre, sobre las ruinas de los altares y los escombros de la monarquía; es decir, destruyendo los fundamentos de la misma sociedad á cuya felicidad debian aspirar. Danton, Marat, Robespierre, despojados de esa falsa aureola de patriotismo con que encubrian su ambicion y sus crímenes, y con que aun hoy mismo intentan atenuarlos otros políticos débiles para cohonestar su propia ambicion y adquirir popularidad, aparecian en todo su natural horror, como hombres de maldicion y verdugos de su pais; horror invencible y eterno que no podrán debilitar los paliativos de Thiers, ni las ambiguas y sentimentales peroratas de Lamartine. Entre aquellas hordas de viles degolladores, no latia un solo pecho en que se anidase el puro amor á la verdadera libertad!

Aquel exceso de violencia conmovió las antiguas monarquías de Europa, y los reyes no pudieron considerar sin serios temo-

res el desquiciamiento del antiguo trono de los Clodoveos y de San Luis. El alarde de cínica inmoralidad de los corifeos de la revolucion y la abolicion y persecucion del culto, indignaron á una nacion tan sinceramente católica como la nuestra; pero cuando vieron con frívolo pretesto someter al rey y á su regia consorte al juicio de los sansculotes de la Convencion y amagados de un fallo de muerte, la indignacion y el despecho de los españoles subió al mas alto grado. Infructuosos fueron todos los esfuerzos generosos de Cárlos IV en favor de su desgraciado pariente: su mediacion fué desechada por la Convencion. Justo es que aquí digamos que esta mediacion fué propuesta á Cárlos IV por Godoy, que ya iba adquiriendo el notable ascendiente que luego ejerció en el ánimo del monarca, y que la desempeñó con notable interés y energía; pensamiento que encontró una diplomática oposicion en el conde de Aranda.

Es indudable que Godoy procuró sacar partido de la venalidad y corrupcion de algunos de los principales agitadores y corifeos de la demagogia en París, y que se señalaron y pusieron ilimitadamente los fondos necesarios á disposicion de nuestro embajador Oscariz en aquella capital, que correspondió con su estremado celo á tan generoso intento, pues no habia ya tiempo que perder. El monarca español solo pedia la vida y ofrecia aceptar cuantas condiciones honrosas se le impusiesen. Mas, cuando en la terrible noche del 17 de enero, votada ya la sentencia de Luis XVI, se anunció á la Convencion el humano oficio del ministro español, se opuso la Montaña con furor á la lectura; y Danton, corregidor á la sazon de París, que primero habia manifestado interés por la familia real y luego se mostró su enemigo y adulador del populacho de los arrabales; este hombre fatal, que todavía encuentra defensores ó, al menos, quien trate de paliar su calculada crueldad, sostuvo con furibunda voz esta opinion, proponiendo que se declarase la guerra á España en aquel acto.

Sacrificado al fin Luis XVI al insensato furor de los anar-

quistas, ya no hubo medio de contener la guerra contra aquella nacion entregada al desórden, si bien la declaracion y las primeras hostilidades provinieron de la Francia. Nuestro ejército, al mando del general Ricardos, penetró resueltamente en el Rosellon (en mayo de 1793); y despues de algunas alternativas en la campaña, castigó la jactancia del general republicano Dagoberto, venciéndolo en la reñida batalla de Masdeu, en que 2000 soldados nuestros derrotaron á 16,000; accion decisiva que obligó á los enemigos á buscar el abrigo de la ciudadela de Perpiñan y facilitó el sitio y toma de Bellegarde, baluarte de la Francia por este lado de los Pirineos. Siguió varia la fortuna de la guerra, si bien nuestras tropas se batian siempre con denuedo, hasta que Ricardos tomó, á pesar de los enemigos, una posicion inexpugnable, suceso que dió lugar á la célebre batalla de Traillas, en que las impetuosas columnas republicanas se estrellaron contra la bizarría de nuestros soldados. Los enemigos perdieron en esta jornada gran parte de su artillería, que precipitaron ellos mismos en los barrancos con sus municiones, y 6,000 hombres que quedaron en el campo. Siguiéronse á esta accion el combate nocturno de los campos de Boulon, glorioso hecho de armas en que dos mil españoles, al mando del teniente coronel Taranco, rechazaron siete ataques furiosos á la bayoneta, y el de Ceret, en que coronó de nuevo la victoria al general español, con otras conquistas que produjeron, á fines de aquel año, la ocupacion pacífica de toda la parte meridional marítima del Rosellon.

Pero antes de estos sucesos gloriosos para nuestras armas, el valor de nuestros marinos arrancaba nuevos laureles en Tolon. Esta plaza se habia arrojado en brazos de la Inglaterra, entregando sus fuertes, su rada y sus navíos á la escuadra de Lord Hood. La nuestra, compuesta de 17 navíos al mando de D. Juan de Lángara, entró en el puerto, declarando que aquel era un depósito confiado al honor de España, así como al de Inglaterra; y ocho mil hombres que desembarcaron de nues-

tra escuadra, en union con dos regimientos ingleses, guarnecieron la plaza contra los republicanos. El general inglés procedió con doblez y mala fé desde un principio, así con los toloneses como con los españoles; su altanería impidió todo buen acuerdo é inteligencia, y cuando estrechada la plaza por los esfuerzos de los republicanos pensó en abandonarla, lo hizo sin participarlo á los españoles é incendiando la escuadra francesa. La brillante, y mas que brillante, la humana conducta de los españoles en aquel suceso, de que volveremos á ocuparnos en esta historia, ha sido celebrada por los mismos enemigos; y nos limitaremos, por ahora, á decir que cubrieron espontáneamente las alturas que los ingleses abandonaron, que fueron los últimos en embarcarse sosteniendo bizarramente la retirada, y que la escuadra española fué el refugio de las innumerables familias, que, huyendo del acero de los vengativos republicanos, no lo habian podido obtener de los ingleses. Sensible es que un hecho en que tanto se distinguió y mereció nuestra marina, no haya merecido mas al antes citado adicionador de la *Historia de España* del P. Mariana, que unos lacónicos y secos renglones, en que ni aun sumariamente se da idea de este hecho glorioso, en tanto que autores extranjeros, apologistas de la revolucion, lo refieren ensalzando el valor y la humanidad de nuestros marinos.

La campaña del año siguiente, aunque sostenida siempre en los límites de nuestro territorio con el valor de nuestros soldados, no nos fué favorable. Sufrimos en ella sensibles descalabros, y el resultado fué perder el terreno conquistado, á Coliubre y Bellegarde. El 18 de noviembre, despues de varios ataques reñidísimos, hicieron cejar los republicanos á nuestros ejércitos hasta Figueras. Reiterado el ataque por los franceses con numerosas fuerzas, mandadas por Perignon, á los dos dias, muerto el conde de la Union y sustituido por el marqués de las Amarillas, viendo este decidida la victoria por los enemigos, dispuso con tan poca prevision la retirada que nos fué esta mucho mas costosa que la batalla; contratiempo á que siguió la injustifica-

ble entrega del castillo de Figueras, á pesar de sus diez mil hombres de guarnicion, sus doscientos cañones y seis meses de abastos y de ser una de las plazas mas fnertes é inespugnables de Europa.

El general Caro, que con quince mil hombres habia empezado la campaña por nuestras fronteras occidentales, pasando el Bidasoa, tuvo que retirarse despues de una sangrienta refriega de ocho horas. A pesar del valor de nuestros soldados y de algunos brillantes encuentros, nuestras tropas, mal guiadas, fueron cediendo el terreno á los contrarios, que se apoderaron de Pasages, Hernani y San Sebastian, el último por una entrega poco honrosa. Esta adversa campaña terminó con la pérdida de casi toda la Guipúzcoa.

Al principio del año de 1794 fueron llamados los generales de los ejércitos para concordar en la corte el plan de la próxima campaña; hecho lo cual se dió cuenta en el Consejo de sus acuerdos. No era la cuestion que iba á tratarse si se debia ó no seguir la guerra, como han afirmado algunos escritores poco afectos á los principios que sostenia entonces la España; esto por otra parte, hubiera sido una mengua, poniendo en duda nuestros formales compromisos con los aliados. Pero el conde de Aranda, fiel á sus ideas y ocultas simpatías con los republicanos, se alzó contra aquel dictámen, cohonestando, no obstante, sus verdaderas intenciones con pretestos de política y conveniencia. Tuvo efecto este célebre consejo, que presidió el rey y á que asistió D. Manuel de Godoy en su calidad de ministro, en 14 de marzo de aquel año. La acrimonia con que el conde espresó su opinion, opuesta á la del rey y del consejo, exasperó los ánimos, y produjo aquel desagradable diálogo con que terminó el debate, en que el monarca manifestó su enojo por su destemplanza y osadía y dió causa á su inmediato destierro de la corte.

El ardiente ímpetu de los republicanos, guiados por espertos generales, era coronado por la victoria contra todos los ejércitos de Europa. Aunque al marqués de las Amarillas habia su-

cedido en el mando D. Juan de Urrutia, no fué bastante el celo de este general ni sus conocimientos en el arte de la guerra, para restablecer la confianza y la disciplina en nuestros soldados, ya relajada por los reveses. Rindióse Rosas al general Augereau el 2 de febrero de 1795, desamparándola su guarnicion al ver la brecha practicable, embarcándose en la escuadra española y dejando trescientos hombres que á la mañana siguiente depusieron las armas. Sostenida la campaña hasta el mes de agosto con varia alternativa, Urrutia frustró las combinaciones de Perignon para penetrar en Cataluña. Moncey se adelantó por Vizcaya, camino de Castilla; pasó el Deva y penetró rápidamente por Navarra, llegando hasta Miranda, del lado de acá del Ebro. Este cúmulo de desgracias tuvo término con la noticia de la paz de Basilea.

El gabinete español, siempre mirado y consecuente con la Inglaterra, habia estipulado en el tratado de paz su intencion de conservar sus relaciones de amistad con las demas potencias enemigas de la Francia, inclusa aquella. La conducta franca y leal de España, antes y en aquella ocasion, no fué bastante á desarmar la antigua ojeriza, ni á recabar que desistiese de sus planes de codicia y usurpacion. Deseaba á todo trance enemistarnos nuevamente con Francia, sin que en su indiferencia y egoismo tomase en cuenta nuestra situacion y otras razones de general interés. Entre otros hechos que prueban su desleal proceder, citaremos el del galeon *Santiago* que viniendo de Lima con cerca de cinco millones de duros de valores, y apresado por un corsario francés, fué represado por los ingleses; el cual, por las circunstancias de su captura, y segun los tratados particulares con España, debió sernos devuelto y no lo fué.

Por último, las circunstancias obligaron á optar entre la amistad de dos naciones, de las cuales una nos insultaba despreciando nuestra alianza y obrando de hecho como enemiga, y la otra invocaba el pacto de familia y nos instaba con su cooperacion y comunidad de intereses á resistir la tiranía marí-

tima de la primera. Verificóse á los catorce meses de asentada la paz de Basilea, en 18 de agosto de 1796, el tratado de alianza ofensiva y defensiva, en que se ofreció España, en reciprocidad, á auxiliar á la Francia con 15 navíos de línea y con 24,000 hombres. Este acontecimiento debió naturalmente exasperar el orgullo indomable de aquellos insulares, y se apresuraron á declararnos la guerra.

Estas son las épocas de nuestra historia en que aparece ó, mejor diremos, debia aparecer como actora principal nuestra marina, si el gobierno, dotado de la prevision que le debieron haber inspirado nuestros pasados desastres marítimos, hubiese calculado las consecuencias de su política. Pero jamás ha sido mas digno de reconvencion por la falta de esta cualidad que en la época á que nos referimos.

La mayor parte de nuestra fuerza naval, al mando del general D. José de Cordova, se hallaba en Cartagena, tan mal preparada para una campaña, como lo probó de un modo muy lamentable en el imprudente y solicitado encuentro con los enemigos en el cabo de San Vicente, de que tan minuciosa y estensamente hemos hablado en los capítulos IX y X de este tomo.

En circunstancias tan aciagas crecian los apuros del erario, con el descontento y los públicos clamores. Los cronistas de aquella época culpan unánimes la administracion del Príncipe de la Paz, y acúsanlo de haberse convertido en el verdadero monarca, pues que el rey, dicen, "le habia abandonado todo el peso del gobierno, siendo el dispensador de todas las mercedes y el depositario de los destinos y dignidades. Que se habia acostumbrado á mirar la nacion como patrimonio propio, haciéndose insensible á las murmuraciones del pueblo." Distínguese entre todos el adicionador ya citado de Mariana (1) sentando, con tal motivo, acusaciones y calificaciones gravísimas contra la reina de

(1) *Historia general de España*, etc.—Continuacion, tomo XVIII, página 176.



España, que hubiera sido de desear no aventurase sin acompañarlas con razones y comprobantes que, prestando alguna consistencia á los juicios del vulgo, autorizasen para darles legítimo lugar en la historia.

Apenas alcanza el fallo unánime de las generaciones que nos preceden á fijar y asegurar contra los ataques del escepticismo la reputacion de los héroes, cuyas virtudes, sabiduría ó denuedo preconizan, en tanto que muy pocos ponen en duda la veracidad de los historiadores cuando nos pintan, á veces con pasion, los vicios y crímenes mas repugnantes de ciertos personages: ¡ tán inclinado es el mundo á aceptar lo que deprime la humanidad, y tan difícil cuando se trata de creer en la perfeccion y la virtud!

La situacion de España se agravaba mas y mas, no solo por el desconcierto de su régimen interior, sino por las pérdidas materiales que á cada paso experimentaba. Ademas de la pérdida de las islas de la Trinidad y de Menorca, nuestro comercio con las colonias las sufrió enormes, que influyeron, de consiguiente, en daño de nuestra agricultura. Con todo, en este mismo año fueron derrotados los ingleses, segun hemos referido, en las Canarias y Puerto-Rico, sufrieron igual revés en Goatemala y se frustró la sublevacion de Caracas, dirigida por el republicano Miranda.

Una escuadra francesa compuesta de 15 navíos, 14 fragatas y gran número de buques menores, dió en 18 de mayo la vela de Tolon, al mando del almirante Brueys, conduciendo á Bonaparte y su ejército para la conquista de Egipto. Por entonces se formó la segunda coalicion contra la república francesa de Inglaterra, Rusia, Austria, Cerdeña, Nápoles y Turquía. No se economizaron en esta ocasion las promesas ni las amenazas para atraer á España á esta liga; encerróse esta en un deliberado silencio.

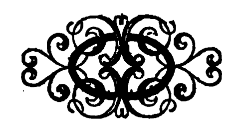
Hecha una rápida reseña de los sucesos ocurridos en los años que precedieron á la salida del *Fulgencio* del puerto de Cádiz y que tienen una relacion mas directa con el objeto de esta

narracion, conviene á nuestro propósito hacernos cargo del movimiento y posicion, en la misma época, de las fuerzas navales de Inglaterra, Francia y España, como principales actoras en el terrible drama político que la revolucion francesa habia inaugurado. Aparte de los justos temores que el carácter violento de esta revolucion y sus feroces tendencias inspiraban á toda la Europa, los respectivos gobiernos, al declararse contra tales excesos, se propusieron la mayor parte utilizar aquel suceso y declaracion, en favor de sus miras políticas y secretas pretenciones. Pero la Inglaterra, sobre todo, al acojer ansiosamente este pretesto para dar mas estension é impulso á sus especiales intentos, procuró ingerirse y como asociarse á los actos gubernativos de las demas potencias, con aquel espíritu esclusivo de dominacion que la caracteriza. La ocasion era favorable para consumar el objeto mas constante de su política; esto es, el monopolio esclusivo del comercio. Para esto necesitaba hacer grandes y enérgicas reformas en su armada, restableciendo en ella, sobre todo, la disciplina, ese nervio del servicio marítimo, precisa condicion del acierto y del triunfo. El ascendiente de algunos hombres de genio á cuyo frente figuran los nombres de Jervis, Nelson y Collingwood, produjo esta reforma saludable en la marina británica, para lo que es justo confesar contribuyó en gran manera el interés nacional; sentimiento que en aquella nacion es natural é inherente á todas las clases.

Desde el combate del cabo de San Vicente, esto es, á poco de haberse roto las paces, toda la atencion del gobierno inglés se habia dirigido á impedir la union de nuestra escuadra con las francesas surtas en Brest y Tolon, y para esto sostenia fuertes divisiones sobre las costas meridionales de la península, bloqueando el puerto de Cádiz, en tanto que una de sus escuadras, corriendo el Mediterráneo, observaba y bloqueaba la francesa surta en Tolon, y auxiliaba diversas operaciones contra la isla de Córcega, haciéndose presente en Nápoles bajo el pretesto de sostener el gobierno del rey, contra la invasion francesa y el par-

tido revolucionario del pais. Nelson, despues de su victoria de Aboukir (1.° agosto de 1798) entraba triunfante en aquel puerto el 22 de setiembre, en tanto que el almirante Jervis, conde de San Vicente, sostenia con su escuadra de observacion grandes cruceros, contando, como puntos de refugio y de habilitacion, con Lisboa y Gibraltar. Otras fuerzas de consideracion al mando de activos gefes, destinados á perseguir nuestro comercio y á protejer las escursiones que hacian sobre nuestras costas americanas, cruzaban en el mar de las Antillas ó recorrian las costas del Brasil y del Pacífico; y podia decirse que los ingleses, no por la inferioridad numérica de nuestras fuerzas navales y la de los aliados, sino por la debilidad y falta de pericia de ellas, eran los dueños del mar y abrazaban, con su perseguidora y vigilante policía, todo el Océano.

En tan difícil coyuntura habia logrado su salida de Cádiz don Dionisio Alcalá Galiano, y solo la suerte y hábil conducta de este experto capitan pudo, segun veremos, salvar el *Fulgencio* de caer en manos de sus enemigos, ya sabedores de su comision y en espera de su regreso.



## CAPÍTULO XVII.

**Llegada á Cartagena de Indias y á Veracruz.—La escuadra inglesa al mando del contra-almirante Blingt, amenaza á la isla de Cuba indefensa.—Invasion de 1762. (Episodio retrospectivo).—La prevision y arrojo de Galiano aseguran el éxito de su espedicion.—Salida para la Habana y de este puerto para Europa.—Narracion sobre el Méjico antiguo y moderno.**

> Cuando los príncipes se hallan lejos y se puede temer que llegarán á las resoluciones despues de los sucesos, ó que la variedad de los accidentes (principalmente en las cosas de la guerra) no dará tiempo á la consulta, y se vé claramente que pasarian entretanto las ocasiones, prudencia es dar las órdenes con libre arbitrio de obrar, segun aconsejase el tiempo y la ocasion.
>
> SAAVEDRA FAJARDO.—*Empresas políticas.*—Empr. 80.

Continuando el *Fulgencio* su próspera navegacion, dispuso Galiano, sin reconocer tierra alguna, hacer desde luego rumbo á Costa-firme en demanda de Cartagena de Indias, donde tomó puerto con toda felicidad el dia 23 de enero de 1799, á los veinte y ocho de su salida. Como el buen éxito de la espedicion dependia, sobre todo, de la diligencia, desembarcada que fué la tropa y oficialidad destinada á aquel punto; refrescados los víveres y aguada, continuó su derrota á Veracruz, en cuyo puerto fondeó con felicidad el dia 7 de febrero, donde ya hacia seis dias que le habia precedido el *San Ildefonso*.

Desembarcados en aquel punto los azogues y efectos del gobierno, quedaron igualmente libres los del navío del resto de sus huéspedes, no menos contentos por su parte de tomar tier-

ra despues de una larga campaña. Hallábase entre ellos nuestro conocido el Sr. Liberato Parruchino, que conducia simuladamente, segun digimos, y bajo el carácter de empleado semi-oficial ó comisionista, su preciosa coleccion de pelucas, de jabones y de perfumes. El almizclado pasagero se deslizó por el portalon del navío con sus compañeros de viaje, no sin volver la cara atrás; y si no sacudió el polvo de sus sandalias en desahogo de su patriótica indignacion al dejar el aristocrático vehículo, le dirigió para sus adentros sendas interjecciones. El asendereado apóstol y propagandista de la fraternidad republicana, llevaba grabados en su corazon y presentes en su memoria, con las bromas de que habia sido alguna vez objeto, las costumbres, el espíritu de coaccion que preside en todos los actos de un buque de guerra, aquella desigualdad de condiciones tan opuesta al *Pacto Social* de Rousseau y á las doctrinas del filántropo autor de *L'Ami du peuple*, cuya lectura y comentarios habia escuchado él mismo en el club de los *Jacobinos* de París, de que fué digno miembro. Dejémosle, pues, emprender *joyeusement* la senda gloriosa que el grande Hernan-Cortés habia franqueado con su espada 280 años antes para él y todos los especuladores trashumantes del antiguo mundo; que tal vez, segun ya indicamos, volvamos á encontrarlo en el curso de esta historia.

La llegada de los dos navíos conduciendo el papel sellado y los azogues del gobierno, tan necesarios y esperados, fué un verdadero motivo de satisfaccion para el virey Asanza y todo el reino de Méjico. Enterado el protegido de Godoy, por sus comunicaciones privadas, de la urgente falta de numerario en la metrópoli y de los deseos de S. M., así como de las estrechas órdenes dadas á los comandantes para que acelerasen su regreso, con el objeto de que pudiesen recalar en buen tiempo sobre la Península, dictó sus disposiciones con actividad y acierto, avisando al comercio para que registrase la cantidad de plata acuñada ó en barras y los frutos que quisiesen, ademas de lo que debian conducir los navíos por cuenta de la real hacienda; sien-

do tan eficaces y bien segundadas sus disposiciones, que ya á mediados del mismo mes de febrero hubieran podido dar la vela con las fragatas *Esmeralda*, *Clara* y *Medea*, que tambien con registro de caudales y al mando de D. Rafael Butron, habia encontrado Galiano dispuestas para emprender su regreso á Europa. No era menos urgente la salida de las fragatas *Juno* y *Anfitrite* que, mandadas por el capitan de fragata D. Juan Ignacio Bustillo, debian conducir desde el mismo punto socorros á la Habana, aprovechando la coyuntura de haberse retirado los ingleses del crucero que sostenian en la embocadura del canal de Bahama, segun los avisos que el virey habia tenido de aquel puerto.

Pero una noticia contraria vino á trastornar y diferir aquel bien concertado plan. Súpose por avisos seguros que los enemigos con crecido número de buques de guerra de gran porte, habian vuelto á presentarse en las inmediaciones. La urca *Cargadora* y una fragata que habian salido de Matanzas para la Habana confiadas en su ausencia, conduciendo la primera maderas de construccion, acababan de ser apresadas en aquella corta travesía por un navío inglés; y se supo que, ademas de este buque, se hallaba en aquellas aguas una escuadra compuesta de los navíos *Reina* de 96, de los llamados *Carnaty* y *Thunder* de 74, y de cinco fragatas, todos á las órdenes del contra-almirante *Blingh*. Este contratiempo vino á frustar aquellas disposiciones y la lisongera esperanza de ser socorridas, tan oportunamente como convenia, las necesidades de la metrópoli; pues Asanza, poseido de justos temores, no creyó deber ya aventurar tantos intereses á un encuentro, mas que probable, con los enemigos.

Pero Galiano pensó de distinto modo. Sin dejar de apreciar el fundamento de aquellos temores, consideró tambien, como marino inteligente y previsor, los inconvenientes que habian de resultar de una prolongada detencion en aquel puerto, y resolvió convocar una junta de gefes para consultarles este grave

punto. Reunida esta, comenzó por hacerles ver que segun todas las apariencias, los enemigos mantendrian con tanto mas empeño su crucero, cuanto que no ignoraban la preparada espedicion, ni la necesidad que de aquellos caudales habia en España; razones mas que suficientes para que lo sostuviesen, probablemente hasta mediados de agosto, que lo abandonarian á causa de los huracanes; pues lo habian sostenido en el saco de Cádiz, con mucho mayor riesgo en el invierno. Que en tal supuesto, y si se atendiesen solas estas razones é inconvenientes, nunca podria contarse con regresar á Europa sin esponerse á grandes azares, á menos que no se adoptase el partido de esperar hasta la paz. Pero que de esta detencion y permanencia resultaban otras dificultades y peligros para las tripulaciones, á causa de las calenturas regionales, que indudablemente aparecerian en los meses del verano, siendo de temer que pereciese mucha gente, de cuyo sensible acontecimiento resultaria ademas la dificultad de su reemplazo. Hizo ver tambien los perjuicios de otra especie que podria ocasionar un retardo en la salida, por el singular efecto que la esperiencia habia hecho notar en los buques que permanecian estacionados en aquellos mares, los cuales perdian mucho de su andar; ya, segun se creia, por la accion de las aguas sobre el cobre de su forro, destruyendo su tersitud, ó tal vez por enguacharnarse los mismos fondos, como opinaban algunos. Estas razones mas ó menos fundadas y atendibles, pero propias todas para sostener el propósito de la salida, fueron acogidas por la junta, que las consideró bastantes para sostener una resolucion que, si bien era arriesgada, llevaba consigo el mérito de un noble arrojo, justificado por el deseo de conducir prontamente los socorros que esperaba la madre patria. Así, pues, Galiano, viendo el perfecto acuerdo de la junta, añadió: que pues se hallaban afortunadamente conformes en la conveniencia de la salida, aceptando generosamente todas sus consecuencias, observaba que mientras mas se demorase seria menos ventajosa la estacion para navegar; pero que acelerándola, po-

drian encontrar tiempos óscuros y vientos favorables, pasando pronto á su favor por los cruceros; cuando, por el contrario, si se les obligaba á permanecer hasta el verano, eran seguras las calmas y las brisas y, por lo tanto, seria mucho mas espuesta la navegacion y la deseada recalada sobre las costas de España.

La perplejidad en que tan opuestas razones y evidentes peligros ponian el ánimo de aquellos prudentes gefes, constituian una de las situaciones mas duras en que puede verse un marino, sobre todo, cuando ejerce una autoridad independiente y responsable y de que solo puede salir con buen éxito, llamando en su auxilio sus conocimientos científicos y esperiencia, empleando con resolucion los medios que adopte, y alejando estudiosamente toda idea, escusando todo acto que á los ojos de sus subordinados pueda aparecer como señal de indecision ó desconfianza. Tal era la situacion de Galiano y de aquellos marinos españoles, colocados entre las indecisiones y temores del virey, el deseo de llevar á cabo sus respectivas comisiones y el fundado recelo de malograrlas.

En aquellos momentos nuevas comunicaciones del conde de Santa Clara, capitan general de la isla de Cuba, y de D. Juan de Araoz, comandante general de marina de aquel apostadero, vinieron á aumentar la repugnancia del virey respecto de la salida de la espedicion. Decíanle en ellas que el 24 ó 25 del mes anterior habia llegado de arribada á Matanzas, con el palo rendido, despachada de Cádiz con pliegos del gobierno, la barca *Nuestra Señora de Regla*, en los cuales se hacian las mas estrechas prevenciones para que se pusiese la plaza en el mas perfecto estado de defensa y capaz de rechazar á los ingleses en caso de que intentasen atacarla. Mas era tal el descubierto en que se hallaba la isla, amenazada de una invasion, que ademas de carecer de recursos para cubrir las atenciones de la plaza, apostadero y escuadra de operaciones, de ver cerrado el puerto de la capital por un estrecho bloqueo, el navío *Asia* se habia quedado en Puerto-Rico por solicitud de su gobernador, y las

fragatas *Gloria* y *Tetis*, únicas que habia en la Hábana, estában en carena; y así, no se encontraban aquellas autoridades con medios para impedir una desgracia, pues por otra parte se sabia que á mas de las fuerzas inglesas que tenian á la vista, se hallaban á la sazon en Jamaica hasta nueve navíos, ocho fragatas, tres corbetas y cinco bergantines.

Con tal urgencia de motivos representaban la necesidad de ser prontamente socorrida aquella isla con caudales y tropas, indicando que uno y otro podrian ser conducidos por las fragatas *Juno y Anfitrite*, llevando cada una medio millon y la pólvora, de que tambien hacian pedido, en trasportes proporcionados.

La zozobra de aquellas autoridades debia subir de punto recordando la desastrosa invasion que los mismos ingleses verificaron en aquella isla con 22 navíos de línea y número considerable de tropas de trasporte en junio de 1762; invasion tanto mas lamentable, cuanto que fué debida á otro abandono semejante y á la falta de fuerzas en que se encontraba la capital que solo contaba dos mil hombres útiles para su defensa, y siete mil de las débiles milicias del pais.

Increible pareceria, si no lo certificase la historia, que la capital de nuestras Antillas se encontrase despues de aquel suceso lamentable, de aquella severa leccion y aviso á nuestro gobierno, en el mismo ó mayor estado de abandono.

El suceso á que nos referimos, y cuyo recuerdo infundia muy fundados temores á las autoridades de la isla de Cuba, fué de los mas desastrosos y perjudiciales, pues ademas de las sumas inmensas y efectos de gran valor de que se apoderaron los ingleses, se hicieron fácilmente dueños de 15 navíos de nuestra escuadra, muchos desarmados y faltos de fuerza, si bien ellos con sus valerosas dotaciones constituyeron el nervio y parte mas activa de aquella memorable defensa. Tales razones y la importancia del suceso nos estimulan, de conformidad con nuestro plan, á referir y consignar aquí sucintamente los hechos y circunstancias mas notables de aquel revés, no exento de gloria para nues-

tras armas. Hemos confesado que la prevision no ha sido desgraciadamente la virtud política que mas ha brillado en nuestro gobierno, sobre todo, en los últimos tiempos de la monarquía. La fácil sorpresa y posesion de Gibraltar y la mas reciente de la isla de Menorca por los mismos ingleses, no eran bastantes para aconsejar aquella prudente desconfianza, que siempre ha debido inspirar una potencia que no acostumbra emplear ceremoniosas preparaciones para lanzarse á la guerra, cuando esta conviene á sus intereses.

Los deseos del ilustrado Cárlos III á su advenimiento al trono español, (ansioso de paz y tranquilidad para sus estados) eran mediar para que terminase la guerra marítima en que estaban empeñadas la Francia y la Inglaterra. Ya digimos el modo altanero y desdeñoso con que el gabinete inglés recibió la mediacion del bondadoso monarca que, como premio y resultado de su oficiosa interposicion obtuvo la guerra que aquel gobierno nos declaró en 1761. Resintiéronse lastimosamente de este suceso todos los intereses nacionales, y de un modo mas sensible nuestro comercio marítimo y navegacion, cuyas operaciones hubieron de sufrir una larga suspension y entredicho.

La Gran Bretaña quiso llevar la guerra allí donde existia el objeto de su constante emulacion, y escogió como teatro de sus principales hostilidades las Indias Occidentales, dirigiendo desde luego sus operaciones contra la isla de Cuba, persuadida de que con su posesion aseguraba el dominio del golfo de Méjico, paralizando ó interceptando nuestros recursos, haciendo suyo todo el comercio de Tierra-Firme, inundando nuestras posesiones con sus manufacturas, creyendo por tales medios imponer á España la ley de su capricho.

Acababa de tomar posesion del gobierno de la isla (á fines de 1760) el mariscal de campo D. Juan de Prado, militar valiente y de concepto, en circunstancias en que si bien la inquieta suspicacia y secretas pretensiones de la Inglaterra escitaban la vigilancia, nada habia que indugese á temer un súbito rompimiento y

agresion. Y sin embargo, el estado en que aquella autoridad encontró la plaza y la escasez de fuerzas útiles que la guarnecian, así como el deplorable y defectuoso de sus fortificaciones, llamaron su atencion, y sobre tan grave asunto comunicó al gobierno sus observaciones. En efecto; no tan solo se hallaba reducida la fuerza disponible del ejército á solos dos mil hombres de tropa de línea y á unos siete mil de las milicias débiles y sin instruccion del pais, sino que las fortificaciones, esencialmente dispuestas para defender la entrada del puerto, distaban mucho de corresponder á las necesidades de una plaza de guerra en un formal asedio, pues ademas de la debilidad de sus murallas por la parte de tierra, tenia entre otras desventajas el terrible padrastro del monte ó eminencia llamada de la *Cabaña* que situada en la orilla opuesta del puerto, domina á este y á la ciudad, siendo por lo tanto un punto cuya fácil posesion ofreceria á los enemigos una ventaja sobremanera difícil de contrarestar. El hecho vino á confirmar este fundado recelo. Pero si bien no podia ocultarse á la inteligencia del nuevo gobernador este gravísimo defecto y parte flaca para la defensa, y llamó desde luego la atencion del superior gobierno en sus manifestaciones, no era aquel mal de naturaleza á esperar el resultado de sus consultas, sobre todo en las especiales circunstancias de que vamos hablando. Contaba sin duda la plaza con hábiles ingenieros y celosas autoridades, y tambien con los medios materiales para atender con prontitud y buen éxito á cubrir aquella altura con una buena fortificacion (aunque pasajera por lo urgente) que cruzando sus fuegos con los de los castillos del *Morro* y de la *Punta*, protegiese el puerto y la ciudad; y sin embargo, no se atendió con la debida urgencia al remedio de este mal. Inconcebible parece el retardo ú omision de una medida de tan reconocida necesidad, siendo de notar que desde el 26 de febrero del año 1762, en que ya se tuvieron noticias del rompimiento de las hostilidades por los ingleses, y á pesar de los avisos mas directos recibidos por la costa de estarse preparando un grande armamento con

tra aquella plaza, hasta el 6 de junio en que se presentaron los enemigos, no se emplease desde luego con la mayor actividad este tiempo en fortificar aquel punto con obras suficientes, á reserva de perfeccionarlas con mayor solidez, estando reconocido por aquellas autoridades "que la altura de la *Cabaña* inducia y franqueaba á los enemigos la destruccion de todas las baterías de la plaza."

En tan desventajosas circunstancias, capaces de comprometer y desvirtuar el valor mas acrisolado, la voluntad mas ardiente y decidida, solo contaba aquella con el ausilio y cooperacion de la escuadra surta á la sazon en su puerto, compuesta de 12 navíos y cuatro fragatas que al mando del marqués del Real Trasporte estaba destinada á operar sobre varios puntos en aquella parte de nuestras Américas; si bien en la actualidad se hallaban estos, segun digimos, escasos de fuerza y en parte desarmados.

Pero antes de referir concisamente las operaciones y accidentes notables de aquel suceso adverso á nuestras armas, creemos oportuno consignar aquí la causa y los fútiles pretestos que indujeron al gobierno inglés para aquel súbito rompimiento; manifestando ante todo, que si bien el respeto á la verdad, reprimiendo la voz y las exigencias de nuestro amor propio como españoles, nos obliga á veces á acusar á nuestro gobierno de nimia confianza ó imprevision, no podemos menos de hacer justicia á los sentimientos de dignidad, de mesurada entereza con que en aquel conflicto y no provocada agresion, patentizó á la nacion y al mundo la justificacion de su proceder, remitiendo la decision á las armas. En tan solemne ocasion decia el rey en su manifiesto de 15 de diciembre de 1661:

"Que cansado ya de tolerar la sinrazon con que hacia ya años trataba el ministerio británico nuestros negocios, despreciando sin límite y con el mayor descaro cualquier derecho que se oponia á sus ambiciosas ideas, conociendo su empeño de perpetuar la guerra, á pesar de las escesivas ventajas con que los

franceses le brindaban la paz; era evidente que no solo aspiraba á perpetuarla hasta conquistar las pocas posesiones que quedaban á los franceses en América, sino que seguiria luego atacando las de España para quedar dueño absoluto de aquel imperio, de la navegacion y el comercio. Que en aquel estado de cosas tuvo órden el embajador británico milord Bristol, de dar con nuestro gobierno un paso tan osado como insoportable, preguntándole si tenia pensamiento de unirse á la Francia contra la Inglaterra, imponiendo la precision de responder *categóricamente*, ó que tomaria lo contrario por agresion ó declaracion de guerra y se retiraria de la corte."

Por la forma y estilo de esta demanda se vé que solo el orgullo británico, sobreponiéndose al natural buen sentido en una nacion tan ilustrada, es capaz de sugerir exigencias y frases tan destempladas. Pero el rey, contestando dignamente á esta violenta provocacion, hizo entender al embajador "que se retirase cuando y como le acomodase; y que el espíritu de altivez que dictó tan atrevido é inconsiderado paso, era el que desde aquel punto hacia la primera agresion y declaracion de guerra, que quedaba aceptada desde luego por tal hecho y el de haber prevenido S. M. al conde de Fuentes, su embajador en Inglaterra, que sin perder tiempo partiese de Lóndres, cesando toda correspondencia entre la nuestra y aquella corte."

La contestacion dada á la altiva provocacion del gobierno inglés fué, repetimos, digna, templada y propia del carácter español, que podrá ser confiado y sufrido cuanto se quiera; pero que se eleva con noble orgullo siempre que, abusando de su buena fé y mansedumbre, se pretende imponerle con modos altivos y desdeñosos.

Tal fué el principio ostensible de aquel preparado rompimiento, seguido, con escaso intervalo, de los actos que vamos á referir.

Las colonias francesas, hostilizadas por los ingleses, pedian socorro á nuestras fuerzas navales surtas en la Habana, cuyo

gefe, falto de instrucciones en tan crítico caso, no osaba disponer movimiento alguno. En tales momentos comunicaba desde el Guarico el gefe de la escuadra francesa, con fecha de 3 de junio, el importante aviso de que la escuadra del almirante Pocok, despues de haber cruzado quince dias sobre la isla de la Tortuga y cabo de San Nicolás, hacia derrota hácia el canal viejo, con presunta direccion á la Habana. De creer es que si, con mas prevision, se hubiese procurado reunir nuestras fuerzas navales con las francesas que se hallaban á la sazon en los puertos de sus colonias, la efectiva superioridad resultante de este concierto habria probablemente desviado á los ingleses de su proyectada invasion. Constaba nuestra fuerza efectiva en aquellos mares de 12 navíos de línea, siete de ellos de 70 y los restantes de 60, y dos fragatas, á la sazon en el puerto de la Habana con otros dos navíos, uno de 70 y otro de 60 en carena ó habilitándose; de tres navíos de 70 y una fragata, en Cuba; de un navío de 60 y dos fragatas, en Veracruz; y de tres navíos de 70, una fragata, un jabeque y un paquebot en Cartagena de Indias, cuyas fuerzas componian un total de 21 navíos de línea, seis fragatas, un jabeque y un paquebot. Las fuerzas invasoras destinadas contra la Habana constaban, segun avisos fidedignos, de 24 navíos de línea, algunas fragatas y cuatro bombardas, con los buques-trasportes necesarios para conducir con los útiles y pertrechos de guerra, catorce mil hombres de tropas de desembarco y dos mil negros peones tomados en la Jamaica para los trabajos de sitio. Los ingleses tenian además en la Martinica cuatro navíos de línea al mando del almirante Rodney, y otro navío y una fragata en la Jamaica.

En tal estado y sin mas avisos ni prevenciones por parte del gobierno que los ya dichos, se presentó el 8 de junio á la vista la escuadra enemiga. En aquel conflicto la junta de guerra, compuesta de gefes militares de la plaza y de marina, considerando el inminente riesgo en que se hallaban los buques de la escuadra surtos en el puerto si, como era de recelar en vista

de aquel poderoso armamento, intentaban los ingleses forzarlo é introducir brulotes; atendiendo á la poca defensa que por la parte de la bahía presentaba la ciudad, acordó se echasen inmediatamente á pique en su boca los navíos *Neptuno* y *Asia*, y mas si fuesen necesarios, colocando al mismo tiempo una cadena compuesta de tozas y cables desde el castillo de la Punta al del Morro.

Estas fueron las mas perentorias disposiciones de defensa, pues careciendo de tropas capaces por su número y calidad para oponerse á un desembarco, la escasa y no bien armada que habia, aunque valiente y resuelta á todo sacrificio, bastaba apenas á cubrir los castillos y puestos mas amenazados.

Verificado sin formal oposicion el desembarco de los enemigos por las descubiertas playas adyacentes al puerto, fácil les fué luego ahuyentar la escasa y débil fuerza de milicias que cubria sin defensa la eminencia de la Cabaña; cuya posesion, verdadera clave y centro de sus ataques, vino á reducir y concentrar la resistencia en el castillo del Morro, puesto principal, á juicio de las autoridades de la plaza, en que consistia toda su seguridad.

Obligada nuestra escuadra á la inaccion para todo movimiento esterior, hubo de reducirse á cooperar á la defensa, tomando la posicion mas conveniente, y acoderando algunos de sus navíos para oponer sus fuegos á las baterías que con toda diligencia levantaron los enemigos en la Cabaña.

Ya antes de esta operacion y vista la posicion é intenciones del enemigo, con aviso de que entre sus intentos entraba el de incendiar nuestros navíos, dispuso el comandante general que todos se desaparejasen, desnudando sus palos y quitando sus cofas y preparándose del modo conveniente para recibir el fuego que arrojasen é impedir sus efectos.

Pero bien pronto la realidad de los escasos é insuficientes medios de repulsion en lucha tan desigual, vino á debilitar la generosa resolucion de llevar al estremo la mal preparada de-

fensa. La junta que dirigia las operaciones, por los informes de los respectivos gefes de las armas, hubo de reconocer el irregular y débil estado de las fortificaciones, lo reducido de su repuesto de pertrechos de guerra, la muy notable escasez de pólvora y arriesgada disposicion para el servicio de la artillería, el corto número de tropa reglada y la falta de instruccion de la de milicia, el estado casi inservible del armamento, en general, y, por último, en oposicion de todo esto, la ventajosa situacion y enorme superioridad de fuerzas del enemigo.

Tal era el estado que presentaba la capital de aquella importante Antilla, reducida casi á la sola proteccion del Morro y los recursos y fuegos de la escuadra; y esto basta á dar una idea del inconcebible abandono y de la comprometida posicion de aquellas autoridades. Pero era necesario apurar todos los medios de defensa y sostener el honor de las armas.

La fortaleza del Morro, situada al E. de la entrada del puerto, considerada como el Paladium y último recurso, habia sido provista de todo lo necesario para hacerla inexpugnable, y su mando fué confiado al capitan de navío D. Luis de Velasco, cuyo celo é imponderable eficacia se hicieron muy pronto conocer. Reforzóse la guarnicion del castillo con oficiales, tropa y marinería de la escuadra, cuya abnegacion y ardimiento en aquella memorable defensa correspondieron al esfuerzo y resolucion de tan digno gefe.

Justo es consignar aquí que, así como la tròpa, los marineros y la maestranza de la escuadra, se hicieron notar por su empeño y ardor en los trabajos de defensa, y que su auxilio fué de inmensa utilidad, atendiendo el lamentable estado de la plaza y su notable falta de recursos. A propuesta de Velasco, incansable y fervoroso en el puesto confiado á su valor y patriotismo, se hicieron algunas salidas para destruir las obras del enemigo, que se frustraron por la debilidad y escasez de las fuerzas destinadas á este objeto. El dia 1.° de junio sostuvo y rechazó esta fortaleza el terrible ataque que le dieron cuatro navíos aco-

derados en el placer á tiro de fusil, contestando con un fuego acertado y bien sostenido de cinco horas, que dió por resultado su retirada, despues de haber sufrido, entre otras averías, el desarbolo de algunos de sus masteleros, quedando tan maltratado uno de aquellos, que tuvieron que sacarlo sus lanchas á remolque con las portas de su batería baja cerradas y tumbado sobre babor. Esta defensa, por la gran superioridad de los fuegos del enemigo, pues al de 16 morteros y dos baterías con cañones de grueso calibre que batian el castillo por la parte de tierra, se unia el de 100, cuando menos, de los navíos acoderados en posicion ventajosa, produjo grande y merecida admiracion. "No es ponderable, dice una relacion oficial referente á aquel sitio, el esfuerzo y heroicidad con que se ha presentado en todas partes el capitan de navío D. Lüis de Velasco y á su imitacion toda la oficialidad, guarnicion y tripulacion, obrando todos con tanto desprecio de la vida, como tuvieron de ambicion de dar un glorioso dia á las armas del rey."

Pero esfuerzos tan heróicos no eran, por desgracia, bastantes á salvar la plaza, y, ¡cosa inconcebible!, lo que vino á facilitar su pérdida con la del castillo, fué una circunstancia ó accidente del terreno de su inmediacion, á que creemos no se dió toda la importancia que merecia. Habia por la parte de la mar una cueva llamada de las *Cabras*, por la cual introduciéndose los enemigos, lograron formar y dirigir una mina contra el Morro. Aquella cueva, segun el reconocimiento que durante una corta tregua habia practicado un ingeniero destinado en el castillo, tenia su boca delante de la cara del baluarte y caballero llamado de la mar, construido al pié de la muralla sobre el arrecife. Los enemigos, á favor de una escala de cuerda, lograron introducirse cautelosamente en ella, y sacando gran cantidad de piedra, emprendieron la mina contra el castillo. Adquirióse en efecto, aunque algo tarde, la certeza de este trabajo, y esto fué lo que motivó una de las salidas propüestas por Velasco.

Una contusion que habia este recibido le obligó á retirarse por corto tiempo para su curacion; pero algo mejorado y viendo estrecharse las operaciones sobre el castillo, solicitó vivamente volver á su puesto, siendo destinado al mismo tiempo para su segundo al marqués Gonzalez, comandante del navío el *Aquilon*, así por haberlo solicitado con instancia, como para que partiese con el primero el desvelo y las fatigas de tan penoso y arriesgado servicio.

No queremos dejar de mencionar como prueba de los esfuerzos practicados para llevar á cabo la defensa de la plaza, y tambien por lo singular del recurso, la idea de establecer una batería con piezas de grueso calibre sobre la antigua iglesia de los jesuitas (hoy catedral), para batir la Cabaña, aprovechando la altura de sus paredes y rellenando su interior de piedras para formar el terraplen con la resistencia necesaria; trabajo que se llevó á efecto, concurriendo á su ejecucion hasta los jóvenes de mas corta edad.

Pero los aproches y visibles disposiciones del enemigo, no dejaban ya duda de sus intentos y de la proximidad del lance supremo y decisivo de aquella lucha: el golpeo de la mina se sentia mas próximo, y tales y tan positivas señales, excitaron el cuidado del pundonoroso gobernador. Recelaba con fundamento que, dando fuego á la mina, seria atacado á un mismo tiempo por mar y tierra, y en momentos tan críticos pidió instrucciones perentorias para aquel próximo y seguro conflicto, dispuesto á cumplir como español y militar con su encargo. La junta de guerra lo autorizó con plena confianza para que obrase segun las circunstancias. Pero Velasco, no admitiendo la latitud de facultades que se le daban, insistió de nuevo, en la mañana del 30 de julio, pidiendo terminantemente las reglas por que debia regirse en aquel estremo; mas la decision de la junta, aunque inmediata, no pudo ya llegar á conocimiento del heróico defensor del castillo del Morro.

En tan críticos momentos la voladura de la mina dió la se-

ñal del ataque, produciendo una brecha accesible en la muralla; pues por el estrago que hizo en paraje á donde no alcanzaba el foso, resultó una especie de camino formado con la tierra derrumbiada mezclada con los riscos y las peñas. Al abrigo de la polvareda, de un vivo fuego y del humo de los mistos preparados y arrojados por los ingleses, hicieron estos avanzar prontamente una columna de ataque, hasta allí oculta en las proximidades por los declivios y desigualdad del terreno, seguida de otras dos; y aunque las tropas del castillo acudieron presurosas al lugar de la esplosion á disputar la entrada, llenas de valor y arrojo, fueron estos inútiles por la superioridad, ímpetu y número de las fuerzas asaltantes, que estendiéndose con rapidez, envolvieron la escasa guarnicion, á pesar de su vigorosa resistencia y de las exhortaciones y el ejemplo de D. Luis de Velasco y de su segundo el marqués Gonzalez, así como de los demas oficiales de la plana mayor y de la tropa, que seguian peleando sin atender los toques de llamada que dispuso el gobernador, viendo los contrarios ya apoderados del castillo, antes de llegar las compañías de granaderos y otros refuerzos que inmediatamente se enviaron, á la primera noticia que se tuvo del ataque.

En lo mas fervoroso de la accion y cumpliendo tan noblemente con su deber recibió Velasco dos heridas, una en un costado y otra mas grande en el pecho. En tal estado, viendo ya inevitable el rendirse, se dirigió al baluarte de la fortaleza que mira á la entrada del puerto donde estaba la bandera, y allí abrazado á su asta y ya exánime por la mucha sangre que salia de sus heridas, esperó recibir la muerte antes de ver abatido aquel signo, cuya defensa se le habia confiado. Ya iba á recibir el golpe fatal que con la bayoneta de su fusil le dirigia un soldado inglés, cuando un oficial que lo conoció, apartó el arma con su sable diciéndole: *¡no, no mates á tan valeroso capitan!*

Allí sucumbió gloriosamente en la pelea el marqués Gonzalez, que en los pocos dias que estuvo en el castillo dió relevantes pruebas de su valor y ardimiento, con otros muchos gefes y

oficiales del ejército y armada, y gran número de soldados y gente de mar, que sacrificaron sus vidas como buenos y leales españoles.

Amantes de la verdad, no menos que sinceros admiradores de todo noble hecho; dispuestos siempre como leales cronistas á hacer justicia á nuestros enemigos, consignamos aquí el generoso proceder del general, conde de Albemarle, que en seguida de la accion del Morro dispuso se condujesen á la ciudad para su mejor asistencia y curacion á Velasco y D. Bartolomé de Montes, herido tambien gravemente en la accion; lo que tuvo efecto entrada la noche, acompañándolos un ayudante de campo del general inglés hasta dejarlos en la cama, con la prevencion de que si por las circunstancias del momento no podia ser asistido Velasco como su estado lo requeria, deseaba el general se volviese á trasladar á su campo "donde harian con él las demostraciones de cuidado y de obsequio á que era acreedor un oficial que con tanta gloria habia sabido desempeñar la confianza y honor de las armas de su príncipe (1)." Al marqués Gonzalez dieron los enemigos digna sepultura en la misma iglesia del castillo en un hoyo que habia abierto una bomba.

Despues de la pérdida del castillo del Morro, la defensa de la plaza continuó débilmente y como lo permitia la falta de medios y, sobre todo, la increible escasez de pólvora, que obligó á mandar al navío *Aquilon* que cesase en su fuego contra el Morro, para atender con la poca que le quedaba á otros puntos de la lí-

(1) Despues de tales y tan contestes testimonios, increible parecerá á nuestros lectores que en la continuacion de la *Historia general de España*, á que ya hemos hecho mas de una referencia, al referir con harto laconismo el suceso de que nos ocupamos, y con relacion al herói-co defensor del Morro, se lean estas palabras hablando de los trabajos de los ingleses. "Mucha parte de sus progresos se debieron ciertamente á la indolencia del comandante Velasco, que hubiera podido entorpecerlos desplegando mayor constancia; pero este mismo gefe murió heróicamente, etc. *Adicion á la Historia*, etc. Tomo XVIII, pág· 101.

nea. Intimóse nuevamente la rendicion á la plaza el dia 10 de agosto; pero no fueron admitidas las proposiciones del enemigo, que presentaba como una causa para ella, el testimonio de una carta interceptada, escrita por el gobernador de la Habana á D. Luis de Velasco, en que se decia que el Morro y la Cabaña eran las llaves de la plaza.

El dia 11 de agosto se acordó, en fin, solicitar una capitulacion honrosa para el crédito de las armas del rey y el de los defensores, y que pusiese á resguardo la religion (1) y salvase al vecindario de la total destruccion y ruina; proposicion que fué seguida de una tregua.

Es de advertir que antes que se pusiese la bandera de tregua, se hizo presente por el general de la escuadra á la junta de defensa que los navíos estaban preparados y prontos para, luego que se hiciese la señal al efecto, echarlos á pique y pegarles fuego; medida y sacrificio si se quiere, en tal estremo, llenos de prudencia y prevision; pero la junta decidió que se cumpliese lo ya acordado por ella; esto es, que la escuadra siguiese la suerte de la plaza, porque no era conveniente otra cosa. Convenida, en fin, y aceptada la capitulacion, tomaron el dia 14 de agosto los ingleses posesion de los fuertes y la plaza. El gobernador del castillo de la Punta, capitan de fragata D. Fernando de Lostia, salió con su guarnicion por la brecha tambor batiente: las tropas de la plaza se retiraron á sus cuarteles, y las de marina, en iguales términos, con banderas desplegadas y la correspondiente pólvora, marcharon á embarcarse en sus navíos. Calculáronse en 16,000 las bombas arrojadas al castillo del Morro, y en 20,000 el total á todo el cuerpo de la plaza, comprendidas las anteriores, las que se dirigieron contra el castillo y puerta de

(1) Los ingleses se habian estremado cometiendo, durante el sitio, toda clase de excesos en las poblaciones que ocuparon en las inmediaciones de la capital, profanando y saqueando sus templos y ultrajando las imágenes, á pesar de su severa y decantada disciplina.

la Punta, baluarte del Angel, la ciudad, navíos, planchas ó baterías flotantes y demás parages (1).

No terminaremos estos apuntes sobre aquel hecho notable de nuestra historia moderna, sin reproducir la observacion que

(1) Mucho sentimos que una escritora como Mad. Merlin, dotada de sentimientos tan elevados, y con cuyos juicios sobre la condicion y porvenir de la isla de Cuba y su capital estamos en mucha parte de acuerdo, llevada mas que de su propio criterio, de la prevencion y falsas noticias de algunos escritores de su patria adoptiva, en vez de seguir los impulsos de la noble sangre castellana que circula por sus venas, describiendo poéticamente en su obra de *La Havane* el puerto de esta ciudad, haya estampado los siguientes renglones:

"Para estrechar mas el paso de la entrada se echaron á pique dos navíos, y el lugar que ocupan está marcado por boyas. A uno de los lados de la entrada se eleva la fortaleza del *Morro* y al otro el fuerte de la *Punta*, centinelas avanzadas coronadas de cañones amenazantes é intomables. El paso es tan estrecho que los centinelas pueden hablarse de un fuerte á otro, y si en el curso del último siglo los ingleses se introdujeron por este pasaje, fué por sorpresa y como el ladron que se deslizase al través de una puerta de bronce medio abierta durante el sueño del portero."

"Despues de un bombardeo imponente de muchas semanas, aparentaron los ingleses estar cansados é irresolutos; pero no habian renunciado á la empresa, sino variado su plan de ataque. No habiendo logrado su objeto por la fuerza, apelaron á la astucia. Sabian que á cierta hora del dia toda la poblacion se entregaba al descanso de la siesta, y que aun la misma guarnicion, vigilante en todas las horas de la noche, caia en un profundo sueño cuando el sol lanzaba sus rayos á plomo sobre la ciudad; y esperaron."

"Llegado el momento, la escuadra inglesa se puso en marcha y entró magestuosamente en el puerto, con la deslumbrante claridad del mediodía, sin tirar un cañonazo y sin que nadie se despertase. Pero debo decir que nuestra guarnicion dormia la siesta."

La Havane. *Par Mad. la contesse de Merlin. Tom.* 1.° *pág.* 256. *Brusseles*, 1844.

Escusamos todo comentario respecto al agravio é injusticia que aqui se hacen con evidente error á los militares que defendieron la Habana en 1762, y que la autora inducida, sin duda, por falsas noticias, no ha

entonces hicieron los hombres inteligentes en los asuntos marítimos y de la guerra, segun los cuales el triunfo que alcanzaron los ingleses fué un rasgo especial de la fortuna que parecia entonces favorecerlos para el logro de todos sus intentos; siendo lo mas asombroso el que despues de haber hecho su navegacion por el canal viejo con un convoy tan numeroso, pues constaba de mas de 175 velas, se mantuviesen mas de dos meses y medio, fondeados, unos en la costa de Coximar y otros en la ensenada de la Chorrera y Punta-Brava, cuyo último fondo es todo de piedras, sin haber esperimentado en tanto espacio, no solo los vientos tempestuosos ordinarios y propios de la estacion, pero ni aun el suficiente á incomodarlos; pues con solo una brisa fresca que hubiesen tenido no habrian podido mantenerse en ninguno de los dos parages (1).

Concluiremos este corto episodio diciendo que el general de la escuadra trasmitió luego desde Cádiz, en 31 de octubre del mismo año, al ministro Arriaga el diario del sitio, formado por él con la correspondiente documentacion, dando detallada cuenta de su conducta y de la de sus subordinados, haciendo justos elogios de su comportamiento y enumerando los auxilios que prestó para la defensa de la plaza y castillos, en gefes, oficiales, tropa y marinería, asi como del material de la escuadra.

Por último, el marqués del Real Trasporte, en la carta oficial que dirigió al gobierno sobre las causas y accidentes de tan grave acontecimiento, consignó su juicio, diciendo: "que el descubierto de la Cabaña causó aquel lamentable suceso; que no se remedió como debió hacerse en la ocasion, aun cuando las fuerzas enemigas hubiesen sido menos; que asi se conoció, y que aquella no era plaza, ni el puerto tenia abrigo, estando

dudado en estampar; tan solo observaremos que tal es, por lo general, el espíritu de crítica, la imparcialidad con que muchos escritores estranjeros juzgan de nuestros sucesos y carácter. *(Véanse las notas).*

(1) Diario oficial del marqués del Real Trasporte y documentos de su referencia.

descubierta aquella eminencia, que domina todo por todas partes."

Treinta años habian trascurrido en la época en que nos hallamos de nuestra historia desde aquella dura leccion, y sin embargo el nuevo amago de los ingleses puso fundadamente en alarma y compromiso á las autoridades de la capital é isla de Cuba, que veian reproducirse las mismas circunstancias, encontrándose faltas de recursos para la defensa, y aun hasta de pólvora, que con tanta instancia solicitaban del virey de Nueva-España; y tan fundados temores justificaban la prevision y disposiciones de Galiano y sus respetables compañeros.

Pero no terminaremos este asunto sin preguntar ¿si en tal ocasion hubiera tenido la capital de aquella interesante colonia, aun con el padrastro de su desguarnida Cabaña, los medios de defensa que en los últimos tiempos, habrian triunfado los ingleses? Creemos firmemente que no: antes bien estamos persuadidos, por razones de analogía y por el conocimiento de las fuerzas militares y su calidad destinadas á su defensa, de que el resultado y la suerte de sus confiados invasores habrian sido los mismos que los que esperimentaron en circunstancias análogas los que intentaron mas tarde apoderarse, á favor de una sorpresa y desembarco con fuerzas superiores, de Canarias, Puerto-Rico, Ferrol y Buenos-Aires (1).

Continuando nuestra narracion diremos que la mayor certeza de aquellos riesgos no hizo vacilar á Galiano y demas comandantes en su valiente resolucion. El virey, aunque atormentado

(1) Véase en las notas de este tomo la correspondiente á este lugar, donde damos algunas noticias ilustratorias, acerca de la agresion de los ingleses, y la parte que tuvo en la defensa nuestra marina; y para mas ámplios pormenores puede consultarse el artículo publicado, en vista de los documentos oficiales de aquella referencia, en el tomo IX de la *Revista militar*, correspondiente á 1851, por el brigadier de la Armada don Francisco de P. Pavía, con el título de *Sitio y rendicion de la plaza de la Habana á los ingleses en* 1762 *y porfiada defensa del castillo del Morro.*

por sus temores, hubo al fin de conformarse, si bien quedando entregado á la mayor ansiedad é impaciencia hasta saber la feliz llegada de aquellos buques á su destino. La division al mando de Galiano dió en fin la vela el dia 28 del mismo mes, con viento favorable, compuesta de los navíos *Fulgencio* y *San Ildefonso*, y las fragatas *Esmeralda*, *Clara* y *Medea*, conduciendo una suma de 7 millones de duros próximamente, con los demás frutos destinados á la metrópoli. Las fragatas *Juno* y *Anfitrite*, conductoras de los auxilios para la Habana, navegaron en conserva con la division, haciendo todos el mismo rumbo.

Las azarosas circunstancias de la guerra y, sobre todo, aquellas en que el *Fulgencio* y demas buques de la espedicion emprendian su vuelta á Europa, hacian que los mas arrojados pasageros se retrajesen de tentar esta peligrosa travesía. Algunos, sin embargo, conducia el navío, entre ellos un intendente de provincia jubilado que, despues de muchos años de residencia en aquel reino, regresaba á la metrópoli con su familia. Los grandes conocimientos económicos y de la historia del pais á que se habia consagrado durante su permanencia, hacian instructivo y ameno su trato, y poco tardó en captarse la estimacion y simpatías de la mayor parte de los oficiales y pasageros.

La corta permanencia del *Fulgencio* en cada uno de los puntos de su recalada habia privado á Hernando de uno de los goces mas gratos al viajero; pues con su carácter observador y lo cultivado de su talento, hubiera encontrado amplio asunto y materia en que cebar su ilustrada curiosidad. Algunos oficiales y pasajeros se hallaban reunidos en la toldilla, á la caida de la tarde del dia de su salida, contemplando la puesta del sol, y Hernando, fijos los ojos en la tierra fugitiva, donde apenas se distinguia ya la blancuzca cima de la Sierra de las Nieves, comunicaba en alta voz su sentimiento por no haber podido visitar la gran capital del imperio mejicano y sus curiosos monumentos, así modernos como antiguos. El intendente, que tambien habia en él visitado como arqueólogo sus célebres ruinas, manifestó, ingirién-

dose cortesmente en la conservacion, que llevado él del mismo deseo, habia tenido la fortuna de examinarlos, y se ofreció á satisfacer su justa curiosidad, en cuanto era posible, dijo, suplir con la narracion lo que no podia apreciarse debidamente sino con los ojos y el propio exámen, por aquello de Horacio que

*Segnius irritant animos demissa per aurem,*
*Quàm quæ sunt oculis subyecta fidelibus.*

Acogida gustosamente por todos la proposicion, y convidando ademas la ocasion, el lugar y la hora; cómodamente sentados, dió aquel principio con discretas razones á la relacion de sus excursiones en el pais conquistado por Hernan-Cortés y su reducida y vencedora hueste.

Esta relacion no podia menos de interesar á españoles que tenian á la vista aquella tierra oculta por tantos siglos al resto de los humanos, y cuyo descubrimiento estaba providencialmente reservado á nuestra nacion. Escucharon, por tanto, con placer los episodios y observaciones históricas y críticas con que supo amenizar su relato, tanto propias como de algunos recientes viajeros, entre ellos, el justamente célebre baron de *Humboldt*; si bien este hombre sabio, al emitir sus opiniones sobre muchos puntos concernientes á nuestras Américas, no ha logrado desprenderse totalmente de sus prevenciones como estranjero. No se contentó con hacer á sus oyentes una reseña y descripcion de los edificios y establecimientos públicos, dignos de fijar en aquella época la atencion; de las producciones, costumbres, carácter indolente de los indígenas, su viveza de ingenio y rara disposicion para ciertas obras mecánicas, y en medio de esto, su cínico desaliño y gustosa holgazanería; sino que completó su curiosa descripcion, dándoles una idea del antiguo imperio de Motezuma, y en particular de su capital, glorioso teatro de las proezas de Cortés, cual se hallaba al tiempo en que aparecieron los españoles. Hablóles de la gran extension de aquella segunda

ciudad de la América moderna, de la magnificencia de sus establecimientos bajo la dominacion española, y entre ellos de su casa de moneda, el mas notable que haya existido de su especie y que da por sí solo una idea del poder español, por la inmensa cantidad de pesos fuertes allí acuñados, siendo su producto diario de ochenta mil; actividad superior á la de todas las casas de moneda de Europa, y á que daba materia la enorme cantidad de plata producida por las minas: describióles las suntuosas obras de arquitectura, y señaladamente las pinturas y estatuas de sus templos, en que se vé dominar el espíritu religioso que tanto caracterizaba á los conquistadores; sus establecimientos de instruccion, bienes debidos á la grandeza y superioridad de su comercio y al ilustrado celo de sus vireyes.

Pero el interés de su narracion creció al hablarles de la extension y esplendor de la ciudad antigua sobre cuyas ruinas se levanta la moderna Méjico.

"La antigua ciudad, dijo, se elevaba en medio del lago de Tezcuco, inundada como las de Holanda, con su planta cuadrangular, cruzada de canales y calles rectas, sus memorables calzadas que aun subsisten, sus acueductos, sus numerosos templos ó *Teocállis*. Entre ellos descollaba el principal, ocupando el centro de la poblacion, admirable por la extension de su recinto, en medio del cual se elevaba una pirámide truncada de grande altura; y sobre ella las dos capillas consagradas á sus horribles ídolos *Tezcatlipoca* y *Huitzlopachili*; este dios de la guerra, y aquel, el mas grande despues de *Teoli*, dios supremo é invisible, cuyas feas y colosales efigies ocupaban su espacio. Entre ellos y al descubierto se veia la piedra verde piramidal, la terrible ara de los sacrificios, sobre la cual se inmolaban las víctimas humanas. Delante de la entrada de aquel templo, habia otro vasto edificio revestido de un número prodigioso de cabezas humanas, que allí habian sido sacrificadas, colocadas á manera de revestimento y como ornato de sus muros."

Nuestros historiadores hacen subir su número á mas de ciento

treinta mil; pero Mr. Humboldt y otros estranjeros, sin duda mejor informados que los que lo vieron, y llevados del singular prurito de apocar los beneficios que la conquista de los españoles produjo á aquel pueblo salvaje, templando su ferocidad con la dulce moral del Evangelio, pretenden con pueril empeño disminuirlo. Mas horrible aun y de aspecto mas repugnante que aquellos ídolos, se presentó á los ojos de los españoles la diosa *Teoyaotimiqui*, cuya estatua colosal se conserva aun, en cuyas aras se sacrificaban millares de hombres para ofrecerle sus corazones palpitantes. Era un monstruo de horrorosa figura humana, combinada con todo lo mas horrible que ofrece el tigre y la culebra de cascabel. Sus brazos eran dos horrendos culebrones, y su ropaje se componia de vívoras enroscadas: dos alas de buitre ceñian sus costados, y en medio de sus piés de tigre se asomaba la cabeza de una culebra de cascabel, como si saliese ó bajase del cuerpo del ídolo. Tenia por adorno un collar compuesto de corazones humanos, cráneos y manos enfiladas con entrañas. Los españoles de Hernan-Cortés, que no eran ciertamente hombres de flaco corazon, llevados de su horror por aquella abominable idolatría, derribaron y destruyeron sin prevision aquellos simulacros tan ofensivos á la divinidad; mas para consuelo de los modernos viajeros filósofos y adorno de los museos, todavía les queda felizmente la graciosa figura de la diosa *Teoyaotimiqui*. ¿Pudo concebir cosa mas horrible el espíritu del mal á menos que no quisiese ofrecer su propia imágen á aquellos miserables idólatras? Para acabar con la supersticion é idolatría de los mejicanos, probando la impotencia de sus dioses, menester fué destruir aquellos trofeos, que, como dice nuestro Solís con su natural elocuencia y buen sentido, tenian aquellos *bárbaros á la vista, sin algun remordimiento de la naturaleza, hecha devocion la inhumanidad, y desaprovechando con la costumbre de los ojos, la memoria de la muerte.*

No negaremos que hubiera sido de desear, por el interés de la historia, de la arqueologia y de las artes, la conservacion de

aquellos bárbaros primores, de aquella industria instintiva, por decirlo así, de un pueblo hasta entonces desconocido. Hemos dicho las causas que concurrieron á su destruccion; pero á los inevitables estragos de la guerra y al natural horror á la sanguinaria idolatría de los indios mejicanos, debe tambien agregarse el menor interés que en aquellos tiempos menos cultos inspiraban á los guerreros, y la accion aniquiladora del tiempo. Esto no quita para que el geógrafo Balbi, citando y haciendo coro con Humboldt y otros sensibles estranjeros, no menos interesados en nuestras glorias nacionales, se lamenten y declamen contra *la rabia destructora de los soldados de Cortés, y la estúpida supersticion de los eclesiásticos que los acompañaban.* A estos filántropos declamadores, cuyo desinterés y autoridad son algo controvertibles para que nos conformemos ciegamente con sus fallos, podríamos tambien decirles, que bastaba una alta razon de religion y política para la destruccion de los templos de aquellas sangrientas divinidades, pues que su conservacion hubiera servido de un perenne recuerdo y estímulo para alimentar, con la persuasion de los sacerdotes, la bárbara costumbre de los sacrificios humanos; como sucede hoy mismo en la India, donde los ingleses no han procurado ó conseguido á estas horas su abolicion. Y con todo, nos atreveríamos á preguntar al ilustre y celebrado autor geógrafo ya citado, quienes aparecen mas bárbaros á sus ojos: si Hernan-Cortés derribando en 1520 en nombre de la humanidad y por odio á la idolatría aquellos horribles simulacros, ó Garibaldi y los sublevados carbonarios de Roma, minando en 1849 el Capitolio, en nombre de la civilizacion y la santa libertad, y del mismo Jesucristo, cuya mision y doctrina decian que querian establecer.

Magnífico y admirable debió parecer á los españoles, á pesar de su poca elevacion, el palacio de Motezuma con sus espaciosos patios y fuentes, sus numerosos salones, con sus mil aposentos, pues uno solo de aquellos era capaz de contener 3,000 personas; todos incrustrados de preciosos mármoles;

su caprichosa escultura; su serrallo, su casa de fieras y aves estrañas; sus cocodrilos y serpientes; sus amenos jardines y, por último, su vasto arsenal, provisto abundantemente de armas ofensivas y defensivas. Tal era aquella mansion regia á los ciento treinta años de existir como nacion aquel grande imperio, y á los catorce de la eleccion para el reinado de su undécimo y último monarca Motezuma.

El interés de su auditorio creció cuando el ilustrado intendente refirió el viaje de esploracion que hizo á las imponentes ruinas de *Culhuacan*, llamada *Palenque* (1), y que algun sabio viajero ha denominado la *Tebas americana*. Ignoradas por muchos siglos de filósofos y anticuarios, fueron esploradas la vez primera, por ilustrados españoles, en 1787, siendo de los primeros el capitan *Antonio del Rio* y *D. José Alonso de Calderon*. Estos son los monumentos mas notables del Nuevo-Mundo, cuya descripcion y dibujos se han publicado en Londres y en París. Aquellas ruinas ofrecen restos y vestigios de los templos, fortificaciones, sepulcros, pirámides, puentes, acueductos y casas; y en ellos se han encontrado estatuas colosales, ídolos, vasos, medallas é instrumentos de música; y lo que es mas notable, hermosos relieves de muy bella ejecucion, con caractéres geroglíficos, señales evidentes de la antigua existencia de un pueblo cuya alta estatura, bellas proporciones y semblante difieren de los tipos asiático, africano y malayo.

Pero lo mas notable es el misterioso y sorprendente cuadro allí encontrado de la *Adoracion de la Cruz*. El baron de Humboldt habia llamado sobre él la atencion de los filósofos y anticuarios, y el erudito doctor *Constancio*, publicó en 1829 una muy curiosa esplicacion con su peculiar juicio y conjeturas. Este bajo relieve presenta en verdad mucha analogía con las artes y sig-

(1) Perdido el verdadero nombre de esta ciudad, asi como su historia, los naturales para designar sus ruinas les han dado el nombre de una aldea inmediata.

nos geroglíficos del Egipto y de la India, y da indicios seguros, al menos ocasion para nuevas indagaciones, sobre el orígen de la poblacion de la América. Presenta en su centro una gran cruz de forma latina, con otra inscrita en la misma; sus tres brazos superiores terminan en tres medias lunas y al pié se vé como peana un corazon; sobre la cruz hay un gallo, y á su izquierda se vé una muger teniendo en su brazo izquierdo un niño recien nacido, en ademan de presentarlo á un sacerdote que ocupa el lado opuesto; todo esto rodeado de infinidad de signos é imágenes emblemáticas (1).

No terminó su gustosa narracion el intendente, amenizada con sus curiosas observaciones sobre estos y otros objetos, sin excitar vivamente el interés de los marinos que lo escuchaban, entre los que sobresalia por su mayor atencion y complacencia nuestro Hernando. Todos admiraron la estension y riqueza de aquel vasto imperio, debido á la espada de aquellos españoles que despues de haber lanzado de los muros de Granada al agareno, sedientos de nueva gloria, habian ido á conquistar para su patria un Nuevo-Mundo!

Al considerar el largo tiempo trascurrido desde aquellas hazañas, únicas en su especie, que tan prodigiosamente estendieron el poder español, fijando una aureola de indestructible gloria sobre las sienes de sus guerreros; al ver aquellas naciones vivir sumisas y tranquilas bajo el blando yugo de unas leyes protectoras, desapareciendo la discorde nacionalidad de los indígenas y ofreciendo el espectáculo de un pueblo libre en sus costumbres y modo de vivir; y luego, despues de siglos de paz y de sosiego, por efecto de pérfidas instigaciones de envidiosos estranjeros, germinar en aquel suelo un espíritu de sedicion y rebeldía; apellidar libertad é independencia, no por los descendientes de Motezuma y Guatimocin, sino por los hi-

(1) Balbi, *Compendio de geografía universal* etc.—De la América y Confederacion mejicana.

jos degenerados de aquellos mismos españoles y por astutos estranjeros, secretos emisarios y agitadores de aquel estéril alzamiento; al ver á estos exaltados patriotas, libres ya y sin dependencia de la madre patria, fuertes en divisiones intestinas, pero tibios defensores de su tan cara libertad é independencia, contra la invasion estranjera; al ver la estrellada bandera de los especuladores de Nueva-York y de Wasingthon, donde ondeaba glorioso el pabellon de Castilla, y á estos *conquistadores republicanos* invadir, con frívolos pretestos y como los soldados de Atila, otra república; al ver, por último, á los descendientes de aquellos ilustres españoles, entregar sumisos sus armas y sus hogares á los descendientes de los anglo-sajones, sus hermanos primogénitos de independencia, prefiriendo, no ya la amistad, sino el yugo de tales enemigos á la noble y natural proteccion de la antigua metrópoli, sentimos un hondo pesar, una humillacion y un sonrojo inesplicables. Perdidas para España aquellas regiones, habria sido consolador, al menos, verlas prosperar en el goce de su anhelada independencia, y que allí, donde se conserva la sangre, los nombres y el idioma de nuestros comunes abuelos, no se borrasen sus gloriosas huellas con la planta asoladora de invasores estranjeros, que invocando hipócritamente la equidad republicana, trocaron los útiles de su industria y su comercio por instrumentos de agresion y de conquista!

Navegando ambos navíos y las cinco fragatas con las precauciones que exijía la probable contingencia de encontrar la escuadra inglesa que al mando del almirante Blingt los esperaba, se dirigieron á reconocer la sonda de la Tortuga, y desde su veril meridional se dirigieron en la noche del 14 de abril á la capital de la isla de Cuba, cuyas costas descubrieron al amanecer sin encuentro de enemigos.

Hernando habia recorrido y visto en breve tiempo durante

su primer campaña, á manera de una fantástica aparicion, parte de aquellas tierras de América que tanto deseaba conocer; pero el destino parecia complacerse en contrariar sus mas vivos deseos y esperanzas. El mágico aspecto de aquella grande Antilla, sus colinas cubiertas de bosques vírgenes, de rica y perpetua frondosidad, bajo un sol ardiente y vivificador; las ondulantes eminencias que domina el Pan de Matanzas, la mas elevada montaña de la isla; las pequeñas poblaciones y casas que, abrigadas por palmeras y graciosamente esparcidas, animan el paisaje; la capital que con sus casas diversamente pintadas, sus grandes puertas y ventanas y sus terrados, sorprende agradablemente al viajero; las embarcaciones que á favor de la brisa y surcando una mar azul y tranquila navegaban en demanda del puerto; la multitud de barcos pescadores moviéndose en todas direcciones; aquella escena llena de originalidad y encanto provocaba su curiosidad; pero nuestro jóven amigo no debia satisfacerla por esta vez, y solo pudo contemplar las tierras del Nuevo-Mundo y la seductora belleza de la reina de las Antillas como esas tierras de bruma que solo sirven con su vana apariencia para irritar los deseos del triste y cansado navegante.

Puestas ya en seguridad la *Juno* y la *Anfitrite* con los caudales y auxilios destinados á aquella isla, y con solo la detencion necesaria para remediar la rendicion de la cofa mayor, dispuso Galiano no demorar un momento la salida, aprovechando el error de los enemigos que, persuadidos de que los buques españoles emprenderian su derrota por el Sur de la isla de Cuba, y no por el canal de Bahama por evitar su encuentro, estaban en acecho sobre el cabo de San Antonio, en número de dos navíos y cuatro fragatas. Aprovechándose hábilmente de este mal cálculo del almirante Blingt, emprendió en la noche del 17 su navegacion desde la boca del puerto en busca del canal de Bahama, natural y mas fácil camino para los mares de Europa, á cuyas corrientes se entregó denodadamente el primero, el piloto

Anton de Alaminos (1). Nuestros navegantes lo embocaron á las veintc y cuatro horas de travesía, y ya desde la boca del canal navegó la division con rumbo directo al estremo Sur del banco de Terranova, y tomando despues su derrota entre los 44° y 45°, continuaron navegando en perfecta union el navío y las tres fragatas, preparándose Galiano á eludir con los recursos de su ciencia y acreditada pericia la interesada actividad de los cruceros ingleses que sin duda lo esperaban en su recalada.

(1) Anton de Alaminos, primer piloto del buque enviado por Hernan-Cortés á España, con la noticia del principio y progreso de sù conquista, á cuyo saber y prudencia se debió el buen suceso de este aviso de tanta influencia en los acontecimientos que se siguieron.



# CAPÍTULO XVIII.

Tipos marítimos.—Solaces en la mar.—Nuevo y mordaz ataque contra los astrónomos del *Fulgencio*.—La ciencia triunfa de los escépticos burladores, y Galiano salva los intereses del Estado tomando puerto en Santoña.

La aguja nos guia, nos muestra el rumbo que debemos seguir; pero no nos enseña ni la distancia de las costas que hemos abandonado, ni las tierras donde terminan nuestras esperanzas. El hombre en una máquina débil con sus bienes, con su vida, que es el mayor de todos, está como suspenso sobre un abismo; solo vé un horizonte no interrumpido, una mar uniforme; y habiéndose él mismo condenado al destierro, no sabe donde se halla;..... no tiene otro recurso, habiéndose privado de todos, que, como en otras circunstancias, fijar su confianza en el cielo, en donde registra los mismos astros que veia en su patria, que son los únicos amigos que le quedan.

*Derrotero de las costas de España y el Mediterráneo por* Toriño de San Miguel.—Introduccion.

Tambem, d'Aganipe as aguas bebendo,
O Nauta cultiva das Musas encantos;
E seus ou alheios, entôa mil cantos,
Do mar co'as fadigas contraste fazendo.
Oh! quanto è extenso seu vasto pensar!
O bom Marinheiro quem pòde igualar!?

F. A. M. Pereira.—*O bom Marinheiro.*

Las necesidades y los accidentes de la navegacion, su índole y forzoso aislamiento, constituyen un verdadero desvío de los hábitos y costumbres de la vida comun y social; y así por esta circunstancia como por los estraños sucesos y peripecias

que abundan en tan arriesgada profesion, los marinos y los viajeros navegantes, han excitado siempre la curiosidad y aquel vivo interés que inspiran los hombres audaces que á costa de largas y peligrosas excursiones por el Océano, vieron en remotos paises "las costumbres de muchos hombres y sus pueblos y ciudades."

Varios escritores, al referir los estraños accidentes de la vida marítima, han pintado los tipos y caractéres que ella presenta; y seria temerario en nosotros ensayar un estudio especial en este género, cuando los rasgos y cualidades características que estos escritores describen, segun las diversas especies y condiciones, son comunes en todas las naciones navegantes, y solo se diferencian por el espíritu nacional y sus peculiares hábitos y costumbres. Sobresalen en este género por la verdad de sus descripciones los escritores marinos Marryat y Cooper, y de un modo especial el marino francés Mr. de la Landelle, que nos ha presentado con admirable propiedad, discrecion y gracejo, una galería completa de los hombres de mar en todas sus clases y condiciones. Siguiendo en mucha parte á estos escritores, sobre todo al último, y contrayendo ó acomodando sus rasgos descriptivos á nuestra propia índole y condicion, vamos ahora á dar á conocer los de los principales actores en una representacion permanente á que sirve de teatro el Océano.

La denominacion de marino es harto extensa, y aquellos á quienes se aplica difieren de un modo muy notable para que sea posible trazar un retrato que á todos convenga. El alegre y fogoso aspirante, el guardia-marina envanecido con sus divisas y lleno de ilusiones y esperanzas; el oficial escéptico ó positivista, ambicioso ó indiferente, resignado ó altanero, carácter movible que se modifica en cada nueva posicion; el almirante ó general segun su idoneidad profesional, genio y estado; el capitan y piloto del comercio, rutinero ó emprendedor; el corsario audaz y aventurero, el patron de cabotage; el marinero tostado por un sol intertropical, endurecido al soplo de todos los vien-

tos, crédulo y simple, que se sonrie á la vista de cada nuevo peligro; todos son *marinos*, entienden un lenguage que les es comun y practican una misma profesion, sobre la cual reposan la fuerza y la riqueza del pais; todos están sometidos á una legislacion escepcional, desconocida, apenas sospechada entre los estraños á la carrera; todos toman de esta los hábitos ó los resabios, que la edad ó la posicion social de cada uno ha diversificado al infinito, estableciendo entre ellos una multitud de variedades, que los hacen completamente distintos.

Todas estas gentes de mar, para quienes puede decirse que el Océano es una segunda patria, aunque sujetos á las leyes comunes del pais, constituyen, por decirlo así, un pueblo aparte. Las revoluciones políticas, mas ó menos aristocráticas, podrán destruir ó modificar las inmunidades y los privilegios en los diversos cargos ó categorías de la sociedad, dando extension á los comunes derechos y alterando ó modificando las penalidades; pero las leyes que especialmente rigen á los que sirven en los buques del Estado, no podrán jamás alterarse sin grave peligro para la disciplina y el buen servicio, tanto en la marina de guerra como en la mercante. La historia de todas las naciones marítimas nos presenta graves conflictos y pérdidas, causados por esta relajacion, y no faltan en España recientes y lamentables hechos que lo confirman. Así, pues, el marinero conserva en todos los paises, por razones idénticas, los mismos hábitos, tendencias y costumbres, y divide gustoso su vida, á favor de leyes sabias y protectoras, entre el servicio del Estado, á que está obligado á consagrar cierto número de años desde su juventud, la navegacion en buques particulares en utilidad propia y el libre ejercicio de la pesca, del cabotaje y otras industrias de mar. Estos hombres preciosos, formados en tan duro y peligroso aprendizaje, que concurren por diversos modos á la habilitacion y servicio de los buques del Estado y del comercio, constituyen con sus familias una parte considerable del vecindario en los pueblos del litoral, sostienen con su propio ejercicio el tráfico

exterior, y en este concepto la agricultura y la industria les deben una gran parte de su prosperidad.

Mientras que los hombres hechos y los jóvenes navegan y combaten, luchando contra los elementos ó el enemigo, el resto de sus numerosas familias, compuesto de ancianos, mujeres y niños, pacíficos habitantes de los pueblos ribereños, se ocupan sin descanso en la confeccion ó reparo de los aparejos de pesca en sus diversos géneros, en el practicaje de embarcaciones ó en el salvamento de los náufragos; en barquear y conducir personas y mercaderías, y otra multitud de obras y ejercicios que ocurren en los puertos y astilleros de construccion. Esta parte de las poblaciones marítimas, sobre todo en España, merece ser mejor conocida y apreciada, no solo por sus especiales hábitos y género de vida, sino porque entre las clases de la poblacion, se distingue por su buena voluntad y personal abnegacion en la necesidad ó el peligro; siendo de notar que, en medio de la pobreza que sufre por la casi total paralizacion de toda industria marítima, causada por nuestra decadencia naval, es por carácter sumisa, se resigna á toda clase de males, y que á pesar de los contratiempos, jamás abandona su duro ejercicio, continuando en mirar la mar como una nodriza bienhechora. Ocasion frecuente nos ofrece la índole de esta obra para presentar los diversos rasgos y cualidades que adornan y caracterizan al marinero español, notable entre todos por el sufrimiento en las privaciones, su serenidad y generosa abnegacion en los peligros.

En la escala gradual de los que sirven en la marina del Estado, ocupa el primer lugar el aspirante. No hay, en verdad, profesion que se abrace con mas ligereza que la de la marina militar, porque no hay, en efecto, otra que mas fascine con su prisma engañoso y deslumbrante. Se entra en la carrera muy jóven, sin sospechar los tedios y desabrimientos que la acompañan, y llenos de fé y entusiasmo en la poesía de los huracanes y de los combates, unas veces por espíritu de imitacion, y otras por la influencia de las primeras lecturas; y en los

puertos de mar, sobre todo, basta para atraerle la perpetua conversacion de los armamentos y las espediciones que se preparan, y la vista de los brillantes uniformes y de espectáculos muy propios para aguijonear su curiosidad. Todos sus juegos se refieren á la mar; desea y se complace en andar en bote; oye contar con arrobo las campañas peligrosas, y no puede concebir una existencia preferente á la del oficial de marina. En los pueblos y ciudades del interior la vocacion marítima nace del amor á lo maravilloso; la lectura del Robinson comienza á hacerle pensar en la mar; el Telémaco continúa inspirando el deseo de grandes aventuras; pero despues de conocer á Gulliver y á Sindbad, el de las *Mil y una noches*, el estudiante no puede ya dominarse y anuncia que quiere ser marino. ¿Quién con tan seductora preparacion, puede dudar que en la mar solo se encuentra la gloria y la felicidad? La historia de los naufragios despierta un interés muy poderoso para que pueda prevalecer la impresion del terror; en vez de contar las víctimas, se admira á los que escapan del desastre, y aun allá para su interior, espera ó se promete el jóven entusiasta llegar á ser actor un dia en uno de esos dramas horribles que ocurren en el Océano.

El jóven que comienza su carrera lleno de romancescas ilusiones, no conserva alguna despues que ha pasado algunos años de la vida real del marino; transije con las exigencias de la edad, y cuando llega á los grados superiores no se sorprende de verse transformado en administrador ó diplomático, cuando segun sus primitivas aspiraciones, se destinaba á ser un marino en la mas alta y esclusiva acepcion de la palabra. Pero jamás olvida del todo sus primeras sensaciones; ni los nobles motivos que le indujeron á escoger su estado, serán jamás los que se lo hagan abandonar.

El aspirante pasa la vida penosa y turbulenta del colegio con todas sus ilusiones y quebrantos; llega el dia, con tanta impaciencia deseado, de su embarco, y entónces se renuevan los sueños de su ambicion; aquella es ya por comparacion la li-

bertad, el principio de una nueva y placentera existencia, en que va á ver muy pronto realizarse un porvenir rico de encantadores episodios. A los diez y seis ó diez y ocho años tiénese ya por hombre de mar; su lenguaje, aun en los casos mas familiares y profanos, es figurado y técnico por hábito y costumbre, erizado de modismos náuticos que producen por lo comun la estupefaccion en sus oyentes; jura y fuma por compromiso del estado, y se desquita amplia y ruidosamente en tierra, en los espectáculos y paseos, de la larga reclusion y espera á que ha estado sujeto.

Una porta de luz ó lumbrera circular de un pié de diámetro, comunica una dudosa claridad en el alojamiento comun de los guardia-marinas; una mesa, varios estantes fijos y sillas de tijera con asiento de lona con algunas cajas de aspecto uniforme constituyen en lo èscencial el moviliario. Por la noche sé colocan las hamacas, que se descuelgan antes de amanecer; las luces se estinguen desde las ocho de la noche, tal es la regla invariable; pero en aquella edad no se piensa en el bienestar material. No le sorprende este rudo noviciado y reclusion con que ya contaba, ni la escasa libertad que disfruta, y de que sabe sacar partido en ciertos casos oficiales y comisiones que se le confian; pero aquella perpetua coaccion comienza á disminuir el prestigio de que su jóven imaginacion rodeaba la existencia del oficial de marina, y no tarda en alistarse en el club de perpetua oposicion contra toda fuerza dominante. La vida interior en el alojamiento de los guardia-marinas tiene que ser por necesidad inquieta y poco adecuada para el sosiego que requiere el estudio. ¿Cómo poder trabajar en medio de jóvenes alegres que se rebullen y cantan en tono atronador y destemplado; que interceptan la luz y tocan la flauta? Mas natural, y aun forzoso, es imitarlos y seguir, por decirlo así, la corriente. Allí se ven esparcidos y mezclados, bajo un armario destinado á los octantes y tablas de logaritmos, muchos volúmenes de novelas y poesías del género

crótico en concurrencia con las obras de Rezout, los almanaques náuticos y derroteros.

Objeto el guardia-marina de frecuentes contrariedades hasta el suspirado momento de obtener el primer grado de oficial, sufre, y no pocas veces protesta, y aun se le figura seriamente que concluirá por hacer su dimision.

Pero estas displicencias y arranques de mal humor, este *spleen* á los diez y ocho años, son afortunadamente de poca duracion, y á la primera transformacion en su clase ó adelanto, que lo aproxima á la de oficial, renacen todas sus esperanzas, sus radiantes ilusiones y su entusiasmo por la carrera. Calcula el tiempo fijo, irrevocable, que lo separa aun de la charretera y de la felicidad que le sonríe en término nó muy remoto.

A los diez y ocho ó veinte años, con una vida activa y llena de variados incidentes, las ideas tristes ó enfadosas no prevalecen largo tiempo. Los desengaños le afligen por unos dias; mas no empeoran ni alteran su carácter: son muy pocos los ejemplos de guardia-marinas seriamente atacados de nostalgia. Sabe combatir el tedio buscando el placer en todos sus géneros y por todos sus caminos. Es obsequiante con los aspirantes y guardia-marinas estranjeros, y cuando se encuentra con ellos en un puerto, los convida, y á costa de esfuerzos increibles les da un festin en que deja bien puesto el honor del pabellon.

Los guardia-marinas saben que es de su deber el encontrarse los primeros donde quiera que hay un peligro; si cae un hombre al agua, ellos se precipitan en el bote de salvamento y se apoderan sin vacilar de los remos; á nadie ceden en los desembarcos, y los oficiales moderan dificilmente su ardor; en un incendio, presiden á todas las maniobras que se ejecutan por alto á la par de los mismos gabieros, y en toda faena de peligro son intrépidos, entusiastas é infatigables. Pero este atrevido y generoso jóven, tan osado y arrogante, tan libre en ciertas ocasiones entre sus compañeros, alegre por índole, á pesar del

malogro de sus mas bellos sueños de gloria é independencia, dispuesto siempre á toda empresa; este jóven, decimos, es tímido en un sarao; se nota embarazo ó torpeza en sus actos y movimientos; no osa hablar y le falta resolucion para pedir á una señorita que sea su compañera de baile. Se le vé retirarse pensativo á un rincon, desde el cual devora con los ojos á una jóven que acaba de hacer en aquel instante la señora de sus pensamientos, y no sin una ruda lucha con su propio encogimiento y maldiciendo al mismo tiempo su irresolucion, se arroja, en fin, despues de tres horas de combate y cuando ya se anuncia la retirada, á pedir la próxima contradanza. El guardia-marina es de suyo inflamable: con la mas leve causa se enamora pérdidamente y arde en amoroso fuego para toda la vida... ó mas ordinariamente hasta llegar al primer puerto. Al cabo de cuatro campañas encuentra en sus mas tiernos recuerdos cierto número de pasiones igualmente eternas, entre las cuales aparecen como objeto dos españolas, una francesa, una inglesa á lo menos, con alguna habanera, puerteña ó limeña y, en fin, muchas pasageras de todas las naciones. Habla con cierta ligereza mezclada de sentimentalismo; se rie de sus amores sin resultado, de sus novelas comenzadas y nunca concluidas. La impresion, no obstante, suele ser á veces profunda; pero el guardia-marina seria objeto de risa para sus compañeros si su pasion llegase á descubrirse; así la oculta con gran cuidado, á no ser que, adoleciendo algun otro del mismo achaque, se descubran ó adivinen, invitándose á una confianza recíproca cuyo mejor resultado es engendrar amistades nobles y duraderas. Ya al hablar de paso de los guardia-marinas (Cap. XIV), hicimos las escepciones convenientes respecto de los españoles, indicando los rasgos que especialmente los caracterizan y distinguen.

Pero sobreviene el grande acontecimiento, la gran crísis de la carrera del guardia-marina, la charretera tan larga é impacientemente esperada, con todo su séquito de ilusiones; y este suceso, absorbiendo todas sus facultades, predomina sobre sus

mas ardientes afecciones; aquel cambio de situacion lo conduce á la cámara de los oficiales. El guardia-marina ha sentado ya su planta sobre este punto culminante y deslumbrador de su carrera. Cierta retentiva y mesura en sus modales ha sustituido á su alegre impetuosidad, á su tono petulante y á veces decisivo en todo género de cuestiones.

Si un hombre enteramente estraño á la marina, deseoso de conocer sus usos y costumbres, entra por primera vez en un navío de guerra, se sentirá de pronto confundido por el aspecto de tanto cabo y aparejo; de aquella especie de red de cuerdas que se cruzan en todo sentido; de una artillería que brilla con un negro acharolado, contrastando con una blancura deslumbrante y diversos objetos y ornamentos. Su admiracion se escitará ciertamente á la vista de aquel lujo grandioso é imponente; pero pasada muy pronto esta primera impresion, un interés mas vivo atrae y escita sus miradas; la presencia de los huéspedes habituales del navío. Desde el palo mayor vé de una parte una multitud de marineros que se mueven en un espacio aparentemente muy reducido; y de la otra solo algunos oficiales paseándose á sus anchas; y comprende que el navío tiene dos espacios separados, uno aristocrático y otro democrático: mas tarde sabrá que el primero es el alcázar reservado á la plana mayor, y el otro el combés y el castillo del uso del equipage. Adivina la etiqueta naval que se revela y descubre por numerosos indicios, desde el sonido del pito, singular honor que se tributa á todo oficial que sube á bordo, hasta su rigorosa colocacion y órden de asientos en un bote, segun su graduacion y consideracion gerárquica; y ya desde aquel momento el oficial de marina le parece mas bien erguido y ceremonioso que propenso á la familiaridad y la franqueza. Un navío es un teatro, cuyo telon se levanta para una representacion que comienza desde el dia en que principia su armamento, y que dura dos, tres ó mas años; los actores se ven ó reunen por la vez primera y solo se conocen por sus empleos, y á ellos toca improvisar sus

papeles. Ignoran de qué modo se verificarán las grandes peripecias del drama; pero ya se harán cargo de esto los hombres y los elementos. Combates, fiestas nacionales, peligros, placeres, tempestades, incendios, naufragios, son contingencias naturales que debe esperar: la paz y la guerra son los resortes de la intriga; los vientos y las olas desempeñan y acumulan las funciones de la orquesta y los maquinistas; ni hay temor de que falten jamás los incidentes de detall, y el interés del drama se sostendrá siempre vivo y constante. Los simples marineros, infatigables figurantes que jamás se retiran del escenario; los contra-maestres, los guardia-marinas, los oficiales y el comandante, primer actor de la compañía, cada cual tiene su estilo, lenguaje y modo especial. El oficial de marina á bordo, ya mande guardia, ó ya desempeñe sucesivamente los cargos de segundo y comandante, se presenta á los espectadores bajo tres aspectos diferentes que no pueden definirse de un modo absoluto; él muda de trage y fisonomía en cada grado, y se modifica, sobre todo, en razon de su posicion á bordo. Un solo y mismo retrato no puede convenir á su natural complejo; apenas existe una vaga relacion entre el capitan de navío ó comandante gastado por la mar y el jóven oficial que abandona alegremente el alojamiento de los guardia-marinas para venir á ocupar un puesto, tan largamente codiciado, en la cámara de los oficiales.

Cuando se verifica esta grata trasformacion, colmo de su ambicion y deseo, cuando llega aquel dia, el mas feliz de su carrera, cambian en mucha parte sus ideas y prevenciones. Algunas palabras lisonjeras de su comandante destruyen instantáneamente su antigua ojeriza, y olvida sus innumerables imprecaciones contra el déspota de á bordo; el segundo, á quien tan de corazon maldecia; los demas oficiales contra quienes tenia particulares y secretas quejas, vienen á darle la mano y le felicitan cordialmente; los guardia-marinas, sus colegas de ayer, brindan con él una vez todavía en el comun alojamiento, y su nuevo ascenso suministra ocasion para un folletin de la gaceta de

la gente de proa. Para colmo de satisfacciones, goza ya de un camarote exclusivamente suyo, que se propone adornar con un lujo sibarítico.

Seis meses enteros vive el jóven feliz, magnetizado bajo la dulce influencia de su reciente ascenso á oficial; manda con vivo placer su cuarto de guardia; todo se le presenta de buen agüero; pero poco á poco va viendo las cosas con mas frialdad, calcula sus venideros cambios de posicion, y las dificultades que entrevee le hacen, en fin, adoptar una cómoda filosofía. Su ardoroso entusiasmo cede el lugar á una resignacion modesta, y se le oirá con frecuencia confesar que solo desea adelantar para llegar á obtener un módico retiro y concluir pacíficamente sus dias en algun pueblo pequeño. Entonces se amolda á las circunstancias presentes, se crea hábitos á bordo y relaciones en tierra, y se contenta con un cierto bienestar material segun sus particulares gustos é inclinaciones. Para aliviar ó distraerse de las penalidades del servicio, adopta la mayor parte de los oficiales una ocupacion favorita: el uno es dibujante y los mamparos de su camarote se ven tapizados con bosquejos, croquis y caricaturas; su albun causa las delicias de los pasajeros y el terror de los gefes. Los objetos ó cosas ridículas de á bordo se encuentran allí malignamente consignados, y esta habilidad no le conquista, ciertamente, grandes simpatías en las regiones altas del buque. Otro se ocupa de literatura, escribe novelas, piezas fugitivas, letrillas ó epígramas, y llega á hacerse mas temible que el primero, si su genio lo inclina á la sátira. Mas fácil es aun de encontrar el oficial filarmónico: desgraciados los de delicado oido que con él naveguen. La guitarra y el violin viajan por todos los mares con ciertos virtuosos, pocas veces gratos á sus vecinos. Hay oficiales naturalistas y coleccionistas, cuyo camarote se convierte en un museo de singular aspecto, no siempre placentero á la vista ni al olfato. Algunos, aunque pocos oficiales, cultivan con asiduo estudio las matemáticas; otros son esencialmente políglotos que se dan ó constituyen por intérpre-

tes en pais estranjero, y puede contarse, por lo general, con una tercera parte de ociosos que fuman, duermen ó se aburren, y son los sostenedores en toda partida de juego ó recreacion que pueda servir para entretener el tiempo ó ahuyentar el fastidio.

Pero entre estos tipos nos queda el oficial celoso, el marino por excelencia, fiel siempre á su vocacion. Este último hace poco caso de la tierra y de los juegos, vive solo para su buque y siempre encuentra algo que hacer despues de su cuarto de guardia. Si está encargado de la artillería, pasa el dia en inspeccionar las piezas y el estado de su material ó utensilios; indaga hasta los menores trabajos y ocupaciones del condestable y sus inmediatos subalternos, vigila los ejercicios y propone incesantemente mejoras ó perfeccionamientos para el buen servicio del arma. Si está encargado de la bodega apenas sale de este lugar, inspecciona siempre lo que allí pasa, aun á riesgo de hacerse temer por su minuciosa vigilancia.

Entre esta clase de oficiales y el comandante está el segundo, cuyas funciones son las mas penosas en todos los buques. Es el poder ejecutivo que actúa en virtud de las instrucciones del gefe superior; es el eje sobre que gira todo el sistema, la economía del servicio y la disciplina y es, por lo tanto, el menos libre de todos; su dura sujecion comienza desde el armamento del buque hasta su desarmo; y si carece del genio, por decirlo así, de su especial cargo á bordo; si ama el estudio ó la distraccion, entonces es sin disputa el mas desgraciado de los hombres. Su firmeza degenera y suele pasar por tiranía. Su aparicion frecuente, ó probable, en todos los puntos del buque, es por lo tanto temible, así como la del oficial que inmediatamente le ayuda en su poco grato deber.

El comandante en los buques de guerra del Estado es la autoridad y la justicia suprema; en él se concentran todos los ramos del servicio, preside á las grandes maniobras, y él es el que debe salvar el buque en las ocasiones del peligro, el que debe vencer en los combates. Su poder, rodeado de prestigio, que

concentra en sí propio reasumiendo una grande responsabilidad, no tiene límites á los ojos de sus subordinados, porque de él depende el hacer dichosos. Se ha dicho que un comandante es un monarca sobre su buque, y se han quedado cortos en este juicio y calificacion; es el genio del bien y del mal, y puede hacer agradable á todos la morada del navío, como puede hacer sufrir disgustos y torturas permanentes. Por eso el comun de los oficiales desea, con preferencia á sus mismos adelantos y ventajas en sus campañas, un buen comandante; justo y leal á la par, y consumado marino. La campaña que se vence con un gefe de esta especie, abunda en gratos recuerdos, todas las bocas hacen su panegírico y todos se complacen en sus honras y adelantos. Colocado á grande distancia, impone á todos por el carácter de que está revestido; su fuerza reside y reposa en su dignidad; su presencia debe siempre causar impresion sobre sus subordinados, inspirándoles un profundo sentimiento de respeto. El papel que representa requiere una grande habilidad, una voluntad tenaz que nunca se desmienta, y una sangre fria á toda prueba; y tales prendas no se presentan siempre reunidas ó del modo conveniente.

Si los debates relativos al espíritu y letra de la ordenanza y los reglamentos, á los diversos modos de ejecutar una maniobra ó de disponer lo interior de un buque, llenan un gran lugar en as ocupaciones de los oficiales de marina á bordo, se advierte que desde que están en tierra nunca toman la iniciativa para hablar de su profesion. El oficial de marina mas entusiasta por su carrera, estando embarcado, concluye siempre por disgustarse de la necesidad de hallarse siempre cara á cara con las mismas personas; los últimos meses de su campaña se parecen muy poco á los primeros. Al principio, las relaciones de política dan pronto lugar á un compañerismo y moderada familiaridad, que es realmente la edad de oro á bordo de un buque; todos procuran ocultar sus defectos y mostrar sus buenas cualidades; cada cual tiene su provision de ingenio, fresca todavía, y la crí-

tica burlona no ha tenido tiempo aun de morder. Pero pasa la edad dorada, y el conocimiento mas íntimo de los caractéres y de las agenas flaquezas, aconseja la necesidad del disimulo y el recíproco respeto en una reserva mas ó menos violenta, y el sacrificio de las pretensiones personales. Mas termina la campaña y llega el dia del desarmo, y todo se olvida; prevalecen los sentimientos generosos, y la separacion se verifica protestando que era imposible encontrar una sociedad mas íntima y agradable. Concluiremos diciendo que el interior de un buque es un resúmen de todas las pasiones, cuya desnudez se pone mas vivamente en evidencia por los contrastes y el aislamiento.

En los grados superiores sufren los diversos caractéres, propios de la carrera, una grande modificacion en la cual el tipo se desvanece bajo una forma personal, que rara vez es la del hombre de mar propiamente dicho. En las diversas funciones que por lo comun desempeña, ya mande una division ó estacion naval, ya se encargue de funciones administrativas ó diplomáticas, ó bien sea comandante general de departamento, gobernador de una colonia ó embajador, suele debilitarse en él la índole y condicion de marino, segun su genuina y mas positiva acepcion; y si llega alguna vez á montar otro buque, es probable que este sea *la nave del Estado.*

Bajo estos rasgos generales, comunes en los hombres de mar de todas clases y condiciones, se encuentran ó comprendén todas las modificaciones producidas, segun digimos, por la nacionalidad, la índole personal y los efectos que ocasionan á bordo las relaciones de sociedad y otras causas; y esto sucedia naturalmente en el *Fulgencio*, donde ya dimos á conocer algunos de los tipos mas notables.

Hernando, el jóven héroe de nuestra historia, observador por genio y carácter, comprendió desde su entrada en el servicio esta notable diversidad; pero atento á conocer aquello que mas podia convenirle por su utilidad con referencia á su posicion y ulteriores adelantos, habia encontrado, sino verdaderas

razones de desaliento para su estudioso afan y loables propósitos, con algunos marinos cuyos principios y argumentos, mas ó menos sofísticos, capaces de debilitar el fervor de los que comenzaban la carrera, eran contrarios á los estudios astronómicos que unidos con la conveniente extension, á la práctica de la navegacion constituyen su guia mas útil y luminosa. Ya sabemos que en el *Fulgencio* existia, si no triunfante, pronto siempre á estallar y sobreponerse con audacia, un centro activo de oposicion. Diferencia tan esencial en el modo de considerar una parte de los deberes del oficial embarcado, no puede menos de influir, á veces, en los resultados prácticos de la navegacion, sobre todo si predominan los que profesan esta especie de materialismo náutico.

Merced á la fortuna, mejor diremos, á las acertadas disposiciones de Galiano, la division adelantaba rápidamente en su camino; y aunque la terquedad de los vientos del S. E. la llevaron casi hasta los 46° de latitud, con tiempos tan oscuros que se pasaban muchas horas sin verse unos buques á otros, siguió sin otra novedad ó contratiempo.

Todo convidaba en aquella hasta entonces tranquila navegacion, á emplear los ratos que dejaba ó permitia el deber en mas gratas ocupaciones. Los ocios de la cámara baja en un largo viaje para los que no tienen la fortuna de saber hacerlos llevaderos y aun dulces con el estudio, la lectura y otras distracciones compatibles con el servicio, es el juego una fuerte tentacion; pero este entretenimiento, espuesto á separarse fácilmente de su primitivo y aparente objeto, degenera por lo comun en un vicio ruinoso y vituperable. Pero si en la cámara baja del navío se notaba cierta animacion no exenta de fuertes sensaciones, fuera de aquel lugar, en el navío y en la naturaleza, reinaban el órden y la mas completa tranquilidad.

No es culpa nuestra que aquella campaña, la primera de nuestro héroe, que prometia ser fértil en sucesos estraordinarios, presentase, contra todas las probabilidades, una bonanza perpe-

tua y una carencia de aventuras desesperante y capaz de poner en aprieto la poco escrupulosa inventiva de los Sues y los Dumas. El cielo estaba vulgar y la mar prosáica hasta el aburrimiento. Si el pio Eneas hubiese encontrado en los mares toscanos una bonanza semejante, hubiéralo sentido Virgilio, y el mundo literario careceria de aquella pintura famosamente clásica, de la mas clásica de las tempestades. Y de paso diremos, en honor de la ciencia moderna y de los marinos de nuestra época, que en aquella tempestad, suscitada por los celos y la ira de Juno, fué mas el ruido que las nueces, y que no hay capitan ó piloto de los que ahora cruzan los mares que no hubiese hecho dos higas á la furia del Euro y del Noto, y aun dado algunas lecciones de maniobra al Sr. Palinuro, piloto mayor de la escuadra troyana y decano de los pilotos habidos y por haber. Y si un miserable tiempecillo en el Mediterráneo inspiró de tal manera al príncipe de los poetas latinos, ¡con qué grandeza y magestad no habria descrito las sonoras tempestades del Atlántico, los huracanes del mar de las Antillas arrasando los navíos de alto bordo, los cyclones de la India, los pamperos ó bajíos de los mares australes, ó uno de esos terribles combates, cuyo horror y grandeza apocan tanto á nuestros ojos todos los medios de destruccion que conocieron y emplearon los antiguos! Pero ya lo hemos dicho: nuestros intereses como novelistas serán siempre pospuestos, mal que nos pese, á la verdad histórica. Dejemos, pues, al destino la tarea de sembrar de incidentes, por desgracia mas adversos que propicios, la azarosa carrera de nuestro jóven Hernando, y apresurémonos á llevarlo con sus dignos compañeros á una tierra amiga, donde le esperaban nuevos é importantes sucesos.

Aunque Galiano, por la natural reserva de su carácter y por lo delicado de las circunstancias, no dejaba traslucir sus intenciones respecto del punto de las costas de la Península á donde pensaba tentar su recalada, no podia ignorarse por los oficiales, así por la observacion diaria como por la estima, que

se hallaban próximos á encontrar alguno de los cruceros que los ingleses, prevenidos y sobre aviso, sostenian tenazmente sobre nuestras costas, y con particularidad en los puntos de probable recalada. Esta circunstancia, sabida por la plana mayor y no ignorada de la tripulacion y pasajeros, traia á todos cuidadosos y en un estado de ansiedad, muy natural y propio de su situacion. La division se hallaba dentro del golfo de Gascuña, y Galiano, sin esplicar sus intenciones, habia dado la órden de cambiar de rumbo, tomando la vuelta del segundo cuadrante.

Aunque sea una condicion de la vida del marino vivir siempre en espera de importantes y graves acontecimientos, la inmediacion del riesgo exaltaba, no obstante, los ánimos de todos; y fatalistas y optimistas discurrian y anunciaban, segun su juicio y diverso carácter, lo que temian ó esperaban, siempre fijándose en los estremos, porque esta es tambien otra de las cualidades en general del hombre de mar; pero entre estos estremos se halla el verdadero grado de prudencia y animosa confianza que debe guiar al navegante en sus operaciones.

El dia 13 de mayo de 1799 se hallaban los oficiales, plana mayor y pasajeros en la segunda cámara del *Fulgencio*, sentados en torno de la gran mesa concluyendo la comida que, contra la costumbre, habia sido aquel dia seria y silenciosa. Notábase una visible displicencia en la mayor parte de los semblantes; pero aquella reserva era forzada para algunos de los presentes, pues los genios alegres y lenguaraces de á bordo, para quienes la mesa era, como en todos los buques de guerra, la arena de las libres discusiones y de una franqueza de locucion verdaderamente marítima, sufrian por aquella desusada retencion y silencio.

Habia, por otra parte, una verdadera necesidad de hablar, de comunicarse sus recelos ó esperanzas, de dar espansion á los mal reprimidos afectos; la crítica, excitada por el mal humor que inspiraba aquella situacion y espectativa, se hallaba pronta

á estallar con la mas leve provocacion. No tardó esta en presentarse, siendo víctimas del mal humor de los descontentos y de los temerosos, los que á su juicio, por seguir con nimia confianza sus cálculos astronómicos, dirigian erradamente aquella recalada. Cruzábanse sendas chanzas á costa de los secuaces y defensores de esta escuela, y el debate iba tomando cuerpo entre los habituales y excitados interlocutores de la cámara del *Fulgencio*.

—Si las estrellas, (decia el oficial que por su gracejo y vehemente ironía, llevaba por decirlo así la voz entre los oposicionistas), nos dijesen algo de lo que ha de sucedernos, me pareceria ahora sobremanera útil el consultarlas; mas tanto ellas como los cometas han perdido hace tiempo su virtud profética. Pero escusados son ya los pronósticos y al freir será el reir, si es que gana de risa nos queda cuando veamos los pontones de.....

—Si tal fuese nuestra desgracia, contestó uno de los zumbones, al menos, ya que no podamos continuar en tan cómodo lugar y bajo aquel hermoso cielo nuestros estudios astronómicos, digeriremos, en cambio, tranquilamente nuestro *puding* y echaremos largos y deliciosos sueños.....

—No tiene duda, contestó el primero, y eso de sueños me recuerda uno muy estupendo que precisamente he tenido antes de comer.

Todos manifestaron deseos de saber el sueño del satírico interlocutor, que continuó diciendo:

—Soñaba que me encontraba con numerosa compañía en un campo llano y sin límites visibles. Viajábamos; pero en procesion y silenciosos, cargados con nuestras maletas y bagaje, un tanto asendereados y deseosos de acabar nuestro camino. Ninguna senda se ofrecia á nuestra vista, y en aquella peregrinacion, semejante á la de los israelitas en el desierto, careciamos de una columna de fuego, que como á ellos nos guiase y precediese á nuestros pasos. Nuestro único guia era una vieja matrona

que llevaba un trage talar negro y la cabeza cubierta con un cono del mismo color, ambos sembrados de estrellas; en su pecho se veia la imágen del sol y en la espalda la de la luna; con una mano sustentaba una esfera celeste y en la otra llevaba un compás, que abria y cerraba sin apartar nunca los ojos del cielo, y todos la seguíamos sin decir esta boca es mia, con un asentimiento ciego y con gran cuidado de no quedarnos rezagados ni desviarnos de una á otra mano. Continuábamos aquella marcha penosa con un profundo silencio en pos de la vetusta señora, que caminaba enteramente absorta en su celeste contemplacion, cuando disipándose de repente una densa niebla que nos cubria, ofreciéronse á nuestra vista en lontananza una tierra cubierta de frondosidad y animados caseríos. Pero en aquel mismo punto y cuando íbamos á entregarnos á la alegría por descubrir el deseado térmito de nuestra caminata, he aquí que se presenta delante de nosotros un enorme dragon de color rojo que, con atronadores rugidos y lanzando llamaradas de vivo fuego por su enorme boca, se interpuso al paso de la sorprendida carabana. En vano presentó nuestro guia con ademan resuelto las puntas de su instrumento; pues el dragon, dando entonces á su boca unas dimensiones espantables, se tragó á la del compás, y echando nubes de humo y redoblando sus rugidos, hizo su ambigú de todos los viajeros, engulléndose hombres y equipages.

Todos escucharon en silencio el pretendido sueño; pero la alegoría era harto trivial para que hubiese necesidad de esplicarla, y, por otra parte, la presencia de D. Celestino, comprendido en aquella mal encubierta y punzante alusion, contuvo los comentarios. El prudente oficial se contentó con decir, levantándose y mirando á su antagonista.

—Ese es un sueño sumamente ingenioso, si bien no lo considero muy á propósito para ser consignado en el diario ó las memorias de un oficial de marina. Desde luego no se necesita recurrir á las *Clavículas de Salomon* ni á los magos de Egipto para interpretarlo: su estremada diafanidad nos escusa consul-

tar los oráculos. Posible será que encontremos al dragon, sin que sea por ello justo culpar á las estrellas. Pero yo seria de sentir, que mas bien que preocupar nuestro espíritu con los pontones de Plymouth ó de Chatam, viésemos si nuestra pólvora está bien seca y los cañones del *Fulgencio* en estado de hacerse oir de los enemigos.

Aquella juiciosa y oportuna admonicion puso fin al diálogo, y cada cual se dirigió á donde su deber ó su voluntad lo llamaba.

Galiano habia señalado en este dia, como ya dijimos, despues de la observacion meridiana y de consultar sus excelentes relojes de longitud, el rumbo á que debia gobernarse, reservándose con la responsabilidad que exclusivamente le competia el secreto de sus operaciones: solo encargó una estrema vigilancia y buena guardia de topes, disponiendo al mismo tiempo que todos los buques de la division estuviesen prontos para recibir al enemigo.

Era indudable que los ingleses esperaban á los buques espedicionarios, manteniendo en su aguardo y el de los millones que conducian, activos cruceros sobre las islas Terceras y los cabos de Finisterre y S. Vicente: Galiano lo sabia y habia dictado sus disposiciones en consecuencia, sin curarse de las observaciones críticas á que el misterio de que tuvo á bien rodearlas diese lugar.

Durante aquella noche, en que la division navegó en mejor órden y mas concentrada, el alcázar y cubierta del *Fulgencio* se vieron llenos de observadores. A los oficiales y gente de servicio, á los vigilantes por deber se habian agregado los temerosos. Solo se notaba el movimiento de los primeros, cruzando en varias direcciones segun lo exigian las variaciones atmosféricas, el estado del aparejo, ó la necesidad de conservar la union ordenada. Cuando ya en las altas horas de la noche habia el sueño disminuido el número de los observadores meticulosos, solo se oia, en medio del silencio mas profundo, el ruido del viento

chocando las velas, el acompasado pasear del oficial de cuarto, el rechinamiento de las escalas en los balances y el alternado grito de las centinelas pasando la palabra de alerta, y tambien de vez en cuando percibian por intervalos los que estaban sobre cubierta, cierto ruido metálico y sonoro con algunos murmullos en diversos tonos que procedian de la cámara. Además de los bultos que permitia distinguir la oscuridad, se notaba una persona que embozada en su capa se paseaba sobre la toldilla, y á quien solo se acercaba el oficial de guardia. Veíasele detenerse y fijar frecuentemente su vista en determinada direccion con un anteojo de noche, y consultar su reloj á la escasa luz de una linterna sorda colocada sobre la chupeta de la toldilla.

Ya apuntaban los primeros albores de la mañana, y se iban aclarando las masas brumosas que velaban el horizonte en la direccion del rumbo, cuando el centinela del tope de proa, con fuerte, alta y sonora voz, gritó: tierra! tierra por la mura de sotavento! Aquella voz suspendió todos los rumores del navío: la misma deidad que preside al juego vió casi de pronto desiertos, abandonados sus altares: la cubierta se pobló de curiosos llenos de agitacion y de esperanza. A pocos momentos se presentó en la direccion indicada y como á tres ó cuatro millas, una mole parduzca de fantástica configuracion, cuyo pié batian las olas con estruendo. Entre los grupos de marineros que contemplaban con intenso interés aquel objeto, dos ó tres voces gritaron casi á la par, *Santoña!* en tanto que el personaje que se paseaba solo y silencioso sobre la toldilla, volviéndose con dignidad y entereza á varios oficiales que tambian observaban á una respetuosa distancia, dijo con marcada intencion y expresivo acento, señalando la masa de piedra, ya mas clara y distinta.

—Señores, *la peña del Fraile.* Los cálculos astronómicos no me han engañado. Tributemos á Dios y á la ciencia el homenaje de nuestro reconocimiento. La espedicion y los intereses del Estado están á salvo.

—Viva el Rey! gritó conmovida y alborozada la gente del

*Fulgencio*, impulsada por un movimiento espontáneo de lealtad y respeto al sabio gefe que los habia conducido.

—Viva el Rey! gritaron simultáneamente los oficiales del *Fulgencio*, llevados del mismo noble impulso, felicitando cordialmente á su comandante por aquella admirable derrota y recalada, cuyo recuerdo ha perpetuado despues entre los marinos el justo concepto de que se hizo digno Galiano. Si algun escéptico conservó duda, respecto de los resultados que ofrecen los conocimientos astronómicos en auxilio de la pericia náutica, los reservó en el fondo de su corazon: el testimonio de gratitud y admiracion fué unánime; y no menos lisonjeros y espontáneos fueron los que luego recibió de todos los demás gefes y oficiales de la expedicion, justos apreciadores de su mérito. Ninguna tierra habia reconocido Galiano desde que abandonó el mar de las Antillas; sus observaciones, á causa de los tiempos oscuros, fueron muy pocas, y sin embargo, la derrota que prescribió á la espedicion con tal acierto y resultado, fué lo único que pudo libertarla de encuentro con los enemigos.

En medio de aquella noble emocion y entusiasmo recordaron algunos la composicion poética que un jóven oficial del navío, amigo de las musas y no menos dado al estudio de su profesion, habia escrito en aquellos mismos dias en loor de la ciencia náutica; y todos á una voz le rogaron la leyese para solemnizar aquel acto, á lo que prestándose el jóven poeta, pronunció en alta voz y con espresivo acento, la siguiente oda.

---

# EL TRIUNFO DE LA CIENCIA.

De admiracion henchido,
quiero el triunfo celebrar grandioso
de la ciencia sublime:
de ese don celestial, reflejo hermoso
que al hombre ennoblecido
su Dios le manda y en su frente imprime.
De su flaqueza y del error exento
en la tierra domina
con ella, y soberano
avasalla el terrífico elemento.
¡Oh noble ciencia, emanacion divina!
¿Quién no vé en tí la incontestable prenda
de eterna vida? En tu profundo arcano
otro mundo mejor quién no adivina?
Dueño el mortal de la creacion entera
los espacios sin límites, ardiente
penetrar ambiciona
del anchuroso mar, y prepotente
en una y otra zona
ya con los medios de la ciencia impera.
Las borrascas domina, y en el vuelo
de su osada ambicion, rey de los mares,
sus ondas mugidoras
con bizarra osadía
hiende, y dirige sus tajantes proras
buscando allá en el cielo
segura senda y portentosa guia.
Cuando intrépido anhela
cruzar seguro los undosos reinos,

ya lo conduzca la flotante vela
á los claros dominios de la Aurora,
ya á donde estingue el luminar ardiente
su llama abrasadora,
al confin hiperbóreo,
ó á la region Antártica, la ciencia
poder inmenso le concede, y solo
arrostra los azares
que amagan su existencia,
audaz venciendo á los revueltos mares.
La ciencia sublimada
con benéfico intento,
del riesgo horrible en el fatal momento,
el bajo oculto y la insidiosa Sirte,
le mostrará en el golfo turbulento.
Las playas procelosas
donde quebraron sus nadantes quillas
firmísimos bajeles,
por tal siniestro con horror famosas;
la tierra hospitalaria,
y sus lares y plácidas orillas.
Ella tambien le enseñará segura
las varias direcciones
de las corrientes rápidas, y el tiempo
mas favorable á la escursion lejana
cuando en inciertos rumbos se aventura:
los medios poderosos
para vencer los irritados vientos,
hacer la furia de las ondas vana
é impávido arrostrar los elementos.
Vuela, pues, animosa
por las moradas del espacio excelsas
la ciencia luminosa;
divide en arcos la estension del cielo
sus grados le señala:

para subir á la region etérea
ellos le sirven de brillante escala,
y allí sujeta á los fulgentes astros
á fijas leyes en su osado vuelo.
Cuando altivo disipe
las leves sombras con su viva lumbre
el disco refulgente
y ocupe raudo la celeste cumbre;
cuando del polo la radiosa estrella
espléndida se ostente,
la distancia de entrambos
del vértice sublime y la del eje
la ciencia, pues, enseñará potente:
y si cruzando la region remota
el nauta incierto se encontrára errante
por la ribera ignota,
perdido enmedio de los mares, solo
consultando allí al polo
su duda inquieta cesará al instante.
Tambien la noble ciencia
que mil portentos sin cesar reune,
la virtud prodigiosa
con que al hierro se une
la hercúlea piedra en amoroso lazo,
nos muestra, pues, á la atraccion pasmosa.
Del nudo estrecho de su amor proviene
de la píxide el uso,
que el curso indica que del mar conviene
en las vastas llanuras,
á las frágiles naves inseguras.
Sobre el eje sutil con fácil giro
una aguja acerada,
cual rica joya con afan guardada,
en espacio estrechísimo se mueve.
Del imán poderoso

apenas siente el amoroso influjo
y la invencible fuerza, ¡oh fé admirable!
cuando sus puntas con impulso leve
una al Boreas dirije, la otra al Noto,
así mostrando al estudioso anhelo
del hombre audaz, en el pais remoto
las regiones vastísimas del cielo.
¡Cuántos bienes encierra,
cuántos portentos en su seno breve
esta asombrosa maravilla! Ay cuánto
al verte lejos de tu amada tierra
tu gran tesoro á consultar acudes,
oh nauta infatigable!
A donde quier que mudes
en el inmenso piélago tus rumbos,
la aguja misteriosa
te mostrará la senda favorable,
te apartará de aquella peligrosa.
Cuál benéfica guia
le fué menos segura
para el piloto de la Grecia un dia
la Hélice brillante,
para el Tirio fué menos Cinosura;
pues aun en medio de la noche umbría
cuando Arctos se esconde
al duro navegante,
la férrea aguja le dirá por dónde
en las ondas violentas
están las rutas de peligro exentas.
Por esta ciencia se conoce y fija
la distancia prolija,
ó ya el lugar que sobre el ancho mundo
las regiones ocupan mas remotas
que aparta el mar profundo,
y en las antiguas épocas ignotas.

Con el auxilio de la ciencia cruza
el marino arrogante,
monarca del espacio,
las bravas ondas, y con giro inmenso
su alígero palacio
al uno y otro mar lleva triunfante.
Con ella vienen de remotos climas
los frutos sazonados,
los del índico reino, los que nacen
del ancho mundo en los opuestos lados,
y comunes se hacen
por los rápidos buques transportados.
Por ella van á la region lejana
que en la barbarie vive,
nuestras costumbres, y á la par recibe
los ritos santos de la fé cristiana.
¡Oh ciencia bienhechora,
de sublime renombre,
de admiracion y de alabanza digna,
que tantos bienes proporciona al hombre!
Rindamos, pues, á la divina ciencia
de gratitud el homenage ardiente,
y siendo nuestra guia
en consorcio prudente
con la humana esperiencia,
gloria del mundo con su luz se ostente! (*).

Pocas horas despues la division se hallaba en completa seguridad en Santoña, fondeada al abrigo de la famosa *Peña del Fraile*, así llamada por la fantástica figura que presenta á los ojos de los navegantes; y un correo, espedido en aquel momento, llevaba la fausta nueva á la capital de las Españas.

(*) Véanse las notas.

# CAPÍTULO XIX.

Salida del correo.—Un viaje fantástico por España.—Visita al pueblo de Hernando.—El gabinete de antigüedades de D. Epifanio del Maestral.—Un levante sucio hácia el Estrecho.—Buenas noticias.—Zarpa la division de Galiano de Santoña para el Ferrol.

Pintando las palabras y dando cuerpo á las voces, vence el hombre con la escritura los espacios, y desde las mas apartadas regiones cultiva sus afectos, llevando el consuelo al inquieto corazon de una madre, de un padre, de una esposa querida ó de una amante desolada. Faltaba, empero, á este beneficio, concedido al hombre por el cielo, la velocidad; y la aplicacion del vapor como vehículo ejecuta ya este milagro.

* * *

... escribiéndote me olvido
De una ausencia tan amarga,
A un ligero papel fio
El afecto que me abrasa,
Y por un mágico encanto
Ves los secretos del alma.

Cartas a Sofia.

El correo estraordinario que ganando horas se adelantaba por la via de Castilla, no llevaba solo las noticias oficiales de la fausta llegada de la division de Galiano. Los marinos, previsores por carácter, suelen tener escritas sus cartas de familia, aun en alta mar, en espera de algun encuentro fortuito de embarcacion á quien poder encomendar las noticias de sus personas y situacion. Gracias á esta prevision Hernando y algunos oficiales y compañeros, pudieron aprovechar esta favorable cuyuntura

para terminar rápidamente sus comenzadas y largas epístolas y dirigirlas, descargando así su corazon de un peso insoportable; porque nadie mejor que aquellos que sufren sobre todos los hombres los rigores de la ausencia y una absoluta incomunicacion con los seres que mas aman, conocen en todos sus quilates el precio de la *palabra escrita*, de unos cortos renglones que, atravesando la vasta estension de los mares y recorriendo reinos y provincias, llevan el bálsamo del consuelo y la mas dulce alegría al angustiado corazon de una madre y de un padre, de una esposa, de una amante desolada, de un amigo fiel y verdadero. Hernando habia sentido muchas veces, en el discurso de su navegacion, esta imperiosa necesidad de los corazones amantes; aquella era su primera ausencia; y, ¡cuántas veces no se habia trasportado en alas de su imaginacion al hogar paterno y repasado uno por uno los juegos y ocupaciones de su niñez, las costumbres y placeres de la familia, las caricias de sus padres y hermanos, y saboreado la esperanza de renovarlos reuniéndose á unos seres tan queridos! Hernando, jóven instruido, sensible, impresionable, tenia necesidad de referir á los suyos los sucesos de su nueva vida, de esa vida de marino tan llena de accidentes tumultuosos, tan atractivos para los jóvenes dotados de noble aliento y ambicion y ansiosos de saber. Tambien tenia necesidad de comunicar á su caro preceptor, á aquel hombre tan sabio y escelente, sus nuevas ideas y adelantos en las ciencias y los fenómenos observados en su viaje. No deberá parecer, pues, estraño que las cartas de Hernando fuesen algun tanto voluminosas, ni él uno de los mas solícitos para unirlas á la comun correspondencia de la espedicion. Su fogosa imaginacion acompaña á aquellas cartas que han de volver la calma á sus cuidadosos padres, y ya se figura el momento de dulce sorpresa, las lágrimas de puro gozo, la general satisfaccion que ha de causar la nueva de su feliz arribo al suelo de la patria.

Nosotros, que participamos de su impaciencia, deseamos tambien visitar aquellos lugares de su primera juventud, donde

tenemos amigos, por quienes abrigamos una verdadera afeccion. Pero los caballos del correo estraordinario no avanzan á medida de nuestro deseo, á pesar de llevar en su carrera el máximo de velocidad á que es posible aspirar en la época que atravesamos. Para satisfacer este deseo, necesitaríamos la ligereza de esos estupendos vehículos, no sospechados aun de nuestros padres, que con una rapidéz asombrosa pueden haceros recorrer en un dia, á impulsos del vapor, sobre un camino de hierro, sin vaivenes ni sacudidas, un espacio cuadruplicado del que corren las sillas de postas mejor construidas y mas ligeras. Quisiéramos un *Eolo*, una nave aérea, que sin elevarnos con temeridad sobre las torres de las ciudades y las cumbres de los montes que atravesásemos, nos llevase blandamente, y segun nuestra voluntad, á una discreta inmediacion de la tierra, nuestro natural apoyo y elemento. Pero ya que no nos es dado disponer siquiera del hipogrifo de Astolfo, tendremos que apelar al recurso comun y económico de los novelistas, amantes y poetas, pidiendo sus alas prestadas á la *Imaginacion*, á esa hada complaciente, siempre dispuesta á servirnos, y que sola tiene la prodigiosa facultad de trasportarnos á todos los lugares de la tierra, á todos los tiempos, presentándonos así las mas risueñas y deliciosas, como las mas acerbas situaciones de la vida.

Dejando, pues, á Hernando entregado á sus impaciencias y al correo seguir, entre nubes de polvo, su curso natural y posible en el año de gracia de 1799, nos adelantaremos con el lector, si le place, y dejando atrás la laboriosa Vizcaya, atravesando los feraces campos de Castilla con sus antiguas ciudades, en otro tiempo mansion de reyes, focos perennes de revueltas, de nobles hechos y de lamentables derrotas; sin detenernos á contemplar esa villa afortunada que contra todas las probabilidades, contra todas las conveniencias, y con perjuicio de nuestra grandeza y prosperidad, ciñe hoy la corona, como residencia del poder supremo que rige las Españas; grande por sus ilustres hijos, por sus ingenios, por sus palacios y museos, y mas grande aun

por su heróico denuedo; pasando con rapidez sobre esa triste y sedienta Mancha, esa Sahara de España, cuyos habitantes vegetan, en gran parte, en la mas lamentable indigencia; de esa Mancha, objeto de compasivo interés y de amargas reflexiones para los propios, y de crueles censuras y sarcasmos para los estranjeros; fijando una mirada de consuelo en la fértil Andalucía, y cortando el Guadalquivir por entre las regias ciudades de Córdoba y Sevilla, dirigiendo, al fin, nuestro vuelo al célebre promontorio que con mengua de nuestro decoro y á tan poca costa pisa aun el britano, descendamos al modesto lugar, cuna de nuestro héroe.

Ya el sol, despues de haber lanzado sus fuegos abrasadores desde su diáfano trono de záfiro sobre las arenosas llanuras africanas, bañaba con sus primeros rayos las ibéricas regiones. El blando terral, tan grato á los navegantes, templaba su ardor y daba al ambiente esa frescura que hace tan deliciosas en nuestras costas meridionales las mañanas de primavera. Las huertas y vergeles que rodeaban el pueblo, exhalaban el mas puro aroma, mezclando las suaves emanaciones de los naranjos y limoneros en flor, con el campestre perfume del romero y el tomillo.

Las palmeras se mecen blandamente al fresco soplo del aura matinal, y gilgueros y ruiseñores cantan y revolotean con alegría por entre el ramaje; se escucha el balar de las ovejas que coronan los collados vecinos y las rústicas cantinelas de los zagales que las conducen, y vénse tambien algunas carretas tiradas por perezosos bueyes, que rechinando ásperamente, se dirigen con paso lento fuera del lugar.

Despues de estender una mirada complaciente sobre la frondosa vega y tierras inmediatas, lo primero que observamos en su pacífico recinto, es esa tranquilidad silenciosa que reina en los pueblos de campo, por grandes y populosos pue sean; porque los habitantes se encuentran en tales horas, la mayor parte, ocupados en sus labores campestres, en tanto que el resto, com-

puesto de ancianos, mujeres y niños, y de alguna gente rica y acomodada, se entrega bajo la sombra protectora de sus techos á sus domésticas y sedentarias tareas. Solo notamos algunas señales de vida en un estremo del pueblo, donde un grupo de doce ó catorce personas, algunas carretas y bueyes desuncidos, y tres ó cuatro caballerías, denotan la proximidad de un meson. Hiére luego nuestro delicado tímpano el cadencioso retintin de un martillo sobre un yunque, y poco tardamos en distinguir, entre el conjunto de lugareños mirones, unos en pié y otros sentados en diversas actitudes delante del meson, el banco de nuestro conocido el albeitar, y al mismo artista en lo mas fogoso de sus funciones atronadoras, formando una de las partes mas interesantes de aquel cuadro campestre. Su gesto anuncia la displicencia, y un esperto fisonomista habria hallado en él los signos que revelan el cálculo y la irresolucion.

Apremiado por las solicitudes conyugales de la señora Mónica habia comenzado á sentir temores, viendo aproximarse un consorcio convenido en una mira puramente especulativa. Mónica no era niña, circunstancia no esencial si se quiere; pero que unida á su flato histérico, á sus ataques de nervios, á la desaparicion de gran parte del inmueble de su boca y otros deterioros no menos conocidos del pretendiente que los gajes, ahorros y esperanzas de su futura, daban á esta un aspecto algo repulsivo y capaz de hacer titubear al mas decidido especulador de nuestros dias. Sin embargo, su profesion y trato habitual lo habian fortificado contra ciertas aprensiones vulgares, y ya hubiera arrostrado heróicamente aquella boda; pero ¿quién aseguraba que tuviesen efecto las esperanzas que abrigaba su futura, ligadas, puede decirse, á la existencia de Hernando? ¿No se hallaba este en contingencia de ahogarse ó perecer de cualquiera de tantos modos que amenazan la vida del marino, sobre todo, en los inminentes trances de la guerra? Bien se vé que Bigornio poseia instintivamente la ciencia de las probabilidades, y que si el destino lo hubiese hecho nacer en nuestra época, tan

analizadora y positiva, tan sagaz y calculista, habria llegado á ser un águila en el mundo bursatil. Pero como en aquella era atrasada aun no se habian inventado los *seguros* contra los fracasos marítimos naturales ó artificiales, contra incendios de la misma especie, y contra la muerte misma, menos podian haberse inventado seguridades y garantías contra los peligros matrimoniales, progreso reservado para una civilizacion mas avanzada; y por otra parte, Mónica no era un enemigo cualquiera, y la verde viuda así estaba resuelta á desistir del tratado consorcio, como á volverse turca. El albeitar se hallaba, pues, sumido á la sazon en un piélago de perplegidades y temores.

No lejos del meson descubrimos la antiquísima y sólida casa de D. Próspero, ocupando una de las calles y sitios mas notables del pueblo, de simple, pero de agradable y pintoresca apariencia, lindando con sus huertas y cercados de árboles frutales. En uno de los ángulos mas retirados de la parte baja y principal que ocupaba la familia, y atravesando un pequeño jardin cultivado por el mismo D. Próspero, tenia su alojamiento y estudio el respetable D. Epifanio del Maestral. Nuestros lectores concebirán fácilmente que la habitacion de un hombre entregado al estudio de las ciencias y otras no vulgares indagaciones, grave, además, y reservado por su carácter, debia de ofrecer algo de estraño y singular. Figúrese el lector aficionado á estos detalles una sala de regular estension, con dormitorio, recibimiento y otras piezas accesorias, sencillas, pero cómodamente amuebladas. Aquella sala, cuyas grandes ventanas tocan al pavimento y reciben su luz del jardin, es la que el sabio capellan habia consagrado para su estudio y recogimiento. Los objetos que llamaban la atencion en este modesto templo de Minerva, revelaban desde luego el género de conocimientos que cultivaba. Veíanse en dos grandes estantes obras escogidas de religion, de ciencias físicas y naturales, de historia, de viajes y de arqueologia. Conocíase su gusto dominante por esta ciencia en las obras y autores que ordenadamente ocupaban no

corto espacio en aquellos. Allí se veian la *Miscelánea de Angelus Policianus*, la *Vida de los emperadores romanos de Juan Hutichim*, *Choul* y el erudito arzobispo de Tarragona D. Antonio Agustín, que publicó en 1587 el primer libro verdaderamente numismático que se ha escrito, con el título de *Diálogo* sobre las medallas, inscripciones y otras antigüedades. A estos seguian *Eneas Vico*, *Lepois* y otros escritores de este género, entre ellos el libro titulado *De Ré Navali*, de sumo interés por las curiosas noticias que da sobre la marina de los antiguos, circunstancia que aumentaba su precio á los ojos del erudito capellan. Acaso este libro y las indagaciones que ha hecho en los archivos de Francia y de Venecia, han suministrado á Mr. *Jal*, historiógrafo de aquella nacion, muchas de las noticias y eruditos comentarios que ha publicado en su escelente obra de *Arqueologie navale*; si bien no podemos menos de notar en este ilustrado escritor marino contemporáneo, el perdurable achaque de que adolecen casi todos los estranjeros que escriben de estas materias, que por ignorancia ó por otro motivo menos disculpable, se desentienden de nuestra nacion, cuya prioridad en cosas marítimas es indudable, como se acredita y demuestra en la propia obra á que hacemos referencia, pues por poco que se examine la nomenclatura técnico-marítima usada en las primeras épocas de la navegacion Mediterránea, se verá que sus voces ó raices son en su mayor parte españolas (1).

Entre los dos grandes estantes que contenian, por decirlo así, la ciencia escrita, se veia otro de especial y adecuada forma, dedicado á la numismática, donde ordenada y cronológicamente estaba colocada una rica y escogida coleccion de medallas, adquiridas á costa de perseverantes indagaciones y grandes economías. Sabido es que las medallas, que nada dicen ni significan á los ojos de los profanos, dejan de ser objetos mudos é insignificantes convirtiéndose, segun un ingenioso autor mo-

(1) Véanse las notas.

derno, al golpe de varita de esa potente encantadora llamada *Erudicion*, en seres brillantes y animados de una luz celestial. "Con su mágico auxilio, dice en un lenguaje figurado, es decir, á la luz que les prestan los conocimientos clásicos é históricos, aquellos objetos toman vida y representacion, poniéndonos en relacion y en una especie de contacto con los antiguos héroes y legisladores, con los patriarcas, sabios y bellezas célebres de la antigüedad. Construidas fielmente por artistas contemporáneos, ellas nos muestran con su propia faz los Alejandros, Césares, Pompeyos y Trajanos: se vé tomar una forma sustancial á los seres alegóricos ó imaginarios; se examinan los templos antiguos, se ven los arcos triunfales contemporáneos de los edificios que representan y que han sobrevivido á la destruccion: se vé mas en ellas todavía: se ven, segun la feliz espresion del mismo autor, volúmenes enteros de historia antigua condensados en un espacio de algunas pulgadas; de modo, que con una simple ojeada se abraza la sustancia de cien páginas... Las medallas sirven para perpetuar la memoria de las grandes acciones, y fieles á la mision de que estaban encargadas, nos han trasmitido hechos que jamás hubiéramos conocido sin su auxilio...., y cuando la lámpara de la historía, concluye con entusiasmo, ha llegado á apagarse, como ha sucedido con frecuencia, si se ha vuelto á encender, ha sido á favor de las chispas que el numismático há podido hacer salir de las cenizas de la antigüedad."

Basta con lo dicho para justificar la pasion de D. Epifanio, quien, abrazando con igual ardor los diferentes ramos de la arqueologia, se habia dedicado con preferencia al que se referia á las antigüedades marítimas. Así, pues, en aquella interesante coleccion se veian muchas medallas de este género, del tiempo de los fenicios, romanos y antiguos españoles, adquiridas por sí ó por otros laboriosos y entendidos numismáticos, con quienes sostenia una erudita correspondencia. Con el exámen de aquellas medallas, y á favor de las luminosas disertaciones del cape-

llan, se estudiaban y comprendian, á pesar de algunas sensibles lagunas, los progresos de la navegacion en la generalidad del arte y los admirables adelantos de los antiguos gaditanos, no solo en la náutica, en la cual se distinguieron por su arrojo y pericia, sino en el comercio, la pesca y la construccion naval.

Entre aquellas medallas habia una, sobre todas, que escitaba el entusiasmo de D. Epifanio, así por su notable mérito y rareza, como porque ella prestaba una grande fuerza y testimonio á la opinion de que Hércules, el de Tiro, fué el fundador de nuestra marina. Esta medalla, de mas de dos pulgadas de diámetro, fué encontrada á mediados del siglo XVIII en unas escavaciones que se hicieron en el puerto de Guadarrama. Representaba á Hércules sometiendo á la España, mas por la fuerza de la palabra que por la de las armas, significando este hecho por medio de una clara alegoría. Veíase al héroe rodeado de varias figuras que parecian escucharle, ligadas por unas cadenas de oro que salian de la boca de aquel. A lo lejos se descubrian los muros de Cádiz, y á un lado la rotunda del famoso templo que le fue elevado en aquella isla, en el lugar llamado hoy *Sancti Petri*, larga y exactamente descrito por Estrabon y otros escritores de los tiempos pasados.

Algunas antigüedades adquiridas en el curso de sus largos viajes y relaciones científicas, se veian tambien colocadas sobre varias mesas y repisas y distribuidas con estudio sobre los estantes y el cielo raso de la sala. No habia, á la verdad, esa profusion de objetos exóticos y costosos por su rareza, que se observan amontonados en los museos, donde la abundancia minora el valor y prestigio de las mas interesantes producciones de la naturaleza ó del arte; pero las que habia, excitaban la atencion, así por el contraste que ofrecia su rareza con la sencillez del lugar, como por el órden admirable de su colocacion y las eruditas esplicaciones del sabio poseedor.

Nuestro modesto anticuario, satisfecho con su fé arqueoló-

gica, no habia arrancado con vandálica aficion, como lord Elguin, sus frisos y relieves al Partenon, y en vez de cometer esta profanacion hubiera esperimentado, con el mundo sabio que la contempla, el mas vivo despecho. Hubiérase indignado de ver á este insular y muchos de sus paisanos, despojar los continentes para poblar su isla de estátuas, de cuadros y de los objetos mas raros del arte, arrancándolos, por medio del oro, de los lugares para donde los formó el númen creador de los Fidias, los Praxiteles, los Murillos y los Velazquez, y donde únicamente conservarian, como en su natural asiento, toda su poesía y clásico prestigio.

Y no pasaremos de aquí sin lamentarnos de ese egoismo, que parece peculiar á los ingleses, de que adolece, así el opulento magnate de la alta aristocracia, como el simple viajero, que, mas escéntrico que idóneo, recorre los continentes en busca de rarezas artísticas. No procede siempre, por tanto, esta verdadera usurpacion del amor á ellas, ni se limita á la posesion de los objetos. No parece sino que los ingleses consideran su isla como el natural y único centro de la ilustracion, y su capital el mas digno museo de las artes. Su aficion á los cuadros es una manía británica, un capricho nacional y de temperamento, y en ocasiones es tambien vandálica y destructora. ¿No bastan para probarlo los despojos y profanaciones del Partenon, de los monumentos egipcios y los verificados en otros paises clásicos? Muchos testimonios podriamos aducir que lo comprueban sin salir de nuestro territorio, tan desdeñosamente visitado, esplotado y luego vituperado por esos altivos insulares. En el Escorial, por ejemplo, cuando para concurrir como aliados á la defensa de nuestra independencia, convirtieron en cuartel aquel templo grandioso y venerando, ya que no les fué posible arrancar los frescos que adornaban sus muros, representando asuntos bíblicos de admirable composicion, permitieron á sus soldados que los agujereasen con grandes clavos, y colgasen sus mochilas y fornituras

sobre aquellas pinturas respetables, sobre las cuales hemos visto con indignacion, ademas de los estragos causados por el martillo de los ingleses, una multitud de necias é impertinentes inscripciones de nombres ó de frases, grabadas, ó por mejor decir, arañadas sobre aquellos frescos, convertidos por ellos en un *album*. Allí se vé al lado de oscuros apellidos de fatuos visitadores algun chiste ó sarcasmo impío; en tanto que sobre un trozo del vestido de la Magdalena ó del cuerpo del Salvador, aparece el disforme agujero que han dejado los clavos de nuestros aliados (1).

Don Epifanio, que no era un nabab, se habia contentado, como los humildes peregrinos de la Tierra Santa con traer, con sus piadosos ó clásicos recuerdos, alguna piedrezuela del Santo Sepulcro, algun fragmento casi imperceptible del Gólgota, pequeñas chinas cogidas por su mano en el *Stadium* de Atenas, y algunas conchas marinas (en cuya contemplacion absorbia largos momentos su espíritu), cogidas del mismo modo en la desierta playa donde se alzaba la soberbia Tiro.

Veiánse tambien pendientes de las paredes, ó sobre repisas, algunas copias en yeso de retratos, modelos de naves antiguas y de galeras; una proa cartaginesa, una áncora romana y un champan de la China, regalo de un sabio misionero. Entre algunos cuadros y mapas de historia ó de geografía se notaban los retratos de D. Alonso el Sabio, de Aragon, que fué el primero que manifestó su gusto por las medallas y las creyó dignas de la contemplacion de los sabios, y el del erudito y numismático don Antonio Agustin, arzobispo de Tarragona, ya citado como uno

(1) Aunque los franceses cometieron inmensos daños, abusando del derecho de las armas, como lo acreditan los destrozos y usurpaciones que practicaron en España durante la guerra de la Independencia, de lo cual ofrece tambien una dolorosa prueba el mismo monasterio del Escorial, podrá decirse que esto lo hicieron como enemigos, en tanto que los ingleses observaron en muchos casos la misma conducta llamándose amigos y aliados.

de los primeros en dar á conocer la utilidad del estudio de estos preciosos restos de la antigüedad. Don Epifanio tributaba de este modo un respetuoso homenage á la memoria de aquellos dos insignes españoles que tanto contribuyeron á cimentar é ilustrar esta parte especial de la arqueologia. Algunas estampas de buen grabado representaban los descubrimientos ordenados y protegidos por un príncipe español, en las recien exhumadas ciudades de Herculano y de Pompeya.

Por último, entre aquellos cuadros habia uno que ofrecia á la vista las castas americanas: primero, en su tipo puro y primitivo, y luego en la vana y caprichosa combinacion con las razas europea y africana, presentando en ordenada clasificacion los mestizos, zambos, cuarterones, *salto atrás, tente en el aire* y todas las demas gradaciones de la raza y del color con su peculiar fisonomía, hasta perderse en la masa incalificable del comun; todo segun las ideas y peregrinas denominaciones del pais, y en ese lenguaje rudo y pintoresco, tan especial y característico de aquellas apartadas regiones.

Como nuestros lectores tienen ya una idea de lo interior de la casa de D. Próspero, de la singularidad de sus muebles y adornos, escusaremos ahora el detenernos en mayores detalles; detencion que, sobre innecesaria, nos impediría el llegar pronto á asuntos de mas vivo interes y propios de nuestra historia.

Satisfecha nuestra impaciencia con la vista del pueblo de Hernando y de la pacífica morada de su interesante familia, con la misma caprichosa voluntariedad de autores novelistas, de que nos prevaldremos como y cuando nos acomode, nos figuramos (é invitamos al lector á que se figure) que han trascurrido algunos dias despues de nuestro ideal viaje.

Triste es el cuadro que la naturaleza ofrece ahora á nuestra vista en la misma region cuya plácida bonanza contemplábamos hace poco.

Esta bonanza ha desaparecido. El cielo se halla encapotado con pardas y preñadas nubes, que corren con sorprendente im-

petuosidad hácia el ocaso, como las descubiertas arrolladas por la vanguardia de un ejército enemigo. La cumbre, poco ha despejada del sombrío Calpe, aparece ora velada con su siniestra corona de nubes blanquecinas (1); fenómeno precursor y signo infalible que precede al asolador Levante. Al suave y fresco terral, al templado viento de Occidente, ha sucedido el hijo abrasador del desierto. Vénse sobre las agitadas aguas del Mediterráneo multitud de embarcaciones arrastradas por su ímpetu violento, con la vela á medio palo, con los bolsos, con el foque, á palo seco, segun su clase, aparejo y aguante, á desiguales distancias y concurriendo en líneas convergentes á desembocar el Estrecho, en tanto que otras, bordeando penosamente, pugnan por embocarlo, hasta que, renunciando á su propósito, se abandonan como las otras á la furia irresistible del viento. Al choque de sus ráfagas desiguales y violentas ceden ó se quebrantan los árboles mas robustos, y silva el aire contra sus ramas con discordante y atronador sonido. Mil rumores siniestros y melancólicos pueblan la atmósfera y comunican al ánimo una secreta angustia y decaimiento. Rechinan y gimen las veletas de las torres; óyese entre las calientes bocanadas del viento africano el quejoso grito de la gabiota, que vuela incierta y azorada; y suenan espontáneamente y con fúnebre tañido las campanas de los templos. Ruge el mónstruo recorriendo las angostas y desiertas calles del pueblo, y hace estremecer y saltar sobre sus quicios las puertas y ventanas, cual si fueran agitadas por el terremoto. Agóstanse los campos al soplo del Solano, y el mísero labrador contempla mudo y sin aliento cómo desaparecen, con el fruto de sus sudores, sus mas dulces esperanzas. Algunas nubes aturbonadas descargan con furia, haciendo retemblar el aguacero los cristales de la habitacion donde observa consternada la familia de D. Próspero.

(1) Este signo infalible de Levante ó Solano se designa con el nombre de *montera*.

¿Qué madre, que tiene un hijo ausente, viajando por remotos mares, no tiembla y siente oprimírsele dolorosamente el corazon á vista de tan lúgubre cuadro? Entre los intermitentes rugidos del huracan, oye Doña Clara, tras un deslumbrador relámpago, retumbar el trueno, y en medio de su angustia cae de rodillas ante una imágen de la Vírgen, y le dirige fervientes súplicas por su hijo Hernando. En tanto que ella oraba profundamente conmovida, D. Próspero participaba de la misma zozobra. Contemplaba el abatimiento de su esposa, y dirigiendo de cuando en cuando sus ojos á las ventanas que daban sobre el jardin, veia los asoladores efectos del temporal. Aquel jardin era objeto especial de sus desvelos, y en él habia logrado aclimatar, por medios artificiales y á favor de la bondad del temperamento, muchas plantas y frutos de las regiones inter-tropicales. D. Próspero veia por tierra sus plátanos, sus piñas, sus matas de café y de añil y sus diamelas. En vano procuraba con la vista de aquel estrago distraer los recuerdos dolorosos de su querido hijo; sentia la afliccion de su esposa y su propia pena, y procuraba inútilmente preocupar su espíritu hojeando con distraccion un volúmen estranjero, en que se referian los recientes y lamentables sucesos del desgraciado marino francés *Laperouse*, afectando en su esterior y semblante un estoicismo que no existia en su corazon.

En medio de aquel tumulto de la naturaleza, de aquel fragor de los elementos, una persona de la familia procuraba ocupar su espíritu en el estudio y la meditacion. Este era el capellan que, retirado en su solitaria habitacion, dedicaba á las letras aquellas horas de general desasosiego. Este hombre humano y virtuoso no era insensible á los males que podia causar aquella perturbacion atmosférica; pero su alma estaba avezada á las tempestades y necesitaba ademas el pábulo consolador del estudio. Hallábase sentado en su bufete, dando la última mano á una erudita disertacion que destinaba á una sociedad literaria de Madrid, de que era miembro honorario, en la cual se propo-

nia establecer y demostrar, contra la opinion de autores estrangeros, que la aguja magnética, aunque conocida en tiempos remotos segun los testimonios de San Agustin, de Raimundo Lulio y de D. Alfonso el Sabio, acaso por una disposicion providencial, como la que permitió en tiempos mas próximos á nuestra era el descubrimiento del Nuevo Mundo, no fué aplicada á la navegacion hasta mediados del siglo XIII por lo menos; ceguedad é inadvertencia por cierto admirable de los sabios de aquel tiempo, si las esplicamos por las causas naturales. El sabio investigador probaba igualmente que, aun admitiendo que los chinos, á quienes se tiene la manía de atribuir las invenciones mas importantes, conocian la aguja magnética desde una remotísima antigüedad, estuvieron hasta una época muy reciente distantes de conocer su aplicacion á la náutica, y solo la destinaron á sus largos viajes terrestres, fijándola en sus carros; y que ni el napolitano Gioja, ni los franceses, á pesar de la deleznable conjetura que se funda en la flor de lis que marca el Norte en la rosa náutica, precedieron á los españoles en su aplicacion al arte de navegar; corroborando sus asertos con copia de argumentos y razones irrecusables, así críticas como históricas.

Absorto se hallaba D. Epifanio en esta ocupacion, cuando vinieron á distraerlo unas voces lejanas y confusas, que parecian provenir de dos personas que altercaban entre sí. Creyó distinguir luego, entre las ráfagas y atronadores bufidos del Levante, la mística y penetrante voz de la señora Mónica y el chillido destemplado de Catalina la cocinera. Luego oyó mas cerca á esta última que, esforzando la voz como si gritase en despoblado, lo llamaba.

Contestó el capellan á las voces, levantándose azorado y convulso al oir el llamamiento de la lugareña; y ya iba á lanzarse desatentado por los escalones que daban salida á su alojamiento, y atravesar el jardin que lo dividia y separaba del cuerpo principal de la casa, cuando una estrepitosa carcajada de Guzman, el escudero de D. Próspero, vino muy oportunamente

á templar su sobresalto, conteniendo el peligroso movimiento de arrancada que habian escitado en él los gritos de la cocinera, entre cuya disonante algarabía creyó percibir el nombre de Hernando y la palabra carta. Al oir estas palabras, el capellan se dirigió á ellos con toda la ligereza que le permitieron sus piernas; y cerciorado por Guzman de ser cierto lo que oia, entró en el gabinete donde se hallaba Doña Clara con su esposo. Al entrar vió á esta de rodillas con dos cartas en la mano y dirigiendo al cielo una mirada en que se pintaba una piadosa emocion unida á un profundo reconocimiento. D. Próspero tomó ambas cartas de las manos de su esposa, y no menos conmovido por iguales afectos, se las alargó al capellan, cuyos labios expresaban ya acciones de gracias al Ser Supremo por el contento y tranquilidad de aquella virtuosa familia.

No intentaremos pintar aquel trasporte de afectos. Para juzgar de su intensidad, bastará considerar el estremado cariño de los padres de Hernando, y el no menos vehemente de D. Epifanio para su discípulo; los peligros de aquella navegacion y las contingencias de una guerra activa con adversarios tales como los ingleses, y recordar que nada habian sabido desde la temeraria salida del *Fulgencio* del puerto de Cádiz, atravesando por medio de la escuadra enemiga. Agréguense á esto los lúgubres presagios, los siniestros rumores que siempre corren en tales circunstancias, y que por efecto de la indiscrecion ó de la fatalidad, llegan con pasmosa prontitud y preferencia á noticia de los interesados. Tampoco hablaremos del contenido de aquellas cartas. Insignificantes y sin interés para cualquiera, contenian un mundo de hechos y de sensaciones, de incidentes de suma importancia para el corazon de unos padres. Don Epifanio, que leyó y releyó por su parte la que le dirigia su querido discípulo, notó con estraordinaria complacencia sus adelantos de todo género, y aquel buen sentido y precision en las ideas que se observa en las narraciones de los viajeros ilustrados. Los acontecimientos de la navegacion, los sucesos particulares y sus propias

la campaña estaban perfectamente esplicados, y el ilustrado preceptor vió con íntima satisfaccion que Hernando poseia todas las cualidades que se requieren para llegar á ser un buen marino, y no concluyó su lectura sin tributar el homenage de admiracion y aprecio que le inspiraba aquella derrota de Galiano, aquel triunfo del hombre abandonado, con solo los recursos de su ciencia, en medio del Océano, y buscando en el cielo su camino.

Dejemos ya á esta familia, feliz ahora y tranquila, gozando uno de esos cortos intervalos de dulce bonanza que Dios concede á los míseros humanos en este viaje de pruebas que se llama vida, y vamos á imponer con brevedad al lector de los sucesos que se siguieron al arribo de la espedicion á Santoña, que ya hemos menudamente referido.

La corte habia recibido con satisfaccion esta fausta nueva, y reconociendo el importante servicio hecho al Estado, se espidió una real órden muy honorífica mandando S. M. fuese Galiano y los gefes y oficiales que le auxiliaron atendidos para su inmediato ascenso, con la preferencia de que la calidad de este servicio los habia hecho dignos.

En tales circunstancias tuvo órden aquel de pasar con la division de su mando al Ferrol, tan luego como apareciesen á la vista las fragatas *Clara* y *Medea* con el convoy que escoltaban; pero habiendo sabido por cartas de varios oficiales de nuestra escuadra surta en Rochefort, hallarse esta bloqueada por diez buques de gran porte ingleses; receloso de que parte de esta fuerza, con la noticia de su llegada, intentase atacarle, dispuso con sus buques un plan y línea de defensa, desde el fondeadero del Fraile y á lo largo de la costa, sostenida con las lanchas cañoneras de los navíos y baterías que se formaron en tierra con cañones de los mismos, procediendo de acuerdo con las autoridades de la plaza. Obligaban á estas prudentes medidas de defensa los muchos frutos preciosos que debian quedar en Santoña aun despues de la salida de la division, y el recuerdo del incendio y saqueo

que aquella plaza habia ya sufrido, en 1719, por los mismos ingleses.

Las fragatas anunciadas se presentaron, en efecto, convoyando siete buques mercantes; y aunque supo por el comandante de la *Clara* que se habian avistado el dia 25 de aquel mes diez navíos y algunas fragatas sobre la costa de Bayona de Francia á cabo Breton, no creyó el animoso cuanto precavido Galiano motivo aquel para dejar de cumplir las órdenes del gobierno. Incorporado, por tanto, con las fragatas y su convoy, llegó á Santander, de donde, aumentado este con mas embarcaciones que lo esperaban, dió la vela el 4 de julio. Al amanecer de este dia avistó cinco de los buques mayores, que conceptuó enemigos, y acercándose cautelosamente les hizo la *Esmeralda* señales de reconocimiento á que no contestaron, y los avistados arribaron al O. Desvanecido el recelo de los creidos enemigos, que luego supieron ser las cuatro fragatas del mando de D. Manuel Empáram con otra mercante apresada, despues de varios accidentes de menor cuantía, fondeó felizmente en Ferrol en 10 de julio con un convoy de 67 velas, sin contar las de guerra.

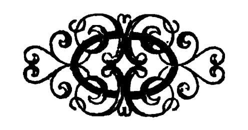
Allí terminó verdaderamente la brillante campaña de D. Dionisio Alcalá Galiano. Su descanso no fué de larga duracion, pues no tardó el gobierno en ocuparse de él, sino para darle el galardon ofrecido, al menos para emplear su capacidad en otra comision de igual naturaleza. Pasando al navío *San Pedro Alcántara*, cuyo mando le fué conferido, debia dar la vela con el *San Ildefonso* para la Habana y Veracruz, tambien en busca de caudales.

No sabemos por qué fatalidad, á pesar de la admiracion y general aplauso con que aquel viaje y feliz arribo se supo en toda España y fué celebrado en la corte y por todos los marinos inteligentes, no llegó á obtener este insigne capitan el ascenso y adelanto en su carrera tan solemnemente ofrecidos; ejemplo, por desgracia, harto frecuente, que nos confirma en la persuasion de que no basta el mérito reconocido, y á veces, ni la misma

voluntad del soberano, para la oportuna y equitativa adjudicacion de los premios, que es uno de los timbres que realzan la recta administracion de justicia.

Dejemos, pues, por ahora, á este insigne marino á quien volveremos á encontrar en el curso de esta historia, sino mucho mas medrado en su carrera, al menos adquiriendo mayores títulos para una gloria mas alta é inmarcesible.

Tambien dejaremos descansar á nuestro jóven Hernando de su primera campaña en aquella capital de departamento, donde le esperan incidentes y acontecimientos mas vivos, dramáticos y gloriosos, que los que habia esperimentado en este primer período de su vida marítima.



# CAPITULO XX.

Situacion y movimientos de nuestras fuerzas navales.—Escuadra de Obregon y de Melgarejo.—Escuadra de Aristizábal.—La escuadra combinada.—Bruix y Mazarredo.—La marina española vindicada por los hechos y el testimonio de sus émulos y acusadores.—El marqués de Spínola y su escuadra en Palermo.—La corte de Nápoles en 1799.—Noble conducta y entereza de los marinos españoles en aquel puerto neutral.

> En guerra y en política la ocasion es calva: difícilmente vuelve á presentarse una vez malograda.
>
> La guerra no se compone sino de cosas y casos accidentales é inopinados; por lo que todo gefe, bien que obligado á atenerse á principios generales, no debe nunca perder de vista todo cuanto puede proporcionarle la ventaja de aprovecharse de las coyunturas é incidentes casuales y del momento.
>
> *Pensamientos, juicios y opiniones de Napoleon.*

El órden y claridad de nuestra história exigen que espliquemos aquí la posicion y movimientos de las fuerzas navales de las naciones marítimas beligerantes del lado acá del Báltico, en la época á que hemos llegado de nuestra narracion. Ya digimos cuál era á fines del año de 1798 la posicion de la escuadra de Nelson en el Mediterráneo, y cómo el almirante Jervis, conde de San Vicente, sostenia con la suya de observacion grandes cruceros en el Mediodia, en tanto que otras fuerzas considerables, al mando de gefes escogidos, perseguian en todos los mares nuestro comercio. El principal objeto de la vigilancia inglesa era impedir, sobre todo, la union de las fuerzas francesas, surtas en

Brest y Tolon, entre sí y con las españolas detenidas en Cádiz y los demas departamentos de la Península.

Acercándonos á la época activa de aquella guerra (apenas interrumpida por un vano é ilusorio tratado de paz de corta duracion), tan fecunda en hechos grandes y dignos de memoria, vamos á dar á conocer los que, ligados con nuestra historia y como incidentes de la lucha general entre las primeras naciones de Europa, nos conciernen, presentando al mismo tiempo el retrato fiel de los hombres mas notables que en ellos figuraron.

Preciso es confesar que si nuestra nacion concurrió con su acostumbrada generosidad; si respondió al llamamiento de la Francia, que invocaba el artificioso y poco recíproco *pacto de familia*, sosteniendo aquella guerra con la sangre de sus hijos y sus tesoros, hizo en cambio un papel harto sumiso y secundario en cuanto á la direccion de las operaciones. La marina española fué, á pesar del pomposo y halagador dictado de *fieles aliados*, de *valerosos amigos*, dado á sus individuos, un mero satélite, una sierva sometida á su voluntad y capricho, siempre dispuesta á acudir y sacrificarse allí donde le designaban los poco diestros caudillos de aquellas mal preparadas espediciones. Los hechos irán demostrando esta verdad.

Mas prescindiendo ahora del lugar que debiamos ocupar en las deliberaciones del supremo consejo directivo de una guerra, que comprometia á la par nuestro bien presente y futuro, la seguridad de nuestras colonias y nuestra propia independencia, deberemos reconocer que el pensamiento que á aquellas presidia y el plan adoptado eran escelentes, pero que tuvieron malos ejecutores. El genio superior que desde los primeros escalones de la carrera militar llegó á regir los destinos de la Francia, concibió ciertamente el modo mas seguro de contener el espíritu dominante y el sistema esclusivo de la Gran-Bretaña; y el plan cuya ejecucion encomendó, luego que estuvo en el poder, á sus generales, científicamente considerado y en el terreno mismo de la práctica, nada ofrecia que no pudiese realizarse con las fuerzas

bien combinadas y dirigidas de que la Francia y la España disponian en aquella época.

Esto es sabido; pero se ignoran, por lo general, las causas que hicieron malograr aquellas grandes concepciones. Algunos escritores franceses, en sus momentos de equidad, atribuyen el mal éxito á la poca habilidad ó á la irresolucion de los generales que dirigian con mando absoluto las fuerzas navales de ambas naciones, si bien no faltan algunos que, incurriendo en notables contradicciones, señalan como culpables en aquellas faltas á los marinos españoles. Descuella entre estos Mr. Thiers quien, llevado de una ciega parcialidad, há osado imputarles hechos de odioso carácter que jamás existieron: desliz inconcebible en un hombre público, en un escritor de tan alta celebridad; increible desafuero contra la verdad histórica, de que tuvimos la gloria de convencerlo los primeros, con irrecusables argumentos y el testimonio de los mas acreditados y competentes escritores marinos de su propia nacion (1).

Sometido el plan de operaciones para aquella guerra al directorio francés, nuestras escuadras se aprestaban, segun sus prescripciones, en los departamentos, disponiéndose para la proyectada combinacion, sin que el gabinete de Madrid se atreviese á determinar por sí ninguna operacion de importancia conveniente á sus intereses, como lo hubiera sido el destinar una parte, al menos, de sus fuerzas á contener las incesantes correrías de los enemigos por nuestras costas de América, protegiendo á la par nuestro desvalido comercio. Solo á favor de coyunturas diestra y animosamente aprovechadas, y procurando eludir en lo posible el encuentro con los enemigos, solia verificarse la salida de algunos navíos y fragatas en busca de caudales, ó conduciendo tropas y otros efectos de gran necesidad en nuestras colonias.

De este modo fué como se habilitó una pequeña escuadra en

(1) Véanse las notas.

Ferrol al mando del gefe de escuadra D. Pedro Obregon, compuesta de los navíos *San Fernando*, *Monarca*, *San Agustin*, *San Pedro Alcántara*, y las fragatas *Brígida* y *Paz*, que dió la vela en 4 de enero de 1799, conduciendo tropas, artillería y municiones, con otros pertrechos de guerra para las islas Canarias, la cual llenó breve y cumplidamente su objeto.

Rehabilitada esta escuadra y constando de los navíos *Real Cárlos*, de 120 cañones, donde arbolaba su insignia el nuevo general gefe de escuadra D. Francisco Melgarejo; del *Argonauta* de 80; *San Agustin*, de 74; *Monarca*, de id.; *Castilla*, de 60, y la fragata *Paz*, de 40, dió la vela de la misma ria del Ferrol en 28 de mayo para emprender nuevas operaciones. El gobierno español, siempre dócil á las exigencias del directorio, previno á su escuadra que se dirigiera á Brest. La derrota que siguió su general por avisos que tuvo de que los enemigos en fuerza superior cruzaban á las inmediaciones, y la violencia de los vientos, le obligaron á tomar puerto en Rochefort, donde llegó á principios de junio; incidente que vino á hacer mas difícil la proyectada reunion, pues aquella corta escuadra se vió bloqueada constantemente por fuerzas superiores enemigas, y aun atacada y bombardeada en el mismo puerto, donde sostuvo y rechazó bizarramente las vigorosas tentativas de los ingleses.

Aquí haremos ya notar el fatal efecto de una disposicion emanada de un gobierno estrangero, dictada sin concierto y sin el conocimiento inmediato de las circunstancias y posicion del enemigo, por la que una de nuestras escuadras, imposibilitada por mucho tiempo de prestar servicio, estuvo á riesgo de ser totalmente aniquilada.

Otra escuadra española operaba al mismo tiempo en el mar de nuestras Antillas, mandada por el gefe de escuadra don Gabriel de Aristizabal, compuesta de los navíos *San Eugenio*, de 80 cañones; *San Lorenzo* y el *Angel*, ambos de 74; del *Asia*, *San Ramon* y *San Leandro*, los tres de 64, y de las fragatas *Tetis* y *Perpétua*, de 34; de la corbeta *Diligencia*, de

20, y del bergantin *Galgo*, de 18. Tal era el cuerpo reunido de aquella escuadra, que contaba ademas destacados en diferentes comisiones las fragatas de 40 la *Sirena* y la *Minerva* y dos bergantines. Otras fragatas, corbetas y bergantines, con varias embarcaciones de menor porte, se hallaban diseminadas á largas distancias, como en Puerto-Cabello, Buenos-Aires y Lima, á las órdenes de los vireyes, con el fin de conservar las comunicaciones, proteger convoyes y operar con tan escasos medios, segun la necesidad, en aquellas remotas y casi abandonadas regiones.

Y, finalmente, para completar esta noticia antes de ocuparnos de la gran escuadra de operaciones, diremos, á fin de que se pueda formar una idea aproximada de nuestras fuerzas navales á la conclusion del último siglo y principios del presente, que en Palermo se hallaba á la sazon otra division al mando del marqués de Spínola, compuesta de dos navíos y dos fragatas, encargada de una comision especial, en cuyo puerto neutral sufrió no pocos vejámenes y violencias de parte de aquel débil gobierno, sometido á la influencia inglesa, que dieron ocasion á un serio conflicto, en que el pabellon nacional fué respetado, quedando en el mas alto lugar y predicamento para con todos, el pundonor y firmeza de carácter de nuestros marinos.

Hecha ya esta breve reseña de nuestras fuerzas de mar y de sus principales movimientos, vamos á ocuparnos de la gran escuadra, que vino á ser la protagonista de aquel desafortunado y memorable drama marítimo.

La escuadra que al mando de Mazarredo se hallaba surta en la bahía de Cádiz, y cuyo orígen y sucesos conocen ya nuestros lectores, constituia el cuerpo fuerte de nuestras fuerzas navales, y á ella debian unirse todas las demas para concurrir con las francesas al gran movimiento estratégico. El dia 10 de mayo de 1799 recibió Mazarredo el primer anuncio, por la via marítima, del movimiento de la escuadra de los aliados, que al mando del almirante Bruix debia incorporársele. Supo esta noticia por

el navío francés el *Censor*, que logró tomar el puerto de Cádiz, no sin haberse empeñado en los bajos de Sanlúcar y de Chipiona, de los que pudo salir á favor de los auxilios que se le prestaron. Dijo el comandante de este navío que habia salido de Brest el 27 de abril próximo anterior, con la escuadra de que era parte, compuesta de 25 navíos y 4 fragatas; pero que obligado á arribar al puerto por las averías que tuvo, reparadas estas, volvió á salir á las veinte y cuatro horas, y que entonces descubrió una escuadra inglesa de 14 navíos que cruzaba por aquellos mares.

Corroboráronse las noticias dadas por el *Censor* con las que se recibieron procedentes de Gibraltar, desde cuyo monte se habia visto, en efecto, la escuadra francesa dirigiéndose para Levante. La escuadra bloqueadora habia ya desaparecido delante de Cádiz desde el dia 10: sin duda el vice-almirante Bridport que la mandaba, creyó que en tales circunstancias debia por precaucion dirigirse á Gibraltar, para recibir órdenes del almirante, conde de San Vicente.

Es sobremanera incomprensible por qué, siendo el especial y primer intento de aquella campaña la acordada reunion de las escuadras, vino esta á malograrse en los momentos en que hubiera sido mas útil y oportuna, y menos obstáculos materiales se oponian á su logro. Los escritores franceses se guardan bien de detenerse á examinar la singular é inconsecuente conducta de su almirante en esta ocasion; pero nosotros, apoyados en datos y noticias de la mayor autoridad, vamos á poner en evidencia lo que hasta aquí ha permanecido envuelto en el misterio. Justa es la réplica, cuando tan ligeramente se tildan ahora y desfiguran los hechos y la opinion de respetables marinos, sin voz ya para su defensa. Observaremos de paso, para aquellos de nuestros compatriotas que consideran á los ingleses incapaces de errar en sus cálculos y operaciones marítimas, que en aquella misma guerra cometieron sendos errores; y no fué ciertamente el menor el haber abandonado aquel bloqueo, tan largo tiempo y á tanta cos-

ta sostenido, dejando campo libre para la reunion, circunstancia de que, afortunadamente para ellos, no supo el almirante francés aprovecharse.

El prudente y previsor Mazarredo, que ademas de conocer la necesidad de esta reunion estaba preparado á ejecutarla, cumpliendo con las órdenes de su gobierno, recibió en aquellos momentos desde Adra y por la via de Málaga, la notable carta siguiente del almirante Bruix, documento que vé por primera vez la luz pública (1) y que por su importancia histórica vamos á reproducir en su totalidad.

### Carta del almirante Bruix.

"A bordo del navío *Océano*, el 14 floreal, año 7 de la república. Sr. general: Segun lo comunicado al directorio ejecutivo por el caballero de Azara de las intenciones de S. M. C., la escuadra que mandais debe estar pronta á ponerse á la vela.

"En esta persuasion mi gobierno me ha dado órden de conducir la armada de la república delante de Cádiz, para hacerla obrar de concierto con la de S. M. C. contra el enemigo comun, y librar así el primer puerto militar de España del yugo bajo el cual gime tanto tiempo ha. Conocereis, sin duda, cuánto importa al honor y á la prosperidad de la nacion española que no dejeis escapar la ocasion que mi gobierno os ofrece de arrojar al enemigo que bloquea á Cádiz y volver á este interesante puerto su antigua opulencia, y á la marina española la energía que corresponde á un pueblo magnánimo y valeroso.

"Organo del directorio ejecutivo, yo os requiero en su nombre, segun lo convenido entre él y S. M. C., que hagais salir

(1) Este capítulo se ha publicado en su mayor parte, primero en la *Revista Militar*, de que fuimos colaboradores (Tomo XIII, agosto de 1853), y posteriormente en la *Crónica Naval de España*, (Tomo 1.°, junio de 1855.)

inmediatamente, cuando no la totalidad de la armada de vuestro mando, al menos todos aquellos navíos cuyos equipajes podais completar, por un repartimiento igual de la gente esparcida en el todo.

"Aun cuando V. E. no pueda disponer mas que de 10 navíos, que obren de concierto con los 25 que componen la armada de mi mando, conocerá, sin duda, que esta fuerza debe darnos una superioridad decidida sobre el enemigo comun, y que este debe encontrar su tumba á la vista del célebre puerto cuyo anonadamiento meditaba.

"Será el dia mejor de mi vida, señor general, aquel en que, llenando las intenciones de mi gobierno, tenga la doble satisfaccion de haber servidó los intereses de una grande nacion aliada de la república francesa, y combatido á la vista de un general, cuyo nombre es célebre mucho tiempo ha en todas las naciones marítimas de Europa.—Admitid, señor general, las seguridades de mi alta consideracion.—*E. Bruix.*"

La lectura de esta estraña comunicacion oficial da lugar á una larga serie de reflexiones. En primer lugar, observaremos que la carta del almirante Bruix, dejando aparte las fórmulas de cortesía y los elogios personales, tiene todo el carácter de un requerimiento apremiante, como el que se dirige al que, advertido de antemano, se detiene mas de lo justo en el cumplimiento de un deber ó compromiso de honor. Toda operacion militar, marítima ó terrestre de alguna importancia, exige un concierto, al menos un previo aviso del que reasume el mando y la responsabilidad; y como nada de esto precedió á la carta que acabamos de trascribir, esta circunstancia bastaria por sí sola para demostrar, cuando menos, la incoherencia de los propósitos del general francés.

Segun sus palabras, el principal y casi esclusivo objeto de su venida era el librar el puerto de Cádiz del *yugo bajo que gemia tanto tiempo*, y con la union de nuestra escuadra, al menos de 10 navíos de ella, hacer de aquellas aguas *la tumba* de-

la enemiga. Pero Bruix, lejos de procurar verificar la union con las fuerzas españolas, ni avisar al menos de su presencia, pasó muy de ligero sobre la tumba preparada, sin encontrar ni buscar á los ingleses (que por su retirada no hubieran servido de obstáculo á la comunicacion con Mazarredo), tomando la sorprendente resolucion de entrarse con sus solas fuerzas en el Mediterráneo. Marinos muy consumados, observadores de la falta de concierto del gobierno francés para aquella importante combinacion y de los medios puestos en práctica para efectuarla, criticaron entonces *el atropellamiento* de embocar al Mediterráneo sin esperar á proporcionarse una recalada marinera al puerto de Cádiz. Pero lejos de obrar de un modo tan consecuente y asequible, el general francés dió el primer aviso de su presencia desde las aguas de Adra, es decir, cuando ya dejaba interpuesta con tan singular determinacion la escuadra inglesa mandada por Bridport.

Mr. Jurien de la Graviere que, como Mr. Thiers, se ocupa de los movimientos de aquella escuadra, y que no podia ignorar que su principal objeto era su reunion con la española, pasando rápidamente sobre estos sucesos, dice que *Bruix, engañando la vigilancia de lord Bridport, habia franqueado el Estrecho de Gibraltar y remontado al Mediterráneo* (1). Pero es lo cierto que el almirante inglés, lejos de ser *engañado* se habia metido sosegadamente en Gibraltar, dejando el acceso del puerto de Cádiz enteramente libre.

Mazarredo contestó á Bruix con entereza y dignidad, y en su carta se ven traslucir, entre comedidas y urbanas espresiones, algunos de los cargos á que daba lugar la estraña conducta del gefe francés. De ella tomamos lo que conviene á nuestro propósito.

(1) *Guerres maritimes sous la République et l'Empire*, par le cap. de corbette E. Jurien de la Graviere. París 1847.—Tomo I, página 289.

Carta del general Mazarredo.

"..... Veo el objeto de vuestra carta, convendremos en que nuestros sentimientos son uniformes por la gloria de las dos naciones y su causa comun. No son solo 10 navíos los de mi mando que pueden operar; completo 17, que en su número no reconocen fuerza superior, y los tenia enteramente prontos para la combinacion con la armada francesa así que pareciéseis delante de este puerto."

El general español se adelanta cortestemente á paliar ó disculpar la conducta de Bruix.

"Unas circunstancias singulares de temporal á vuestra recalada sobre cabo Espartel, el dia 5 del corriente mayo, os han precisado á embocar el Estrecho y pasar al Mediterráneo, frustrándose la primera operacion importante de destruir la escuadra enemiga de 15 navíos que cruzaba delante de este puerto, y dejarnos en el dominio de los mares.

"Dicha escuadra no ha tenido presuncion de vuestro paso hasta ayer, y lo ha creido por la llegada del *Censor* aquí; á consecuencia se ha dirigido al Estrecho, y al mediodia me llegan las señales de que ha fondeado esta mañana en Gibraltar. Se compone de 15 navíos: los seis de tres puentes, uno de 84 y los demas de 74, á los que en la actualidad podrán unirse otros dos ó tres en Gibraltar.

"No puedo formar un juicio cierto, señor general, de vuestra posicion: si los vientos os han internado mucho en el Mediterráneo, ó habeis podido forzarlos para no alejaros. Sospecho lo primero, porque en otra forma hubiérais sido descubierto de Málaga el dia 6, ó habríais enviado allí un aviso y me habria traido esta noticia el capitan de la corbeta. Sois el mas fuerte, y en vuestro mismo concepto de que yo no pudiese completar mas de 10 navíos, está claro que si vuestra intencion es combinaros, porque no os urja mas otro objeto alguno, despues del

malogro de la reunion antes deseada, estareis haciendo diligencia para verificarla. Si yo supiese esto de positivo, arrostraria en estos momentos hasta la maniobra de entrar en el Mediterráneo; pero seria imprudente emprender tanto á ciegas, y lo que voy á hacer es ponerme á la vela en el momento en que el tiempo me permita la salida, para maniobrar conforme á vuestros avisos, ó á lo que me dictaren cualesquiera nuevas circunstancias: las mas favorables serian las de un viento Levante que os condujese aquí, con vuestra fuerza superior á la del enemigo que media, para luego concertarnos al efecto de una dominacion segura de los mares, aun cuando no lográseis destruir la que hubiese en el camino."

Le dice por dónde le dirige esta respuesta y concluye de este modo:

"Y si conseguimos la felicidad de combinar nuestras fuerzas, me lisonjeo de que una y otra marina coronarán de gloria á nuestras dos naciones. Aceptad, señor general, la estima y consideracion que desea acreditaros en nuestras operaciones.—*José de Mazarredo.*"

Este general, cuya pericia náutica, consumada prudencia y exactitud en el servicio nadie ha puesto jamás en duda, reflexionó sobre la embarazosa y comprometida posicion en que lo dejaba la determinacion del general francés, y sin contar demasiado con la cooperacion y diligencia á que lo invitaba, despues de haber despachado su contestacion triplicada por diferentes conductos á cargo de oficiales de toda confianza, fijó su resolucion, y el dia 14 de mayo dió la vela con su escuadra, arrostrando un riesgo mas que probable para embocar el Mediterráneo en busca de los aliados. La escuadra de Bruix, que despues de haber malogrado el principal objeto se internaba sin plan alguno, seguida por los ingleses, y con mas apariencias de fuga que de una marcha regular y deliberada, se propasaba de Tolon; y es tan cierto que obraba sin objeto, que Mr. de la Graviere, siempre dispuesto á disimular ó atenuar las faltas de los

gefes de la marina de su nacion, ó á darles una esplicacion natural y plausible, dice vagamente, que *se le atribuia el proyecto de ir á Egipto para traerse el ejército francés y á su general Bonaparte.* Pero si la carta de aquel general, que hemos presentado, no bastase para fijar el juicio sobre el verdadero y esencial objeto de su cometido, la vaguedad é indecision de sus operaciones, los hechos que fueron la consecuencia, serian suficientes á probar que no existia la intencion ni el proyecto que indulgentemente le atribuye el historiador francés.

En tanto la escuadra española, abandonada á sí misma, buscaba con leal solicitud por el Mediterráneo á la francesa, y en esta demanda sufrió en los dias 16 y 17 de mayo un espantoso temporal que causó el desarbolo de muchos navíos.

El ilustrado autor de las *Guerras marítimas*, cuyos asertos impugnamos y en quien, no obstante, reconocemos mas rectitud histórica y retentiva al hablar de las cosas de nuestro pais, no se propone menos por eso que Mr. Thiers defender y encomiar á sus marinos, rebajando la importancia y concepto de sus aliados; y á propósito de este incidente, dice:

*Desgraciadamente esta travesía de Cádiz á Cartagena habia bastado para reducir la escuadra española á la impotencia; 11 navíos de los 17 habian sido en parte desarbolados, por un contraste que la escuadra inglesa habia igualmente sufrido sin esperimentar daño alguno* (1).

Estraño es sobremanera que un marino del concepto de Mr. de la Graviere, posponiendo su criterio facultativo al empeño de justificar á todo trance las operaciones del general Bruix, lo haga á espensas de los españoles, tomando ocasion de este desarbolo para deducir una consecuencia tan poco lógica y razonable. El juicio de este ilustrado escritor, atribuyendo el desastre causado por uno de los temporales mas terribles que se han visto

(1) *Guerres maritimes* etc., tomo. I, pág. 290.

de tiempo inmemorial en aquellos mares (1), á la falta de pericia de los españoles, es altamente injusto, y tal deberá parecer á todo marino inteligente. La esperiencia acredita todos los dias cuán insuficientes son las mas veces la prevision y la inteligencia contra los efectos de estos repentinos y espantosos movimientos de la atmósfera; y ni una ni otra cualidad puede decirse que faltasen al vigilante Mazarredo ni á los acreditados jefes ejecutores de sus disposiciones; y añadiremos que el escritor francés se equivoca tambien cuando asegura que no hubo iguales descalabros en algunos de los navíos correspondientes á la escuadra inglesa, constando precisamente lo contrario. Antes bien demuestra la inteligencia y buen concierto en aquella escuadra, la circunstancia de que, en medio del espantoso desórden de los elementos, ni un solo buque dejó de maniobrar como convenia, y toda la escuadra se encontraba ya fondeada en Cartagena el dia 20; es decir, á los tres dias del desarbolo, verificándolo el último el navío de la insignia, montado por Mazarredo. Y pues que nuestros censores acusan á la marina española de impericia, justo será decirles que, gracias á la ilustrada direccion de este general y á la inteligencia y prodigiosa actividad de los ingenieros de marina y la maestranza de aquel arsenal, bastaron 35 *dias* para hacer desaparecer la *impotencia* de nuestra escuadra, segun la calificacion un tanto ligera del escritor francés; presentando este admirable ejemplo de inteligencia y actividad un contraste notable con la confusion, lentitudes y entorpecimiento que mas tarde esperimentó la misma escuadra en Brest, solo para que se le hiciesen algunas reparaciones en su arsenal, siendo aquellos

(1) Un jefe de marina muy respetable por su saber y autoridad, que se hallaba en aquella escuadra, hablando de la enormidad de la causa que produjo aquel descalabro, dice en un documento oficial: "Ha sido el viento mas recio que yo he visto, y la mar la mas horrenda y peligrosa, pues conté en 22 segundos de tiempo, hasta siete golpes, cosa que jamás me imaginé fuese posible, etc."

de tal naturaleza que hicieron desesperar hasta al mismo almirante Bruix, cuyas vehementes reclamaciones fueron vanas para vencerlos.

Despues de haber paseado este general sin objeto determinado su escuadra por el Mediterráneo, se presentó, al fin, delante de Cartagena, donde tomó puerto; y el dia 24 de junio, ejerciendo ya el mando supremo sobre ambas armadas, decia en una pomposa proclama á los suyos:

## LIBERTAD.—IGUALDAD.

### EN NOMBRE DE LA REPÚBLICA FRANCESA.

En la rada de Cartagena, á bordo del navío almirante el *Océano*, á 4 messidor, año VII de la República francesa.

Eustaquio Bruix, almirante comandante de las fuerzas navales.

"¡Franceses republicanos! Reunidos en fin á nuestros fieles aliados, vamos muy pronto á castigar la pérfida Inglaterra y á vengar la Europa entera oprimida por ella: por mas convencido que yo esté de los sentimientos que habeis profesado á nuestros valerosos amigos, yo creo deber convidaros á probarles por todos los medios que teneis á la mano, toda la sinceridad de estos sentimientos. Pensad que es interés de vuestra patria y de vuestro honor el dar á una nacion que nos estima la mas alta opinion de nosotros; esta palabra debe bastar á los franceses. No olvideis, sobre todo, que venis á un pueblo leal, generoso y nuestro fiel aliado. Respetad sus costumbres, sus usos, su religion, y que todo, en fin, sea sagrado para vosotros: pensad que el separaros lo mas mínimo de lo que yo os prescribo en este momento, seria un crímen á los ojos de la República, y yo estoy aquí para castigarle. Pero creo, bien por el contrario, que me causareis la dulce satisfaccion de solo tener que hacer elogios de vuestra

conducta, y estad persuadidos de que esta será mi mas dulce recompensa.—*E. Bruix.*"

¿No le parece al lector estar viendo la alocucion de un caudillo católico que, lleno de prevision y prudencia al visitar como huésped y aliado un pueblo idólatra y supersticioso, encomienda á sus subordinados que, respetando *su religion*, hagan esfuerzos de moderacion y disimulo para no provocar su resentimiento? Por lo demás, se advierte de un modo claro que el almirante francés no estaba muy seguro de la docilidad y tolerancia de sus equipajes, segun lo que encarece en su proclama el mérito de las virtudes difíciles cuya observancia les prescribe.

Mazarredo, que tantos motivos tenia para estar quejoso de la imprevision é inconsecuencia del general francés, en todo lo concerniente á la combinacion de sus respectivas escuadras; que habia arrostrado por su causa, y solo con la suya, todos los peligros de su situacion; atento únicamente á cumplir las órdenes de su soberano, y dominado del leal deseo de cooperar al buen éxito de aquella campaña, dirigió por su parte esta simple alocucion á la escuadra de su mando:

"Una gran causa dicta combinar las fuerzas navales del rey nuestro señor con las de la república francesa. Esta alianza natural, esta feliz alianza es el solo freno que puede tener el inveterado intento de la Inglaterra de esclavizar los mares, y ningun otro el medio, que el de que sus marinas se desplieguen como corresponde á la dignidad de dos grandes naciones. El principio de la buena combinacion, que es la fraternidad y recíproca estimacion, está tan radicado en los españoles y franceses, como se ha acreditado en otras ocasiones, con especialidad en la guerra de 1779 á 1783, y así escuso encargar su observancia en la armada de mi mando. Pero para asegurarla debo recomendar la mas exacta disciplina de los equipajes. Y mi confianza en los dignos generales mis subalternos, comandantes y oficiales de los bajeles, y en el respeto y bizarría del soldado y marinero, me

anuncia con íntima complacencia los gloriosos efectos de la combinacion.—Navío *Purísima Concepcion*, en Cartagena, á 24 de junio de 1799.—*Mazarredo*."

Este lenguaje, sencillo pero enérgico, da á conocer el espíritu que animaba á nuestra escuadra, su disciplina y su decision, nunca desmentida, á observar la mejor armonía con los aliados, cooperando animosamente al objeto y bien comun.

Lord Keitk, que habia seguido con su escuadra los pasos inciertos del almirante francés, se hallaba á pocas leguas de su retaguardia, cuando *tres* avisos que sucesivamente recibió del lord conde de San Vicente, enfermo á la sazon en Mahon, le obligaron á retroceder hasta el cabo de San Sebastian. Mal informado el conde de la posicion de Bruix, no pensaba mas que en evitar la union de las escuadras; pero el movimiento retrógrado que prescribió al almirante Keitk no solo la favorecia, sino que quitaba al general francés todo pretesto de retardarla. Así, cuando el dia 22 de junio se presentó la escuadra inglesa en su seguimiento delante de Tolon, ya la reunion estaba, aunque tarde, consumada, y á una respetable distancia de los que tanto trabajaban por impedirla.

Respecto de las operaciones que se siguieron vamos á dejar hablar al mismo Mr. de la Graviere, porque sus palabras, aunque breves, descubren claramente el pensamiento de nuestros aliados respecto de aquella tan anhelada combinacion, y nos dan al mismo tiempo la clave de la posterior conducta del gobierno francés para con su *fiel aliada* la España.

"Bruix, dice, no quiso conducir esta doble armada al combate. Habia logrado su objeto: habia socorrido á Moreau; nada le quedaba que hacer mas que volver al Océano é ir á guarecer en Brest la escuadra española, nuevo gaje de una alianza poco segura *(ebranlée)*, pacífico trofeo de esta importante campaña (1)."

(1) *Guerres maritimes*, tomo I, pág. 292.

Esto se ha escrito con la pluma de la historia á la faz del mundo; pero lo que es mas admirable aun, el suceso que por primera vez se confiesa con cierto tono sarcástico, por un escritor francés de crédito, ha pasado realmente á vista y paciencia de la nacion, *amiga generosa y fiel aliada;* la que desatendiendo, abandonando sus principales y mas inmediatos intereses (1), prodigaba sus tesoros y la sangre de sus hijos, por ser fiel á un pacto de alianza dictado por el egoismo y correspondido, al fin, con la mas negra ingratitud y alevosía que vieron los siglos!

Hacemos, no obstante, á Mr. de la Graviere la justicia de creer que si hubiese conocido el importante documento histórico que insertamos al principio (pues tal es el carácter de la carta del general Bruix á Mazarredo), á pesar de la verdad que encierra el párrafo que acabamos de trascribir, se hubiera abstenido de escribirlo. Hay secretos en la diplomacia que vienen de muy antiguo cohonestándose con la plausible razon de Estado; pero que en la region, no tan elevada y nebulosa, donde impera sin restricciones ni subterfugios la simple y sana moral, ningun hombre se atreveria á confesar sin ruborizarse. Por nuestra parte creeríamos debilitar el efecto que la aproximacion y cotejo de estas dos declaraciones debe producir en nuestros lectores, si nos detuviésemos á hacer nuevos comentarios sobre un hecho tan grave, y de que no dudamos se ocupará la *Historia de nuestra marina*, si esta historia llega por fortuna á publicarse.

Tan solo observaremos, para corroborar cuán fútiles y sin resultado fueron las operaciones que el historiador francés se esfuerza en presentar como actos premeditados, que si el intento de la Francia hubiera sido auxiliar tambien, como supone, al ejército de la república é imponer con su presencia á los ingle-

(1) El gobierno español, que habia resuelto formalmente emprender con el auxilio y cooperacion de su escuadra la reconquista de Menorca, tuvo que renunciar á sus propósitos y preparativos por no poder disponer de ella.

ses en el Mediterráneo, no habria sido tan mal calculada, efímera é insignificante su presencia en un mar donde siempre y sin estorbo campeó el enemigo comun; ni el directorio francés hubiera equipado 25 navíos únicamente para favorecer el desembarco de 1,000 hombres y socorrer el ejército de Moreau con algunos víveres, para abandonar instantáneamente aquellas riberas.

Mr. Thiers, cuyos escrúpulos como historiador conocen ya los españoles, hablando de estos mismos movimientos, despues de decir con admirable seguridad "que Bruix habia hecho levantar el bloqueo que sufria la escuadra española y contaba con 50 navíos en el Mediterráneo, con el objeto de librar este mar de los ingleses y restablecer las comunicaciones con el ejército de Egipto", añade gravemente estas palabras: "Hízose aquella reunion tan deseada que podia restablecer nuestra preponderancia en los mares de Levante, y se hallaba Bruix en aquel momento delante de Génova, cuya circunstancia dió mucho consuelo á nuestro ejército (1)."

Pero el mismo Mr. Thiers desmiente en seguida, y del modo mas terminante, el supuesto plan de Bruix respecto del ejército de Italia, á que da tanta importancia el escritor marino, con estas palabras:

"Decíase que traia víveres, municiones y refuerzos; y aunque no habia nada de eso, se aprovechó Moreau de aquellas voces y las hizo acreditar cuanto pudo, diciendo que la escuadra acababa de desembarcar 20,000 hombres y provisiones considerables, con lo cual se animó el ejército y disminuyó mucho la confianza del enemigo."

El verdadero, el único plan y objeto de aquella campaña, volvemos á decir, fué el que anunciaba y esplica la carta de Bruix, escrita sin duda de conformidad con las recientes ins-

(1) *Historia de la revolucion francesa*, tom. XII, cap. 3.°=San Sebastian, 1841.

trucciones del directorio, esto es: reunir prontamente las dos escuadras y, con esta potente armada, buscar, hostigar al enemigo comun, combatirlo y reducirlo á la impotencia. Pero todo aquel movimiento, aquel alarde marcial, aquellos propósitos y amenazas de castigar *al enemigo comun, haciéndole encontrar su tumba á la vista del célebre puerto cuyo anonadamiento meditaba*, vinieron á parar en una escursion precipitada é infructuosa por el Mediterráneo, sin mas resultado que el de llevarse nuestra escuadra para retenerla en Brest, sin provecho ni utilidades para España, donde permaneció hasta que, concluida la guerra en 1802 por el tratado de Amiens, pudo salir para servir tambien los intereses de nuestros aliados.

Terminaremos este triste episodio de nuestras últimas guerras navales, diciendo: que lord Keitk persiguió con 31 navíos las grandes fuerzas que llevaba en retirada el almirante francés hasta la altura del cabo de Ouessant; de manera, que al cabo de poco mas de dos meses que trascurrieron desde que Bruix embocó precipitadamente el Estrecho, dejándose atrás la escuadra española, regresó con igual precipitacion al Océano, entrando en el puerto de su salida con sus *rehenes*, en 13 de julio del mismo año de 1799.

Mas tarde, y al desenlace de aquel funesto drama, nuestros sufridos y heróicos marinos contestaron anticipadamente á la ingratitud de sus aliados y á las acusaciones infundadas de los escritores que ahora ofenden su memoria, sacrificando sus vidas y sucumbiendo gloriosamente con los restos de nuestra poderosa armada, bajo la direccion de gefes estraños, en las aguas tristemente célebres de Trafalgar.

Pero en tanto que las escuadras españolas de que hemos hablado se hallaban espuestas á todos los lances y vicisitudes de la guerra, habia una division compuesta de dos navíos y dos fragatas en una posicion verdaderamente escepcional, acompañada de grande y constante compromiso. Esta era la del marqués de Spínola que, habiendo salido de Cartagena con destino á Trieste

antes de la declaracion de la guerra, con el objeto de cargar azogues, madera para remos y otros efectos, se vió obligada á refugiarse en el puerto neutral de Palermo; estacionándose en él indefinidamente por hallarse rodeada de superiores fuerzas enemigas, no sin graves perjuicios para el erario, así por lo improductivo de su costoso sostenimiento en pais distante y estrangero, como por el malogro del objeto á que aquel cargamento estaba destinado. Acusábase, no obstante, al marqués de no haber empleado toda la diligencia, todos los medios de que pudo disponer para abreviar los términos y superar los riesgos de aquella campaña; y la maledicencia, siempre dispuesta á guiarse por las apariencias ó atenta á vulgares presunciones, se complacia en atribuir á miras particulares de su propia conveniencia, y aun á ciertos amores que hacian figurar novelescamente, tan sensible y fatal inaccion. La division se puso al fin en movimiento, obedeciendo órdenes terminantes de nuestro gobierno, verificando su salida de Trieste en 29 de marzo de 1798, despues de algunos meses de declarada la guerra, dirigiéndose á Malta, de donde, segun sus instrucciones, debia tomar para darles convoy los buques mercantes que allí hubiese y continuar su navegacion, adquiriendo las noticias convenientes para la seguridad de sus operaciones. La prudencia aconsejaba no hacer detencion, ni aun entrar sin legítima necesidad. Despues de 11 dias de detencion en aquella isla, salió la escuadra para continuar su derrota; pero sabedor el marqués á los dos de la salida por un buque dinamarqués de que sobre las islas Baleares habia buques ingleses, resolvió arribar á Palermo como lo verificó.

Censuróse entónces al marqués de Spínola, por que, ya que se creyese obligado á buscar la seguridad de la escuadra de su cargo, en vista de un probable encuentro con los enemigos, no se resolvió á tomar el puerto de Napoles, cuyas mejores condiciones, la facilidad de los recursos y la mas espedita y facil comunicacion con el gobierno, hubieran proporcionado los medios de asegurar la subsistencia de la escuadra; auxilios que las con-

tingencias de la guerra en un puerto abierto, escaso de todo y sin comercio, se hicieron estremadamente difíciles y casi impracticables.

Prescindiendo de las razones mas ó menos personales que sujerieron al marqués esta resolucion, una vez ya adoptada, no le era fácil la salida y menos el regreso á la Península sin esponer la division á una pérdida casi segura. Nelson con todas sus fuerzas habia fijado en aquellos mares el cèntro de sus operáciones, y su aparicion así en Nápoles como en Palermo era muy frecuente. Fáciles son de inferir los compromisos en que se verian nuestros marinos, alternando, á causa de la neutralidad, con los mismos ingleses en todos los actos públicos y concurrencias en la capital de Sicilia, donde si hasta cierto punto pudieron considerarse bajo la proteccion personal del rey Fernando IV, hermano de Cárlos IV, esta proteccion venia á ser puramente nominal por la antipatía que sin rebozo profesaba la reina á nuestra nacion; en tanto que los ingleses, y muy señaladamente Nelson, gozaban para con ella de grande favor é influjo. La conducta que en tales circunstancias observaron los españoles y su gefe el marqués de Spínola fué loable, dejando siempre á salvo el decoro nacional.

El dia 26 de diciembre de 1798 llegó Fernando IV á la capital de Sicilia con la familia real, conducidos por Nelson y en el navío que montaba este célebre almirante. Los últimos sucesos de Nápoles, donde acababa de triunfar el partido de la revolucion, habian obligado al rey á buscar un refugio en un puerto mas seguro de sus propios estados. La debilidad de este monarca y de su gobierno, el carácter imperioso y dominante de María Carolina, (archiduquesa de Austria), sometida, no obstante, y humillada ante la prepotencia inglesa, despojaron al fin de todo alvedrío y voluntad á aquella corte, convirtiéndola en un instrumento ciego de la política de la Gran Bretaña, y un apostadero inglés, donde los negocios públicos de la paz y de la guerra, aunque en nombre del hijo indolente de Cárlos III, solo tenian

fuerza y valor si obtenian la sancion de aquella entrometida é invasora potencia, ó de sus representantes. Eran estos ostensible y autorizadamente Sir Williams, encargado de negocios cerca del rey Fernando; pero realmente y de hecho su esposa, la célebre lady Hamilton, á quien el severo, el puritano Nelson habia rendido su voluntad, y aun sacrificado su propia conciencia y rectitud.

Enemiga la reina de la revolucion, en vez de conformar su oposicion á las reglas de una política prudente y previsora, adecuada á la posicion y medios de agresion del pais á que habia venido á ser soberana, dejó estallar su odio sin miramientos, confiada en la proteccion de la Inglaterra, haciendo menguado alarde del poder de esta nacion, con aje y menosprecio de sus propias fuerzas. Este proceder lastimaba, sobre todo, á la nobleza, á cuyos individuos prodigaba los dictados de *infames jacobinos*, haciéndolos, muchas veces, perseguir y aprisionar por meras sospechas. El alucinamiento y presuncion de esta corte llegaron hasta el punto de querer entrar en campaña y emprender una guerra de agresion, sin dinero para sostenerla, ni general que poner á su frente. Nelson, fiel á la política de que era órgano y ejecutor, protegia y excitaba á la realizacion de esta provocacion imprudente. La Inglaterra proveyó, no sin protestar sus sacrificios, á estas necesidades. El ejército napolitano, mal organizado y guiado por estrangeros, se desvaneció á poca costa y como el humo ánte las armas de la república; y el rey, con sus restos poseidos de un terror pánico, fué á encerrarse en Nápoles. No tardó la corte en creerse poco segura en aquella capital, y trató de buscar su refugio en Sicilia. Pero aquella fué una huida solapada y clandestina, rodeada de misterios, concertada y dirigida tambien por los ingleses, es decir, por el célebre triunvirato, el *tria juncta in uno*, como se designaban á si mismos Nelson, el embajador (testaferro) y lady Hamilton. Los tesoros de la corona, las joyas, las antigüedades mas preciosas, fueron conducidas bajo la direccion de esta últi-

ma, por un camino subterráneo que desde palacio salia á orillas del mar, desde donde las embarcaciones menores inglesas los trasportaban al navío *Vanguardia*. La conducta del rey, consintiendo en esta estraccion ilegal y rodeada de misterios, ofrece un contraste notable con la que observó su augusto padre Cárlos III al dejar aquel reino para ceñirse la corona de España, quien, segun el respetable autor de quien tomamos algunos de estos pormenores, depositó en el Museo de aquella capital un rico anillo de oro encontrado en Pompeya, diciendo á los que presenciaban este acto de aquel monarca concienzudo: *Yo no puedo llevar lo que es propiedad del Estado*. El mismo Nelson graduó en mas de 225 millones de reales el valor de aquellos objetos.

El pueblo receloso se alborota, se amotina, se entrega á toda clase de excesos, acude á palacio, y allí el rey les habla desde un balcon; les ruega se dispersen, dándoles palabra de no dejar á Nápoles; pero aquella misma noche, bajo la proteccion de Nelson, se evade la familia real. El 23 de diciembre por la noche dió al fin la vela el *Vanguardia*, seguido de otro navío napolitano llamado el *Sámnita*. Al dia siguiente una violenta tempestad, la mas violenta que jamás habia Nelson esperimentado, segun él mismo, asaltó á esta escuadra fugitiva, y el mas jóven de los príncipes napolitanos, atacado de un mal *súbito é inexplicable*, espiró en los brazos de lady Hamilton.

Personas muy enteradas en la historia secreta de aquellos acontecimientos, presentes en la corte de Palermo en aquella época aciaga, atribuyen la muerte de aquel príncipe á un golpe violento que recibió en un balance del navío, durante aquella terrible tempestad. La espedicion concebida y realizada bajo auspicios tan fatales debia producir tristes resultados, siendo causa no solo de tan sensible desgracia, sino tambien del triste fin de un marino ilustre y venerable de la misma nacion, de cuya lamentable historia nos ocuparemos mas adelante.

El 26, pues, de diciembre á las siete de la mañana, llegó la

familia real á Palermo poseida de dolor, y la reina exasperada y abrigando sombríos deseos de venganza. La rápida invasion de las tropas francesas, que acaso con mas calma y una acertada direccion se hubiera contenido, fué el inmediato resultado de la fuga del rey, impulsado de sus terrores y de los malos consejos de sus amigos.

Nelson, llevando su prevision y cuidado por los intereses del reino á un grado y estremo demasiado alto para parecer desinteresado, declaró en una de sus cartas que creia de su deber no dejar tras de sí los navíos napolitanos que podrian caer en manos de los enemigos; y ya se disponia á llevar á cabo aquel acto de su celo *quemándolos*, cuando mediaron las representaciones de los reyes. Sin embargo, Nelson dejó sus instrucciones; y estas fueron cumplidas exactamente y entregados á las llamas, á pocos dias de la fuga, tres navíos, una fragata y algunas corbetas.

En menos de una hora cesó de existir la marina napolitana, y no nos atrevemos á asegurar si la Inglaterra sintió sinceramente estas pérdidas de su protegida. A las quejas de la corte Nelson respondió que sus órdenes habian sido mal comprendidas, y desaprobó la conducta del oficial portugués que las habia ejecutado. La conducta de lord Hood, pocos años antes, en idéntico caso, á su salida de Tolon, hace presumir, segun la política inglesa, que aquella era la suerte inevitable de la escuadra. Nelson se mostró dispuesto á someter la conducta del oficial incendiario á un consejo de guerra; pero la *amable y buena reina* (dice el autor que citamos), quiso intervenir en este desagradable asunto; el culpable volvió á entrar en gracia y Nelson lo perdonó en favor de sus buenas intenciones.

Bajo tales auspicios buscaron nuestras fuerzas navales un refugio en Palermo, y fácil es comprender que fueron un constante objeto de suspicacia para Nelson y los ingleses, cuya voluntad decidia únicamente en el ánimo de la reina y en el consejo. En efecto, la conducta del ministerio napolitano empezó á

ser misteriosa y exigente con los nuestros, que en tan críticas circunstancias se propusieron contemporizar, sin dejar entreveer debilidad ni recelo. No tardó aquel, empero, en poner á prueba la discrecion y el sufrimiento de los españoles. El marqués debió ya temer una violacion respecto de los buques de su mando, observando las intrigas de aquella corte, sometida en un todo á la voluntad de los enemigos. Sospechó que aquel gobierno interceptaba y detenia su correspondencia oficial; y no tardó en mostrarse mas á las claras su osadía, escitada y sostenida secretamente por los ingleses. Por un público decreto se ordenaba á los buques de todas las naciones, sin distincion, depositar su pólvora en los almacenes del gobierno. Desentendióse el jefe español de aquella disposicion; pero comunicándosela el intendente general del puerto Staiti, por conducto del cónsul de nuestra nacion, pues no habia otro representante, aquel respondió que en asunto de tanta importancia deberia entenderse el gobierno directamente con él para poder informar á S. M. de su respuesta. Spínola fué llamado por el príncipe Luzzi, primer ministro de Estado, con quien tuvo una conferencia, y creyó al retirarse que, en vista de sus razones, se desistiría de tan estraña pretension. Pero el general de la plaza Persichelli le envió un capitan de artillería para convenir, sin mas ceremonia, en la hora en que deberia la escuadra española desembarcar su pólvora. El gefe español lo despidió con atencion, haciéndole entender la equivocacion que padecia su general. Spínola creia con fundamento que en todo este manejo se obraba sin conocimiento del rey, quien entre otras razones de decoro y respeto debido á los buques armados de la nacion española en circunstancias de neutralidad, tenia para obrar con deferente circunspeccion la de ser hijo de Cárlos III y hermano de nuestro monarca; pero volvió de su error al recibir del mismo príncipe de Luzzi una órden en la cual se le estrechaba en nombre del rey, sin consideracion ni frases escogidas, á que, sin mas dilacion ni dificultades, se depositase desde luego la pólvora de los navíos y fragatas en Castellamare,

acompañando aquella intimacion con otras espresiones apremiantes y perentorias, que denotaban una firme voluntad de someter á los españoles á aquella degradante exigencia. El marqués contestó, en tan delicada disyuntiva, de acuerdo con su consejo de gefes y con unánime adhesion de todos sus súbditos: "Que esperaba aquella órden directa de S. M., para no dejar duda con la autenticidad á la corte de España de aquella exigencia, que siendo hasta allí estensiva á todas las naciones y buques, se limitaba ya entonces y de un modo tan directo, á los bajeles de guerra del rey de España, su amo." Entre otras sentidas razones, decia al ministro napolitano: "Que no habia ejemplar de que en los dominios de S. M. C. se hubiese pretendido jamas de los buques de guerra de potencias amigas, y mucho menos de los de S. M. S., una demanda igual á aquella sin ser solicitada de los comandantes y sin preceder causales que anunciasen un rompimiento entre las cortes: que estaba muy lejos de creer que un accidente que admiraria á la Europa, pudiese llegar á suceder entre los dos augustos hermanos:.... recordaba la religiosa neutralidad y buena inteligencia que habia seguido y seguia en aquel puerto;.... por lo que la corte de Madrid miraria aquel primer paso como una violacion de las reales armas de S. M., sin haber precedido causa ni fundamento:.... y, por último, que venerando la órden de S. M. S., le era muy sensible, á él, con los demas comandantes de la division, no poder en tales circunstancias darle cumplimiento;....... que de otro modo seria examinada su conducta severamente, y que en tales casos es menos dura la muerte al leal servidor, que el empañar su honor con la mas leve mancha."

Aunque esta firmeza impuso al príncipe de Luzzi, se insistió, no obstante, procurando inducir temores al marqués de que su corte desaprobase su resistencia; pero este contestó en conclusion, insistiendo en las razones que servian de fundamento á su conducta, dejando ver tambien las sospechas á que lo inducia aquel empeño en solicitar su pólvora: "que aquel puerto

prometia poca seguridad con sus fuegos, y *que los ingleses estaban acostumbrados á violar los auspicios bajo los cuales se hallaban acogidas las embarcaciones de guerra de todas las naciones:* que aquella era su resolucion y la de los comandantes, y que por lo tanto, *no saldria un grano de pólvora de sus buques.*"

Al dar cuenta el marqués á la corte de Madrid de este conflicto añadia otras reflexiones con estas palabras, que queremos consignar aquí por su interes histórico. "Infiero, ademas de las noticias secretas que tengo, que el rey *nada sabe*, y que la reina, con su natural antipatía al nombre español, obraba sugerida de los consejos del ex-ministro *Acton*, del embajador inglés y del contralmirante Nelson, que se habian propuesto los medios menos escandalosos para apoderarse sin oposicion de estos buques, en el momento en que supiesen hallarse unida la escuadra española á la francesa, etc."

La entereza de los marinos españoles, burlando las intenciones poco generosas de los ingleses y las arterías de sus dóciles y complacientes amigos, salvaron en aquella ocasion tan espinosa el honor de nuestras armas.

Abrigamos la persuasion de que el juicio erróneo y desventajoso que la mayor parte de los estranjeros, aun los que están dotados de mas sana razon y criterio, abrigan acerca de nuestro carácter, rara vez deja de recibir una justa y ventajosa rectificacion con el contacto y trato social, mediante el cual desaparecen aquellas injustas prevenciones, alimentadas por ruines vulgaridades; sucediendo al desden y menosprecio una alta consideracion y estima, al punto que reconocen esa entereza y noble altivez que constituyen la verdadera índole del carácter español. Debemos, tambien, reconocer que los ingleses, á favor de su mayor retentiva y genial circunspeccion, son los primeros á hacernos esta justicia. La siguiente anécdota, muy poco conocida, ocurrida en aquella misma corte y época, prestará fuerza á nuestro juicio.

En uno de los actos de pública concurrencia y cortesía á que obligaban á los españoles las circunstancias y compromisos de la neutralidad, recibió Nelson la visita y cumplido de sus gefes y oficiales, estando rodeado de su estado mayor y otros gefes y funcionarios británicos. Generalizada la conversacion despues de los primeros cumplidos, queriendo aquel célebre contra-almirante decir algo á los españoles que les fuese lisonjero, tuvo la distraccion de concluir su oracion, probablemente contra su propósito, diciendo: *todo lo que tengo se lo debo á los españoles.* —La alusion era picante y nuestros oficiales se dirigieron miradas de sorpresa y disgusto; pero un guardia-marina menos sufrido se adelantó, diciendo con aplomo y prontitud.—*Es cierto, mi general, y tambien lo que no tiene V. E.* Nelson, no menos sorprendido de la pronta y contundente contestacion del jóven español, clavó en él sus altivos ojos con señales de viva indignacion; pero tuvo suficiente dominio sobre sí mismo, y con tono grave y mesurado le contestó: *Tiene Vd. razon, señor guardia-marina, y tambien lo que no tengo*, repitió haciendo amargo recuerdo de su derrota en Tenerife y la pérdida de su brazo derecho, á impulsos de una bala de cañon disparada en la defensa de aquella plaza, segun ya hemos referido (cap. X).

Diremos aquí en conclusion, con respecto á aquellas fuerzas, que relevado el marqués de Spínola por el gefe de escuadra D. Baltasar Hidalgo de Cisneros, pudo al fin dar la vela de Palermo, y al cabo de pocos dias de navegacion, dar fondo en Cartagena de Levante (1).

(1) En los momentos de salir de Palermo nuestra division, se recibió la noticia de hallarse Nápoles desde el dia 11 (junio) por los realistas; y en seguida salió la escuadra de Nelson en número de 14 navíos con 1500 hombres de tropas y llevando al príncipe heredero, presentándose delante de aquel puerto para auxiliar el movimiento popular; pero arribó por tener noticia de la llegada de Jervis con su escuadra para incorporarse con él. Confirmada la evacuacion de Nápoles por los republicanos, y sabedor de que el cardenal Rufo con las fuerzas calabresas de su mando era dueño de la ciudad, volvió á dar la vela con 15 navíos y tres fragatas.

# CAPÍTULO XXI.

Departamento y arsenal de Ferrol.—Bote al agua de un navío.—El amor hace olvidar á Newton y la atraccion universal.—Aniversario del 23 de agosto de 1800.—Gala y besamanos.—El café de la Marina.

> La grave y solemne operacion de lanzar al agua un navio, es un espectáculo digno de excitar vivamente la general curiosidad; pues muestra de qué manera el hombre, por el poder de las combinaciones de la estática, consigue tener como suspenso y hacer mover á su voluntad un cuerpo cuyas colosales dimensiones parecen desafiar el uso de las mayores fuerzas.
>
> A. S. DE MONTFERRIER.—*Dictionaire universell et raisoneé de la Marine.*

Aunque Hernando tenia nociones exactas de lo que es un arsenal de marina, deseaba visitar los de Ferrol y Cartagena, sobre cuyas peculiares ventajas habia oido hacer grandes elogios. Preciso es confesar que estos elogios eran justos. Nuestros arsenales fueron construidos con mano pródiga, y como convenia tenerlos á una nacion, para quien el Océano debia ser el camino y medio de comunicacion con sus vastos dominios de América y de Asia. En el de Ferrol se advierte no solo un espíritu de grandeza artística, por decirlo así, sino el lujo y la suntuosidad; circunstancias que sorprenden tanto mas á los visitantes, cuanto que aquella misma grandeza forma un singular contraste con la sencillez de la poblacion, de que solo está separado por el muro que lo circunda.

Ferrol no era entonces, por su aspecto una ciudad cual parece convenia ser la capital de un gran departamento marítimo.

La eleccion de aquel punto para puerto y arsenal no fué ciertamente la mas acertada, ó, al menos, la mejor que pudo hacerse, no obstante la seguridad y ciertas ventajas locales de su ria. El puerto de Ferrol ofrece un excelente surgidero y seguro abrigo, con los altos montes que lo guarecen, á numerosas escuadras; pero los buques se encuentran en él por lo comun obligados á permanecer con graves perjuicios, pues su salida á la mar solo puede verificarse á favor del NE., á no efectuarla por medio de penosos remolques, para poder franquearse de su ria, que no tiene menos de una legua de longitud; óbice de gran tamaño en un puerto destinado á ser, en ocasiones, el punto de reunion de las fuerzas navales y el centro de las operaciones que exijan la necesidad ó las vicisitudes de la guerra. Dícese que mediaron para darle la preferencia sobre el de Vigo, poco distante y el mejor de nuestra costa oceánica, ciertas solicitudes y consideraciones privadas. Pero si bien tiene el Ferrol algunas desventajas como puerto de un departamento de marina, que hoy pueden minorarse por el auxilio de los remolcadores de vapor, debemos reconocer que por su situacion en la costa cantábrica, por su buen repartimiento interior, su excelente maestranza y la baratura de los jornales, y no obstante lo lluvioso de su cielo, es el mejor punto para las construcciones navales. Basta para dar testimonio de esta excelencia saber que desde el año de 1730 al de 1830, se han construido en sus astilleros 45 navíos, 40 fragatas, 12 urcas, 7 corbetas, 18 bergantines y 7 goletas, sin contar un número considerable de embarcaciones de menor porte, componiendo un total de 160 buques de guerra; actividad que ha sido seguida de la mas sensible inaccion.

Parece, sin embargo, que la idea de la fundacion de un arsenal en la ria de Ferrol tuvo su verdadero y primitivo orígen despues de la derrota ocasionada por los temporales, mas que por los ingleses, de la famosa escuadra llamada *Invencible*. Las naves que se salvaron de aquella derrota se refugiaron en Lis-

boa y de allí se trasladaron á aquella ria, por la mayor seguridad y abrigo con que brindaba en tales circunstancias; de donde salió á poco otra espedicion para las costas británicas, que fué tambien asaltada de una nueva tempestad.

No siendo á los ingleses fácil penetrar en la ria, desistieron por entonces de hostilizar nuestras fuerzas navales, y este suceso vino á patentizar el partido que podia sacarse de ella, como punto de reunion para nuestras escuadras; pero, ¿debe el gobierno de una nacion marítima pensar solo en la seguridad y defensa de sus bajeles de guerra? Sobrevino luego uno de esos intervalos, tan continuos en nuestra historia, en que no se pensaba en marina, hasta que en 1726, y por órden de Felipe V, se empezó con grande actividad un arsenal en la Graña; y mas tarde se practicaron otras construcciones en la ribera oriental, por ofrecer mayor fondo con otras ventajas. Sobre aquellos útiles y ya costosos trabajos, se emprendieron los que elevaron aquel arsenal á tal grado de bondad y excelencia que pasa, con justa razon, por uno de los mejores de Europa. Debióse este auje y engrandecimiento á la ilustrada proteccion de los reyes Fernando VI y Cárlos III, monarcas de ánimo generoso y prudente, que quisieron tener una marina como convenia á su gloria y á los intereses de la nacion que gobernaban, y que hubiera llegado á ser, no lo dudamos, acaso la primera del orbe, si los hombres grandes y de genio superior que formaban su consejo hubiesen prevalecido, ó podido contrarestar el influjo de los gabinetes estranjeros, siempre recelosos de nuestro engrandecimiento y tan temibles en la paz como en la guerra.

Hernando admiró la solidez y grandiosidad de los edificios, su acertada posicion y repartimiento, y reconoció la oportunidad y exactitud de la siguiente inscripcion que se lee esculpida en una gran lámina metálica, colocada en la parte esterior de una torre que se encuentra junto á la puerta llamada del *Dique*, una de las dos que tiene el arsenal:

*Maximum supremæ artis quid videre volenti*
*præcipuum hic orbis illi sistitur opus;*
*in quo firmiter pelustrantes maria cuncta*
*naves, procinctus classes, atque omnia videt,*
*¡O felix Hispania! admodumque felix:*
*te fauste gubernat, regit tibique sapienter*
*imperat Carolus III*
*Rex inclitus, piisimus augustus*
*quem totus non capit orbis.*

Gustóle la gran capacidad del *almacen general*, la extraordinaria amplitud y buena distribucion de los *obradores*, y sobre todo le admiró el edificio llamado *Sala de armas*, que tiene el aspecto de un palacio por su sólida y pulida arquitectura, sobre cuyo frontispicio se hace notar esta leyenda:

*Rerum, Deus, tenax vigor.*

Sin duda despues de haber admirado aquel suntuoso arsenal, la poblacion, que luego ha recibido notables mejoras y ornamentos, debe parecer al observador mas inferior de lo que realmente es; y si estos progresos no son mayores, procede de las vicisitudes y atrasos que ha sufrido aquel pueblo leal, compuesto esencialmente de marinos.

Hernando, amigo de lo sólido, con mayor instruccion y cada vez mas apasionado á su carrera, se entregó gustoso al estudio, siguiendo el movimiento de vida que animaba entonces al arsenal y el astillero, y de este modo, inquiriendo discretamente, preguntando con noble franqueza y uniendo sus propias observaciones, pudo adquirir suficientes rudimentos relativos á la práctica de la construccion naval y de la maquinaria que la sirve y auxilia; conocimientos de indudable necesidad, y de cuya posesion no puede prescindir el que aspire á ser un buen oficial de marina;

porque el que dirige una nave y regula sus movimientos, debe conocer los elementos de su constitucion para apreciar científica y prácticamente sus cualidades, sus modos y grados de resistencia, ó los vicios de que aquella máquina, sobre todas complicada, ofrece en la práctica de la navegacion, para poder deducir con ilustrado criterio y confianza las mejoras ó alteraciones que convenga introducir en su arboladura, estiva y armamento. Estos conocimientos, inherentes é indispensables á todo buen oficial, son los que, cultivados con mayor esmero á la luz de las ciencias exactas, han producido en nuestra Armada tantos y tan célebres marinos.

En aquellas circunstancias fué cuando queriendo la corte mandar el navío *San Pedro Alcántara* á América en busca de caudales, nombró á Galiano para este encargo, suceso que sintió Hernando en gran manera por el afecto que profesaba á su primer comandante; y él mismo fué trasbordado á poco á la fragata *Mercedes*, perteneciente á la escuadra surta en aquel puerto al mando del general D. Juan Joaquin Moreno, de quien ya hicimos honrosa mencion al referir el combate del cabo de San Vicente, por el bizarro comportamiento con que se distinguió en aquel desgraciado hecho de armas.

Pero en aquel cambio de destino tuvo la satisfaccion de que le acompañasen el respetable D. Celestino, tan digno de su aprecio por su saber y los útiles conocimientos de que le era deudor, y su mas íntimo amigo Federico, compañero de estudios en el colegio, y á quien estaba unido por una perfecta conformidad de gustos é inclinaciones.

La índole de nuestra narracion nos conduce naturalmente y obliga á dar en ella lugar á los sucesos de la vida privada de los principales actores de este drama marítimo, sin que estas ligeras digresiones perjudiquen la marcha historial de los acontecimientos que nos hemos propuesto referir y á que naturalmente se enlazan. Observaremos tambien en este concepto, y con referencia á los dos jóvenes amigos de que nos ocupamos, que si

estos eran estudiosos y escrupulosamente exactos en el cumplimiento de los deberes del servicio; no abrigaban menos por eso un corazon tierno é impresionable, estando dotados de una imaginacion vehemente, con las cualidades necesarias para poder apreciar todo lo grande y lo bello.

Ya en uno de los anteriores capítulos dijimos que el ilustrado intendente, que tan curiosas noticias refirió sobre el antiguo y moderno Méjico, venia acompañado de su familia; pero algo sobrios de palabras, incurrimos entonces en una notable omision, pues hablando de un modo demasiado general y colectivo, no digimos que hacia parte de ella una hija cuyo atractivo y amabilidad habian llamado con mayor fuerza la atencion de aquellos jóvenes que las eruditas y curiosas noticias de su padre sobre el antiguo imperio de Motezuma. Diremos tambien ahora, y para compensar en algun tanto aquella sobriedad, que este sentimiento de admiracion se trocó luego con el trato, durante la campaña, en otro mas tierno y vehemente; en una inclinacion que, si bien permaneció durante el viaje en un estado latente, pues cada uno de ellos, llevado de una generosa abnegacion, estaba resuelto á ocultar y sacrificar su naciente inclinacion en aras de la mas pura amistad, aquel primer afecto del héroe de nuestra historia y de su amigo, no pudo ocultárse á la jóven, objeto de aquel platónico amor y holocausto. Eloisa, (pues para colmo de fatalidad en tan romántica aventura así se llamaba aquella seductora jóven) merecia por su esquisita educacion, no menos que por sus gracias naturales, ser objeto de la general admiracion y simpatía que inspiraba. Terminada la campaña, sorprendióles en tal disposicion de espíritu la inevitable separacion, que tuvo efecto en Santoña, desde cuyo punto se dirigió el intendente con su familia á la Coruña, donde pensaba fijar por algun tiempo su residencia. Verificóse la despedida con grandes protestas de aprecio y gratitud al comandante del *Fulgencio*, por los obsequios de él recibidos, y á la oficialidad, haciendo á todos los mayores ofrecimientos é invitaciones. Aquella

separacion causó una impresion muy honda en el amigo de Hernando, el cual, llevado de un generoso impulso, se propuso sacrificar su naciente inclinacion favoreciendo la de su amigo, á quien veia abatido y afectado sobremanera.

Bajo el dominio de tales sentimientos y aprovechando la cordial y espresa invitacion del intendente, habian concertado ambos jóvenes una visita para despues de su llegada al Ferrol; mas verificada esta, las exigencias del servicio oponian constantemente estorbo á sus intentos. En estas circunstancias, la suerte vino inesperadamente á favorecer de un modo natural los secretos deseos del amante y del amigo, suscitando la ocasion de una entrevista en el mismo departamento.

Es el caso que hallándose á la conclusion los trabajos del navío *Argonauta*, y próximos los dias de la reina de España Doña María Luisa de Borbon, dispusieron las autoridades del departamento que el acto de botar al agua aquel navío, que por sí solo constituia una fiesta naval, se verificase como un solemne obsequio á aquella augusta persona, la víspera de sus dias; esto es, el 24 de agosto (1). Ya la fama de aquella grande faena habia cundido por toda la provincia, y no solo de las ciudades y pueblos inmediatos sino hasta de Santiago, vinieron muchas personas, deseosas de presenciar este grandioso espectáculo. El gefe superior del departamento habia invitado ademas á todas las autoridades, y se proponia tambien solemnizar el inmediato dia de la reina con un suntuoso convite seguido de un sarao. La espectativa de aquella operacion naval y la alegre solemnidad del dia atrajeron innumerables gentes á la capital del departamento. Entre ellas llegaron nuestro intendente y su linda hija, invitados espresamente por aquel gefe superior y por Galiano.

El navío *Argonauta*, última muestra de nuestra escelente y espirante construccion naval, se habia concluido con la solidez é inteligencia que daban á aquella un justo renombre dentro y

(1) Véanse las notas.

fuera de España, sobre una de las primeras gradas situadas en el astillero, llamadas vulgarmente del *Apostolado*; nombre que les fué aplicado por su número y contigüidad, y porque en efecto se colocaron simultáneamente en ellas las quillas de otros tantos navíos que llevaron precisamente los nombres de los doce discípulos escogidos por el Salvador para evangelizar el mundo; pensamiento muy católico, que sin debilitar en nada el prestigio de la fuerza en aquellas potentes máquinas de guerra, halagaba la religiosa inclinacion de los marinos españoles. Aquí observaremos, puesto que estas denominaciones han escitado la crítica y aun los sarcasmos de los estranjeros, que suponiendo como orígen de esta piadosa costumbre una fé sincera, no habia mas motivo para estrañar estos nombres de Dios y de sus santos, invocados como patrones y protectores de nuestros buques, que para celebrar ó adoptar los que con igual intencion daban á los suyos los griegos y los romanos, como *Castor* y *Polux*, *Tétis*, *Neptuno*, *etc.*; y por último, que hay mas razon y buen sentido en esta costumbre que en llamar á una embarcacion *Polifemo*, *Amfitrite* ó *Serpiente del mar*. Hasta ahora han sido el Olimpo, el cielo de los católicos, las virtudes morales, los héroes, ó los nombres de los lugares donde ocurrieron acontecimientos memorables y gloriosos, los que han suministrado denominaciones clásicas, piadosas, significativas ó sonoras á los buques de todas las marinas; y aunque han existido algunos que se han llamado el *Rayo*, el *Tonante*, la *Saeta*, mas ha sido por simbolizar hiperbólicamente la fuerza ó la velocidad, que por querer espresar la presuntuosa idea de la segura destruccion de sus contrarios. Nadie en efecto ha creido que podria llamarse un buque de guerra *El Angel Esterminador*, *El Incendiario*, *la Ira de Dios*, y sin embargo, los ingleses tienen uno, de moderna construccion, cuyo nombre espresa el efecto que anuncian estos nombres terribles: *La Devastacion!* (1)

(1) La marina británica cuenta, en efecto, entre sus buques de guerra un vapor de este nombre con seis piezas de artillería y 145 plazas.

Llegó por fin el dia designado para la gran faena, y desde su mañana apareció la inmensa mole del navío libre y aislada, adornada de flámulas y banderas, y reposando únicamente sobre su *basada* y algunos puntales, esperando á que cortasen las leves ligaduras de cuerda que lo retenian sobre la tierra, para lanzarse sobre el nuevo elemento á que estaba destinado.

Llámase basada la estrecha cama que se forma debajo del buque, terminada su construccion, compuesta de dos madres ó fuertes piezas de madera de gran longitud, denominadas *anguilas*, que se colocan lateralmente sobre la grada, y otras piezas intermedias y trasversales, que pasan perpendicularmente por debajo de la quilla y sirven para que aquellas conserven su posicion, distancia y paralelismo con la misma quilla sin aproximarse ni separarse; y sobre estas anguilas se elevan otras piezas derechas llamadas *columnas*, que apoyan firmemente en el casco del buque ó carena, formando el todo un conjunto y sistema solidísimo, despues de clavadas y aseguradas ingeniosa y fuertemente todas sus piezas, por medio de amarras de cuerdas de gran resistencia. Sobre este aparato insiste con todo su peso el bajel, y sirve para trasportarlo al agua dejándolo luego en ella libre y á flote. Mas para que este insista y gravite únicamente sobre esta cama ó basada, es necesario elevarlo, suspenderlo materialmente, y que desaparezcan sus primitivos apoyos llamados *picaderos*, es decir, los que sostenian su quilla y, su-

Quisiéramos conocer el orígen, el motivo de esta singular denominacion, algo mas sorprendente en su género que la de *Caca-foco*, buque de guerra portugués, que el grave y mesurado Mariyat hace figurar en una de sus novelas marítimas *(Plantom Ship)*. Con el mismo nombre, y en su novela titulada *Mr. Midshipman Easy*, hace aparecer tambien el estimable autor inglés una corbeta de guerra española, lo cual nos permite inferir, por lo incierto y ridículo de tal denominacion, que ambos nombres son de fantasía, á pesar del carácter histórico que forma el fondo de estas producciones. La hipérbole en este caso seria menguada y risible; pero la idea ó intencion que envuelve el nombre de *Devastacion* es, ademas de soberbia, hinchadamente presuntuosa.

cesivamente, todos los miembros y partes de su armazon. Para conseguir este efecto en el navío, se habian preparado y colocado artísticamente la víspera gran número de cuñas muy largas y agudas, llamadas *lenguas*, destinadas á penetrar en sentido perpendicular por una y otra banda por debajo de la quilla. Algunas docenas de vigorosos calafates colocados á las cabezas de estas cuñas, descargaron á la voz y simultáneamente sus mazas ó mandarrias, y retemblando la masa ponderosa del navío y cediendo á aquel irresistible impulso, reiterado con acompasadas percusiones de los obreros, llegó sensiblemente á abandonar sus antiguos apoyos. Admirable efecto de la fuerza de aquella máquina simple, que hizo esclamar en una ocasion semejante á un célebre ingeniero de marina, (observando señales de incredulidad respecto de aquella ascension ó suspension por efecto de la cuña), no menos hiperbólicamente que Arquimedes, al ponderar los efectos de la palanca, aunque con mas verdad que el famoso sabio mecánico de Siracusa: *¡O el navío sube, ó la tierra baja!*

Ya separados ó deshechos los últimos picaderos y templadas las cuñas, el navío, con un ligero crugimiento de sus miembros, sentó suavemente en su basada, quedando preparado para la gran faena. El *Argonàuta*, como digimos, amaneció con esta preparacion, y la multitud de banderas nacionales y las flámulas y gallardetes que vistosamente ondeaban en su popa y proa y en algunos palos de poca alzada elevados perentoriamente sobre su cubierta, llamaban y convidaban al inmenso concurso, que de todas partes y de largas distancias afluia, para encontrarse á la hora de la pleamar, señalada naturalmente para la operacion por la autoridad superior del departamento. Gran número de lanchas y botes, así del arsenal como de la escuadra, se iban acercando y formando en semicírculo delante de la grada del *Argonauta*, prontas á darle el auxilio de sus espías y remolques, para llevarlo á la dársena, en donde despues de su lanzamiento debia permanecer á flote.

A un costado y próximo á la grada se habia levantado un extenso tablado, adornado con banderas y colgaduras, para el comandante general del departamento que presidia el acto, las demas autoridades del mismo y las militares y civiles convidadas, así como para las muchas señoras y personas visibles de la poblacion y forasteras á quienes se hizo tambien igual obsequio.

Franqueada la entrada en el arsenal ó astillero, segun costumbre en tales casos, los concurrentes en número extraordinario inundaron curiosos su recinto y se iban dirigiendo en grandes oleadas á tomar posicion en las inmediaciones de la grada. Una fuerza respetable de infantería de marina la custodiaba y cubria con numerosas centinelas el espacio necesario para las maniobras. Por último, las músicas militares anunciaron la proximidad del acto y sostenian con su armonioso estruendo la animacion de la concurrencia.

En medio de la general alegría y de la natural impaciencia con que todos, fija la vista en el navío, esperaban ansiosos el momento de verlo lanzarse á la mar, cada cual procuraba distraer lo mejor que podia aquellos minutos de espera. Unos miraban alternativamente hácia la grada y otros al tablado de las autoridades, que ya se iba poblando de espectadores y de muchas señoras vistosamente ataviadas. En varios grupos se veian algunos semblantes expresando la complacencia y ese noble orgullo con que los españoles escuchan siempre los relatos honrosos á su pais, en tanto que uno de esos narradores elocuentes é improvisados que se encuentran siempre en las grandes reuniones populares, arrebataba la atencion de sus oyentes, enumerando los muchos navíos y fragatas que habia visto por sus ojos botar al agua; otros suspendian el ánimo de sus atentos vecinos, infundiendo recelos con el relato de los accidentes que habian muchas veces malogrado el bote de las embarcaciones al mar, ya por alguna fatal inadvertencia ó algun obstáculo oculto y maliciosamente preparado, ó por otra causa recóndita y misteriosa, como hechizo, maldicion ó conjuro de algun malqueriente.

A la par de aquella animacion y contento habia tambien quien se entregaba á serias reflexiones sobre nuestra ya decadente marina, cuyo estado distaba, sin embargo, mucho aun del harto poco lisonjero á que ha quedado reducida en años posteriores. Cuando á favor del impulso dado á nuestras construcciones navales se ha interrumpido la deplorable inaccion y silencio que hacia tantos años reinaba en nuestros astilleros, y han vuelto á representarse algunas de esas solemnidades náuticas, no habrán ciertamente faltado, en medio de la general alegría que estos actos excitan, algunos observadores que con mayor motivo se entregasen á tan tristes reflexiones. Aquel mismo espectáculo ha debido sugerirles el recuerdo de nuestro antiguo poder marítimo, de la estension y prosperidad de nuestro comercio, y del respeto con que era considerado el pabellon español en todos los mares. La vista de nuestras desiertas dársenas, de nuestros silenciosos puertos, en otro tiempo, no muy distante, animados con numerosas escuadras, ha debido causarles un acerbo pesar, haciendo un parangon de lo que fué España y del estado á que un cúmulo de causas desastrosas ha reducido á esta noble nacion.

¿Quién, despues de aquel largo silencio, y conociendo solo la época de nuestra decadencia marítima, podria concebir el movimiento, la actividad de esos mismos astilleros y arsenales, cuando excitado nuestro gobierno por la necesidad ó la inminencia del peligro, y alguna vez por el celo de un buen ministro, volvia su atencion hácia el Océano? Entonces se vieron esos grandes armamentos formados como por encanto, y comprendieron nuestros enemigos lo que es capaz de hacer esta nacion cuando es regida por hombres de genio é inteligencia, celosos de la honra y la independencia de su patria.

Aquella fiesta naval recibia un notable realce con la presencia de gran número de marinos de la escuadra surta á la sazon en el puerto, que con sus brillantes uniformes discurrian por las inmediaciones de la grada.

Entre ellos se hallaban Hernando y su amigo, dando treguas á sus pensamientos con la consideracion de aquel gran espectáculo, y examinando científicamente las condiciones del ingenioso aparato que, formando un todo seguro é inseparable en tierra por la ley de la gravedad, debia dividirse al tomar posesion el navío del medio y elemento á que estaba destinado. Consideraban aquella masa enorme y alterosa que, ensanchándose prodigiosamente desde la quilla por ambos costados, parecia amenazar su probable inclinacion ó caida al excitar su descenso, por falta de apoyos laterales; pues el que les ofrecia la basada, que solo medía la tercera parte del ancho ó manga del navío, era aparentemente tan escaso, que tenian que recurrir para disipar sus temores, á su ilustrada fé en las inmutables leyes del equilibrio y las tendencias de los cuerpos graves.

Absortos se hallaban en esta científica contemplacion, cuando el Amor, que se complace en todo género de espectáculos y que, ya sean tristes ó alegres, busca siempre en ellos sus víctimas ó sus favorecidos, quiso ser tambien de la fiesta. El traidor, que se cernia muy contento sobre aquella animada muchedumbre, no tardó en distinguir á la cabeza de la grada á nuestros amigos entregados á sus sabias y elevadas observaciones. Entonces el diosezuelo, que lo mismo se le da á él habérselas con sabios que con gente ignorante y de instintos puramente materiales, dispuso las cosas de manera, que al dirigir maquinalmente los amigos sus miradas al gran palco, donde se movian tantas damas elegantes, distinguieron la seductora figura de Eloisa y sus hermosos ojos negros, dirigidos hácia ellos. Aquella fué una dulce vision para Hernando; mas en su amigo Federico produjo el efecto de una súbita conmocion eléctrica. Olvidando ambos en aquel momento el *Argonauta*, y las sublimes teorías de Newton y sus comentadores, se dirigieron con toda la energía de la juventud y de la voluntad, al palco donde Eloisa se hallaba con su padre, haciendo aquel no fácil trayecto arrollando grupos y excitando murmullos, que cedian á la vista del uniforme

de marina y de su aire resuelto. El Amor se sonrió de su obra y dejó á los amables jóvenes gozar en dulces miradas y coloquios, aquellos fugaces momentos de felicidad, precursores, por lo comun, de grandes soledades y tormentos para el corazon.

Un largo redoble de tambores anunció al bullicioso concurso que iba á tener principio la operacion, y al general murmullo siguió de pronto un absoluto silencio.

La autoridad habia ya ocupado su puesto presidencial: el gefe de ingenieros, bajo cuya direccion se habia construido el bajel, que mandaba y dirigia la maniobra, tomada la venia y acompañado de sus oficiales subalternos, ejecutores de sus órdenes, se colocó á la cabeza y parte superior de la grada, en tanto que estos se distribuian y colocaban en los puestos que les estaban asignados. Al lado del gefe de ingenieros se vió aparecer la autoridad eclesiástica castrense, acompañada de los capellanes de la Armada con sobrepellices y estolas. La religion que preside é imprime su sello en todas nuestras empresas, tomó la iniciativa en este acto importante. Desde aquel puesto bendijo el teniente vicario del departamento el nuevo bajel con el ceremonial prevenido para tales casos por el ritual romano, pidiendo al cielo (en una fervorosa oracion que la iglesia tiene expresamente consagrada para este objeto) sus bendiciones, y una guarda angélica para la custodia y defensa de aquel navío y de todos los que en él navegasen, contra los peligros del mar y sus borrascas (1).

Terminado que fué aquel acto religioso, y colocados ya en sus puestos cuantos debian prestar el auxilio de sus brazos, el comandante de ingenieros, tomada nuevamente la venia de la autoridad superior del departamento, se preparó para dar las voces de mando y ejecucion para la gran faena.

(1) He aqui esta bella y afectuosa oracion en el idioma mismo en que la pronuncia la iglesia:

*Oratio novæ navis.*

Oremus.—Propitiare Domine, supplicationibus nostris et benedic

Verdaderamente era grandioso y digno de considerarse el cuadro que presentaba en aquellos momentos la grada sobre que se elevaba la aislada mole del *Argonauta*, las tranquilas aguas de la ria en que iba á ser lanzado y el inmenso concurso, que mudo y ansioso aguardaba el resultado de aquellas maniobras. Aquel silencio era grave y solemne, como el que precede siempre á las grandes faenas marítimas, aquellas sobre todo en que se espera coger instantáneamente el fruto de largos y laboriosos desvelos: en tales momentos no es dable dominar una penosa emocion, pues aunque se procede con la confianza que inspiran los conocimientos científicos, siempre se recela algo de parte de las contingencias á que no alcanza la humana prevision.

El gefe de ingenieros, en medio del mayor silencio, previo un redoble de tambor, mandó con voces claras y distintas ir quitando las escoras ó puntales que por banda y banda se habian dejado para sostener el navío, lo cual se fué haciendo con igualdad y sucesivamente, comenzando desde la popa, como parte mas inmediata al mar; hecho lo cual, y rezada una *Ave-María*, segun la respetable costumbre erigida en precepto en nuestros arsenales, tesos ya los aparejos de los palancuelos (1), y dispuesta la gente para dar con ellos el primer impulso, se mandaron abatir los contretes que, por la parte de la mar, contenian la basada. En tal estado y sostenido el navío únicamente por sus

navem istam dextera tua sancta et omnes qui in ea vehentur, sicut dignatus es benedicere arcam Noe ambulantem in diluvio: porrige eis Domine dexteram tuam, sicut porregisti beato Pedro ambulanti supra mare; et mite Sanctum Angelum tuum de cœlis, qui liberet et custodiat eam semper á periculis universis, cum omnibus qui in ea erunt: et famulos tuos repulsis adversitatibus, portu semper optabili cursuque tranquillo tuearis transactisque ac recte persectis negotiis omnibus, iterato, tempore ad propia cum omni gaudio revocare digneris. Qui vivis et regnas etc.

(1) Se llaman así unas palancas del primer género, de suficiente longitud, que, colocadas horizontal y esteriormente en sentido perpendicular á la basada, sirven para comunicar á esta el primer impulso, ya á fuerza de brazos ó por medio de yuntas de bueyes.

tres retenidas, formadas por gruesos cabos de jarcia blanca dados á tierra por la proa, dió aquel la solemne voz de *pica retenidas, ala palancuelos!*

Entonces se oyeron los golpes sordos y redoblados que daban con sus afiladas hachas los carpinteros sobre las rígidas trincas, que solas retenian todo el peso del navío, anunciando el momento de la arrancada. Sintióse luego un rechinamiento y crugido formidable: el navío, indeciso al parecer, comenzó por moverse con lentitud; pero pronto se le vió acelerar su marcha, correr y precipitarse en medio del ruido de los tambores, que iban marcando los movimientos, al triple grito de viva el rey, de las aclamaciones y aplausos de la multitud y entre los marciales ecos de la marcha real; y despues de sumergirse profundamente en las aguas, conmoviéndolas de un modo estraordinario con su choque, se le vió surgir y elevarse magestuosamente sobre ellas, ondeando graciosamente las flámulas y banderas que lo engalanaban el dia en que iba á enseñorearse del elemento que habia de ser el teatro de sus servicios, de sus azares y de sus triunfos.

Terminada satisfactoriamente la operacion del lanzamiento, se cruzaron justos parabienes entre los gefes directores de su construccion; y en medio de aquella satisfaccion y alegría no faltó quien insinuase al general del departamento que seria un propio y natural obsequio á las damas que con su presencia habian contribuido al realce de la fiesta, el trasformar el elegante tablado en salon de baile; pero aquel gefe hizo la observacion de que siendo el dia siguiente el de nuestra reina, era el mas propio y adecuado para este festejo, concluyendo con invitar para el que daba con tal objeto en los salones de su casa á las señoras presentes. Aquella invitacion fué acogida con general aplauso y satisfaccion, sobre todo por cierta parte del concurso, en que figuraban con marcada evidencia nuestros amigos, que no se separaron sin la seguridad de que en el siguiente dia, consagrado á la solemnidad real y los placeres, bailarian en el sarao con la bella jóven pasajera del *Fulgencio*; y todos se retiraron

satisfechos y contentos, distinguiéndose en esta grata espectativa la oficialidad de la escuadra que contaba ya con aquel dia de placer y felicidad. Ya veremos como el destino, que se complace bárbaramente en frustrar los mas halagüeños proyectos, las mas dulces esperanzas de los marinos, hizo desvanecer tan seductora espectativa y confianza.

Amaneció, por fin, el célebre dia 25 de agosto de 1800, y la formidable artillería del parque y de la escuadra recordó á los dormidos y descuidados con sus estrepitosos saludos que el sol de aquel dia, destinado al solaz y el contento, asomaba ya por las cumbres de los montes que cierran el horizonte terrestre ferrolano. Hechas en todos los buques de la escuadra las cotidianas faenas de zafarrancho y limpieza, ofrecia aquella con su engalanado y la varia y flameante multitud de sus banderas y gallardetes, un aspecto alegremente marítimo. Contribuian tambien á animar aquel bello cuadro los brillantes uniformes de gala con que la oficialidad, tropa y marinería solemnizaban los dias de su soberana. Era ya muy entrada la mañana cuando los gefes superiores y oficiales, conducidos por los botes de sus respectivos buques, desembarcaban en los muelles del arsenal para dirigirse desde allí al besamanos que debia verificarse á la hora de costumbre en la casa-palacio del comandante general. Llegada aquella, tuvo efecto esta vistosa ceremonia, con asistencia de todas las autoridades militares y civiles de la plaza, animando el solemne acto oficial con sus armoniosos acentos la música de guardias-marinas, colocada próxima al salon de recibo. La concurrencia fué brillante y lucida, como era leal el interes con que todos asistieron á solemnizar aquel dia. Concluida la ceremonia se dispersaron todos en varias direcciones; pero un número considerable de jefes y oficiales de la Armada se dirigieron, huyendo de los ardores del sol meridiano, al *Café de la Marina*, donde se propusieron algunos entregarse á varios juegos y distracciones, y los que estaban convidados á comer con el general. á esperar la hora del festin.

El edificio á donde se dirigian no correspondia, sentimos decirlo, á la idea que ya se habrá formado el lector, tratándose de un establecimiento con tales pretensiones y sin rival, destinado á servir de grato punto de reunion á la multitud de marinos que entonces animaba á aquel departamento. En la calle principal y en el punto mas céntrico y concurrido de la poblacion, se veia sobre el portal de una casa de modesta apariencia, con letras negras y del mas evidente carácter mayúsculo, un rótulo que decia: *Café de la Marina*. Ninguna reconvencion por un lujo desmedido y pretencioso, podia dirigirse al propietario de aquel centro y punto de reunion para la sociedad de los marinos. Con mejor acuerdo, y persuadido de que ni el lujo, ni otro algun aliciente ó causa de repulsion, podian hacer mayor ni menor la concurrencia y el consumo de su establecimiento, y ateniéndose á lo puramente sustancial y proficuo, así extra como intramuros, se habia contentado con el lujo de las palabras. Despues de una entrada asaz modesta, seguian diferentes piezas de varia forma y tamaño, cuyo destino denotaban desde luego las mesas pintadas de color de caoba, arrimadas á las paredes y rodeadas de vetustas sillas de esterilla, concluyendo en una pieza mayor, ocupada por una antigua mesa de billar nivelada la última vez á mediados del siglo XVIII, en que los jugadores, á pesar de su destreza, veian fallar á cada paso la admirable ley dinámica de las incidencias y reflexiones. No habia, á la verdad, muchos cuadros en aquel café destinado á los marinos; pero los que se veian en lo que podia llamarse sala, eran al menos alusivos ó de circunstancias. Distinguíanse estos interpolados con antiguas y respetables cornucopias, y sobresalian entre ellos dos, uno de los cuales representaba el peñon de Gibraltar y las operaciones del sitio, observándose las famosas flotantes; y gracias á la gráfica prevision del dibujante, el observador menos tormentario podia ver, no solo el mortero en el momento de su esplosion, sino, á favor de una línea de puntos bien pronunciados sobre la diafanidad de los cielos, las diversas

parábolas que trazaban los proyectiles. El otro cuadro representaba el navío coloso de nuestra Armada *La Santísima Trinidad*; ese navío de fama popular, digno de su renombre, y que vivirá en la historia, como vive en los recuerdos tradicionales de nuestra gente de mar. El dibujante é iluminador de aquella representacion naval habia escogido para ella, no uno de aquellos dias en que el coloso luchó gloriosamente con los elementos ó con los enemigos, sino un dia de júbilo y bonanza en puerto.

El navío estaba pomposamente engalanado y empavesado. Sus numerosas portas arrizadas, destacándose con vivos y cortantes colores del fondo negro y pajizo de su costado, le daban el aspecto de un inmenso ajedrez, en tanto que un mundo de flámulas, de banderas nacionales y estranjeras, de señas, de cornetas y gallardetes, movidos por el céfiro, ofrecian á la vista y la imaginacion un conjunto mágico, en que los colores del íris y todos los matices de la primavera profusamente repartidos y en perpetua agitacion, presentaban la imágen de un gigantesco ramillete. Tambien se veian en cuadros de menor dimension las sabidas aventuras de Telémaco, en que solo se distinguia de marítimo el soberbio empujon que el sabio y prudente Mentor dió á su enamorado discípulo, arrojándolo al mar desde una alta roca: emblema parlante y de admirable leccion y moralidad para nuestros inflamables marinos, por el cual se les significa que la mar y la fuga es el mejor específico contra los atractivos y encantos de las Eucharis, en que tan fácilmente se dejan prender durante sus terrestres escursiones.

El servicio del café, tambien sentimos decirlo, no era pronto ni esmerado; pero si no se sentia el entrante atropellado, pisado, aturdido, como en esas Babilonias llamadas tambien cafés en Paris, Lóndres ó Madrid, por el bullicio del concurso y la bachillería y petulancia de los sirvientes; si es cierto que no siempre se encontraba café hecho en el Café, ni otros artículos que acostumbran servirse en tales casas, suplian y compensaban bastante estas faltas el indudable buen deseo del amo y

la sinceridad de sus escusas, revestidas siempre de sumisas demostraciones de atencion y respeto.

Tal era, en efecto, aquel célebre Café en los tiempos normales del departamento; pero las circunstancias habian variado notable y ventajosamente su aspecto. La guerra, ese constante azote de la humanidad, no es una calamidad para todo el mundo. Entre otros bienes *relativos*, interrumpe esa improductiva estancacion del dinero, ocioso en las arcas reales: con ella el gobierno solia acordarse de la mar y disponia que se armásen escuadras, y entonces solia tambien haber pagas; la maestranza cobraba corrientes sus quincenas, y renacian la circulacion y el tráfico. Gracias á este benéfico impulso, se advertian notables mejoras en el establecimiento. El número de mozos era de dos y á veces llegaba á tres; el billar habia cambiado su equívoca iluminacion por otra, con que verdaderamente se veia; y se encontraba, por último, todo lo que razonablemente podia exigirse sin impaciencia ni caprichos estemporáneos. En una palabra: el establecimiento se hallaba *en alza*, como decimos ahora en el espresivo lenguaje del moderno positivismo, y la permanencia de la escuadra de Moreno en la época en que nos hallamos de nuestra historia lo habia llevado á su apogeo; circunstancia que se acreditaba con la jocunda faz del propietario, sus apremiantes cortesías y ofrecimientos y la casi ligereza de los mozos de servicio.

Aquel inusitado estruendo, aquella multitud que brillante, contenta y bulliciosa invadia el modesto recinto del *Café de la Marina*, llenaba al mismo tiempo de gozo el cuitado corazon de su dueño. Todas las habitaciones, todas las mesas, fueron ocupadas y asediadas. Cruzábanse las voces en distintos tonos, desde el suplicante al imperativo, pidiendo refrescos, vinos, ponches, ratafias y otras cosas imposibles. Los mozos, aturdidos con tan multiplicadas exigencias, iban y venian desorientados y se atropellaban sobre el mostrador, laboratorio y punto de partida de aquellas desusadas confecciones.

En medio de aquel aparente tumulto se guardaban las consideraciones gerárquicas, tan esenciales y convenientes en la profesion marítima; los oficiales subalternos con los guardia-marinas ocupaban en diferentes grupos las mesas disponibles, en tanto que en la pieza principal se veian muchos tenientes de fragata y de navío y algunos gefes rodeando una gran mesa, colocada en el centro. Aquel grupo representaba, por tanto, la parte seria y circunspecta del departamento y la escuadra; y entre ellos se veia á D. Celestino con algunos de los que componian la antigua dotacion del *Fulgencio*. Veíanse atravesar los mozos, reforzados con otros improvisados, llevando por alto y con mal calculado equilibrio grandes poncheras coronadas de azuladas llamas; oíase el bélico estampido de los tapones, que daban impetuosa salida á la exótica y espumante cerveza y al intruso ó supuesto *Champagne*, en tanto que nuestro Malaga y Jerez, servidos en cristalinas copas, circunvaladas con murallas de bizcochos, escitaban la verbosidad y facundia de la parte mas sesuda y respetable de aquel cónclave marino. Cruzábanse de todas partes los alegres propósitos, oíase el choque de las copas y los bríndis por la reina; y los dichos joviales y las alusiones festivas y oportunas de los decidores y maldicientes provocaban la risa y los aplausos.

La conversacion se iba haciendo mas general y animada en la mesa del centro; hablóse lijeramente de las velas inglesas cuya aparicion anunciaba el parte de la vigía de aquella mañana, cosa comun y frecuente por aquellos mares y que, por lo tanto, ocupó poco la atencion de nuestros marinos: recordóse con este motivo la última y ruidosa victoria conseguida por Nelson sobre la escuadra francesa en la rada de Aboukir, celebrando la mayor parte á este intrépido marino, cuya creciente gloria atraia justamente la admiracion. Nuestros marinos, como imparciales en la cuestion, dividian sus críticas y sus elogios entre la Francia y su rival. Unos alababan la determinacion del almirante Brueys, que deseoso de burlar la superioridad de la tác-

tica y los movimientos de los ingleses, procuró, acoderándose con su escuadra, atraerlos á una lucha en que el valor y el juego de la artillería decidiesen del éxito; en tanto que otros lo acusaban por su increible imprevision y descuido, habiendo dejado entre sus buques acoderados y la costa amplio espacio para ser doblados por aquellos. De aquí se habló de la conquista del Egipto y de la encarnizada rivalidad de los ingleses. Napoleon era para la mayor parte un héroe digno de eterna fama, por el pensamiento de llevar de nuevo la civilizacion por medio de la guerra á la antigua tierra de Cecrops y los Faraones, á la primitiva cuna de las ciencias y las artes. Aquella batalla dada al musulman, al mameluco, á vista de las Pirámides; aquel oportuno recuerdo del *Sol de Austerlitz*, al ver herir sus primeros rayos las cúspides de aquellos monumentos seculares antes de empezar la lucha, entusiasmaban hasta el frenesí á nuestros jóvenes marinos. Otros, menos inflamables, mal habidos con la ambicion del general republicano, celebraban con visos de pasion y vislumbres de anglomanía el triunfo de la Inglaterra.

En medio de esta ya acalorada discusion, un teniente de navío, que se habia batido en el *Pelayo* en el combate del Cabo de San Vicente, se levantó y propuso en alta voz el siguiente brindis:

—¡Brindo por el honor é independencia de nuestra patria, y porque tengamos pronto la ocasion de vengar el menoscabo causado á nuestras armas en el cabo de San Vicente, y hagamos ver á nuestros presuntuosos enemigos que la fatalidad, y nunca la falta de denuedo, puede ser causa entre los españoles de una derrota!

Aquel brindis fué aceptado con alegre entusiasmo, y en medio de las fervorosas aclamaciones y aplausos levantó la voz un oficial que se hallaba en otra de las mesas de la misma sala, diciendo con calor y dignidad:

—Aceptemos, señores, con entera voluntad, la noble y patriótica invitacion de nuestro compañero; y pido que cada cual

de los presentes ponga la mano sobre su corazon, y diga si en su juicio pudieron batirse con mas bizarría los valientes del *San José*, *San Nicolás* y el *Salvador*; y si el mismo Nelson, mandando el *Pelayo*, ayudado de Collingwood y de sus mas intrépidos marinos, hubiera hecho mas, dado mayores pruebas de inteligencia, de arrojo y de heróica generosidad que su ínclito capitan D. Cayetano Valdés, sus valientes oficiales, marinería y leal dotacion!

Un estrepitoso aplauso fué la contestacion que dieron todos los concurrentes del Café, atraidos por la vehemente escitacion del oficial; y los vivas y los brindis sancionaron aquel delicado y justísimo elogio consagrado al célebre capitan del *Pelayo* y sus tripulantes.

Un teniente de navío, alto, seco, calvo y cuyos blancos mechones de pelo caian simétricamente sobre sus orejas, tomando la palabra con autorizado y reposado continente, dijo al silencioso auditorio.

—No es equitativo, ni sienta bien en boca de un marino, el negar la superioridad en los conocimientos de la profesion, la actividad y demas cualidades que sobresalen en Nelson y le han merecido una justa fama; pero su conducta no es siempre la de un héroe. Ese hombre, á quien yo respeto como marino y como un valiente adversario, no merece mis simpatías si considero sus demas cualidades morales, y sobre todo ese hecho escandaloso con que acaba de empañar sus laureles de Aboukir.

Al decir estas palabras, el anciano marino fijó con intencion los ojos en otro oficial de aspecto grave y melancólico, y que parecia no tomar parte en la comun animacion. Aquellas palabras y el sentido tono con que se pronunciaron, escitáron la comun curiosidad: todos dirigieron la vista hácia el oficial interpelado con aquella espresiva mirada; pero este se contentó con hacer un ademan de asentimiento.

Nelson era ya un hombre demasiado célebre en esta época para que dejase de ser frecuente asunto en las conversaciones de

nuestros marinos. Todos hacian justicia á su superioridad; pero aquel orgulloso inglés no era siempre justo y generoso con los españoles, de quienes juzgaba, por lo comun, con harto poca equidad. Su orgullo y presuncion, su fiero desden, tenian algo de ese egoismo y rudeza del salvaje que, por sentirse mas fuerte, mira con insultante desprecio á los demas hombres. Tenia una idea loca de su superioridad como inglés y como marino, y despreciaba á la nacion española, á quien buscaba ocasiones de humillar. Pero la Providencia se encargó de vengar esta absurda antipatía, dándole severas lecciones por la mano de aquellos cuyo valor despreciaba.

Las raras cualidades que constituian su carácter, revelaron desde luego su grande genio y aptitud reformadora, y poco habia tardado el gobierno inglés, con su tacto especial, en reconocer el genio destinado á restaurar la relajada disciplina de la marina británica. Su pericia náutica, su energía y prodigiosa actividad para la guerra naval, la especie de animosidad personal con que la hacia, le presentaron como un hombre aceptable y utilísimo á los intereses de la Gran-Bretaña. Cometió faltas de disciplina y conveniencia que ciertamente no se hubieran disimulado á ningun otro oficial ni gefe; su conducta en la Martinica fué injustificable (1) y ya en ella descubrió que la equidad no constituia siempre el fondo de su carácter. Su valiente comportamiento en el combate del cabo de San Vicente, fué el verdadero principio de sus adelantos y de su fama. Ya desde entonces lo vemos figurar al frente de grandes fuerzas navales, ó dirigiendo por sí los principales movimientos de la guerra, mas como socio que como subalterno de su antiguo gefe Sir John Jervis, ya lord conde de San Vicente. La reciente victoria de Aboukir, de que hablaban nuestros marinos en el café, acababa, sobre todo, de poner el sello á su gloria marítima y militar.

Nelson, á pesar de todo, era una especie de ídolo para mu-

(1) Véanse las notas.

chos de los presentes, entre los que no faltaban algunos de esos anglómanos que en su admiracion llegaban á olvidar, que si es loable hacer justicia al mérito del enemigo y citarlo como modelo, esto debe ser sin desaire ni menoscabo del sentimiento nacional, y solo para escitar una noble emulacion y aspirar á escederle en pro de su pais, en aquellas patrióticas virtudes y cualidades. Algunos de estos anglomanos se pronunciaron en disidencia con las palabras y opinion del último interlocutor, y dieron con su oposicion mayor interés al diálogo y narracion de que vamos á ocuparnos en el siguiente capítulo.

## CAPÍTULO XXII.

### Nelson y Caracciolo: episodio histórico de 1799.—Alarma.

> Las proscripciones de Mario, de Sila, de Tiberio y de la Convencion eran igualadas por el odio de una corte italiana, servida por un populacho fanático y protegida por un héroe inglés sometido á una cortesana.....
>
> La razon y la virtud de Nelson estaban muertas: solo vivia en él su amor.
>
> A. de Lamartine.—*Nelson.*

El oficial que habia fijado la comun atencion de los concurrentes en el *Café de la Marina* al hablarse de las cualidades de Nelson, era uno de aquellos marinos italianos oriundos de casas nobilísimas de Nápoles y Sicilia, que, cuando vino Cárlos III á tomar posesion de la monarquía española, por relaciones de parentesco ó por conveniencia, entraron al servicio de nuestra Armada como los Spínolas, Gravinas, Spadaforas, Capuzzos, Federicis, Malaspinas, etc. Llamábase Fioraboschi, representaba tener como 50 años y su aspecto era grave y comedido. Aquellas miradas y las excitaciones de los mas allegados, le obligaron, en fin, á romper su silencio con estas palabras.

—"Si no temiera, señores, turbar la comun alegría en este dia consagrado á celebrar el aniversario de nuestra cara y excelsa soberana con un triste episodio, yo suministrára pruebas muy recientes, de la crueldad de ese Nelson tan celebrado, y que seria llamado héroe á justo título si esta egregia calificacion, que eleva al hombre sobre las comunes debilidades de su especie,

no supusiese á la par de un valor eminente, el amor á la justicia, la generosidad y la clemencia."

La mayor parte de los presentes tenian noticias aunque inexactas del desastroso fin del príncipe almirante Caracciolo, pariente de aquel oficial; pero ignoraban completamente las circunstancias de la catástrofe; y conociendo que á ella se referian las sentidas palabras del italiano, todos manifestaron vivos deseos de oirlas de su boca.

—"Precisamente, prosiguió diciendo, tengo aquí la carta en que se refieren los mas notables accidentes de este asesinato jurídico, de este escándalo naval, que así puede llamarse, y así lo llamará la historia cuando se ocupe de hecho tan horrible. Pero antes de leerla, conviene diga á Vds. que la voz pública y todas las circunstancias de este suceso, concurren á probar que el suplicio del almirante Caracciolo ha sido un acto de venganza; y de la verdad de este terrible aserto van Vds. á juzgar. Es notorio que debiendo salir el rey el año pasado con la familia real de Nápoles para Palermo, obligado por la proximidad de las tropas de la república, Caracciolo, que era el general de la escuadra napolitana, solicitó el honor de trasportarla; pero los ingleses, verdaderos directores de aquel movimiento y á quienes no convenia aquella interposicion, hicieron que fuese desatendida tan leal y justa solicitud. La familia real, entregada á los ingleses, se embarcó en su escuadra y en el mismo navío de Nelson. Aquella travesía fué sobremanera molesta y borrascosa, y un hijo del rey, de corta edad, quedó muerto por efecto de un golpe ó caida, causada en uno de los terribles balances del navío. La escuadra tardó en llegar á Palermo, donde ya la habia precedido con bastante anticipacion el desairado Caracciolo; lo cual excitó sobremanera la cólera del contra-almirante británico. Aquel principio de resentimiento y rivalidad, sabido de pocos, esplica en mucha parte su ulterior conducta. Esta prevencion personal debió haberle bastado para apartarle de toda participacion en el juicio condenatorio, ya que no fuese bastante

motivo su cualidad de extranjero y de autoridad extraña á las leyes del pais. Parecia que estas razones bastaban á un alma generosa, no solo para no intervenir, sino para interponerse noblemente y arrancar aquel príncipe desgraciado de las garras de sus enemigos. Pero Nelson quiso tomar parte activa y ejecutiva en aquel procedimiento, olvidándose, ademas, de que el almirante napolitano estaba bajo la salvaguardia de una capitulacion; y desentendiéndose de súplicas y de razones, con aje de la nobleza del país, con desdoro de su propia clase y dignidad, entregó aquel infeliz anciano al mas abyecto y degradante de los suplicios, echando una mancha indeleble sobre sí mismo!

"No debo callar que mi desgraciado pariente, lleno de honrosas canas y de leales servicios á su rey, contrahidos en su larga carrera marítima, despues de haber seguido á este en su emigracion con la familia real á Palermo, creyó deber aceptar y seguir la suerte de la mayoría del pueblo napolitano, declarada por la república, aunque sus principios estaban muy lejos de hacerlo un jacobino: así, pues, se vió envuelto en el desgraciado desenlace causado por el menosprecio de la capitulacion acordada en junio.

"He aquí algunos preliminares indispensables sobre su persona, para la inteligencia de la triste carta que voy á leer á Vds. Francisco Caracciolo era, hace poco mas de un año, un anciano septuagenario, que habia servido con distincion en la marina napolitana y mandado bajo el almirante Hotham el navío *Tancredo*. Gozando de la benevolencia de su soberano y de una inmensa popularidad, ascendió en 1798 al empleo de almirante, y era ademas apreciado de muchos capitanes ingleses de la escuadra que estuvo estacionada en Floran. Caracciolo, que habia seguido á la familia real á Palermo con su navío, no dejó la Sicilia para entrar en Nápoles, sino despues de haber obtenido la autorizacion de Fernando IV. Arrastrado despues por los acontecimientos, se vió colocado al frente de las fuerzas navales de la república partenopiana; pero sus principios estaban en completa oposicion con los excesos de la democracia.

"La fama de este ruidoso atentado, aunque alterada por los ingleses, ha cundido por toda Europa; pero la dificultad y retraso en las comunicaciones causadas por la guerra, han impedido el que llegasen á nuestra noticia los verdaderos pormenores. Hondamente afectado por un suceso que por su forma, aun mas que por su esencia y carácter, venia á afrentar á nuestra familia, solicité de ella esplicaciones, por amargas que fuesen, y esta solicitud mia ha producido esta carta en que uno de los mas inmediatos parientes me comunica los terribles incidentes de este drama espantoso: ella contiene una verídica narracion de los hechos, aunque escrita bajo el influjo del dolor y de la mas justa indignacion."

Un grande interés por escuchar su lectura se manifestó en todo el concurso: el oficial italiano sacó de su casaca una cartera y de ella un papel que desdobló lentamente: callaron todos, y empezó vivamente afectado su lectura de este modo:

Nápoles 20 de setiembre de 1799.

Querido. Fioraboschi:

"Deseas saber los pormenores de la horrible desgracia ocurrida á nuestro respetable pariente, desgracia que ha sumido en el dolor y el despecho, no solo á su ilustre familia, sino á toda la nobleza del pais justamente resentida por un abuso tan horrible de la fuerza y de la confianza, y por el mas inaudito desprecio de nuestras leyes y fueros! Tal debe ser la suerte de nuestra desgraciada Italia, que despues de haber asombrado al mundo con su inmenso poder y grandeza, dividida hoy en miserables parcialidades, impotente en su division, sufre el vilipendioso protectorado de esas potencias altaneras que la gobiernan á la par que la desprecian. Prepara tu alma, caro Fioraboschi, para el dolor, la vergüenza y el mas justo despecho.

"Don Francisco Caracciolo, príncipe y almirante de la Armada napolitana, marino septuagenario, bien quisto de la corte y del pueblo; á la vista de esta capital que tanto lo ha honrado, de esa Armada de que fué gefe, por el influjo y voluntad de otro gefe estrangero, de su misma clase, marino como él, ha sido *ahorcado* del penol de una verga, como un vil y despreciable malhechor y aventurero. Lée y horrorízate, y dilo á todo el mundo sin rebozo ni vergüenza; porque lo que hay aquí de ignominioso y humillante no aparecerá en la frente de un anciano marino, solo culpable de un error político, por haber servido á su patria durante un interregno, y estando luego protegido por las mas solemnes y reconocidas estipulaciones; caerá, sí, sobre la de aquellos que tuvieron la ocasion, el deber de ser justos, generosos y compasivos con la ancianidad y la desgracia, y prefirieron escandalizar al mundo con un acto de severidad, bárbaro é inusitado, con demasiados visos de personalidad para no poder pasar como un acto de venganza.

"Desde que fué reconocida y firmada por el cardenal Ruffo la capitulacion en Nápoles, Caracciolo, que sabia lo que eran las guerras civiles, buscó un refugio en las montañas. Se ofreció un precio por su cabeza; un criado vil lo vendió y fué conducido á bordo del navío inglés *Foudroyante* el dia 29 de junio de este año, á las nueve de la mañana. En el alcázar de aquel navío, en la presencia casi del almirante inglés, fué el objeto de los insultos y violencias de los miserables que lo habian arrestado, y de los cuales apenas pudo defenderle la intervencion del capitan Hardy, indignado á vista de aquel indecente ultrage. Fatal fué el momento de su presentacion en la capitana de la escuadra inglesa, que debió ser, por el contrario, su mas sagrado asilo. Nelson se hallaba bajo la influencia de una estrema irritacion nerviosa: sentíase dominado por una pasion funesta, irresistible, y que debia destruir su felicidad doméstica. Algunas causas privadas y contratiempos tenian abatida su alma, y decia á sus amigos en aquellos dias que deseaba el reposo de la tumba. Se

dice que este estado del alma es el preludio de grandes faltas. Desgraciados aquellos á quienes su destino ó mala suerte colocan en tales circunstancias al alcance de esos hombres, cuyos feroces instintos se quieren disculpar con el temperamento ó la pasion; que llenos de poder y autoridad tienen para su alivio y desahogo todos los agravios, todas las torturas del alma y del cuerpo, y hasta la muerte misma!.... Nelson sin oir, sin escuchar su conciencia, quiso que se sometiese el almirante napolitano á un juicio militar y ejecutivo. Un consejo de guerra, presidido por el conde de Thurn, comandante de la fragata napolitana *Minerva*, recibió la órden de reunirse *á bordo del Foudroyante;* y al mediodia, á pocás horas, se habia ya pronunciado una sentencia de muerte contra el infortunado anciano, á quien no pudieron salvar sus cabellos blancos, ni sus gloriosos servicios.

"Imperioso y exigente debió ser el estímulo que obraba sobre Nelson, que no pudo sufrir que su víctima llegase á ver otra aurora. No bien se hubo comunicado la sentencia, cuando dió las órdenes necesárias para su ejecucion *aquella misma tarde!* Los testigos de esta animosidad implacable, mal cohonestada con los pretestos de la política, procurando atenuar en lo posible tan estraña ferocidad, hán tratado de descargar la odiosidad de este inconcebible rencor sobre otras personas é influencias: han hablado de conferencias secretas, celebradas en aquellos momentos y en el mismo navío, entre él, Sir Williams y lady Hamilton.

"El infortunado Caracciolo suplicó dos veces al teniente Parkinson, á cuya guardia estaba confiado, que intercediese por él con Nelson. Solicitó un segundo juicio y pidió que, si su sentencia habia de tener efecto, fuese al menos fusilado. *Soy viejo,* decia el mísero anciano, *no dejo hijos que lloren mi muerte... y ni se me puede suponer un vivo deseo de prolongar una vida que según el curso de la naturaleza, debe terminar bien pronto; pero el suplicio ignominioso á que estoy sentenciado*

*me parece muy horrible.* El desgraciado, que se creia en aquel trance aislado, abandonado de todo el mundo, no consideraba que hay tambien dolor y lágrimas para aquellos que, sin ser hijos, llevan consigo, con los deberes de la consanguinidad, un corazon sensible á la desgracia y la injusticia! Ninguna respuesta obtuvo el teniente Parkinson cuando trasmitió su solicitud al almirante: quiso insistir y aun abogar..... Nelson le escuchaba pálido y silencioso. Por un súbito esfuerzo logró dominar, dicen, su emocion. *Id, señor oficial,* dijo bruscamente, *id, y cumplid con vuestro deber.* Caracciolo creyó en la humanidad de lady Hamilton. ¡Vana esperanza! Lady Hamilton habia cerrado su puerta, y no salió *de su cámara* sino para presenciar, para asistir á los últimos momentos, para considerar la agonía del anciano.

"Ah! La horrible ejecucion iba á tener efecto, como Nelson lo habia ordenado: ninguna esperanza terrestre alentaba ya al respetable almirante, y todos sus pensamientos se volvieron al cielo. Ya sabia las horas que le quedaban de vida, y absorbió su atribulado espíritu en piadosas consideraciones, disponiéndose para la eternidad.

"La fragata *Minerva*, fondeada bajo los fuegos del *Foudroyante*, fué designada como lugar para la ejecucion, y su cubierta presentaba una escena triste y lúgubre sobremanera. Por mas que el prisionero hubiese sido condenado por un consejo de guerra compuesto de oficiales napolitanos, el juicio se habia pronunciado bajo el pabellon inglés, y el interés público se declaraba en favor del condenado. Ninguna causa ó necesidad habia que motivase la estraordinaria precipitacion con que se habia conducido este negocio, pues no existia algun peligro inminente; y aquel acto de justicia hubiera parecido mas equitativo y legal, si se hubiese presentado como el resultado de una deliberacion celebrada en calma, en vez de tener todo el aspecto de un deseo impaciente y de una venganza.

"Un número inmenso de botes y lanchas de toda especie se

hallaba al rededor de la fragata y en las inmediaciones, ocupadas con gentes atraidas por aquel inesperado suceso. Hallábanse á la sazon en la bahía de Nápoles buques de guerra de cuatro distintas naciones. Nelson, que habia llegado poco antes con 17 navíos de línea, encontró muchos buques de su nacion. Una escuadra rusa habia venido del Mar Negro, para obrar tambien de concierto contra los franceses, llevando consigo otra del Gran Señor; presentando así á los ojos del mundo el singular espectáculo de los sectarios de Lutero, las ovejas de la Iglesia griega y los secuaces de Mahoma, reunidos para la defensa de nuestros derechos, de nuestros hogares y de nuestros templos. Á todos estos buques se agregaba una pequeña escuadra de buques napolitanos, componiendo todos una fuerza marítima mezclada bajo cuatro pabellones diferentes, que iba á ser testigo de la escena lúgubre que se preparaba. Como los franceses ocupaban todavía el castillo de San Telmo, que corona las alturas que dominan la ciudad, eran tambien espectadores de aquel suceso. La *Minerva* se hallaba bastante próxima al *Foudroyante*, para que desde su cubierta pudiese observarse todo lo que en ella pasaba y no ocultaba su obra muerta.

"El tiempo estaba caloroso, y la mar y el viento en calma. No se notaba en la fragata signo alguno de vida, y apenas se veian los de la muerte. Podíase, sin embargo, advertir un andaribel pasado por un moton cosido á uno de los penoles de la verga de trinquete, de cuyos cabos ó estremidades uno descendia directamente sobre la cubierta, en tanto que otro, siguiendo á lo largo de la verga, bajaba perpendicularmente hasta aquella, pasando por otro moton. Sobre dos cañones se habia dispuesto un tablado ó plataforma debajo de la verga: disposicion bastante sencilla; pero espresiva y suficiente, y que solo podia verse por los que se hallaban dentro de la fragata.

"Un silencio solemne causado por la consternacion, por el terror que el hecho inspiraba y la espera llena de ansiedad propia de tales momentos, reinaba en aquella multitud de gentes

de toda especie que, en toda clase de embarcaciones, formaban como un vasto circo en torno de la *Minerva;* así como en los buques de guerra, fondeados tambien en su alrededor, se dejaban ver millares de hombres silenciosos, en la misma espera, colocados, repartidos por las jarcias, por los pasamanos, por los botalones, mesas de guarnicion y otros parajes donde les fué permitido colocarse, á pesar de las reglas de policía marítima, á fin de que presenciasen aquella escena.

" Aquel imponente silencio, aquella inaccion terrible, no fué de larga duracion. Una columna de humo se elevó súbitamente á la proa de la *Minerva*, y se vió subir una bandera amarilla oyéndose la detonacion de un cañonazo. Cesaron en aquel momento todas las ocupaciones, todos los deberes ordinarios en los buques de la escuadra: todos los ojos se fijaron en la *Minerva;* todos los corazones palpitaron en una espera angustiosa. Pero (sírvanos esto al menos de consuelo) en ningun semblante se advertia ese sentimiento de aprobacion que por lo comun se manifiesta en los que asisten á la ejecucion de un castigo merecido. Aquel silencio pasivo, bajo el cual se ocultaban el descontento, el disgusto, la censura y la indignacion, era la espresion del respeto á la justicia, el hábito inveterado de la disciplina; pero habia una conviccion general de que se iba á ser testigo de un acto contrario á la misma justicia y á la humanidad. Todos los ojos, dirigidos á la fragata, vieron remover la cuerda fijada en el penol de la verga de trinquete. Viéronse sobresalir poco á á poco muchas cabezas sobre los empalletados; y en este momento se distinguió sobre la plataforma al condenado y al sacerdote que lo acompañaba. El infortunado Caracciolo apareció á vista de todos con sus cabellos blancos, sus setenta años y su aspecto noble y venerable. Estaba en mangas de camisa, con los brazos atados á la espalda por encima de los codos, con lo cual podia mover algun tanto las manos y aun el antebrazo; llevaba el cuello desnudo, y la cuerda, que ya tenia ajustada en él para

prevenir los accidentes, advertia á cada momento al desgraciado su infame destino.

"Un sordo murmullo se elevó de todas partes á este espectáculo, y gran número de cabezas se inclinaron para orar. Aquella muestra y señal de compasion fué un consuelo para el mísero cuyo fin se hallaba tan próximo: miró en torno de sí, y esperimentó un ligero apego ó retorno hácia los pensamientos terrestres, que habia procurado sofocar en su corazon desde que supo que su última demanda, pidiendo conmutacion en el género de muerte, le habia sido rehusada. Aquel era un momento terrible para un hombre como el humillado almirante, que habia pasado su larga vida en medio de las escenas que lo rodeaban. Ilustre por su nacimiento, colmado de los dones de la fortuna, honrado por sus servicios, acostumbrado á la deferencia y el respeto..... Todo aquello que descubria, aquel hermoso cielo, aquella bahía tan animada y pintoresca, todo iba á desaparecer en un momento á sus ojos al impulso de una muerte violenta é ignominiosa. Sus ojos contemplaron aquellos numerosos buques de guerra, y aquella multitud de botes llenos de seres vivientes. Echó una mirada melancólica de reconvencion sobre la bandera que ondeaba en lo alto del palo de mesana del *Foudroyante*, y dirigió otra sobre las cabezas que estaban debajo, y que en su conjunto figuraban un inmenso tapiz de figuras humanas estendido sobre la mar.

—"Hijo mio, le dijo el buen sacerdote, al observar las vagas miradas y adivinando sus pensamientos; debeis en este instante olvidar la tierra y todo sentimiento terrestre.

—"Ya lo sé, padre mio, contestó el anciano con una voz trémula por la emocion y no por el miedo; porque sus sentimientos eran demasiado nobles y sublimes para que su corazon pudiese admitir este sentimiento degradante; pero jamás esta bella obra de la creacion se me apareció tan llena de encanto, tan amable, como en este momento en que la veo por la última vez.

—"Pues mirad mas alto todavía, hijo mio; penetrad las profundidades de una eternidad sin límites, y allí vereis lo que ni todo el poder, ni todos los esfuerzos de los hombres pueden aproximar. Temo que los instantes de que nos dejan disponer sean demasiado cortos. ¿Teneis algo que decirme?

—"Podeis decir, padre mio, que en mis últimos instantes he rogado á Dios por Nelson, y por todos aquellos que han contribuido á conducirme á donde estoy. Es fácil al hombre dichoso, á aquel que no ha esperimentado tentacion alguna, el condenar su semejante.

"En vista de tan piadosas, tan humildes disposiciones, el semblante de aquel digno sacerdote brilló de satisfaccion; porque era un hombre verdaderamente piadoso, á quien el temor de las consecuencias que podian resultar para él mismo, no impedìa hacer lo que consideraba como un deber. Dió gracias á Dios en el secreto de su corazon, y dirigió en seguida al príncipe estas últimas y animadoras palabras.

—"Hijo mio: si dejais esta vida con una firme confianza en los méritos del Hijo de Dios y con tales disposiciones respecto de vuestros semejantes, no habrá nadie en la inmensa multitud que nos rodea, cuya suerte sea mas envidiable que la vuestra. Elevad una última súplica al único Ser á quien ahora debeis recurrir.

"Caracciolo, ayudado por el sacerdote, se arrodilló sobre la plataforma, porque la cuerda que tenia al cuello le permitia, estando floja, cumplir este acto de humildad, y su confesor se puso á orar á su lado.

"Sobre la toldilla del navío *Foudroyante* se veia una dama que mostraba en su aspecto la especie de avidez con que contemplaba esta escena de muerte. Solo tenia á su inmediacion una criada. Los hombres de su íntima sociedad no tenian, sin duda, los nervios bastante fuertes para permanecer á su lado. En aquel instante se oyó un grito general. Los que observaban fijamente en la *Minerva*, vieron los brazos vigorosos de los marineros napolitanos tirar de la cuerda que rodeaba el cuello del infortunado

Caracciolo, que estaba aun de rodillas, y elevarlo al penol de la verga, dejando al sacerdote solo sobre la plataforma, arrodillado todavía y en oracion. Hubo un horrible minuto de lucha entre la vida y la muerte, despues de lo cual, el cuerpo del almirante, tan poco hacia la mansion de un alma inmortal, quedó pasivamente suspendido al estremo de la verga, tan insensible como la pieza de madera que lo sostenia.

"El conde de Thurn, comandante de la *Minerva*, dirigió en seguida al almirante inglés, único poder y autoridad allí visible, el siguiente parte, en que parece se quiere descargar la responsabilidad de tan odiosos detalles sobre aquel á quien tocaba de derecho.

"*Si da parte á sua excellenza, l'ammiraglio lord Nelson, d'essere stata excguita la sentenza di Francesco Caracciolo nella maniera da lui ordinata.*

"El cuerpo del almirante permaneció suspendido á la verga de trinquete de la *Minerva* hasta la puesta del sol. Entonces fué cortada la cuerda que habia puesto fin á sus dias, y su cadáver, considerado indigno de sepultura, fué abandonado en medio del golfo.

"Consumado este acto salvaje, hizo Nelson que se consignase su memoria en el diario de navegacion, entre los acontecimientos marítimos ordinarios, y como pudiera hablarse de una novedad en la atmósfera ó en el aparejo. Hé aquí este pasaje, cuya repugnante frialdad contrasta horriblemente con la intencion y el hecho que consigna.

"Sábado 29 de junio.—Nublado.—El navío portugués *La Rainha* y el bergantin *El Ballon* han fondeado en el puerto.—Se ha celebrado un consejo de guerra.—Ha sido juzgado, condenado y ahorcado Francisco Caracciolo, á bordo de la fragata napolitana la *Minerva* (1)."

"Hé aquí terminada mi triste narracion. No creas, caro

(1) Véanse las notas.

Fioraboschi, que haya tenido yo el horrible valor de presenciar detalles tan espantosos, no: ellos nos han sido trasmitidos por algunos fieles amigos, que quisieron visitarnos en nuestra desolacion y derramar con nosotros lágrimas de despecho y de amargura. Esta es la verdad de los hechos, y tal cual la mostrará la historia impasible, cuando se ocupe de los lamentables sucesos de nuestra patria y de la época que vamos atravesando....."

Absortos, confundidos é indignados estaban cuantos la carta del amigo de Fioraboschi habian oido, así de los adversarios de Nelson, como de sus afectos y apologistas: el oficial italiano habia suspendido un momento su penosa lectura, y un murmullo general de descontento se escuchaba en todos los ámbitos del café, que hubiera sido seguido de largos y acalorados comentarios, si un estraño rumor que se escuchó súbitamente en la calle, no obligase á suspender la conversacion. Hubo un instante de silencio y oyóse claramente batir la generala, tocada por las bandas de tambores, y el estruendo y voces de las gentes que corrian despavoridas en distintas direcciones. En aquel punto se presentó en el café un ayudante de la mayoría general de la escuadra, y dijo en alta voz:

—Señores: los ingleses acaban de desembarcar con fuerzas muy superiores en la playa de Doniños y, segun las apariencias, se dirigen con rapidez á apoderarse de esta plaza, y acaso de nuestra escuadra, creyéndonos, sin duda, desprevenidos para la defensa. Traigo órden del general para que todos los señores gefes, oficiales y guardia-marinas que se hallen en tierra, se restituyan con la mayor prontitud á sus buques respectivos. Las embarcaciones menores, atracadas al muelle, esperan sobre los remos.

Un cañonazo, disparado en aquel momento por el navío general, vino á acreditar las solemnes y perentorias palabras del ayudante. Aquellos marinos, impulsados por un sentimiento unánime de patriotismo, inflamados por el entusiasmo y los estímulos

del honor militar, corrieron precipitadamente á donde el deber los llamaba.

Nosotros vamos á imponer al lector de los movimientos de la escuadra invasora, y de los medios que se emplearon para repeler aquella súbita é inesperada agresion.

# CAPITULO XXIII.

Precocidad diplomática. — Desembarca un ejército inglés en la costa de Galicia, y se dirige á atacar la plaza y el arsenal del Ferrol. — Despues de dos vigorosas acciones, son rechazados los enemigos con pérdida y se reembarcan con precipitacion. — Justa rectificacion histórica en honor de nuestra marina. — Zarpa la escuadra del general Moreno para Cádiz. — Combate de Algeciras. — Sale Moreno en socorro de Linois. — Triste suceso de los navíos *Real Cárlos* y *Hermenegildo*.

..... Las monarquías en el contraste de las armas se mantienen mas firmes y seguras. Vela entonces el cuidado, está vestida del acero la prevencion, enciende la gloria de los corazones, crece el valor con las ocasiones, la emulacion se adelanta y la necesidad comun une los ánimos.....

Saavedra Fajardo. — *Empresas políticas*. - *Empresa* 83

No con solo el número se combate, ni con la gente sin esperiencia se vence.....

Bien ha mostrado la esperiencia en todas ocasiones cuánto prevalezca ordinariamente al número el valor, cuánto el órden á la confusion, y cuánto el pelear con celo de honra...

Bentivoglio. — *Guerra de Flandes*.

Al choque tremendo de entrambos bajeles,
Neptuno se espanta, se esconde Amfitrite,
y Marte su saña suspende y remite.
¡Oh! Nunca los hombres en guerras crueles
se vieron tan bravos la muerte afrontar!

F. A. M. Pereira. — *O bom Marinheiro*.

A fines del último siglo, un viajero inglés, bastante jóven, pero de aspecto grave y altanero, visitaba nuestro arsenal del Ferrol, dignándose manifestar á sus obsequiosos acompañantes y *cicerones* la admiracion que le causaba su bella proporcion, sus magníficas obras hidráulicas y civiles, la grandiosidad de sus obradores y el buen órden de sus trabajos de construccion. Este

viajero, no obstante su corta edad, estaba dotado de un alto discernimiento, y comprendió fácilmente de cuánta ventaja podria ser para España aquel escelente y seguro puerto, con aquel hermoso arsenal; y llevado de ese amor patrio á la inglesa, de ese sentimiento soberanamente esclusivo que caracteriza á los hijos de la soberbia Albion, concibió que seria bueno quemarlo, siquiera en correspondencia de la benévola acogida que recibia de los cándidos españoles; y como viajaba para ilustrarse y adquirir útiles nociones de gobierno y política internacional, hizo sus apuntes en su diario, por si algun dia, como era de esperar, llegaba al poder en su pais. Aquel viajero se llamaba Guillermo Pitt, y era hijo de otro grande hombre llamado lord Chatam, igualmente apasionado de los españoles.

En efecto, el jóven Pitt habia heredado de su padre, ministro de grandes recuerdos para España, la misma implacable prevencion y animosidad contra ella, los mismos proyectos ignÍferos. Ya este, durante su ministerio, habia llamado la atencion del gabinete inglés sobre lo conveniente que seria para disipar recelos el destruir un arsenal marítimo, tan útil por su situacion y sus recursos para la habilitacion de grandes armamentos y espediciones; pero el recuerdo de los motivos que tuvo el conde de Essex, dos siglos antes, para no aventurar una empresa de aquella especie, la hicieron suspender, ó al menos aconsejaron emplazarla para otra ocasion.

Pitt llegó, en efecto, á ser ministro, y un ministro absoluto y consentido como pocos; y aunque es verdad que este célebre hombre de Estado habia dicho, sin duda como resultado de sus estudios y de los conocimientos adquiridos en su viaje por la Península, *que nada suponia la España en declarándole la guerra y enviando algunos navios para que no dejasen venir sus pesos duros;* olvidando que antes del descubrimiento de las Américas y de las minas de Guanaxuato y del Potosí, ya los marinos españoles habian llevado el terror de sus armas á las costas británicas, y aun dentro del mismo Támesis, creyó conveniente

realizar el antiguo proyecto respecto del Ferrol y su arsenal. Cierto es que el leon no era capaz de inspirar recelo á la poderosa Inglaterra; pero no estaba demas el cortarle las uñas.

Una fuerte escuadra, compuesta de doce navíos, dos de ellos de tres puentes, varias fragatas con otros buques de guerra y ochenta y siete trasportes (en todo 108 velas) bajaba del canal de la Mancha á fines de agosto de 1800, á las órdenes del almirante Waren, conduciendo 15,000 hombres de tropas de desembarco mandados por el general Pultney. Esta formidable espedicion era la que estaba destinada á llevar á cabo entre varios planes de agresion, concebidos por el sabio ministro, el de la sorpresa y toma del Ferrol, seguida de la quema de su arsenal y de la escuadra surta en el puerto. Verdad es que los invasores contaban con hallar desprevenidos y con pocos medios de defensa á los españoles, en lo cual, segun veremos, no iban del todo descaminados.

Ya digimos como la vista de aquellos bupues, anunciada el dia 25 de agosto por el vigía del puerto, no habia alarmado, ni aun puesto en cuidado, por ser un acontecimiento frecuente en aquella costa el paso de fuerzas enemigas: en nada, por tanto, se habian alterado las pacíficas y festivas ocupaciones de aquel dia, destinado á celebrar el aniversario de la reina de España. Pero habia un gefe de marina dotado de prevision y prudencia, á quien el parte del vigía habia causado una positiva inquietud.

Parecíale desde luego sospechosa la proximidad de aquellas fuerzas navales; receló que no iban de largo y quisó cerciorarse por su propia observacion. Este celoso marino era el general de la escuadra D. Juan Joaquin Moreno, quien, concluida que fué la ceremonia del besamanos, en cuyo intermedio se recibió un segundo parte que tampoco escitó la atencion, determinó, sin comunicar á nadie sus temores, trasladarse á la vigía de Monte-Ventoso; y á las primeras observaciones que hizo, los vió plenamente confirmados. La cerrazon con que se habia presentado

la mañana habia ya desaparecido, y pudo conocer distintamente, por el número y fuerza de los buques de guerra y de trasporte avistados (1), por su rumbo, distancia y maniobras, que aquella espedicion era hostil contra el departamento.

El cauto general comprendió que no habia momento que perder: constábale el estado indefenso de la plaza, el casi completo abandono de los fuertes y castillos y lo escaso de la guarnicion. Dirigióse inmediatamente al navío general, y despues de haber dado parte y conocimiento de lo que sucedia al comandante general de departamento D. Francisco Melgarejo, y de ordenar que su escuadra se preparase al combate, tomó por sí la determinacion de desembarcar 500 hombres de ella al mando de gefes y oficiales de la misma, para que, tomando tierra en la Graña y trepando por sus alturas, corriesen al encuentro de los enemigos. Aquella resolucion, sin duda insuficiente, podria calificarse tambien de temeraria; pero no habia otra que tomar, y ella salvó la plaza, el arsenal, la escuadra y el honor de nuestras armas. El descuido era, en efecto, tal por nuestra parte que, ademas de la escasísima fuerza de infantería con que aquella contaba en tales momentos, los fuertes y baterías se encontraban en un pésimo estado de defensa. No obstante, así el gefe superior del departamento, como el de los cuerpos volantes destina-

(1) La siguiente noticia que tomamos de un parte dado al gobierno á los pocos dias por la autoridad marítima de Vigo, en cuya ria entró la espedicion, fondeando delante de las islas Cies situadas en su embocadura, podrá dar alguna luz sobre su número y fuerza efectiva: nosotros lo reproducimos literalmente como un dato histórico.

*Número y clase de los buques espedicionarios segun el parte.*

Dos navíos de tres puentes.—Diez de 70 á 80.—Nueve de 50 á 60. Estos conducen tropas y lanchas planas de desembarco.—Dos fragatas de 48.—Seis de 40 á 46.—Seis de 32 á 36.—Cinco corbetas de 22 á 26.—Un bergantin.—Diez balandras.—Una goleta armada de guerra.

El número de buques pasa de 125, etc.

En este parte observamos que se confunden los buques de transporte con los de guerra.

dos á la de aquellas costas, dictaron por su parte con el mayor celo y eficacia las medidas de resistencia que les fué posible en tal estremo. El general Moreno, despues de sus primeras disposiciones, tomó otra no menos importante y necesaria, que fué maniobrar con el fin de separar su escuadra, compuesta de cinco navíos y cuatro fragatas, de las alturas que la dominaban (operacion que quedó hecha en aquella noche), situándola frente del martillo del arsenal, desde la boca de la dársena, prolongándola al Sur de la bahía, haciendo de este modo frente á la boca del puerto; situacion la mas propia para atender á su defensa y la del arsenal.

El enemigo empezó á las cuatro y media su desembarco, sin encontrar oposicion en la playa de Doniños, poniendo en tierra hasta el número de 12,000 hombres, que marcharon sin detenerse á tomar las alturas inmediatas, en tanto que su escuadra continuaba desembarcando provisiones, pertrechos y trenes de artillería.

El áspero camino que desde las alturas de la Graña conduce al punto por donde se presentaron los ingleses, se halla cortado á cada paso por breñas, quebradas y espesos matorrales, y es, de consiguiente, muy á propósito para disponer emboscadas, en que pocas fuerzas, situadas con tino militar y obrando con serenidad y resolucion, pueden contener por algun tiempo, y aun molestar seriamente, á otras muy superiores. Pero ni las circunstancias, ni el ardimiento de nuestros marinos, ni la noble decision de los gefes que los capitaneaban (1), dieron lugar á consultar ó recurrir á otros medios estratégicos que á su valor; y despreciando las ventajas locales del terreno, corrieron con singular arrojo á encontrar al enemigo. Si la determinacion de Moreno fué temeraria, es necesario confesar que tuvo escelentes ejecutores. Aquellos valientes, impulsados de su fogosa intrepidez, siguieron

(1) Estos eran el capitan de navío D. Ramon Topete y los de fragata D. Juan Mesías y D. José Meneses.

á buen paso el único y tortuoso sendero que podian traer los contrarios; y á las seis y media de la tarde dieron con la vanguardia del ejército invasor. Entonces, sin consultar la enorme desigualdad de fuerzas y desplegando toda la suya, segun lo permitia el terreno, la atacaron bizarramente. Aquella impensada y brusca acometida engañó á los ingleses, que creyeron habérselas con fuerzas mayores, sostenidas por otras de refresco, ayudando felizmente á este engaño la oscuridad que ya empezaba á difundirse sobre aquellas sombrías asperezas. El combate se sostuvo con estraordinario ardor, hasta que sobreviniendo la noche, cesó el fuego por una y otra parte.

En este primer encuentro, que contuvo la marcha de los enemigos, murieron el teniente de navío D. Agustin Matute y un capitan del regimiento de Asturias (1), llamado D. Severo Oliver y varios individuos de tropa; y fueron heridos otros cuatro oficiales con número proporcionado de las demas clases.

Desde la escuadra y el Ferrol se veian los fogonazos y oian las descargas, y pudo conocerse que el encuentro se habia verificado en la parte mas elevada del monte llamado del Balon. Aquella suspension en el combate nocturno, dió lugar á que tuviesen útil efecto las demas disposiciones salvadoras adoptadas en tan críticos momentos por las celosas autoridades de mar y tierra; pero antes, en aquella misma noche, recibió aquel puñado de valientes un refuerzo de 200 hombres, que el activo general Moreno les enviaba de la escuadra, con mucha cartuchería y piedras de chispa.

Reforzada luego nuestra tropa con las que condujo el general gefe de los campos volantes, conde de Donadío (2); tomando

(1) Alguna fuerza de este regimiento guarnecia con la infantería de marina varios buques de nuestra escuadra.

(2) En el escelente artículo correspondiente á Ferrol del *Diccionario geográfico* de Madoz, se fija el número de todas las tropas que llevo al combate el mariscal de campo, conde de Donadio, en 1500 hombres escasos.

ya este la voz y mando, y con el auxilio de dos cañones violentos, pudo al amanecer del siguiente dia, previniendo los intentos del enemigo, atacarlo en las mismas alturas del Balon y aun rechazar por dos veces su vanguardia; pero la partida era harto desigual para que la masa superior de los ènemigos fuese detenida por tan corto número de acometedores; así es que, reunida con aquella vanguardia el cuerpo fuerte del ejército invasor, su escesiva superioridad obligó á los nuestros á la retirada, dispuesta con tal órden por el general español que aquel no se atrevió á perseguirlos.

En tanto seguian tomándose por las autoridades del departamento y de la escuadra, otras medidas no menos necesarias y perentorias. Previendo que entre los ataques probables de los ingleses, seria uno dirigido al castillo de San Felipe, para facilitar con su posesion la entrada del puerto á sus buques, se dispuso el pronto armamento de seis lanchas cañoneras de la misma escuadra, á las cuales se agregaron luego otras cuatro, procedentes del apostadero de Ares, todas al mando del capitan de fragata D. Francisco de Vizcarrondo (1).

Prontas ya estas fuerzas sutiles, donde fueron tambien destinados Hernando y Federico, para tomar en la ria el puesto que les estaba señalado, fué este comisionado á tierra para participar al gefe superior del departamento el cumplimiento de aquella disposicion. Al regresar de esta diligencia, y dirigiéndose con prontitud al muelle viejo, desde donde debia trasladarse á su lancha, vió en un balcon á Eloisa acompañada de otras señoras, la cual con un semblante animado, en que se traslucia cierta emocion de noble orgullo y complacencia, contestó al saludo del

(1) Mandaban respectivamente estas lanchas el capitan de fragata D. Santos Membiela; los tenientes de navío D. Francisco de Vizcarrondo, D. Agustin Monzon, D. Manuel Freire, D. José Autrán, D. Luis Moreno, el alférez de navío D. Manuel Bulnes, los de fragata D. Pedro Barandica y D. José María Talon, y ademas iba un guardia marina por lancha.



jóven que con aire animoso se dirigia al combate. En momentos tan solemnes pierden en mucha parte su dominio las trabas sociales y las naturales reservas que impone la etiqueta. La jóven dirigió la palabra á Federico, preguntándole discretamente por Hernando. No se sintió este de la pregunta, aunque ella indicase cierta interesada solicitud; ya fuese por la mirada con que la jóven acompañó esta pregunta al apasionado guardia-marina, ó por cualquiera otra causa de esas que se esplican por la simpatía ó el magnetismo; ello es que el jóven enamorado interpretó favorablemente aquella determinacion en dirigirle así la palabra, y contestó lleno de dulce emocion y en tono animado por su bélico entusiasmo, que su amigo lo esperaba en la lancha de su navío para ir juntos á batirse con los ingleses. Un espresivo saludo con que la jóven contestó ruborizada á Federico, que seguia velozmente su marcha, colmó á este de una felicidad inesperada, redoblando su noble resolucion y ardimiento, y pocó tardó en hallarse con su amigo en el puesto del honor.

Reconociendo ya el enemigo su verdadera posicion, y á pesar de haber visto malogrado su plan de sorpresa, dirigió como á las diez de la mañana una columna de ataque, compuesta de 4,000 hombres, con resolucion de tomar por la espalda el castillo de San Felipe, que constituye la verdadera llave y defensa del puerto. Para facilitar la acometida, habian los ingleses colocado en las alturas que dominan aquella imponente fortaleza sus baterías de montaña, á cuyos fuegos contestaban los *dos únicos cañones* que la celosa maestranza del arsenal habia logrado arrastrar y montar durante la noche por aquella parte. Tambien los castillos de la Palma y San Martin les hicieron acertados disparos; pero quien contuvo su arrojo, sobre todo, fueron las lanchas cañoneras, cuyo certero fuego les causó un grande y visible estrago.

Sin duda el ataque del castillo tenia por objeto el poder introducir su escuadra en el puerto, superado que fuese aquel obstáculo, y es de admirar que tal intento no hubiese tenido un

éxito feliz, atendiendo al estado absoluto de abandono en que se hallaba aquella fortaleza, donde no habia guarnicion, artillería montada, ni repuestos. El ataque al castillo, comenzado por la artillería enemiga desde las cinco de la mañana y vigorosamente contestado desde la llegada de las fuerzas sutiles, duró hasta poco despues de mediodia.

Durante aquel sostenido fuego, Hernando, cuya lancha se hallaba situada en un punto de la ria mas próximo á tierra, observó á un oficial enemigo que descendiendo por la ladera, se dirigia con sereno paso hácia los nuestros, hasta llegar como á medio tiro de fusil. Entonces se sentó, se quitó el morrion y se puso sosegadamente á contemplar nuestras cañoneras y el nutrido fuego que sobre su cabeza dirigian á las alturas coronadas por los invasores. Hernando admiró la imperturbable serenidad de aquel valiente oficial, lo hizo notar al comandante y oficiales de su lancha, y este dió órden espresa de que no se le hiciese fuego. El oficial inglés se levantó, saludó cortesmente á los nuestros, que le contestaron con igual cortesía, y se retiró indemne y con la misma pausa que habia emprendido aquella tan aventurada y caprichosa escursion (1).

Los ingleses pudieron ver desde las alturas que ocupaban las bien entendidas disposiciones de defensa que tomaron nuestra escuadra, las baterías del arsenal y los baluartes de la plaza, así como el movimiento de las tropas que, procedentes de la Coruña y otros puntos, iban acudiendo á tomar parte en aquella; y es de presumir que el juicio que formaron no debió inspirarles nuevo aliento para proseguir la comenzada empresa. Entonces se advirtió que sus columnas emprendian un movimiento de retirada, y á las dos de la tarde ya habian completamente desaparecido. Aquella retirada fué seguida de un precipitado reembarco verificado en la misma noche.

(1) Este hecho, que admiró con razon á nuestros oficiales, ocurrió exactamente segun lo referimos.

La pérdida de los ingleses en estas acciones, contando el encuentro de la víspera, fué de 1,200 hombres muertos, con heridos á proporcion, y algunos caballos, lanchas y botes que quedaron en la playa. La nuestra fué de 250 hombres, á cuya pérdida debe agregarse el incendio de los montes y de algunas casas de aldeanos que destruyeron los ingleses en su retirada. Este fué el resultado de aquella premeditada y aparatosa espedicion que, en vez del daño que creyeron en su jactancia causarnos destruyendo nuestro arsenal y quemando nuestra escuadra, solo produjo á nuestros tenaces enemigos una dura y merecida leccion en su derrota, y la pérdida de los gastos y preparativos de la empresa.

Siendo nuestro esencial objeto vindicar el honor de nuestra marina y restaurar sus olvidadas ó disputadas glorias, nos es aquí forzoso detenernos para restablecer la verdad histórica, respecto de este acontecimiento militar, rectificando juicios erróneos, de que no están exentas las mismas publicaciones oficiales.

Leemos, por ejemplo, en las *Memorias del Príncipe de la Paz, que la defensa de Ferrol fué debida mayormente á los cuerpos volantes* que aquel célebre valido habia hecho, en efecto, establecer para la defensa de las costas; y este aserto se vé ademas corroborado en los partes publicados en las *Gacetas* de aquel tiempo, así como en otras historias y relaciones posteriores. La que precede deja, no obstante, la verdad en su lugar, así como el mérito respectivo de cuantos contribuyeron á aquel glorioso hecho de armas. Por ella se vé que los cuerpos acantonados, así en Jubia como en otros puntos cercanos á la capital del departamento, acudieron tan pronto como pudieron y unieron útilmente sus esfuerzos á los de nuestros marinos de la escuadra, para decidir al enemigo á desistir de su intento. Pero, ¿cómo desconocer la parte preferente que cupo á la marina en este suceso? ¿Qué hubiera sido de la plaza, del arsenal, de la escuadra, de tantos intereses públicos y privados amenazados por un enemigo poderoso y resuelto á llevar á cabo sus proyectos de de-

vastacion y de incendio, sin la prevision y vigilancia del general Moreno, sin su oportunisima y arrojada determinacion de mandar sus 500 hombres al encuentro del enemigo, sin aquellos valientes españoles que dieron con su heróica resolucion el lustre de las Termópilas á los desfiladeros de la Graña? Los ingleses, en vez de sorprender fueron sorprendidos: sin aquel encuentro hubieran caido, de seguro, al anochecer sobre la indefensa plaza y el arsenal, de los cuales se hubieran fácilmente apoderado; y entonces, ¿de qué hubiera servido el socorro de los campos volantes llegado despues, y toda la resolucion y buena voluntad del conde de Donadío? Los enemigos detuvieron recelosos todos sus movimientos hasta el otro dia; y esto fué lo que salvó la plaza, la escuadra y el arsenal.

Mas como á esto se nos opondrá la autoridad de los partes oficiales publicados en la *Gaceta*, forzoso será para desvanecer el reparo que nos hagamos cargo de este enigma, de esta contradiccion respecto de un suceso tan público y notorio como lo fué aquel hecho de armas: á esta investigacion nos obligan el buen nombre, los derechos de nuestra marina, no menos que nuestro deber como historiadores.

Piensan algunos que la razon de aparecer toda la prez de aquel hecho glorioso á favor de las tropas de los cantones, y de figurar tan en segundo término la marina en los citados partes, procede de que careciendo en aquella sazon este ramo del Estado de gefe ó ministro de su procedencia, y desempeñando actualmente las funciones de tal el que lo era de la guerra, hubieron de ir á este dirigidos todos los partes de aquella accion, así los que dieron las autoridades del ejército, como los procedentes de las de marina; y deducen de aquí, que la persona á quien este alto funcionario encomendó su exámen y la confeccion de los que se publicaron en la *Gaceta*, no fué bastante equitativa ó imparcial para dar el lugar debido á los marinos que concurrieron á aquella célebre defensa. Nosotros, sin datos para fijar una opinion, creemos que ni el gefe de la alta administracion

militar en aquellas circunstancias, ni militar alguno amigo de la justicia, pudo, sabiéndolo, aprobar este desvío de la verdad tan injusto, innecesario y poco generoso.

Porque siendo grande é indisputable la parte de gloria que los cuerpos volantes ganaron con su oportuna llegada, y el noble arrojo con que guiados por la pericia militar y el denuedo de su general contribuyeron á rechazar á los invasores, ¿por qué habian de querer oscurecer ni debilitar el mérito de los que tuvieron la fortuna de precederles en el combate? La marina ha fraternizado en todos tiempos, ha mezclado sus servicios con los del ejército; los que siguen en ambos sus banderas, todos son militares, todos son españoles; y ¿no han ofrecido juntos, por ventura, no han confundido con frecuencia sus laureles en el altar de la patria?

Habiendo ya referido el suceso que tuvo la espedicion, concebida y dispuesta por el célebre ministro Pitt contra el arsenal, objeto de su antigua y hereditaria ojeriza, y nuestra escuadra, diremos, que despues de tomar puerto algunos dias en la embocadura de la ria de Vigo, al abrigo de las islas Cies ó Bayonas, prosiguió su derrota con direccion al Mediterráneo; pero no sin intentar sus gefes el arrojar de paso algunas bombas á Cádiz, á pesar de lo ridículo, inútil é inhumano de esta operacion incendiaria respecto de aquella ciudad, afligida á la sazon por una cruel y mortífera epidemia. Las sentidas y vigorosas comunicaciones de su general gobernador D. Tomás de Morla, y creemos tambien que la humanidad y delicadeza de los mismos generales ingleses, obligados á ejecutar aquel poco glorioso alarde, hicieron suspenderlo, y la escuadra espedicionaria continuó su camino. Añadiremos, por último, que estas mismas fuerzas inglesas fueron las que luego obligaron en Egipto al ejército francés á evacuar el pais conquistado, y que parte de aquella misma escuadra forzó al año siguiente el paso del Sund y se apoderó de Copenhague, con alguna mas fortuna que la que esperimentaron los espedicionarios en su invasion sobre las costas de España.

Aunque la gloria de aquella hazaña quedó entonces oscurecida, y los marinos que en ella tuvieron una parte tan preferente no recibieron los aplausos y el galardon de que se hicieron merecedores, la verdad de los hechos se hizo notoria en la Armada, y sus jefes superiores, si bien harto tímidos para atreverse á protestar contra la inexactitud de los relatos publicados en la *Gaceta de Madrid*, supieron distinguir á los valientes que tan bien se comportaron en la defensa del Ferrol, favoreciéndolos para sus ulteriores adelantos. Merced á sus recomendaciones, no tardaron nuestros jóvenes guardia-marinas Hernando y Federico en obtener tambien el premio debido á su bizarra conducta con el ascenso á alféreces de fragata. Grande fué la satisfaccion de entrambos por este primer grado en la gerarquía de los oficiales de la Armada, tan deseado y lleno entonces de prestigio para nuestra brillante juventud marina. Este acontecimiento causó en la familia de Hernando un estraordinario júbilo, aun en su sensible y temerosa madre, tan poco conforme con la azarosa carrera de su hijo, y, sobre todo, en don Próspero que veia con orgullo irse cumpliendo en su querido vástago, sus mas predilectas esperanzas. Entre las cartas de parabienes figuraba, como de razon, una no corta, ni desprovista de sabios y paternales consejos, del respetable D. Epifanio.

Contentos vivian en su cordial intimidad Hernando y Federico, cuando un incidente, de aquellos que tan comunes son en la vida marítima, vino á separarlos, siendo destinado el último al navío general en los momentos de la repentina salida de la escuadra para el puerto de Cádiz. Fácil es comprender el disgusto que ambos experimentaron por aquella separacion, si se atiende á que era la primera desde su entrada en el colegio y á la viva amistad que los unia, sostenida, segun digimos, por la conformidad de gustos, aficion al saber é inclinaciones. Pero Federico agregaba á tan fundados motivos de sentimiento, otro que facilmente habrá adivinado el lector; se hallaba en el acce-

so y bajo la tiranía de su primer amor, y de un amor que habia pasado de desconfiado á creerse correspondido; y éralo en efecto, desde el glorioso dia en que el jóven marino apareció á los ojos de Eloisa, bajo el fascinador atractivo de su bélico entusiasmo, corriendo animoso al combate. Federico, ya lo hemos dicho, no era un jóven de vulgares recursos; en aquellos acerbos instantes, ignorando su ventura ó desconfiado como amante verdadero, recurrió á las musas, fiando al papel sus recelos amorosos. No sabemos cómo llegaron á manos de *su bella ingrata* ciertas endechas en que el apesarado poeta dirigía tristes adioses á una *Aloisia*, mas dura que un risco, á quien acusaba de su desventura. Apolo, no siempre propicio á los amantes poetas, quiso por esta vez completar la obra del dios rapazuelo; y aquella mútua inclinacion, quedó desde entonces sellada con solemnes protestas de un eterno amor. Hernando que profesaba sincero cariño á los amantes, vino á ser, en tanto que permaneció en Ferrol, el lazo y medio de comunicacion, desde aquella separacion tan cruel como inmediata.

Ya habian trascurrido algunos meses desde la salida de la escuadra de Moreno, y durante aquel tiempo mediaron no pocas cartas en que los dos amigos se comunicaban recíprocamente sus aventuras, cuando á fines del mes de julio de 1801 y despues de algun silencio de parte de Federico, empezaron á correr en el departamento los mas siniestros rumores acerca de los navíos *Real Cárlos*, donde este se hallaba, y el *Hermenegildo* de la misma escuadra. Decíase de un modo confuso que estos buques habian sufrido una horrible catástrofe; que tomándose mútuamente por enemigos, navegando en una noche oscura por el Estrecho, y por efecto de una astucia diabólica de los ingleses, se habian batido encarnizadamente, siendo el resultado, despues de una horrible lucha, incendiarse y volar ambos navíos. Esta noticia propagada con esa inconcebible y misteriosa prontitud con que se difunden casi siempre las malas nuevas, produjo una espantosa consternacion en la capital del

departamento y en todos los pueblos de su litoral, pues de ellos procedian la mayor parte de los individuos que componian sus tripulaciones. Hernando quedó como herido del rayo con aquella nueva y entregado á una profunda afliccion, pues aunque no se decian los pormenores, las noticias venidas de la corte no daban ya lugar á la duda. Pero su pena se mitigó súbitamente cuando en uno de los primeros dias del mes de agosto, recibió por el correo una carta abultada, en cuyo sobre creyó reconocer á primera vista la letra de Federico: aquella señal de vida parecia, no obstante, estar en contradiccion con el absoluto esterminio que se aseguraba habia sido el resultado, respecto de los individuos que dotaban los míseros bajeles. Por otro lado, la carta podia ser de fecha anterior á la catástrofe; así Hernando la abrió con mano trémula, poseido de encontrados afectos de temor y de esperanza; mas la firma de su amigo y la fecha calmaron al fin su agitacion. Aquella carta, que incluia *otra*, contenia la estensa relacion del suceso deplorable de los dos navios, triste episodio de nuestra historia marítima de aquellos tiempos: su procedencia y autenticidad, la hicieron en pocas horas notoria en el departamento. Nosotros la ofrecemos al lector como un documento histórico, aunque escrita en el tono de la confianza y en la efusion de la amistad, bajo la reciente impresion del terrible espectáculo y desgracia que refiere, en la cual debió el autor su salvacion á uno de esos incidentes tan comunes en la vida marítima. Nótanse en ella, por tanto, la espresion del dolor y de un hondo despecho, con algunos juicios absolutos y fuertes recriminaciones; toca, pues, á la razon impasible y al sano criterio del lector, dejar las cosas en su verdadero punto y sazon.

Fragata Sabina, Cádiz, 14 de julio de 1801.

CARTA DE FEDERICO Á HERNANDO.

Quisiera, mi querido Hernando, que esta carta volase á tus manos; pero han de pasar diez dias mortales, cuando menos, para que estos renglones de tu amigo lleguen á su destino; dias de tormento, que estaré contando con zozobra, hasta que llegue aquel en que pueda suponerte y suponer *á quien se acuerde de mí* sabedores de mi suerte. Dos solos han trascurrido desde el funesto acontecimiento que voy á contarte, y todavía ven mis ojos el cruel espectáculo: aun resuena en mis oidos el horrible fragor con que desaparecieron para siempre, sin dejar vestijios, un fragmento siquiera donde colocar una cruz funeraria, dos poderosos y fortísimos bajeles, orgullo de nuestra armada, con muchos centenares de nobles españoles; que despues de haber servido de teatro á su heróica lealtad, á su inútil y malogrado denuedo, ni aun pudieron servirles de sepulcro. Tú me habras llorado, no lo dudo, creyéndome víctima en la catastrofe. Una casualidad, si así podemos llamar á esa causa permanente, ciega para el vulgo, con visos muchas veces de providencial, que influye en la suerte del marino, me ha salvado.

Habrás oido decir que una astucia infernal de nuestros enemigos, que la bala roja empleada á favor de las tinieblas contra nuestros navíos, han ocasionado su fatal error y la desgracia que deploramos; y tú querras saber mi opinion sobre este hecho, increible por su misma atrocidad, negado por algunos y que la mayor parte tienen por cierto. ¿Y qué quieres que se diga, amigo mio? Los ingleses no aspiran solo al triunfo sobre nuestras fuerzas navales y las de nuestros aliados; necesitan, á lo que parece, su absoluta desaparicion; no toleran rivales en el Océano de ninguna especie ni bandera, y así como los ejecutores de esta voluntad usaron de la bala roja contra nuestras flotantes en

1782; como á sangre fria, y con un vano pretesto, dispusieron en Tolon y en Nápoles el incendio de las escuadras amigas ó puestas bajo su proteccion; como el año pasado vinieron resueltos, no á conquistar, sino á quemar nuestra escuadra y arsenal, bien pudieran del mismo modo concebir tan ingeniosa estratagema. No acuso á los marinos ingleses de un modo absoluto de tales hechos; ellos buscan y saben sin duda apreciar la verdadera gloria; pero ellos obedecen y son instrumentos de esa suprema voluntad que rige en la mayor parte de los actos del gobierno inglés, que aspira, que quiere á todo trance la exclusiva dominacion en todos los mares. Así, mientras que centenares de familias lloran en la viudez y la horfandad entregadas al mas acerbo desconsuelo, solo consideran friamente sus ingeniosos autores el buen éxito de este *ardid de guerra*, y cuentan dos navíos de 112 cañones de menos en la escuadra española. Pidamos á Dios, querido Hernando, que los peligros que nos esperan en nuestra carrera sean de aquellos que el arte, la firmeza ó el valor pueden generosamente arrostrar, de aquellos en que veamos al menos la causa que amenaza nuestra existencia, ó la mano que nos hiere: esta, al fin, es una muerte visible, noble y gloriosa, que permite al terminar nuestro deber para con la patria, dirigir á Dios nuestro último pensamiento. He aquí la relacion de los hechos.

Recordarás que en mi carta anterior te referia la brillante accion que el almirante Linois sostuvo en la bahía de Algeciras contra la escuadra del almirante Saumarez, á que concurrieron honrosamente las lanchas cañoneras españolas de aquel apostadero; cómo este gefe, conociendo su desventaja marítima y marinera, habia dispuesto los buques de su division, compuesta de los navíos *Formidable*, *Desaix* é *Indomable* y la fragata *Mairon*, acoderándolos sobre la costa, apoyando los estremos de su línea, al Norte, en la batería de Santiago, y al Sur, en la isla Verde; y cómo á favor de la oportuna baradura de sus buques, pudieron no solo resistir bizarramente y con ventaja el

ataque de 6 navíos ingleses que desde las aguas de Cádiz vinieron expresamente á atacarlos, sino rendir á dos de estos, el *Annibal* y el *Pompeyo*; aunque este pudo ser salvado por los ingleses, dándole un remolque y llevándolo á Gibraltar, donde tambien se retiraron los demas navíos de la division llamados el *Venerable*, el *Atrevido*, el *Cesar* y el *Spencer*, para reponerse de sus averías y volver con mayores fuerzas á tomar el desquite.

Con la noticia oficial de este suceso dirigió Linois al gefe del departamento sus gestiones, pidiéndole los socorros que juzgaba urgentes en su situacion; y el general Mazarredo, con el celo y actividad que le distinguen, dispuso inmediatamente la salida de parte de nuestra escuadra, despues de haber embarcado en ella los pertrechos y efectos pedidos por aquel almirante para el reparo y habilitacion de sus buques. Dimos la vela el dia 9 de este mes, uniéndose á la escuadra el navío, antes español, *San Antonio*, entregado á los franceses y tripulado por ellos, y en el mismo dia fondeamos en Algeciras. Sacados los tres navíos varados á flote y trabajando con estraordinaria actividad, ya el dia 12 estuvieron listos, así como el *Anibal* apresado á los ingleses, y en disposicion de dar la vela.

Nuestro general, que reasumia todo el mando y responsabilidad para el regreso á Cádiz de aquella parte de la escuadra combinada, dictó con pulso é inteligencia sus medidas é instrucciones, seguro de que el almirante inglés Saumarez, á pesar de su descalabro, rehecho ya de sus averías y reforzado con el navío *Soberbio* y muchas fragatas, nos habia de hostilizar desde nuestra salida; y por nuestra parte creiamos que el regreso de la escuadra seria un continuo y verdadero combate. En aquellos momentos recibió el general Moreno del campo de Gibraltar, y por un conducto seguro y fidedigno, ciertas noticias que redoblaron sus recelos. Difundióse por la escuadra, á pesar de la reserva que se procuró guardar acerca de la índole de aquellas noticias, que los ingleses estaban preparados y dispuestos

para incendiar la escuadra en su tránsito á Cádiz, valiéndose de la bala roja y otros medios incendiarios. Nuestro general dictó sus últimas disposiciones para la marcha, convocando á bordo de la capitana á todos los comandantes, haciéndoles verbalmente las prevenciones que juzgó convenientes, reencargando la exacta observancia. Creyendo nuestro general inevitable el combate, habia dispuesto, segun lo prevenido para tales casos en nuestra ordenanza, y con el fin de vigilar con mas facilidad é independencia los movimientos, trasbordarse del *Real Cárlos* á la fragata *Sabina*, á donde yo le seguí en mi calidad de ayudante suyo ; y he aquí, querido amigo, como por este simple accidente del servicio, respiro todavía y puedo escribirte estos renglones. Dimos por fin la vela el dia 12, como á medio dia, con viento blando del Este. Sin duda parecerá estraña y contraria á todo buen cálculo marítimo, á juicio de los inteligentes, la hora de la salida á vista de un enemigo que acechaba nuestros movimientos, dispuesto á aprovecharse de toda falta é imprevision; pero aquella fatal dilacion provino del empeño con que el almirante Linois quiso llevar á Cádiz el *Annibal* como trofeo de su victoria; y, sin embargo, los auxilios que para este efecto se le dieron, fueron al fin infructuosos: el navío tuvo que regresar á Algeciras, no sin habernos causado sin utilidad trascendentales perjuicios y consecuencias por aquella demora.

Así los ingleses, dispuestos á seguir nuestros movimientos, tuvieron tiempo de dar la vela y formar su línea al Sur de la punta de Europa, poniéndose en facha para observarnos. Impaciente nuestro general por aquella imprudente dilacion y entretenimiento á la vista de un enemigo tan perspicaz y diligente, propuso exasperado á Linois ofrecerles el combate, obligándolos á encerrarse en Gibraltar. *Vamos á encerrarlos á balazos!* exclamaba con noble resolucion á vista de aquel espectáculo; y puedo asegurarte, segun el buen ánimo y disposicion de todos los individuos de la escuadra combinada, que si el almirante

francés se hubiese prestado á los deseos de Moreno, hubiéramos logrado el éxito mas completo. Sin duda el general Linois temió comprometer sus laureles de Algeciras; y ya se sabe lo que valen el consejo y los deseos de nuestros generales ante la caprichosa voluntad de nuestros aliados. No obstante; al buen sentido del general español y de cuantos discurrian con alguna inteligencia en aquella escuadra, no se ocultó, ni podia ocultarse, lo indiscreto de aquella salida á tales horas, y cuánto mas prudente habria sido volver á tomar el fondeadero.

Pero la suerte estaba echada, y fué indispensable sobreponerse á tristes presentimientos. Ya al oscurecer pudimos hacer rumbo para Cádiz, en esta forma. A nuestra fragata, situada á vanguardia, seguian los tres navíos de Linois por nuestra popa, formando el centro con las tres fragatas francesas que cubrian sus flancos; y cerraban la marcha los cinco navíos españoles, en línea con el *San Antonio*, recibiendo por la popa el viento, que ya á aquellas horas arreciaba levantando mar gruesa. Los ingleses nos siguieron á corta distancia, y sus movimientos cautelosos daban bastante á entender que tenian un designio formado, para cuya ejecucion esperaban, como mas favorable, la noche. El viento continuaba refrescando, y la oscuridad era ya intensa á eso de las doce, en cuya hora se observó alguna alteracion en el órden en que íbamos navegando. Seguian en línea y bastante próximos los tres navíos de retaguardia, de este modo: el *Real Cárlos* á la derecha, en medio el *San Hermenegildo* y á su izquierda el *San Antonio*.

Lo que sigue de mi triste narracion, querido amigo, se apoya en las observaciones hechas desde los buques mas próximos á aquellos navíos; se confirma con las declaraciones de dos ó tres individuos, únicos que se han salvado prodigiosamente y sobrevivido á la catástrofe; y se corrobora con otros diversos datos y congeturas. En aquellos momentos se vió avanzar uno de los navíos de los ingleses, que luego se supo que era el *Soberbio*, á favor de la profunda oscuridad que reinaba, llevando apa-

gadas las luces de sus baterías; y luego que estuvo próximo y por la aleta del *Real Cárlos*, le hizo fuego con toda su batería; hizo otra descarga sin detenerse y otra en seguida, en la que se cree, con harto fundamento, que hizo uso de la bala roja. No tardó en aparecer el fuego en el *Real Cárlos;* pero en medio de la espantosa confusion que debió producir tal suceso, se le vió maniobrar y hacer fuego hácia los bultos de buques, que presumió ser de los enemigos. El *San Hermenegildo*, que habia seguido ocupando su puesto, recibió las balas del *Real Cárlos;* que se habia quedado algun tanto á retaguardia, y creyendo á su vez que el navío que lo batia era enemigo, y aun el que hacia cabeza de la division británica, le contestó con un fuego activo. Los dos míseros navíos, víctimas de aquel ardid execrable, teniéndose mutuamente por adversarios, siguieron batiéndose y aproximándose hasta el punto de confundir sus maniobras en un terrible abordaje; en tanto que el *Soberbio*, gozándose en su obra, habia acortado sagazmente de vela, quedándose á bastante distancia á retaguardia. La consternacion fué general en la escuadra, á pesar de que en aquellos momentos no fué posible apreciar todo el horror de la situacion de aquellos navíos, ignorándose quien era el agresor, y si el incendiado era el amigo ó el enemigo; perplegidad, que llenaba el ánimo de una angustia inexplicable. El general dispuso que maniobrase la fragata acortando de vela para estrechar del modo posible las distancias..... Horrible espectáculo! El fuego se habia ya comunicado de uno á otro navío, en medio de aquella lucha fratricida, en que nuestros desgraciados compatriotas creian dirigir los últimos esfuerzos de su lealtad y de su valor contra los enemigos de su rey y de su nacion! Las llamas confundidas de ambos navíos presentaban á nuestros ojos una hoguera inmensa, cuyas rogizas llamaradas, llevadas por las ráfagas del Levante, iluminaban siniestramente el espacio. El corazon se queria salir del pecho al considerar aquellos miserables bajeles, devorados por un comun incendio, desahuciados ya de todo humano socorro

y esperando el único y tremendo desenlace! Ah! No tardó este en ofrecerse á la vista de la escuadra hispano-francesa, que no conocia toda la realidad de aquella espantosa lucha, y de la inglesa que la sabia y que tranquilamente la presenciaba. Pero ya en aquel momento supremo y á manos con la muerte, es de creer que nuestros esforzados y míseros compatriotas se conociesen, y que este conocimiento aumentase el horror de su agonía. Entonces uno de los dos, y se cree que el *Real Cárlos*, voló con horrísono fragor, y no tardó en sucederle otro tanto al *Hermenegildo*.

La pluma, mi querido Hernando, se resiste á proseguir, á pintar lo que entonces ví, lo que veo todavía en mis sueños y á todas horas. Si al presenciar aquella lastimosa catástrofe no hubiese sufrido el corazon; si el grito de la humanidad, execrando aquel bárbaro modo de hacer la guerra, hubiese permitido contemplarla con los ojos del estóico observador ó del poeta!..... Pero mi alma se hallaba demasiado sobrecogida de terror, y la turbacion de mis sentidos confundia en aquel momento todas mis percepciones, para poder hacerte una completa descripcion. Tan solo te diré, que ví súbitamente elevarse del centro de aquel incendio y al través de espesos remolinos de humo rogizo y agrisado, sobre el fondo tenebroso que á la par envolvia y confundia el cielo, la mar y la tierra, una columna de fuego lívido, que se abrió en su parte superior como las ramas de un árbol de inmensa altura. Interrumpian aquella deslumbrante y siniestra claridad algunos lineamientos y cuerpos opacos cuya forma se destacaba horriblemente sobre ella. ¡Qué otra cosa podian ser aquellos objetos sino los palos, las vergas, los fragmentos miserables de lo que un momento antes era un hermoso y fuerte bajel, y los cuerpos desgarrados de sus míseros defensores, lanzados como leves aristas al espacio por la explosion!!!... (1).

(1) El ilustre escritor D. Antonio Alcalá Galiano, en una nota á su traduccion de la *Historia del Consulado y del Imperio* de Mr. Thiers,

Los ingleses no quisieron en aquella noche otra clase de combate, y la escuadra entró tristemente en Cádiz, donde se habia oido la detonacion. Poco tardó en saberse la verdad por entero, y aquel culto pueblo, á quien agravian escritores franceses, tales como Thiers y Corbiere, suponiendo que acudió á las murallas á celebrar con aplausos y alegría la entrada del *Redoutable*, que en aquella mañana habia cambiado algunas andanadas con el navío inglés *Venerable*, solo tuvo ojos para llorar nuestra desventura, y razon para apreciar lo costosa que era para nuestra nacion la alianza con los franceses.

Sin duda querrás saber el juicio que aquí se forma sobre este cruel suceso, este nuevo é inesperado revés que acaba de sufrir nuestra armada, tan desgraciada en medio de su buena voluntad, de su valor y heróica abnegacion; tan abandonada y poco apreciada, en la que se distinguen hombres tan sabios y eminentes, y cuyo mérito se desconoce..... A esto te diré, que *arriba*, en la cámara, en el alcázar se guardan ciertas reservas y miramientos; pero que *abajo*, es otra cosa. Todos ó la mayor parte se quejan, estallan contra el general Moreno, por no haber llevado á cabo su propósito de combatir á los ingleses á la vista del Peñon en el dia mismo de nuestra salida, como pudimos hacerlo; desaprueban con sobra de razones el no haber vuelto al fondeadero, una vez malograda la mal calculada salida; y braman, sobre todo, y vituperan lo que llaman el egoismo de Linois, que satisfecho, dicen, con los laureles de Algeciras, fué

dice con discreta mesura, al ocuparse de este lamentable suceso, que no atreviéndose á fijar su opinion sobre la creida causa de aquella horrible catástrofe, debe decir que los ingleses *la han negado*. Nosotros quisiéramos mas: quisiéramos poder decir *que han probado* la falsedad de aquella acusacion, y seriamos los primeros á justificar á la nacion inglesa de un hecho poco leal, y á que nunca tuvo necesidad legítima de recurrir una nacion tan acreditada por su valor como la Inglaterra. Pero la verdad histórica adulterada, desatendida en lo que concierne á la marina española, reclama ya imperiosamente sus derechos.

causa de que se perdiese aquella ocasion tan oportuna. Lo mismo piensan sus oficiales; pero esto no quita para que seamos ahora y en adelante unos meros satélites de nuestros aliados, sujetos al humor y capricho de sus generales. Todos recuerdan que por uno de esos caprichos, ó torpezas, como los llaman otros, que tan caros nos cuestan, hace dos años que viniendo Bruix desde Brest espresamente para unir su escuadra á la de Mazarredo, y batir juntos, como aquel lo anunció á son de trompa en sus proclamas y escritos oficiales, á la inglesa en estas mismas aguas, pasó de largo, como si se hubiese olvidado á lo que venia, malogrando la ocasion y buena voluntad de nuestros marinos que lo esperaban, llevándose luego para sus puertos, como único resultado de aquel infructuoso paseo, nuestros navíos en rehenes. Esto es lo que se dice y murmura; y, vive Dios, que con razon.

Los desgraciados marinos españoles del *Real Cárlos* y del *Hermenegildo* han dado buenas pruebas de lo que hubieran hecho en un combate leal contra los enemigos de su patria, si realmente se hubiesen batido con los ingleses como en su cruel error pensaban; esto debe causar remordimientos á Linois, porque no puede oscurecerse á su conciencia que la horrible desgracia no habria ocurrido, si aquellos que llamó despues de su combate en su amparo y defensa, hubiesen atacado con toda la escuadra á los ingleses; pero él no era ya el gefe de aquellas fuerzas reunidas; ¿y habria sufrido que, despues de su ponderado triunfo, ciñese el laurel de la victoria á un gefe español?

. . . . . . . . . . . . . . . . . . . .

El resto de la carta versaba sobre asuntos privados y particularmente sobre sus amores, y concluia con el mismo tono melancólico, muy natural en las circunstancias en que el amigo de nuestro héroe se encontraba al comunicarle los sucesos que acabamos de referir.

## CAPITULO XXIV.

El descubrimiento del Nuevo Mundo fué un hecho glorioso y providencial.—Derechos de España á establecer leyes para sus colonias.—La desmoralizacion y desafecto en ellas, fué esencialmente obra de los ingleses.—Llega la *Mercedes* á Montevideo y Hernando á casa de su tio.—Buenos-Aires en 1803.—D. Bonifacio Piélago y del Ponto.—Tipos revolucionarios.—El amor y el falso patriotismo.—Intrigas subterráneas.

Cessen do Sabio Grego è do Troiano
As navegazoens grandes que fizerào.
. . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Cesse tudo ò que à Musa antigua canta,
Que outro valor mais alto se alevanta.
*Os Lusiadas.* – CAMOENS, Canto I.

La envidia es la sombra de la gloria.
*Pensées, maximes, etc.* – DE MR. LE COMTE DE SEGUR.

Al mar y sus penas contraste oponiendo,
. . . . . . . . . . . . . . . . . . .
Su alma indomable, su pecho acerado,
Se rinde al imperio de tierna hermosura;
Y dulce y sumiso apenas se cura
Si débil se muestra de amor subyugado.
F. A. M. PEREIRA.—*O bom Marinheiro.*

El hecho del descubrimiento y conquista del continente americano pasará á la posteridad, escitando justamente su admiracion, como uno de esos grandes acontecimientos que, interrumpiendo el curso ordinario de las cosas humanas, marcan de distancia en distancia, á manera de faros luminosos, la senda por donde plugo al Supremo ordenador encaminar los destinos del mundo.

Ansioso el hombre de dominio, habia subyugado la tierra por espacio de muchos siglos erigiendo y derrocando imperios, y buscaba ya en vano nuevos espacios donde ejercer su insaciable sed de oro y de conquistas. Y con todo: allí estaba el Océano desde la creacion, con su inmensidad, sus calmas silenciosas, sus terribles borrascas; velado á veces con misteriosas brumas, otras plácido y sereno, brindando con sus moviles llanuras, blandamente rizadas por el céfiro, y dejando presumir en remotos horizontes nuevas tierras, abundosos continentes. ¿Por qué, pues, ese largo entredicho, esa indiferencia ó indecision del hombre; ese temor de alejarse de la tierra protectora, cuando ya, con anterioridad aun á los tiempos de Platon, pudo servir de aguijon á su codicia aquella célebre y acreditada prediccion de que la mar habia de revelar nuevos mundos, y que Thule no seria el último confin del universo (1)? ¿Qué es lo que detenia el espíritu invasor, el genio aventurero de esas naciones hijas del Océano, que luego han aspirado sucesivamente al dominio de los mares; á qué esperaba la ambiciosa Albion, que no sufre hoy en ellos mancomunidad ni competencia, pues que de tiempo remoto pudo conocer la mágica virtud del iman, y desde mediados del siglo IV, la amorosa inclinacion de la aguja de acero magnetizada *(sensuum amoris in ferrum)* á señalar el polo septentrional con uno de sus estremos? ¿Por qué trascurrieron 55 siglos de los 58 y medio en que se reputa la edad del mundo, sin que algun audaz navegante intentase sorprender sus secretos al Océano?

¿Repugna acaso á la engreida razon humana; contraviene á las reglas de la crítica filosófica el pensar que este gran lapso de tiempo que abraza casi la totalidad del trascurrido desde que Dios dijo *que el mundo sea* hasta nuestros dias, sin que el

(1) Nombre de una de las islas del Océano septentrional *(Shetland ó la Islandia)* que los antiguos miraban como el límite del mundo (*Véanse las notas*).

hombre haya cruzado la inmensidad de ese elemento, envuelve algun designio de su providencia? Por nuestra parte, sin envidiar la fortaleza de espíritu del escéptico, que disertando doctamente sobre este suceso lo califica de natural y fortuito, nos unimos de corazon á los humildes de espíritu, á los simples en la fé, para creer que la vida y suerte de las naciones está desde su orígen regida por una superior providencia; que el descubrimiento del Nuevo Mundo fué el cumplimiento de un designio inefable, para llevar entonces, y *no antes*, á numerosas é ignoradas naciones, separadas de la gran familia humana, sumidas en la mas estúpida y sanguinaria idolatría, con los goces y alicientes de la vida social, el conocimiento del verdadero Dios y la civilizadora luz del Evangelio; congratulándonos como españoles de que la gloria de aquel descubrimiento y conquista, y la eleccion para llevar la *buena nueva* recayesen en la nacion que, despues de haber luchado valerosamente por siete siglos contra el infiel, acababa de lanzarlo del noble solar español, plantando el *Lábaro* triunfante sobre las altivas torres de la Alhambra.

Un sabio cosmógrafo y marino, lleno de fé y confianza en sus científicas conjeturas, solicita asociar la gloria de sus futuros descubrimientos á los gloriosos destinos de España. A pesar del estruendo de las armas y el bullicio del triunfo, aquel oscuro heraldo de la ciencia encuentra en el Real español acogida y proteccion; algunos intrépidos marinos se lanzan con él al temido piélago y rompen los primeros la barrera misteriosa. Descúbrese la América; siguen á las primeras nuevas espediciones, y conquistan para Dios y la civilizacion inmensas regiones con que ensanchan prodigiosamente los límites del imperio español.

Sabido es el empeño con que luego se ha querido disputar á los españoles esta gloria; empero los escritores que pretenden atribuir á algunos pueblos septentrionales de Europa el honor del primer descubrimiento de la América, carecen de pruebas que lo justifiquen, y presentan solo en apoyo de su aserto algunos fragmentos oscuros de viejos manuscritos, de los cuales viene á

deducirse que ciertos navegantes escandinavos ó normandos, estraviados en su derrota ó impelidos de la tempestad, habian arribado á una costa desconocida, que en tiempos muy posteriores ha podido averiguarse que correspondia á la parte septentrional del continente americano. Mas los llamados descubrimientos no fueron en realidad otra cosa que escursiones y arribadas casuales, causadas por el error ó las borrascas, sobre las costas fronterizas de la América del Norte, sin que tales escursiones, de carácter pirático, fuesen seguidas de establecimientos sólidos, regulares y permanentes; y por lo tanto nunca han merecido ser considerados como verdaderos descubrimientos útiles á la humanidad, á la ciencia y la civilizacion, ni dignos de ocupar, como tales, un lugar en la historia. Ademas, los trastornos políticos sobrevenidos despues del siglo XIII en aquellos pueblos, pusieron un término á las aventuradas escursiones de sus marinos; y los descubrimientos que ahora se les atribuyen no debieron parecer tales, ó carecian para ellos de importancia, pues que, verdaderos ó supuestos, fueron desde luego olvidados y perdidos.

Pero no es difícil comprender que los sabios estrangeros que tanto valor se empeñan en dar á tales hechos, á pesar de su escaso interés para la ciencia y la historia, proceden, acaso sin advertirlo, mas bien llevados de ese espíritu de emulacion que propende á menoscabar las glorias de nuestros antiguos marinos, que guiados por Colon fueron los verdaderos descubridores del Nuevo-Mundo, que de la importancia que pueda tener para ellos mismos el pobre resultado de sus penosas elucubraciones geográficas. Fácil nos seria, si lo creyésemos oportuno, contraponer á estos relatos el testimonio de los respetables autores que, fundándose en noticias de mayor peso y solidez, nos refieren que los marinos gaditanos, discípulos de los fenicios y como ellos osados navegantes, impulsados de su arrojo y aficion á los viajes y descubrimientos, despues de haber prolongado sus escursiones por las costas occidentales del Africa, ya fuese por efecto de una

temeraria tentativa, confiados en el conocimiento que se cree tenian de la virtud magnética y su aplicacion á la navegacion, ó por efecto de una forzada correría por el Océano, segun ya hemos referido (pág. 187), llegaron á descubrir las Indias Occidentales 2342 años antes del de 1492 de la era vulgar en que Colon descubrió la América.

Admitiendo nosotros desde luego con entera fé lo providencial del mayor de los descubrimientos, y el mas influyente en la suerte de la humanidad y el porvenir de la civilizacion, y tambien como razonable la singular opinion de ciertos críticos que, procurando amenguar por todos los medios que le sugiere un celo no tan religioso lo admirable y estupendo de aquel suceso, sostienen que no debe atribuirse únicamente á las inspiraciones del genio aquella heróica empresa, pues sus ejecutores, dicen, no hacian mas que realizar las mas antiguas esperanzas del género humano y justificar sus altos presentimientos; apreciando en lo que vale el juicio de otro crítico que, disintiendo asimismo de los que ven algo de *maravilloso* en la empresa de Colon, no considera en este grande hombre *mas que un hábil y resuelto navegante* (1); todavia será cierto, á despecho de esta crítica tan poco razonable y equitativa, que fueron los españoles con su ilustre caudillo los que, elegidos para realizar aquella mision providencial y la instintiva espectacion del género humano, alcanzaron las primicias del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.

De la península ibérica partieron los dos hombres estraordinarios á cuyo genio, profundo saber y resolucion, se deben los mas notables acontecimientos en la historia de la navegacion. Vasco de Gama doblaba gloriosamente el cabo de Buena-Esperanza á los cinco años (en el de 1497) de haberse verificado la espedicion de Colon. Siguiéronse multitud de descubrimientos llevados á cabo por los españoles, á quienes mas tarde imitaron

(1) *Magasin Pittoresque*, tomo III, pág. 298 (1835).

otras naciones; y una vez franqueadas las sendas del Océano y descubierto el resto del mundo, cuya esfericidad constató el primero el español Sebastian de Elcano, poco les quedó que hacer á los posteriores esploradores de Europa.

No niegan nuestros émulos estos hechos; pero al calificar su valor é importancia se descubre fácilmente, al través de frases pomposas y sentimentales en que se invocan los derechos de la humanidad, un sentimiento apasionado que les hace incurrir en graves errores, llevándolos á deducciones contrarias á la verdad histórica y ofensivas á nuestra nacion. Sensible nos es encontrar entre estos escritores algunos que, á pesar de su escelente juicio literario, han adoptado con estraña lijereza las opiniones de aquellos que antes de ahora y aun en los dias de nuestra decadencia, no nos perdonan nuestra pasada grandeza, ni aquel supremo poder y ascendiente que ejerció nuestra nacion sobre todas las de Europa. Los últimos escritores repiten con igual impremeditacion lo que dijeron los primeros en los tiempos en que podia hacerles sombra este poder, reproduciendo los pulverizados argumentos y vulgaridades de los Raynals, los Robertson, los Otto y los Rossi.

Uno de estos escritores, notable por su competencia en cosas marítimas y su elevado estilo, Mr. de Montferrier, en un escelente artículo sobre la misma materia que nos ocupa, despues de insistir incisivamente sobre las *estúpidas preocupaciones que se oponian en España á las nobles convicciones del ilustre navegante genovés* (1), tratanto de atenuar ó cohonestar la repulsa que este recibió de la Francia despues de haber propuesto en vano sus ideas en las cortes de Portugal é Inglaterra, niega, contra el testimonio de varios biógrafos, que aquel hubiese hecho proposiciones directas á Cárlos VIII, reinante á la sazon; "porque este jóven y heróico príncipe, dice, amaba la gloria, y aquella grande y aventurada espedicion hubiera son-

(1) *Dict. universel et raisonée de Marine;* Paris, 1846.

reido maravillosamente al espíritu caballeresco de la nacion valerosa que gobernaba....." "El descubrimiento del Nuevo Mundo, añade modestamente, hubiera tenido en manos de los franceses incalculables resultados para los progresos de las ciencias y la civilizacion."

Se necesita toda la ceguedad del amor patrio mas exaltado para presentar con este aplomo aserciones tan falsas como absolutas. ¿Se ha detenido el autor, por ventura, á hacer el debido exámen y comparacion del estado de cultura de nuestra nacion con la suya en la época á que se refiere, antes de sentar una opinion tan terminante? Precisamente las circunstancias en que se hallaba la Francia eran las menos adecuadas para el objeto; porque, ¿cómo podria el monarca francés, cuyas buenas prendas no negaremos, adolescente aun y comprometido en guerras sugeridas por una ambicion ilegítima, en disidencia con el gefe supremo de la iglesia, á quien destronó con sus armas, ocupado en hacer valer con ellas sus infundados derechos á la corona de Nápoles, teniendo consumidas las fuerzas del reino ya trabajado por disensiones intestinas, cómo podria, decimos, competir con la escelsa Isabel de Castilla, de quien se ha dicho con razon que en aquella época marchaba al frente de la civilizacion europea, y que justificaba este concepto comprendiendo el valor de las sabias congeturas y proyectos de Colon?

Si en vez de dejarse llevar de prevenciones tan ligeras hubiese acudido el estimable escritor á que aludimos á las verdaderas fuentes de la historia, sabria que lejos de existir esas *estúpidas preocupaciones* de que infundadamente nos acusa, sabios españoles, entre ellos el profundo cosmógrafo Marchena, á quien Colon consultó su sistema del mundo y sus proyectos, comprendieron la solidez de sus raciocinios y participaron de su seguridad, que les fué fácil trasmitir á Isabel y Fernando disponiendo propiciamente sus ánimos para aquella grande empresa; y que en aquellos momentos, cuando la guerra (no una guerra injusta ni sugerida por la ambicion, sino muy santa y legítima)

habia apurado todos los recursos, aquella reina magnánima de una nacion famosa entre todas por *su bizarría y espíritu caballeresco*, se desprendió de sus joyas é inauguró en el Real de Santa Fé, ante la recien conquistada Granada aquella empresa, sobre todas admirable.

¿Y qué diremos de otro escritor de la misma nacion, no menos ilustrado, y cuya inteligencia y esfuerzos para hacer aceptables y populares en Francia las ideas y cosas de la marina, sinceramente alabamos (1), que reconociendo que "los españoles y portugueses fueron los primeros y mas fervorosos entre los navegantes de los tiempos modernos á arrojarse en la carrera de los descubrimientos marítimos," pesaroso á lo que parece de este juicio favorable, añade como un correctivo á sus elogios, *que no se sabe decir si este ardor les fué inspirado por una verdadera filosofía y el amor de las ciencias, ó mas bien por el vértigo de las aventuras arriesgadas ó novelescas, tan natural en estos dos pueblos, los mas aficionados á los portentos de la andante caballería; y, sobre todo, por la ambicion de las riquezas en una época en que ellas comenzaban á ser materialmente una necesidad general?*

Se vé bien que el autor á que nos referimos, como la mayor parte de los de su pais, no conocia de España mas libro que el *Quijote*, ni habia consultado otras noticias que el viejo repertorio de vulgaridades é hipócritas declamaciones dirigidas en todo tiempo contra nuestra nacion, por su antigua y envidiada prepotencia. Muy seguro se necesita estar de la credulidad del público á quien se refieren tales cosas, y mas aun del silencio de la nacion ofendida, para añadir seguidamente: "que desde aquella época dan tentaciones de creer que los navegantes de la Península ibérica, fatigados y satisfechos de sus giganteseos trabajos, se han dicho á sí mismos, que habian ya hecho bastante, dejando á las demas naciones marítimas el hacer lo demas....."

(1) Mr. Jules Lecomte: *Dict. Pittoresque de Marine*, art. *Decouverte*.

"Desde entonces, prosigue nuestro crítico, los ingleses, los franceses (1), son los navegantes que se han disputado el honor de seguir las huellas de los españoles y portugueses: tan audaces como ellos pero mas sabios, mas filántropos y menos interesados, sus esfuerzos han tenido por único fin el progreso de las ciencias, la propagacion de las luces y la felicidad de los hombres. Todos los bellos nombres que se unen á estos sublimes propósitos de una filosofía racional, no declinan gloria alguna en la historia de los descubrimientos. Anson, Drake, Lemaire, Byron, Cook, Furneaux, Bougainville, Kerguelen, La Perouse, de Langle, d'Entrecasteaux, Baudin, están inscritos sobre los promontorios, en los límites mas remotos del mundo habitable....."

Mucho admiramos la modestia que sobresale en esta distribucion de gloria, pura, verdaderamente evangélica y exenta de la codicia, la crueldad y otros villanos motivos que, á juicio del autor, fueron los principales móviles de los españoles y portugueses para sus descubrimientos y conquistas; y no es menor nuestra admiracion por la exactitud histórica en la mencion que hace de los posteriores navegantes dignos de celebridad, y la calificacion de moralidad y filosofía que á todos adjudica en el trozo profundamente humanitario que acabamos de trascribir. Podríamos pasar por alto en la reseña de estos nombres ilustres, la notable omision de Malaspina, cuyo viage de circunnavigacion hace tanto honor á este y demas marinos españoles que tan gloriosamente lo efectuaron como al gobierno que lo dispuso, por las miras interesantes y beneficiosas para las ciencias, el comercio y la navegacion que abrazaba y el bri-

(1) Remitimos aquí al lector á la noticia cronológica de los mas notables descubrimientos marítimos, formada por el ilustre escritor marino D. Martin Fernandez de Navarrete, y que con algunos aumentos insertamos en el tomo XIII de la *Enciclopedia moderna*, publicada por don Francisco de Paula Mellado (1852).

llante resultado que coronó sus esfuerzos (1); pues estamos acostumbrados á que los escritores franceses no se curen de indagar lo que honrosamente nos concierne y pertenece; pero, ¿con qué razon ó fundamento asocia á hombres tan ilustres el corsario Drake, únicamente célebre por su codicia, su crueldad y sus piráticas correrías por el Océano?

No acabaríamos si hubiésemos de contestar debidamente á las continuas y gratuitas ofensas hechas al honor español, á la multitud de inexactitudes y errores contra la verdad histórica en que incurre la mayor parte de los escritores estranjeros que se ocupan de nuestros hechos navales y militares, desde la época del descubrimiento y conquista de América, y que se reproducen bajo mil formas, á favor de nuestro incalificable silencio. Habremos de remitirlos, por última contestacion, al eminente escritor D. Martin Fernandez de Navarrete, cuyo buen juicio crítico y autoridad son acatados en todo el mundo sabio, quien, en la *Introduccion á la coleccion de viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, haciéndose cargo de tales errores é imputaciones, las contesta victoriosamente, demostrando, (contra la acusacion de falta de humanidad y abuso de las leyes de la guerra que se hace á los españoles durante aquella conquista, por una comparacion de su conducta con la observada posteriormente por los conquistadores y colonizadores de otras naciones que se reputan á sí mismas las primeras en cultura y sentimientos filantrópicos), que no son aquellos los que verdaderamente merecen el dictado de crueles é inhumanos.

Empero la antigua y pertinaz emulacion que, despues de haber preparado y provocado los sucesos que han desposeido á España de sus vastas posesiones en el continente americano, le disputa todavía la gloria que aquellos descubrimientos le alcanzaron, habrá de estrellarse siempre contra el juicio impasible de

(1) Véanse las notas.

la historia y el leal parecer de los hombres rectos de todos los paises y de todos los tiempos. Los españoles fueron en aquellos lo que han sido todos los conquistadores, y con grandes ventajas sobre algunos de los tiempos modernos; pero al estruendo de los combates, al tumulto militar de las conquistas, tras de hechos y venganzas lamentables de vencedores y vencidos, los viejos guerreros de Europa depusieron las armas y cedieron su lugar á humanos legisladores. No, no fué la esclavitud ni la abyecta servidumbre con que los antiguos griegos y romanos acompañaban su dominacion, las que impusieron los españoles á los bárbaros que sometieron, por mas que diga la hipócrita compasion de los modernos humanitarios; eran súbditos á quienes protegian las leyes mas suaves y paternales que se han promulgado, antes ni despues, para los paises conquistados por otras naciones (1).

Los españoles no llevaron la imágen del Salvador del mundo á las regiones bárbaras para hollarla con sacrílega planta, delante de la balanza y la vara de medir, como prenda de garantía y seguridad para poder establecer sus factorías; ni con el manto de misioneros llevando la Biblia falsificada en una mano y la yarda en la otra, amansaron su índole recelosa. Los españoles llevaron á América la fé exaltada del cristianismo, que llevaron Godofredo y los Cruzados á la Tierra Santa, con la rudeza propia de guerreros que unen francamente la fé, el sentimiento religioso á sus hábitos marciales; y sinceramente lo decimos; precisados á optar, á decidir, preferimos los inconvenientes, el fanatismo, si se quiere, de las guerras cristianas, á esas conquistas de nuestra era dirigidas por comerciantes, con ejércitos que se les confian, y que ellos pagan de sus fondos mercantiles. He aquí por qué los españoles, substituyendo á las armas la persuasion evangélica, han podido llevar á cabo y conservar grandes conquistas, con una facilidad que no han en-

(1) Véanse las notas.

contrado ciertamente en las suyas los modernos y filantrópicos conquistadores del Ganges (1).

España, árbitra soberana en sus dominios de establecer en beneficio de la metrópoli y su comercio las leyes que le plugo, impuso al establecerlas aquellas restricciones respecto de los estrangeros que á su pro é intereses convenia, con el mismo derecho y libertad con que luego (en 1682), promulgó la Inglaterra su famosa *Acta de navegacion*, haciendo la de sus costas y los productos de su comercio esclusivas para sus buques. Pero aquellas disposiciones tan justas y equitativas, tan conformes con el derecho público y reconocido en Europa, encontró desde luego la oposicion mas hostil de parte de esa misma Inglaterra que, á la par de celar la conservacion y defensa de su célebre Acta, fué sin embargo bastante injusta y egoista para querer y solicitar hacer por sí misma el comercio de nuestras colonias, escluyéndonos de toda participacion en los beneficios del suyo. Pero esta nacion ha querido siempre para sí como el leon de la fábula, la mejor parte en los despojos del mundo.

La Inglaterra miró con celosa impaciencia nuestra creciente prosperidad, y juró guerra perpetua á nuestras colonias, proponiéndose un sistema de permanente hostilidad contra nuestra industria, aun en aquellas épocas en que su debilidad, sus cálculos políticos ú otros intereses le obligaban á pactos de paz,

(1) Nada puede dar una idea mas exacta del espíritu mercantil y su predominio sobre todos los poderes de la Gran Bretaña, como el siguiente párrafo de Chateaubriand referente al Almirantazgo inglés y á la compañía de la India de la misma nacion.

"Se admira uno cuando entra en las habitaciones de los directores de esos establecimientos, cuyas operaciones se sienten de polo á polo. Algunos hombres con carrik negro; hé aquí lo que se encuentra, y sin embargo, ellos son los gefes de la marina inglesa, ó los *de esa compañía de comerciantes, sucesores de los emperadores del Mogol, y que cuenta en las Indias con doscientos millones de súbditos.*"

(*Memorias de Ultra-tumba*, tomo 3.°, pág. 405, edicion de Mellado.)

mas diplomáticos que sinceros, y que han sido constantemente rotos por ella, tan pronto como á sus mismos intereses acomodaba, sin preceder en muchos casos aquellas explicaciones, aquella solemne declaracion que el derecho de gentes y el interés comun y recíproco tienen establecidas entre las naciones cultas.

Triste condicion la de un pais y un gobierno que han mirado siempre como necesario á su conservacion, á su esplendor y poderío, el adquirir esclusivamente para sí el monopolio del comercio, y no creen deprimir esa grandeza, para la que les asisten sin duda títulos mas honrosos y legítimos, favoreciendo la clandestina introduccion de los productos de su industria en estraño territorio, escitando al olvido de sus deberes á los súbditos de otra potencia!

Las estendidas costas de nuestras codiciadas Américas fueron escogidas con preferencia para este fraude sistemático, para este activo contrabando, acogido en ellas y favorecido por la codicia de los interesados en su perpetracion, tanto mas impunemente cuanto mayor era su desamparo y la falta de fuerzas navales, en que nuestro incauto gobierno dejaba aquellas regiones.

He aquí como deprimiendo en un principio y desacreditando nuestras conquistas; pintándonos en sus escritos y en sus discursos como conquistadores crueles, rudos y codiciosos; seduciendo luego á los cándidos criollos con la espectativa de un cambio político que asegurase su independencia y *legítimos derechos* contra el *yugo tiránico* de la metrópoli; obrando por medio de numerosos emisarios, revestidos unas veces de carácter legal y diplomático, y otras como agitadores embozados; predicando humanidad y filantropía y horror á la esclavitud, (que ellos establecieron y sostienen aun de hecho en sus colonias), han sembrado la funesta semilla de la ingratitud, de la deslealtad entre los súbditos españoles del otro lado del Atlántico. Así es como en la época en que parecia mas sincera y fervorosa la

alianza entre España é Inglaterra, afianzada en la comunidad del peligro y de los intereses amenazados por el temible dominador de la Europa, se preparaba y atacaba solapadamente la mina, cuya esplosion debia fraccionar y destruir el vasto imperio fundado por nuestros padres (1).

El tratado de paz de Amiens vino á dar por algun tiempo un reposo aparente á la Europa. Cinco años casi de una guerra inevitable, habian causado en la época á que hemos llegado de nuestra historia, mayores males á nuestras Américas que las anteriores. Armada España para sostener estraños intereses, careciendo de un gobierno enérgico é independiente, vino á hacer un triste papel entre la Francia y la Inglaterra, sin poder en tanto atender al resguardo y defensa de sus remotas y vastas colonias. Como consecuencias naturales de aquella lucha, como otras estéril y perjudicial para los intereses nacionales, se vió abrumada con una deuda enorme, falta de fondos y sin poder cubrir las exigentes atenciones de su ejército y marina, ni á otros objetos de suma importancia. La considerable decadencia de las rentas de la corona producida por la interceptacion del comercio y la parálisis en sus operaciones, la pérdida de Mahon, la mortífera epidemia que acababa de afligir la Andalucía, la escasez de las cosechas, vinieron á empeorar la posicion del gobierno, poniendo el complemento á estos males, y agravando los apuros del erario, una verdadera inundacion de géneros de contrabando, introducidos con la entrada de 24,000 franceses en nuestro territorio.

Esta horrible penuria de medios hizo á nuestro desatentado gobierno volver los ojos á sus Américas, contando con los recur-

(1) "El mismo principio" dice tambien Chateaubriand, "que impi» de á la Inglaterra retirar su embajador de Constantinopla, se lo hace » conservar en Madrid, *pues siempre se separa de las reglas comunes, y » solo atiende al partido que puede sacar del trastorno de las naciones.*"
(*Memorias de Ultra-Tumba*, tomo 3.°, pág. 407.)

sos en metálico que debian hallarse en razonable cantidad reunidos en sus tesorerías, con donativos y otros recursos; medios inadecuados y solo capaces de ocurrir perentoriamente al reparo de nuestra desconcertada administracion; pero muy poco á propósito é ineficaces para curar de un modo radical los males que tan ásperamente aquejaban á nuestro pais. Y sin embargo, en aquellos momentos de angustia, decia un ministro de la corona, iniciado mas que otro alguno en los tristes secretos de la hacienda pública y escitàdo por la fuerza de la verdad, á los vireyes de aquellas distantes provincias: *que era prévia la necesidad de constituir nuestra marina en el estado mas floreciente y de utilidad recíproca para el caso de una nueva guerra, y que esta conviccion habia ya hecho adoptar á su generalísimo,* (el príncipe de la Paz) *las medidas mas seguras para conseguirlo* (1). ¡Tardo convencimiento, vanos propósitos, para cuya realizacion faltaba la libre, ilustrada y perseverante accion del gobierno, y que su sometimiento á la Francia y un cúmulo de obstáculos y desgracias tardaron poco en hacer ilusorios!

Anunciábase en aquella circular el inmediato envío de 120,000 quintales de azogue para la explotacion de las minas, producto de nuestros ricos criaderos de Almaden, con otros efectos de proficuo consumo en aquellas posesiones para el erario, como papel sellado, etc.; y fueron designadas y mandadas alistar para esta expedicion y su retorno con los caudales las fragatas de guerra *Clara*, *Medea*, *Fama*, *Mercedes*, *Astrea* y *Asuncion*, todas habilitadas al objeto en los departamentos de Cádiz y Ferrol, de donde respectivamente partieron á sus destinos, con corta diferencia de tiempo, aprovechando las seguridades de aquella paz tan suspirada.

Entre las mas fértiles y ricas regiones que formaban el opulento imperio español en aquella parte del mundo, se distinguia

(1) Circular de 16 de octubre de 1802, expedida en Barcelona á los vireyes de Méjico, Lima y Buenos-Aires.

por la bondad y dulzura de su clima, la que riega con la inmensidad de sus aguas el rio de la Plata, con cuyo nombre la designaron los conquistadores, y que mas tarde ha servido á sus desnaturalizados descendientes, latinizándolo, para denominar una república, foco de sangrientas disensiones, perenne manantial de revueltas civiles, y objeto, por último, de la codicia y rivalidad de especuladores extranjeros, que á favor de la anarquía han pugnado por establecer exclusivamente en ella su influjo y prepotencia. Los frecuentes actos de crueldad y venganza de los sucesivos dominadores de Buenos-Aires, turbando la paz civil, han obligado á gran número de aquellos naturales á echar de menos, aunque tarde, la dependencia de la metrópoli, haciendo justo parangon de ella con el yugo de sus feroces tiranos y la interesada amistad y proteccion de los extranjeros.

Ya en la época de nuestra narracion, mugian sordamente los preparados elementos que mas tarde produjeron la terrible esplosion que arrancó á la madre-patria aquella joya preciosa: la carta del hermano de D. Próspero, de que dimos conocimiento á nuestros lectores al principio de estas Memorias (cap. III), hacia una fiel pintura de aquellos anuncios, si bien no le era posible preveer al respetable marino, tan amante de su pais, la inmediacion ni la gravedad de la terrible revolucion que ha sido el resultado.

Tal era el estado del pais, cuando en la mañana del dia 26 de abril de 1803, hermosa y serena, como lo son por lo comun las de aquella plácida region, se veian grupos numerosos de personas de todas clases acudir al muelle principal que tiene la ciudad de Buenos-Aires sobre el rio, cuyo aspecto es semejante á un mar en aquel paraje. Formado de pronto y no á muy larga distancia con los abundosos raudales del Paraná y el Uruguay, revestido ya con un nombre magnífico, pasa como un gigante delante de la capital, y apenas parece que se digna mezclar sus aguas con el Atlántico. La causa de aquella estraordinaria afluencia y de la visible curiosidad que expresaban todos los semblantes, era la noticia recibida por Barragan de haber arribado á

Montevideo, capital de aquel apostadero marítimo, una fragata de guerra española, procedente de la metrópoli.

La pequeña ciudad de Barragan recibe su importancia de su puerto y bahía, en la cual se detienen todos los buques de cierto porte, que á causa de los bancos de arena no pueden remontar hasta la capital. La importante ciudad de Montevideo, situada en la banda occidental de la embocadura del gran rio, reunia en aquella época á su mucha riqueza é importancia como plaza militar y de comercio, la circunstancia de ser la capital, como digimos, del apostadero de la marina de guerra en aquella parte del Atlántico. Aquel suceso, de grande interés en todo tiempo para nuestras colonias, lo excitaba entonces sobremanera, por ser uno de los primeros bajeles de nuestra Armada que despues de largos años de una casi absoluta incomunicacion, ostentaba el pabellon nacional en aquellos mares. Todas las miradas se dirigian hácia donde los mejor dotados del órgano visual, señalaban una falua que á fuerza de remos remontaba por la banda oriental, y cuya bandera, flameando graciosamente con los alegres colores nacionales, se destacaba sobre los brumosos vapores del horizonte. El animado aspecto de aquel concurso, los gestos y las palabras denotaban bien á las claras la impaciencia con que unos movidos de sus afectos por la familia ausente, otros por los intereses de su comercio, y todos ó la mayor parte por el noble y natural deseo de saber de la madre-patria, esperaban la llegada de aquella embarcacion portadora de la correspondencia pública y del gobierno. Entre los ligeros y lujosos carruages en que iban llegando nuevos curiosos y espectadores, se vió detener uno conducido por un negro de vistosa librea que, apeándose con diligencia, dió respetuosamente la mano á un anciano de aspecto noble y á una jóven como de quince años, de rara hermosura. El trage del recien llegado y el distintivo militar que adornaba su bocamanga, demostraban que era un gefe en la Armada española. Algunas personas de distincion acudieron con muestras de amistosa complacencia á saludar al marino y su linda compañera.

—Buenas nuevas, Sr. D. Bonifacio, dijo una de aquellas estrechando su mano. Segun el parte que acaba de recibir el virey ayer ha fondeado en Montevideo una fragata de S. M. nombrada la *Mercedes*, y allí tiene Vd. la falúa de Barragan que á toda boga se dirige al muelle.

—Esas nuevas, contestó con júbilo el marino, son las que me traen, y el corazon me dice que me han de ser doblemente agradables, pues satisfaciendo mi impaciencia como buen español, espero tenerlas tambien de mi familia. Las últimas vicisitudes de nuestra cara patria, cuyas causas y pormenores ignoramos, gracias á tan insoportable entredicho, me tienen lleno de zozobra; la rareza con que aparecen nuestros buques de guerra nunca es un buen signo, á pesar de la paz que á Dios gracias ha puesto término á una lucha inicua; y por esto, amigo, añadió, bajando discretamente la voz, temo siempre y espero.

—Los semblantes de los amigos que ya distingo bajo la carroza de la falúa, contestó su interlocutor, no me anuncian nada adverso ó desagradable respecto de nuestra metrópoli; y hélos aquí que se acercan y nos sacarán pronto de duda.

En aquel momento atracó la falúa y saltaron en tierra varios individuos, entre los que se distinguia por su uniforme é insignias un teniente de navío, mandado por el comandante de la *Mercedes* para cumplimentar al virey y hacer entrega, con la correspondencia pública, de los pliegos del gobierno de que aquel estaba particularmente encargado. Despues de saludar á los presentes, que correspondieron con manifiestas señales de complacencia, dirigió una pregunta al capitan del puerto, que era la persona que hablaba con D. Bonifacio, en quien el lector habrá ya reconocido el respetable marino hermano de D. Próspero, á quien fué en seguida presentado con demostraciones de recíproca cortesía. Entonces le entregó el oficial de la *Mercedes* una carta cuya letra le causó un ligero estremecimiento, pues conoció la letra de Hernando. En ella le comunicaba este su llegada en la fragata, y el gusto que esperaba tener al dia siguiente de abrazarlo. El prudente jóven ocultaba en su carta (y ha-

bia encargado al oficial portador igual reserva) la causa que le obligaria por algun tiempo á permanecer en tierra, limitándose á decir, "que habiendo salido de Ferrol en union de la fragata *Clara*, con destino á Lima, habian sufrido, ya próximos á la costa oriental de América, un recio tiempo, durante el cual se separaron de dicho buque, de cuyas resultas se hallaban con una avería de consideracion en la carlinga del bauprés que ponia en riesgo á la fragata de desarbolar del palo trinquete, si no se ocurria á una pronta y radical composicion, con la cual pudiesen aventurarse á montar el cabo de Hornos; razon por qué, concluiá, habia resuelto el comandante D. José Goicoa, arribar á Montevideo;" pero le ocultaba que dirigiéndo personalmente la composicion provisional de aquella avería en el momento del conflicto, con los carpinteros de á bordo y algunos marineros inteligentes, habia llevado un golpe en una pierna por la caida de un trozo enorme de madera que fué necesario colocar entre la carlinga antedicha y el palo trinquete con las correspondientes cuñas y reatas, de lo cual le habia resultado una fuerte inflamacion que, aunque ya muy mitigada, requeria, en sentir de los facultativos, para la completa curacion, una asistencia mas esmerada que la que podia tener á bordo, razon por qué opinaban por la necesidad de su desembarco en el apostadero donde, si fuese necesario, podia esperar el regreso de Lima de la fragata. Por último, al anunciar Hernando su venida á Buenos-Aires para el siguiente dia, agregaba que iria acompañado del comandante, de quien habia obtenido el permiso para permanecer algunos dias al lado de su querido tio y familia.

Tanto este como su jóven hija daban bien á conocer en su semblante la sorpresa y el júbilo que aquella grata nueva habia producido en sus ánimos; afectos que en la hermosa Leonor revelaban ademas esa gozosa inquietud que escita por lo comun en los jóvenes la espectativa de la próxima llegada de personas que, por los vínculos de la sangre y el conocimiento de sus

dotes personales, tienen títulos á su cariño ó simpatías, y este sentimiento se mostraba en lo sonrosado de su rostro y en su mal reprimido y juvenil contento.

Ya en los primeros capítulos de esta historia dimos á conocer á los lectores la respetable persona del hermano de Don Próspero Piélago y del Ponto, como antiguo é intrépido marino, amigo del estimable D. Epifanio, y como un escelente y leal español. Ahora añadiremos que su lealtad en un pueblo donde era general esta virtud, pasaba por proverbial y se hacia notar en todos sus actos y palabras. Pero, si bien era por ella apreciado de todos los hombres honrados, esta misma virtud, dando en cara á ciertos espíritus turbulentos que trabajaban sordamente contra la madre patria, le hacia de estos otros tantos enemigos.

Preciso será que llevando al lector á la casa del tio de Hernando, donde este era ya esperado con impaciencia, le demos preliminarmente á conocer algunas particularidades de familia, cuyo conocimiento es indispensable para la inteligencia de los sucesos que vamos seguidamente á referir.

Don Bonifacio, menor solo de dos años que su hermano Próspero, despues de muchos servicios y campañas, de frecuentes espediciones, tanto en Europa como en América, en las cuales habia dado pruebas inequívocas de su valor é inteligencia como subalterno y como gefe, fué destinado al apostadero de Montevideo, y de allí á la plaza de Buenos-Aires para desempeñar cierta comision de importancia á las inmediaciones del virey. Aquella capital, tan grata entonces á nuestros marinos por el natural y trato obsequioso de sus habitantes y, sobre todo, por la amabilidad y donosura de sus damas, ofrecia, no obstante, en aquellas circunstancias penosos recuerdos para D. Bonifacio. Unos amores concebidos algunos años antes con todo el fuego é ilusion de la juventud, contrariados por los cálculos de interes de algunos parientes de su amada, habian dado ocasion á graves disgustos, y, para colmo de pesares, cuando los dos amantes

creian hallarse próximos á un desenlace propicio, no sin gran cautela y estudio preparado, se vió aquel obligado á abandonar de repente el teatro donde se consideraba próximo á triunfar de su adversa fortuna, por la repentina salida á la mar del buque en que fué de pronto embarcado.

Este golpe que dejaba á Rosa, que así se llamaba la jóven objeto de su pasion, á la merced de sus opresores, afectó de tal manera su ánimo, que trocó su natural, antes comunicativo y alegre, en misántropo y desconfiado, imprimiendo un sello de habitual tristeza á todos sus actos. Así la vista de aquellos parajes que le recordaban dolorosamente las dulces ilusiones de su primera juventud, el objeto de su única pasion, con la certidumbre de su pérdida, pues recelaba con sobrado fundamento que Rosa, apremiada por sus parientes, habria al fin dado contra su voluntad su mano al opulento criollo, dueño de muchas y pingües haciendas, con quien querian casarla; aquellos lugares, repetimos, y la vista de algunas personas que habian intervenido de cerca en aquellos sucesos, renovaron acerbamente la memoria de su dulce bien perdido. Aunque había tenido luego medios de averiguar la suerte que cupo al objeto de aquella pasion tan vehemente y contrariada, por un temor supersticioso, lejos de inquirirlo, habia eludido constantemente las ocasiones que tuvo para salir de aquella penosa incertidumbre. Temia, sin duda, en la exaltacion de su amor y de sus celos, que la certeza, la evidencia de su desgracia, empeorase la situacion de su espíritu, prefiriendo vagar entre las quiméricas y tormentosas ilusiones de la duda. En tal disposicion de espíritu no era estraño que, á pesar de haber trascurrido catorce años desde su salida de Buenos-Aires, sintiese, á la vista de aquellos lugares, avivar su pasion y los tormentos que le eran inseparables.

Un mes habia trascurrido desde su llegada, durante el cual procuró huir las ocasiones de aclarar el fatal enigma, y vivia envuelto en una nube de tristeza que en vano trabajaban por

disipar sus amigos. En tal estado de espíritu se vió precisado á asistir de ceremonia y en corporacion con el virey á la catedral, en el dia y con motivo de la festividad de Jueves Santo. El recogimiento religioso, la solemne majestad y santa tristeza de aquellas ceremonias, convenian perfectamente al carácter y situacion de Bonifacio. El culto católico en nuestras catedrales presenta en este dia un aspecto solemne y augusto, y por una costumbre que tiene su orígen en la grave religiosidad de nuestros padres, todos cuantos concurren al templo ostentan y hacen alarde en este dia de particular esmero y lujo en su traje, costumbre que en la América española raya en un estremo sorprendente. Las damas americanas, acostumbradas á una vida muelle y á un quietismo á que obligan tanto el temperamento como las costumbres, deponen en estos dias santos toda su dejadez y, confundidas en la multitud, pisan con sus delicados piés las calles que cruzan de contínuo con sus ligeros y cómodos carruajes; lo cual produce un espectáculo lleno de novedad y animacion para los forasteros y aun para los naturales por su rareza, pues es, ademas, la ocasion en que el bello sexo despliega y pone en evidencia sus gracias, y ostenta un lujo deslumbrador propio de aquellos paises.

Ya el hermoso y antiguo templo se iba poblando con lo mas selecto de la capital, y las damas que ocupaban el ante-presbiterio, eran el objeto de las observaciones y cuchicheos de los compañeros y amigos cercanos á D. Bonifacio, quien poseido en aquellos momentos de una penosa abstraccion de espíritu cruzada de amargos recuerdos, procuraba refujiarse en los consuelos que la relijion ofrece á los que con una fé pura esperan de la Providencia el remedio de sus males. Arrobado en sus pensamientos no sintió pasar junto á sí un negrito vestido con una rica librea que, llevando un magnífico tapete, precedia á una señora jóven lujosamente ataviada, y que vino á colocarse delante y á muy corta distancia de nuestro enagenado marino. La singular belleza de la dama produjó en torno suyo un mur-

mullo que hubiera bastado á sacar de su meditacion al ser mas estático. D. Bonifacio fijó los ojos en aquella mujer á quien no podia ver la cara; y esta vista produjo en él un estremecimiento nervioso: su corazon latia tumultuosamente y una turbacion indecible embargó súbitamente sus potencias. Aquella incompleta vision, obrando simpáticamente como una especie de magnetismo, le reveló que allí estaba la mujer que habia encendido en su corazon adolescente la llama de un intenso amor; la que correspondió tiernamente á sus afanes y hubiera sido suya, sin la tenaz oposicion de un padre avaro é influyente. No se atrevió á preguntar: temia saber demasiado pronto la terrible palabra que habia de arrebatarle todas sus amadas quimeras, sus locas ilusiones. Pero ya no estaba en su mano evitarlo, y el nombre de la señora de *Valdorado*, que oyó pronunciar y repetir á su inmediacion, le presentó de lleno y con espantosa realidad todo el esceso de su infortunio. Un dolor penetrante vino á irritar la mal curada llaga, y solo sus sentimientos relijiosos pudieron en aquel trance contener los ímpetus de su alma, encontrándose á tan corta distancia de aquella á quien llamó en otro tiempo suya.

Concluidos, en fin, los divinos oficios, la dama se levantó, y ya se dirijia hácia una de las puertas del templo, cuando su bello rostro, mostrándose de repente, á la manera del astro diurno á quien velaba una pasagera nube, se presentó de lleno á los fascinados ojos del marino, causándole un efecto no muy desemejante, aunque por distinta causa, al que diz que producia la cabeza de Medusa. Rosa fijó los ojos en Bonifacio y su rostro se cubrió de una súbita palidez al reconocer á su amante, y echándose con prontitud el velo á la cara salió con precipitacion de la catedral. Aquel siguió maquinalmente á sus compañeros, y apenas lo permitieron la atencion y el buen parecer, corrió á sepultarse en su habitacion bajo el peso abrumador de su infortunio.

Y sin embargo, D. Bonifacio no era tan desgraciado como él se imaginaba. Aquella jóven habia, en efecto, dado su mano

hostigada por la tiránica persecucion de sus deudos al marques de Valdorado, hombre valetudinario y de edad avanzada, y uno de los propietarios mas ricos del pais, con muchas posesiones y haciendas; pero aquel consorcio, para el que se habian empleado medios inauditos de coaccion largos de referir, fué de breve duracion, pues el marqués habia fallecido á los pocos años por efecto de sus achaques, dejando á doña Rosa, á quien verdaderaménte amaba, la parte disponible de su caudal.

Las penas de nuestro marino no fueron de larga duracion: una entrevista facilitada por amigos oficiosos; esplicaciones, aunque crueles, aceptadas por un amor constante y recíproco, volvieron la tranquilidad á su ánimo, y diremos, concluyendo esta forzosa digresion, que aplazando su enlace, en tanto que se obtenia la real licencia y por el tiempo que requerian la práctica de ciertas diligencias y el buen parecer; acallada, sino vencida, la tenaz oposicion de los parientes de doña Rosa, tuvo al fin venturoso efecto la union de aquellos amantes. El carácter de D. Bonifacio y la índole dulce y amable de su esposa les auguraban dias muy felices; así los primeros años trascurrieron plácidamente para ellos, y el cielo bendijo su union concediéndoles en la hermosa Leonor, á quien idolatraban, un compendio de perfecciones. Los bienes de fortuna de que doña Rosa podia disponer eran considerables; y aquel, aunque segundo de una casa acomodada de España, contaba por su parte una regular fortuna; lo cual unido al distinguido lugar que en el órden social ocupaba, constituia entonces una alta posicion en la capital de aquel antiguo vireinato. Así disfrutaron algunos años de vida sosegada, durante los cuales, creyendo D. Bonifacio haber pagado ya el contingente á la patria de los servicios á que se consideraba obligado como buen español en su peculiar carrera, solicitó su retiro que le fué concedido en términos honrosos, fijando su residencia en Buenos-Aires, como pueblo de su adopcion. Leonor, único fruto de aquel novelesco consorcio, adelantaba en años y gentileza, y ya á los catorce fijaba la

atencion, no solo por sus prendas y gracias naturales, sino tambien por ser la presunta heredera de los bienes de su madre aumentados considerablemente, merced á la acertada administracion de D. Bonifacio, y con los que este mismo poseia.

Pero aquella prosperidad fué interrumpida por una cruel desgracia, orígen de infinitos males que debian acibarar el porvenir de una familia hasta allí venturosa. La muerte de doña Rosa, sobrevenida inopinadamente, trajo el llanto y la desolacion á la morada del honrado marino. Este golpe suscitó nuevamente el humor tétrico y aquel tono melancólico que el lector habrá advertido en la carta que escribió á su hermano cuando le anunció el triste acontecimiento, comunicándole al mismo tiempo los temores de una próxima desafeccion en aquella parte de nuestra América, promovida por los enemigos de España.

La donacion que en uso de su libre y espontánea voluntad, y sin alguna restriccion, habia hecho de sus bienes libres el marqués de Valdorado en favor de su esposa, produjo en algunos de sus parientes un mortal despecho: ellos habian abrigado hasta su casamiento la esperanza de ser sus herederos, aunque sus relaciones de parentesco con el difunto marqués no fuesen demasiado cercanas; y este encono adquirió un carácter de ferocidad desde que la hermosa viuda dió la mano al marino español, objeto desde entonces de una envidia sorda y concentrada. La política, es decir, la política de partido, que basta por sí sola á engendrar odios implacables, vino tambien con sus odios á encrudecer aquellas malas pasiones, dando orígen á un plan organizado de persecucion y venganza, alimentado con el estímulo y la esperanza de la posesion de aquellos cuantiosos bienes. Pero D. Bonifacio era hombre respetable por su rango y su persona, bien quisto y considerado en el pais, y dotado ademas de un carácter firme y enérjico. Era preciso emplear, por lo tanto, para llevar á cabo aquel plan dictado por el rencor y la codicia, la astucia, la intriga y la hipocresía; y todo se

empleó con una sagacidad y una perseverancia verdaderamente diabólicas.

Entre los parientes del difunto marqués habia un sobrino, mayor de veinticinco años, hijo de una prima hermana, viuda á la sazon de un comerciante brasileño, establecido poco antes de su muerte en Buenos-Aires, que dejó al morir un caudal considerable, y tan bien arreglados sus negocios que habria sido fácil, á favor de un crédito sólidamente establecido, continuarlos sin alteracion, si en su posesion y manejo le hubiese sucedido un hombre honrado y laborioso. Desgraciadamente aconteció todo lo contrario. D. *Turbulio Revueltas* (que con tal nombre era conocido en el pais el sobrino de que hablamos, bajo cuyo significativo seudónimo lo daremos tambien nosotros á conocer), dueño absoluto de aquellos bienes, desatendiendo los consejos y ruegos de una madre vana y ciega de cariño por aquel único vástago, dotada de un temperamento flojo é indolente, se entregó, con amigos de su misma índole, á una vida de disipacion y desórden, para la que le habian predispuesto los vicios de una pésima educacion. Como el personaje que ahora introducimos en nuestra historia desempeñará probablemente en ella un papel algo mas que secundario, forzoso será que nos detengamos algun tanto en su retrato.

Luego que D. *Nuño Suza Moriz da Revolta* vió cumplir á su sucesor trece años, lo embarcó en un buque que salia del Janeiro para Inglaterra á cargo de su capitan, como parte del cargamento ó una pieza de factura, consignándolo á la casa de su corresponsal en Lóndres *M. Simeon Hearstone* y compañía, acompañando unas instrucciones en lenguaje de escritorio, de que daba fé el libro copiador, referentes al ulterior destino de una gran remesa de cueros, cuernos y plumas, y de que hacia parte y complemento el sobredicho sobrino. Correspondiendo el judío consignatário con una exactitud verdaderamente mercantil, los cueros, los cuernos y las plumas fueron desde luego beneficiados segun las prescripciones del remitente, y el jóven

Turbulio agregado al escritorio del comerciante británico, donde pasaba, entre la partida doble y el estudio de idiomas, algunas horas del dia; y como las instrucciones de la casa del Janeiro no se estendian á mas, el resto quedaba enteramente á disposicion del mancebo.

La aritmética mercantil sirvió para desarrollar en el jóven criollo su admirable facultad instintiva para los negocios breves y proficuos, y de que daban signos tanjibles los órganos frontales y occipitales, sabiamente designados por los adeptos de la frenologia con los nombres de órganos de la *especulabilidad, adquisibilidad* y *secretibidad*; al mismo tiempo que el que llaman muy elocuentemente órgano de la *concienciosidad* se hallaba sensiblemente depreso. A favor de dotes tan maravillosos, aprendió prontamente los idiomas de mas uso en el comercio, los cuales le dieron fácil entrada (gracias al poco escrúpulo de los maestros en la eleccion de sus testos) en ese mundo de ideas libres é irrelijiosas, que á la sazon conmovian la sociedad europea, ya predispuesta con la falsa filosofía de los enciclopedistas. En las instrucciones de la casa de Janeiro se prefijaba tambien un viaje á París, como complemento indispensable de un plan de instruccion comercial, á la par que un perfecionamiento de educacion de buen tono. El jóven Turbulio fué por lo tanto *consignado* á un corresponsal *ejusdem generis*; es decir, comerciante de cueros y peinería de aquella capital; y este artículo no se cumplió con menos formalidad y precision que los anteriores.

Previas las formalidades de aviso y acuse de recibo, el educando llegó á la nueva Atenas, donde poco tardó en relacionarse con simpáticos y numerosos amigos. Nutrido con la sabrosa lectura de Voltaire, de aquel hombre que ansioso de celebridad habia sacrificado á una falsa gloria sus pasmosos talentos, sus mas sagrados deberes y hasta sus íntimas convicciones, y cuyas doctrinas dieron en Francia el primer golpe de muerte al edificio social; se saturó, por decirlo así, de su genio, de su

sátira incisiva y de su burlon escepticismo; y tan creyente como *Holbach*, tan puro y decente como *Piron* y *Pigault-Lebrun*, cuyas obras sabia de memoria, se lanzó con un entusiasmo frenético en las ideas revolucionarias, hasta lograr distinguirse entre sus dignos modelos. El señor Coello, llevado de ese achaque de vanidad de que adolece mucha parte de los hijos de América, habia querido tambien que su hijo, durante *sus estudios* en París, no ostentase menos fausto que otros jóvenes compatriotas que á la sazon *cursaban* en aquella capital; prodigalidad de que el retoño del señor Revolta supo aprovecharse, dejándose atrás á los jóvenes mas disipadores, inmorales y corrompidos.

Turbulio que alcanzó los albores de la revolucion, se afilió en los clubs y sociedades patrióticas de mas renombre, gozó de las mejores escenas, y despues de algunos años de disipacion, con la noticia que recibió de la muerte de su padre, volvió á su patria con cierto barniz de saber y de elegancia; pero gastado, enfermizo, petulante y vicioso; sin creencias y con un corazon solo accesible á los estímulos del interés y de la ambicion. Dueño ya de sus acciones y en posesion de grandes bienes, *recien llegado de Paris*, se hizo el objeto de la admiracion de los fatuos y el modelo de los jóvenes evaporados de la capital del vireinato á quienes inoculó y trasmitió sus doctrinas inmorales y revolucionarias; y cuando á fuerza de gastos, de enormes pérdidas en el juego, en los gallos, en orgías en que procuraba parodiar los *petits-soupers* de París, habia devorado su caudal; despues de consumidas las economías, y hasta las alhajas de una madre demasiado condescendiente y bonachona, vendió fincas, contrajo deudas y puso en juego los inmensos recursos de su astucia, para sostener el esterior boato y alimentar sus indomables pasiones.

Si Turbulio no hubiese sido mas que un libertino vulgar, poco sensibles habrian sido sus excesos en una poblacion morijerada y donde residian autoridades celosas por la conservacion

del órden y las buenas costumbres; pero era ademas un hombre temible, y no en vano habia participado en París en la iniciacion de los misterios revolucionarios. No solo era un ferviente emisario de la sociedad jacobínica de los *Derechos del hombre*, y uno de sus principales agentes propagandistas para *la libertad del género humano*; sino que tenia, ademas, muy serias relaciones con los secretos agentes del gobierno británico en el Brasil, que como otros, discretamente diseminados por nuestras Américas, se ocupaban en preparar la grande y desinteresada obra de la emancipacion. Turbulio era por lo tanto un gefe de sociedades secretas, rejia un ejército invisible de fanáticos políticos, á quienes estaba unido por los mismos vínculos que lo estuvo con sus secuaces en Roma, el tipo y rey de los conspiradores, el temido Lucio Sérjio Catilina.

Constante la Inglaterra en su invariable sistema político de sacrificar la razon y el derecho á los intereses de su comercio; no contenta con el ominoso contrabando que impunemente introducia en aquellos dominios, predisponia por medio de tales agentes los ánimos de los indíjenas contra el llamado despotismo de la Metrópoli; manejos que el gabinete de Madrid sufria ó afectaba ignorar; harto notorios, sin embargo, y que el tiempo, ese demostrador inexorable, contra quien no prevalecen los arcanos de la intriga ni las mas sublimes combinaciones diplomáticas, ha venido á patentizar bien á costa nuestra.

Turbulio era, pues, el gefe y delegado secreto del club central, filantrópico y libertador del Brasil, residente en rio Janeiro, y excitador de aquel movimiento desleal de que hablaba el previsor D. Bonifacio en su carta, que mas tarde facilitó las invasiones que verificaron los ingleses, creyendo contar con las simpatías del pais y que, no obstante, se estrellaron en el valor y lealtad de aquellos fieles naturales; sentimientos revolucionarios, que atizados despues con toda la perfidia de la seduccion y el maquiavelismo de algunos hijos desnaturalizados y ambiciosos de aquel noble suelo, produjeron, al fin, la completa eman-

cipacion de la colonia. El agente de los ingleses supo esplotar las pasiones bastardas de algunos de sus paisanos, exacerbando ese odio absurdo, inconsecuente, y no obstante disimulado con esterioridades de falsa amistad á los españoles. Así le fué fácil, despues de haberles hecho parodiar ridículamente los *incroyables* del Boulevard, proponerse á sí mismo como modelo de un *Aristogiton* á la *sanculote*. Vióse como el héroe de las *Catilinarias* (y no deberá pasar por exajerada la comparacion) rodeado de propietarios agoviados por deudas, de hombres medianos devorados de ambicion, abogados audaces y militares viciosos, y con estos de una multitud de jóvenes imberbes, seducidos por esas clásicas ideas de libertad, como se conciben en los colegios y en el mundo de las teorías, á los cuales se unian los estafadores de oficio, falsarios, contrabandistas y aun asesinos. Sobre esta escoria y mala levadura se formó, como digimos, la infanda revolucion americana, á la cual cooperaron, no obstante, muchos naturales incautos, fanáticos ó seducidos por las ideas fascinadoras, el lenguage y clamoreo de sus apóstoles.

Con tales cualidades y antecedentes, Turbulio miraba los considerables bienes de que era poseedor y depositario el padre de Leonor como una presa apetitosa, y la posesion de aquella, por quien el temible libertino habia concebido una pasion frenética, como el medio mas seguro de alcanzarlos. El logro de ambos objetos no dependia tanto, allá en su ánimo, de su obsequiosa perseverancia en solicitar el amor de la jóven, y en la aquiescencia del padre para una alianza que en su orgullo y pretensiones juzgaba muy aceptable para ellos, cuanto de su astucia y decidida voluntad. Ademas, el codicioso sobrino del marqués de Valdorado miraba la adquisicion de la mayor parte de aquellos bienes, como una especie de restitucion, y contaba por un auxiliar eficaz é irresistible para su intento con la revolucion. Mas aun cuando el bondadoso D. Bonifacio ignorase toda la maldad que aquel corazon pervertido atesoraba, no podia ocultársele, como hombre maduro, morigerado y de esperiencia, que

bajo aquel esterior cortés, discreto y elegante, se encontraba el hombre sin costumbres, el burlon escéptico; y por lo tocante á Leonor, no solo la guarecian de la seduccion de su peligroso solicitante su inocencia y puras inclinaciones, sino una aversion instintiva, que no obstante disimulaba correspondiendo á los asiduos obsequios y esquisitas galanterías de su primo con templada familiaridad y discrecion; demostraciones que aquel, sin embargo, no interpretaba de un modo desfavorable. Pero la llegada de Hernando cambió súbitamente el estado de los espíritus, como vamos següidamente á referir.

El cariño de los dos hermanos, Próspero y Bonifacio, la cordial intimidad y correspondencia de sus familias, eran harto conocidos de los amigos del segundo en Buenos-Aires, para que la llegada de su sobrino predilecto dejase de considerarse por ellos como un acontecimiento grato é interesante. Así, cuando al dia siguiente llegó Hernando, como tenia anunciado, con el comandante de la *Mercedes*, la morada del antiguo marino se hallaba concurrida con los amigos mas asíduos de la familia, entre los que se hallaban personas de la primera clase, deseosos de tomar parte en aquella satisfaccion. Entre varios marinos, establecidos unos en Buenos-Aires y otros destinados al inmediato apostadero de Barragan, se hallaba D. Santiago Liniers, ilustre caballero francés al servicio de España, cuyo heróico denuedo y lealtad, secundados por el patriotismo y bizarría de los naturales, le adquirieron á poco tiempo una merecida fama en la defensa de aquella capital, hechos de que hablaremos en su lugar. Tambien se halló presente á la llegada y primera entrevista de Hernando con su tio y la hermosa Leonor, el sagaz y peligroso pretendiente á su mano que acabamos de dar á conocer.

Hay ciertas escenas en la vida interior de las familias para cuya pintura es débil la palabra; solo la vista y el oido pueden percibir y comprender aquellas rápidas sensaciones, aquellos acentos espontáneos del corazon, aquellos rasgos accesorios,

cuyo conjunto constituye lo que los melodramáticos franceses llaman *tableau*. Nos limitaremos, pues, á decir, que la gallarda presencia del jóven oficial de marina, el noble aspecto y continente de su tio, la belleza incomparable de Leonor, realzada con la emocion y una candorosa alegría; los amigos, en fin, en cuyos animados semblantes se veia pintada la mas espansiva satisfaccion; todo formaba verdaderamente un cuadro agradable y capaz de complacer á aquellos, sobre todo, para quienes es de algun precio é interés la felicidad doméstica. Aquel cuadro, empero, tenia su lado sombrío y terrible; en aquel delicioso y fragante jardin, cerca de la cándida azucena, silvaba rastrera y rencorosa la serpiente. Turbulio sintió penetrar en su corazon el frio dardo de la muerte, cuando vió acercarse los dos jóvenes primos, hermosos, tímidos, mirarse con dulce sorpresa, abrazarse al fin, á la voz imperativa de D. Bonifacio; y en aquel momento, poseido de una envidia semejante á la que hubo de esperimentar Luzbel en el paraiso al contemplar la felicidad de nuestros primeros padres, concibió una profunda é implacable aversion contra Hernando.

La llegada del héroe de nuestra historia á casa de su tio, produjo en los hábitos y costumbres de la familia una completa variacion. Don Bonifacio, que desde la muerte de su cara esposa se hallaba poseido de una profunda melancolía, templada á veces con la presencia de Leonor, viva imágen de aquella, á quien amaba entrañablemente, mas que por sus gracias, por sus prendas morales, estremada eficacia, cariño y solicitud filial, pareció dar treguas á sus pesares y recobró alguna parte de su antigua jovialidad. Incesantes preguntas sobre su hermano y demas individuos de la familia, incluso su buen amigo D. Epifanio; sobre el pueblo de su nacimiento y otros mil particulares, referentes á la marina y muy detenidamente sobre los accidentes de viage de la fragata, con pormenores técnicos siempre interesantes para un marino, todo ello ocupaba de un modo gustoso su atencion; y por otro lado, las animadas y discretas esplicacio-

nes de su sobrino, su notable instruccion y modestia, unido á su mérito personal, acabaron de cautivar su voluntad, viniendo á ser, despues de su hija, lo que mas amaba en el mundo.

¿Y qué diremos acerca de lo que aquella jóven pensaba de su primo? Si la índole de esta narracion lo permitiese; si el respeto que debemos á nuestros graves lectores no contuviera nuestra pluma; si abrigásemos, en fin, la esperanza de que algunas amables lectoras cogiesen en sus manos este libro de índole tan ambigua, aquí nos detendríamos de buen talante á esplicar los admirables y controvertidos efectos de la simpatía; hablaríamos del magnetismo amoroso y concluiríamos, despues de disertar prolijamente con la autoridad de los antiguos y los modernos, con decir que aquellos jóvenes, sometidos á una influencia celeste, habian nacido el uno para el otro. Hernando no pudo resistir al fuego de los fascinadores ojos de Leonor; al encanto de su voz, de su talle, de aquel rostro en que se veian confundidos el tipo andaluz con la seductora y amable negligencia de las hijas de América, y cuya esquisita belleza realzaban sus negros y ensortijados cabellos. El trato íntimo les descubrió á los pocos dias sus cualidades morales, y este conocimiento justificó completamente á sus ojos la pasion que mútuamente se habian inspirado; y si bien los jóvenes nada se dijeron, el venturoso Hernando no tuvo derecho para cantar como el otro pastor enamorado

No sé, Olalla, si me adoras,
Puesto que no me lo has dicho;
Ni con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amoríos.

Uno y otro se miraban y comprendian, y esto bastaba á su felicidad.

La casa de D. Bonifacio, de construccion antigua, con un frontispicio superado de las armas de la familia, á pesar de un repartimiento irregular y caprichoso si la comparamos con las

modernas construcciones, ofrecia en su amplitud y doble piso toda la comodidad apetecible. En su mueblaje, si bien se resentia algun tanto del mal gusto y austeridad de los primeros colonos españoles, mas atentos á cuidar sus arreos militares que al ornamento y regalo doméstico, se notaba un lujo grave é imponente. Un hermoso jardin, los patios, los almacenes, las cuadras, denotaban ser aquella la morada de un rico hacendado de América. Una respetable parienta de Leonor por parte de madre, algo anciana, vigilaba la inmediata educacion de esta, gobernaba interiormente la casa y autorizaba el estrado. El servicio doméstico era desempeñado por negros de ambos sexos. Don Bonifacio conservaba á su lado y servicio una antigua ama de gobierno europea adicta á la familia, y un mayordomo, que lo habia sido tambien en los buques que últimamente mandaba, el cual venia á ser, por su inteligencia y fidelidad, su secretario y agente para sus negocios. La habitacion de Hernando daba vista al jardin cuyas balsámicas emanaciones percibia desde sus ventanas; y como la casa de D. Bonifacio tenia ademas una torre, desde ella se complacia nuestro amigo en contemplar al amanecer, siguiendo sus hábitos de á bordo, con la simple vista ó con el anteojo, aquel vasto horizonte marítimo y terrestre, las verdes y amenas campiñas que rodean á Buenos-Aires, la ribera occidental del rio, los buques fondeados en frente de la ciudad y en Barragan, la distante isla de San Gabriel y el incesante movimiento de las embarcaciones menores y piraguas que en todas direcciones surcaban aquel inmenso rio.

Hernando se halló pronto en relacion con lo mas escogido de la ciudad de Buenos-Aires; su parentesco con D. Bonifacio y sus dotes personales le atrajeron muchos amigos y apasionados. Entre ellos se distinguia por una decidida inclinacion don Fidel Ibero y Leal, hijo del pais, jóven juicioso y de buenas costumbres, dotado de una rara inteligencia, cultivada con esmerados estudios, conocedor de la historia de su patria, naturalista, no enemigo de las musas y cuya edad, que se acercaba

á los treinta años, daba á sus juicios y opiniones, realzadas con su ameno decir y gustosa conversacion, grande peso y atractivo. Era uno de esos numerosos americanos que no han renegado de la sangre de sus progenitores; que creian poder aspirar á mejoras y franquicias adecuadas á los progresos de la civilizacion en nuestras colonias, sin incurrir en la fea nota de ingratos y desleales, prefiriendo pedirlas y alcanzarlas de la madre patria á sacudir la dependencia con las armas, atrayendo al pais, en vez de los goces de una soñada libertad, de los bienes y riquezas, el desate de pasiones bastardas y feroces, sangrientas venganzas, incesantes reacciones, la anarquía, el luto y una desolacion permanente.

Don Fidel acompañaba á Hernando con frecuencia, y en el trato y amistad de este sensato jóven encontró aquel un agradable pábulo á su insaciable afan de saber. Entanto que Hernando, tranquilo y feliz, gozaba con toda la ilusion de la juventud de los encantos de su amor y las dulces fruiciones de la amistad, empezaba á urdirse sordamente la persecucion con que iba á ser contrariada su naciente dicha, y la envidia preparaba traidoramente los medios mas seguros para lograrlo. Pero felizmente lo ignoraba; y decimos felizmente, porque ¿qué sería la vida si el hombre poseyese el fatal don de la presciencia, el conocimiento del porvenir, y caminase á sabiendas al precipicio, al abismo en que debe sumergirse con todas sus esperanzas? ¿De qué servirían el valor y la constancia en los trabajos y penalidades de la vida? ¿De qué el freno saludable de la conciencia, la virtud misma, sin el libre albedrío y la incertidumbre en los resultados de nuestras acciones?

Y haciendo natural y oportuna aplicacion de estos principios generales á los sucesos de nuestra historia, diremos: ¿Quién de los marinos que con él dotaban la fragata *Mercedes*, hubiera puesto el pié con serenidad, al zarpar de la península, en aquel noble bajel, sabiéndolo predestinado á una desgracia horrenda?

En tanto que el sencillo jóven pisaba incautamente el pen-

sil lleno de flores por donde pensaba llegar al colmo y término de su ventura, el astuto solicitante de la mano de Leonor, alarmado por las inequívocas señales del amor de Hernando, quiso anticiparse á los resultados, y pensó dar término á su ansiedad pidiéndola solemnemente al padre en matrimonio. Entre varios medios que se le ocurrieron para llevar á cabo su propósito, prefirió valerse de una carta, empleando la oficiosa intervencion de un eclesiástico de grande respeto é influencia en la poblacion, afecto á su familia, y de cuyo ascendiente y persuasiva se prometia alcanzar el completo desvanecimiento de los obstáculos ó razones que pudiese oponer D. Bonifacio para un enlace que, dejando á parte la fortuna, posicion social, esperanzas y otras ventajas del pretendiente, ofrecia una transacion satisfactoria entre ambas familias, para quienes vendria á ser el íris de paz despues de las disidencias y conflictos ocasionados por la boda de doña Rosa. La carta estaba escrita con finura y talento; respiraba los sentimientos del mas puro cariño, un ardiente deseo por la felicidad de Leonor, dejando percibir un estudiado desden hácia los intereses, á la par que una deferencia suma y respeto á D. Bonifacio, cuyo consentimiento se solicitaba en nombre de la paz y de la religion. El eclesiástico mediador en este negocio, cerrando los ojos sobre las verdaderas cualidades de Turbulio, creyó deber emplear todos sus esfuerzos para la consecucion de sus deseos, y desempeñó su encargo con celo y carácter. Pero se trataba de la suerte de una hija adorada; y aunque D. Bonifacio era blando, persuasible por índole, enemigo de la discordia, y hubiera deseado sinceramente la reconciliacion con los parientes directos, mas ó menos inmediatos de su difunta esposa, no podia resolverse á sacrificar la dicha de aquella, cuando tantos motivos tenia para estar persuadido de que Turbulio, con todos los atractivos y seducciones de su persona, lo discreto y exquisito de su conversacion y sus modales, y aun los bienes que pudiese alcanzar de otros parientes ó por la ventajosa posicion á que le era dado aspirar, no podria

ser jamás el hombre de su eleccion. Por que ¿cómo superar aquella influencia, aquella fuerza repulsiva, que impedia todo acuerdo, toda confianza entre el hombre morijerado y religioso, franco, leal à su pais, de principios rectos y caballerosos, y el solapado libertino, disipador, incrédulo y presunto jefe de la faccion desleal y connivente con los enemigos del Estado?

No se ocultó al padre de Leonor todo lo comprometido de su posicion; previó las consecuencias, y, sin embargo, tuvo entereza bastante para dar una respuesta, que por revestida que estuviese de todas las formas de la cortesía y acompañada de esos lenitivos que templan lo áspero de una terminante repulsa, no por eso dejaba de significar una negativa sin esperanza á la demanda de Turbulio. El jactancioso y consentido solicitante se sintió herido en la parte mas irritable de su orgullo; y la rabia y el deseo de venganza, reemplazaron precipitadamente en su corazon á los sentimientos que le impulsaron á pedir la mano de su prima, y solo se ocupó ya de emplear con astucia los medios de destruir la naciente felicidad de los jóvenes amantes, de apoderarse de los bienes á cuya posesion aspiraba, y juró para sí, que aquella union no llegaria jamás á realizarse.

Dos meses habrian trascurrido desde la arribada de la fragata *Mercedes* á Montevideo, durante los cuales se habia trabajado con la mayor actividad en reparar sus averías, colocando una nueva carlinga á su bauprés con otros reparos de importancia; y estando ya en disposicion de salir á la mar, resolvió su comandante dar la vela para Lima, terminando así la primera parte de su campaña y comision. Hernando hubiera querido, llevado de su pundonor, reembarcarse y continuar en ella su curacion; pero los facultativos no creyeron prudente interrumpir el plan curativo que le habian impuesto, incompatible con la vida marítima; y como por otra parte debia la fragata, segun las instrucciones del gobierno, regresar á aquel apostadero á su vuelta para Europa, hubo modo de conciliar entre los

jefes de aquella y de este su permanencia, empleándolo en los servicios que podia prestar en su actual estado.

La fragata *Mercedes* dió al fin la vela de Montevideo en 24 de mayo de 1803, y habiendo doblado en buenas circunstancias el Cabo de Hornos, llegó con toda felicidad á Lima.



## CAPITULO XXV.

Festividad nacional en Buenos-Aires.—El peluquero de principios del siglo. Apología de la coleta.—Festin y sarao en el palacio del virey.—El club de los *Independientes de la jóven América.*—El trovador misterioso.—Horrible maquinacion contra el héroe de nuestra historia.—Llegada á Lima de la *Mercedes.*

> ¿Y he de hablar únicamente de Catilina?.... ¿No debo decir algo de estos enemigos encubiertos que se mantienen dentro de Roma, y viven y hablan con nosotros?
>
> CICERON—*Orationes in L. Catilinam.*

> Como la rebelion no puede invocar la justicia en su abono, apela á la *humanidad* para interesarla con endechas lúgubres: exigir en sus relatos la verdad, la buena fé, hechos testificados é intergiversables, seria exigir un imposible en el órden moral. El entusiasmo de la libertad desarreglada se aumenta con ficciones; la rebelion con calumnias y groseras imposturas; y la rabia, el furor y el encono fueron siempre las armas favoritas de los pueblos sublevados.
>
> *Estado de la revolucion de Buenos-Aires.*—Discurso preliminar.—Por un criollo de aquel pais.—1821.

Hemos llegado á una época bastante avanzada de nuestra relacion, no sin infringir con harta libertad las reglas y condiciones de la moderna escuela, separándonos de las huellas de ciertos autores que pasan por los verdaderos modelos del arte. A fuerza de respetar la verdad histórica, hemos privado á nuestra narracion de esas hermosas mentiras, de ese sabor picante, de esa accion incisiva que, como las pócimas ó bebidas espirituosas en las naturalezas poco enérgicas, sostienen el vigor y

saben excitar fuertes emociones, sacando de su apatía al lector mas posma y flemático. La pobre verdad lucha como siempre con desventaja contra su audaz enemiga, que dispone sin trabas de los inagotables tesoros de la imaginacion. Sus nuevos sacerdotes y ministros, seduciendo la multitud con cuadros fascinadores, horribles ó quiméricos; poblando el mundo con seres de su creacion, muy superiores ó demasiado inferiores al hombre real; presentando por héroes y protagonistas monstruos imposibles; estragando el gusto y matando la sensibilidad, apenas han dejado algunos fieles adoradores en los altares de su sencilla y tímida rival. ¿Qué narracion no parecerá en adelante descolorida, monótona, en cotejo de esas novelas donde se ofrecen á la admiracion de los lectores, acaso como ejemplo, los Manfredo, los Giaour, los Lara ó los D. Juan? ¿Dónde figuran como protagonistas los Rodines, los Chouetas, los Szaffie y los Lutgardos (1)?

No siéndonos dada esa facultad, que sinceramente admiramos, y sujetos, por otra parte, al testo del asendereado manuscrito que heredó, algo militarmente, nuestro amigo el antiguo barbon de Ballesteros, nuestra fuerza provendrá únicamente del interés histórico que logremos inspirar á nuestra narracion. ¡Felices nosotros si apreciando la intencion patriótica que ha puesto la pluma en nuestras manos, logramos interesar en su lectura á los que, amantes de la verdad, anhelan conocer los hechos notables ocurridos en ese período de accion que comprende nuestra historia, y en que tanta y principal parte tuvieron los marinos españoles!

Los dias de Hernando corrian plácidamente en la morada de su tio, gozando del paternal cariño de este escelente hombre y de aquel encanto inefable que inspira un amor naciente en almas

(1) Oportunamente nos ocuparemos de las producciones de Mr. Eugenio Sue, en lo que tienen relacion con España y el objeto de esta obra.

puras y candorosas, con la secreta seguridad de ser correspondido. Casi completamente restablecido del golpe, disfrutaba Hernando de todas las satisfacciones y recreos que ofrecia aquella capital, alternándolos con la lectura, el estudio, las escursiones campestres y fluviales, y con el ameno trato de la sociedad porteña, acompañando á veces la familia, y otras con sus amigos. Solo turbaba de vez en cuando aquella dulce paz el recuerdo de la forzosa é inevitable separacion de su buque, dominándole el deseo de acudir á donde la voz del deber lo llamaba; y ya sabemos que esta voz era mas imperiosa en Hernando que la de sus mas caras afecciones. Por eso esperaba con vivo interés la noticia de la llegada á Lima de la *Mercedes* y carta de su comandante, por la cual pudiera formar juicio sobre la época probable de su regreso al Rio de la Plata, desdé donde, en union con otros buques de guerra y completando su cargamento de caudales, deberian regresar á la Península.

Entre los útiles estudios á que se dedicó Hernando con su amigo el erudito D. Fidel, aprovechando su permanencia en Buenos-Aires, fué uno el de la historia, usos y costumbres de aquella importante colonia fundada por Pedro de Mendoza; y en él adquirió preciosos conocimientos y noticias, de los que formó, segun su costumbre, apuntes y observaciones de grande interés.

La residencia del virey y de la real audiencia en Buenos-Aires acrecia sobremanera la importancia de esta capital; y el boato militar y ostentacion de que aquella autoridad rodeaba los actos públicos y ceremonias, (alarde necesario en quien á tan larga distancia reasume facultades casi soberanas), tenia ademas una razon de política, sobre todo en circunstancias en que sordas maquinaciones, á que cooperaban súbditos desleales, iban preparando la desafeccion que, arrojando mas tarde la máscara, se presentó sediciosa y altanera.

En aquellos dias ocurrió una de esas festividades nacionales que el virey quiso celebrar con estudiado aparato y solemnidad;

porque ella recordaba el valor de los guerreros españoles que, protegidos del cielo y haciendo su grito de guerra del nombre del patrono de las Españas, expulsaron de su suelo, tras de muchas lides gloriosas, al feroz agareno; grito que despues resonó triunfante en las varias regiones de América. El virey dispuso que el próximo dia de Santiago fuese solemnizado con salvas, *Te-deum*, gala de ordenanza, gran parada con las tropas de la guarnicion y la milicia, teniendo ademas corte, mesa de Estado y baile en palacio. Don Bonifacio y su sobrino asistieron á la ceremonia religiosa, la parada y el festin oficial, y fueron de un modo expreso convidados con la bella Leonor para el sarao; y puede comprenderse cual seria la complacencia de nuestro jóven amigo en la espectativa de gozar al lado de su amada prima, de los placeres que aquella fiesta prometia.

Llegado aquel dia quiso Hernando esmerarse en el atavío de su persona, y muy de mañana encargó á Paco, su fámulo, que le buscase un buen peluquero. Observaremos de paso á aquellos de nuestros lectores que estén en el caso feliz de utilizar la advertencia, que en aquel tiempo no era tan fácil á un hombre de cierta clase, y sobre todo, á un militar, el salir á la calle sin haber perdido un tiempo considerable entre las manos de un peluquero. Pero la obra de aquel artista en nada se parecia, ni por la sencillez ni por la forma, á la de esos que ahora usurpan, por decirlo así, aquel respetable nombre. Tambien podemos decir que su traje y aspecto diferian en la misma proporcion, pudiendo considerarse el primero como un tipo perdido; pues aquel á quien ahora damos el nombre de peluquero, solo conserva de la especie *el olor*. No era sólo la atmósfera pulvurulenta y perfumada, que á manera de una nube los envolvia como una deidad mitológica en su veloz trayecto matutino, codeando á yentes y vinientes por acudir á las casas de sus parroquianos, lo que hacia *cederles el paso* y les daba su importancia; era ademas la mayor consideracion de que en aquella sociedad gozaban.

Nuestros padres se resentian todavía de esa flema retrógrada que tanto contrasta con nuestra actual viveza, y ese apresuramiento para las cosas y actos de la vida que caracteriza nuestro siglo de progreso. Pero si nuestros inmediatos predecesores perdian su tiempo con los peluqueros, en cambio la obra de estos era digna de este dispendio; y de aquí la importancia relativa de sus funciones, el alto favor que esta clase disfrutaba con su paciente clientela. En efecto, ¿cómo ser admitido como auxiliar por una dama á los misterios del tocador, sin llegar á la larga á obtener su confianza? ¿Quién tiene cachaza para entregar por tres cuartos de hora la parte mas noble y superior de su individuo á un artista, heraldo y juez inapelable de la moda y del buen tono, para arreglar con sus manos periciales los rizos ó bucles, las melenas en ala de pichon, sin entrar en conversacion sobre el tiempo, las novedades de la víspera, la aventura de la marquesa ó las rarezas del vecino y de otros próximos, tambien parroquianos del artista matutino?

He aquí por qué aquellos peluqueros eran naturalmente los confidentes de los grandes personajes que servian; y aun llegaron algunos á dirigir, no solo la parte esterior, sino tambien la interior de sus cabezas. ¿Cuánto no influyó en los destinos de la Francia el célebre Oliverio el Diablo, rapista y peluquero de Luis el Onceno, aconsejando á aquel dócil y humanísimo monarca? Sin duda aquel estraño consorcio entre el rey y el peluquero, fué lo que dió origen al proverbio francés tan sabido: *on ne peut etre heros avec son valet de chambre*. Pero, ó dolor! Perdióse aquella importancia con los peinados de aparato, los tontillos, las masculinas coletas, las bolsas y pelucas empolvadas; y los modernos artistas, sobrados de tiempo y no de numerario, abaratando fabulosamente la mano de obra, han vuelto como en otro tiempo á asociar en humilde consorcio el peine con la navaja!

Si el peluquero que vamos á introducir en la escena no tenia la aristocrática importancia de Oliverio el Diablo, no era menor ni menos vasto su influjo en opuesto sentido, y de esto

va á juzgar el lector, para quien creemos no será un personaje enteramente desconocido.

Paco volvió con rostro alegre refiriendo con su habitual confianza y buen humor, que despues de recorrer las calles leyendo todas las muestras en busca de un buen peluquero, fué encaminado á la tienda de uno, recien establecido, que por su portentosa habilidad gozaba ya de grande boga. Que entrando de pronto en aquel templo del buen gusto, quedó no poco sorprendido encontrándose de manos á boca con el señor Liberato Parruchino, el inolvidable demócrata que tanto se hizo notar en el *Fulgencio* por lo heteróclito de su figura y sus predicaciones en el rancho de los pasageros de proa sobre la libertad y el despotismo; el cual, enterado de que era nuestro héroe quien lo llamaba, tomó sin detenerse la bolsa y echó á andar en su seguimiento.

—*Serviteur*, Sr. D. Hernando, entró diciendo el peluquero; me tiene V. á sus órdenes.

—¿A qué rara y feliz casualidad, preguntó aquel en tono afable, debo este encuentro tan lejos del punto en que nos separamos, Sr. Liberato?

—Oh! contestó el elegante artista; yo, Mr. Hernando, he nacido bajo el influjo del dios Mercurio; soy viagero y negociante, un verdadero cosmopolita, y me gustan *enragement* los largos viages, los viages marítimos sobre todo; aunque á decir verdad, añadió amargamente, el que tuve el honor de hacer en su amable compañía debió haberme hecho perder para siempre la aficion.

—Me recuerda V. por cierto cosas desagradables.

—Ah, señor! La dignidad del hombre sufre horriblemente en un navío de guerra español, dijo Parruchino empezando los preliminares con primorosa inteligencia de la grande obra á que era llamado; pero yo me apresuro, continuó, á decíroslo: debo hacer una escepcion. Usted no me humilló jamás, y aun recuerdo que cuando algunos de sus compañeros se reian en mis barbas

de mi torpeza, no solo no los acompañaba en aquella hilaridad *tout à fait* impertinente, sino que daba señales de desaprobacion. Tampoco olvidaré que llevó mas de una vez su amable condescendencia hasta el punto de satisfacer las preguntas incongruentes de los pasageros. Pero en fin, yo conozco que la *gaucherie* y mala figura de un ciudadano terrestre escite *par fois* la risa de los hijos de Neptuno. *C'est juste.* ¡Pero aquel despotismo, Sr. D. Hernando! ¿Quién que conozca la dignidad del hombre y sus derechos, podrá reconocer el ser humano en un marinero? Ah, *mon cher!* Usted tiene aquí un hermoso pelo.

Hernando, por un noble instinto, jamás se complacia en apocar ni humillar á sus inferiores, ó á aquellos á quienes la suerte colocaba en una posicion dependiente cualquiera que fuese. Y en efecto, no acostumbraba tomar parte en aquellas mortificaciones, por decirlo así, de uso, que se inflijen en los buqués de guerra á ciertos pasageros noveles; y este proceder, con algunos pequeños favores que dispensó al peluquero trashumante, de gran precio en aquellos lugares, habia escitado en su alma republicana adhesion y gratitud. Escrito está: *el que siembra piedras recoge tempestades;* pero tambien se ha dicho, con no menos verdad, *que jamás es perdido un beneficio.*

Hernando creyó deber rectificar los asertos del filántropo crinito diciendo: yo, señor Liberato, carezco aun de la autoridad necesaria para establecer una opinion sobre tales materias; pero puedo decir que eso que llama humillacion ó servidumbre, es puramente respeto y obediencia en nuestros marineros.

—Pero señor, repuso aquel, estendiendo con dignidad su mano armada del batidor; el hombre debe obrar y obedecer por conviccion, no por el servil temor del palo del contramaestre.....

—Nuestros marineros están convencidos de que se les manda ejecutar lo justo; y la ciega obediencia es de tan absoluta necesidad en un buque cualquiera, y mucho mas siendo de guerra, que no seria posible de otro modo navegar. Los hombres de mar que sirven en los bajeles son ejecutores; la inteligencia

y el mando tienen que residir en unos pocos, y solo en uno la autoridad absoluta y la direccion. ¡Desgraciado el buque donde se discuta sobre la obediencia, donde alguno tuviese el derecho de preguntar el por qué de los mandatos, la oportunidad ó conveniencia de las maniobras!

—Oh, Sr. D. Hernando, contestó Parruchino en tono declamador y sin dejar de batir con ligereza los bucles del jóven oficial; el mundo rejuvenece, ó mejor dicho, es nuevo todavia: la sociedad camina á la perfectibilidad; el género humano no tardará en ser una sola familia y entonces desaparecerán esas odiosas distinciones. El santo nivel de la igualdad..... ¿Gusta V. de muchos polvos?

En aquellos momentos una especie de aureola farinácea, alimentada con la borla que con mano diligente agitaba el artista, dejaba entrever la hermosa cabeza de Hernando semejante á la luna cuando en noche brumosa aparece, como dice un poeta,

*.....circomfussa de bianca corona.*

Un espejo, oficiosamente presentado, dejó ver á Hernando con secreta complacencia su bello rostro adornado de ensortijados bucles que, así como la parte superior del pelo y la graciosa coleta, se hallaban cubiertos de una capa de polvos perfumados.

—*Oh, il bel capo!* esclamó el peluquero polígloto; no es lisonja, Sr. D. Hernando: *point de flaterie.* Es amor, sí; amor puro de artista. He estado inspirado: hay en este peinado, señor, algo de aéreo, de sublime, que arrebata.

No faltarán ciertamente algunos lectores que, preocupados sobre las ideas del gusto, conciban difícilmente que la hermosura puede ataviarse de esta guisa, sin perder en parte sus encantos naturales: error fatal y deplorable; y aun diremos tambien, que seria una opinion infundada la de aquellos que quisiesen sostener que las damas que en aquel tiempo encontraban perfectas tales cabezas, no tenian el instinto de lo bello.

Pero dejando á los que tal piensen en su lastimosa obcecacion, diremos que la complicacion de tales adornos, el tiempo y hasta la clase de materias necesarias á su confeccion, eran cosas árduas, impertinentes; pues para arreglar una cabeza humana de un modo decente y aceptable, se necesitaba el concurso de numerosos elementos de que ahora por dicha nuestra nos pasamos; y aun añadiremos francamente, sin dejar de hacer justicia al buen gusto de nuestros padres, que preferimos á sus bucles empolvados, sus coletas y sus bolsas, una cabeza pelona.

La equidad, sin embargo, que guia impasiblemente nuestra pluma, no nos permite dejar de decir que si el aditivo ó apéndice del tocado militar del último siglo llamado *coleta*, seria en el dia un accesorio estemporáneo y de mal gusto, su desaparicion fué causa de pesares y aun de lágrimas en nuestro ejército y armada. Es cierto que la cotidiana confeccion de una coleta absorbia un tiempo precioso del servicio, amen del gasto de sebo, cinta y polvos con que se adobaba el busto á la prusiana de nuestros guerreros; mas por una escepcion singular, cuya causa no será fácil adivine el lector, aquel apéndice era sobremanera útil y beneficioso á nuestros marineros y soldados de marina, á quienes en las frecuentes ocasiones de caer al mar, por accidente ó por naufragio, no sabiendo nadar, ofrecia un fácil y seguro agarradero para sacarlos del agua. Así pues, la coleta venia á ser una especie de salvavida.

El Sr. Liberato, contento, y mas inclinado al jóven marino, ya su parroquiano, se despidió entre mil increibles cortesías y rendimientos. Hernando completó su trage con el brillante uniforme de marina, tan militar en aquella época como elegante.

Aquel dia fué para Hernando uno de esos rarísimos en que las Parcas, en sus momentos de caprichosa complacencia con los míseros mortales, tuercen el hilo de su vida con seda y oro; un dia de esos que, menos poéticamente, decimos que se señalan con piedra blanca; pues en él gozó cuanto es posible gozar en este mundo de ilusiones fugaces, de perpetuas decepciones:

mundo de sueños de ventura que apenas dejan en el alma un eco, una huella imperceptible que solo sirve para decirnos con su recuerdo, que fuimos un momento dichosos sobre la tierra.

El besamanos, la parada, el festin, todo estuvo brillante: un sol hermoso, á pesar de lo crudo de la estacion (opuesta en un todo á la nuestra en la misma época del año), comunicó su esplendente luz á aquellos actos de aparato y concurrencia, cediendo luego á la noche lo que era de su peculiar dominio. El sarao estuvo regio por la grandeza de los preparativos y por la concurrencia, compuesta de lo mas selecto de la sociedad porteña en clase y fortuna, y por la hermosura y lujoso atavío de las damas. Una orquesta numerosa animaba con su armonioso estruendo los espléndidos salones del palacio. Hernando bailó un minuet con Leonor con tanta gracia y donosura, que la interesante pareja fué cubierta de aplausos. Confuso nuestro jóven héroe, pero radiante por decirlo así de felicidad, condujo de la mano con esquisita galantería hasta su asiento á su linda y ruborizada prima, cuya belleza atraia la universal admiracion.

En medio de aquel contento y por entre el alegre bullicio de los concurrentes, veíase cruzar como una sombra la pálida figura de Turbulio, elegantemente vestido, y cuya finura y esquisitos modales, el ascendiente genial de su carácter y otras causas misteriosas, le atraian por do quiera agasajo y notable deferencia. Acaso era mas bien temor que aprecio el que inspiraba; pero gozaba de hecho aquella popularidad que tanto ambicionaba y á sus fines convenia. Aquellos aplausos habian resonado dolorosamente en su corazon: su orgullo sufria por aquella visible preferencia, y sintiose herido por el áspid de los celos. Su vanidad, no obstante, le inducia á salvar las apariencias, á estraviar los juicios; aquello podia pasar simplemente por una intimidad obsequiosa y natural entre los dos jóvenes primos; mas era necesario que el que de público se creia aspirante á la mano de Leonor, apareciese como tal ante aquella grande y escogida reunion, y llevado de este vano pensamiento se dirigió

con aire ufano á pedirle tuviese á bien bailar con él la contradanza de ceremonia y la primera que, despues del obligado y preliminar minuet, iba á ponerse. Grande fué su confusion al oir de los labios de la jóven que habia ofrecido ser en aquella la compañera de Hernando: en vano, añadió, templando con dulces palabras su escusa, que tendria la mayor complacencia en acompañarle para la segunda. Aquel arreglo heria su orgullo y destruia su acostumbrada primacía y preferencia en tales ocasiones; que si bien no tenian otra causa que la relacion de parentesco y la estremada amabilidad de Leonor, interpretaba él, ó hacia que pareciese, como propio de una relacion mas íntima y significante. Turbullo se irguió con aire altanero, y haciendo una fria cortesía á Leonor se retiró lleno de rabia y confusion, y no volvió á vérsele en el resto de la noche en el sarao.

Mientras que el palacio del virey de Buénos-Aires continuaba resonando alegremente con el armonioso estruendo de aquella fiesta, con el placentero murmullo de las damas y de los numerosos convidados, ofreciendo con la suntuosa iluminacion interior y esterior un espectáculo regio y deslumbrante, en un lugar lejano, solitario y casi desierto de la ciudad, ocurria una escena de bien distinto carácter. Cerca de las murallas y en un parage sombrío se distinguia en medio de la oscuridad un edificio de vulgar apariencia, delante del cual se veian algunos árboles, cuyas copas se mecian de cuando en cuando con las intermitentes ráfagas del viento, produciendo con su murmullo el único ruido que interrumpia aquel nocturno silencio. Solo á intervalos iguales se oian con diversa entonacion las pausadas campanadas de los relojes de las iglesias y conventos, anunciando el progreso del tiempo. Los habitantes de aquella parte de la poblacion yacian en profundo sueño: algunas sombras, sin embargo, se deslizaban á lo largo de una tapia contigua, y desaparecian unas en pos de otras por una puerta apenas perceptible. Solo dos embozados entraron á la par por aquel tenebroso sumidero. Cuando, despues de haber penetrado, llegaron al través de las tinieblas

á una puerta interior, uno de ellos dió misteriosamente algunos golpes: esta se abrió, y pronunciando el viniente algunas breves palabras al oido de una especie de cancelario envuelto en un ropage negro, penetraron por un largo y sinuoso pasadizo, á cuyo estremo se hallaba una escalera de caracol, descendiendo por ella á la escasa luz de una lámpara suspendida. Recorridos otros tránsitos y á favor de nuevos golpes y signos, se abrió otra puerta, por donde el que parecia conductor introdujo bruscamente á su acompañante, que temblaba al parecer bajo su brazo. La puerta se cerró como por sí sola, y el recien llegado se encontró aislado y fúnebremente acompañado. Sin duda era aquel un neófito que, arrastrado por vehementes deseos, ó seducido por tentadoras promesas, solicitaba la iniciacion en alguna sociedad secreta y poderosa. Sus ojos no perciben mas que fúnebres tapices, una mesa sobre la cual se ven los signos fatales de la muerte, el reloj de arena y huesos descarnados. Una calavera, iluminada por la escasa y lívida claridad que despedia una linterna, parecia animarse y dirigirle con sarcástico gesto miradas inteligentes. Las paredes cubiertas de negras colgaduras, ofrecian en grandes targetones leyendas y sentencias adecuadas al lugar y á la situacion del recipiendario. Unas anunciaban el castigo preparado para la curiosidad indiscreta; en otras se hablaba del menosprecio de las riquezas y los honores mundanales, se conminaba con una muerte pronta y horrible al perjuro ó desleal, ó se ofrecia la palma y la corona de la inmortalidad como premio de la abnegacion y amor á la patria.

El recien llegado se sentia poseer de un inquieto temor á la vista de aquellas amenazantes admoniciones, de aquellos símbolos y recuerdos de la muerte. Entonces vió salir detrás de un tapiz una figura humana enmascarada, revestida de un trage talar negro y con la cabeza cubierta de un capuz: una barba larga y erizada le daba un aspecto feroz: de su cintura pende un afilado machete, lleva al lado una pistola, y en su mano brilla un agudo puñal. El neófito contempla aguella figura siniestra que

le hace señas para que le siga, y ya sin voluntad, incapaz de deliberacion, sigue al estraño conductor por una enlutada galería, á cuyo estremo dos iniciados vestidos del mismo modo le vendan los ojos y arrastran por aquel dédalo medroso. Detiénense ante una puerta donde llaman de un modo brusco y precipitado; crúzanse con rapidez del interior al esterior demandas y respuestas; y al fin siente franqueada aquella entrada, por la que es conducido á un lugar donde, segun el murmullo que percibe al través de la venda que ciñe sus ojos y oidos, conoce que se encuentra rodeado de muchas personas. Cesa de repente todo murmullo, y una voz sonora, imperiosa, hace oir desde un lugar al parecer distante estas palabras.

—¿Quién viene á interrumpir tan osadamente en sus trabajos á los terribles hijos de la esclava?

—Un obrero que trae una espada, un corazon y una vida que ofrecerle, contestó uno de los acompañantes del neófito.

—De dónde viene?

—De la cueva del leon.

—¿Cuál es su condicion?

—La servidumbre.

—¿Pues qué espera alcanzar ese esclavo de hombres que no conoce?

—La libertad, aire puro que respirar y una patria de que carece.

—¿Quién le ha guiado á este lugar misterioso, donde no penetran las miradas del tirano?

—Un amigo fiel, que tambien ciñe una espada descolgada del altar de la venganza, afiliado ya entre los libres.

—Tambien nosotros buscamos una patria; pero la senda es áspera y sangrienta.—¿Cuál es esta senda?

—Un camino formado con los huesos de nuestros opresores.

—¿Quién responde de su lealtad?

—Aquellos que han sondado su corazon.

—¿Qué colores son los vuestros?

—Blanco por la pureza de mi madre; verde, porque ese color es el ropaje con que se engalana y el símbolo de la esperanza.

—¿Qué colores odiais?

—El rojo como símbolo de opresion y de sangre, y el amarillo, porque forma con aquel la bandera de nuestros tiranos, y representa el vil metal que los atrajo á nuestro suelo.

—¿Cuál es vuestro grito de guerra?

—¡Independencia y libertad!

—Si aspirais, pues, á uniros como hermano á la noble empresa de recuperar la libertad, dadnos una prenda que responda de vuestra buena fé, de vuestra ciega y absoluta adhesion.

Entonces se le hizo hincar de rodillas, y dispensándole de otras pruebas terribles, en consideracion á los buenos informes dados por algunos miembros del club misterioso y á la urgencia de ocuparse de otros negocios, prestó el siguiente juramento:

—Juro fidelidad, adhesion y ciega obediencia á los caudillos libertadores de la América; y si mis actos desmintiesen mi propósito, si desertase cobardemente las banderas de la independencia americana, consiento que mi cuerpo sea arrastrado por un caballo indómito al través de los Pampas y mi miserable esqueleto abandonado á los buitres y jacales: juro y prometo odio sempiterno á los españoles, muerte inexorable á cuantos sostengan su yugo, y no soltar el acero vengador hasta que desaparezca el último de nuestros aborrecidos tiranos!

Concluido el juramento, dijo con enérgica voz el presidente.

—¡Hermano terrible, dad luz al profano!

Arrancada la venda de sus ojos, vió el iniciado en aquel instante dirigirse contra su pecho una multitud de espadas amenazantes; y las miradas y el gesto feroz de los que las empuñaban, probaban bastante cuan dispuestos estaban á llevar á cabo, en caso de infidelidad, aquellos terribles castigos. Entonces se le revistió cerémoniosamente con los signos y atributos de la so-

ciedad destinados al primer grado de iniciacion, y se le señaló lugar en el estremo inferior del *templo* ó salon, decorado con los misteriosos emblemas del órden. El personage que, por el trage é insignias que vestia y el lugar que ocupaba, parecia presidir aquella secreta reunion, pronunció el siguiente discurso.

—Levantaos, hermanos mios, levantaos! Oid mis palabras, oid lo que por mí, humilde órgano de la autoridad suprema directiva, os dice este su emisario en nombre de la patria, de esta patria, que gime aun entre cadenas y bajo la opresora espada del infando godo! Y tú, noble camarada, que has querido participar de los peligros y de la gloria de nuestra empresa, que acabas de pronunciar un terrible juramento, llamando sobre tu cabeza la muerte bajo una forma tan espantable como segura, si llegases á albergar la traicion en tu pecho ó la tibieza, ó si una indigna compasion te indugese á ser piadoso con nuestros tiranos; escucha, y escuchad tambien todos mis palabras!

Tres siglos de oprobio, de vejámenes, de yugo intolerable, pesan ya sobre esta region desolada, donde en vano se busca una patria, una posicion social cualquiera donde no sintais la sujecion, la humillante dependencia, la férrea mano de vuestros señores! Pero las entrañas de estos inmensos continentes se han conmovido: brama el Pampero asolador en el desierto; signos médrosos, como sangrientos presagios, cruzan la enlutada atmósfera; la voz tonante del Chimborazo y de los Andes llena pavorosa el espacio, y las sombras gigantes de Guatimocin, de Motezuma, de Mungo-Capac y el gran Caupolicano, se levantan airadas sobre su cima pidiendo venganza! Tiendo mi vista por el vasto Océano en busca de socorro y veo venir naves que acuden solícitas, no con cadenas, sino con armas y consejos para sostener el grito santo de libertad é independeneia, ya pronto á escaparse de nuestros pechos! Sí, amigos; la jóven América, pura, radiante y lozana, se elevará como reina sobre este suelo rico con todos los tesoros de la tierra, con su frondoso ropage

de esmeralda, llena de juventud y fortaleza, radiosa como el oro y los diamantes, y ella á su vez será soberana y recibirá, no lo dudeis, los homenages de esa Europa soberbia, donde tiene su asiento el despotismo de esas razas gastadas de régulos y tiranos! Los hombres libres de la Francia y la Inglaterra se unen á nosotros para abolir la esclavitud, para proclamar la libertad del género humano!...

El lenguage poético y apasionado de aquel emisario misterioso era sincero, si bien lo animaba una secreta ambicion. Era uno de esos espíritus superiores que surgieron en la época de la revolucion americana, y á quienes elevaba á la peligrosa categoría de Seides su natural arrojo y elocuencia, sostenidos por la instruccion que habian adquirido en los colejios de Europa, y la ignorancia y predispuesta inclinacion á las revueltas de muchos de los naturales en aquellos paises. Bajo el simbólico nombre de *Washington*, ocultaba el suyo de C....., célebre en los fastos de las revoluciones de América. Revestido, pues, de secretos poderes de los comités directivos de París y Lóndres, habia ya recorrido las capitales de Méjico, Caracas, Brasil y Montevideo, y se disponia, despues de visitar á Buenos-Aires, á continuar su peligrosa mision por Chile y el Perú. Seguíale en calidad de auxiliar y secretario, por disposicion del supremo directorio, nuestro conocido Liberato, con quien se incorporó en Méjico: recorrieron la América hasta llegar al Brasil; desde cuyo punto se habia este adelantado algunos meses antes de la época en que ocurrieron los sucesos que vamos refiriendo, con el objeto de trabajar en la propaganda de independencia á la sombra de un elegante establecimiento, situado en la parte mas visible y frecuentada de la ciudad. Tenia ademas el secreto encargo de expiar simuladamente los actos de Turbulio, gefe de la sociedad de *Guillermo Tell* en Buenos-Aires, á quien el supremo directorio tenia confiado el gran movimiento en aquella vasta region de la América meridional; pues aunque contaba con su celo y alta capacidad, temia las imprudencias á que podia

conducirle su notoria codicia y malas pasiones, comprometiendo el éxito de aquella grande empresa. No tardó el sagaz y fervoroso patriota en relacionarse, á favor de su profesion y exquisita habilidad, con las personas mas aparentes de la poblacion, y pronto estuvo al corriente de los sucesos públicos y aun privados de las familias mas notables. Supo la llegada de Hernando á casa de su tio y tambien su naciente inclinacion á Leonor, y por eso no dió muestras de sorpresa cuando Paco fué á solicitar sus funciones el dia del besamanos.

A pesar de esta inquisicion el comité directivo hacia gran caso de Turbulio, cuya asombrosa disposicion, valor y astucia le eran muy conocidos, y así le trasmitió por el órgano de C..... sus últimas instrucciones, participándole que el ministro Pitt ofrecia su ayuda, y anunciando el próposito en que se creia estar Inglaterra de romper bajo cualquier pretesto la paz con España, y mandar una espedicion que se apoderase de aquella capital, para hacer de ella el núcleo y base de la independencia en la América meridional. Turbulio era revestido de nuevos poderes para fomentar y organizar la insurreccion, escitando el descontento y aversion contra los españoles, poniendo á su disposicion grandes medios y facultades.

Como jefe superior de aquella lojia habia cedido al emisario, atendida la superioridad gerárgica de que estaba revestido en el órden, la presidencia; pero despues que terminó este su discurso de aparato y ceremonia, volvió á instancias del alto dignatario á ocupar la mesa presidencial y reclamó á todos la atencion con señales visibles de cólera concentrada. Turbulio sentia redoblar aquella noche su implacable rencor contra los españoles; su amor propio ofendido por la pública preferencia que, á vista de sus amigos y de lo mas distinguido y notable de la capital, habia concedido Leonor al venturoso Hernando; el recuerdo de los cuantiosos bienes, objeto preferente de sus afanes y con cuya posesion contaba á todo trance para asegurar el éxito mismo de sus planes de ambicion y de trastorno; aquella

humillante repulsa del padre á su demanda matrimonial, todas estas causas turbaban á la par su razon en aquellas circunstancias, y le hacian desear mas que nunca el momento de alzar el grito y el puñal esterminador sobre la cabeza de los europeos. En un acceso de furor se levantó y tendiendo la vista por aquellos rostros siniestros prorumpió en estas razones:

—Qué os podré decir yo, compañeros y hermanos mios, digno de vuestra atencion despues de haber hablado el hijo predilecto de la libertad, el sabio intérprete de los designios del supremo directorio, el adalid de la independencia en ambas Américas, el árbitro terrible de la justicia secreta é invisible que vela sobre los tibios ó desleales, y á quien no se ocultan los mas secretos pensamientos? Sin embargo, mi alma necesita dilatarse en vuestro seno: sí, hermanos mios, un espectáculo odioso ha excitado mi indignacion en este dia: he visto al déspota hacer alarde de su poder al frente de esas lejiones mercenarias que pesan, que infestan las orillas del Uraguay y del Paraná; el que piensa imponernos eterna servidumbre con esas fortalezas donde ondea la enseña del leon de Castilla: sí, acabo ahora de verlo gastando la sustancia de los pueblos americanos en escandalosos festines y saraos, alimentando el orgullo y la insolencia de sus satélites! Id á ese palacio y lo encontrareis ahora mismo rodeado de esa insolente clientela, de esos empleados orgullosos, insaciables, que nos oprimen, y de esos esbirros de la tiranía, que nos degollarian bárbaramente si llegasen á saber que hay aquí un rincon donde respiran algunos hombres libres, en que se atreven á hablar de libertad é independencia!!

Un sordo murmullo circuló por aquella turba feroz y sediciosa, y el astuto agitador continuó:

—Hijos del Paraná y el Uruguay, valientes hijos de las Pampas! Ved como esos odiados tiranos de Castilla, apenas les permite la paz visitar con sus buques de guerra estas regiones que gimen bajo su yugo, vienen á imponernos nuevas exacciones, á llevarse nuestros frutos, el dinero de nuestras tesorerías;

ved á esos marinos, llenos de orgullo y presuncion, insultar nuestra servidumbre! A qué vienen? A traernos nuevos tiranos, nuevos empleados á quien enriquecer con vuestro dinero, á llevarse el producto de nuestras minas, el fruto de vuestros sudores. ¿Hasta cuándo sufrireis, hijos de América, la dependencia de esa nacion *pordiosera y moribunda* que os oprime con su viejo y carcomido yugo!... (1)

No proseguiremos refiriendo todo lo que el odio de Turbulio y su vanidad herida, todo lo que su secreto deseo de arrebatar los bienes de Leonor, le hizo decir, declamando con hipócrito celo, contra la venida de las fragatas á Lima y Buenos-Aires. Un grito de indignacion, mal reprimido, se escapó de las filas de los conjurados, que tendiendo simultáneamente sus espadas exclamaron: Muerte y venganza á los tiranos!

Aquellos hombres alucinados, si entre ellos los habia de buena fé, no podian, á pesar de su obcecacion, desconocer que aquel movimiento de insurreccion á que se les provocaba solo se fundaba en falsos y frívolos pretestos. Todos ellos eran criollos, descendientes de los españoles, de cuyo orígen se envanecian con notable inconsecuencia. Si los verdaderos indígenas, hijos de los antiguos poseedores de aquellos paises, hubiesen tenido el pensamiento y la resolucion de alzarse contra el dominio español, ¿podrian dudar de que en su reaccion y venganza habrian confundido igualmente á los hijos de la Metrópoli y á los hipócritas, pretendidos defensores de su antigua independencia? Ningun descendiente ni representante de los indios Guaramis, dueños primitivos de aquellas regiones, tomaba parte en aquel movimiento: solo habia allí hijos degenerados que buscaban pretestos para sacudir la legítima dependencia de su madre.

El superior de la logia terminó aquella solemne sesion, diciendo al nuevo afiliado:

—Llamado á sostener la santa causa de la libertad y la inde-

(1) Véanse las notas.

pendencia americana, vais á unir vuestro brazo al de sus valientes campeones; debeis, pues, tomar un nombre adecuado á vuestra nueva situacion; ¿con cuál quereis que se os inscriba en el libro terrible, de donde no es posible ser borrado si no por una muerte gloriosa ó por el suplicio reservado á los traidores...?

El recipiendario era un jovenzuelo enteco, de frágil contestura, si bien dejaba entreveer en su fisonomía y sus miradas ese instinto de fria crueldad y de venganza que tambien se alberga en las almas flojas y pusilánimes; y á pesar de la conmocion nerviosa que le causaba la vista de aquellas espadas empuñadas por hombres feroces y decididos, exclamó con atiplado y destemplado acento: *Cromwell!...*

Una señal que hizo uno de los mudos vigilantes dirigiéndose al presidente produjo un súbito silencio en toda la asamblea. El venerable puso entonces fin á la sesion con las ceremonias de rito, y todos fueron desapareciendo á desiguales intervalos de aquel lugar.

Mientras los conspiradores desaparecian como seres fantásticos, un grupo de tres personas habia permanecido á los piés del templo, ocupado en misteriosa conversacion. Una de ellas era Turbulio, y otra, que aunque formando parte del grupo no parecia interesarse en el diálogo, era nuestro amigo Liberato. El tercer interlocutor era un hombre de feroz y repugnante aspecto. El color de su tez, el ángulo facial y lo aborrascado de su pelo, denotaban pertenecer á la raza mestiza africana; en tanto que su aire taimado, sus miradas torvas y vagantes, su boca desmesurada y habitualmente entreabierta, que espresaba á la sazon una sonrisa de inteligencia, revelaban un ser perverso, un corazon dispuesto al crímen. Aquel hombre gozaba de la confianza de Turbulio, era su agente intermedio para con la clase mas abyecta de los conjurados y pasaba tambien por ser á veces el secreto ejecutor de sus violencias. Procedente del Janeiro, donde habia sido sentenciado por varios excesos y por indicios de un asesinato que no le pudieron probar á los traba-

jos de las minas, habia logrado escaparse refugiándose en Buenos-Aires. Sin nombre, patria ni conciencia, espúreo en toda sociedad, estaba siempre dispuesto á cualquier acto por grave que fuese contra las leyes, si encontraba en ello su provecho. El sagaz Liberato creyó haber comprendido por algunas palabras, al parecer sin sentido, por algunos gestos del sayon, el negocio de que trataban enigmáticamente, y se estremeció. El defensor ardiente de la libertad mas exajerada, no abrigaba, sin embargo, un alma sanguinaria.

Si alguna duda podia quedar al enamorado Hernando de la correspondencia de Leonor, pudo desvanecérsele completamente en aquella noche del sarao, en que mil circunstancias le proporcionaron la ocasion, que no dejó de aprovechar, para dar á conocer á la candorosa jóven su pasion; y salva ya esta temible barrera, sus corazones se comunicaron mutuamente las seguridades de su cariño. Ella satisfizo á su receloso amante sobre la tenaz asiduidad que habia notado en las visitas y obsequios de Turbulio, aunque cohonestadas con la relacion plausible del parentesco; y no pudo ni procuró ocultarle sus pretensiones, las discretas y prudentes evasivas con que siempre las habia contestado y tambien el temor que le inspiraba su carácter violento y orgulloso. Pero ella ignoraba el paso decisivo que acababa de dar el temible conspirador, y el odio que habia engendrado en su pecho la terminante negativa de su padre á la demanda de su mano; tan solo excitaban sus alarmas cierta frialdad y reserva que en los actos de aquel observaba, y una sombra de disgusto que hacia pocos dias creia notar en el semblante habitualmente sereno de su padre, muy difícil de ocultar á la solicitud de una hija cariñosa. Hernando comprendió que la flor de su felicidad no estaria esenta de espinas, que le aguardaban sinsabores; pero su corazon era grande y rico de esperanza; y siendo amado de Leonor ¿qué le importaba el porvenir? La jóven se sonreia melancólicamente al ver las segurida-

des de Hernando y, sin querer penetrar el porvenir, se entregaba con la pureza de sus intenciones y la natural negligencia de su carácter á las embriagadoras ilusiones de su amor. Añadiremos que D. Bonifacio, á quien no podia ocultarse la naciente pasion de los jóvenes, miraba esta inclinacion con complacencia, y hasta como un medio que conciliaba y facilitaba sus secretos intentos, sobre todo, en las contingencias de un porvenir que veia avanzarse preñado de desastres. Proponíase en su interior, si observaba constancia en aquel amor y crecer el peligro, participar á su hermano su designio y obrar con prontitud y reserva para su ejecucion. Entonces se afirmó en su antiguo propósito de buscar la tranquilidad y la salvacion de los intereses de su familia, que veia tan de cerca amenazados, en su patria; sentimientos que habia dejado entreveer en la carta escrita á su hermano, que ya conocen nuestros lectores.

Algunos dias despues del sarao en el palacio del virey y de la escena nocturna que acabamos de referir, se dirigia Hernando en hora avanzada de la noche á casa de su tio, cuando al doblar una esquina vió interponerse al paso un negro mendigo, de esterior miserable, para pedirle humildemente, pero con notable insistencia, una limosna. Aquel mendigo llevaba un harpa, con la cual parecia acompañarse en esas trovas piadosas y populares con que esta clase de demandantes escitan la atencion y la piedad de los transeuntes. Hernando, que jamás despedia sin limosna al menesteroso, alargaba la mano con algunas monedas; pero el mendigo puso en ella un billete cerrado en forma de carta y desapareció. Sorprendido algun tanto con aquella estraña ocurrencia, se dirigió sin detenerse á su aposento y examinó el papel á la luz de una bugía. Aquel papel contenia solo unos versos, y entonces creyó que el mendigo, especie de menestrel ó cantor ambulante, como se veian en abundancia en nuestras Américas, habia querido retribuirle con alguna composicion de su fábrica. Sin embargo, el sentido figurado de aquellos versos, mejor examinados, le hicieron sospechar que,

bajo la forma de una alegoría, se le dirigia algun aviso importante. He aquí los versos del misterioso mendigo, que Hernando leyó, no sin alguna emocion.

Marinero descuidado,
Que del amor en las aguas,
Entre sirtes insidiosas
Incauto llevas tu barca.
Escucha una voz amiga
Que piadoso te depara
El cielo que te proteje
Y por mi mano te guarda.
¿Cuentas, audaz marinero,
Con permanente bonanza?
¿Del huracan alevoso
No temes las asechanzas?
Mira, simple marinero,
Que así duermes en la calma,
Que el amor de tu Sirena
Provoca muerte y venganza.
Que estas auras apacibles
Que las flores embalsaman,
Trocarse suelen de pronto
En destructora borrasca.
No es el aquilon rugiente,
Que advierte cuando amenaza;
Ni el solano abrasador,
Que todo lo rinde y tala.
El que amaga tu firmeza,
El que alevoso te aguarda,
Es el monstruo asolador
Que rebrama allá en las Pampas.
¡Guarte, guarte marinero,

Que la muerte te amenaza,
Y no siempre tus amigos
Podrán velar en tu guarda!

Nada nos dice el manuscrito, cuyo testo seguimos con escrupulosa fidelidad, que nos dé luz acerca del autor ó procedencia del aviso caritativo en forma de epístola rimada que precede. No le fué difícil á Hernando comprender el oculto sentido de aquella poética admonicion, y aun no dejó de ocurrírsele de qué parte del horizonte podia venir el *viento* que amenazaba la seguridad de su *barca;* pero en vano discurria procurando adivinar la mano á quien debia aquel amistoso aviso. Reflexionando acerca de esto, llevó maquinalmente la mano á la altura de su rostro, y notó cierto olor á vainilla y mil-flores que exhalaba la misteriosa misiva; pero este indicio, que á ninguna conclusion le condujo, estravió mas y mas sus conjeturas, no pudiendo combinar aquel perfume y aquellos versos, por medianos y triviales que le pareciesen, con el esterior del trovador de encrucijada, que tal le pareció el mendigo negro del harpa.

A pesar del aviso, que indudablemente provenia de una persona, quien quiera que ella fuese, interesada en su seguridad, su noble corazon desechó toda idea de un plan alevoso contra su existencia, y se contentó con caminar mas precavido en adelante en sus paseos y escursiones; limitándose á hacer alguna indicacion á Paco, cuyo valor y lealtad le eran tan conocidos, para que le acompañase algunas veces de noche; mas sin descubrirle enteramente la causa de aquella disposicion. Pero el hijo de Mónica, á pesar de sus resabios, en parte corregidos con la saludable disciplina de á bordo, queria apasionadamente á Hernando, de quien recibia con entera sumision los consejos y reprensiones, conociendo la justicia y buena voluntad que las dictaban; y semejante á un perro leal y generoso, se hallaba siempre pronto á arriesgar la vida en defensa del que miraba como su

señor. Menos delicado en sus sospechas, adivinó qué clase de peligro podia amenazar á Hernando, y se propuso secretamente emplear algunos medios de él conocidos para averiguar lo cierto. Añadiremos que el alentado ex-contrabandista, por su natural desenfado, buen humor y por la fama de sus valentonadas, gozabá ya de alguna fama entre la gente maleante del pais.

Algunos dias despues de este suceso, disipados en parte los recelos suscitados por el misterioso billete, continuaba Hernando sus escursiones estudiosas acompañado de su amigo D. Fidel; y despues de un largo paseo extramuros por la tarde, se habian detenido á visitar la iglesia y vasto convento de Recoletos, situado como á una legua de la ciudad, antigua y piadosa fundacion de los españoles. Sin advertir la hora y la humedad de la atmósfera, cruzada á la sazon por espesas nubes que anunciaban la proximidad de la lluvia, se encontraban ambos amigos en el cementerio, contemplando el gran número de monumentos é inscripciones funerarias que en él habia con aquella religiosa meditacion que el hombre, cualquiera que sea su grado de fortaleza de espíritu, no puede desechar en presencia de un recuerdo, tan elocuente en su silencio mismo, de nuestra fragilidad y del misterioso destino que le espera mas allá de la tumba. En medio de meditaciones tan propias del talento y religiosidad de los dos amigos, llamó la atencion de Hernando un sepulcro de modesta apariencia en el cual se leia esta notable inscripcion:

*Aquí yace N. Alvarez,*
*asesinado por sus tres amigos.*

Interrogando á D. Fidel sobre la causa de aquella terrible inscripcion, no pudo este dejar de espresar un sentimiento de horror al recordar el hecho á que se referia; hecho reciente que habia causado una impresion profunda de indignacion en aquella culta ciudad. D. Fidel refirió, con conmovido acento, en presencia de los restos de aquella desgraciada víctima y con todos

sus horribles pormenores, el hecho que nosotros vamos á contar sumariamente al lector.

"Abraga, Arriaga y Marcet, jóvenes de las principales familias de Buenos-Aires y de una vida disipada, tenian relaciones de íntima amistad con otro llamado Alvarez, que aunque procedente de una clase oscura, poseia muchos bienes. Deseoso de figurar en las reuniones de aquellos, se habia relacionado incautamente y participaba de sus banquetes y francachelas. Aquellos malvados se vieron de pronto sin recursos, habiendo devorado cuanto poseian el juego, esa plaga destructora, orígen de la ruina de muy pingües fortunas en América, y concibieron el infame proyecto de apoderarse de una gran cantidad de dinero que sabian tenia aquel en su poder: para esto resolvieron asesinarlo y trazaron con diabólica calma su plan. Muchos dias pasaron antes de poder llevarlo á cabo, y durante ellos estrecharon mas su amistad con el desgraciado Alvarez. Llegó, por fin, el dia fatal, y con un pretesto le atrajeron á una casa que habian alquilado en un barrio estraviado. Alvarez asistió incautamente acompañado de Arriaga. Sorprendióle al pronto el silencio; pero oyó la voz de Marcet, á quien particularmente amaba, y se tranquilizó. No bien hubo entrado en el cuarto, alumbrado con la escasa luz de una vela, vió cerrar la puerta por sus amigos, y entonces penetró en su corazon la sospecha y el terror; y este llegó á su colmo, cuando los malvados le pidieron sin rodeos las llaves de su dinero y le anunciaron que iba á morir. Ni el llanto, ni las súplicas con que el infeliz, arrodillado delante de sus verdugos, les pedia le dejasen la vida, prometiéndoles el secreto y abandonar el pais; ni el ruego que con riesgo propio se atrevió á interponer Marcet, nada contuvo la resolucion de aquellos monstruos; y en el instante en que el infeliz, cediendo á la inconcebible angustia y terror de que estaba poseido, cayó desmayado, lo degollaron impiamente y condujeron el cadáver con un carro cubierto á una quinta del padre de Arriaga, donde lo echaron en un pozo profundo. Abraga y Arriaga volvieron en

seguida á la ciudad y se apoderaron de las riquezas de Alvarez, y consumieron el horrible fruto de su crímen en nuevos desórdenes, en tanto que Marcet vivia devorado de remordimientos. Llegó, en fin, el dia de la justicia y se aclararon las sospechas que pesaban sobre los asesinos. Arriaga y Marcet fueron condenados á muerte y ahorcados en la plaza pública de Buenos-Aires.

En cuanto á Abraga, dijo D. Fidel, concluyendo su triste relacion, ha logrado escapar hasta ahora de la justicia; pero se sabe que, huyendo á una de las capitales de esta América meridional, y perseguido por atroces remordimientos, se halla poseido de una espantosa demencia y anda errante por los campos, demostrando en su persona un ejemplo de la degradacion á que es capaz de llegar el hombre sin el freno saludable de la religion y el temor á la justicia.

Hernando y D. Fidel se retiraban de su largo paseo discurriendo tristemente sobre aquel horrible hecho, y ya entraban por las puertas de la ciudad, cuando el temporal, que hacia tiempo amenazaba, estalló con fuertes ráfagas de viento y aguaceros. No preparados para aquel accidente y hallándose próximos á la Plaza Mayor, resolvieron refugiarse á los pórticos de la catedral. La lluvia y la oscuridad habian ahuyentado de aquella vasta plaza á los ociosos y transeuntes; y aunque comenzaba, por decirlo así, la noche, se encontraba en aquel momento desierta, y solo se escuchaba el ruido del aguacero y el fragor del viento que silvaba siniestramente, chocando las altas torres y el cimborio de la antigua iglesia.

Don Fidel habia observado dos hombres, al parecer marineros, que los seguian á larga distancia; pero la inmediacion á los muelles explicaba simplemente su aparicion en aquellos sitios y á tales horas. Pocos minutos habian trascurrido desde que se hallaban los amigos en aquella muda expectativa, cuando nuestro desprevenido Hernando recibió por detrás un choque violento, que lo hizo vacilar y caer sobre una de las pilastras, á donde procuró afirmarse, en tanto que el cuerpo de un hombre,

rodaba por delante de él, al parecer herido y arrojando terribles imprecaciones. Aquel efecto fué tan rápido é instantáneo como imprevisto. Hernando vuelto de la sorpresa echó mano á su espada, y al buscar el agresor, vió delante de sí á su fiel Paco armado de su cuchillo de marinero y sujetando al caido, que pugnaba por levantarse; en tanto que D. Fidel, acudiendo instantáneamente á su socorro, presentaba su mano armada de una pistola de faltriquera. Aquella violenta escena no daba lugar entonces á explicaciones: el caido habia logrado recobrar, arrastrándose en la lucha, el puñal que se le habia escapado de la mano, é incorporándose súbitamente á favor de un esfuerzo desesperado, emprendió la fuga perdiéndose en la oscuridad, sin que pudiese darle alcance el esforzado hijo de Mónica que deseaba acabar con el asesino.

Hernando recordó entonces el prudente aviso que tuvo sobre el riesgo que amenazaba su vida, y aunque no comprendia la providencial aparicion de su fiel criado en tan oportuno y crítico momento, no le quedó duda de que acababa de salvársela.

Explicaremos en pocas palabras al lector, ya prevenido sobre aquella horrible trama, lo ocurrido hasta el momento de la aparicion de Paco, para lo cual nos será necesario recurrir á algunos pormenores. En las proximidades del rio habia una pulpería de renombre, frecuentada de gente de mar, ademas de gran número de gauchos y montaneros que tenian la costumbre de reunirse en ella para arreglar sus cuentas, haciendo el balance de su cotidiana venta por las calles de la capital y remojar de paso la palabra, antes de volverse á sus llanos y rancherías. Grande era la fama de este templo de Baco; pero mucha parte de este renombre era debida á que atraidos por la excelencia del género y por el juego, no pocos guapetones de los llanos solian venir por mero gusto y pasatiempo á cobrar el barato y á suscitar sangrientas contiendas con los hombres de mar, que hacian de aquel delicioso lugar su habitual ***rende-vous*** y el teatro de sus bulliciosas orgías. Paco, valenton de humor alegre,

cantador y no enemigo de la botella, era desde su llegada una de las notabilidades mas consideradas de aquel honrado congreso; y aunque se entregaba á los instintos de su genio, procuraba dominar sus ímpetus de guapeza, para no disgustar, segun decia, á su señorito. Los amagos de la lluvia habian aumentado aquel dia la concurrencia de los parroquianos, y Paco, que hacia algunos que era mas asíduo que de costumbre en aquella taberna, donde era seguro encontrar lo peor de cada una de aquellas especies, siendo por lo tanto el lugar donde se concertaban algunas no muy santas espediciones, se paseaba con aire escudriñador por entre aquellos grupos. Con su chaqueta al hombro y su sombrero de paja pícaramente echado sobre la oreja, recorria con soberano desden todos los rincones de la pulpería, que con el humo del tabaco, las canciones báquicas, las voces y juramentos, el choque de los vasos y las botellas, ofrecia un admirable cuadro de costumbres en su género.

El ojo experto del ex-contrabandista distinguió entre aquellos grupos grotescos y en un rincon poco aparente, á dos hombres de mala traza que discutian con cierta reserva, haciendo frecuentes libaciones con el rom que contenia una botella colocada entre ambos interlocutores. No era necesario poseer la ciencia de Labater para encontrar dos tipos de maldad en aquellos hombres. Paco conocia á uno de ellos, como hombre de mar y contramaestre sin ocupacion. Aquel era precisamente el que hablaba con Turbulio en la logia, al concluirse la sesion de que tiene noticia el lector. El otro era un negro de tez aplomada, frente depresa y protuberante mandíbula, faz estúpida, ojos torbos, labios gruesos y violáceos; de un aspecto sobremanera repugnante. Paco dirigió con franqueza marinera la palabra al primero, y aun bebió un poco de rom con que este le brindaba, y en seguida se despidió; pero fué para colocarse en observacion de aquella siniestra pareja que continuó en su secreta conferencia. A poco los vió levantarse y seguir con paso veloz por las calles que se dirigian á la puerta de la ciudad por donde sa-

bia que Hernando con su amigo D. Fidel habia salido á pasear. Entonces prosiguió con mayor cautela sus observaciones procurando no perder aquellos de vista; y sus recelos tomaron de repente el carácter de certidumbre, cuando habiendo reconocido de lejos á Hernando con su amigo, notó que estos, ya acosados de la lluvia, se dirigian por la calle de la Trinidad á los pórticos de la catedral, y en pos de ellos y á corta distancia el negro y el contramaestre. Paco iba siempre prevenido, y su primera profesion le habia dado toda la calma de la astucia y del verdadero valor; así, pues, siguió cautelosamente sus pasos, y encubriéndose con los mismos portales donde se habian refugiado los dos amigos y puesto como el cazador en acecho, saltó como una pantera sobre el infame asesino, en el momento en que vió á este acercarse y levantar el brazo armado del puñal para descargar el golpe. La violencia misma del choque desvió el arma homicida de su intentada direccion, y el negro, cediendo al golpe y recibiendo una herida en el hombro, cayó delante de Hernando, segun hemos referido. El asesino, viendo frustrado su golpe y temeroso de ser aprehendido, logró al fin fugarse, para reunirse con el digno compañero y director de aquella tenebrosa venganza.

Hernando creyó prudente guardar un absoluto silencio sobre su aventura, dispuesto, no obstante, á observar y penetrar el misterio de aquella villana intriga, para con datos seguros tomar una resolucion digna de sus nobles sentimientos; é igual reserva exigió de su amigo D. Fidel y el alentado Paco, que mas que nunca se propuso averiguar y descubrir los enemigos de su señorito.

En tales circunstancias y pasando dias, se tuvo por fin la noticia oficial de la llegada de la *Mercedes* á Lima el 7 de agosto (1803), y nuestro jóven amigo recibió la esperada carta del comandante, en la cual le anunciaba este la inevitable detencion en aquel puerto, por no ser posible reunir con mas anticipacion los caudales y efectos que debia conducir con las de-

mas fragatas de guerra surtas en él; de donde saldrian en conserva para dirijirse á Buenos-Aires. Hernando, para quien la voz del deber era superior á todas las afecciones, encontrándose enteramente restablecido, conoció que debia incorporarse inmediatamente á su buque por el camino mas breve posible; y habiéndolo comunicado á su tio, este fué del mismo parecer, por sensible que le fuese esta separacion. Leonor supo, con dolorosa sorpresa, aquella inevitable determinacion y corrió á llorar en la soledad de su habitacion aquel primer revés, que tan acerbamente venia á turbar desde los primeros momentos su dicha. Unos y otros hallaron valor en su mismo cariño y en su conciencia para resignarse á una ausencia que se prometieron abreviar con toda la fuerza de la voluntad. El bondadoso tio, apremiado por diferentes razones, no quiso ocultar ya á Hernando y su hija que conocia su cariño y que lo aprobaba, y estaba dispuesto á protejerlo con todo su poder. Entonces creyó el jóven marino que no debia ya ocultar, ausente él, á su tio, por su propia seguridad y la de Leonor, las viles maquinaciones contra su persona y sus recelos respecto de Turbulio, de quien sospechaba ser el autor. Refirióle la aventura de los portales de la catedral, con los demas pormenores de aquel suceso. Indignado D. Próspero llamó en su auxilio su antiguo valor y prudencia, y se propuso un plan de observacion y conducta, que lo pusiese con su hija á cubierto de las acechanzas y persecucion del audaz y ambicioso sobrino del marqués de Valdorado.

Un incidente casual vino á ofrecer á D. Bonifacio el medio de que el viaje de Hernando, que varias razones le obligaban á emprender por tierra, fuese tan seguro y agradable como podia serlo por las vastas y poco frecuentadas regiones que debia atravesar para llegar al alto Perú. Entre las personas que frcuentaban su casa se distinguia un sujeto que por su aspecto, traje y compostura, y por cierta respetuosa consideracion con que aquel lo trataba, habria tenido Hernando por eclesiástico, si otras razones no hubiesen venido tambien á confirmar sus sospechas.

Era un hombre como de 50 años, de aspecto blando, dulce y amena conversacion, y conocíase por ella, por lo tostado de su semblante y otros signos, que habia viajado mucho; y tratándolo con alguna intimidad, no era posible dejar de descubrir en él un carácter vigoroso, una esperiencia consumada y un fondo inagotable de recursos para las varias vicisitudes de la vida. En efecto, Hernando no se equivocaba en sus conjeturas: aquel respetable sujeto era uno de los jesuitas á quienes un decreto de proscripcion preparado mañosasamente, bajo fútiles y exajerados pretestos, por los enemigos de nuestro poder, sobre todo en América, ayudados por la falange filosófica del siglo XVIII, á la cual no faltaban diestros representantes y agentes cerca del ilustrado pero impresionable Cárlos III, lanzó del territorio español como una banda de peligrosos conspiradores, del modo mas inconsiderado y violento. Llamábase aquel respetable proscripto el P. *Ostracio*, y procedia de las misiones ó *Reducciones* llamadas de Entrerios, en las cuales habia desempeñado, por su especial disposicion personal para los negocios y el conocimiento del idioma *guarami*, el cargo de procurador general, el cual le daba ocasion de largos y frecuentes viajes. Aunque estinguida la órden hacia ya mas de 20 años, el amor y respeto que aquellos padres habian logrado inspirar desde muy antiguo en los naturales del vasto territorio que ocupaban, así en el antiguo vireinato de Buenos-Aires como en el Paraguay, se conservaba aun en la mayor parte. A favor de esta circunstancia podian permanecer algunos en el pais que tan inhumanamente los habia estrañado, guardandó, no obstante, cierta prudente reserva, y de este modo poder atender á algunos de los intereses comunes de parte de los expatriados, que habian podido librarse del general embargo y ocupacion de los bienes de la Compañía. El P. Ostracio debia emprender desde Buenos-Aires por Córdoba de Tucuman el gran viaje al Alto-Perú, seguido de dos indios guaramis que le acompañaban como domésticos; y esta fué la ocasion de que quiso

aprovecharse D. Bonifacio, que encontró en el ex-jesuita la mas benévola y complaciente conformidad; arreglo que fué tambien muy del gusto de Hernando.

Quedo, pues, resuelto, tomadas en consideracion varias razones de peso, que se trasladaria toda la familia á una de las posesiones ó *estancias* que tenia D. Bonifacio á pocas leguas en las márgenes del Paraná, bajo el pretesto de una ausencia temporal por puro recreo; y como aquella quinta estaba precisamente en el camino del Tucuman, podria Hernando salir desde ella como á principios de octubre, entrada ya la primavera en aquellas regiones del hemisferio austral, para incorporarse con el P. Ostracio; y con poca y buena escolta de hombres de confianza y á favor del buen tiempo, emprender el gran viaje por los llanos siguiendo el camino de postas hasta llegar á la ciudad de Lima. La expedicion era del gusto de Hernando, y se propuso estudiar en su tránsito aquel estraño pais, acabado de visitar por los sabios marinos D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa, acompañados de otros sabios franceses, para una investigacion científica de muy alta importancia para la astronomía y la navegacion (1), y por esto sintió un noble estímulo y mayores deseos de aumentar el caudal de sus conocimientos.

Hechos secretamente los preparativos, autorizado en debida forma por el gefe del apostadero de Montevideo y con pasaporte del virey y su particular recomendacion, se trasladó Hernando con toda la familia á la quinta del Paraná, acompañándolos el leal amigo D. Fidel, que sentia hondamente aquella forzosa separacion, si bien creia no debia ser muy larga.

Esta circunstancia endulzó para todos el dolor de aquel suceso, cuyos pormenores no nos detendremos en referir al lector, á quien suponemos interesado, como lo estamos nosotros, en la suerte de aquellos jóvenes tan amables y virtuosos y sus dignos y respetables parientes.

(1) Véanse pág. 197 y las notas.

## CAPÍTULO XXVI.

El P. *Ostracio.*—Viaje de Buenos-Aires á Lima por las Pampas. —Los saladeros y casas de matanza.—Los jesuitas de las Reducciones. (Juicio retrospectivo.)—El tigre y el gaucho.—Paso de los Andes y llegada á Lima.—Salida de las cuatro fragatas españolas para Buenos-Aires y España.—Encuentro con una division inglesa. —Combate y voladura de la *Mercedes.*—Queda Hernando fluctuando sobre las olas.

> Si en algun tiempo intentare la Inglaterra acrecentar su poder por cualquier acto de ambiciosa injusticia; ¡ojalá desde aquel punto, para prosperidad de la especie humana se halle destituida de ser grande ni poderosa en adelante!
>
> *Palabras de* LORD LIVERPOOL, *en* 1755

> Ese bajel ¡ay triste! ardio: subiendo
> Del agua al aire va la nube lenta,
> De llama y humo en remolino horrendo,
> Con mil vidas cargada, ¡ay Dios! Violenta
> La combustion con espantoso estruendo
> Tronó; sobre su espalda, empero, ostenta
> Hirviente el mar errátiles despojos,
> Del humo negros, ó con sangre rojos.
>
> *La Agresion británica,* poema de D. JUAN MARIA MAURI.

> Punica fides....

Mientras que el héroe de nuestra historia seguido de su fiel Paco emprendia en union con el P. Ostracio y su comitiva el largo viaje del Perú, atravesando las inmensas y despobladas llanuras de la América meridional, ¿qué sucedia en cierto lugar del otro hemisferio, á donde Hernando se trasportaba en imajinacion pensando en seres que le eran muy queridos? Aquellos seres tan dignos de su cariño, se ocupaban de contínuo en lo

mismo que él. ¿En qué habian de pensar un padre, una madre de cuyo regazo habia sido arrancado aquel tierno hijo, apenas adolescente, para lanzarlo en una carrera, aunque honorífica, incierta sobre todas y azarosa?

Aun resonaba en sus oidos el horrísono estampido con que dos poderosos bajeles de nuestra Armada habian desaparecido á no mucha distancia de aquella pacífica morada, en una terrible noche; los ecos de la sierra habian llevado desde las aguas del Estrecho á los oidos siempre atentos, siempre en alarma de aquella madre, el fragor de la catástrofe cuyos pormenores vinieron despues á desgarrar su corazon. ¿Quién le aseguraba, en cualquier momento de su ausencia, que aquel hijo no estaria espuesto á alguno de esos funestos azares que con tanta frecuencia amenazan la vida del marino? ¡Ay de las madres, ay de las esposas! ¡Ay tambien de las jóvenes sensibles que entregaron en mal hora su corazon á un hombre, á quien los deberes de su carrera obligan á fiar frecuentemente la vida al mas pérfido, al mas veleidoso de los elementos! Para ellas solas serán las fúnebres historias, los naufrajios lamentables; el enlutado cielo llenará de pavura su corazon, y hasta el ambiente que mueve las flores del prado, será para ellas un huracan devorador.

La familia de D. Próspero habia recibido por este tiempo cartas procedentes del Rio de la Plata, en que escribian Hernando, D. Bonifacio y su hija. El cariño de Leonor por los parientes de España, á quienes solo conocia por la correspondencia, acababa de recibir nuevos estímulos; y en la carta á su prima, de casi igual edad que ella, manifestaba con inusitada espresion de cariño sus deseos de conocerla, y tambien *cierta esperanza* de que esto pudiera realizarse. Los padres de Hernando dieron gracias á Dios por aquel consuelo, despues de tantos meses trascurridos de tormentoso silencio. Don Epifanio, siempre atento á templar la afliccion de aquella estimable familia, reanimó la esperanza de una próxima vista de Hernando,

manifestando con sólidas razones que la reciente paz celebrada con la Inglaterra, con todas las señales de sincera y durable, hacia desaparecer gran parte de los temores que tanto los habian alarmado en su primer campaña, quedando reducida por tanto la expedicion y regreso de las fragatas á un viaje ordinario que no podia retardarse; rendido el cual, Dios mediante, con felicidad, podria entonces solicitarse por primera vez una real licencia para que su hijo viniese por algun tiempo á descansar en el seno de su familia. Aquella tan fundada esperanza templó como un suave bálsamo las penas y sinsabores que la ausencia de Hernando y sus vicisitudes le causaban.

Cuando despues de haberse arrancado, por decirlo así, nuestro jóven marino de la hermosa quinta situada en las risueñas márgenes del Paraná, ya incorporado con el P. Ostracio y su comitiva en el inmediato pueblo de Puentezuelas, se vió en presencia de aquella inmensidad, ante aquel camino de casi mil leguas que debia pasar, no surcando como marino y en un reposo relativo las líquidas llanuras, sino atravesando terrenos agrestes, interminables, dilatados horizontes, donde sus conocimientos náuticos debian ceder al tino y la práctica de rústicos mayorales, no dejó de sorprenderle su extraña posicion, y aun pensó con un sentimiento de disgusto, que aquel dilatado viaje seria monótono, sin aliciente ni digna ocupacion á su incansable afan, á su necesidad de saber; pero no tardó en desengañarse de aquel error. En efecto; aquellas regiones que poco antes habian suministrado asunto para estudios del mas alto interés científico, para descripciones llenas de atractivo y de poesía á los sabios D. Antonio de Ulloa y D. Felix de Azara, no podian menos de ofrecer al cultivado talento é impresionable imaginacion de Hernando abundante ocasion en que ejercerse. Contribuyeron, sobre todo, á inspirarle y alimentar este gusto y ocupacion los conocimientos prácticos del P. Ostracio de los lugares por donde transitaban, su vasta instruccion y la franca y cordial comunicacion que desde luego se estableció

entre los dos, Hernando encontraba el mayor atractivo en la conversacion del ex-jesuita, que á tanto saber unia un caudal inagotable de noticias y anécdotas, adquirido en sus frecuentes viajes y residencias por Europa y América y, particularmente despues de la expulsion, en las principales ciudades de Francia é Italia. Componíase la expedicion, ademas de los dos viajeros principales, de Paco, para quien no era nueva la vida terrestre ni sus malandanzas; de un dependiente de la estancia ó quinta de D. Bonifacio, que este habia dispuesto los acompañase como encargado del bagaje y cabalgaduras, y para compartir con el último la asistencia de su sobrino; de dos indios guaranís servidores del ex-jesuita á quien llamaban *el padre*; y completaban la carabana algunos viajeros accidentales que solicitaron caminar en conserva. Sobre todos estos viandantes llevaba la voz y direccion, en lo respectivo á la marcha, un mayoral ó capataz experto, con dos mozos encargados de la mudanza de caballos en los corrales ó casas de posta, únicos y verdaderos paradores en aquellas imponentes soledades, situados, no obstante, con tino y conveniencia.

Hernando, que desde el principio de su carrera habia solo visitado algunos puertos de la América española en ambos hemisferios, contemplaba con placer aquel singular pais, que aparecia á sus ojos con toda la riqueza de sus producciones naturales, con su salvaje grandeza y magestad. Admiróle ya desde su salida de Buenos-Aires, y en sus primeras jornadas por las márgenes é inmediaciones del Paraná, aquel lujo de vegetacion, aquella atmósfera de notable diafanidad y pureza, cruzada de pájaros de variada especie, de rico y matizado plumaje; y escitó sobre todo su admiracion la superabundancia de aguas vivas, límpidas, sonoras, que, divididas y errantes, unian por rápidos descensos y corrientes sus caudales, para producir torrentes, saltos y cataratas, hasta formar aquel soberbio rio que, envanecido con su riqueza y estension, parece como que se desdeña de confundir sus aguas con el Océano.

Dejando en pos de sí y á la diestra mano las fértiles llanu-

ras del Paraná, con sus hermosas casas de campo y elegantes quintas rodeadas de bosques de naranjos; despues de atravesar espacios irregulares cubiertos de una vegetacion lozana y vigorosa, de prados llenos de verdor y de flores que abrian sus brillantes y matizadas corolas á los rayos de un sol tan puro como el de Andalucía; á la vista de aquella naturaleza tan enérgica y vivificante, respirando aquel aire embalsamado, sintió Hernando un vigor, un bienestar moral desconocido; una mayor confianza en la vida y una mas firme esperanza en un porvenir de placer y felicidad. Llamóle particularmente la atencion la pureza y diafanidad de aquella atmósfera, de aquel cielo tan despejado (circunstancia que no puede dejar de notar un marino estudioso), fenómeno observado por todos los viageros, que puede esplicarse por el completo desprendimiento de los vapores acuosos y terrestres, absorbidos por la constante elevacion de la temperatura en aquellas regiones.

Un autor ha comparado aquella sensacion esquisita que observan los estranjeros "á la sensacion enteramente contraria que se esperimenta en otros paises mal sanos de América, donde se siente, por el contrario, una desconfianza de la vida, con una advertencia, casi continua, de la necesidad de morir."

A aquel grandioso espectáculo lleno de vida y fragancia, siguiose el imponente contraste de dilatadas llanuras, incultas en la mayor parte. El aspecto general del pais aparecia triste y de poca animacion; algunas manchas de *cactus* unian su verde sombrío, destacándose sobre terrenos arcillosos y amarillentos; á veces se descubria á lo lejos un árbol, casi muerto y desecado, y como perdido en aquel vasto desierto; y aquel cuadro uniforme y monótono, solo se veia animado é interrumpido por la presencia de los montaneros ó gauchos que, como animales montaraces, cruzaban en distintas direcciones la vasta planicie, ó por algun convoy de innumerables carretas que, juntas, enfiladas y en conserva, se acercaban de vuelta encontrada con nuestros viajeros.

Hernando habia visto en las calles ó inmediaciones de Buenos-

Aires á esos hombres estraños conocidos bajo el nombre de gauchos, y oido con particular interés las relaciones é historias que acerca de su orígen, vida y costumbres corrian en el pais; pero entonces aparecian á sus ojos, por decirlo así, en accion y en su vida real; y ciertamente pocos objetos podian presentarse mas dignos del estudio del viajero. Pero donde tuvo ocasion de observar su índole fué en un pueblo situado en la carretera, en un lugar poco distante de la ciudad llamada *Los Ranchos*. Ya divisaban las casas del pueblo iluminadas con los rojizos rayos del sol naciente, cuando les llamó la atencion un campo rodeado de árboles corpulentos y cerrado con una especie de pared formada con cabezas de buey, artística y caprichosamente colocadas unas sobre otras en términos de ofrecer á la vista un frente erizado de cuernos. Próximos descollaban enormes áloes, cuyas ramas, torciéndose de mil modos, iban á introducirse y perderse en las hendiduras y huecos de aquellas cabezas huesosas blanqueadas al sol, para reaparecer un poco mas lejos, afectando formas estrambóticas; verdaderos osarios al aire libre, que suelen encontrarse en las inmediaciones de todos los *saladeros*, nombre que se da en el pais á un vasto establecimiento donde diariamente se matan multitud de toros y bueyes, cuyas pieles y carne preparada al sol con el nombre de *tasajo*, son esportados para Europa y las colonias, sirviendo este de principal alimento á los esclavos y constituyendo, de muy antiguo, el principal ramo de comercio en aquel pais.

El saladero se compone de un llano de bastante estension rodeado de un foso, en cuyo centro se ha formado el corral, vasto cercado limitado con un vallado. Los gauchos conducen todos los dias cierto número de reses de las llanuras del interior, que se encierran en esta especie de *chiqueros* ó corrales para esperar la matanza, que debe verificarse al amanecer del siguiente dia. Precisamente en el momento de cruzar la caravana llegaban los gauchos matadores á caballo, seguidos de carretas donde venian multitud de mujeres y muchachos, destinados á

desollar y destazar el ganado muerto. Los gauchos colocaron sus carretas formando un cuadro y dejando en medio un espacio, que era la arena destinada á la sangrienta operacion, en la que suelen matarse 300 reses por dia. Un saladero se asemeja tambien á un vasto circo, donde se verifica un verdadero combate á muerte. Nuestros viajeros hicieron alto para presenciar aquel raro espectáculo, nuevo y sorprendente sobre todo para Hernando y su criado.

Aquellos hombres no usan de otras armas para tan arriesgada operacion que del terrible *lazo*. Y en efecto, desgraciado el gaucho que por descuido ó por torpeza se dejase desmontar y cuyo lazo ligase mal á la fiera, porque poco tardaria en ser su víctima. Pero la destreza y sangre fria de estos hombres son tales, que casi nunca ocurre accidente de esta naturaleza.

Antes de describir el espectáculo que absorbia la atencion de los viajeros diremos algo acerca de los *peones* ó *gauchos* y del famoso lazo, arma casi única, ó al menos la de mas uso en los hijos de las Pampas.

"Si los indios, dice un viajero, ofrecen el triste espectáculo de una raza salvaje que ha podido entrar en las vias de la civilizacion, los peones presentan el no menos deplorable de una raza, antes civilizada y que el tiempo y la soledad han vuelto al estado salvaje. Descendientes de los antiguos pastores españoles, los peones viven guardando innumerables ganados en los desiertos y llanuras del Tucuman, de la Patagonia y del Uruguay. Armados siempre del puñal, siempre á caballo, no conocen otras leyes que las de la necesidad. La vida de sus hermanos no tiene mas precio á sus ojos que la de un carnero ó una vaca, y por la mas ligera ofensa cometen un asesinato. La pasion brutal reemplaza en ellos al sentimiento del amor, y cuando pueden arrebatar una mugér á un criollo, se dan entre sí combates á muerte para disputarse la posesion. Duermen sobre una piel de buey y se nutren de su carne á medio asar, y se apasionan con delirio por el aguardiente."

"Como no oyen reloj, ni ven medida ni regla en nada, (dice un autor de nota español, cuyo relato preferimos al de los estranjeros, que con harta inexactitud y ligereza discurren sobre nuestras antiguas colonias, su historia, usos y costumbres), sino largos desiertos y pocos hombres, casi desnudos, corriendo á caballo tras de fieras y toros, los imitan, sin apetecer la sociedad de los pueblos, ni conocer el pudor, ni la decencia, ni las comodidades.... Para jugar á los naipes, á que son muy aficionados, se sientan sobre los talones, pisando las riendas del caballo para que no se lo roben, y á veces con el cuchillo ó puñal clavado á su lado en tierra, prontos á herir á quien se les figura que les hace trampas, sin que por esto dejen ellos de hacerlas siempre que pueden....... Las pulperías ó tabernas que hay por los campos son los parajes de reunion de esta gente..... En cada pulpería hay una guitarra, y el que la toca bebe á costa agena. Canta *Yagabil* ó Tristes, que son cantares inventados en el Perú, los mas monótonos y siempre tristes tratando de ingratitudes de amor y de gentes que lloran desdichas por los desiertos....."

"Es admirable el tino, prosigue el autor, con que los llamados *vaqueanos* conducen el ganado al paraje que se les pide por terrenos horizontales, sin caminos, sin árboles, sin señales ni aguja marítima, aunque disten 50 ó mas leguas."

Hablemos ahora del lazo, arma y modo de guerra que tomaron de los antiguos Pampas y Guaranis y de que se sirven con admirable destreza, "haciendo de ella un arma tan temible como las de fuego, y tal, á juicio del ilustrado autor de quien tomamos estas noticias, que quizás, añade, se adoptaria en Europa si se conociese."

Cuando el sensato autor español escribia á fines del último siglo esta observacion, estaba muy lejos de preveer que este método algo silvestre de hacer la guerra á los hombres, seria en efecto empleado como arma en las batallas por aquellos transfugas de la civilizacion, contra los mismos españoles, sus her-

manos por la sangre y el origen; y que, por otra parte, la Europa moderna podria muy bien pasarse, gracias á los progresos en la civilizacion y á ciertos genios inventores consagrados al perfeccionamiento del arte militar, de aquel importante don ultramarino, poseyendo medios de destruccion mas ingeniosos y espeditos. Poco podria, en efecto, un ejército de *laceadores* ante los cohetes á la Congreve, nuestros fusiles de 100 tiros y los torrentes de agua hirviendo lanzados por una máquina de vapor, (invenciones ambas anglo-americanas), las balas de largo alcance que os deshacen cómodamente de vuestro enemigo, sin necesidad de emplear los primores de la táctica militar y caballeresca, los proyectiles deletéreos asfixiantes y, por último, la *nueva fuerza destructora* del capitan Warner (1).

El lazo del gaucho es una correa elástica, larga como de 15 á 18 brazas, cuyas dos estremidades están sujetas á la silla y aparejo del caballo. Para hacer uso la toma como por el medio procurando la mayor libertad en sus movimientos, y de tal modo, que dos lazos corredizos á lo menos aparezcan en la parte que ondea mas distante. Cuando este arma está en reposo, los lazos están naturalmente cerrados; pero desde que se les hace girar por alto, el abra ú ojo de ellos se marca, y no son arrojados sino cuando el movimiento de rotacion los tiene constantemente abiertos sobre la cabeza. Por admirable y sorprendente que esto parezca, es la cosa mas simple del mundo para un gaucho.

Tales eran los hombres que á vista de Hernando y compañeros de viaje, se preparaban para la sangrienta operacion. Los gauchos se dividieron en dos bandos; los unos á caballo estaban destinados á enlazar los toros en lo interior del cuadro donde se hallaban encerrados y atraerlos al llano; en tanto que los otros, á pié, y armados tambien de lazo y de un gran cuchillo, concurrian á la sangrienta operacion.

Terminados los preparativos entró un gaucho á caballo en

(1) Véanse las notas.

el cuadro. Despues de haber hecho ondear un momento su lazo, ojeando al mismo tiempo al toro que queria asegurar, lo arrojó con fuerza y el animal quedó prendido por los cuernos. Ligado y sujeto de este modo á su enemigo, por aquella especie de cuerda de 20 á 25 varas de largo, y excitado por el rápido impulso que procuró darle el ginete, por los gritos de los muchachos y los gauchos, por los rastros sangrientos de la matanza de la víspera y el permanente olor de sangre, propio de tales lugares, el toro bramó espantosamente; escarbó y golpeó la tierra con furia; corrió como para huir, pero al llegar al estremo del lazo se detuvo con señales de rabia y furor; porque el caballo del gaucho se mantuvo firme al lado opuesto, contra aquella violenta tension y sacudida.

Sorprendido el animal, bajó primero la terrible y amenazadora frente y despues se precipitó con furia sobre el caballo; pero entonces el gaucho, con una admirable sangre fria y manejándose diestramente, burló el ataque de su peligroso adversario. El combate se presentaba en aquel momento admirable. De una parte estaba la fuerza, el furor, la rabia; de la otra la calma y la destreza. El toro consumió todo su vigor en esfuerzos indecibles; daba á veces saltos para acercarse al gaucho, y volviéndose bruscamente, partió con veloz carrera creyendo huir del lazo que lo retenia aprisionado, ó arrastrar al caballo y al ginete. Cuando el animal estuvo algo cansado, se acercó un hombre á pié armado de otro lazo; la fiera se enfurece á su vista; aquel nuevo enemigo lo irrita; la rabia le vuelve las fuerzas y el valor; corre y procura alcanzarlo y herirlo; pero entonces es cuando brilla mas la destreza del ginete. Veíasele firme sobre su silla teniendo el caballo recogido y procurando, por medio de una constante tension del lazo, contener los ímpetus del toro; por último, el animal sorprendido es enlazado además por un pié y derribado; hace entonces esfuerzos increibles para levantarse, y al fin lo consigue, comenzando de nuevo la carrera y la lucha. Pero entonces el gaucho de á pié, escogien-

do el momento en que el toro se ocupaba de su primer adversario, lo desgarretó por detrás con su cuchillo. El animal daba muestras de su dolor con espantosos mugidos; pero el gaucho lo concluyó hiriéndolo en el cerviguillo. Terminado aquel raro combate parcial, veinte ó treinta gauchos se lanzaron á un tiempo sobre el ganado con resolucion y audacia; los toros mugian espantosamente, corrian y se cruzaban en confusa revuelta, para buscar á sus perseguidores ó huir. El espectáculo pareció verdaderamente horrible á Hernando, aunque no pudo menos de admirar á aquellos hombres estraordinarios.

Nuestros viajeros, departiendo sobre la extraña escena que acababan de presenciar, prosiguieron su camino para llegar á la ciudad de Córdoba, á donde en efecto entraron en aquella misma mañana.

El nombre de esta ciudad, fundada en los desiertos del continente meridional del Nuevo-Mundo, fué de dulce recuerdo á nuestros caminantes, trayéndoles á la memoria la regia ciudad árabe, asiento de magníficos alcázares y de inauditas grandezas en tiempo de los sultanes, teatro de amorósas aventuras y, por último, glorioso trofeo de nuestras armas. El marino, errante como los grandes viajeros, lejos de su patria, sin otro espectáculo que interminables horizontes que sin interrupcion se suceden á su vista, se complace mas que otro hombre alguno en las dulces reminiscencias. He ahí la causa de ese júbilo, de esa fruicion intensa, inconcebible, que esperimentan los navegantes, tras de largos dias de privacion y fatiga, á la vista de la tierra; y si entonces se ofrecen á sus ávidos ojos verdes colinas, frondosos prados con ganados y pastores, su corazon palpita con suave emocion recordando los campos de su patria y los hábitos y juegos de su adolescencia. Procura en tales momentos aumentar su ilusion buscando semejanzas; y si está obligado á poner nombre á sus descubrimientos, se complace en consignar aquella semejanza, dando denominaciones conformes con sus recuerdos. Los conquistadores de América eran ó llega-

ban á ser navegantes y marinos; suspiraban como estos por la distante patria; y este es el orígen de muchos nombres de las nuevas ciudades que fundaron en el inmenso territorio de sus descubrimientos, y la razon por qué encontramos en aquellas regiones otra Granada, otra Santiago, otra Toledo.

Córdoba, capital de la provincia de este nombre en el Tucuman, era considerable en aquella época por su poblacion, que llegaria á quince mil almas, por residir en ella la silla episcopal y poseer una universidad y una biblioteca pública, que antes de la guerra de la independencia americana gozaron de gran renombre; y no le daban menos lustre é importancia su posicion central, sus fábricas de tejidos de lana y algodon, que proveian abundantemente á su comercio. Tiene muchas y hermosas iglesias: la poblacion de sus campos y distritos adyacentes no bajará de ocho mil almas, y son agricultores y pastores.

En algunos dias que descansó la carabana en aquella ciudad, visitó Hernando con el P. Ostracio lo mas notable de ella, y advirtió la obsequiosa acojida que en todas partes hacian al ex-jesuita. Reparadas con el descanso sus fuerzas, prosiguieron con nuevo vigor el gran viage con direccion á Santiago del Estero, capital de la provincia que toma igualmente de esta ciudad su nombre.

El padre Ostracio hizo notar á su jóven compañero la fertilidad de aquella rejion que atravesaban, cubierta de hermosos bosques y de dilatadas llanuras sembradas de trigo, que rinden ochenta por ciento al cultivador, y animadas con inmensos rebaños de carneros, bueyes y caballos. El pais produce ademas mucha miel y salitre, y es tambien importante por la fábrica de ponchos y gergas.

Todo lo veia Hernando y de todo hablaba con el sabio proscripto, cada vez mas aficionado á su gustoso trato y amena instruccion, ya establecida entre ambos la mas cordial confianza. Nuestro marino no dejó de manifestarle la admiracion que le

causaba la consideracion y deferencia de que era objeto con mucha frecuencia en los pueblos y paradores del tránsito, lo cual, por otra parte, no sabia como acordar el jóven con los motivos que se decia haber sido la causa de la expulsion de los jesuitas en aquellas regiones, y las pretensiones de absoluta dominacion de que habian sido acusados. El P. Ostracio le refirió, amenizando con la conversacion las sequedades y monotonía del camino, la verdadera historia de aquel célebre acontecimiento, cuya memoria era todavía reciente en el pais, restableciendo en sus justos límites la verdad y la razon ultrajadas, demostrando que emulaciones y quejas fundadas en endebles pretestos, mas que la conveniencia y la justicia, habian provocado aquella terrible disposicion y anatema, cuyas consecuencias fueron luego harto perjudiciales al pais y á la metrópoli.

En efecto, los individuos de la Compañía de Jesus habian llegado á ser demasiado sabios, considerados é influyentes, para dejar de tener rivales y enemigos. La historia les va haciendo ya justicia, y aun los mismos escritores que con espíritu filosófico refieren los hechos y los califican segun el juicio del siglo, vienen á presentar la vindicacion de los jesuitas expulsados del Paraguay y de las Reducciones, despues de 158 años, desde el de 1609 de su establecimiento.

El primer colejio fué fundado en la Asuncion del Paraguay en 1593, y desde su aparicion comenzaron á luchar con ventaja contra la feroz resistencia y oposicion de los salvajes á la vida social. Algunos escritores han negado la posibilidad de evangelizar aquellas naciones tan feroces y estúpidas, sosteniendo que *los misterios sublimes de una religion de amor y de ciencia solo son accesibles á los pueblos civilizados*. Este argumento presentado por la filosofía está desmentido por la historia, y es su mejor refutacion la prodijiosa propagacion del cristianismo en las naciones menos civilizadas del antiguo mundo; y no seria en verdad una religion de amor y de consuelos, si solo es-

tuviese al alcance de los sabios y los razonadores. Los que tales principios sostienen no conocen ciertamente la simplicidad de esta religion de amor, destinada á consolar, á rehabilitar y perfeccionar la parte mas débil y despreciada del género humano. Los jesuitas lograron arrancar de sus bosques y asperezas la mayor parte de aquellos salvajes indómitos sujetándolos á la vida social; como lo hicieron los apóstoles y sus sucesores, como los misioneros de la China y del Japon. Pero estos mismos escritores á que nos referimos dicen tambien que los guaranis, acosados, subyugados y perseguidos, fueron los que los jesuitas acojieron para formar las Reducciones, y "que en ellos encontraron *una proteccion asegúrada contra la persecucion de sus verdugos* (los portugueses del Brasil), un trabajo infinitamente menos penoso y costumbres suaves: que se prestaron gustosos á las prácticas inocentes que les imponian con los sacramentos y prácticas del cristianismo."

He aquí atenuados los cargos que se hacen á la Compañía; mas digan lo que quieran tales escritores, nosotros preferiremos el juicio de un autor español de acreditada ilustracion y criterio, ya citado, cuya autoridad incontestable se nos permitirá que antepongamos á lo que puedan decir los sistemáticos detractores de cuanto hicieron ó crearon los españoles en la vasta estension de sus envidiadas conquistas.

"Es menester convenir, dice este insigne español, en que los padres mandaban allí en un todo, usaron de su autoridad con una suavidad y moderacion que no puede menos de admirarse. A todos daban su vestuario y alimento abundante. Hacian trabajar á los varones sin hostigarlos, poco mas de la mitad del dia. Aun eso se hacia á modo de fiesta; porque iban siempre en procesion á las labores del campo, llevando música y una imagencita en andas, para la cual entre todos se hacia una enramada, y la música no cesaba hasta regresar al pueblo como habia ido. Les daban muchos dias de fiesta, bailes y torneos, vistiendo á los actores y á los del ayuntamiento de tisú y con otros

trajes los mas preciosos de Europa, sin permitir que las mujeres fuesen actrices, sino espectadoras. (1)"

Se vé, pues, que el yugo de los padres era suave; que los indios vivian contentos, y lo prueba el que á los 158 años de la fundacion de las Reducciones, cuando en 1768 mudaron de directores, estos y los sucesos justificaron que los jesuitas eran mas *hábiles, moderados* y *económicos*. En pos de ellos vinieron la disolucion de aquella sociedad y los vicios que hicieron dejenerar de su índole y sencillez tan pacíficas asociaciones. Finalmente, aquellos mismos escritores hacen la mejor apolojía de los jesuitas de esta parte de América, contestando á los que procuran disfamarlos, acusándolos hasta de aspirar á la independencia del gobierno de la metrópoli y aun á la soberanía.

"La Compañía de Jesus, dicen, contaba en su seno hombres distinguidos por las luces, el valor y la habilidad; y es justo decir que no parece que se quisieran hacer independientes de la corona de España, como lo han sostenido muchos escritores (2)."

La provincia de Santiago del Estero, por donde caminaban á la sazon nuestros viajeros, estaba contigua á la famosa region conocida con el nombre del *Gran Chacó* y pais de los *Abispones* habitada por razas indómitas que suelen hacer sus escursiones en la region civilizada. De aquella provincia pasaron á la del Tucuman, cuya capital del mismo nombre cuenta como diez mil almas: el resto hasta cuarenta mil habitaban los distritos rurales y se dedicaban á la agricultura. Produce aquella provincia arroz, trigo, maiz, tabaco, melones y naranjas, notables por su abundancia y tamaño. Tambien fabrican en ella escelentes quesos, y hay telares para tejidos de lana y algodon,

(1) Don Felix de Azára, *Viaje á la América Meridional, desde* 1781 *á el* 1801.

(2) *L'Univers. Histoire et description de tous les peuples etc.=Buenos-Aires, Paraguay et Uraguai.*=Par. M. Cesar Jamino.=1840.

siendo ademas muy celebradas las pesquerías de sus rios y lagunas.

Atravesaba la carabana plácidamente la falda oriental de la cadena de montañas que cubiertas de hermosos bosques cruza la provincia del Tucuman, y ya se encontraban á corta distancia de la capital, á donde deseaban llegar para descansar de una larga y fatigosa jornada, contribuyendo á este deseo lo avanzado de la hora y lo agreste del lugar, cuando un nuevo incidente vino á aumentar el desasosiego y la celeridad de su marcha. Hacia rato que habian observado cierta inquietud en el ganado mular y las caballerías, con un temblor nervioso, indicios vehementes para los prácticos conocedores y trogineros en aquellas regiones, de que algun animal dañino rondaba por los contornos. No tardaron en confirmarse aquellos indicios: unos rujidos lejanos y confusos, que á diversos intervalos percibian los viajeros á la diestra mano del camino, confirmaron sus temores. Departian inquietos entre sí, apresurando el andar de sus vehículos, cuando el galope que oyeron de un caballo les hizo volver los ojos hácia la parte del bosque de donde procedia el inquietante ruido, y vieron salir de la espesura á un gaucho de siniestro aspecto y semblante. Cuando ya mas próximo pudo el P. Ostracio percibir bien sus facciones, advirtió en voz baja á los demas viajeros que estuviesen alerta y dispuestos á las consecuencias, cualesquiera que fuesen, de aquel encuentro.

El desconocido justificaba los prudentes recelos y precauciones del esperimentado viajero de las Pampas. Era aquel hombre de rostro fiero y repugnante, y su presencia producia en cuantos lo miraban una especie de fascinacion terrorífica. Su semblante pálido, aunque de regulares proporciones, era de una dureza notable; sus cabellos, negros y ensortijados, cayendo sobre su frente y sus ojos, le formaban una como corona que, con sus torbas y penetrantes miradas, le daban el aspecto de la cabeza de Medusa. Su traje, aunque de la misma clase que el que usaban los gauchos, era esmerado y lujoso, y arma-

do de su lazo y puñal y montado en un fogoso caballo, no representaba mal el ideal de la fuerza bruta, el genio devastador del desierto.

El gaucho dirigió primero con rapidez, una mirada esploradora sobre los caballos de Hernando y del ex-jesuita, y fijando luego en este la atencion, le dirigió, con voces inarticnladas y un gesto particular, á manera de un saludo, que hien podria pasar en aquel lugar y procediendo de tal hombre, por un rasgo de esquisita atencion y cortesía. El P. Ostracio conocia al terrible gaucho por su funesta celebridad en los llanos, por sus guapezas celebradas en los cantares de la gente picaresca. Era entre los *gauchos malos* del pais, el gefe y prototipo.

El recienvenido confirmó y aumeutó los temores que los rugidos del bosque causaron á los viajeros, asegurándoles que el tigre, en efecto, andaba cerca, y que acababa de separarse de algunos de sus compañeros que quisieron internarse en el monte para ojearlo. Pocos pasos habian dado desde aquel encuentro cuando un rujido cercano, procedente de la parte mas espesa é intrincada del bosque, heló de espanto á la comitiva, que partió á escape, en cuanto lo permitian las caballerías cargadas del bagaje, con el fin de guarecerse de una estancia que como á unos 500 pasos se veia á orilla del camino.

El sol acababa de esconder su encendido disco por la parte occidental del bosque, y una media oscuridad invadió casi de pronto aquel imponente cuadro. Solo el gaueho, impertérrito, continuaha al paso natural de su caballo, desdeñando seguir aquel arranque de fuga; y para hacer alarde de su valor y superioridad, echó pié á tierra y se dirigió como á esplorar hácia aquella parte del monte, armado solo de su lazo. Su vanidad fué en aquel momento mayor que su prudencia, ó acaso creyó la causa de aquellos temores mas distante de lo que estaba en realidad; mas por esta vez salieron sus cálculos errados.

Un grito particular que lanzó el gaucho hizo volver instintivamente la cara á los fugitivos y le vieron ondear su lazo, aun-

que cejando con diligencia hácia los árboles del otro lado del camino. Entonces saltó en medio de la ruta un tigre de enorme apariencia, que al ver al gaucho se cosió contra la tierra y meneando á un lado y otro la cola, se disponia á lanzarse sobre su presa. Nuestros amigos se aprovecharon de aquella terrible y amenazadora detencion de la fiera, y hallándose ya á corta distancia de la casa ó corral á donde querian refugiarse, hicieron un esfuerzo de velocidad desesperado, y se precipitaron por su puerta, seguidos del caballo del gaucho que, cediendo á sus instintos á vista del tigre, la corrió á unirse con las otras caballerías. Cerrada prontamente aquella puerta se consideraron seguros del peligro; pero llenos de horror, se asomaron á las estrechas y enrejadas ventanas de la estancia, y fueron testigos de una terrible escena.

Solo el rugido agudo y prolongado del tigre, aun prescindiendo de todo otro motivo de temor, imprime á los nervios un estremecimiento involuntario, como si la carne misma se conmoviese y agitase con aquel grito de muerte. Cada vez que el rugido se renueva, se hace mas distinto; el tigre, embriagado por el olor de la sangre humana, se aproxima sin perder un instante á la huella de la víctima, y esto era precisamente lo que habia sucedido con el gaucho.

Este no vió ya en aquel momento otro medio de salvacion que un algarrobo que se hallaba á bastante distancia: camina á él derecho y, á pesar de la debilidad del tronco que cede bajo su peso, consigue llegar hasta la cima, y procura ocultarse entre las hojas. Entonces el tigre se fué aproximando á pasos lijeros husmeando el suelo, y dando rugidos mas frecuentes á medida que la huella estaba mas fresca. Llegado al punto en que el gaucho habia dejado el camino, para echarse al través de los campos en donde habia distinguido su refugio, la fiera perdió la pista y pasó de largo. Nuestros amigos, testigos palpitantes de aquel trance horrible, respiraron; pero aquella esperanza fué de corta duracion. Furioso el tigre se revuelve sobre sí mismo,

descubre, al fin, en el suelo el poncho que habia dejado caer el gaucho, y lo despedaza con sus garras, haciendo volar sus girones. Mas irritado aun al verse burlado, busca el rastro de nuevo, lo encuentra y fijando en él sus miradas, descubre el objeto de su persecucion al través de las ramas del algarrobo. Desde aquel momento el tigre dejó de rugir: se acercó dando saltos, corrió alrededor del árbol, y midió la altura con una mirada encendida por la sed de sangre; se apoyó muchas veces sobre el tronco y lo hizo vacilar; pero viendo que no podia llegar á alcanzar hasta el gaucho, se estendió en el suelo azotando sus hijares con la cola, con los ojos fijos sobre su presa y las fauces secas y entreabiertas. Aquella terrible indecision duró dos horas.

La postura violenta del gaucho, la terrible fascinacion que sobre él ejercia la sanguinaria mirada del tigre, comenzaron á agotar sus fuerzas. Ya sentia aproximarse el momento en que le seria imposible resistir aquella potencia de atraccion que lo sometia y dominaba, cuando un ruido vago de caballos al galope, le volvió la esperanza y un poco de vigor.

Causábanlo sus amigos que, despues de haber reconocido la traza del tigre, corrian á toda rienda para procurar salvarlo, si era tiempo todavía. Un instante despues el terrible lazo de uno de los gauchos cayó sobre el animal, y el protagonista de aquella escena, dejándose entonces caer, no sin inminente peligro, sobre la fiera, con el puñal en la mano, pudo todavía luchar y vengarse de su cruel agonía. Sus compañeros llenos de alegría, le aclamaron el héroe de las Pampas, con notables señales de respeto (1).

En efecto; aquel hombre estraordinario, que entonces vagaba errante y perseguido, á causa de sus fechorías y maldades, por la justicia de los españoles, estaba llamado mas tarde,

(1) Este hecho es histórico y aconteció al temido y célebre gaucho de quien vamos hablando.

cuando entronizada la anarquía y disueltos los lazos sociales en aquel desgraciado pais, en la culta Buenos-Aires, la *civilizacion* y la *barbarie* se disputaban el dominio, á ser el Atila de aquellas regiones. Aquel hombre se llamaba Facundo Quiroga.

Nuestros amigos, vueltos en sí de la impresion de sorpresa y terror que debió causarles aquel suceso, continuaron su ruta con precaucion y celeridad, llegando aunque á hora algo avanzada á Tucuman, donde hicieron alto por algunos dias.

No es, ni puede ser nuestro intento seguir paso á paso y en todas sus vicisitudes á los viajeros en aquella larga peregrinacion terrestre hasta llegar á Lima; ni lo consiente el carácter de una obra que, aunque consagrada á refèrir los sucesos personales de un jóven marino y su interesante familia, tiene por primordial objeto consignar histórica y filosóficamente los hechos de nuestra Marina en el último período de su vida y representacion entre las demas naciones de Europa. Así nos limitaremos á decir que continuando aquella penosa ruta por el ordinario camino de las conductas y convoyes, que á semejanza de las carabanas del Africa lo atraviesan, pasaron sucesivamente por las provincias de Salta y Jujuí, que son las últimas situadas en la ruta de Buenos-Aires al Perú, notables por su fertilidad, por sus hermosos bosques y escelentes pastos, sus numerosos ganados de mulas, caballos, carneros y vicuñas; por el cultivo del algodon, trigo, cebada, maiz y caña de azúcar, índigo y otras producciones, como miel, cera y aguardiente; y, en fin, por sus minas de oro, plata, cobre, hierro y alumbre. Apoyadas ambas provincias en la falda oriental de la Cordillera de los Andes, son dignas de grande admiracion por sus valles frescos y agradables, sus numerosas corrientes de agua y la riqueza de su vejetacion. Cerca de la pequeña ciudad de Jujuí se encuentra un volcan de aire, que fué visitado por Hernando y el P. Ostracio, consignando aquel su descripcion en el diario de ruta que llevaba, segun la costumbre de todos los marinos ilustrados. Muchas de estas curiosas noticias y observacio-

nes le fueron suministradas por el docto ex-jesuita, dándole amplias y curiosas descripciones del *Gran Chacó*, del *Salto* ó catarata de la *Guaira*, de la famosa *Cueva de los esqueletos*, y de otros fenómenos y anécdotas históricas del pais.

Así, atravesando las provincias de Catamarca, Rioja, San Juan y San Luis, llegaron á la de Mendoza, notable y de particular importancia, porque allí se cruzan ó unen, en los puntos de Uspallacta y Portillo, las rutas ó caminos que enlazan actualmente el Perú y Chile á la confederacion del Rio de la Plata.

Trepando laboriosamente nuestros caminantes por rampas abiertas sobre rocas escarpadas, arribaron á la cúspide de la Cordillera de los Andes, y al lugar llamado el *Alto de la Cumbre*, cuya altura sobre el nivel del mar está calculada en unas 2,333 toesas castellanas, de la cual descendieron al valle del rio de la Cueva, donde se detuvieron á contemplar y admirar el famoso *Puente del Inca*, formado por la naturaleza por medio de aguas incrustantes y costras calizas.

Los Andes (de Chile) ofrecen de lejos el aspecto de una serie de montañas majestuosas que se destacan distinta y claramente sobre el horizonte, y cuya elevacion escede en mucho á la de los Alpes europeos. Sus bases están cubiertas de ricos tapices de verdura, sus faldas brillan con las vivas tintas del granito; en tanto que sus cabezas sublimes se esconden bajo una corona de nieve deslumbrante. El *Tupuegato*, situado al O. de Santiago, se cree sea tan alto como el Chimborazo, que es el gigante del sistema chileno. Los chilenos llaman sierras á los escalones inferiores de la Cordillera. El paso de los Andes ofrece por lo comun peligro y siempre grandes fatigas y molestias; pero el riesgo mas temido de los arrieros, es el de los huracanes, á causa de su mucha frecuencia. Estos pasos de las Cordilleras son impracticables durante seis meses del año. Así, desde noviembre hasta fin de mayo, es cuando los viajeros pueden confiarse á los conductores para emprender aquel paso tan temido.

Aquel largo camino tuvo feliz término, y nuestros asendereados viajeros llegaron en fin á la capital del Perú. La primera diligencia de Hernando á pesar de su cansancio, fué presentarse á las autoridades superiores, y seguidamente á su comandante, trasladándose á la fragata, donde fué recibido con mucha satisfaccion, pues no era menos querido de sus gefes y compañeros que de toda la dotacion. Tambien Paco su criado fué acojido con grandes señales de complacencia por sus camaradas y el estado mayor de proa, á quienes embelesó por algunos dias con sus descripciones y cuentos vestidos á la andaluza.

A su llegada encontró Hernando las fragatas espedicionarias *Mercedes*, *Clara* y *Asuncion* ya muy adelantadas en sus reparos y preparativos, y prontas á emprender su dispuesta salida. Aquella division se hallaba al mando del gefe de escuadra D. Tomás Ugarte, que habia izado en la primera la insignia de su clase y autoridad. El celo por el servicio de nuestro jóven amigo no le permitió, despues de su largo aunque involuntario asueto, dedicarse á visitar detenidamente la célebre capital y conocer su sociedad, tan llena de atractivos y reminiscencias para nuestros marinos. Preocupado, por otra parte, por su amor á Leonor, ella absorbia todas sus facultades y pensamientos; mas no por eso dejó de notar, en lo poco que observó la sociedad limeña, la amabilidad del bello sexo, su proverbial atractivo y donosura y el hechizo de sus miradas, á pesar de llevar medio velado el rostro con la mágica mantilla.

Hernando hizo tambien algunas excursiones de otro género con objeto mas grave é instructivo, acompañado del P. Ostracio y algunas personas ilustradas con quienes lo pusieron en amistosa relacion las cartas de su tio.

La capital del Perú no podia menos de ser objeto muy digno de exámen para el estudioso jóven. Por rápido que fué este, no dejaron de excitar su admiracion la estrañeza y suntuosidad de los monumentos y las numerosas construcciones que el genio religioso y civilizador de los españoles creó en aquella

parte de sus vastas conquistas. Esta ciudad es la única, segun observan los modernos visitadores, que entre todas las de la América del Sur conserva intacta la originalidad de los tiempos primitivos, sin que las últimas revoluciones ó cambios políticos, ni su trato con estranjeros, hayan alterado sus costumbres, sus trajes y su peculiar arquitectura. Así se nota, dicen, en el conjunto de su numerosa poblacion la novedad en los usos y las ideas, pero sin mezcla ni confusion; lo que ha hecho decir que viven á la vez en su recinto muchos siglos.

Esta vasta poblacion, capital que era entonces del vireinato, está situada á la orilla del Rimac, que corre de E. á O., como á tres millas de su embocadura. Su planta de forma triangular ó mas bien de semicírculo, se eleva á 600 piés sobre el nivel del mar. A pesar de los posteriores disturbios y trastornos, su poblacion no baja de 70 á 80 mil almas. Por la parte que no baña el rio, la guarda una muralla de adobes con 34 baluartes, y tiene siete puertas. Es magnífico su aspecto considerada desde el mar: los caminos que á ella conducen con su doble fila de árboles frondosos, sus próximos paseos públicos, exornan y embellecen su acceso y cercanías. Desde aquel punto de vista se contemplan las torres de la catedral, construida, así como el palacio del arzobispo, en la plaza mayor; distinguíanse tambien majestuosamente agrupados, entre otros edificios principales, la casa de la moneda, el palacio llamado de la inquisicion, el antiguo colegio de los jesuitas (ahora casa de expósitos) y la universidad, en cuya biblioteca existe una interesante coleccion de manuscritos. La llanura cubierta de deliciosas campiñas, en cuyo centro se sienta la bella ciudad, se halla al pié de las montañas que forman las principales pendientes de las Cordilleras de los Andes. Fué llamada *Ciudad de los Reyes* por el conquistador Francisco Pizarro, que la fundó en el reinado de Cárlos V el dia de la Adoracion de los magos. En la orilla izquierda del Rimac se halla el inmenso arrabal de San Lázaro, que comunica con la ciudad por medio de un puente de piedra

de cinco arcos, en cuya extremidad meridional se eleva un gran pórtico de elegante arquitectura construido en 1613, en el vireinato del marqués de Montes Claros. La ciudad se halla dividida por calles paralelas y cuadras cortadas en ángulo recto; pero mucha parte de los edificios, aun los de mejor apariencia, están como internados y cubiertos, precediéndoles un patio y pórtico, lo cual les quita ú oculta su visualidad. Las casas que tocan ó se alinean con la calle tienen solo ventanas en su piso bajo, ofreciendo en el superior, á los ojos del forastero, el estraño espectáculo de un balcon de igual longitud que la fachada, pintado de verde, con la apariencia de un colosal cofre unido ó suspendido á la pared, con adornos y enteramente cubierto por persianas que suben y bajan á discrecion por correderas.

Los temblores de tierra, que son frecuentes en aquella rejion, han obligado á adoptar un sistema especial de construcciones para los edificios, en que, conservando la plenitud y apariencia de las formas comunes, se combina la consistencia y duracion de las obras con su seguridad. Las paredes inferiores se construyen en lo general de adobes en la parte baja; las interiores se forman con cañas enlazadas cubiertas de yeso por ambos lados; pero con tal artificio que, ofreciendo á la vista las naturales dimensiones de las formadas de materiales muy sólidos, tanto por su aparente grueso como por las cornisas y otros adornos con que están hermoseadas y el auxilio de la pintura, presentan el esterior y los accidentes de la piedra. Así es como oponiendo leve resistencia á las oscilaciones y sacudidas del terremoto, siguen el impulso que les comunica el terrible movimiento. Los techos son planos y de escasa consistencia, pues como en general nunca llueve, ni las nieblas penetran, solo en ciertos casos se les da alguna mas solidez con una mira de utilidad ó recreo para los moradores, disponiéndolos en forma de azoteas donde tienden ropa ó cultivan flores, y tambien para servir como lugar de observacion. Las calles son notables por

su regularidad, buenas aceras y cómodo piso, y están cruzadas en su centro por arroyuelos que conservan la limpieza.

En medio de la ciudad está la plaza mayor, que pasa por ser una de las mas hermosas de América, y forman su recinto el palacio que entonces se llamaba del virey y hoy se titula del gobierno, la magnífica catedral, la iglesia del Sagrario y el palacio del arzobispo, que pasa por el mejor de sus edificios.

En el centro de la plaza hay una bella fuente de bronce, superada de una Fama que arroja el agua por la boca de su trompa á 22 piés de altura, y en su base ó gran taza inferior sale por la de diez leones: obra suntuosa, como las mas que sirven de ornamento á la ciudad, del tiempo de los españoles.

Esta metrópoli posee muchas iglesias, especialmente notables por las inmensas riquezas prodigadas en su ornato, que hacen parecer su interior como cubierto de oro y plata. Vénse en ellas enormes candelabros, estátuas ó efijies del tamaño natural de oro macizo, y vasos sagrados de toda forma, profusamente cubiertos de piedras preciosas.

Cuando estalló la guerra de la independencia americana, habia en Lima doce conventos de relijiosos de diferentes órdenes, diez y siete de monjas y cuatro beaterios, ofreciendo un número considerable de edificios consagrados al culto divino; con diez hospitales fundados por la caridad de los particulares y muchos colejios. El geógrafo Malte-Brun dice que Lima contaba aun hace pocos años 1700 frailes y monjas, y cerca de 500 clérigos; cálculo mas estadístico que piadoso, pues observa maliciosamente que no por eso deja de pasar por ser de costumbres muy libres; observacion que podrá ser justa si se esplica por la introduccion de nuevas ideas y costumbres llevadas allí por los extranjeros, que dando mas ensanche á las de los naturales, habrán inoculado una libertad mas ámplia en la parte débil y mas impresionable de la poblacion. Hay á los alrededores muchas casas de campo, jardines y verjeles, cuya fecundi-

dad y lozanía se deben á los canales de riego y al arte con que se cultivan en un pais donde los calores son muy fuertes y las lluvias escesivamente raras ó escasas.

La fundacion de Lima por Pizarro data del año 1535. Desde 1582 ha sufrido esta ciudad los estragos causados por veinte terremotos; siendo el mas notable el de 1828 que derribó la mayor parte de los edificios públicos y gran número de casas. Callao, que es el puerto de Lima, ofrece un triste ejemplo de aquellos estragos; pues siendo en otro tiempo una ciudad de 4000 almas, quedó destruida por el célebre temblor de tierra de 1756, durante el cual entró la mar en las mismas habitaciones. Cuando esta se halla en calma, pueden distinguirse aun los restos de la antigua ciudad. En el dia solo ocupa su lugar una aldea compuesta de 200 á 300 casas de madera. Aquel emplazamiento es todavía notable por los tres fuertes que construyeron los españoles para defender el acceso marítimo de la ciudad, guarnecidos con 190 cañones.

Lima estaba reputada como la ciudad mas rica de la que fué América española del Sur, y todavía, gracias á su feliz posicion, es el centro de un considerable tráfico, pudiendo fácilmente comunicarse desde el Callao con todos los puertos del mar del Sur desde Chile á las Californias. Y sin embargo, un viagero imparcial é ilustrado, Mr. Lesson, al contemplar su actual decadencia, "nada recuerda hoy, dice, aquellos tiempos de adulacion y opulencia, cuando los comerciantes eran bastante ricos *para enlosar con plata maciza la calle principal* por donde el virey, duque de la Plata, pasó el año 1682, cuando fué á tomar posesion de su gobierno. (1)"

Todo esto vió y admiró rápidamente nuestro jóven amigo, considerando el vasto poder que adquirió y cimentó nuestra nacion en la época de su grandeza; muy distante de sospechar que no pasarian muchos años sin que aquellos, entonces pláci-

(1) Balbi; *Compendio de geografía universal etc.*

dos lugares, se convirtiesen, no por las quejas y la deslealtad de los descendientes de los antiguos peruanos, sino por el ánimo turbulento y la ambicion de los hijos de los europeos, sus legítimos y reconocidos señores, en un teatro de lamentables revueltas, de sangrientas divisiones, de recíprocos ataques y despojos.

Curioso Hernando y escitado por las doctas é instructivas relaciones sobre la antigua historia del Purú del P. Ostracio, sentia vivamente no poder visitar en su compañía algunas de las localidades mas célebres del Perú, á causa de la anunciada próxima salida de las fragatas. Habria visitado el temible volcan de Guaga-Putina, cercano á Arequipa, mirado como el cono volcánico mas perfecto y pintoresco de toda la cadena de los Andes; de este antiguo volcan, que no ha hecho erupcion alguna desde la llegada de los españoles, y que solo arroja en la actualidad vapores y algunas cenizas; el de Ubiñas, tambien ahora apagado, situado á algunas millas al ESE. del anterior, de cuyo inmenso cráter salieron en el siglo XVI las enormes porciones de ceniza que sepultaron casi totalmente aquella ciudad, causando inmensos daños en sus inmediaciones. Habria especialmente visitado á Cuzco, ciudad famosa como antigua capital del imperio de los Incas, y tenida por ciudad sagrada entre los peruanos. Su famoso *Templo del Sol* ocupaba el lugar donde ahora se levanta un convento de Santo Domingo. Aquel templo es, pues, considerado como la construccion de mayor magnificencia de cuantas los indígenas elevaron en la América del Sur y una de las mas ricas del mundo. Segun el autor de los *Comentarios reales que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú*, á quien es menester seguir en lo que concierne á aquel antiguo imperio, "sus cuatro paredes estaban cubiertas de planchas de oro; en el altar principal, situado á la parte de Oriente, se veia la imágen del Sol, formada tambien sobre una plancha de oro de doble grueso que el que tenian las que cubrian las paredes. Esta figura, que era

de una sola pieza, tenia la cara redonda, rodeada de rayos y de llamas, así como nuestros pintores acostumbran á figurarle; y era tan grande, que casi se estendia de una pared á otra. En la iglesia actual se ha colocado el Santísimo Sacramento en el mismo lugar que ocupaba aquel ídolo. A los dos lados de la imágen del Sol estaban los cadáveres de los Incas, conservados por su órden, segun su antigüedad; sus cuerpos embalsamados y muy bien conservados, estaban sentados en tronos de oro, elevados sobre planchas del propio metal, y tenian los rostros vueltos hácia lo bajo del templo, á escepcion de Huayna-Capac, que estaba directamente colocado frente á frente del Sol. El templo tenia muchas puertas, todas cubiertas de láminas de oro; la principal miraba al Norte. Al rededor de las paredes habia una plancha de oro en forma de corona ó de guirlanda, y tenia mas de una ana (3 piés, 8 pulgadas) de ancho. El techo era de madera muy gruesa, cubierta de cáñamo, porque los peruanos ignoraban el uso de las tejas y ladrillos. Al lado del templo se veia un claustro de cuatro frentes, adornado de una guirlanda de oro fino de una ana de ancho, como la que rodeaba el templo. Al rededor de este claustro habia cinco pabellones en cuadro, y su techo tenia la forma piramidal."

"El primero de estos pabellones estaba consagrado á la Luna, esposa del Sol, y era el mas próximo á la gran capilla del templo; sus puertas y su cerca estaban cubiertas de planchas de plata; y una grande del propio metal presentaba la imágen de la Luna con cara de muger. A los dos lados de este ídolo estaban los cadáveres de las reinas, colocados por antigüedad; únicamente el de Mama-Oello, madre de Huayna-Capac, tenia el rostro vuelto hácia el astro de la noche. En seguida estaba el pabellon consagrado á *Venus*, á las *Pleyadas*, y en general á todas las estrellas; este edificio y su gran portal estaban cubiertos de planchas de plata como el de la Luna, y su techo sembrado de estrellas de diferentes tamaños imitando al cielo. El otro pabellon estaba consagrado al *relámpago*, al *trueno* y al *rayo*, y

estaba todo cubierto de oro. El pabellon siguiente estaba dedicado al *arco-íris*, cuya imágen se veia trazada en una de sus paredes, y se la habia esculpido al natural en planchas de oro que la cubrian. El quinto y último pabellon estaba destinado al *gran sacrificador* y á los demas sacerdotes que servian en el templo, y que todos debian ser de la familia de los Incas. Esta habitacion, enriquecida de oro de alto á bajo como las otras, les servia únicamente de sala de audiencia; allí deliberaban sobre los sacrificios que debian hacerse y sobre los demas puntos relativos al servicio del templo. Las célebres vírgenes del Sol no habitaban en el templo, como generalmente se cree, ni aun en sus cercanías, sino que ocupaban un espacioso edificio muy distante, y trabajaban para proveer de vestidos á los Incas y á sus numerosas familias. Este inmenso convento, segun el citado historiador, encerraba comunmente 1500 doncellas. Ya se sabe el terrible castigo que se imponia á la que faltaba al voto de castidad."

No menos admirable era la ciudadela, antigua residencia de los Incas. Las piedras de que se componian sus murallas eran tan enormes, que no podia esplicarse como los peruanos, careciendo de conocimientos mecánicos y de poderosos medios de accion, pudieron mover aquellas masas y trasladarlas á muchas leguas de distancia. La fortaleza del Cuzco estaba circuida de una triple muralla, y su única puerta de entrada se cerraba con una piedra, labrada del modo conveniente, que se quitaba para franquear la entrada. Las tres murallas estaban separadas por un espacio de 25 á 30 piés, y cada una estaba superada de un parapeto. Dentro del tercer recinto habia una plaza estrecha y larga donde se elevaban tres torres, colocadas en triángulo; la del medio y principal se llamaba Moyoc Marca (Fortaleza redonda) á causa de su forma. Ostentaba una gran magnificencia, por ser la residencia ó lugar de descanso de los Incas cuando iban á la fortaleza. Sus paredes interiores estaban todas cubiertas con planchas de oro y plata, y en ellas se veian ani-

males y plantas representadas al natural. Las otras dos torres eran cuadradas y servian de cuartel á los soldados. Estas torres se comunicaban entre sí, y su parte inferior se hallaba dispuesta con tal artificio, que los numerosos aposentos en que estaba dividida se comunicaban por tránsitos ó calles estrechas, que se cruzaban é iban á parar á diferentes puertas. Todos eran de un mismo tamaño, y formaban una especie de laberinto de donde se salia con dificultad. Esta magnífica ciudadela, segun el historiador citado, acababa de construirse cuando llegaron los españoles, los cuales demolieron gran parte de una obra en cuya ejecucion se habian invertido 50 años.

Tal era, por decirlo asi, la grandeza salvage de aquellas estrañas gentes, en la época de la conquista, sumidas en la idolatría y en una lamentable ignorancia respecto de los usos y ventajas de la vida social. Pero los escritores estrangeros, dispuestos siempre, por lo general, á atenuar ú oscurecer nuestras glorias, ponderan los dotes inteligentes y los adelantos de los peruanos, contraponiéndolos á la rudeza y crueldad de los conquistadores. Entre estos escritores, ignorantes de los verdaderos hechos y que, no obstante, han dado ligeramente vuelo á su imaginacion, se distingue M. Marmontel, en cuyo libro de *Los Incas* se encuentran amontonados, en lenguage sentimental y poético, los mas crasos errores y los juicios mas arbitrarios contra los españoles. Su retrato de los indígenas dista mucho de la verdad y de corresponder, como observa un escritor estrangero, al cuadro seductor que ha querido hacernos.

Conviniendo y ya resuelta la salida de la division, tuvo luego efecto dando la vela desde el Callao el dia 3 de abril de 1804. El viaje fué feliz, y las cuatro fragatas entraron sin novedad en Montevideo el 8 de junio siguiente, á los 66 dias de navegacion desde el puerto de la salida.

Hernando obtuvo licencia para pasar á Buenos-Aires donde encontró á su familia en buen estado de salud, pero agitada y

llena de temores. Pasadas las recíprocas demostraciones de alegría, (sentimiento que no nos empeñaremos en ponderar á nuestros lectores respecto de los jóvenes primos, sabiendo el ardiente amor que se profesaban), lo llamó D. Bonifacio á su gabinete para enterarle de la causa de aquel descontento, refiriéndole los sucesos ocurridos despues de su salida para Lima. Reducíanse estos á que Turbulio, despechado por el mal éxito de su pretension con el padre de Leonor y de sus tramas alevosas contra su jóven rival; comprendiendo ó sospechando, á pesar de la ausencia de este, cuales serian las ulteriores intenciones de D. Bonifacio respecto de su hija y sobrino; viendo así burlados su amor y sus innobles esperanzas de poseer los cuantiosos bienes, primer objeto de sus deseos, habia puesto en juego todos los recursos de su diabólica astucia, para comprometer al anciano á una especie de capitulacion ó acomodamiento, colocándolo en la alternativa de ver espuesta su fortuna y hasta su propia seguridad y la de su hija, ó de acceder á sus inicuos planes. Los medios de que se valió aquel hombre inmoral y perverso fueron tales, que D. Bonifacio llegó á concebir serios temores y á convencerse de que no habia en Buenos-Aires, en aquellos momentos, á pesar de los respetos de su posicion social y de la proteccion de las leyes y la autoridad, seguridad para él ni para los suyos. El espíritu de insurreccion é independencia, hasta allí rastrero y solapado, comenzaba á mostrarse con audacia; espíritu de que supieron aprovecharse los ingleses, cuyas miras sobre aquella parte de la América española no tardaron en verse comprobadas con los sucesos, y muy particularmente con la invasion que verificaron al siguiente año, ayudados de los confidentes desleales, en la capital del vireinato. Así el anciano marino, despues de pesar todas las circunstancias de su actual posicion, calculando los inconvenientes que en gran número se ofrecian á su atribulado espíritu, pero atemorizado por la suerte que amenazaba á su querida hija, habia adoptado, en definitiva, una resolucion propia de su carácter naturalmente enérgico y decidido. Determinó,

pues, bajo el pretesto de un viaje á España, aprovechando las circunstancias de la paz y la proporcion de aquellos buques de guerra que debian seguidamente trasladarse á la Península, alejarse por algun tiempo de Buenos-Aires, dejando en tanto su casa é intereses al cuidado y bajo la administracion de un amigo de toda su confianza, persona de posicion y respeto en el pais. Fuera así del alcance de las asechanzas y persecucion de su tenebroso enemigo, se proponia disponer secretamente y con la calma de la reflexion la enajenacion de sus bienes, anticipando de este modo la realizacion de su antiguo plan de volver al seno de la madre patria. Se vé por este súbito arreglo, no exento de graves contrariedades y embarazos, que en el ánimo del juicioso tio de Hernando predominaba el temor de un riesgo inmediato, que no hubiera juzgado tan serio é incontrastable, sin las probabilidades de trastorno que amenazaban á aquel desgraciado pais. Por último, D. Bonifacio contaba para la ejecucion de sus intentos con la amistad del gefe de la division española, con quien le fué fácil arreglar las disposiciones de su trasporte, alojamiento, etc.

Aunque este plan debia halagar naturalmente los secretos deseos de Hernando, conoció este tambien su necesidad y conveniencia, considerando ademas de cuantas inquietudes y zozobras iba á verse libre su espíritu. Los preparativos fueron llevados á cabo con celeridad y la posible reserva. Don Bonifacio dió un convite al general y los comandantes de la division española, y entonces quedaron arreglados todos los pormenores del viaje. Pues que las fragatas debian navegar unidas, acordaron, consultando la mejor comodidad y otras razones de conveniencia, que aquel con Leonor y sus criados se embarcarian en la *Medea*, buque de la insignia, mediando ademas para este arreglo el que la cámara de la *Mercedes* se hallaba ya ocupada por la numerosa familia del brigadier de la Armada D. Diego Albear, que regresaba igualmente á España.

Dos meses trascurrieron en estas secretas disposiciones que

hubieran sido acaso reciamente contrariadas, si D. Bonifacio no hubiese tomado la prudente resolucion de trasladarse desde luego con su familia, á los pocos dias de la llegada de Hernando y con el pretesto de estar á su inmediacion, á la próxima ciudad de Montevideo, capital del apostadero de marina. La espedicion compuesta, en fin, de las fragatas *Medea*, *Fama*, *Clara* y *Mercedes*, de la cual habia tomado el mando por reciente disposicion del gobierno el gefe de escuadra D. Juan Bustamante y Guerra, lista ya para dar la vela para Europa, lo verificó el dia 9 de agosto del mismo año (1804), en buenas circunstancias y con viento fresco del N O.

En medio de su contento llevaba Hernando un disgusto en aquel viaje que lo acercaba á su pais natal. Paco su criado, por quien habia sentido aumentar su afecto desde el suceso de los portales de la catedral, y á quien habia alcanzado licencia para pasar unos dias en Buenos-Aires, no se habia presentado al término de esta, y fué en consecuencia tenido por desertor y dado de baja en las listas de la marinería de la *Mercedes*. Aquella falta, que no sabia á que atribuir considerando la adhesion y lealtad de su hermano de leche, le tenia doblemente apesadumbrado.

La division navegó prósperamente hasta la línea ecuatorial que cortó á los 21 dias de su salida, y solo esperimentaron las dotaciones, por efecto sin duda del calor y las humedades causadas por los chubascos propios de aquella region, algunas calenturas epidémicas que, aunque no eran mortales, dejaban débiles y postrados á los pacientes. Aquel contratiempo produjo una verdadera alarma en la cámara de la *Medea*, donde, ademas de la familia de D. Bonifacio, se habia trasbordado en los momentos que precedieron á la salida, el capitan de navío Albear para desempeñar las funciones de mayor general y segundo gefe, en reemplazo de Ugarte, que habia quedado gravemente enfermo en Montevideo. Obligado por este incidente á separarse de su familia, compuesta de su esposa y siete hijos,

ya acomodada, como digimos, en la *Mercedes*, solo llevó consigo para acompañarle en la capitana uno de aquellos, que era cadete de dragones de Buenos-Aires. Este distinguido gefe de la Armada, que habia estado sobre 20 años empleado en la demarcacion de límites del Rio de la Plata, cuyos trabajos utilizó en alguna parte D. Felix de Azara, de lo cual se hace honrosa mencion en la obra póstuma de este sabio ingeniero y naturalista, que ha visto la luz pública en 1847 (1), habia aceptado con la resignacion de un marino, y no sin algun triste presentimiento, la imprevista separacion de su familia; y la aparicion de aquellas calenturas vino á agravar la ansiedad de su posicion.

En tal disposicion continuaron su viaje los buques españoles, hasta que en la mañana del 5 de octubre descubrieron al amanecer el cabo de Santa María. Grande fué el júbilo de todos, y muchos en su contento se proponian dar en aquella jornada ensanche á la comun alegría, celebrando de diversos modos el próximo término de sus trabajos.

El cielo estaba sereno, la mar apacible; la pureza y suavidad de la atmósfera denotaban la inmediata tierra de Andalucía; era un dia que solo anunciaba paz y ventura. Hernando lo contemplaba con delicia; y la idea de que poco tardaria en estrechar entre sus brazos á sus amados padres y hermanos y su caro preceptor, lo trasportaba de júbilo. ¿Qué pronto iba á olvidar su tierna madre, con la dulce sorpresa de su aparicion, tantas lágrimas derramadas, tantas penas sufridas por su ausencia? ¿Y qué alegría no iba á causar á su muy querido padre, á toda su familia, al respetable D. Epifanio, la inopinada llegada de D. Bonifacio y su amable hija? Su amable hija, su Leonor idolatrada, á quien solo alguna vez durante el viaje habia logrado ver de bordo á bordo, y segun lo permitieron las

(1) *Descripcion è historia del Paraguay y del Rio de la Plata*, etc.—Madrid, 1847.—Dos tomos.

contingencias de la mar y las raras aproximaciones á la voz del buque de la insignia; pero ¿qué importaba ya lo pasado? La campaña tocaba á su término; y ¡cómo se proponia desquitarse el enamorado jóven de aquellas crueles privaciones y tormentos! ¡Qué alegre se presentaba el porvenir á su exaltada imaginacion!

En medio de aquel tropel de ideas, de gratas sensaciones de amor y de esperanza, una nube de temor vino de repente á turbar aquel cielo poblado de risueñas imágenes, de gratas ilusiones. Ese implacable aguijon del recelo, que como una rémora se aferra y detiene en sus raptos de felicidad á los míseros humanos, le presentó en aquel momento contingencias posibles, dificultades verdaderamente improbables, exajeradas, estando ya á la vista del puerto, por la vehemencia misma del deseo. Porque, ¿qué es lo que podria impedir se realizasen las razonables esperanzas de Hernando? ¿No estaba á la vista del noble solar español, de su patria querida, no descubria ya los montes que cubrian su tierra natal, el dulce hogar paterno? ¿Qué obstáculo podria interponerse entre las naves españolas y el suspirado puerto, término y lugar de descanso despues de una larga y penosa campaña? ¿No reinaba, por ventura, una paz sólida con todas las potencias; no mediaba, sobre todo, una sincera amistad con la mas formidable de ellas, la soberana del mar, la poderosa Inglaterra?

La confianza con todos sus lenitivos iba ya templando aquella alarma infundada, cuando se oyó de pronto el grito ágrio y penetrante del vigia del tope, que, cortando el aire como una voz de siniestro agüero, decia: *vela!*

Aquella voz fué seguida de otras que anunciaron sucesivamente cuatro buques de guerra que, destacándose sobre el horizonte terrestre, fueron bien pronto reconocidos por una division de cuatro grandes fragatas inglesas, que hacian toda diligencia por venir al encuentro de nuestros buques.

Ninguna sorpresa causó al gefe español la aparicion de aque-

lla fuerza; la continuacion de la paz entre ambas naciones, de que no le era posible ni lícito dudar, confirmada por las noticias y seguridades dadas por varios buques estranjeros que habian reconocido, y con especialidad por un sueco en la víspera y un queche dinamarqués avistado aquella misma mañana, desvanecian todo racional recelo en esta parte. Sin embargo, las disposiciones militares, prescriptas para tales casos como medidas de precaucion, fueron adoptadas por el prudente general; las fragatas españolas, haciendo el zafarrancho, formaron su línea de combate mura á babor, y tomando la cabeza la *Fama* y siguiendo la *Medea*, la *Mercedes* y la *Clara*, cada uno ocupó su lugar como en presencia del enemigo, si bien en la persuasion de que solo se trataba por parte de los ingleses de un simple reconocimiento. La division inglesa, compuesta de las fragatas *L'Infatigable*, la *Amphion*, la *Lyveli* y la *Medusa* (una de las cuales era un navío rebajado) (1), se fué formando en línea de bolina á barlovento, y al paso que llegaban se iban abarloando cada una de dichas fragatas con otra de las nuestras. Largadas las banderas é insignias en ambas divisiones y ya á la voz, preguntaron de la que hacia entre los ingleses de capitana, que era justamente la que estaba por el costado de la *Medea*, por los puertos de la salida y destino de los buques españoles. Dada la oportuna contestacion, la fragata inglesa se quedó un poco atrás y tiró un cañonazo con bala, por cuya maniobra se creyó Bustamante obligado á esperarla. A pocos momentos salió una voz de la capitana inglesa anunciando el envío de un bote con un oficial.

Difícil sobremanera seria pintar la sorpresa que produjeron las palabras de aquel oficial cuando, despues de subir al buque español y en presencia de todos, dijo en nombre de su comandante: "Que aunque *no estaba declarada la guerra* y habia » reconocido y dejado pasar libres varias otras embarcacio-

(1) Véanse las notas.

» nes españolas, tenia órden particular su comodoro de S. M. B.
» para *detener la division* de su mando y conducirla á los puer-
» tos de la Gran-Bretaña, aunque para ello hubiese de emplear
» *las superiores fuerzas con que se hallaba, y no con otro ob-*
» *jeto se le habian confiado, tres semanas antes,* entrando en
» un reñido combate."

Acaso en la historia del mundo, tan abundante en hechos de deslealtad entre naciones que se juraron paz y concordia, no se presente uno con circunstancias como el que vamos refiriendo, á no buscarlo entre los pueblos bárbaros, ó entre esos aventureros de la mar que, bajo una supuesta bandera, alejan la desconfianza del pacífico ó incauto navegante para caer mas á mansalva sobre su presa. La instruccion, el mandato era claro y terminante, los hechos palpables; tampoco podia haber duda en la respuesta, en la resolucion del jefe de nuestras armas. Sin embargo, el rey de España habia dicho á sus súbditos marinos al confiarles una importante comision para el otro lado del Atlántico: *vivo en paz con todos los soberanos; la Inglaterra es mi amiga: tratad, pues, á los súbditos que encontreis de estos monarcas como si fueran españoles; favorecedlos si pidiesen vuestro auxilio como corresponde entre naciones amigas, y reclaman la humanidad y el derecho de gentes.* ¿Podria Bustamante obrar como enemigo contra aquellas naves en que veia ondear la bandera británica, aunque fuese en defensa del honor y de los cuantiosos intereses que conducia, sin procurar esclarecer aquel misterio, aquel proceder desusado hasta entonces entre los pueblos cultos? Sobre él pesaba una inmensa responsabilidad; y aunque veia inevitable el combate, quiso cuerdamente en tales momentos convocar á los oficiales, á quienes hizo presente aquel conflicto, con las reales órdenes é instrucciones referentes á su invariable destino y, por otra parte, la necesidad de defender con honor, en caso de un atentado, las armas nacionales. La opinion fué pronta y unánime; y solo por el recelo de que aquella pudiese ser una amenaza política (pues

parecia increible que se pusiesen por obra las vias de hecho anunciadas), se acordó enviar un oficial español á solicitar mas ámplias esplicaciones; pero el emisario inglés, viéndose estrechado, y procediendo, sin duda, segun sus instrucciones, salió al alcazar é hizo cierta señal con un pañuelo blanco á sus buques, y diciendo al intérprete *que volveria por la respuesta ó decision del consejo de guerra*, se retiró en su bote.

Pero sin esperar á mas, despechados los españoles en vista de aquel equivoco y desleal manejo, adoptaron con decision el partido mas glorioso, y cada uno se volvió á su puesto, prontos á emprender el combate. Repitióse en consecuencia la señal de prepararse á él, estrechando mas las distancias, y solo se esperó el momento de la agresion. No tardó esta en manifestarse, pues no bien hubo llegado á su bordo el oficial inglés, cuando principió el combate por la fragata del comodoro, disparando un cañonazo con bala que sirvió á las otras de señal, siguiendo inmediatamente la del través de la *Mercedes* con dos fuertes descargas de artillería y fusilería, y á esta las demás; y respondiendo toda nuestra division con igualdad y prontitud, se hizo el fuego general y sostenido, siendo esto como á las nueve y cuarto de la mañana.

Apuellos puudonorosos y sorprendidos militares españoles cumplieron con su deber de súbditos leales y de caballeros; y, no lo dudamos, el rubor que se apodera de los pechos nobles, cuando forzadamente cooperan á una mala accion, embargó al mismo tiempo á la generalidad de los jefes y oficiales ingleses, actores obligados en aquel drama deslealmente improvisado por el gabinete de S. James. La cruz de S. Jorge se ocultaba como avergonzada entre nubes de humo, en tanto que el leon de Castilla sorprendido, rujia de indignacion y despecho. La política y los principios de lord Liverpool hubieran desaprobado aquel inaudito abuso de la fuerza, de que no necesitaba su país *para ser grande* y *poderoso*; y dudamos de que todo el talento de M. Pitt, dado caso de que reconociese la impremeditacion é injusticia de

semejante medida respecto de España, fuese bastante para poder cubrir ó desfigurar aquella página poco gloriosa de los fastos de la antigua Albion.

Nuestro jóven Hernando se encontraba por segunda vez en presencia de los ingleses; aquel era un combate naval, aunque imprevisto, en toda regla; pero aquella lid poco conforme á las leyes de la caballería, carecia del noble motivo que excita el entusiasmo en los combates entre naciones francamente enemigas. Cumpliendo con su deber, como oficial de órdenes del digno comandante Goicoa, guardó constantemente su puesto, el de mayor honra y peligro en tales trances, y mas de una vez recorrió el alcázar y el castillo y bajó á la batería á llevar órdenes, ó á hacer prevenciones sobre las punterías y direccion de los fuegos.

Media hora habria transcurrido, sosteniéndose por una y otra parte la lucha con ardor y viveza, cuando un golpe de fortuna, de aquellos que inutilizando los esfuerzos del valor deciden de la victoria, vino, sobre las probabilidades que daba ya á los ingleses el esceso de la fuerza, á declararles la ventaja, que en vano aguardaban hasta allí. Un incidente tremendo, horrible, se ofreció súbitamente á la vista, llenando de consternacion á los españoles. La fragata *Mercedes*, el buque de Hernando, el héroe predilecto de nuestra historia, acababa de volarse con horrible y fragoroso estruendo, haciendo suspender por un instante la pelea.

La impresion de estupor fué de corta duracion; la fragata con quien se batia, aprovechando la desaparicion de la nave contraria, dobló sin perder instante á la *Medea*, que seguia inmediata por la proa á la *Mercedes*, y colocándola entre dos fuegos y batiéndola por las aletas, continúo con ardor el combate hasta que el buque español agotó todos los recursos y medios de defensa.

La *Fama*, cabeza de nuestra línea, conociendo lo crítico de la posicion de la capitana y sus inevitables consecuencias, fué forzando de vela, en tanto que la *Medea* luchaba tambien con-

tra los fuegos de dos fragatas mas poderosas por su artillería de á 18 y 24 y carronadas de á 32 y 42, servida con llaves y por una marinería escogida y ejercitada que acababa de salir de puerto. La de nuestro buque carecia de estas ventajas, siendo mucha de leva, hallándose la mayor parte debil aun por su dilatada convalescencia, y contando mucha baja entre muertos y heridos. La fragata tenia, además, todo el aparejo destrozado, atravesados sus palos mayor y mesana, con las velas acribilladas y estaba ya sin gobierno. Convocada en tal momento la junta de oficiales, se acordó ceder á la tiránica ley, no de la guerra, sino de una fuerza y necesidad insuperables; "sin dejar de tener presente en aquel conflicto que agotados todos los esfuerzos, ni se podia ni convenia diferir más aquel acto de sometimiento á la sola fuerza material."

El jefe español y su consejo pensaron juiciosamente que no les era lícito llevar las cosas á mayor estremo de temeridad, no estando declarada la guerra y conduciendo intereses sagrados y respetables, poniendo de peor condicion el derecho del gobierno español á aquellas fragatas y á los fondos que conducian; puesto que segun las singulares y esplícitas palabras del ejecutor armado del gobierno inglés, *en paz* á la sazon con España, "*solo irian detenidas á los puertos de la Gran Bretaña*, y de ningun modo en calidad de *presas*;" viniendo esta á ser tambien la única diferencia, y el solo punto que se habia cometido (por la noble y leal oposicion de los españoles), á la decision de las armas.

Terminaremos esta triste narracion diciendo que la *Clara* continuó batiéndose á retaguardia de la *Medea* como un cuarto de hora, hasta que, descalabrada, con muchos muertos y heridos y cargada por las demas, se vió obligada á rendirse, y fué conducida con aquella al puerto de Plymouth, donde fondearon el dia 19 del mes, ofreciendo el singular espectáculo de dos fragatas españolas prisioneras, escoltadas por dos inglesas, *arbolando únicamente las insignias y banderas españolas*. Si aque-

llo no era dictado por la íntima conviccion de la ilegalidad del acto, ¿cómo puede comprenderse ni esplicarse tan estraña irregularidad é inconsecuencia?

La *Fama*, que continuó batiéndose en retirada hasta las tres de la tarde, siguió al fin la misma suerte; y escoltada por la *Lyveli* y la *Medusa*, entró en el puerto de Portsmouth desmantelada y con mayor número de muertos y heridos (1).

Aquel teatro de una escena tan terrible habia quedado abandonado, mudo y desierto. Los buques, batiéndose á la vela y mudando sucesivamente de lugar, solo dejaban en pos de sí un rastro de humo que oscurecia la atmósfera; y mas acá, hacia el lugar primitivo del combate, donde se verificó la agresion, y flotando entre las olas, horribles despojos, fragmentos informes y denegridos, restos de una poderosa embarcacion, donde poco antes latian corazones leales llenos de valor y de esperanza. Sin embargo, en aquella misérrima catástrofe no todos perecieron. Algunas víctimas se vieron en seguida de la esplosion sostenerse sobre las olas; y despues del combate el gefe español dictó con diligencia, en cuanto le fué posible, las medidas necesarias para salvarlas, mandando al efecto los botes de la *Medea*. Cincuenta individuos arrancó de la muerte la humana solicitud de nuestros marinos, entre ellos al segundo comandante del infortunado bajel, el teniente de navío D. Pedro Afer. A nadie mas pudieron salvar los españoles, acaso por la distancia á que fueron á parar los fragmentos lanzados por la terrible esplosion, ó por la oscuridad que ya iba entrando del crepúsculo (2). Allí perecieron lamentablemente con tantos valientes marinos, la es-

(1) Véanse las notas.

(2) Uno de los primeros cuidados despues del combate fué, en efecto, mandar los botes para ver si entre los despojos de la *Mercedes*, estraordinariamente dispersos por la voladura, se hallaba alguna gente á fin de salvarla, á cuya humana diligencia cooperaron con solicitud los ingleses; y de este modo pudieron recojerse, como queda dicho, hasta 50 individuos, y entre ellos el citado D. Pedro Afer, á quien

posa y seis hijos de Alvear, consternado testigo de tan horribles desgracias. ¿Qué fué del jóven Hernando, del héroe querido de nuestra historia?

Hernando no habia perecido en aquella espantosa catástrofe, en que la terrible colision y choque de trozos enormes de madera, impulsados y esparcidos á larga distancia por la súbita esplosion de cien quintales de pólvora, habia aniquilado tantas vidas. Un incidente muy natural lo habia sustraido poco antes de participar de la comun desgracia, variando solo la forma del peligro que amagaba su vida en aquellos momentos. El comandante de la *Mercedes* habia dispuesto pasase en uno de los botes á bordo del buque de la insignia á pedir instrucciones verbales sobre su ulterior conducta, segun los varios desenlaces de aquel empeñado combate; y todavía se hallaba á algunos cumplidos de bote de la fragata cuando ocurrió la voladura. La violenta conmocion de la atmósfera y de las aguas hizo zozobrar el bote; pero Hernando, que sabia nadar, logró, despues de largos y penosos esfuerzos, agarrarse á un trozo de costado que fluctuaba á corta distancia. En esta disposicion, y conservando todavía algunas fuerzas, permaneció hasta el fin del combate. Cuando concluido este distinguió el bote de la *Medea*, concibió esperanzas de salvarse; pero no tardó en verlas frustradas, y penetrado de un amargo desconsuelo vió alejarse á amigos y enemigos.

Al llegar á esta parte de nuestra narracion, harto verídica por desgracia, sentimos desfallecer nuestro númen, y desconfiamos de poder trasmitir al sensible lector todo el pesar, toda la indignacion que esperimentamos representándonos aquella horrible catástrofe, al ocuparnos de la triste situacion en que se encontraba el interesante jóven, cuya historia referimos.

hallaron sobre los trozos ó restos del castillo que aun se conservaban unidos. ¡Qué deber tan duro el de aquellos marinos ingleses, y cuanto debió repugnar á sus naturales sentimientos de justicia y delicadeza el haber servido de instrumento á los designios de una fria y calculadora diplomacia!

Ya la noche empezaba á cubrir con su densa oscuridad las aguas que fueron teatro del combate, y Hernando, fuertemente asido al fragmento que lo sostenia y procurando conservar en aquella violenta posicion la parte superior del cuerpo fuera del agua, consideraba, bajo el peso de una angustia inconcebible, su situacion y aquel mundo que poco ha le brindaba con un largo porvenir, lleno de encantos, de dulces fruiciones, trocado súbitamente para él en un lugar de desolacion, de horror y de muerte. Entregado su espíritu á tan dolorosas reflexiones, íbase rindiendo á un desfallecimiento, que en vano procuraba dominar con toda la energía de su ánimo. El cansancio y las tumultuosas emociones de aquel dia habian agotado sus fuerzas; y la impresion del agua en que estaba casi sumergido, el choque del oleaje que á cada instante le cubria, por los irregulares movimientos del trozo de madera que lo sostenia sobre el abismo, todas estas causas fueron consumiendo sus esfuerzos; un frio glacial acompañado de una invencible soñolencia embargaba poco á poco sus sentidos, y llegó hasta á perder la sensibilidad y la conciencia de su situacion.

Entonces lúgubres fantasmas cruzaron en su imaginacion por el espacio, huyendo y tornando á aparecer como nubes impulsadas por un viento perpetuamente variable; y entre las angustias de aquel sueño letal y fascinador, parecíale percibir imágenes monstruosas, horriblemente risueñas, de faz cadavérica, sarcásticas y gesticulantes. Atronado con el estampido de la artillería, la horrible detonacion y el ruido del oleaje, estos rumores le sonaban confusamente en su deliquio como las voces tumultuosas de un pueblo alborotado y como fúnebres alaridos. A veces una vaga reminiscencia de su niñez, de su pais, cambiaba en su funesto ensueño aquel fantástico teatro, presentándole un campo ameno, frondosas espesuras, risueñas colinas y praderas cubiertas de árboles, cuyas verdes copas cedian al suave impulso del viento de occidente. El sordo fragor de las olas, sonábale entonces como el rumor de una floresta. Luego

creyó ver á Leonor y su hermana, que corriendo alegres y risueñas por el prado, lo llamaban para que participase de sus juegos. Aquella aparecia á sus ojos radiante de candor y de hermosura, como en la noche en que bailó con ella en los salones del virey de Buenos-Aires. Pero á esta vision sucedió la de su tierna madre, que le miraba con ojos llenos de intenso amor y compasion, y en pos de aquel semblante querido los de su amado padre y su caro preceptor.

El infortunado jóven abrió los ojos un momento, y vió presentarse nuevamente á su vista aquel cielo que creia ya contemplar por la vez postrera, y cuya escasa trasparencia interrumpian á la sazon grupos irregulares de nubes aplomadas, de variables formas. Creyó percibir entre sombras un buque á la vela y aun oir el eco confuso de algunas voces, cuando un nuevo acceso de debilidad nubló sus potencias.

El sentimiento religioso dominaba todas las acciones y pensamientos de Hernando, y exaltado entonces por lo estremo de su situacion, era á Dios á quien dirigia el piadoso jóven sus afectos de humildad y resignacion; era su misericordia lo que imploraba y le fortalecia en su tribulacion; y una ferviente plegaria se elevaba de lo íntimo de su corazon al trono de la divinidad. Dios y la eternidad ocupaban su espíritu, cuando agotadas enteramente sus fuerzas, se rindió á un profundo parasismo.



# NOTAS DEL TOMO PRIMERO.

## NOTA PRIMERA.

### Ruinas de Tiro.

*Página* 24.

Digna es de atencion en la historia de la humanidad y de los pueblos marítimos la suerte de este primer emporio del comercio, de donde salieron los navegantes que fundaron en la antigua Gádes una colonia, trasmitiendo á sus habitantes sus conocimientos y su espíritu marino, y abriendo campo á su arrojo é inclinacion á las grandes y árduas empresas.

Tiro, ciudad fenicia, fundada primitivamente en una isla cercana al continente, reasume en su nombre y representa una época muy notable de la historia antigua. ¿Qué son, esclama un escritor contemporáneo, (considerando la grandeza á que llegaron ciertos pueblos en los pasados tiempos), qué son nuestras modernas ciudades al lado de aquellos pueblos potentes del antiguo mundo; de Babilonia la de las cien puertas, de Palmira con sus mil columnas en medio del desierto, de Persépolis, de Tiro, de Atenas, de Cartago, de Roma y de tantos otros lugares célebres que escitan tan magníficos recuerdos?

La prosperidad inaudita de aquel emporio habia escitado los celos de los asirios y de los pueblos de la Caldea: Salmanazar hizo en vano la guerra á los tirios; pero despues de trece años de sitio fueron vencidos por Nabucodonosor, que destruyó la ciudad y espulsó á sus habitantes. Esta ruina le habia sido ya predicha por el profeta Ezequiel, que en estilo sublime le habia dirigido estas terribles palabras, anunciándole su última desolacion por haberse alegrado de las calamidades del pueblo de Dios.

"¡Ciudad soberbia que reposas á orillas del mar! ¡Oh Tiro, cuya

imperio se estiende en el seno del Océano: escucha el oráculo pronunciado contra ti! Tú dijiste: yo soy de una hermosura perfecta! Rodeada de las aguas del mar, tus hijos añaden, completan tu hermosura. Los abetos de Sanir proveyeron de madera para tus naves; el Líbano te dió sus cedros para su arboladura. Tus remeros bogaban sobre bancos de Chipre incrustados de marfil índico, con remos labrados de las encinas de Basan: en sus cámaras de popa lucian las maderas de Italia. El Egipto tegia el lino para tus velas; y la púrpura y el jacinto daban su tinte para los toldos que guarecian á tus marinos. Los moradores de Sidon y los arabios te surten de remeros; tus sabios ¡oh Tiro! se han hecho tus pilotos. Gebal te sirvió con hábiles constructores; contigo comunicaban todos los pueblos del mar trayéndote sus productos. Sirven á tu sueldo el persa, el lidio y el egipcio; tus muros se adornan con sus escudos y sus corazas. Los hijos de Sidon cubren tus parapetos, y tus torres guardadas por los pueblos de Fenicia, brillan con el resplandor de sus aljabas: todos los paises solicitan tu comercio. Tarso envia á tus mercados plata, hierro, estaño y plomo. La Jonia, el pais de los moscos y de Teflis te dan esclavos y vasos de bronce; la Armenia mulos, caballos y caballeros; el árabe del desierto acarrea tus mercancías; islas numerosas cambian contigo el ébano y el marfil; traénte los sirios el záfiro, la púrpura, los tejidos, el lino, el jaspe y los rubíes. Los hijos de Israel y de Judá te venden el trigo, el bálsamo, la mirra, la resina; Damasco el vino de Halboun; los árabes de Oman ofrecen á tus mercaderes el hierro pulimentado y la caña aromática; el árabe de Dan tapices para asiento; los habitantes del desierto pagarán con sus corderos y sus cabras tus ricas mercaderías; los árabes que en él habitan te enriquecen por el comercio de aromas, de piedras preciosas y de oro; los habitantes de la Mesopotamia, de la Asiria y la Caldea trafican contigo y te venden chales, mantos bordados, plata, arboladura, jarcias y cedros; las naves tan ponderadas de Tarso te obedecen, en fin, y te sirven á sueldo. ¡Oh Tiro tan soberbia con tus glorias y tus riquezas! Las olas del mar se elevarán muy pronto contra tí, y la tempestad te hundirá en el fondo de las aguas. Sumergida será entonces tu fortuna, y contigo perecerán tu comercio, tus negociantes, tus marineros, tus pilotos, tus artistas, tus soldados y el pueblo que llena, que contienen tus murallas; tus remeros desertarán de tus naves; tus pilotos, tristemente sentados en la orilla, estenderán en torno miradas vagas y abatidas. Los pueblos que tú enriqueces, los reyes que tú sacías, consternados con tu ruina prorumpirán en gritos de desesperacion; en su duelo se cortarán el cabello, arrojarán la ceniza sobre sus frentes

descubiertas, se revolcarán en el suelo, diciendo: ¿Quien igualó jamás á Tiro, esta reina de la mar?" *(Profecías de Ezequiel, cap.* 27.)

Este terrible y cumplido vaticinio nos ofrece un precioso documento para la historia sobre la clase, estension y riqueza de los primitivos marinos y comerciantes. Antes de las navegaciones promovidas por Salomon no se encuentra en la antigüedad traza alguna del comercio marítimo. Los egipcios, los fenicios ocupan, pues, el primer lugar entre los antiguos navegantes: los primeros traficaron en el Oriente por el Mar Rojo, los fenicios en el Occidente por el Mediterráneo. Los tirios, que no poseian mas que una pequeña lengua de tierra sobre el continente, fueron, sin embargo, los fundadores de Cartago, de Utica y de Cádiz.

Tanta actividad comercial, tanto esplendor y riqueza desaparecieron como el humo, y en su lugar encuentran hoy los viajeros un puerto lleno de arenas que los hijos de los pescadores atraviesan con el agua á media pierna: dos torres que defendian la entrada, de donde partian las líneas de murallas que guarnecian la ciudad cubriéndola contra los ataques del esterior, cuyos antiguos cimientos se descubren aun en la playa, y una poblacion de sesenta pobres familias de pastores y pescadores, se ven solo ahora en aquel lugar desierto, ocupando sus pobres casas el lugar de las pirámides y palacios: los fragmentos de sus columnas, de pórfido y jaspe, sepultados en la arena, y los de sus fuertes murallas, sirven en el dia para estender y secar las redes de los pescadores.

Tal es el aspecto que los restos de aquel emporio presentaba en 1832 á Mr. de Lamartine: "Solo ha quedado, dice este escritor, el polvo de aquel imperio; triste realidad de la profecía que el soplo divino habia inspirado á Ezequiel." *(Viaje á Oriente* en 1832 y 1833.)

Un autor francés, Mr. Maznuy, discurriendo sobre el lamentable fin y desaparicion de la ciudad soberbia, le aplica con exactitud estos versos que el Tasso escribió sobre Cartago:

*...... appena i segni*
*Dell'alte sue rovine il lido serva.*
*Muojono le città, muojono i regni;*
*Copre i fasti e le pompe arena et erba;*
*E l nom d'esser mortal par che si sdegni:*
*O nostra mente cupida e superba!*

"Apenas conserva el suelo sus nobles ruinas y fragmentos. Perecen

los reinos y las ciudades; la yerba y la arena cubren los pomposos monumentos del fausto y el orgullo; y el hombre se indigna de ser mortal! Egoismo y orgullo de nuestro espíritu!"

Un poeta español, D. Juan de Arolas, ha compuesto y publicado una escelente version en cuartetos del terrible apóstrofe de *El profeta Ezequiel á Tiro*, que ha reproducido en 1850 el *Album del Bardo*, figurando ventajosamente en la coleccion de artículos en prosa y verso de varios autores que este contiene.

## NOTA II.

### Primera idea del globo aerostático.

*Página* 32.

En 1782 se hallaba Mongolfier en Aviñon, en la época en que los ejércitos combinados de España y Francia tentaban el sitio de Gibraltar. Solo, en el rincon de su chimenea, meditando segun su costumbre, consideraba una especie de estampa que representaba los trabajos del sitio, y se impacientaba de que no se pudiese tocar al cuerpo de la plaza por mar ni por tierra; pero, "¿no se podrá al menos, decia, llegar al través de los aires? El humo se eleva en la chimenea; ¿por qué no se podrá encerrar este humo, de modo que ofrezca una fuerza disponible?" En seguida de este razonamiento se procura algunas varas de tafetan viejo, construye un pequeño balon, y le vé elevarse al techo; escribe al momento á su hermano, que estaba en Annonay: "prepara prontamente provision de tafetan y cuerdas, y verás una de las cosas mas asombrosas del mundo." Efectivamente, los dos hermanos hicieron de concierto una experiencia, en la que el balon se elevó á mas de 80 piés. Este fué el principio de los aerostáticos. Animado con el suceso luego hizo otro, cuya capacidad era de algo mas de 1,032 piés cúbicos. La experiencia salió tan bien que el aerostático rompió las cuerdas que lo retenian, y despues de haber subido rápidamente á la altura de 700 piés cayó á poca distancia, y este ensayo fué seguido de otros que acreditaron su talento y una sagacidad admirable.

Un jóven dado al estudio de la física imaginó despues emplear el gas hidrógeno como medio de ascension, perfeccionando de este modo el descubrimiento de Mongolfier. Por tal medio se elevó en París en el campo de Marte, el 27 de agosto de 1783, y dió por la primera vez al mundo el espectáculo de un hombre invadiendo la region de las aves.

Mongolfier fué, pues, el primero que imaginó lo que cualquiera hubiera podido descubrir en el rincon de su chimenea; así es como nosotros estamos rodeados de verdaderos fenómenos, á los cuales nos hace insensibles la costumbre; porque, como dice un autor, á pesar de nuestra sagacidad, nada hay mas difícil que ver bien lo que se tiene perpetuamente á la vista.

Mas tarde, en 1794, en la batalla de Fleurus, fué empleado útilmente el balon para reconocer los movimientos del enemigo, lo cual se dice contribuyó mucho á ganar la batalla.

Hay razones, no obstante, para creer que los antiguos conocieron ó ensayaron varios medios para elevarse y atravesar los aires; por lo que Mr. Mongolfier halló un secreto conocido en tiempos remotos, sin que esto pueda privarle del mérito de la invencion que le sujerió la vista de la estampa que representaba el sitio de Gibraltar.

## NOTA III.

### Monstruos marinos.

*Página* 52.

Es notable la propension que desde los tiempos mas remotos se observa en dar por cierta la existencia en la mar de seres semejantes al hombre, y aun dotados de inteligencia. No solo la mitología pobló este elemento de númenes y semidioses, de neréidas, sirenas y tritones, como pobló la tierra de seres fantásticos del mismo género; tambien los últimos siglos, bajo el dominio de otros principios y creencias, han visto sostenedores de la existencia de seres acuáticos muy semejantes al hombre y aun dotados de razon. Pero no solo en el vulgo de todos los pueblos se han conservado arraigadas tales creencias; hemos visto tambien disertaciones críticas sosteniendo el pro y el contra de la cuestion, en obras graves y de carácter altamente literario; y bastará para acreditarlo que citemos el *Journal enciclopédique*, revista europea de fines del último siglo, bien conocida de los hombres de letras. En el tomo VII correspondiente á 1764, parte 2.ª, página 112, y en el VIII del mismo año, parte 3.ª, página 131, aparecen dos notables artículos; el primero con el título de *Observations sur les hommes marins*, es un discurso favorable y afirmativo de su existencia, y el segundo una refutacion combatiendo tales asertos, sostenidos por juicios fundados en plausibles apariencias; y puede juzgarse de la generalidad

de la fé, en aquella época, acerca de tales seres, por las palabras con que el segundo los niega, terminando su escrito con una apelacion al buen juicio de sus contrincantes y pidiendo á los directores de aquella revista europea, sostengan y amplien sus razones, "haciendo, sin duda, de este modo un inmenso servicio al género humano, librándolo de las aflictivas ideas y espantosas consecuencias que podrian deducirse de la existencia de esta especie de hombres marinos, etc."

Despues de este y otros hechos que confirman lo estendida y acreditada que se hallaba esta creencia en todas las naciones, poco podrán echarnos en cara los estranjeros, tan propensos siempre á atribuir á esta parte meridional de la Europa todo género de credulidades y supersticiones. No solo la abriga el vulgo de las gentes de mar, tan fácil en creer cuanto tiene la apariencia de portento; autores poco sospechosos de esta debilidad, en obras recientes y contemporáneas, nos refieren algunos hechos, con tales circunstancias y pormenores, que pudieran servir para disculparlo." En cuanto á los tritones y nereidas, dice el erudito P. Feijóo, tratando de la materia, hay poquísimo que purgar de fábula á la verdad. Cuales nos los pintan los antiguos poetas, tales se hallan hoy en los mares; á la reserva de la bocina, cuyo uso no han reconocido los modernos en los tritones. Digo que se hallan en los mares, bien que son infrecuentes á la vista, unos acuátiles, de medio abajo peces, que de medio arriba observan exactamente todos los lineamentos de la humana configuracion, con todas las señas que distinguen los dos sexos; de suerte, que unos en cuanto á la figura son medio peces y medio hombres, otros medio mujeres y medio peces. Los modernos, tomando la denominacion de la parte principal, llaman hombres marinos á aquellos, y mujeres marinas á estas. De los antiguos escritores en Plinio, Eliano y Pausanias se leen algunas historias de estos hombres y mujeres marinas. Nauclero, Belonio, Lilio Giraldo, Alejandro de Alejandro, Gesnero y otros autores mas modernos, refieren historias semejantes." (*Teatro Crítico*, tomo VI, Discurso VII, página 241).

He aquí algunos hechos y testimonios del propio género.

El mismo P. Feijóo refiere que el año de 1671 cerca de la Gran-Roca ó isla Pedrosa, llamada el *Diamante*, que dista una legua de la Martinica, apareció un hombre marino. Viéronle diferentes veces, muy próximo á la orilla, dos franceses y cuatro negros, que estaban en dicha roca, y unánimes depusieron despues jurídicamente el hecho. Tenia desde la cintura para arriba perfecta figura de hombre, la talla del tamaño de un muchacho de quince años, los cabellos blancos y negros tendidos por la espalda; dijeron que la cara era llena, la nariz chata, la

barba parda é igual por todas partes, y el color medianamente blanco; y que solo la parte inferior que se veia entre dos aguas, era de pescado, terminando en una cola ancha y hendida.

Mas cerca de nosotros, (dice una revista extranjera de 1837), hallamos nuevos testimonios acerca de la existencia de una sirena, vista en 1809 en las costas de Escocia, sobre cuya presencia declararon varias personas; y otra se mostró mas tarde en la costa de Kintyre, y la autenticidad del hecho fué consignada por declaraciones visadas y formalizadas por el ministro y el intendente ó administrador del punto. En fin, el mismo periódico dice, tomando su relato de M. Amadeo Pichot, que *en 1823 se llevó una sirena viva á Lóndres*. La revista á que nos referimos, que cuenta con mayores detalles estas y otras noticias, concluye diciendo: " En medio de mil descripciones y otras tantas anécdotas curiosas acerca de las sirenas, ¿cómo espresar nuestra frágil opinion sobre la validez de su existencia?... Si lo hiciéramos, diriamos que las tradiciones poéticas, influyendo poco á poco en las creencias populares, han ocasionado este error." *(Musée des Familles*, tomo IV, *Etudes maritimes* etc.)

El mismo Guillermo Rondelet, que refiere con notable seguridad el hecho citado por el preceptor de Hernando, del pescado con la semejanza del fraile, añade que el retrato, por el cual hizo sacar el suyo, le fué facilitado por la muy ilustre señora Margarita de Valois, reina de Navarra, que lo obtuvo de un gentil-hombre que llevaba otro igual para el emperador Cárlos V, que se hallaba entonces en España. Decia aquel que habia visto el monstruo (tal como lo mostraba el retrato) en Noruega, arrojado por las olas y la tempestad sobre la playa en un lugar llamado Diéze, cerca de la ciudad de Denelopoch. He visto, concluye el autor, otro retrato en Roma, en todo igual al mio.

El P. Fournier en sus *Conversaciones sobre la mar*, refiere con curiosos pormenores lo del pescado con forma de obispo, añadiendo que ofrecia á la vista la figura de tal, con su mitra, su báculo y una especie de casulla que le llegaba hasta la rodilla, que veia levantarse y moverse con facilidad. Segun la misma relacion este hombre marino fué guardado en una torre, y poco despues se le dejó volver al mar, lo cual verificó con visibles señales de complacencia, en presencia de un público numeroso (1).

Observaremos que no obstante lo estupendo del hecho y de sus ac-

(1) Este hecho notable, aun despojado de lo que algunas apariencias ó accidentes visibles y la misma credulidad de los observadores lo revistiesen, se halla en la citada obra del P. Fournier titulada *Entretiens de mer*, cap. XI, 1; p. 439, in-folio, 1667.

cidentes, algun tanto risibles, el aprovechado Eugenio Sué no ha tenido inconveniente en esplotarlo, insertándolo, no en sus obras de imaginacion, sino en un trabajo de carácter grave por su índole puramente histórica y que, pareciendo hacer tregua á sus novelas populares y socialistas, ha llamado *Historia de la marina francesa*. (París 1845, cuatro tomos.) Diremos de paso que lo que Mr. Sué (de quien volveremos á ocuparnos en la continuacíon de esta obra) ha llamado Historia de la marina de Francia, es en mucha parte por su estilo una novela jocoseria á la manera de *La Salamandra* y de *El Judio Errante*, con su color filosófico, sus libres galanterías, su tendencia política y sus sangrientas peripecias.

No podemos en conciencia dejar de hablar en esta nota de la gran serpiente de mar, de fama antigua y coetánea. Dejando añejas relaciones llenas de exageraciones y fábulas, parece por observaciones mas seguras y recientes confirmada su existencia en los mares del Norte, con particularidad en los de la Noruega.

En el *Mundus mirabilis* de Happellus, obra poco conocida, se lee que un Nicolás Gramius, ministro del Evangelio en Lónden, en la Noruega, afirmó que en 6 de enero de 1656, segun la relacion de Gulbrandi Honsgrad y de Olans Anderson, habian estos visto en la última inundacion una gruesa serpiente de agua que se dirigia al mar, aunque hasta entonces habrá vivido en las riberas llamadas Mios y Banz. Añadian que el monstruo se avanzó caminando á manera de un inmenso palo de navio, atravesando los campos, que sembraba con los destrozos de las cabañas, árboles y todo cuanto se hallaba á su páso. Que ahullaba de un modo espantoso, y que así llegó hasta la orilla del mar; y que á poco de haberse sumergido en él desaparecieron todos los pescados pequeños.

Tambien en la cosmografía de Belleforest refiere este autor, siguiendo á Plinio, que una serpiente gigantesca cubierta de escamas, de una estrema agilidad, se arrojaba sobre las barcas y naves pequeñas, las volcaba y hacia pedazos: que estaba cebada en la carne humana, y que para quebrantar las embarcaciones las azotaba con su cola monstruosa, y luego devoraba uno á uno los marineros. Que tenia cabeza de perro con unas orejas cortas echadas hácia atrás: su lengua era un dardo puntiagudo como los arpones..... El autor con un candor admirable añade, que cuando no podia acabar de aquel modo con la embarcacion por ser grande, la arrastraba hácia la orilla impeliéndola delante de sí, fuese cual fuese la direccion del viento, y allí esperaba á que acosados por el hambre se mostrasen los hombres que conducia, y se los tragaba.

Tambien en una relacion del segundo viage á la Groenlandia de Paulo Egedio, se refiere que vieron los marinos un mónstruo que se elevaba bastante alto sobre la superficie de la mar para que su cabeza llegase á la mitad de la elevacion del palo. Que esta cabeza era puntiaguda, y arrojaba el agua por un agujero que tenia sobre ella. Que no se le veian aletas, pero sí unas disformes orejas que agitaba á manera de alas para mantener fuera del agua la parte superior de su cuerpo. Cuando cayó al agua se arrojó hácia atrás, haciendo una especie de movimiento que mostró alternativamente cada parte de su cuerpo cubierto de largas escamas. Paulo Egedio goza de una cierta confianza respecto de las cosas curiosas que refiere de sus viages. Por último, la existencia de la serpiente de mar que respetables autoridades y documentos auténticos parecen hacer suponible, si no es positivamente cierta, recibe nuevos argumentos de probabilidad de un suceso no ha mucho ocurrido en los Estados Unidos, y que una revista inglesa ha reunido entre sus descripciones y análisis referidas por los diarios americanos.

La relacion redactada por una comision nombrada al efecto por la Sociedad Linneana de los Estados Unidos, ofrece las siguientes curiosas observaciones. Ya en la bahía de Glocester se habia señalado muchas veces la presencia de un animal prodijioso, que habiéndose presentado de nuevo en agosto de 1817, como á 30 millas de Boston, pudo al fin ser examinado por algunos hombres instruidos, advertidos de su vuelta ó nueva aparicion. El conjunto del mónstruo ofrecia la forma y los contornos de una serpiente; su agilidad y destreza eran extremas en ocasiones. Cuando el tiempo estaba en calma y calentaba el sol se mantenia en la superficie sumergiendo y sacando alternativamente en el agua y al aire cada parte de su cuerpo, enrollado en forma de anillos. La analogía de esta serpiente marina con la especie descrita por los noruegos, es mas directa que con el mónstruo con crines y orejas de Paulo Egedio. El autor de este relato observa que la serpiente de mar de los Estados Unidos goza de una celebridad muy popular. Tambien en los archivos de Plymouth se conserva una prueba irrecusable de la presencia de la serpiente en las aguas del Océano, y la confirman las relaciones juradas consignadas en los periódicos de Boston y en el *United service journal*.

Como último testimonio de la existencia de este mónstruo acuático, creida poı unos y negada por otros, tomamos del *Kennebek Journal* de 1840, la siguiente noticia: "El 7 de setiembre último, dice, la balandra *Planet*, de Sag Harbour mandada por el capitan David Smith se

hallaba como á seis millas al través de Seguin navegando para entrar en el Kennebek, cuando se observó á 40 piés de distancia la serpiente de mar. El capitan y la tripulacion la vieron con toda claridad. Por su color y forma se parecia á una serpiente negra de tamaño colosal. La mayor parte del tiempo tenia su cabeza elevada sobre el agua de cuatro ó cinco piés, y manifestaba tener como unos setenta de largo y el grueso de una barrica. Cuando la observaron estaba cerca del buque y nadaba con mucho sosiego. Pasando á popa vino á caer en las aguas del timon, se volvió en seguida y siguió á aquel durante 15 ó 20 minutos á vista de todos y muy de cerca. Esta enorme serpiente tiene vivos los movimientos, el cuerpo liso, y no se le han advertido sobre el lomo esas ondulaciones que algunos le atribuyen, engañados, sin duda, por el movimiento ondulatorio que sigue nadando, el cual hace aparecer las diferentes partes de su cuerpo á distancias regulares.

## NOTA IV.

### Precedencia de los españoles en el conocimiento y aplicacion de las ciencias náuticas.

*Página* 58.

Consignados están en la historia de un modo irrecusable los hechos que acreditan la parte que ha tenido la nacion española en la resolucion del gran problema de la navegacion de altura, de un adelanto de tanto interés é influencia en la suerte de la humanidad. No necesitamos, por tanto, detenernos aquí á demostrar cuánto ha debido el arte de navegar á la pericia, al denuedo, á la constancia, al espíritu emprendedor y grandeza de ánimo de nuestros antepasados como primeros navegantes del grande Océano y descubridores. Ante la autoridad de estos hechos y el testimonio invencible de la tradicion universal, no pensamos se atreva nadie á poner en duda los títulos que España tiene asegurados para esta gloriosa preeminencia, que despues de su pasada grandeza acreditan todavía los dispersos fragmentos restos de su antiguo poder marítimo: títulos que no serán jamás bastantes á borrar, ni la inveterada rivalidad y malquerencia de sus émulos, ni el cúmulo de desastres que han reducido á la antigua metrópoli de las inmensas regiones trasatlánticas, á la condicion de una potencia de *segundo órden*.

Entre la multitud de testimonios permanentes y tradicionales que

así lo patentizan á las presentes y futuras generaciones; que en obras de todo género y de varios modos acreditan el saber, la ilustrada esperiencia que adquirieron los españoles en la navegacion y los trabajos con que concurrieron á establecer sobre sólidos cimientos el magnífico edificio de las ciencias náuticas, remitimos á las siguientes de dos celosos escritores contemporáneos, porque en ellas han reasumido y consignado lo mas notable y digno de conocerse en la materia.

*Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes á la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias.* Coordinada é ilustrada por D. Martin Fernandez de Navarrete, etc.—Madrid, 1825 á 1837.—Van publicados cinco tomos de esta obra.

*Resúmen de una disertacion sobre los progresos que hizo en España el arte de navegar*, inserto en el *Estado general de la Armada*, año de 1831, en el *Apéndice*.

*Disertacion sobre la historia de la náutica y de las ciencias matemáticas que han contribuido á sus progresos entre los españoles.* Obra póstuma del Excmo. Sr. D. Martin Fernandez de Navarrete. Madrid, año de 1846.—Un tomo en 4.°

*Biblioteca marítima española*, obra póstuma del Excmo. Sr. Don Martin Fernandez de Navarrete, director que fué del Depósito hidrográfico y de la Academia de la Historia, etc.—Madrid, 1851.—Tres tomos en 4.°

*Importancia de la historia de la marina española, precision de que se confíe á un marino, y plan y miras con que de órden superior la emprende D. J. de V.* (D. José de Vargas y Ponce.)—Madrid, en la Imprenta real, 1807.—Un tomo en 4.°

## NOTA V.

## Grandes armamentos navales de España á fines del último siglo.

*Página* 68.

Los medios y recursos de España para levantar una poderosa armada naval, se han patentizado en diversas ocasiones, segun la necesidad de esta fuerza, los recelos del gobierno, y el tacto y la mas ó menos atinada apreciacion y competencia en cosas marítimas de los consejeros

de la corona. No citamos estos grandes armamentos como la prueba y significacion de nuestra intrínseca y verdadera fuerza naval, puesto que esta ha de cimentarse sobre fundamentos mas sólidos y permanentes, y no ser debida al amago ó la inminencia del peligro. Mas dejando aparte esta cuestion, diremos á los que hoy juzgan severamente á los hombres de gobierno que, llevados de un celo patriótico, crearon, aumentaron ó improvisaron aquellos grandes armamentos, de profusos espendedores del tesoro público, de ignorantes de la ciencia económica, de esa fria é inexorable calculadora que para todo se invoca, y que sin embargo, tan á duras penas y á costa de tantos sacrificios suele alcanzar á realizar algunas de sus elaboradas concepciones, efectos que sabia conseguir ó improvisar á veces el celo por la honra ó el entusiasmo patriótico de nuestros padres; á estos, pues, diremos que en los tiempos á que nos referimos, lejos de estar las naciones marítimas, que las mas veces nos forzaban á la guerra como agresoras ó como aliadas, en ese grado de adelanto, de inteligencia y economía que tanto se echa de menos en aquellos hombres de gobierno en España, el sistema económico en Inglaterra y en Francia era entonces igual ó adolecia de un vicio ó mal semejante con fatales consecuencias para el erario público; y basta citar los enormes armamentos marítimos de Luis XIV y de sus tiempos inmediatos, solo realizados, á pesar de la ilustrada administracion de Colbert, á costa de inmensos gastos y sacrificios, faltándoles en mayor grado los elementos y condiciones que constituyen una verdadera y potente marina; y si Inglaterra, que por su especial posicion, constitucion hidrográfica y otras razones á ella peculiares, no adolecia en igual grado de estos defectos, debe atribuirse á que lo que en Francia y en España eran necesidades ó causas ocasionales ó transitorias, eran en aquella nacion, sobre todo desde el tiempo de la reina Isabel, causa y necesidad permanente, y forzosa condicion de su existencia como nacion; por lo que la marina, no solo le era necesaria en este concepto, sino para satisfacer ademas las necesidades instintivas é insaciables de su comercio y de su política, por lo comun á él subordinada; de su ambicion, en fin, dirigida á absorber, á costa de las demas naciones y con la destruccion ó nulidad de sus fuerzas marítimas, el predominio de los mares.

Así aquellos alardes de una fuerza, que debia ser natural y permanente en nuestra nacion, solo podemos citarla como una prueba de cuanto ha sido y es capaz España, regida con bien entendidos y sólidos principios de gobierno, si llegase, en fin, á considerar su marina como uno de los primeros y mas necesarios elementos de su poder, represen-

tacion é influencia ante enemigos mas ó menos disimulados, celosos de su antigua gloria y deseosos de su total abatimiento. Su grandeza, pintada de un modo hiperbólico, le suscitaba, como toda grandeza, émulos y enemigos; y no es necesario para recordarlo recurrir á los críticos ó admiradores de aquellos tiempos. "La España, dice una revista europea que hoy goza de un alto y merecido concepto, al fin del reinado de Felipe II estaba en plena posesion de la supremacía marítima y continental: las Provincias-Unidas no existian. Al fin del siglo XVI, de ese siglo que habia visto con terror elevarse sobre los dos mundos el fantasma amenazador de la monarquía universal, habia un pueblo mas en Europa, un pabellon mas en el Océano....." (*Revue des deux mondes*, tomo 7.°, pág. 151, 1844.)

Hé aquí las fuerzas navales con que todavia contaba España en los tiempos que precedieron muy de cerca á su casi repentina eliminacion en el mapa del mundo, como potencia marítima de primer órden. Mencionaremos únicamente, como datos para la historia militar y económica de nuestra marina, los tres mas notables armamentos verificados en el citado período de decadencia, que precedió al funesto, aunque glorioso, combate de Trafalgar.

Citaremos el grande armamento que en 1779 llevó el terror á las costas y al seno mismo de la Gran-Bretaña. La parte disponible de nuestra escuadra, sin contar con los buques destinados para la guarda y servicio de nuestras colonias, se componia de mas de 40 navíos de línea. Con tales elementos de fuerza y la de sus aliados, bien podia España aspirar ó conseguir sobre la Inglaterra una compensacion por las pérdidas sufridas en la guerra contra esta inquieta y ambiciosa nacion. Nuestra escuadra, unida á la de Francia, debia protejer un desembarco desde sus costas, que estaba pronto á efectuar un ejército francés de 50,000 hombres, allí reunidos con todos los medios necesarios para el trasporte. La escuadra de esta nacion, compuesta de 30 navíos de línea, al mando del almirante D'Orbilliers, se incorporó en Cádiz con la nuestra, de donde ambas se dirigieron al canal de la Mancha, componiendo un total de fuerza de 68 navíos de línea, no contando las fragatas y buques de menor porte: espedicion la mas imponente que hubo amenazado las costas británicas desde la formidable, pero mal dispuesta, conocida con la enfática denominacion de *La grande Armada*. Nunca estuvo la Inglaterra menos preparada para sostener una guerra marítima, pues á pesar de los grandes esfuerzos que produjeron la alarma y el clamor público, el almirante Hardy solo pudo reunir 38 navíos. La division en la escuadra combinada causó el malogro de aquella grande

empresa. Los españoles querian el desembarco sin la menor demora; los franceses opinaban entonces por el combate y prévia destruccion de la escuadra inglesa; á la que, despues de tantos movimientos delante de Plymouth y de las Sorlingas, de inútiles cruceros, no lograron avistar, hasta que el almirante inglés consiguió entrar en aquel puerto sin combatir; perdiéndose el fruto de tantos preparativos y frustrándose el objeto de aquella aparatosa espedicion.

Las fuerzas navales reunidas en 1790, cuya mayor parte constituia la gran escuadra que al mando del marqués del Socorro se reunió en Cádiz, constaba de 54 navíos de línea, 31 fragatas, seis bergantines, cinco corbetas, tres balandras, dos paquebots, una galeota y un lugre, armados con 5,126 cañones.

Finalmente, en 1794 nuestra marina constaba de 79 navíos, 50 fragatas, 9 corbetas, 10 jabeques, 37 bergantines, seis paquebots, siete balandras, ocho goletas, un lugre, cuatro galeras, tres galeotas, cinco lanchas cañoneras ó de fuerza y tres pataches, formando un total de 288 buques de guerra con 9,337 cañones.

La nacion que ha llegado á este grado de importancia entre todas las del mundo, no debe ser juzgada, aun en su actual y transitoria decadencia, como con injusticia lo hacen hoy sus antiguos émulos y rivales: el respeto que se debe á la grandeza decaida aconseja mas justicia y generosidad, una apreciacion mas exacta de su valor intrínseco, de la fuerza moral que verdaderamente forma el carácter de los españoles.

## NOTA VI.

### Verdadera época de la invencion ó aplicacion de la aguja náutica á la navegacion.

*Página* 80.

Son varios y poco conformes los pareceres sobre la antigüedad del conocimiento de la virtud magnética, y la época del hallazgo de la aguja, ó sea su restauracion. No debe parecer estraño, atendiendo á su inmensa importancia, que el honor de tal invencion sea disputado entre varias naciones marítimas. Ardua cosa es deslindar la verdad en asunto de suyo tan oscuro, y entre los apasionados pareceres y alegatos de los escritores que, llevados de un loable celo por la gloria de su pais, se han ocupado de estas investigaciones; aunque, á decir la ver-

dad, sus razones y argumentos sobresalen mas por lo sutil que por lo sólido y convincente.

Mas, ¿cómo podrá fijarse la época precisa de la invencion de la aguja con aplicacion al arte de navegar? Y si solo fué una restauracion respecto de nosotros, ¿cómo no se encontraron vestigios de su uso entre los antiguos navegantes? ¿No podrá, mas bien, citarse como prueba de su ignorancia en esta parte, lo escaso é indeciso de sus escursiones marítimas? ¿Y cómo esplicar esta sorprendente dilacion para su hallazgo, puesto que la piedra depositaria de aquella virtud era conocida desde los tiempos mas remotos?

En efecto: el orígen del conocimiento del iman se pierde en las épocas mas lejanas. Aristóteles habla de él en su libro de *Lapidibus;* y desde este célebre filósofo, cuando menos, hasta el siglo XII en que aparece realizada su aplicacion al arte de navegar, media un espacio de tiempo que asombra. El cuento del sepulcro ó ataud de Mahoma, formado de planchas de acero y suspendido por la atraccion de diferentes imanes equidistantes y engastados concéntricamente en la bóveda del templo, reproduccion de la antigua fábula de la estatua de acero de Arsinoe, que se supone del mismo modo suspendida, acredita, no solo lo conocida que era ya en la mas remota antigüedad la virtud magnética, sino su comunicacion al acero; aunque con igual criterio y fundamento podamos inferir, que la direccion á los polos del iman era absolutamente desconocida. No fué esta, ciertamente, conocida por los griegos ni los romanos, pues es evidente que sus autores hubieran hablado de ello en alguna parte, y consta por otra que en sus viages marítimos se guiaban de noche por las estrellas, y por el conocimiento de las costas é islas durante el dia.

Pero tenemos una prueba mas indudable y poderosa, si bien en época menos distante, no solo de lo conocida que era la propiedad de la trasmision del magnetismo al acero, sino de la existencia de la misma aguja, aunque sin la aplicacion á la náutica ni á algun objeto importante; circunstancia muy digna de exámen y que hace subir de punto nuestra admiracion por la inconcebible ceguedad de los hombres sabios que por aquella época la conocieron; pues, aunque ha habido escritores que sostuvieron que la brújula era conocida en tiempo de Salomon (sin hablar de los chinos), y aun usada por los griegos y romanos, no conocemos autor ni documento que dé alguna consistencia á esta opinion; siendo muy de notar el silencio de Plinio, que hablando circunstanciadamente de invenciones marítimas, de naves y máquinas, no la nombra.

El testimonio á que nos referimos es de San Agustin, quien con

aquella exactitud y apreciable sencillez que se advierte en todos sus escritos, nos refiere en su obra *De Civitate Dei* (1), "que estando en casa de un obispo llamado Severo, le vió tener una piedra iman y situarla bajo una fuente de plata en la cual habia *un pedazo de hierro* que seguia constantemente los diferentes movimientos de la mano que movia aquel iman." Y añade, que "en la hora que escribe tiene á la vista un vaso lleno de agua colocado sobre una mesa del grueso de seis pulgadas, y que una *aguja* metida en el vaso va y viene de un lado á otro, segun el movimiento comunicado al iman puesto debajo de aquella tabla."

¿Cómo es que este fenómeno, tan conocido y vulgar en nuestros dias, nò hirió la razon de aquellos hombres profundos, conduciéndolos, por una cortísima ilacion de ideas, á arrancar el gran secreto que siglos despues debia de tal modo alterar é influir en las relaciones sociales? ¿Aquella aguja magnetizada y abandonada á sí misma, no debia por su natural inclinacion dirigir constantemente uno de sus estremos al Norte del mundo lo mismo que ahora?

Pero pasando á considerar la aguja náutica en la época de su aparicion como aplicable al arte de navegar, notaremos que la mayor parte de los autores estranjeros que se ocupan de su orígen, atribuyen el honor de su invencion á *Flavio Gioja ó Givia*, ciudadano de la antigua república de Amalfi, á principios del siglo XIV; y aun el doctor Robertson (*Historia de América*, tomo 1.°), lleva tan adelante su fé en esta opinion, que manifiesta su sentimiento de que los historiadores contemporáneos no hayan dejado algunos pormenores sobre la vida de un hombre que tantos títulos, dice, ha adquirido al reconocimiento de la posteridad. Dispútanle, sin embargo, este derecho de prioridad los franceses, los cuales pretenden que el poeta *Guyot de Provins*, que escribió por el siglo XII, habla de la aguja como de cosa ya conocida en su tiempo, y citan en testimonio estos versos.

Icelle etoille ne se muet,
Un art font que mentir ne puet,
Par vertu de l'*Amantére* (2),
Une pierre laide, noirette,
Oú si fer volontiers se joint;
Etc......................

(1) *De Civ. Dei.* Libro XXI, página 815 á 818, tomo 9.° de sus obras, edicion de Venecia de 1762.

(2) Corrupcion de una voz árabe de que han hecho uso los griegos para designar el diamante y el iman.

Finalmente, á este dato en favor de su nacion agregan los autores franceses la circunstancia de la flor de lis, que en todas las naciones marítimas designa el Norte sobre el carton en que están figurados los rumbos ó direcciones del viento, deduciendo y concluyendo de aquí, que si la aguja no fué inventada, ha sido al menos perfeccionada por los franceses.

Convendremos en que á falta de otras noticias, de indicios mas seguros, las apariencias hablarian á favor de estos autores, y el ciudadano de Amalfi tendria que ceder la palma de la supuesta invencion á los franceses. Nosotros osamos negársela á uno y á otros; y vamos á esponer los fundamentos de nuestra opinion.

Diremos ante todo, que la circunstancia de la flor de lis en que fundan los últimos su favorable conjetura, nos parece débil en estremo; porque, ademas de negarlo espresamente los alemanes, los ingleses y los suecos, ninguna de las naciones marítimas que han adoptado su uso, conserva, que sepamos, tradicion alguna que lo confirme; y que cuando entre los españoles, que nunca han sido parcos en tributar elogios á los estranjeros por sus invenciones, nada consta que acredite ser tal la causa de su adopcion, podemos creer sin temeridad que la flor de lis pudo ser adoptada por cualquier otra causa ó circunstancia, bastando la de su figura, que afecta la de un hierro de lanza, pues es la mas adecuada para señalar el estremo de la línea meridiana que se dirige al Norte; y citaremos tambien en apoyo de una parte de nuestro juicio el de un autor francés moderno que, adjudicando el honor de la invencion de la aguja á Flavio el de Amalfi (á fines del siglo XIII), dice que "terminó esta con una flor de lis, que entraba en las armas del rey de Nápoles (1)."

Pero contrayéndonos á la opinion que atribuye á Gioja la invencion de la aguja náutica, no podemos menos de quejarnos de la fatal ligereza con que los autores estrangeros, aun los mas respetables por su saber y criterio, juzgan de ciertas cosas, sin tomar en cuenta para nada á nuestra nacion, la mas digna de ser consultada en cuanto se refiere á la navegacion, por la indisputable prioridad de sus conocimientos y esperiencia en tal materia.

Sin embargo, no todos los escritores franceses son dignos de esta censura; en cuya confirmacion y como una de las pruebas que citamos á favor de nuestra nacion en la cuestion que nos ocupa, presentaremos el siguiente pasage que tomamos de una obra reciente, justamente

(1) *Demerson*, Les mille recreations de phi ique et de chimie. París, 1828, p. 305.

apreciada, á cuya formacion han concurrido con sus plumas muy insignes literatos. En ella se dice, hablando de la opinion de los autores antiguos franceses que pretenden, contra el parecer de Robertson, que mucho tiempo antes del siglo XIV, se conocia ya todo el partido que podia sacarse de este descubrimiento en favor de la navegacion, lo siguiente:

"Con todo, si se tratase de deshechar el testimonio de estos últimos, no debiera estenderse esta desconfianza racionalmente hasta los pasages y citas de Raimundo Lulio (1), hechos por el sabio anticuario español D. Antonio de Capmani (*Cuestiones críticas*, páginas 73, 132); pues, por una parte se lee en la obra del primero titulada *De.Contemplatione*, (publicada en 1272), el siguiente pasage:"

"Así como la aguja imantada se dirige naturalmente al Norte, *(sicut acus per naturam vertitur ad Septentrionem, dum sit tacta á magnete)*; pasage concluyente, en nuestro juicio, por lo que toca al conocimiento que tenia el autor de la polaridad de la aguja; y, por otra parte encontramos en la misma obra estas palabras: "Como la aguja marina dirige al piloto durante su navegacion: *(sicut acus nautica dirigit marinarios in sua navigatione, etc.)* pasage no menos positivo y que no deja duda alguna acerca del uso que hacian los navegantes de la aguja, aunque por otro lado no tengamos algun medio de determinar *de qué modo* la empleaba Raimundo Lulio (2)."

Hemos preferido citar este notable trozo del célebre escritor mallorquin, por el intermedio de los escritores franceses, á causa del doble apoyo y mayor fuerza que da á nuestro juicio; y añadiremos que el mismo Capmani, tan digno de fé por su criterio en este género de cuestiones, niega absolutamente que se deba á Gioja la adicion del carton, al cual se adapta en el dia la aguja, ni su actual sistema ó modo de suspension, mejoras que han hecho tan cómodo este instrumento y á las cuales debe aquella una gran parte de su utilidad.

A tan grave testimonio uniremos otro no menos precioso y respetable tomado del inmortal libro de las *Partidas* del sabio rey don Alfonso, del cual se infiere que la aguja era muy comun en la marina

(1) Este célebre escritor era español y natural de Mallorca.

(2) Dictionaire du commerce et des marchandisses, contenant tout ce que concerne le commerce de terre et de mer. Paris, 1839.—Palabra *Boussole.*

He aquí completo el pensamiento de Raimundo Lulio respecto de la última cita de Capmani, segun el libro de *Contemplatione*.

"Qui vult habere sapientiam et scientiam, habeat discretionem, cum qua eam sciat adquirere et habere; quia *sicut acus nautica dirigit marinarios in sua navigatione,* ita discretio dirigit hominem in adquisitione sapientiæ.

castellana, por lo menos desde mediados del siglo XIII. "E bien así, dice, como los marineros se guian en la noche escura por la aguja que les es medianera entre la piedra é la estrella, é les muestra por dó vayan, tambien en los malos tiempos como en los buenos, otrosí, los que han de aconsejar al rey, se deben siempre guiar por la justicia, que es medianera entre Dios é el mundo en todo tiempo, para dar galardon á los buenos, é pena á los malos, á cada uno segund su merecimiento (1)."

Si se atiende á que esto se escribia por el año de 1260 á 1262, no podrá menos de aparecer de gran peso el testimonio del sabio rey, tan entendido, por otra parte, en todo lo concerniente á las ciencias matemáticas, y de mayor peso y valía que el que arrojan de sí los ponderados versos del poeta Guyot de Provins; siendo de notar, que las palabras del rey suponen bien conocido en su tiempo este instrumento y de uso muy general, en tanto que los versos del citado poeta son vagos y confusos.

Si apoyados en la certeza de tales documentos, y dando acogida á otros datos que reciben de ellos grande fuerza, entramos tambien en el terreno de las probabilidades, ¿qué fundamento no hallaremos en favor de nuestra nacion presentándola como la primera que hizo uso de la aguja náutica? Porque, en primer lugar; ¿cuáles eran las navegaciones de los marinos de esotras naciones en los tiempos en que se supone la primera aplicacion de aquella al arte de navegar, y en los que de mucho antes les precedieron? ¿No es mas de creer que aquella que se adelantó á todas en arrojo y pericia marítima, que intentó y ejercitó la navegacion de altura, conociese tambien la primera y aplicase aquel precioso invento? ¿Y en tal concepto, no hablan á nuestro favor las tradiciones de los viages practicados en tiempos remotos por los marinos gaditanos, segun las cuales eran estos conocedores, no solo de las cualidades maravillosas del iman, sino de su polaridad, usando de ella en

(1) Partida 2.ª título 9, ley 28.

Diremos aquí de paso que esta maravillosa propiedad de la aguja magnética, ha sugerido á los escritores bellos símiles é imágenes para dar vigor á sus razonamientos. Creemos no desagradará ver aquí la siguiente comparacion empleada por el célebre autor de las *Empresas políticas*, D. Diego de Saavedra Fajardo.

"Nadie hay que la ignore (habla de la mano de Dios); porque no hay corazon humano que no se sienta tocado de aquel divino iman; y como la aguja de marear, llevada de una natural simpatía, está en contínuo movimiento hasta que se fija á la luz de aquella estrella inmóvil sobre quien vuelven las esferas; así nosotros vivimos inquietos, mientras no lleguemos á conocer y á adorar aquel increado Norte nuestro, quien está en reposo, y de quien nace el reconocimiento de todas las cosas."—*Empresa* XXIV.

los viajes que emprendieron á las islas Casitéridas (1); y tambien por el descubrimiento, fortuito si se quiere, de la América, 2342 años antes que Colon navegase en su busca?

No ignoramos el empeño con que algunos escritores, llevados de cierto prurito sistemático de oposicion, niegan el derecho de prioridad á todas las naciones de Europa, concediendo los honores de la invencion de la aguja á los chinos. Citan el testimonio de Vasco de Gama, de quien dicen que penetrando (antes del siglo XII) por la primera vez en las Indias Orientales, encontró agujas magnetizadas en manos de todos los pilotos, de las cuales se pretende que sacaban gran partido.

Entre estos escritores, cuya crítica puede ejercerse tanto mas á su salvo, cuanto es mas difícil comprobar sus citas con los estupendos manuscritos donde dicen hallaron sus noticias, se distingue uno (2) que pretende haber encontrado en un libro chino, escrito 104 años antes de Jesucristo, que la aguja fué inventada en 4536 por el emperador *Hoang-Ti*, es decir, 2968 años antes de nuestra era. Dice tambien, no sabemos si refiriéndose á la misma autoridad, que *Tche ou-Koung*, tio de *Kching-Wang*, segundo emperador de la dinastía china de los *Tcheou*, que vivia por los años 1110 antes de Jesucristo, dió á los embajadores del reino de *Youe-Tchang-Chi*,, al Sur de la Cochinchina, cinco carros provistos de un aparato que indicaba el Mediodía; porque los chinos marcan este punto cardinal, que llaman *Nane*, con su aguja, en lugar del *Norte*, como hacemos nosotros.

No tenemos, á la verdad, los medios de contestar á los autores de estas noticias su certeza; pero, aun admitiéndolas sin restriccion, ¿qué se deduce de aquí que redunde en honor de los pretendidos inventores de la aguja en el celeste imperio? Lejos de esto no podemos menos de admirar la ignorancia, el espíritu estacionario de los sábios de aquel raro país, pues que descubierta la aguja 2698 años antes de nuestra era, como dice el autor francés á quien aludimos, resulta que todo el fruto que los chinos sacaron de tan preciosa invencion, á los 1588 años, fué aplicarla á los carros de viage; pues si hubiera sido á la navegacion,

(1) Se cree que las islas que en la antigüedad tenian este nombre, eran algunas de las situadas por la parte occidental de Galicia, y otros opinan que eran las Sorlingas.

Entre las empresas célebres de la antigüedad, se citan las espediciones de los gaditanos á las islas Casitéridas, y á la Etiopia doblando el cabo de Buena-Esperanza.—Estrabon, libro III.—Avieno de Or. mar, v. 96 y 115 Plin. Hist. nat. lib. II, cap. 67 y otros.

*Navarrete.*—Discurso histórico sobre los progresos que ha tenido en España el arte de navegar, etc.—Imp. Real 1802.

(2) *M. Victor Levasseur.* Véase el Suplemento al *Constitutionel* de 5 de agosto de 1838.

es natural que el texto y su citador nos hablarian de *buques* y no de *carros*. ¿Qué traba ú obstáculo ha detenido á los chinos, tan ingeniosos, indagadores y pacientes en toda clase de industria, que no han acertado á aplicar antes que los europeos la propiedad magnética á la navegacion? El mismo autor, y en el propio artículo, asegura que la pólvora y la imprenta se deben tambien á los chinos; y á la verdad, que á ser esto así no creemos que tales invenciones sean un título de gloria, pues el triste uso que de ellas hacen dista mucho de justificar el honor que se pretende atribuirles.

Concluiremos nuestras observaciones diciendo, que dado caso de que la invencion de la aguja corresponda á una época tan remota, cosa que ni negamos ni creemos, su restauracion, ó mas bien su utilísima aplicacion al arte de navegar, que es su verdadera época y á la que debe su importancia y escelencia, corresponde á los últimos siglos; que el honor de esta invencion ó hallazgo pertenece de derecho á las naciones marítimas de Europa, y entre estas, por razones de gran probabilidad, á la que haya precedido á todas en practicar asiduamente su uso; y, finalmente, que por su medio tocó á los españoles la gloria de surcar los primeros el Atlántico y abrir sendas desconocidas al comercio y la navegacion, ganando para la civilizacion y la religion verdadera inmensas regiones, que, sin este acontecimiento providencial, permanecerian sumidas todavía en el mas completo estado de abyeccion y de ignorancia.

## NOTA VII.

### Arsenales de Ferrol y Cartagena.

*Página* 80.

Nuestros arsenales de Ferrol y Cartagena, perfectamente situados, ofrecen especiales y peculiares ventajas, debidas á su respectiva localidad y condiciones hidrográficas, con otras circunstancias que los hacen dignos de ser comparados con los mejores del estranjero. El de Ferrol puede considerarse el primero por lo que respecta á la construccion, tanto por la baratura de la mano de obra, como por su inmediacion á los montes que proveen con abundancia las mejores maderas con menos costoso trasporte. Ciertamente pudo haberse hecho otra eleccion en aquella parte de nuestras costas para establecer el departamento y arsenal; pero con el auxilio de los vapores, nada hay que prive ya á su puerto de ser considerado como uno de los mejores y

mas seguros de la marina militar de España. Su arsenal es ademas notable por la solidez y magnificencia de sus edificios y su escelente estado de conservacion. Entre sus mejoras y adelantos deben contarse la escuela de maquinistas y la factoría de máquinas de vapor, recientemente establecidas. Véase lo que acerca de este arsenal decimos tambien al principio del capítulo XXI de este tomo.

El arsenal de Cartagena, aunque de menor estension, es admirable por lo bien situado de sus edificios y la cercanía y concentracion de todas sus fábricas y dependencias, y, sobre todo, por su magnífica dársena, que viene á ocupar el centro. El puerto es el principal y mejor del Mediterráneo, y no es necesario citar su clásica celebridad para probar su preeminencia y la importancia que está llamado á alcanzar en lo futuro aquel departamento de nuestra marina. En este arsenal hay una escelente fábrica de jarcias y otra de tejidos, donde se elaboran de uno y otro género, que sirven para el surtido de toda la armada naval, empleando como primeras materias los cáñamos del reino.

Ademas de estos arsenales se cuentan en los dominios de España los de la Habana, Cavite, Puerto-Rico y Mahon.

## NOTA VIII.

### Diques de carena del arsenal de la Carraca.

*Página* 86.

La historia de nuestra marina no debe comprender menos las árduas navegaciones y grandes descubrimientos, sus gloriosos hechos de armas y vicisitudes, que los progresos y adelantos en la ciencia, las conquistas del saber y del ingenio en varios ramos y los diversos conocimientos que auxilian y concurren al perfeccionamiento del arte de navegar; á lo que propiamente puede llamarse en su agregacion y conjunto la ciencia marítima. Mucho en esta clase de conocimientos auxiliares pudiera citarse en honor de nuestra nacion, siendo grande el tesoro de adquisiciones, el verdadero progreso y las invenciones debidas á la inteligencia de nuestros marinos en general, que podian constituir un conjunto histórico de testimonios de estos adelantos, si los españoles, nimiamente confiados y algun tanto negligentes (sobre todo en la prosperidad), hubiesen imitado el espíritu que se observa en otras naciones, mas atentas á lo que puede recomendar y ensalzar su concepto entre las demas. Somos, preciso es confesarlo, negligentes y con-

fiados por carácter, y hé aquí por qué, abandonando nuestra justificacion y defensa en tales materias, hemos dejado en todo tiempo á los estranjeros juzgar y fallar, sin equidad las mas veces, ó segun su pasion ó capricho, sobre todo cuanto en tal concepto nos concierne.

Entre los efectos de esta deplorable negligencia y de la desatencion que de largo tiempo viene sufriendo nuestra marina, debemos contar el poco satisfactorio estado de algunos de nuestros archivos, donde se nota una sensible falta de documentos y noticias, que, ya proceda de una estraccion autorizada, de desarreglo ú otra causa cualquiera, produce un vacío, con grave perjuicio y consecuencias para la ilustracion en multitud de asuntos y cuestiones científicas ó históricas. De esta clase, y una de las mas sensibles (diremos de paso), es la estraccion, donacion ó traspaso autorizadamente verificado en 1834 del grande archivo del Ministerio de Marina al recien creado entonces de Fomento, al que sin exámen ni escrutinio se adjudicó colectivamente cuanto al ramo de montes y arbolados correspondia; es decir, cuantas noticias, trabajos, observaciones y memorias, fruto de largos años de estudio y esperiencia de nuestros ingenieros y otros ilustrados marinos, se hallaban consignados en aquellos numerosos espedientes escritos y formados en utilidad y beneficio directo de este ramo de la administracion y de la fuerza pública; cuyo conjunto constituia una verdadera riqueza y legítima propiedad, susceptible sin duda de grandes aumentos y adelantos en favor de la misma ciencia forestal aplicada á la marina; y todo, repetimos, sacándolo de su verdadero lugar, sin exámen, destinándolo á dotar al nuevo Ministerio.

Hánnos sugerido estas reflexiones los fundados recelos de que acaso no se conserven en el archivo del antiguo cuerpo de ingenieros del arsenal de la Carraca los antecedentes é historial de las laboriosas tentativas practicadas para la fundacion de los diques de carena, de este triunfo de la ciencia hidráulica obtenido por nuestros ingenieros, conquistando, formando, por decirlo así, un terreno para tan necesaria y utilísima fundacion, cuyo recuerdo hemos consignado en nuestra historia.

Concluiremos aquí, añadiendo á las noticias dadas por el oficial acompañante de nuestros amigos, en favor de los que aprecian la exactitud histórica en tales materias, que el total costo de aquella obra ascendió á 10.120,592 rs. vn., y que el dique con tantos afanes construido, se estrenó con grande solemnidad, entrando en él, en efecto, el navío de tres puentes *Santa Ana*, autorizando y realzando el acto con su presencia el capitan general de la Armada D. Luis de Córdova,

asistiendo los obispos de Cádiz y de Buenos-Aires, con muchos generales y gefes de la Armada y del ejército, las corporaciones mas notables de la isla y una inmensa concurrencia; y que el acto comenzó con la bendicion del dique, que, con toda pompa y las ceremonias del ritual, verificó el teniente vicario del departamento, dándole la denominacion de *San Cárlos* en justa y deferente consideracion al nombre del rey.

## NOTA IX.

## Precedencia de España como nacion marítima á las demas naciones modernas.

*Página* 100.

Por ampliacion á lo que en la nota IV decimos, contrayéndonos esencialmente á la pericia náutica de nuestros antiguos marinos, añadiremos que no hay ciertamente necesidad de retroceder á los tiempos oscuros de la historia para justificar la precedencia de los españoles en el arte de navegar, y si citamos y hacemos referencia á espediciones tan osadas y admirables practicadas por nuestros primeros navegantes, es porque no podemos ni debemos omitirlas, tratándose de vindicar el concepto de nuestra nacion como marítima, ante la emulacion y poca justicia de muchos escritores estranjeros. Sin insistir tenazmente en lo que aseguran antiguos y respetables autores; sin que pretendamos enaltecer ó fundar la prioridad en la navegacion en la maravillosa escursion y descubrimiento de los marinos gaditanos, que el erudito y respetable autor del *Cádiz Fenicio* (el marqués de Mondejar), citando á Aristóteles, á Diódoro de Sicilia, á Malveda y Masdeu, refiere, dando por cierto que, impulsados aquellos por los vientos del Este, vieron y abordaron la América, 2342 años antes del 1492 de la era vulgar en que Colon con los españoles la descubriese; aun renunciando á estos y otros testimonios que justifican su precedencia en la navegacion, siempre será incontestable que nuestra marina es la mas antigua de las que existen y que ha consumado en diversas épocas hechos muy preclaros y famosos, contando su principio desde la venida de los fenicios y su establecimiento en España, seguida de la de los cartagineses, despues de la primera guerra púnica, á quienes siguieron los godos y luego los árabes, y conservándose despues de la espulsion de estos, con varia fortuna hasta nuestros dias. Así la historia de nuestra marina, abrazando épocas tan varias y separadas y dando á conocer hechos de inmenso inte-

rés para nuestro pais, está destinada tambien á ser un documento de universal aprecio á causa de su enlace y relacion con la suerte y los intereses de otros grandes pueblos y naciones.

## NOTA X.

### Tradiciones supersticiosas, tesoros escondidos.

*Página* 101.

Si hablamos aquí de estas creencias y tradiciones populares, es porque sosteniendo gran número de escritores de otras naciones, que se tienen por muy civilizadas, que en España se conservan en mayor número y mas arraigadas tales supersticiones, queremos demostrar que es, por el contrario, en otros paises donde se encuentran y conservan con una fé digna de los tiempos llamados del oscurantismo.

Sin necesidad de citar las numerosas leyendas, las creencias absurdas de que autores de aquellas mismas naciones las acusan y reconvienen en nuestros dias, nos limitaremos á decir que en Escocia se cree hoy firmemente que hay tesoros subterráneos ocultos ó escondidos debajo de las montañas, y guardados por gigantes, por hadas ó encantadoras; que en la Bretaña francesa se cree tambien que los hay guardados por un viejo, por una vieja, por una serpiente, por un perro negro y por demonios chiquitos, así como de un pié de alto. Para apoderarse de estos tesoros, segun la doctrina allí corriente, se necesita, despues de algunas oraciones, hacer sin chistar un profundo agujero. Entonces se oyen grandes truenos, brilla el relámpago, se elevan carros de fuego por el aire, se percibe un ruido de cadenas, y poco tarda en descubrirse un gran tonel lleno de oro. Si se consigue suspenderlo hasta la boca del agujero, una sola palabra que se escape al imprudente buscador del tesoro, lo precipitará en el abismo á mil piés de profundidad. Creen tambien los habitantes de la Bretaña que en el momento que se canta el evangelio el domingo de Ramos, los demonios se ven forzados á descubrir y esponer sus tesoros, aunque recurren á la treta de disfrazarlos ó encubrirlos bajo la apariencia de piedras, carbones y hojarasca. El que sospechando la astucia puede echar sobre ellos materias ú objetos consagrados, como agua bendita ó rosarios, los vuelve á su primera forma y se apodera de ellos. (Collin de Plancy, *Dictionnaire infernel.*)

Pero acerca de la creencia de tesoros escondidos es justo, no obstante, que digamos, que si en el pueblo de España se conserva y aun

subsiste arraigada esta creencia, es por causas mas plausibles y aun disculpables, pues no solo proceden de la natural inclinacion á aceptar y creer todo lo que lleva el carácter de maravilloso, sino tambien por la tradicion menos poética de que los moros, á su espulsion, dejaron enterradas muchas de sus riquezas.

El autor de los *Cuentos de la Alhambra*, Washington Yrving, trata, como no podia menos, la materia, dando rienda suelta á la imaginacion, esplotando ingeniosamente las maravillosas tradiciones y creencias que encontró en Andalucia, trasmitidas en mucha parte de los moros; y los tesoros son tambien el asunto de sus curiosas narraciones.

Hé aquí como con sus prevenciones anglo-sajonas pinta el espíritu de credulidad que distingue á nuestro pueblo. "Tiene el pueblo español, dice, una pasion enteramente oriental por los cuentos, y sobre todo por los cuentos maravillosos. Comunmente se les vé reunirse en círculos delante de las puertas de sus casas en el verano, ó bajo la gran campana de sus chimeneas en el invierno; allí escuchan con una ansiedad prodijiosa las milagrosas leyendas de los santos, las aventuras azarosas de los viageros y las atrevidas empresas de los contrabandistas y ladrones. El carácter salvage de la comarca, la ignorancia, la escasez de asuntos sobre que conversar, y la vida aventurera que se lleva en un país donde se viaja aun á la manera que se hacia en los tiempos mas remotos, todo contribuye á conservar la aficion de las narraciones orales, y predispone el ánimo á creer las cosas mas inverosímiles y estravagantes. Por lo regular el tema favorito de estas historias son los tesoros ocultos por los moros. Al atravesar las sierras desiertas, teatro en otro tiempo de brillantes hechos de armas, no se encontrará una sola atalaya colocada sobre la cima de un peñasco ó dominando un pueblecillo, sin que al preguntar al guia el origen de tal edificio no refiera este, suspendiendo por un momento el aspirar el humo de su cigarro, algunos sucesos acaecidos sobre descubrimientos de tesoros árabes enterrados en las cercanías del decrépito torreon. No se hallará un solo alcázar en las ciudades que no tenga igualmente su tradicion perpetuada de padres á hijos por los habitantes de sus alrededores.

"Estas tradiciones, del mismo modo que la mayor parte de las ficciones populares, deben su orígen á sucesos que efectivamente han acaecido. Durante las guerras que por tan largo tiempo afligieron este país entre moros y cristianos, los castillos y las poblaciones estaban sujetos á cambiar con frecuencia de poseedores; motivo por el cual los habitantes á la proximidad del enemigo se apresuraban á soterrar sus alhajas y dinero en cuevas y pozos, segun se practica aun en las guerreras re-

jiones de Oriente. Asimismo al tiempo de la general espulsion de los árabes de la península, muchos entre ellos ocultaron sus tesoros en la esperanza de volver bien pronto á su país natal y hallar entonces sus bienes. De esto resultó que al hacer algunas escavaciones en las ruinas ó en las cercanías de los palacios moriscos, se hallaron cofres llenos de moneda que salian á la luz del sol después de haber estado bajo la tierra algunos siglos; de manera que bastó un pequeño número de estos hallazgos para servir de base á una gran porcion de narraciones fabulosas.

"Esta especie de historias ofrece siempre una mezcla de gótico y oriental, en donde se pueden distinguir todos los rasgos mas esenciales de las costumbres españolas, sobre todo de las provincias del Mediodia. El tesoro oculto está siempre colocado bajo la influencia de un encanto. Tan pronto está guardado por un terrible dragon, como por moros encantados que al cabo de muchos siglos permanecen armados y con el alfanje desnudo é inmóviles como estátuas cerca del lugar donde soterraron sus riquezas."

Salvo lo que la preocupacion del escritor anglo-americano exajera en la pintura de las costumbres y carácter de los andaluces, sus juicios están en mucha parte acordes con lo que acerca de la misma materia y con un espíritu de juiciosa crítica, habia dicho cerca de un siglo antes nuestro Feijóo, esplicando é impugnando estas creencias populares en la carta que titula: *De la vana y perniciosa aplicacion á buscar tesoros escondidos. (Cartas eruditas y curiosas, etc.*, tomo III, *Carta segunda.)* Es por lo tanto evidente que cuando aquel ilustrado y ameno escritor visitaba nuestra península, no eran ya los españoles tan crédulos como los que con menos causa y fundamento buscan todavía con admirable ardor tesoros en Francia y en Inglaterra.

El carácter vindicativo de nuestra obra nos da ocasion y lugar para impugnar los juicios arbitrarios y depresivos que infundadamente ó con exajeracion se publican acerca de nuestro pueblo, á quien se supone excesivamente crédulo y atrasado. Contra tales asertos opondremos, en conclusion, lo que en una revista francesa contemporánea se dice, tratando la misma materia bajo un punto de vista mas estenso y general, hablando precisamente del pueblo de Francia y de otras naciones.

"Los *buscadores de tesoros*, dice, son sin duda bien antiguos, puesto que el *Código Justiniano* prohibe, por una ley especial, el empleo de la magia en sus operaciones. En nuestros dias creen aun en los sueños dorados, en los misterios de la theurjía, y sobre todo en los prestijios de la vara adivinatoria. Por lo demas, ayudándose á la vez, se-

gun los lugares y las circustancias, de recuerdos históricos ó de las tradiciones populares, de las ciencias naturales ó del arte cabalístico, ellos se deslizan por todas partes, esploran y todo lo socaban y trastornan.....”

“Sin duda á las ideas mal definidas, á las falsas creencias que conservan y atraen en el pueblo de los campos las visitas misteriosas y las operaciones algo diabólicas de los buscadores de tesoros, es á lo que debe atribuirse la persistencia y la universal difusion de supersticiones populares relativas á los tesoros ocultos. En efecto, no hay un pueblo pequeño ó aldea en Francia que no tenga su subterráneo lleno de ri quezas, ni alguno de estos preciosos escondrijos que no sea guardado por algun espíritu maligno ó por algun poder oculto defendido. Nacen de aquí una multitud de supersticiones, que tomando en cada localidad un color nuevo, estravagantes pormenores y una tradicion en apariencia histórica, se multiplican y varian al infinito. “No lo dudeis, os dicen los habitantes de los campos, todos los tesoros están guardados por espíritus malignos, demonios, enanos ó encantadores. Desgraciado de aquel, añadirán, que ponga el primero una mano temeraria sobre un tesoro enterrado; morirá sin remedio en el año mismo.—Y por otro lado, ¿quién ignora que todos los tesoros que han estado cien años debajo de tierra pertenecen de derecho al diablo que los guarda para dárselos al Antecristo, para prodigarlos á favor de esta precaucion á los que le sigan?—Quereis poner un tesoro al abrigo de raptores? Enterradlo cerca de un muerto, y desde aquel punto este será el depositario y deberá defenderlo.—Si se quiere un guarda mas vigilante y sobre todo mas terrible, degollad á un desdichado ó á un enemigo en el sitio que oculta vuestro oro, y este fantasma irritado, sujeto ya en adelante á este puesto sangriento, no le abandonará jamás.” *(Le Voleur, Gacette des Journaux francais et etrangers*, de 15 de agosto de 1832.)

Por este relato se verá que M. Washington Irving ha juzgado de un modo demasiado exclusivo y absoluto, acusando en su obra á los españoles de supersticiosos y crédulos buscadores de tesoros.

## NOTA XI.

### La cueva del Gato.

*Página* 105.

La sierra de Ronda, esa rejion que con las montañas de Caspe y Avi-

la y el estrecho que las divide parece en su conjunto un trabajoso aborto de la naturaleza producido en un remoto y desconocido cataclismo terrestre, ofrece en sus senos y profundidades, hasta aquí poco exploradas, innumerables maravillas. Las descripciones que conocemos de varias de sus cuevas ó espacios subterráneos están todas llenas de esa admiracion especial que inspiran ciertos espectáculos de la naturaleza, que por su índole tenebrosa causan una vaga impresion de terror. Entre las que se citan como principales en esta parte meridional de Andalucia se distingue la gruta natural de San Miguel, que se halla en las entrañas de la mole misma del Peñon de Gibraltar: "fantástica caverna, dice un viagero francés contemporáneo, donde se dibujan las mas elegantes ojivas, estraños arabescos, deslumbrantes cristalizaciones, vetas ó aristas que se cortan caprichosamente en todas las inclinaciones. Es necesario deslizarse arrastrándose bajo bóvedas que de pronto se elevan y lanzan á alturas prodijiosas; pero nadie se atreve á aventurarse en aquellas sombrias profundidades que no puede sondar la vista; parece que se está en el palacio de los Sueños, donde todo es vago, pero pasmoso" (*Gibraltar*, por M. Hennet de Kesler.)

Es, pues, considerable el número de cuevas que en aquella region se encuentran del mismo género, siendo las mas notables las llamadas de *Los Organos*, *La Lengua del Ciervo*, de *Los Pastores*, de *Los Finados*, del *Viento* y otras de raras denominaciones, y entre ellas la nombrada *Cueva del Gato*.

En el centro de una montaña aislada que se encuentra cerca de Ardales, hay una de estas cuevas ó bóvedas cuya magnificencia es estraordinaria. En ella el frio subterráneo, cristalizando las sales filtradas, ha formado un artesonado de estaláctitas variadas en su forma y colores, cuya vista ofrece un cuadro tan peregrino como admirable; el reflejo de las hachas produce en aquel espacioso lugar un efecto casi májico, sorprendiendo al observador las columnas de filigrana, árboles, tabernáculos y mil figuras caprichosas. Esta cueva fué descubierta en 1821 á consecuencia de un temblor de tierra que abrió la estrecha hendidura de su entrada, encontrándose á pocas varas de ella los cadáveres de un hombre y un niño perfectamente cristalizados.

Es muy digna tambien de notarse la llamada de Cantales, visitada en 1833 por disposicion de las autoridades de la provincia, á causa de su celebridad histórica, pues se cree por la tradicion que en esta caverna de la provincia Bética cerca de Málaga, fué donde Craso, hijo de Publio Licinio Craso, encontró, amparado de los españoles, un refujio en los tiempos de la persecucion de Mario y Cinna.

Una de las mas sorprendentes y maravillosas concavidades subter-

ráneas en aquella region es, sin disputa, la que nos ha suministrado materia para esta parte episódica de nuestra narracion, en que referimos la vision profética que la gitana agorera presentó á la impresionable madre de Hernando, prediciéndole algunos de los sucesos mas notables de la vida de este. Nuestros lectores podrán acaso creer que hemos usado de demasiada licencia en la descripcion que damos de aquella cueva, poco esplorada aun, verdaderamente misteriosa é imponente; pero creemos nos harán mas justicia si les demostramos cuán poco hemos traspasado en esta descripcion los límites de la verdad. Entre varias noticias y relatos de esta estupenda gruta, solo citaremos la siguiente, tomándola del *Diccionario geográfico-estadístico-histórico* publicado por D. Pascual Madoz, artículo *Málaga*.

"En jurisdiccion de Benaojan está la cueva del Gato, que tiene cerca de una legua de largo, principiando en término de Montejaque; es de una altura desmesurada, y refieren algunos de los que la han visitado, que á la media legua de su dilatacion se vé á la orilla de un profundo charco un grande edificio arruinado, del que solo se conserva la portada y algunos lienzos de pared: se halla en el cerro llamado de Pompeyo, y parece ser la misma que existe en la campiña de Ronda, donde se encuentran todavía fragmentos de columnas y útiles de minería con algunas curiosidades numismáticas....."

Por esta sola parte que revelamos de los datos y noticias en que se funda la aventura de la cueva, se verá que sus senos, apenas esplorados, ofrecen materia digna del exámen y estudio de los amantes de lo maravilloso, no menos que las tan famosas de San Patricio en Irlanda, y de Salamanca y Toledo en España.

## NOTA XII.

### El general D. José de Mazarredo.

*Página* 177.

Este ilustre marino nació en Bilbao el 8 de marzo de 1745, y murió en Madrid el 29 de julio de 1812. Entre las obras que escribió, son mas conocidas las siguientes:

*Rudimentos de táctica naval para instruccion de los oficiales subalternos de marina.*—Madrid, 1776.—Un tomo en 4.°

El célebre Lalande publicó un juicio y estracto de esta obra en el *Journal des Savants*, agosto de 1785.

*Instruccion y señales para el régimen y maniobras de la escuadra*

*del mando del Excmo. Sr. D. Luis de Córdova.*—Cádiz, en folio; reimpresa allí al siguiente año, y en los inmediatos en Cartagena y Madrid, con adiciones.

*Coleccion de tablas para los usos mas necesarios de la navegacion.* Madrid, Imprenta real, 1779.

*Informe sobre la construccion de navíos y fragatas, dado con relacion á las pruebas hechas de órden del rey con los navíos* San Ildefonso *y* San Juan Nepomuceno, *y fragatas* Santa Brígida *y* Santa Casilda, *en el año de* 1785.—Ms.

*Lecciones de navegacion para el uso de las compañías de guardias-marinas*, 1798.

*Ordenanzas generales de la Armada.*—Madrid, 1793.—Dos tomos folio.—Esta bien conocida obra la escribió de real órden, y empleó siete años en su formacion.

Creemos justo insertar aquí el siguiente testimonio que consigna de un modo oficial y solemne el juicio que históricamente merece en la Armada este ilustre general, que es el que, segun el nuestro, debe prevalecer sobre el de los que insisten mas de lo justo acerca de los errores políticos á que pudo comprometerle su situacion.

Ministerio de Marina.—Excmo. Sr.: Deseando la Reina Nuestra Señora que la memoria de un esclarecido general de la Armada, que desempeñó con acierto importantes mandos de mar y tierra, redactando porcion de escritos para sistematizar en todos sentidos las escuadras que tuvo á su cargo, y cuyo nombre se recordaba con gratitud en las antiguas compañías de guardias marinas, tanto por los distinguidos empleos que obtuvo en las mismas como por sus nobles afanes para trasmitir á los individuos de ellas los conocimientos facultativos que con perseverante estudio adquirió en toda clase de navegaciones, sirva de estímulo á los jóvenes que en la actualidad se dedican á la propia Armada, ha tenido á bien S. M. determinar que se llame *Mazarredo* la corbeta cuya quilla se puso el 12 del corriente en el arsenal de la Carraca, á fin de que completen en ella su instruccion los aspirantes del Colegio naval, segun lo dispuesto en el reglamento vigente de guardias marinas embarcados. Dígolo á V. E. de real órden para su conocimiento y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 18 de mayo de 1847.—Juan de Dios Sotelo.—Sr. Director General de la Armada.

## NOTA XIII.

### Reforma de la marina inglesa.

*Página* 179.

Estas palabras, propias de los sentimientos de un marino español tan inteligente y conocedor como Mazarredo, han sido plenamente justificadas; pues los vicios dé que indudablemente adolecia la marina inglesa, gracias á los conatos de hombres eminentes, tales como Nelson, Jervis y Collingvood, ayudados con la accion del gobierno, desaparecieron á favor de reformas que han llevado este brazo poderoso del poder británico al grado de fuerza y esplendor que hoy admiramos. La Gran Bretaña atendiendo á sus verdaderas necesidades y llevada de sus aspiraciones ha procurado mejorar y perfeccionar su marina, para elevarla sobre todas las de las demás naciones, consagrando ardientemente á este fin todos sus medios.

Un ilustrado marino de Francia, á la par que escritor distinguido, á quien hemos citado con honra, Mr. Jurien de la Graviere, de cuya autoridad hacemos grande estima á pesar de no ser siempre exacto ni justo en sus apreciaciones respecto de los hechos de nuestra nacion y de los hombres que en ellos han figurado, ha escrito una interesante obra dedicada esencialmente á demostrar las causas y razones que esplican esta grande reforma en la marina inglesa, examinando históricamente los sucesos que la han preparado, y en los que naturalmente figuran las marinas de otras naciones. En el exámen y juiciosa crítica que hace, apreciando la mayor ó menor influencia que ellas han tenido en aquel resultado, se ocupa casi de un modo esclusivo de la marina de su nacion, á la que hace figurar en una proporcion exajerada. Verdad es, segun tenemos dicho, que la marina española, gracias al injustificable sometimiento de nuestro gobierno al de Francia durante las últimas guerras marítimas, solo figuraba con su fuerza y no como deliberante. Nuestra nacion y su marina carecian de representacion propia, y aunque aquella sostenia la guerra con la sangre de sus hijos y sus tesoros, su papel era, como ya digimos, subalterno y secundario. La marina española fué solo un satélite, una sierva sometida á la voluntad y el capricho de nuestros aliados, siempre dispuesta á acudir y sacrificarse allí donde le designaban los poco diestros caudillos de las mal preparadas operaciones de la guerra. Nada es, pues, estraño que

Mr. de la Graviere, considerándonos en este concepto, presente á la marina francesa como única actora en aquellos sucesos. Su obra por lo demás, es muy digna del aprecio en que es tenida por las grandes investigaciones históricas que abraza sobre los sucesos marítimos de aquella época, el superior criterio con que generalmente juzga los hechos y el buen lenguaje con que está escrita. Hé aqui el título con que ha visto la luz pública en la *Revue des Deux-Mondes*, en los cuadernos correspondientes á los últimos meses de 1846 y primero de 1847.

*Nelson, Jervis et Collingvood, etudes sur la derniere guerre maritime.*

Premiere partie.—*Décadence de la marine francaise.—Jeunesse de Nelson.*

Deuxieme partie.—*Progrès et discipline de la marine anglaise.—L'amiral Jervis.*

Troisieme partie.—*La nouvelle strategie.—Teneriffe-Aboukir.*

Quatrieme partie.—*Nelson á Naples.*

Cinquiema partie.—*Les marines du Nord.—La flotille de Boulogne.*

Sixieme et derniere partie.—*La marine imperiale et la marine espagnole.—Trafalgar.*

## NOTA XIV.

### El marinero.

*Página* 197.

Siendo el marinero, especial y colectivamente, una figura notable en nuestra narracion, queremos consignar aqui fisiológicamente este notable tipo, contrayéndonos con especialidad al español.

El marinero es propiamente á bordo, en la mayor parte de los casos, el brazo, por decirlo así, de la inteligencia; es la fuerza que ejecuta, que da acertado impulso al inmenso y variado mecanismo que se emplea en las operaciones de la navegacion y de la guerra marítima. Por eso es un hombre especial cuya idoneidad unida á otras cualidades características, lo constituyen sobremanera precioso para el Estado.

Considerado en sus hábitos é índole especial, el marinero no ofrece semejanza respecto de los que profesan las industrias terrestres; es propiamente un hombre de la mar, cuya vida, costumbres é inclinaciones difieren esencialmente imprimiéndole un carácter distintivo, for-

mando un tipo *sui generis*; en tal concepto ha merecido fundadamente ocupar un lugar en esa clase de estudios morales, tan del gusto de nuestra época curiosa y analizadora, llamados fisiológicos. Debe tambien observarse que, bajo este punto de vista, el marinero es en el fondo uno mismo en cuanto á su carácter, gusto é inclinaciones, cualquiera que sea el pais á que pertenezca, siendo comunes por lo general en los que se dedican á esta profesion, la laboriosidad, la indiferencia en los peligros, el denuedo llevado hasta la abnegacion y el sacrificio; la inclinacion á los goces prontos, fáciles, vehementes, á veces terribles, como lo son todas sus impresiones, salva, empero, la diferencia que imprimen á estas cualidades é inclinaciones, y al modo de espresarlas, el respectivo genio ó carácter nacional. El marinero es ademas de valiente, industrioso, trabajador é infatigable; es un hombre universal dispuesto á todo trabajo mecánico, y cree superior su ejercicio profesional á la mayor parte de los que ofrece la vida terrestre, los cuales suele calificar con desdeñosa arrogancia. El marinero es al mismo tiempo sencillo, paciente, sumiso y manejable para sus superiores hasta un grado inconcebible, sobre todo, si estos saben tratarlo con humanidad y justicia.

Aunque el marinero español prefiere, como los de las demas naciones, el servicio particular, en los buques del comercio ó de la industria costanera, al de los buques de guerra, no tiene como el estranjero los motivos de oposicion ó de odio respecto de los que lo separan, por decirlo así, de sus hábitos y modo de vivir para destinarlo á aquel servicio. Ligado á él por un acto de su voluntad desde su juventud, sabe que en cambio de ciertas inmunidades equitativas que conciernen al libre ejercicio y goce de la pesca y de los productos del mar que las leyes le declaran, debe servir al Estado algunos años, cuando se le llame ó convoque segun el órden rigoroso de su alistamiento ó antigüedad de inscripcion en la matrícula; y si este legal llamamiento, ejecutado bajo las formas mas suaves y de notoria equidad, viene á interrumpir sus mas gratas ocupaciones por un tiempo que conoce de antemano, sus quejas no tienen el carácter del odio y la revuelta: la patria lo llama y él acude á un llamamiento que reconoce justo. Por eso el marinero español se distingue entre todos por lo fiel, sumiso y morigerado; los lazos de familia de que temporalmente se desprende son una sólida garantía de su lealtad y buen proceder, como lazos que lo ligan á la sociedad de que procede, é imposibilitan ó alejan esas tendencias desleales que en otras naciones han puesto en terrible compromiso la disciplina y la seguridad de los bajeles del Estado; hechos lamentables de que

solo ofrece algun ejemplo nuestra historia naval en esos intervalos de triste recuerdo, en que exajerando y bastardeando las ideas de una racional libertad, se ha interrumpido la observancia de la sabia ley que establece y rige nuestras matrículas de hombres de mar.

Algunos escritores, por falta de un estudio detenidó sobre la índole del servicio que estos hombres utilísimos rinden al Estado, han hecho una oposicion mas apasionada y sistemática que templada y razonable á esta institucion, en tanto que otros, llevados de una especie de emulacion inmotivada, han emprendido hacer un parangon entre las profesiones militares, terrestre y marítima, para deducir algo sofísticamente la inferioridad de esta última (1).

Pero contrayéndonos á los marineros, ¿conocen bien los que así discurren la condicion de estos hombres que renunciando al descanso, á la vida, aunque laboriosa, segura y sosegada de los campos, á las dulzuras de la sociedad, se inscriben desde sus primeros años para el duro servicio de la mar en los bajeles de guerra?.... Hay en la vida del marinero momentos ignorados que equivalen á años de merecimientos, y trances que llevan en sí, sin saberse, el riesgo y la honra de muchos combates.

Los rasgos históricos que presentamos en nuestra obra, justificarán el juicio que aquí damos del marinero español.

## NOTA XV.

### Idoneidad de los marinos españoles en las ciencias náuticas y sus ausiliares.

*Página* 198.

Si abrigamos una fundada queja por la ligereza ó falta de equidad con que por lo comun es juzgada nuestra marina por la generalidad de

(1) Con este especial objeto vió, no ha mucho, la luz pública en Madrid un folleto en 8.° titulado: *Un general y un almirante, un marinero y un soldado.* Este singular escrito, que creemos dictado por un loable sentimiento de lo que se llama *espíritu de cuerpo*, presenta estensamente los plausibles argumentos y razones con que se pretende sostener el parangon entre las dos profesiones militares de mar y tierra, del cual sale, bajo la pluma del autor, asaz mal librada la gente de mar. No creemos que esta ingeniosa concepcion, poco favorable á la última en los tipos escogidos para tan singular y escusado paralelo, deba refutarse con todo el rigor de la dialéctica: pensamos que es mejor abandonarla al buen sentido de los lectores capaces de juzgar en la materia.

los escritores estranjeros que se ocupan de este ramo, bajo su aspecto científico ó facultativo; reconocemos la rectitud y buena fe de algunos de estos mismos que, mas detenidos y amantes de la justicia, han tributado con lealtad el justo homenaje que se debe al mérito y la precedencia en los adelantos ó cuestiones que á tales conocimientos conciernen. Entre varios escritores que de este género pudiéramos citar á este propósito, señalaremos á Mr. Duflot de Mofras, que en su libro titulado *Indagaciones acerca de los progresos de la astronomía y de las ciencias náuticas en España* (1), haciendo justicia á muchos marinos españoles, ha demostrado cuanto conviene para discurrir sobre el mérito respectivo de las naciones, y calificar las producciones del ingenio de sus naturales, hacer de ellos un estudio inmediato y concienzudo. Mr. Duflot de Mofras, saltando la valla de las preocupaciones, y ajeno á toda parcialidad, ha estudiado nuestras costumbres, nuestra historia y el curso progresivo de los conocimientos humanos entre nosotros; y este estudio, hecho con mas profundidad que la que proporciona la lectura de ciertas obras superficiales, á que suelen referirse y consultan solo los que nos censuran, le conduce á hacernos justicia, colocando á nuestros marinos en el lugar que merecen entre los de las naciones civilizadas. El autor ha dedicado su obra á propagar en Francia el conocimiento de la gloria que adquirió la marina española cuando, al tiempo mismo que cultivaba las ciencias y descubria nuevos mares y regiones, se hacia respetar en todas partes por la fuerza imponente de sus armas.

En esta obra se recorre, aunque rápidamente, la historia de nuestros adelantos en la navegacion, mencionando los hombres célebres que á ellos contribuyeron desde las épocas mas remotas hasta el dia. Empezando por el tiempo en que los navegantes andaluces competian en celebridad con los fenicios y cartagineses, encomia los conocimientos que ya entonces poseian los pilotos españoles; menciona la primera aplicacion que se hizo del astrolabio á la navegacion, la formacion de tablas de declinacion, sino tan perfectas como las actuales, lo bastante al menos para librar á los navegantes de la necesidad de no abandonar las costas; el descubrimiento de las variaciones de la aguja; la aplicacion útil que se hacia de las matemáticas estudiadas con ardor, á la parte teórica del pilotaje, á la construccion de instrumentos astronómicos y á la perfeccion de las cartas hidrográficas; los tratados que sobre el arte de navegar se escribieron en España, desde que el bachiller

(1) *Recherches sur les progrès de l'astronomie et des sciences nautique en Espagne.* París, 1830.

D. Cristóbal Fernandez Enciso, publicó el primer tratado metódico de navegacion, hasta que D. Jorge Juan, Mendoza, Luyando y otros, se aprovecharon de los descubrimientos de los sabios del siglo XVIII, para hacer adelantos en las ciencias náuticas; que son otros tantos títulos con que el autor francés nos presenta á la consideracion y respeto universal.

La memoria, pues, de Mr. Duflot, es interesante para los que quieran conocer los autores antiguos y modernos que en España han escrito sobre navegacion, y los principales inventos y mejoras que debe á sus marinos el arte admirable que les proporcionó el descubrimiento del Nuevo-Mundo; y en todo su trabajo da á conocer su sana crítica y el estudio que ha hecho de los buenos libros españoles que ha consultado.

## NOTA XVI.

### Sobre el orígen de la ceremonia llamada "El paso del Trópico."

*Página* 236.

El respetable arqueólogo Mr. Jal, llevado del empeño de encontrar un orígen clásico á esta antigua ceremonia marítima, hace tambien no poco gasto de erudicion con tal objeto. Hé aquí lo que despues de nuestra descripcion, publicada por primera vez en *La España marítima*. (Tomo II, pág. 239, año de 1841), hemos leido en una relacion que hace dicho escritor con el título de *Bapteme sous la ligne*, esponiendo en una nota lo que considera como orígen posible de la ceremonia ecuatorial y tropical.

"La farsa de la línea es un antiguo misterio marítimo, cuyo sentido se escapa á las mas escrupulosas investigaciones. ¿Por qué bajo los trópicos y en el ecuador se verifica esta ceremonia medio pagana y medio católica? Que el cristianismo haya introducido ó injertado una de sus fiestas sobre una fiesta pagana, ó que haya modificado esta, nada tiene de maravilloso; pero ¿con qué fin acontece con aplicacion para una latitud mas bien que para otra? Lo ignoro completamente y nada he encontrado que me dé la razon de esta singularidad. ¿Será necesario ver en esta máscara, hoy todavia en uso, un recuerdo de la fiesta de la nave consagrada á Isis, antigua patrona de la navegacion ó el buque *Baris*, consagrado á Minerva? Mas ¿cómo es que solo en la zona

tórrida se ha conservado este antiguo culto? Parece que el sol figura ó entra por algo en la solemnidad del bautismo. Este astro comienza su curso anual desde el signo de Acuario. Apolo sale de los brazos de Tetis para comenzar su carrera, etc.

"Es probable que la primera vez que los antiguos franquearon las columnas de Hércules y pasaron del Mediterráneo al Océano, que absolutamente no conocian, y cuyo terrible aspecto pudo espantarlos, ofrecieron á Neptuno un sacrificio; el uso ha debido perpetuarse y en cada nuevo paso dado en este vasto mar, la ceremonia ha debido renovarse. No es acaso demasiado aventurar el decir que la fiesta de los trópicos y de la línea procede de aquel tiempo. Los primeros sacrificios fueron dedicados á Neptuno ó al Sol, y sea pensamiento cristiano, ó necesidad de abluciones en un clima ardiente, el bautismo ó la aspersion habrán seguido naturalmente.

"Entrando en un mundo desconocido, el cristiano habrá querido purificarse como hace cuando sale del seno de su madre, y la celebracion de esta renovacion de votos habrá ido poco á poco degenerando en una comedia que los marineros han convertido en su provecho (1)."

A pesar de las eruditas y plausibles razones que acabamos de trascribir, insistimos aun en el juicio que sobre este punto de crítica hemos espuesto, pareciéndonos mas ingeniosas que aceptables estas esplicaciones.

## NOTA XVII.

## Juicios de algunos estranjeros sobre las cosas de España.

*Página* 282.

Solo llamamos aquí la atencion del lector, con motivo del gratuito juicio consignado en la obra de Mad. Merlin sobre la supuesta estratagema de los ingleses para facilitar la toma de la Habana, con el objeto de insistir observando cuán frágiles y aun ridículos son los fundamentos con que escritores juiciosos, pero crédulos ó ligeros, aceptan y dan sus opiniones en cosas que conciernen á nuestro concepto como nacion, ó al honor de nuestras armas. La autora que hemos citado, aunque dotada de grande ingenio, siendo agena á las cosas de la mar y de la guerra, acogió sin duda el juicio que sobre este grave acontecimiento vió consignado en alguna obra estranjera, dando por suya esta burlesca y de-

(1) Scenes de la vie maritime, par A. Jal. Paris 1832.—Tom. 1.°, pág. 295

presiva tradicion en menoscabo de su nacion propia; lijereza que difícilmente puede perdonarse á la ilustrada escritora que con tanto interés y sentimiento nos describe en sus producciones la historia y costumbres de la mas rica y floreciente de nuestras Antillas. Semejante juicio solo puede parecer natural bajo la pluma de esos escritores que calificando á los militares y marinos españoles, no titubean en adjudicarles cualidades miserables.

Por un principio poco generoso, porque proviene de una emulacion antigua, nacida en el tiempo de nuestro poder é influencia en los negocios de Europa, algunos autores de esas naciones que hoy afectan hácia la nuestra en su decadencia un menosprecio á que ayudamos con nuestro silencio, uniendo á la frivoliad el sarcasmo y aun la calumnia, nos imputan costumbres ridículas y vicios indignos que jamás constituyeron el carácter español. Serian muy largas de enumerar las inepcias y vulgaridades que en ciertas obras que se publican con especial crédito en Francia é Inglaterra, y se traducen con harta ligereza en España, sobre todo en las llamadas novelas marítimas, se presentan como cualidades y costumbres de los españoles. En ellas se lee, como ya hicimos notar, que nuestros marinos fueron y son ignorantes, pusilánimes, supersticiosos, comedores de ajos, dormilones sempiternos, asustadizos como liebres en el mar; que abandonan sus buques por dormir la siesta, que prefieren en ocasiones de peligro el rezo al trabajo, y otras ruindades que repugna mencionar. Y esto se dice (y es la única causa porque hacemos aquí de ello mencion) en obras que llevan al frente nombres de escritores marinos muy respetables por su inteligencia, discrecion y mesura, y en quienes debia por lo tanto suponerse mayor retentiva, exactitud y consideracion con una nacion como la española.

## NOTA XVIII.

### Sitio y rendicion de la plaza de la Habana á los ingleses, en 1762.

*Página* 283.

La verídica relacion que damos de este memorable acontecimiento, basta á justificar cuan superior fué la parte que tuvo nuestra marina en la defensa del puerto, y de las fortificaciones de la plaza y obras esteriores. No solo tuvo que afrontar, á pesar del desarmo ó poca pre-

paracion de los buques de nuestra escuadra, los ataques de las fuerzas superiores enemigas, emprendidos con tan evidente ventaja por tierra, sino la poderosa cooperacion de sus fuerzas navales, base verdadera de estos ataques. He aquí, segun los documentos oficiales, una exacta relacion de aquellas fuerzas.

| Navíos. | Cañones. | Comandantes. |
|---|---|---|
| *Namur*......... | 90.... | El almirante, capitan Juan Arrison. |
| *Cambriogs*...... | 90.... | Ricardo Casterik. |
| *Valiente*........ | 74.... | El segundo almirante Keppel, capitan Adam Dusan. |
| *Bulloren*........ | 74.... | Comodoro Walter, tercer almirante de la escuadra. |
| *Dragon*......... | 74.... | Capitan, Bautista Gerbey. |
| *Dublin*......... | 74.... | Eduardo Caferigne. |
| *Centauro*....... | 74.... | Tomás Lampiere. |
| *Temerario*...... | 74.... | Mateo Baston. |
| *Temple*......... | 70.... | Chaloner Ogle. |
| *Marlborough*.... | 66.... | Tomás Brunet. |
| *Osford*......... | 66.... | Martin Arbutrhuot. |
| *Deroufir*........ | 66.... | Ricardo Biflemoint. |
| *Belle-Isle*....... | 64.... | José Kinglit. |
| *Hampson-Court*.. | 64.... | Alejandro Fimes. |
| *Alcide*.......... | 64.... | Tomás Hankerson. |
| *Sterling-Castle*... | 64.... | Bautista Navier. |
| *Pembrok*....... | 60.... | Juan Whulock. |
| *Ripport*......... | 60.... | Eduardo Teylle. |
| *Nollinghan*...... | 60.... | Tomás Coltingoor. |
| *Lodgar*......... | 60.... | Guillermo Drake. |
| *Desconfianza*.... | 60.... | Jorge Keaxie. |
| *Intrépido*....... | 60.... | Juan Haley. |

Las fragatas eran 13 de 50 á 40 cañones, tres fragatas bombarderas, y los demas buques hasta el número de 230 velas, embarcaciones de transporte, navíos de hospitales, de municiones de guerra y víveres.

Entre los documentos históricos que hemos tenido á la vista, debe ser consultado para fijar la parte que verdaderamente tuvo nuestra marina, comprometida sin la debida preparacion en aquel trance militar.

la participacion oficial ya citada que el marqués del Real Transporte, comandante general de la escuadra, remitió al ministro de Marina desde Cádiz con fecha de 31 de octubre de 1762, y de la que hemos citado algun pasage. En ella se verá la leal cooperacion que prestó la marina en aquella imprevista y mal preparada campaña, y aparece plenamente justificada la conducta de dicho general y sus subordinados, y en su verdadera luz el heróico comportamiento de los valientes marinos don Luis de Velasco y el marqués Gonzalez.

El primero era natural de la villa de Noja, provincia de Santander junto á Siete-Villas, de ilustre familia, y contaba mas de 50 años cuando murió. Entre varios hechos que justifican su pericia como marino y su valor en los combates, debe citarse señaladamente el que sostuvo en junio de 1746 sobre la costa de Cuba, mandando dos jabeques, contra un fuerte paquebot inglés de 18 cañones, 18 pedreros y 150 hombres, al que rindió y tomó al abordage. Debemos tambien notar, en honor de la memoria de este valiente marino, que cuando el general conde de Albemarle dió noticia de la muerte de Velasco en la órden general de su ejército, hablaba de su pérdida designándolo como el *capitan mas bravo del Rey Católico*, y dispuso se le hiciesen magníficas exequias, y que en el lugar donde estaban depositadas sus cenizas se colocase una lápida con una inscripcion alusiva á sus servicios y honroso fin.

Su Majestad Cárlos III concedió á D. Iñigo José de Velasco, hermano de D. Luis é inmediato sucesor, merced de título de Castilla y una pension, y tambien dispuso que un navío en la Armada llevase constantemente el nombre de *Velasco*, y por último, que se le erigiese una estátua, que en el dia existe en Meruelo, delante de la casa de la Audiencia de la junta de Siete-Villas, para inmortalizar su nombre.

Don Vicente Gonzalez de Bassecourt, marqués Gonzalez, natural de Pamplona y de una familia ilustre, era hijo del Excmo. Sr. don Juan Gonzalez Valor, caballero del hábito de Santiago, teniente general de los reales ejércitos, y gobernador de aquella plaza y ciudadela; tenia de 45 á 50 años cuando murió; se habia distinguido siendo subalterno en el combate naval de cabo Sicie en 1744 (combate de Tolon); mandó varios buques menores, y fué á América mandando el navío *Aquilon* en la escuadra del marqués del Real Transporte, y, como hemos referido, solicitó ser destinado á la defensa del Morro, donde participó con el insigne Velasco de los trabajos militares y de su trágico y glorioso fin. El rey concedió tambien á su hermano D. Francisco, capitan de guardias de infantería española, merced de título de Navarra,

con la denominacion de conde del Asalto. Finalmente, por el glorioso hecho de armas á que concurrieron, la Real Academia de San Fernando propuso dos premios estraordinarios para pintores y escultores, en memoria del heróico valor con que los dos esforzados marinos defendieron el castillo del Morro, lo cual tuvo cumplido efecto, quedando ambas obras en la Academia para perpetuo recuerdo; y tambien se acuñaron algunas medallas con los bustos de ambos héroes.

## NOTA XIX.

### El triunfo de la ciencia.

*Página* 320.

No podemos resistir al deseo de reproducir aquí y dar á conocer en su testo primitivo, el original de la pequeña obra poética á que esta nota se refiere, con la esperanza de que nos lo agradecerán los amantes del bello idioma en que plugó á su autor marino escribirlo, comunicando con él mayor elevacion á sus pensamientos.

En la fiel version de sus conceptos se verán algunas ampliaciones que el modesto poeta español, á quien la debemos, se ha permitido, inspirado por el alto sentimiento de amor á la ciencia y á su divino orígen que en aquella preside.

Siquis ad Eoos tractus, Solemve cadentem
Per medias optat currere tutus aquas,
Seu cupit Arctoo positas sub cardine terras
Visere, in Austrinas seu dare vela plagas,
Hîc habet, insanis quâ fluctibus imperet ARTEM,
Vincat et incerti cuncta pericla maris.
Hæc passim extantis cumulos ostendit arenæ,
Saxaque sub cæcis insidiosa vadis.
Littora naufragiis quæ sint infamia monstrat,
Quæque habeat tutos hospita terra sinus,
Quàm celer et varius rapidarum cursus aquarum,
Tempora sulcando quæ magis apta freto.
Sed leviora loquor: ventis atque altior undis.
Transvolat in superas Ars animosa domos.
Dimidium geminos cœlum partitur in arcus,
Inque novem decies scindit utrumque gradus.

His veluti scalis alienum transit in orbem,
Altaque præceptis subjicit astra suis.
Nam Sol exiguas cùm celsior efficit umbras,
Cùmque poli medium Sidera clara tenent,
Quantum sublimi distent à vertice, quantum
Alterutro distent axe notare docet.
Ut quo sub cœlo tandem, quibus erret in oris,
Consulto possit navita scire polo.
Magna quoque Herculei lapidis miracula pandit
Cui tener in ferrum sensus amoris inest.
Istius hinc fluxit mirandæ pyxidis usus
Quæ regit instabiles per freta vasta rates.
Ferrea in exiguà conclusa est virgula capsa,
Seque super parvo mobilis axe rotat.
Mira fides! saxi postquam vim sensit amantis
Respicit hæc Boream cuspis, at illa Notum.
Inde plagas omnes facilè est cognoscere cœli.
Capsula quàm magnas una recondit opes!
In quascunque velis pelago te credere partes
Quas fugias monstrat, quasque sequare vias.
Certa minùs Graiis Helice servata magistris,
Certa minùs Tyriis dux Cynosura fuit.
Quippe etiam in tenebris, cùm nulla intermicat Arctos,
Bractea non dubium ferrea pandit iter.
Hac arte immenso patuit disclusa profundo
Altera, nec priscis credita Terra prius.
Hac duce non unus potuit jam navita totum
Immani gyro victor obire salum.
Hæc facit ut toti bona sint communia mundo,
Indigaque alterius terra juvetur ope.
Hæc etiam vexit nostros ad barbara mores
Regna: per hanc ritus edidicére probos.
O miram, et summis celebrandam laudibus Artem,
Humano generi quæ bona tanta parit!

Esta composicion apologética de las ciencias náuticas es de *D. Manoel Pimentel, fidalgo da casa de S. Magestade (D. Joaoo V), é cosmógrafo Mor do regno*, y se encuentra al final de su obra titulada *Arte de navegar em que se enseñão as regras, prácticas é os métodos de cartear, é de graduar á Ballestilha por via de números, é muitos*

*problemas utéis á navegazao, etc.— Lisboa.— Anno MDCCLXII.*— 1.ª *edicion.*

El autor de esta composicion fué hijo segundo de Luis Serrau Pimentel, cosmógrafo mayor en Portugal: en 1680, á favor de los rápidos adelantos que hizo en sus estudios, sucedió á su padre en el ejercicio de cosmógrafo mayor; y en 1718 fué electo maestro del príncipe del Brasil D. José, á quien enseñó geografía y náutica. Fué varon muy acepto á toda clase de personas por su índole honrada y candorosa, así como por su singular talento y literatura, que dió á conocer en composiciones poéticas y en certámenes públicos.

Murió en 19 de abril de 1719. Además de la obra citada, escribió otras poéticas y una titulada *Lecciones Académicas*, que consta de tratados filológicos y físico-matemáticos.

## NOTA XX.

### Mr. Jal, arqueólogo y escritor de marina en Francia.

*Página* 327.

Reconociendo la grande erudicion marítima de que abundan las obras de este distinguido escritor francés, observamos, no obstante, que sus noticias y juicios sobre las cosas marítimas de España, distan muchas veces de la exactitud histórica que caracteriza esencialmente sus producciones; falta de que en parte adolece su interesante obra de la *Arqueologia naval,* respecto de algunas voces cuyo orígen, verdaderamente español, desconoce.

Mr. A. Jal, infatigable investigador de cuanto concierne á la historia antigua de las marinas de diferentes naciones, colaborador de revistas literarias de concepto, ha escrito varias obras y opúsculos llenos de esquisita erudicion en este género, y entre ellos uno que lleva el título de *Lepanto*, que publicamos vertido al castellano en el *Fanal* (1). Esta estensa relacion contiene noticias y pormenores ignorados de grande interés, referentes á la historia de la Liga, adquiridos por el autor en sus viages y relaciones con los sabios laboriosos de Italia y por sus propias investigaciones en las bibliotecas de Génova y Venecia; trabajo

(1) *El Fanal. Crónica comercial, marítima y literaria.— N.* 7 (15 de junio de 1842) y siguientes.

apreciable y que hubiera sido mucho mas perfecto si, consultando los archivos españoles, hubiese utilizado con su especial tacto y erudicion en este género de literatura, las noticias que encierran sobre aquel grande hecho de armas, consumado por la Armada de España y la de sus coligados sobre las aguas de Lepanto.

## NOTA XXI.

### Mr. Thiers.

*Página* 342.

La impugnacion á que nos referimos, dirigida á demostrar la falsedad de la acusacion que este conocido escritor hace á los marinos españoles en su *Historia del Consulado y del Imperio*, atribuyéndoles la fea nota de haber *huido* en el combate de Trafalgar (juicio de que volveremos oportunamente á ocuparnos en el discurso de esta obra), vió la luz pública en la *España* del 3 de febrero de 1850. Solo aprovechando la absoluta falta de una historia de nuestra marina, hubiera osado un escritor estranjero consignar, en lo que ha llamado *Historia*, la acusacion mas grave que ha podido hacerse á una antigua y noble nacion, cuyo valor y heróica firmeza en los peligros, cualidades que constituyen esencialmente el fondo de su carácter, le han dado una justa celebridad desde los tiempos mas remotos; sin que nadie, en ninguna época del mundo, haya osado poner en duda estas virtudes.

Nosotros tuvimos la honra de ser los primeros que nos lanzamos á contestar, á destruir opinion tan gratuita y ofensiva á nuestra nacion, y escogimos el arma mas poderosa y eficaz para conseguirlo; y en vez de detenernos en una prolija y fria descripcion de la batalla, de aducir partes y relaciones tomadas de nuestros marinos, sufridos actores en aquel drama terrible, medios que podrian ser contestados por proceder de la parte agraviada, apelamos al honor francés, y evocamos é hicimos perentoriamente comparecer á respetables marinos é historiadores, y ellos hablaron por nosotros y confundieron la calumnia. Luego vinieron á ayudar y sostener dignamente esta protesta eficaz y perentoria, otros escritos del mismo carácter vindicativo, que coadyuvaron á dejar muy pura la honra de nuestra nacion; y estos trabajos fueron tanto mas dignos de aprecio por proceder la mayor parte de autores que no eran marinos.

## NOTA XXII.

### Bote al agua del navío Argonauta.

*Página* 574.

En el hecho que aquí se refiere se incurre en un evidente, aunque no muy grave anacronismo. Hacemos esta aclaracion para que los lectores escrupulosos en esto de fechas, sepan que no participamos del error del manuscrito que nos sirve de guia; pues sabemos que cuando en el año de 1850 se botó en Ferrol al agua el navío *Rey Francisco de Asís*, tambien de 80 cañones, hacia 52 *años* que esta operacion no se ejecutaba con esta clase de buques en nuestros arsenales!!

## NOTA XXIII.

### Nelson.

*Página* 591.

Si los escritores ingleses no se empeñasen en ensalzar á su héroe con ese tono arrogante y esclusivo que por lo comun los distingue, si fueran mas equitativos, los de las demas naciones serian menos severos en sus juicios acerca de este grande hombre, cuyas superiores cualidades como marino reconocen. Los españoles, que nunca han escaseado sus alabanzas, aun respecto de sus enemigos, fueron los primeros en tributar encomios al que menos ha sabido apreciar las nobles cualidades de esta nacion generosa, particular objeto de sus rudos é injustificables desdenes.

La historia, empero, debe ser impasible, y tanto en la censura como en los panegíricos, la equidad ha de ser su solo norte: Nelson fué un gran marino y hombre de guerra: he aquí en lo que esencialmente estamos acordes con sus mas ciegos y exagerados apologistas. Pero estos llevados de su idolatría nacional al referir sus hechos, atenuan ó pasan estudiosamente por alto aquellos en que el célebre marino inglés fué débil y flaco, ó represiblemente voluntarioso y digno por tanto de censura.

Mr. Jurien de la Graviere, generalmente lógico y severo en sus juicios y calificaciones, al examinar históricamente los acontecimientos

de la última guerra marítima sostenida por Francia y España contra Inglaterra, se muestra á veces, sin embargo, bastante indulgente y contemporizador respecto de ciertos hombres notables de la marina británica, con el presumible objeto, acorde con la tendencia de su obra, de ensalzar la de su nacion, elevándola con aquella sobre las de las demas potencias marítimas, sobre las cuales, y de un modo harto ligero con relacion á la nuestra (hoy ya de escasa importancia para sacar á la Francia de ahogos), pasa sin ceremonia ni contemplacion, calificando á veces sus actos con error ó injusticia.

Sus juicios, pues, respecto á los marinos ingleses, van acompañados de ese tono indulgente y templado, algo calculado y diplomático, que caracteriza su notable obra de *Nelson, Jervis y Collingwood* (1), y la ya citada en el discurso de nuestra obra de *Guerres maritimes, sous la république et l'empire*, en la cual reproduce sustancialmente mucha parte de la primera.

He aquí las palabras con que Mr. de la Graviere hace mencion de los hechos que indicamos en nuestro testo. Despues de referir, en la segunda de estas obras, los desórdenes que el sistema británico ha autorizado para completar los equipajes de sus buques de guerra, sobre todo en las ocasiones urgentes, empleando por una singular anomalía el estraño abuso de la leva en un pais que pretende pasar por libre y la tierra clásica de la legalidad, medio que califica de brutal y odioso, y era empleado á la sazon, dice:

"En medio de estos embarazos y agitacion, fué Nelson nombrado en 1793, para mandar el navío *Agamenon*, de 64 cañones. Los diez años que acababan de pasar, no habian sido todos perdidos para los adelantos de su carrera. Durante tres años consecutivos habia mandado, sobre la corbeta *Boreas*, de 28 cañones, la estacion de las islas de Barlovento en el mar de las Antillas. Este mando, á pesar de haber sido todo ejercido en medio de una paz profunda, habia servido, no obstante, para echar los fundamentos de su reputacion y poner en ruidosa evidencia aquella ardiente iniciativa, aquel carácter resuelto y obstinado que mas tarde, despues de haber formado su gloria, debia llevarlo á actos de violencia destinados á empañarla y comprometerla. A la edad de 26 años, sin protectores, sin fortuna, no habia Nelson titubeado, en el calor de su celo por la prosperidad del co-

(1) *Nelson, Jervis et Collingwood,* Etudes de la dernière guerre maritime. — (*Revue des deux mondes,* tome XVI, cuaderno de 1.° de noviembre de 1846 y siguientes.)

mercio inglés y de la navegacion británica, en chocar contra intereses apasionados y poderosos, acumulando sobre su cabeza una responsabilidad que habia asustado la conciencia mas tímida de su comandante y gefe. Destacado á las islas de Barlovento por el almirante Hughes, que mandaba entonces en la Jamaica, encontró los puertos de estas islas llenos de buques americanos. A pesar del acta de navegacion otorgada bajo el reinado de Cárlos II y que prohibia á los estranjeros toda relacion comercial con las colonias inglesas, los americanos, gracias á su actividad y á la vecindad de sus costas, se habian apoderado, despues de la paz, casi enteramente del comercio de las Antillas."

"Esta concurrencia, tolerada á favor de consideraciones que parecian prudentes acabada de sentar la paz, irritó su celo por los intereses comerciales del pais, y contra las protestas de los consejos coloniales y de los gobernadores, desentendiéndose de las reticencias é indecisiones del almirante Hughes, su gefe, y aun á despecho de sus órdenes, hizo embargar y condenar por las órdenes del almirantazgo cuantos buques consideró en contravencion, así en las Barbadas, como en Antigoa, en San Cristóbal y en Nevis." Suscitóse un clamor universal en las islas por esta violencia y una gran coalicion contra los desautorizados actos de Nelson, á quien Mr. de la Graviere, llama aquí con blandura "el terrible *petit-capitain*." El autor de estos desmanes, dice "luchaba *silencioso y obstinado* contra la tempestad, y soportaba sin alterarse la pública animadversion....." "Por lo demas, añade con la misma benevolencia, esta facilidad en comprometerse en cuestiones delicadas, le era inspirada por una afeccion sincera y un ardor patriótico que no dejó de ser *provechoso* al Estado." (*Guerres maritimes*, etc.—Tome 1.er, página 37.)

## NOTA XXIV.

### Nelson y Caracciolo.

*Página* 404.

Cuanto aquí referimos episódicamente sobre el desgraciado príncipe Caracciolo, está tomado de las memorias contemporáneas de los autores que se han ocupado de este triste acontecimiento, de las biografías de los personajes que en él figuran, y con especialidad de los escritos de Cooper y Jurien de la Graviere. Tambien debemos pormenores de grande interés acerca de aquel y otros hechos concernientes á la marina napolitana á D. Fernando Capuzzo, caballero siciliano, antiguo ma-

rino, luego al servicio de España, paisano y contemporáneo de Caracciolo y testigo del horrible suceso, que hemos escuchado de su boca.

Se dice que Nelson era "de carácter bueno y noble en el fondo; pero irritable y de constitucion nerviosa, cualidades que adquieren cierta intensidad en los marinos: que ademas se hallaba dominado por la imperiosa lady Hamilton; aquella sirena que era á la vez su querida, su secretario, su *Egeria* y su dominadora. Cuando un carácter como el de Nelson se vé subyugado por los encantos de una Circe tan terrible, es preciso que la reaccion y el mal humor desfoguen por otra parte....."

Sin embargo, Mr. de la Graviere, de quien son estas palabras, no podia admitir la disculpa ó atenuacion de unos hechos, que Mr. de Chateaubriand juzga tambien, aunque de paso, con las siguientes.

"No obstante, la poblacion que posee la tumba de Virgilio y la cuna del Tasso, esa poblacion en que vivieron Horacio, Tito Livio, Boccacio y Sannazar, y en la que nacieron el Dante y Cimarosa, habia sido embellecida por su nuevo señor (Fernando IV). Habíase restablecido el órden: ya los *lazzaroni* no jugaban á los bolos con cabezas humanas para divertir al almirante Nelson y lady Hamilton....." (*Memorias de Ultratumba*, tomo IV, pág. 53, edicion española de 1850.)

En efecto, el estimable autor marino á quien antes nos hemos referido, escuchando un alto sentimiento de humanidad y de justicia, despues de referir el horrible hecho, esclama:

"¿Qué singular estravío endurecia de este modo aquel corazon turbado? ¿Por qué prisma falaz podria Nelson contemplar aquella ejecucion bárbara, para no ver en ella mas que un acto regular de justicia militar? ¿Quién le habia encargado de tomar por su cuenta la venganza de la corte de Nápoles? ¿Quién le autorizó para sustraer á la clemencia real un anciano que ella habria probablemente salvado? ¿Por qué esta iniciativa, por qué esta precipitacion funesta, por qué esta muerte inútil? Los asesinatos de que Nápoles fué bien pronto el teatro, escitaron en Europa una reprobacion general; pero este horrible episodio vino á arrojar una luz mas lúgubre todavía sobre la parte que Nelson habia tomado en estos desgraciados sucesos: Fox fué el primero que denunció al parlamento estos escesos de la legitimidad, cuya mancha, por una falta de fé, acaso sin ejemplo en los fastos de la guerra, habia alcanzado hasta el pabellon británico. Nelson quiso justificarse, pero sus amigos, mejor inspirados, creyeron conveniente suprimir sus protestas."

## NOTA XXV.

### Antigua tradicion de futuros descubrimientos.

*Página* 432.

La presuncion de la existencia de grandes tierras, de un vasto continente al otro lado del Atlántico es del tiempo mas remoto; y Colon al dirigirse en busca del Catay, no se fundaba menos en sus cálculos y sabias conjeturas, que en la grande tradicion de la antigüedad. Habia, en efecto, una persuasion tradicional, generalmente estendida, acerca de la existencia de las tierras incógnitas, llenas de riqueza y fecundidad, en remotas regiones, que el hombre habia de llegar á descubrir.

En el *Phedon*, obra gloriosa del genio, se habla de un mundo oculto, que mas tarde debia aparecer á los ojos de las naciones atónitas. Virgilio fija tambien su atencion en esta espectativa, y franquea con el pensamiento los móviles espacios del Océano, para ir á contemplar y representarse en la imaginacion aquella tierra lejana y dichosa.

Pero Séneca se esplica aun mas positivamente, cediendo á una inspiracion profética, á una especie de intuicion que le hace entrever la conquista de aquellos continentes y de aquellas inmensas llanuras y playas encantadoras. Séneca era español y natural de Córdoba, y su profecía adquiere por esta circunstancia para nosotros un carácter que la hace de mayor interés. Hé aquí como se espresa en la *Medea*, acto 2.°

"Osado fué el primer navegante que se atrevió á surcar las pérfidas olas sobre un frágil leño, dejando en pos de sí su tierra natal, confiando su vida al soplo caprichoso de los vientos, y prosiguiendo sobre los mares una carrera incierta y aventurosa, separado del abismo y de la muerte por una tabla sutil y ligera! No se conocia entonces el curso de los astros, y aun no podian servir de regla al navegante, para fijar su situacion, las estrellas que brillaban en el espacio. Los arroyos no podian evitar ni las lloviosas Hiadas, ni la influencia de la cabra de Olena, ni la del helado carro que á pasos lentos dirije el viejo boyero, y Zéfiro y Boreas aun no eran conocidos por sus nombres."

"Tifis (1) fué el primero que osó desplegar sus velas sobre el grande abismo, y dictar á los vientos nuevas leyes. Nadie antes que él supo

(1) Tifis fué el piloto que conducia la nave de los argonautas.

disponer aquellas del modo conveniente, disminuirlas y aferrarlas; presentarlas para recibir de un modo oblicuo el viento; arriar prudentemente las entenas hasta medio palo, ó elevarlas hasta el alto tope, cuando los marineros llaman ardientemente toda la fuerza de los vientos, y la banderola de púrpura se agita con viveza en la parte inferior de la nave."

"Nuestros padres nacieron en los siglos de la inocencia y la seguridad; y todos, entonces, vivian tranquilos sobre la playa que los vió nacer, y envejecian sobre la tierra de sus abuelos, ricos con poco, y sin conocer otros bienes ni tesoros que los que les ofrecia el suelo paternal."

"La nave de Tesalia unió los mundos que la naturaleza habia sabiamente separado (1), sometió la mar á la presion de los remos, y juntó á nuestras miserias los peligros de un estraño elemento. Esta desgraciada nave pagó caramente su audacia, por una larga serie de peligros que tuvo que correr entre esas dos montañas que forman la entrada del Euxino, y se chocan una contra otra con el horrísono fragor del trueno, mientras que la mar oprimida entre ellas, lanza hasta las nubes sus olas espumosas. El valiente Tifis palideció á su vista, y dejó escapar el timon de sus manos desfallecidas; Orfeo enmudeció, y su lira permaneció sin sonido entre sus dedos, y hasta el mismo Argos perdió el uso de la palabra; y cuando la Vírgen del Peloro de Sicilia (2) apareció rodeada de sus furiosos perros, que daban instigados á la vez espantosos ladridos, ¿quién entre los navegantes no tembló con todos sus miembros al oir los gritos amenazantes de aquel solo monstruo? ¿Cuál debió ser tambien su temor oyendo los armoniosos cantos de las crueles Sirenas, que se escuchan sobre la mar de Ausonia, y que acostumbradas á retener las embarcaciones por el hechizo de su voz, se dejaron casi arrastrar por los dulces sonidos de la lira de Orfeo, cuando él la volvió á reanimar con sus acuerdos?"

"Y ¿cuál fué el premio de viaje tan atrevido? Un toison de oro y Medea. Medea mas cruel que las mismas Sirenas, y digna recompensa de los primeros navegantes."

"Mas ahora la mar está sometida, reconoce nuestras leyes y no se necesita una nave construida por Minerva y tripulada por reyes (3). La

(1) Horacio espresó la misma idea en el libro 1.°, oda 3.

(2) Promontorio de Sicilia (hoy cabo de Faro) que mira á Italia.

(3) Los argonautas, en número de 50, eran todos reyes ó hijos de reyes. Todas las familias reales de la Grecia tenian su parte en la espedicion de los argonautas, y sus títulos de gloria y orígen en el primer buque construido por Minerva.

barca mas pequeña puede aventurarse sobre las olas. Las antiguas barreras serán trastornadas y los pueblos van á edificar ciudades sobre las nuevas regiones. El mundo está abierto y recorrido en todas direcciones; adviértese un estraño movimiento, y por do quiera se elevan errantes nuestros votos."

"El indio bebe el agua helada del Araxe, y el persa apaga su sed con las del Rhin y del Elba. Vendrá un tiempo, corriendo los siglos, en que el Océano ensanchará la cintura del globo terrestre para descubrir al hombre una tierra inmensa y desconocida, la mar nos revelará nuevos mundos, y Thule no será el límite del universo."

Maravillosas son en verdad estas palabras de Séneca. El anuncia, indica, parece como que vé y prédice. Mas no há sido él únicamente quien ha tenido tales inspiraciones. No es solo el poeta, el hombre aislado, el sabio meditabundo; es el género humano entero, inquieto é insaciable, que busca por todas partes, y que siente en sí mismo la necesidad de los grandes descubrimientos y maravillas.

## NOTA XXVI.

## Viaje de circunnavigacion de las corbetas Descubierta y Atrevida.

### *Página* 440.

Las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, bajo la direccion de los capitanes de fragata D. Alejandro Malaspina y D. José Bustamante, salieron de Cádiz en 1789 para emprender el viaje alrededor del mundo, que felizmente consumaron, volviendo al puerto de su salida á fines de setiembre de 1794.

Este viaje de circunnavigacion fué de todos el décimonono, contando como el primero, el que para gloria suya y de España verificó el ínclito marino Sebastian Elcano, entre los años 1519 y 1522.

El objeto de esta espedicion era de la mayor importancia. Proponíase el gobierno adquirir la ilustracion de puntos de sumo interés para las ciencias naturales, la historia, la política y la filosofía, atendiendo al mismo tiempo con particular cuidado la parte hidrográfica, levantando cartas en algunos de nuestros remotos dominios de Indias, y formando buenos derroteros para hacer mas fácil y segura la navegacion; llevando, ademas, la mira de investigar el estado de prosperidad ó decadencia de aquellas posesiones y de sus relaciones comerciales con respecto

á las naciones europeas. Nada omitió el gobierno para el mejor logro de esta empresa: el saber y pericia de sus gefes garantizaban el resultado; y para lo concerniente á las investigaciones en ciertos ramos científicos, dispuso la agregacion de profesores de justificada idoneidad en historia natural y física esperimental, completando aquella importante comision con dos botánicos y dos pintores de conocida habilidad para la perspectiva y demas objetos del arte, y dotando cada una de las corbetas con una selecta coleccion de cartas, libros é instrumentos propios para la observacion y las esperiencias. Los frutos que de aquella espedicion reportaron la navegacion y la hidrografía son notorios en el mundo marino, á pesar del olvido ó la injusticia de algunos escritores; pues aunque la totalidad de los trabajos no haya podido ver todavía la luz pública, á causa de las vicisitudes que desde aquella época ha esperimentado nuestra nacion, pudieron haber sido bastantes á dar una idea de su mérito é importancia las *Memorias* que sobre los mismos publicó la Direccion de hidrografía (1).

Tratándose de vindicar á nuestra marina probando la inteligencia y solicitud con que siempre ha correspondido á los deseos del gobierno, cuando este ha fijado en ella su atencion ó ha querido favorecer alguno de los diferentes ramos ó conocimientos que constituyen las ciencias náuticas, no podemos dejar de citar el reciente viaje de circunnavigacion de la corbeta *Ferrolana* verificado en los años de 1849 á 1852, bajo el mando del capitan de navío D. José María de Quesada. De esta campaña en que nuestros marinos dieron pruebas de saber y buena voluntad arrostrando todos los azares de una espedicion tan ardua y dilatada, solo nos consta y sabemos hasta ahora la superior inteligencia y escelente comportamiento del gefe y oficiales que la verificaron, y la obsequiosa y franca recepcion que hallaron en todos los puntos que visitaron en tan dilatadas y distantes regiones, en donde el pabellon español, despues del considerable tiempo que mediaba desde que dejó de ondear en aquellos mares, fué amistosamente saludado, siendo nuestra oficialidad objeto en todas partes de cordiales y honrosas demostraciones y agasajos, y de un modo especial en Sidney y en el Callao.

(1) Memorias sobre las observaciones astronómicas hechas por los navegantes españoles en distintos lugares del globo, las cuales han servido de fundamento para la formacion de las cartas de marear, publicadas por la Direccion de trabajos hidrográficos de Madrid, etc. Madrid, 1809.

## NOTA XXVII.

### Lenidad del gobierno español en América, desde el tiempo de la conquista.

*Página 441.*

Las viejas acusaciones contra la administracion del gobierno español en América durante el tiempo de su dominio, habrán de estrellarse, repetimos, contra la verdad histórica y el testimonio de los hombres de reconocida probidad que han demostrado el error ó la pasion, el poco criterio y verdadero espíritu de emulacion ó malevolencia á que deben su origen. Que el dominio español sobre las tribus indianas y sus leyes han sido los mas suaves, paternales y protectores, lo reconocen los hombres probos y exentos de pasion que han hecho un verdadero estudio de estas y de la conducta de la metrópoli respecto de aquellas regiones de su dominio, y bastaria citar entre los modernos y mas competentes escritores sobre las cosas de América el baron de Humboldt, que no se tendrá ciertamente por ciego apasionado de los españoles, si ya no hubiesen hecho esta confesion algunos de los mas señalados adversarios y censores. "En los principios, dice Robertson, que han regido los monarcas españoles para su legislacion de Indias, *no descubrimos rastro alguno* de aquel cruel sistema de esterminio que se les imputaba..... *En ningun Código de leyes vemos mayor solicitud, ni precauciones mas oportunas y multiplicadas en favor de la conservacion, de la seguridad y felicidad de los súbditos, que las que observamos en la Recopilacion española de leyes de Indias* (Historia de América, libro 8.°)" "De los tres volúmenes de que consta la Recopilacion de Indias, dice tambien Heeren, casi el uno de ellos está consagrado enteramente á las leyes espedidas en favor de los indios. *Ningun gobierno ha hecho tanto como el gobierno español por los naturales del pais.*" (Manual de Historia moderna, período I, época 2.ª)

No faltan, empero, entre los modernos escritores de España algunos que, no creyendo menoscabar las glorias de su pais, pero haciendo alarde de una especie de imparcialidad, asienten de un modo mas ó menos absoluto á las apasionadas suposiciones de nuestros émulos, y otros que formando neciamente coro con los enemigos de su propia nacion, reproducen sin restriccion ó correctivo sus juicios inexactos ó apasionados.

Para los que deseen con sano criterio y buena fé conocer á fondo la

exactitud de los hechos y la sinrazon de los eternos enemigos de España, por aquellas y otras glorias que la harán siempre respetable, remitimos, entre las diversas obras y autores que han tratado la cuestion en los últimos tiempos, á los siguientes:

*Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias, contra los pretendidos filósofos y políticos. Para ilustrar las historias de M. M. Raynal y Robertson.* Escritas en italiano por el abate D. Juan Nuix, y traducidas con notas por D. Pedro Varela y Ulloa.—Madrid.—1782.

*Viaje á la América meridional desde* 1781 *á el* 1801.—Por D. Felix de Azara.

*Coleccion de los Viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, etc.—*Introduccion.*—Por D. Martin Fernandez de Navarrete.

*Apuntes sobre los verdaderos sucesos que han influido en el estado actual de la América del Sud.*—Por D. José Manuel de Vadillo.—Cádiz.—1836.

## NOTA XXVIII.

### Escritores españoles-americanos detractores de la antigua metrópoli.—Buenos americanos.

*Página* 487.

Apenas puede creerse que estas palabras y calificaciones hayan sido producidas deliberadamente y con la intencion de deprimir á aquella misma nacion á quien los autores de tales denuestos deben su orígen; que se contraigan á los descendientes de aquellos españoles que despues de haber sufrido los efectos de la emulacion extranjera son ahora el objeto de una ingratitud, de una saña todavía mas estraña é inconcebible.

*Pordiosera* y *moribunda* se ha llamado á España por hombres que le deben su orígen...... pero tales inepcias no pueden ni deben contestarse. Solo diremos que España, como muy pocas naciones, es y ha sido siempre fuerte y poderosa por su riqueza intrínseca, la de su suelo y naturales producciones; verdad harto reconocida, y que basta á esplicar por qué no tan solo no ha sucumbido á pesar de los viejos conatos de la envidia extranjera y de la deslealtad é ingratitud de sus hijos, sino que sobreviviendo á tanta persecucion, á tantas guerras y

despojos, lejos de sucumbir, tiene y siente en sí misma un principio de vida que, con sus gloriosos recuerdos, constituirá el fundamento de su restauracion, volviéndole el legítimo lugar que le corresponde entre todas las naciones. "En cuanto á *moribunda*, dice un escritor haciéndose cargo de estas miserables imputaciones, volved los ojos á la historia, y ella os dirá que ha sido siempre un *dragon* que se ha tragado á cuantos han querido dominarla. Los cartagineses, los romanos que dominaron el mundo culto; los moros, y, por último, en nuestros dias, un *millon* de franceses á las órdenes del árbitro de la Europa, todos han salido escarmentados del suelo español...." (Cancelada, *Telégrafo mejicano*, pág. 116.)

Pero conceptuamos preferibles á estas espresiones dictadas por un justo despecho contra imputaciones tan duras y agresivas, el buen sentido, la conciencia de los mismos americanos españoles, que ya en los dias posteriores á unos hechos consumados, guiados por un sentimiento mas noble y leal, aprecian en su justo valor las relaciones de respeto y de amor que deben predominar entre la antigua metrópoli y aquellos que siempre habrán de llamarse sus hijos. Nada podemos oponer mejor á tales juicios, ningun correctivo nos parece mas noble y aceptable, que las siguientes palabras pronunciadas en un banquete celebrado en Valparaiso en honor del encargado de negócios de S. M. C. (D. Eduardo Asquerino), consignadas en un periódico muy reciente de la república de Chile. En aquella notable reunion, despues de varias demostraciones por la gloria de España, tomó la palabra el señor Cobo, redactor del *Diario* de la capital, y dijo estas sentidas expresiones:

"Un principio del alma llena con sus manifestaciones todas las páginas de la historia de España, el mismo que en la humanidad ha producido los héroes, en el cristianismo los mártires y en la literatura los poetas. Ese principio es el amor. El amor á sus reyes, el amor á su Dios, á su libertad y á sus glorias; estos son los círculos dentro de los cuales ha girado la España en todos los movimientos de su vida, estos son los orígenes de su grandeza inmortal y fueron los de su poder asombroso....."

El Sr. Nadal, redactor del *Mercurio*, contestando por su parte á los brindis del enviado español, dijo en nombre de la prensa chilena, entre otras razones, lo siguiente:

"Debo daros las gracias, señor, á nombre de la prensa chilena, porque le habeis ofrecido la oportunidad de manifestar una vez mas, cuánto se interesa en contribuir por su parte á estrechar las íntimas

relaciones de amistad que la república mantiene con la nacion á que debe su orígen. Cumpliendo con uno de sus mas nobles fines la prensa se consagra con perseverancia á cultivar los sentimientos de benevolencia que deben guiar á las sociedades modernas en sus mútuas relaciones, á fin de que la paz universal, que será el complemento de la civilizacion cristiana, encuentre para cimentarse el apoyo del convencimiento, de la conveniencia y el lazo poderoso de los grandes intereses que ligan á los pueblos.

"Pero si reconoce este deber con respecto á la humanidad en general, todavía le es mas grato y le parece mas imperioso cuando se trata de nuestras relaciones con la España.

"En España, señores, está la cuna de nuestra civilizacion: á España volvemos los ojos cuando queremos descubrir los orígenes de nuestras familias. Si estudiamos el carácter de nuestra raza, el temple de nuestras virtudes, las tendencias de nuestro espíritu, las habitudes, las costumbres que nos distinguen de otros pueblos y aun los títulos con que ocupamos hoy un rango entre las naciones civilizadas, es á la España antigua á la que debemos estudiar y conocer para conocernos y estudiarnos á nosotros mismos, porque aunque los mares nos separen y la Providencia haya esparcido nuestra raza en dos continentes, tan españoles somos, bajo este aspecto, los que habitamos el mundo de Colon como los que han visto la luz en la patria de Pelayo, de Fernando y de Isabel la Católica. Nuestra literatura es la misma, nuestras legislaciones se confunden, nuestra religion, nuestro idioma, hasta los obstáculos con que luchamos para que vuelva nuestra raza á ocupar el rango preeminente que en mas felices tiempos representó en el mundo, todo lleva, señores, ese sello de identidad que hace de pueblos colocados en distintos hemisferios, gobernados por instituciones políticas diferentes, y sometidos á influencias naturales diversas, algo mas que pueblos amigos, pueblos necesariamente hermanos.

"Si querellas de familia y acontecimientos nada estraños en la historia del mundo, y mucho menos en la historia de España, relajaron por un momento la fuerza de los vínculos que ligaban á aquel y á estos pueblos, grato es, señores, proclamar con aplauso del corazon y de los mútuos intereses, que han pasado para siempre esos luctuosos tiempos, y que la España y la América que la debe su orígen, solo rivalizarán de hoy mas en el propósito de amarse, de protejerse, de fortificar mas y mas esos lazos con que la historia y la civilizacion mantienen ligados sus destinos." (*El Mercurio* de Valparaiso, de 31 de julio de 1855.)

## NOTA XXIX.

### Medicion del grado de meridiano terrestre en la América del Sur, por una comision científica.

*Página* 501.

Notorio y conocido es en los fastos de la ciencia el notable hecho á que nos referimos, y en que cupo una honrosa parte á los ilustres marinos españoles que nombramos en el testo. El controvertido problema sobre la verdadera figura de la tierra, que en la segunda mitad del ultimo siglo ocupaba á los sabios, fué para la Academia de las ciencias de Paris asunto de muy luminosas discusiones. Aunque la sombra que la tierra proyecta sobre el disco lunar en los eclipses y otras razones habian decidido desde tiempos remotos que su forma era la esférica, y lo confirmaba la observacion hecha por Richer en Cayena, de que era necesario alargar el péndulo que batia los segundos en París para que los señalase en aquella colonia; estas notables observaciones recibian inmensa fuerza de algunos argumentos de analogía que se referian á la verificada respecto de otros planetas. En efecto, Newton y Huygens, guiados por la luz sublime de su propio ingenio, pensaban que siendo el globo terrestre un sólido sujeto á la ley de las revoluciones, su diámetro ecuatorial debia ser mayor que el que une entre sí sus polos, deduciendo por tanto que la tierra no podia ser una esfera sino un elipsoide elevado hácia el Ecuador y depreso hácia los polos.

Mucho importaba á la ciencia y á los intereses de la humanidad esta averiguacion, y para llevarla á cabo dispuso aquel sabio cuerpo dos espediciones científicas, una compuesta de Maupertuis, Clairaut, Lemonier y Outhier, destinada á la Laponia, donde se les unió Celso, sabio astrónomo sueco.

La otra comision, compuesta de los señores Godin, Bouger y Lacondamine, debia practicar sus operaciones en la provincia de Quito en la América meridional, con el fin de verificar la medida del grado del meridiano bajo el Ecuador, y poder así comparar las medidas tomadas en lugares tan distantes entre sí y sobre tales puntos de la esfera terrestre, no pudiendo esta comparacion menos de mostrar su verdadera figura.

La índole altamente científica de esta indagacion, que ligeramente

hemos esplicado, basta para dar á conocer que la eleccion para su desempeño y cooperacion debia recaer sobre hombres especiales, de reconocida aptitud científica y cual convenia al resultado de una operacion de tan universal interés para la ciencia. Los trabajos de esta segunda comision debian practicarse en terreno del dominio español, y el gobierno podia escoger entonces en nuestra marina, donde se distinguian oficiales dotados de grande aptitud y conocimientos, los que habian de acompañar á los académicos franceses y concurrir á aquella investigacion, que tenia sobremanera divididos los pareceres de los sabios. El monarca español, que lo era á la sazon Felipe V, nombró dos guardias marinas: el uno fué D. Jorge Juan y Santacilia, que contaba 21 años de edad, y el otro D. Antonio de Ulloa, que solo tenia 19; si bien, atendidas estas razones personales, fueron ambos condecorados con el grado de tenientes de navío. Si los académicos de Francia formaron un concepto poco ventajoso de los auxiliares españoles á causa de su juventud y corta representacion, su trato inmediato y el tiempo los desengañaron, obligándolos á reconocer la especial aptitud y alta competencia de aquellos jóvenes marinos.

Véase en la *Crónica naval de España*, tomo V, la *Biografía de D. Francisco Javier de Ulloa, capitan y Director general de la Armada.*

## NOTA XXX.

### Abuso inhumano y desleal en la aplicacion de ciertos agentes de destruccion á el arte de la guerra.

*Página* 510.

Aunque alentados y guerreros por índole, nunca han sido los españoles en los tiempos antiguos, ni en los mas cultos é ilustrados que alcanzamos, inclinados á esos medios breves y ejecutivos de destruccion para terminar las batallas, en que el artificio y la maña suplen, por decirlo así, el defecto de valor y de la noble y heróica abnegacion que lo constituye, que recibe debidamente tal calificacion, cuando este sacrificio se hace en defensa de la patria contra una agresion injusta. Si la estratagema, propiamente dicha, es admitida en la guerra, la humanidad y el derecho de gentes han prescrito en todos tiempos límites y condiciones á estos medios de agresion, cuyo abuso ha dado en ocasiones una superioridad poco honrosa á nuestros enemigos, variando repentinamente ó falseando las condiciones caballerescas de un

combate leal. El brulote lanzado en el glorioso combate de Tolon (1744) por los ingleses contra el navío *Real Felipe*, (aunque sin éxito por la serenidad de sus defensores), y la bala roja empleada por los mismos con el mas completo resultado en el sitio de Gibraltar (1782) y en el insidioso ataque nocturno contra los navíos reales españoles el *Real Cárlos* y el *Hermenegildo* (1801), justifican esta observacion.

Forzoso es, pues, reconocer, que si los terribles medios de destruccion que hoy ofrecen los adelantos de las ciencias, fuesen aceptados como propios para hacer la guerra, concluiria casi por hacerse inútil el valor individual, convirtiendo las lides humanas por justificadas y legítimas que fuesen, en meras escenas de matanza á favor de medios químicos sagazmente preparados, que decidirian del modo mas breve y espedito del derecho y de la suerte de las naciones.

Pero, por una estraña aberracion se pretende por algunos apologistas de estos adelantos, que tales medios, inspirando temor, serian un saludable correctivo contra la inclinacion ó la pasion á la guerra. Sin duda con este singular y caritativo propósito, entre otros perfeccionamientos para hacer mas breve y seguro el empleo de las armas de fuego, se ha anunciado recientemente y recomendado la *bala fulminante* de Mr. Devisme, por cuyo efecto, toda persona herida, muere al momento. El periódico estranjero que lo anuncia, al recomendar la invencion, observa cándidamente que "es sabido que tanto mas raras son las guerras, cuanto mayor es el peligro de perecer, y que el autor se propone, justamente por eso, infundir con esta invencion tan mortífera en el hombre *un espíritu pacífico*."

Consiste esta piadosa invencion en un cilindro de cobre de ocho centímetros de longitud, cubierto en su báse por una de plomo con estrias que se adaptan bien á las rayas del cañon de la carabina, y terminando en una punta que va armada de un piston movible. Al chocar en cualquier cuerpo duro, por ejemplo, un hueso, el piston prende fuego á seis gramos de una pólvora particular que la bala contiene, la cual produce al inflamarse una masa gaseosa, que ocupa mas de diez mil veces el volúmen que la bala, formada de ácido carbónico, azoe, óxido de carbono é hidrógeno sulfurado, todos mefíticos. En seis caballos se ha hecho el ensayo, y todos han muerto instantáneamente sin agonia.

Otro artificio inspirado sin duda por una intencion semejante é idéntica en sus miras, es el de Mr. Cárlos Toplis, miembro del Museo nacional de manufacturas (Leicester Square), inventor de una máquina cuya potencia destructiva "es tal, se dice, que impedirá que las naciones se hagan la guerra, porque el ejército mas numeroso se veria

aniquilado en pocos instantes por unos cuantos individuos agentes de esta máquina. Es de muy cómodo y fácil trasporte, y son tales sus propiedades, añade, que puede arrojar por el tiempo y en la direccion que se quiera, una granizada contínua de balas, con la misma facilidad que se dirige el agua de una bomba de incendio. Mientras que esta mortífera lluvia cae á grandes rociadas sobre el ejército enemigo, los hombres encargados de la maniobra están completamente al abrigo. La proyeccion de las balas se efectúa por medio del gas, mientras que la pólvora entra gradualmente en combustion. El doctor Birkbeck y otros hombres científicos han informado favorablemente, y Mr. Toplis, su inventor, confia tanto en la feliz influencia que tendrá en el porvenir de los pueblos haciendo las guerras demasiado funestas para ser emprendidas, que á este instrumento de destruccion le ha dado el nombre de *Pacificador universal.*"

Aquí se vé la misma filantropía, igual confianza en conseguir la abolicion de la guerra, y esa antigua y bárbara costumbre de las batállas fácilmente destruida á favor de un remedio algo fuerte, es verdad, pero que por lo filantrópico de su objeto y notable eficacia entra en el género de los *homeopáticos.*

Aunque lo futil y sofístico de tal opinion, si la admitimos como sincera, salta á la vista, no concluiremos esta nota sin una observacion que creemos oportuna. El valor, esa fuerza del ánimo que desprecia los peligros, que tiene su causa y orígen en motivos nobles y elevados, no es ciertamente una cualidad que individualmente y sin causa poderosa impulse á los hombres en los combates. En su mas noble y legítima acepcion, es el esfuerzo que sobre la debilidad humana y el natural amor de la conservacion hacen los que impulsados por tales motivos cierran los ojos á los amagos de la destruccion, aventurando su existencia; pero empleando y oponiendo medios de agresion y defensa que equilibren, por decirlo así, la lucha. Pero esta funesta aplicacion de la ciencia, si se aceptase, concluiria, no con las guerras (lo cual es una inepcia), sino por hacerlas innobles, destruyendo aquellas virtudes militares, que son necesarias para la defensa contra la agresion y para el triunfo en las causas justas; y basta considerar, para probar la índole de tales invenciones destructoras; que solo han sido empleadas hasta aquí para servir á la traicion y el asesinato. El horrible atentado perpetrado recientemente sin éxito contra la vida del emperador de los franceses en la capital del vecino imperio (en 14 de enero de 1858), que produjo numerosas víctimas, confirma nuestro juicio y caracteriza la índole y el uso de tales medios de destruccion.

## NOTA XXXI.

### Fuerzas que combatieron en la accion del cabo de Santa María.

*Página* 537.

Las cuatro fragatas inglesas eran de la fuerza siguiente:

| Nombres. | Capitanes. | Cañones. | Dotacion. |
|---|---|---|---|
| *Infatigable*....... | Moore.............. | 46 | 330 hombres. |
| *Lively ó Ligera*... | Hammonet.......... | 50 | 280 |
| *Amphion*......... | Sulton.............. | 36 | 250 |
| *Medusa*.......... | Gore............... | 42 | 250 |

Las cuatro fragatas españolas, cargadísimas y con muchas personas de trasporte, eran de la fuerza siguiente:

| Nombres. | Capitanes. | Cañones. | Dotacion. |
|---|---|---|---|
| *Medea*........... | D. Francisco Piédrola. | 46 | 279 hombres. |
| *Clara*........... | D. Diego Aleson...... | 38 | 264 |
| *Fama*........... | D. Miguel Zapiain.... | 34 | 264 |
| *Mercedes*........ | D. José Goicoa....... | 38 | 282 |

En esta perecieron doscientas cuarenta y nueve personas, inclusos ocho mujeres y varios niños que venian de trasporte.

## NOTA XXXII.

### Sorpresa, combate y captura en plena paz, por los ingleses, de cuatro fragatas españolas en 1804.

*Página* 542.

Lord Harrowby's, al firmar las órdenes para llevar á cabo la desleal sorpresa y captura de nuestras fragatas en el cabo de Santa María,

nada tenia seguramente mas distante de su memoria y su conciencia como ministro, que la máxima llena de equidad y justicia con que hemos comenzado el epígrafe de este capítulo, y que su padre, el respetable lord Liverpool, consignó en 1755, siendo procurador general, en el informe que evacuó en union con otros tres letrados acerca de un espediente relativo tambien á embarcaciones detenidas por la Gran-Bretaña á la Prusia y otras naciones neutrales.

La probidad inglesa no tardó en rendir un leal y solemne tributo á la justicia; aquel atentado exaltó el sentimiento de los hombres probos de la Gran-Bretaña, y este sentimiento se exaló enérgicamente de distintos modos.

"No es del dia considerar (decia uno de los órganos mas respetables de la prensa británica) la justicia de la guerra con España, sino la justicia y buena fé *en el modo de empezar la guerra.* Bien puede ser que tengamos muy buena causa en las manos en el asunto de Mr. Frere (el embajador inglés en Madrid), y podemos tenerla muy mala en el asunto del cabo de Santa María; es menester fijarse en esta distincion, la cual sabemos la confundirán los que no se atreven á reconocerla....."

"El atentado de detener á los buques españoles no pudo proponerse al comandante español sin que este faltase al deber y al honor, de manera que fuera acreedor á perder la cabeza; y tomar posesion de ellos, no puede considerarse sino como un acto político de hostilidad. Estaba pendiente una negociacion importante, que era muy probable acabase por un rompimiento. Pero la órden dada por este gobierno era poner fin á las negociaciones, esto es, decidir la cuestion con la fuerza. Es cosa ridícula hablar de negociacion si se introducen *semejantes argumentos*, cuando están en disputa las naciones. Seria cosa ociosa probar que esta conducta es contraria á todo principio, y que no tiene ejemplar. Hasta ahora se ha considerado semejante proceder sin declaracion de guerra, ó sin algun equivalente á ella entre las naciones, como un acto de piratería. Puede convenirnos el cojer *un millon de libras esterlinas* (pues en esto se regula el valor de las presas); pero lo conseguimos á costa del derecho de gentes, que ya en este hecho puede considerarse como absolutamente abrogado....."

"Se habla del vigor y de la energía que en esta ocasion han manifestado nuestros marinos; pero, ¿qué otra cosa es sino el vigor y energía de un hombre que entra en la casa de otro, que se halla indefenso, confiado en la honradez de su vecino y creyéndose protegido por las leyes?.... La órden de detener los bajeles españoles es equivalente

á la órden de embestirlos y apresarlos. Debia preveerse el efecto de lo que ha sucedido, escepto, quizás, la tremenda catástrofe de las 300 personas que perecieron en una de las fragatas españolas."

....."¿Y por qué se continuaban las negociaciones si estábamos resueltos á apoderarnos de los galeones españoles, sino para adormecer á los españoles en la seguridad y en la esperanza de la paz?...."

"No podemos concebir, añade, qué color darán los ministros á la presa de un convoy español durante las negociaciones, á menos que no hagan valer la escusa comun de que era útil el crímen!...." (*Gaceta de Madrid*, de 14 de diciembre de 1804.)

Tal ha sido la opinion de los hombres rectos en Inglaterra en los momentos de suceder el atentado; la voz de la conciencia pública contra los que solo veian el oro tomado á los españoles.

Pero nada demuestra de un modo mas completo lo odioso y vituperable de aquella violencia que un escrito publicado en Lóndres, en 1805, donde se cxaminaba con notable lealtad y desinterés el hecho; escrito que se apresuró á traducir y remitir á nuestro gobierno desde aquella capital el ilustrado patriota y marino español D. Juan Bautista Arriaza, considerándolo como "la voz y el voto de la parte mas sana de aquella nacion que no ha prostituido los sentimientos de honor y buena fé á los estímulos de la codicia pérfida, y de una ambicion sin límites."

Escusado seria despues de tales testimonios, añadir los que la indignacion pública arrancó de los hombres mas competentes y autorizados dentro de España, bastando que reproduzcamos aquí algunas de las originales espresiones del citado escrito que encierran el espíritu y conciencia del autor inglés de la *Breve apelacion al honor y conciencia de la nacion inglesa*, etc.

"Un gran delito acaba de cometerse: la ley de las naciones ha padecido la violacion mas atroz: una potencia amiga ha sido atacada por nuestra fuerza pública en medio de una profunda paz, cuando la persona del rey tenia su representante en Madrid, y al tiempo que nuestra corte estaba recibiendo testimonios de amistad del ministro de España en Lóndres. Han sido apresados los navíos de España; sus leales súbditos han perecido miserablemente en su defensa; infestan nuestras costas sus saqueados tesoros, y como el de un pirata, nuestro pabellon tremola sobre el débil, el infeliz y el oprimido."

Ha habido recientemente, sin embargo, un escritor español que, sin dejar de lamentar el atentado de las fragatas españolas, son tantas las razones que rebusca y aduce, tanto lo que pondera las quejas de la Inglaterra y sus derechos contra España, que su opinion presenta un

contraste singular con la generalmente seguida, y aun con los juicios de los autores ingleses que, menos sutiles y diplomáticos, solo vieron la sorpresa en medio de la paz, y la posesion, no de simples presas tomadas en depósito ó como rehenes, sino la *apropiacion* del caudal ajeno.

Para juzgar con acierto sobre la conducta é intenciones de España, respecto de las demás naciones, y sobre todo con relacion á su antigua y constante rival la Inglaterra, es necesario consultar mas bien la simple historia de los hechos, que los registros diplomáticos, y saber apreciar el espíritu, las intenciones de la política de la mayor parte de los ministros de la Inglaterra; es necesario, en fin, aplicar á este caso la máxima de justicia que previene tomar en consideracion, entre las causas determinantes de las acciones culpables, el interés que los perpetradores pueden tener en ejecutarlas. ¿Quién con la historia en la mano podria imputar á España tales dobleces, á la nacion confiada por escelencia y carácter, y que por serlo ha sufrido tantos perjuicios? ¿Quién como ella salió siempre tan perjudicada, así en la paz como en la guerra, en sus arreglos y transacciones con la Gran Bretaña?

Vemos, pues, un alarde exagerado de imparcialidad en el escrito á qué nos referimos, en que se juzga á España por sus actos como una potencia débil y sin sistema fijo, y pronta á ceder á los amagos ó amenazas de la misma Inglaterra, que á pretesto de su propia seguridad le imponia la ley de su capricho.

Los ingleses aparecen casi justificados en su conducta bajo la pluma del Sr. Marliani, y se amontonan tales razones en su abono, que sentimos verlas en un libro español destinado á vindicar nuestra marina por su comportamiento en el combate de Trafalgar (1).

¿Qué interés podia tener España en obrar del modo doble que cree el autor, siendo cierto que ni intentaba tomar parte en la guerra, ni

(1) *Combate de Trafalgar — Vindicacion de la Armada española contra las aserciones injuriosas vertidas por Mr. Thiers en su historia del Consulado y del Imperio, por D. Manuel Marliani, ex-senador del reino.* Madrid 1850.

Creemos oportuno decir aquí que nosotros, animados del mismo espíritu, tuvimos la honra de preceder al Sr. Marliani en su loable propósito, confundiendo al injusto acusador de la Marina española del modo mas concluyente en *La España* de 3 de febrero de 1850. Acerca de esta vindicacion y del combate de Trafalgar remitimos al lector al tomo II donde se habla detenidamente de este notable suceso.

estaba prevenida para ella, y cuando una simple indicacion, ó mas bien una exigencia del comodoro Napier, bastó á suspender la habilitacion de tres navíos en Ferrol que era urgente expedir con alguna fuerza militar al puerto de Bilbao para contener una sublevacion? ¿Quién puede presumir, atendiendo á los medios y actitud de España en aquellos momentos y á su poco airosa docilidad ante exigencias tan arrogantes, que estaba en su ánimo y sus intereses aquella guerra que iniciaron de un modo tan desleal los ingleses? ¿Y qué ha sido la España, diremos en conclusion, desde la época de nuestros descubrimientos y envidiada grandeza, seguida de su ciega confianza y de un fatal adormecimiento, mas que el objeto constante de los celos de sus rivales, y dócil instrumento de sus miras apasionadas, siempre á merced de la voluntad estrangera?

Las quejas de la Inglaterra, en la relacion del Sr. Marliani, son exactamente en el fondo las del lobo contra el cordero de la fábula: se quisieron hallar pretestos á todo trance, y España no era aun dueña de mandar tres navíos de un punto á otro de sus dominios, transportando tropas para contener una rebelion, sin que se hallase en esta escasa fuerza, destinada á sofocar un desórden doméstico, un amago contra la Inglaterra! ¿Pudo darse una prueba mayor de ficcion y doblez? España, lejos de dar fundado pretesto á su suspicaz y predispuesta rival, se apresuró á acallar los afectados temores de la legacion inglesa, mandando cesar el armamento con tan justo motivo determinado, y que las tropas fuesen á Bilbao por tierra. Tales son las provocaciones de la España de que se habla en el escrito del Sr. Marliani; y ¿se creerá que recelos de esta especie, con otros pretestos, quejas y razones análogas, que laboriosamente se acumulan en el escrito á que nos referimos, establezcan á juicio del autor, la culpabilidad de nuestro gobierno, para sentar del modo mas absoluto que nuestros buques sorprendidos y atacados en el cabo de Santa María fueron *víctimas inocentes de los dislates del gobierno español?*

El suceso que sencillamente hemos referido y el despojo de los intereses españoles, cuya reparacion ha eludido estudiosamente la Inglaterra, á pesar del clamor de sus moralistas, ha tenido efecto del modo exacto y leal que hemos referido, y es inúti paliar ni acumular pretestos ni antecedentes que, aun suponiendo su certeza y aceptando la oportunidad de su cita, nada disminuyen la culpabilidad. Todos los hombres rectos estarán acordes en este juicio, que un célebre historiador inglés, citado tambien por el Sr. Marliani presenta de este modo.

"Pues qué, ¿no hay diferencia entre la detencion de buques mer»cantes que podrian devolverse, y el apresarlos en alta mar con vio»lencia? La propiedad de un negociante puede ser devuelta; los mari»neros arrestados se pueden poner en libertad; pero si se quema, se »echa á pique ó se vuela un buque con su tripulacion, ¿quién podrá »resarcir la sangre inocente vertida? Los franceses nos han acusado de »ser un pueblo mercantil, y han dicho que nuestra sed de oro era in»saciable; atribuirán estas violencias á nuestro avariento afan de dine»ro: mil veces mejor nos fuera devolver esos caudales y dar diez veces »tanto encima, con tal que laváramos el baldon que ha recaido sobre »nuestras armas (1)."

(1) El autor inglés se llama *Allison.—Historia de Europa*, tomo V, página 287.



# ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

*Páginas.*

Páginas.

Páginas.

Páginas.



# NOTAS.

# ERRATAS DEL TOMO PRIMERO.

| PÁGINA. | LÍNEA. | DICE. | DEBE DECIR. |
|---|---|---|---|
| 56 | 16 | con su territorio | en su territorio |
| 125 | 33 | en la fuerza | la fuerza |
| 193 | línea última | Véanse las notas | Véase la nota IX y el capítulo XXIV |
| 241 | 17 | cada mes | cada vez |
| 249 | 19 | pocos escrupulosos | poco escrupulosos |
| 300 | 1 | Rezout | Bezout |
| 336 | línea última | sus propias | sus propias observaciones durante |
| 376 | 27 | Mariyat | Marryat |
| Id. | 28 | *Plantom Ship* | *Phantom Ship* |
| 384 | 16 | vello | bello |
| 391 | 21 | en la Martínica | en las Antillas |
| 519 | 10 | la corrió | corrió |
| 528 | 8 | del Purú | del pais |



